ROSELLEN BROWN



Antes y después

Una tarde de invierno, una dramática noticia conmociona a la pequeña comunidad de Hyland: la joven Martha Taverner ha sido asesinada a golpes. Para los Reiser, este funesto acontecimiento señala el final de una vida familiar feliz, pues, al parecer, el brutal asesino de Martha es Jacob, el hijo varón del matrimonio. Ni Carolyn, ni Ben, ni su hija Judith, podrán evitar formular un tácito juicio a favor o en contra de Jacob, y tendrán que seguir viviendo juntos con el peso de una verdad que ninguno de ellos puede negarse a sí mismo.

En el año 1996, Barbet Schroeder dirigió una adaptación cinematográfica de esta novela, que fue interpretada en sus papeles principales por Meryl Streep, Liam Neeson y Edward Furlong.

OceanofPDF.com

Rosellen Brown

Antes y después

ePub r1.1
Titivillus 03.04.18

OceanofPDF.com

Título original: *Before and After*
Rosellen Brown, 1992
Traducción: Edith Kern

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



OceanofPDF.com

A mis queridos amigos de
New Hampshire, que me han
guardado un sitio junto a sus
hogares y en sus mesas.

OceanofPDF.com

Quiero expresar mi agradecimiento a la Ingram Merrill Foundation por su ayuda económica y por la confianza con que la prestó.

Agradezco la ayuda que me ofrecieron numerosos oficiales de prisiones de Westmoreland, Manchester y Concord, New Hampshire, Cambridge, Massachusetts, y la colaboración de L. Philips Runyon, Susan Howard, Paul Schweizer y Glenn Gotschall. Me siento especialmente en deuda con la juez del juzgado de instrucción 338 de Houston Mary Bacon, por sus consejos, que fueron mucho más que meramente técnicos, y por haberme mostrado que la práctica de la justicia puede estar llena de ideales. También le agradezco su interés por las facetas que las historias de ficción —las historias de mil desconocidos— pueden aportar a la ley.

OceanofPDF.com

Cuando no se ama demasiado,
no se ama lo suficiente.

PASCAL

OceanofPDF.com

La sonrisa del niño es tan amplia, y con el sol que le da en la cara casi se diría que está llorando. Tiene el cabello claro, aunque no es del todo rubio. O tal vez sea la luz blanca lo que le confiere a su cabeza y a sus hombros esa palidez. De repente levanta los brazos y se coge a la barra con las manos. Tiene seis o siete años, es lo bastante alto como para alcanzar la barra, impulsarse hacia arriba y hacer una pirueta, como uno de esos monitos de madera que van entre dos palos y dan una voltereta de una sola vez, de esos que van sin pilas y que sólo tienes que apretar los palos para que repitan la operación sin chistar. Pero después de dos asaltos a la barra, el niño se queda en pie sobre la tierra removida, ante la cámara, con los brazos bien abiertos y sonriendo de oreja a oreja, y se abraza a sí mismo, tan fuerte que casi parece que tendría que dolerle. Se abraza con expresión exultante, con la mirada rebosante, como diciendo: ¡Miradme todos! Puedo hacer lo que sea. Está radiante de felicidad.

La niña tendrá unos ocho años. Va toda peripuesta, y sus cabellos rubios relucen. Se queda unos momentos inmóvil, como si fueran a hacerle una foto. Luego, con expresión grave, saluda y desaparece. Hay mucho enfoque y desenfoque torpe, de la multitud, hombros, de un chico gordo que se vuelve para apuntar con su dedo a la cámara, sonriendo de un modo amistoso. También él, al igual que todos los demás, va vestido con traje. Las chicas pasan con sus vestidos de fiesta.

Finalmente, empieza a disponerse ante el encuadre una procesión de graduados que se acerca por el corredor. Debe de ser una escuela secundaria, a juzgar por el aspecto bisoño de los chicos, algunos todavía

parecen niños, al contrario que las chicas, que están ya casi todas crecidas. Una oleada de togas rojas se extiende por el pasillo, destacadas algunas con una cinta dorada y rematadas con una borla. Los chicos que no la llevan la llaman «rabo de cerdo», y los que la llevan también.

A medida que se acerca, el chico, que ahora ya es bastante alto y tiene la cara salpicada de manchas grandes como piedras, sonríe con mayor entusiasmo, de nuevo con esa expresión que casi parece una mueca a juzgar por el modo en que sus mejillas se estiran. Entonces se da cuenta, se da la vuelta y desaparece de la vista.

No hay transición entre las distintas tomas. Cada nuevo enfoque es como una sacudida. Los protagonistas aparecen de un modo tan inesperado como un grito. La niña está de pie. Dios sabe el tiempo que hace que lleva esperando pacientemente, con una taza de papel en las manos. Está diciendo algo —de la complicidad del comentarista que suele acompañar las imágenes del vídeo con sus palabras, como en la retransmisión de un partido de golf, nada—, y señala la taza con cara de asco. Esto te va a sentar mal, parece querer decir, esta basura está intragable. Lleva la cinta de su hermano. Agarra la borla y se la restrega por la cara como si fuera una brocha de afeitar. Sigue sin sonreír; obviamente ha llegado a la conclusión de que, en la situación que sea, la gravedad resulta mucho más interesante y misteriosa que la jovialidad. De repente su hermano también está allí, y ella le pasa la borla por la cara. Él se defiende. Finge querer estrangularla. Le tira de la cinta; le revuelve el pelo. En realidad parece muy contento: saca la lengua, se da un cachete en la cara, le da otro a ella, y acaban realizando una complicada serie de maniobras —sólo los amigos íntimos y los hermanos tienen tiempo para realizar semejantes rituales—, juntando los dedos, dándose con los nudillos en la cabeza, cogiéndose las manos y, finalmente, uniendo los codos. Se están muriendo de risa. Ella desaparece entonces de la imagen. Al parecer se ha caído a los pies de su hermano.

Luego, contra una cartelera, empujados e interrumpidos por las cabezas de los transeúntes, no lo bastante cuidadosos para evitar el campo de la cámara, una mujer rubia y un hombre con barba se unen al niño y la niña, también con una sonrisa ceremoniosa y pronunciando palabras inaudibles.

La mujer no es hermosa, pero tiene el atractivo de quien confía en sí mismo, y viste ropa buena, indudablemente cara aunque nada ostentosa. Para quienes quieran verlo así, el hombre tiene un cierto aire de rabino con la barba oscura, rizada y con matices cobrizos. (En realidad hay camioneros, albañiles y empleados de estaciones de servicio que llevan barbas como la suya por aquí, y nadie pensaría eso de ellos.) No es muy ancho ni corpulento, pero transmite la sensación de ser cálido y sólido, con un buen pecho en el que refugiarse y, por lo que puede verse, siempre atento a sus hijos, consolando, corrigiendo, apoyando una mano afable en el hombro o el brazo. Él y la mujer se vuelven el uno hacia el otro en algún momento, justo después de que la gran sombra de una familia que pasa los ensombrezca como una nube, y, como si estuviesen tomados de la mano, se sonríen por encima de las cabezas de sus hijos, que juegan como payasos.

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

CAROLYN

No estaba de guardia en urgencias aquel día, nunca lo estaba los días en que le tocaba atender pacientes, pero la llamaron de todos modos. Estaba palpando el cuello y la ingle de Jennifer Foyle, buscando una zona sensible, y por alguna razón hablaba de la viruela, hablaba por encima del cabello rizado de la niña, mientras la madre no dejaba de insistir en que un día de ésos todos acabarían pagando las consecuencias de que se hubiera dejado de vacunar sistemáticamente a los niños. Se arremangó la blusa estampada de azul y exhibió una cicatriz grande y fea. Especulaba sobre la posibilidad de que el sida hubiera aparecido porque los jóvenes de aquella generación no habían recibido las vacunas necesarias. Tal vez lo único que quería, pensó Carolyn, era que los demás vieran su cicatriz, que era tan grande como el medallón de oro que llevaba al cuello, y granulada.

Entonces Karen asomó la cabeza por la puerta sin llamar. Dijo que la necesitaban abajo.

—Ahora mismo —añadió con fingida seriedad, porque sabía lo perfeccionista que era Carolyn y lo importante que consideraba el poder terminar las visitas a conciencia, sabiendo que todo había quedado bien aclarado.

Carolyn recogió las cosas de mala gana.

—Muy bien, nena —le dijo a Jennifer, que rió tontamente—. No tienes nada que un poco de antibiótico no pueda solucionar.

Escribió la receta, le sonrió a la niña y tocó su hombro desnudo e inocente de modo tranquilizador. Luego se fue por la parte de atrás, porque la sala de espera estaba llena, y las madres que había allí, si veían que se iba, se acercarían para preguntarle esto o aquello o, simplemente, se

ofenderían porque las dejaba plantadas. Lo único que las madres aceptarían sin chistar sería que se fuera a causa de una urgencia obstétrico-ginecológica, o sea, de un parto.

—Discúlpame con las pacientes —le gritó a Karen cuando se iba—. Mira a ver si puedes ocuparte tú de todo durante una hora.

Había escuchado tan a menudo el sonido de sus pasos por los corredores —el edificio para consultas quedaba junto al hospital, y los suelos eran del mismo material marrón oscuro—, que a veces pensaba que el verdadero pulso de un médico eran los pasos apresurados. Afuera había nieve, toda la mañana había estado nevando, así que seguramente se trataba de algún accidente automovilístico, algún chico que se habría estrellado contra un poste o se habría quedado incrustado al bajar alguna colina. Sintió una leve punzada de ansiedad por Jacob, que andaba siempre por ahí a la salida de la escuela, a su aire, como todos los demás. Judith ya estaría en casa. Habría bajado del autobús para entrar en la cocina caliente. Pero ya casi había aprendido a sofocar esos temores: un pediatra no puede estar siempre imaginando que todas las catástrofes afectan a sus hijos. De todas formas, las estadísticas estaban ahí, a su favor, a favor de todos y cada uno de ellos.

Los adolescentes y los accidentes de tráfico, pensaba mientras empujaba las puertas giratorias. Ya era malo para cualquiera, por supuesto —por lo inesperado, por las terribles consecuencias—, pero aún era peor en el caso de los adolescentes. En último extremo podía haber alguna muerte o alguna mutilación cruelmente prematuras. Y aunque nadie sufriera ningún daño, aun cuando todo terminara con unos padres disgustados y un desembolso monetario, Carolyn había visto mucha confianza rota de esa manera, demasiadas consecuencias psicológicas. Uno tiende a pensar que los accidentes tendrían que disciplinar a los chicos, que tendrían que enseñarles a ser más responsables y tener un poco de cuidado. Pero no era el caso; los accidentes solían hacer más mal que bien.

En eso pensaba cuando giró por última vez en dirección a la sala de urgencias, y ya podía sentir cómo la asaltaba la ansiedad. Se había cruzado con dos enfermeras y un enfermero que corrían en sentido contrario, y sus gestos de saludo escondían una cierta tensión que le era muy familiar, la reservada para los días malos y las heridas espantosas. Aquélla era una

ciudad pequeña, un hospital pequeño. Todos lo veían todo o se enteraban de todo en cuestión de minutos. Nada bueno, pensó, nada bueno.

Las cortinas estaban echadas alrededor de la cama más alejada, pero por debajo podía verse una gran cantidad de piernas con sus pantalones. En realidad las cortinas no estaban bien cerradas, aunque ya era demasiado tarde para proteger la intimidad de nadie.

—¡Mirad esto!

Al acercarse, Carolyn vio un codo gesticulante que asomaba por la abertura de la cortina. Parecía el de Trygve Hanson, el médico de mayor edad del equipo, el que había traído al mundo y atendido a las tres cuartas partes de la población de la ciudad antes de que llegaran los nuevos de obstetricia y ginecología, los cardiólogos y los especialistas en tórax, y que los pediatras se movilizaran para solucionar los problemas que pudieran surgir entre ellos.

Carolyn asomó la cabeza sin mover las cortinas. Dentro flotaba una especie de vaho, y todos estaban sudorosos. Pero al fijarse, comprendió que no era el calor lo que los hacía estar incómodos. En la misma camilla de la ambulancia en la que la habían llevado, había una chica con el cráneo destrozado. Estaba roto, hundido como una lata de cerveza, puntualizó uno de los médicos más jóvenes sin la menor delicadeza. Tenía el cabello ensangrentado, y un lado de la cara de una mezcla de amarillo, púrpura y marrón. Eran imágenes como aquélla las que hacen de los médicos unos aficionados incapaces de dar la más mínima esperanza de tratamiento o salvación. Carolyn deseó poder desmayarse y que la sacaran de allí como si fuera una persona cualquiera.

Respiró hondo, con disciplina.

—¿Violación? —preguntó, aunque normalmente hubiera hablado de «agresión sexual», expresión tomada de la jerga legal, que resultaba menos fuerte.

—No es probable —dijo Tony McAnally—. Estaba completamente vestida, tal como la ves. La encontraron en el campo de Tuttle, donde

guardan los caballos, detrás de ese cerco con la reja rota que hay en el camino de Poor Farm, ¿sabes dónde te digo?

—¿No llevaba ni abrigo ni sombrero?

—Parece que no. —Se aclaró la garganta como un chico desganado al que le han pedido que recite algo—. Estaba tirada en la nieve. Dicen que la derritió toda a su alrededor.

Carolyn se imaginó la escena con todo detalle: un gran círculo rosado, como si alguien hubiera derramado ponche en el suelo.

—¿Crees que… pudo pasar en algún otro sitio?

Tom McAnally observaba los tobillos de la chica. Tenía los calcetines empapados. Se los quitó con suavidad.

—Es evidente que alguien la arrojó desde un coche —dijo malhumorado, hablándole a los pies de la chica—. Pero murió cuando la traían para acá. Aún tenía algo de pulso cuando la encontraron.

Los vaqueros también estaban ensangrentados. En realidad sólo le habían golpeado la cabeza, y también presentaba algún rasguño en el cuello y la oreja, pero era más que suficiente. Se hicieron algunas sugerencias acerca de qué mirar y dónde buscarlo. Tom se puso en pie y dijo:

—Bueno, bueno. El forense va a tener que examinarla a fondo con el instrumental adecuado. No podemos ir hurgándole debajo de las uñas a ver si arañó al hijo de puta que le ha hecho esto. —Apartó la mirada como si todo el asunto le produjera vergüenza y no pudiera mirarlos de frente. Era un hombre muy corpulento y de rostro impasible, y era evidente que sus emociones le hacían sentir un malestar que lo incomodaba.

—¿Se sabe quién es? —preguntó Carolyn con un hilo de voz.

—Martha Taverner —dijo Tom furioso, como si pensara que alguien iba a cuestionar sus palabras.

—¡Martha Taverner! La conoz… La conoces, ¿no?

—¿Te refieres a mí? —inquirió el hombre, y se aclaró la garganta—. Abrí a su madre por su culpa. Me parece recordar que fue prematura, de unas treinta y cinco semanas. No me acuerdo por qué, pero tuvimos que hacerlo. Era tan grande como si hubiera cumplido. —Miró fijamente un pliegue de la cortina incolora—. ¡Cómo se alegraron sus padres! Sólo tenían varones, y al fin nació una niña —respiró hondo y se estremeció—.

Qué cosa más espantosa tener que ver esto justo antes de jubilarme. —Lo dijo con suavidad—. Nadie nos ha enseñado nunca cómo hay que tratar con los bárbaros, y desde luego, nunca me había acercado tanto a la barbarie en los cuarenta años que llevo ejerciendo. —Y acto seguido se volvió y salió de la habitación, como si ya hubiera tenido bastante.

Carolyn se quedó mirando el revoltijo de la cabeza de la chica. Aquí y allá se podía ver, o más bien adivinar, que era rubia, que tendría tal vez unos quince o dieciséis años. Lo sabía porque la chica había ido a la clase de Jacob. En primer grado, Jacob estaba tan entusiasmado con poder tener una clase entera de nuevos amigos que los invitó a todos a su fiesta de cumpleaños. Unos quince o veinte debían de ser. Y Martha también estuvo. Todavía era muy rubia, tanto que su cabello casi parecía blanco, y le daba vergüenza sonreír porque tenía pocos dientes. Ella y su hijo no se hicieron amigos. O la clase o quién sabe qué los había mandado por caminos diferentes. Los Taverner nunca lo habían tenido fácil. La última vez que vio a Martha estaba empaquetando cucuruchos después de la escuela, en Jacey's. Se le había oscurecido un poco el pelo, pero todavía era bonita, con sus mofletes y su sonrisa irónica. Enséñame, parecía que quería decirte cuando te miraba, y se encogía de hombros.

Carolyn le levantó la muñeca, en la que se agitaba una pulsera de eslabones pequeños. El brazo ya era como un peso muerto y la muñeca, de huesos menudos y frágiles, como la pata de un gato, quebradiza. Y sin embargo no estaba quebrada. Todo en ella rebosaba salud y vida, y ahora esa vitalidad se había echado a perder.

Alguien le había enseñado.

Tenía que volver a su consultorio, aunque después de aquello, lo único que quería era sentarse a solas en algún sitio para poder lamentarse y sentirse furiosa.

—Se espera que los médicos seamos como máquinas en momentos como éste —le decía a Tom cuando bajaban por el corredor—, que sigamos con nuestro trabajo sin ceder ni un palmo ante la desesperación. Y después

nos critican porque no nos mostramos lo bastante emocionados en los momentos difíciles.

—Tienes toda la razón. Esperan que te detengas en seco, te des media vuelta y te conviertas en el pastor que les pone las manos cálidas sobre la frente.

Trygve había dicho que no sabía cómo tratar con los bárbaros. La verdad era que, para bien o para mal, la vida en aquel pueblo no preparaba a nadie para las atrocidades. Ocurrían accidentes de coche; alguien que pegaba de vez en cuando a su mujer o a los niños, aunque normalmente el mal había que buscarlo más dentro que fuera; los accidentes con los tractores, las caídas de tejados, toda clase de fracturas de huesos y alguna que otra mutilación fortuita, triste e indisimulable. Pero no se cometían asesinatos en Hyland, no, con su población de cinco mil habitantes poco más o menos. Los dueños de las tiendas todavía iban al banco con el dinero bien visible en las bolsas de lona, y que ella supiera nunca habían golpeado a nadie en la cabeza. Cuando entraban ladrones en una casa o alguien robaba un coche, cuando las bicicletas desaparecían del jardín o las cortadoras de césped del cobertizo, todavía se tendía a echar la culpa a los forasteros, a los vándalos de Massachusetts que estaban de paso. Allí era la chismografía lo que provocaba las heridas que cometen las armas en las ciudades. Todo en conjunto hacía las guardias en urgencias más tolerables para los médicos, y les permitía dormir la mayoría de las noches. Pero también los hacía más vulnerables de lo que debieran ser, pensó.

Tuvo que buscar un hueso roto en un niño muy pequeño. Apenas si fue capaz de charlar amistosamente con él y con la señora que lo cuidaba como era su costumbre. Se trataba de una mujer mayor con una melenita redonda. Se sentía culpable, ella era la responsable del niño y había permitido que se cayera de una gran piedra que había en el patio de atrás de la casa, que era donde más le gustaba jugar. En otras circunstancias, Carolyn habría hecho preguntas sobre un sinfín de detalles a fin de aliviar la preocupación de la mujer, pero en esos momentos se sentía distraída por una docena de cuestiones que zumbaban por su cabeza como un enjambre de abejas. ¿Habrían avisado ya a los padres de Martha? ¿Quién les habría dado la noticia? Probablemente la policía, con su habitual delicadeza. ¿No tendría

que haberse ofrecido? ¡Dios santo! Seguro que querrían verla, y cuando la vieran querrían morirse, morirse o matar a alguien. Se refugió en el examen de la cabeza y los ojos del niño. Era una criatura muy dulce, hacía rato que había dejado de llorar y miraba con insaciable curiosidad todo cuanto le rodeaba. Tenía los ojos tan negros que parecían puro iris. Carolyn temía que las pupilas estuvieran demasiado dilatadas.

—Ya le hemos mirado bien las piernas y la espalda —le explicaba en aquellos momentos la cuidadora—, pero se ha caído de muy alto, y a lo mejor se ha hecho algo por dentro.

Los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente, con expresión alarmada.

Carolyn la tranquilizó, no tenía ningún motivo para pensar que había problemas.

—Sólo me estoy asegurando —dijo mientras le hacía seguir al niño la luz con los ojos, mirando la preciosa cara que tenía, con unas cejas tan frágiles como pinceladas orientales.

—Me parece que soy muy poco cuidadosa —continuó la mujer. Se puso en pie y comenzó a pasearse por la habitación.

Carolyn, menos paciente de lo que era habitual en ella, le pidió que se estuviera quieta. Su severidad resultaba tan inesperada que cuando aparecía, el destinatario solía quedar bastante sorprendido. ¿Era su condición de rubia lo que la hacía parecer dulce (para su disgusto), su trato gentil y comedido, la frecuencia de su risa? Ella pensaba que un pediatra tiene la obligación de hacer que las visitas a su consultorio sean lo menos estresantes posible para los pacientes.

—No es bueno para la medicina —había dicho una vez en público— que al niño le dé tal pataleta por tener que venir a la consulta que le resulte más fácil quedarse en casa.

Pero mientras examinaba al pequeño, no dejaba de pensar en lo poco que haría falta para destrozar esa espalda fuerte y hacer que las vértebras atravesaran la carne como bisagras dobladas. Imaginó a Martha Taverner en su casa, cuando todavía era una joven adolescente, o ni siquiera eso, once o doce años debía de tener por aquel entonces. Carolyn era muy conocida en la localidad, hasta había sido el tema de una historia publicada en el *New*

York Times, historia que, por otra parte, ella consideraba absurda, ya que la ponían como una heroína por hacer visitas a domicilio. VUELVE LA MEDICINA DEL PASADO, anunciaba el reportaje.

> La doctora Reiser cree que los múltiples factores que intervienen en la aparición de una enfermedad sólo pueden descubrirse atendiendo a todas las circunstancias que rodean la vida del paciente, cosa que incluye la vivienda.

Aún se acordaba, sí. La niña estaba sin camisa, sus senos eran diminutos, como pellizcos de masa. Subían y bajaban sobre el pecho angosto. Tenía pleuresía, y cabía la posibilidad de que hubiera que internarla en el hospital. ¿O ésa era su prima (¿Donna? ¿Denise?), que vivía con ellos y siempre estaba enferma, la que siempre tenía la nariz goteando? Sí, puede que no fuera Martha.

Pero, en todo caso, se imaginaba a una muchacha joven, una niña con un cuerpo puro que aún no había sido tocado ni deseado. El sentimiento era algo tan peligroso que rara vez se lo permitía, y en esas ocasiones, no más que unas gotas. Pero en esos instantes, el cuerpo, que era su arte y su medio de vida, le parecía demasiado frágil. Era vulnerable, lo mismo podía caer devorado desde dentro que ser destruido desde fuera por algún elemento hostil, cuya dirección era tan impredecible como la del viento. Podía cambiar y dejar que una chica como aquélla viviera otros sesenta o setenta años, o destrozarle los huesos y sus hermosas carnes y sus cabellos, y dejarla tirada por ahí. También eso era posible. Alguien había abierto la puerta de un coche y había arrojado los restos de la hija de alguien a la calle.

—Ya lo puede vestir —le dijo a la mujer, tratando de ser suave—. Vigílelo y llámeme si se queja de dolor de cabeza, tiene náuseas o parece dormir más que de costumbre. ¿De acuerdo?

La mujer, con expresión respetuosa y aliviada, cogió la camisa vaquera a cuadros azules del niño. Carolyn pensó que era una camisa tan pequeña que le iría bien a una de las muñecas de Judith.

OceanofPDF.com

BEN

Voy a hablar de ese día. Voy a empezar con lo que hacemos en un día cualquiera, y trataré de recordar. A comienzos del invierno en Hyland; la nieve caía como a mí me gusta, suavemente, sin ruido, sin viento. Miras por la ventana después de una prolongada concentración o, mejor aún, abres la puerta, y está todo cambiado, cubierto de suavidad; los ángulos se han borrado, los montones de chatarra que ofenden la vista, los guardabarros, todo ha quedado escondido. Y el olor. ¿Sabes que la nieve tiene un olor dulce? Es un poco dulce y un poco áspera, fuerte para las fosas nasales, pero así son el frío y la humedad; y el sombrero, y los guantes mojados. La nieve es como azúcar.

De acuerdo, me estoy acercando demasiado lentamente. No puedo precipitarme hacia la separación entre el antes y el después. (No, separación no hay, ni camino. Perdón. Lo que hay es un abismo.) No sería justo con nuestras vidas de *antes*. Yo no sabía que el *antes* ya había terminado, ni Carolyn tampoco.

Yo acababa de entrar con Mickey Tuohy en la casa. Los dos resoplábamos por el frío y por el esfuerzo de haber arrastrado la carga de leña del depósito de madera de su tío hasta mi estudio, así que me pareció que lo correcto era hacerle pasar al menos a la cocina, donde estaba encendida la cocina de leña, y ofrecerle algo como prueba de gratitud. No tenía por qué haber venido hasta allí con la leña, era un extra, así que le estaba agradecido.

Mickey escondía una especie de timidez dulce bajo sus modales rudos. Era corpulento, de ojos claros en una cara siempre roja, incluso sin frío. Estaba parado allí, con la gorra puesta y el mono de trabajo, y la cazadora

descuidada, con la insignia del club de vehículos para la nieve en el bolsillo: LOS DOMADORES DE RUTAS.

—¿Café, té? —le pregunté, aunque sabía que quería una cerveza—. Seguro que no. ¿Algo frío? —Y lo dije mostrándole una Heineken.

Era lacónico; todos lo son en su familia, por lo menos conmigo.

—No me pienso enfadar si me das una, Ben. Hasta te dejaría que me retorcieras el brazo.

Le alcancé una botella y cogí otra para mí.

—No habías subido hasta aquí antes, ¿verdad?

—Sí, cuando esto era de Landon y los otros. Ya sabes. Hace mucho.

Yo no tenía ni idea de la edad que tenía Mickey, aunque sospecho que ya era muy mayor, comparado conmigo y con mis amigos, para la época en que encontró su primer empleo.

—Venía mucho por aquí cuando éramos críos. Chickie Landon y Albert (aunque bueno, él era muy mayor, ya casi era un adulto), pero pasábamos mucho tiempo juntos. —Rió disfrutando del recuerdo, creo—. Debía de ser cuando la época de los coches de caballos. Teníamos ese cobertizo doble ahí fuera, ése que se quemó un verano. ¡Ah, qué incendio!

—Sí —dije yo—, a veces me parece que aquí todo se ha quemado antes o después. Casi juraría que no debe de quedar nada de lo viejo.

Asintió taciturno, pensando en cómo habían desaparecido todos los mojones del pueblo.

—O si no, lo han cambiado. Todo esto era distinto entonces —y su gesto incluía el trabajo de carpintería que yo había hecho, las reformas, y luego murmuró una de esas interjecciones que uno tiende a creer que sólo se dicen en los anuncios de Pepperidge Farm, donde salen viejos excéntricos, o en los de recipientes para enfriar el vino. Sostenía en alto su cerveza—. Te gustan las marcas extranjeras estrafalarias.

Supongo que era una acusación. Sonreí, reconociendo que había una gran distancia entre los dos.

—Bébetela.

—Había armarios donde ahora tienes esa ventana, y una ventana diminuta allá arriba. No entraba nada de luz, y de paisaje menos. —Mickey hizo sonar la palabra paisaje como otra marca extranjera estrafalaria. Ahora

se puede ver una franja bastante grande de césped, que llega hasta el campo de pastura que hemos convertido en huerto. Hay manzanos, duraznos y un peral.

—¿La pusiste tú esa ventana?

—Sí, cuando vinimos lo renovamos todo…

Pero su pensamiento volaba ya muy lejos de mí.

—Recuerdo que siempre estaba como oscuro aquí. Jugábamos a una cosa que llamábamos el Puente Cubierto. Nos arrastrábamos entre las patas de las sillas. No sé cómo podíamos hacerlo, ¿te imaginas? —Y encogió sus fuertes hombros como un gigante—. Incluso cuando éramos pequeños. La madre de Chickie siempre nos estaba encima para que no levantáramos la voz. No hagáis ruido, nos decía, si queréis sacudir las alas ya podéis salir fuera con las gallinas. Sí, me acuerdo muy bien —y rió para sus adentros, agitando la cerveza como una maraca.

—Apuesto a que Chickie Landon nunca tuvo uno de éstos —dije, dándole un golpecito a mi figura más nueva, mi chamán. La madera era tan hermosa, del color del costado de un chelo, de tonos dorados y rojos. Estaba de pie en su propio nicho, cerca de la ventana.

Mickey volvió a golpear la mesa redonda con su botella.

—No, creo que tienes razón. —Parecía un poco avergonzado—. Bueno, Ben —y sonrió con calma—, no sé si puedo preguntarte qué demonios se supone que es.

Mickey era así de respetuoso, y yo, la verdad, hubiera podido pasar muy bien sin eso. Se parecía demasiado a un mayordomo que arrastra los pies con aire resentido. Yo no creo que me dé ningunas ínfulas, pero puedo entender muy bien que él lo vea de otra manera.

Me detuve frente a mi escultura.

—Tranquilo, hombre. Preguntar no es de mala educación. Lo que quería decir es que no vas a ver uno así todos los días —y le pregunté qué creía que era.

—¿Yo?

Me encanta cuando la gente se queda parada, como si tuvieran miedo de herir tus sentimientos porque no consiguen adivinar tu idea. Cuando uno

cree que el arte está hecho sólo para ser comprendido, supongo que es normal que uno se sienta así, sin mala intención.

Pero él era valiente.

—Pues no tengo ni idea, la verdad. En serio. —La miró con cautela—. ¿Puede ser… eh… un monstruo? ¿Algo salido de un mal sueño?

Sonaba bien. Lo achuché un poco; él se resistió; tanteamos un poco más y al final él concedió que, si lo que yo había intentado construir era un chamán, una especie de curandero-guarda-protector, y, si un chamán era todo eso, entonces no estaba nada mal.

—No sé si me gustaría tenerlo mirándome cuando estoy comiendo mis cereales —reconoció—. ¿No te pone nervioso tenerlo a la espalda mirándote de esa manera?

Dije que yo lo encontraba tranquilizador, que para mí era como hacer una persona. Cuando ya tienes la piel sobre el hueso, empiezas a añadirle todo lo que te parece que necesita: le pones la luz de un coche viejo como una alhaja en la frente, que incluso brilla con la luz más débil, le llenas los brazos con cualquier cosa que pueda llevarse, lo civilizas con tu atención. Toda la vajilla, estas varillas de metal y los pedazos de cosas se los puse porque me gustaban. Supongo que le pones lo que quieres porque es tuyo, y como no puede quejarse…

—Sí —dijo Mickey—, no como tu mujer y tus hijos. ¡Eso sí que me gusta!

—Pero se estaba volviendo demasiado sombrío, así que ahora tiene su radio local en esa repisita del estómago. ¿Ves? Mira Mickey, es difícil de apreciar, pero fíjate… —y al encender la radio, nos llegó el rodar de las voces arriba y abajo del dial. Estaba terminando un popular programa de radio, y el locutor se iba a Honolulu hasta que pasara el invierno. Mickey reía como un tonto.

Me estoy dejando llevar. Todo esto no importa nada. Carolyn me llama el narcisista de la familia. Y lo soy. No traigo un sueldo a casa, no tengo un diploma del Consejo Americano de Médicos y Cirujanos Pediatras. No tengo ninguna placa de bronce en mi puerta. Intento no estar a la defensiva

y a veces lo consigo. Mientras tanto, supongo que estarán de acuerdo en que sería mejor que tuviera algo.

Bueno. El caso es que le agradecí a Mickey que me hubiera ayudado con la leña y le acompañé a la puerta. Había nevado otra vez.

—Ten cuidado al bajar la colina, Mickey. Hay una curva muy fea allá abajo. Y cuando resbala es muy peligrosa.

—Ah, como si no lo supiera. Me acuerdo que una vez salí disparado hasta el campo que hay al otro lado del camino.

Parecía contento con la perspectiva.

Cuando se fue, me quedé en el vano de la puerta, mirando al exterior, sintiéndome abrigado y seguro, como cuando el frío está fuera pero tú tienes los pies bien secos y calentitos. Esperaba con ansiedad la larga noche. Había cogido un vídeo en el pueblo, una película sobre Van Gogh, y nos íbamos a reunir todos en la madriguera para verla juntos. Tenía que buscar el tiempo para poder estar con los chicos, pero era cada vez más difícil. Por aquellos días Jacob estaba siempre ocupado, por principio. (Aunque, claro, si con la película podía librarse de los deberes de la escuela, tal vez podría conseguir que mostrara un poco de entusiasmo.) Yo pensaba que el vídeo daría para un buen debate: la locura de Van Gogh, su talento, si era necesario o no sufrir como él. Y una estupenda pregunta para un adolescente: ¿quién era el responsable de su sufrimiento, él, el mundo? A Jacob y a mí nos encantaba enzarzarnos en peleas. A veces pienso que tomábamos partido por las cosas sólo para tener unos colores que defender. Él se estaba volviendo muy agudo. Judith todavía era muy pequeña para participar, pero prometía. Yo sentía que aquello era como un entrenamiento para ellos, una manera de contrarrestar la influencia de sus amigos, torpes y poco diestros a la hora de expresarse, y siempre amilanados por la nieve. Pasaban con ellos la mayor parte de su tiempo. (Yo amaba Hyland por cientos de razones, pero la vida intelectual de su población estudiantil no era por cierto una de ellas.)

Preparé la cena. Eso siempre ha sido parte del trato. Cuando Carolyn sale y se va a los claros espacios fluorescentes de su consultorio y del hospital, se olvida por completo de la casa. Yo no tengo que responder ante nadie, pero a cambio me ocupo de las tareas de la casa (que me gustan) y de

paso divierto a muchos tipos del pueblo que conozco. Nunca me han dicho a la cara que creen que mi mujer me tiene dominado —es expresión de ellos, no mía—, pero estoy seguro de que entre ellos lo comentan. Pero ¿y qué? Mi mejor plato es pescado a la veracruzana —lleva aceitunas verdes, salsa algo picante—, y podría figurar en el menú de cualquier restaurante. En New Hampshire casi no se puede comer comida exótica, así que tiene que hacerla uno mismo, y yo he logrado dominar bastante bien tres o cuatro variedades de cocina. Jacob y Judith eran valientes, y creo que Carolyn se sentía aliviada de ver que había convertido aquella obligación en un proyecto y que me sentía orgulloso de lo que hacía.

(«Tu cocina es competitiva —me dice siempre, dando a entender que eso es lo que se espera de un hombre que se mete en la cocina—. Aprendes nuevas recetas y te inventas tus propios métodos, como si estuvieras escalando una montaña.» No sé si eso es verdad, ni si es bueno o malo. No es algo que tenga que justificar ante nadie.)

Carolyn entró cuando estaba poniendo la mesa, los mejores manteles individuales que tenemos, un extra especial para el Sabbath, que, por otra parte, no guardamos. Desde el vestíbulo me gritó:

—Voy a tener que hablar muy en serio con Jacob. Últimamente aparca el coche sin ningún cuidado.

Entró en la cocina con el rostro sonrosado. Tenía los cabellos mojados. Seguramente se había mojado con la nieve. Me saludó con un breve abrazo.

—Ha puesto el coche de tal manera que ocupa casi todo el garaje. Casi no puedo entrar.

—Ah, señora —dije, y la abracé—, no permitáis que una mera circunstancia se interponga entre nos y vos. Traed vuestro cuerpo a la cama sabática, donde haremos…

—Ben, ¿estás loco?

Fingí ofenderme.

—Entonces ¿qué? ¿Os ofendo acaso?

Me dio un empujoncito amistoso.

—¿Qué comemos, encanto? Espero que algo caliente, estofado, o caldo.

En realidad, no lo hacemos tan mal, pero de tanto en tanto, más en presencia de amigos que cuando estamos solos, Carolyn parece cohibida de

que la sirvan como si fuera ella el marido. Éste es un pueblo pequeño, y la gente siempre espera las cosas tradicionales, leche con bizcochitos después de la escuela y ¿a que no adivinas quién los ha hecho? Pero hoy no.

—Chile.

—Genial —y me gané un beso por aquello—. ¿Judith está arriba? —Se agachó para quitarse las botas. Aun ahora, se haya convertido o no en una rutina, me excita verle sus pantorrillas pálidas, así, tan de repente.

—Hemos tenido unas palabras por las clases de piano. Vamos a tener que sentarnos con ella, a ver si quiere seguir o no.

Carolyn había ido hasta la alacena donde guardamos el vino.

—Hoy necesito un poco de esto.

Sirvió un par de vasos generosos para los dos, aunque no me había preguntado si quería, ni yo había dicho nada. Luego me contó lo de Martha Taverner.

—Me sorprende que no hayas oído los detalles en tu radio.

—No la he tenido encendida —dije, casi mareado por la conmoción—. Sólo un momento, cuando le enseñé el chamán a Mickey Tuohy.

Yo conocía al padre de Martha, del *softball*. No éramos amigos, pero era más que un rostro para mí. Se trataba de un hombre más bien menudo, delgado pero fuerte. Era segunda base, y tenía las piernas ligeramente arqueadas. Gozaba de una energía increíble. Cuando perdíamos, se ponía de mal humor y trataba de cargarle la culpa a otro. Pero cuando ganábamos se emborrachaba de alegría. Tenía una risa contagiosa.

Lo único que fui capaz de decir fue:

—Dios mío —como si aquello pudiera borrar de mi cabeza la imagen de su hija muerta.

Justo en ese momento llamó Judith desde arriba. Supongo que había oído a su madre.

—¿Dónde está el chico? —me preguntó Carolyn.

Tuve que pensar por un instante. Ella había dicho que el coche estaba en el garaje, pero me di cuenta de que no lo había visto.

—¿Tiene puestas esas dichosas cintas? —preguntó—. No las oigo.

—No. Judith ya estaba aquí cuando volví, pero él debe de estar… bueno, no sé. A lo mejor está durmiendo.

Los adolescentes duermen. Dicen que es normal. A veces pienso que él se iba arriba, se pasaba una hora o así acostado a última hora de la tarde y cuando bajaba era cinco centímetros más alto, y tenía dos números más de pie.

—Bueno. Déjalo un rato más. Esto aún tiene que espesarse. Todavía no ha alcanzado su quintaesencia.

Levanté la tapa. El vapor del chile ascendió y envolvió nuestras caras, como una nube cálida, dulce y picante a la vez.

Entonces sonó el timbre.

Sonó en medio de los sonidos que nos eran tan habituales. Chirrió de una forma tan aguda que, cuando traté de recordarlo, o incluso antes, sonó como el gong de los combates de boxeo, con urgencia, como un desgarrón en el espacio y el tiempo que anuncia crueldad y sufrimiento.

He oído hablar de esas historias, y dicen que sólo son una estructura bien hilvanada con la relación de las cosas tal como eran *antes* y como quedaron *después*, como quedaron rotas, para ser más exactos, por esa palabra que arranca tejados, que cae como un hacha, que corta la leche. La sangre. Todo lo que hay de cambiante en el mundo, el destino, la fatalidad, todo está comprendido ahí. *Y entonces*… Pero eso no significa que uno tenga que reconocerlo cuando se presenta.

Carolyn depositó el vaso sobre la mesa redonda que yo había empezado a preparar. Recuerdo que más tarde lo encontré y me bebí lo que quedaba, cuando ya estaba más allá de sentir nada, ni su calor, ni la textura, ni el sabor. Para entonces ya no eran más que heces de siglos atrás.

Pensé que sería alguien que no podía subir la cuesta de la colina. Cuando hace mal tiempo tenemos que sacar nuestra cadena de remolcar y subir a nuestros vecinos de un tirón. Sucede un par de veces todos los inviernos.

—Fran —le oí decir a ella sorprendida. Acababan de entrar en la cocina, y ella sonreía con una expresión algo aniñada. Él la pone nerviosa—. ¡No me habías vuelto a llamar doctora Reiser desde que nos vinimos a vivir aquí! ¿A qué viene esto ahora?

Fran Conklin entró detrás de ella vestido con su parca, el sombrero de lana azul marino calado hasta los ojos y botas para la nieve que dejaban

charcos grandes y sucios en su estela. Se sacó el sombrero y se quedó de pie, sujetándolo como un niño al que le han echado una regañina.

—Ben —dijo, y me estrechó la mano con fuerza.

—Hola, jefe. Una visita fuera de servicio. ¿No me diga que lo tienen recogiendo dinero para el fondo de pensiones de la policía? Con este tiempo.

El jefe de policía y yo hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Lo que tenéis que entender es que aquí en el campo, o como queráis llamarlo, la gente no ve a la policía con tanta suspicacia como en la ciudad. Si hay aquí alguien que tiene poder, no son ellos, sino las familias ricas y antiguas (que son generalmente las mismas). No son más que gente de aquí, chicos no especialmente violentos que cumplen con un trabajo necesario para la comunidad. Ellos mismos se tienen que comprar las armas y los uniformes. Y cada vez que el departamento necesita un nuevo coche, tienen que suplicar, y al final acaban comprando algún coche usado en cualquier parte. Pero incluso así, el jefe es un hombre de armas tomar, y hemos tenido algún que otro encontronazo. Una vez, por ejemplo, puse una escultura en el parque del pueblo, cerca de la cascada, para la celebración del 4 de Julio. Se suponía que representaba a la familia americana, con un perrito de madera y un gato sobre ruedas incluido, y la había hecho con repuestos de camioneta. A la gente le encantó, y los niños se subían encima como si fuera un juguete. Les hacía reír. Yo estaba feliz. Por primera vez había pasado la barrera. Lo entendéis. Pero el jefe no. Se puso como una fiera conmigo y lo llamó desecho o basura o algo así. No recuerdo exactamente cómo fue, pero dijo que tenía que sacarla, que era una ofensa para la vista. Madera sin pintar barnizada con un montón de detritus no biodegradables: envases de McDonalds, un trozo de unas Adidas y otro de una rueda, un botón que decía LIBERTAD PARA LYNDON LAROUCHE. Ganó Fran, tenía el poder de su lado, pero no antes de que el periódico me diera su bendición editorial —«A ver si se entera, señor policía. En la actualidad el arte está en el ojo del espectador»— y de que le hubieran hecho sentir que era un muermo.

A pesar de todo, no estábamos enemistados. Él era un hombre muy celoso en su trabajo, igual que yo en el mío. Los dos éramos unos fanáticos,

así que ya teníamos algo en común, y para aquel entonces, ya nos reíamos del incidente. Pero ese día, en nuestra cocina, en medio de los efluvios del chile y el humo de la leña, no se encontraba nada cómodo.

—¿Estáis ocupados los dos? Imagino que has tenido mucho trabajo, Carolyn.

—Ah, sí. Supongo que siempre tengo mucho que hacer —y sonrió un poco desconcertada, podía verlo en sus ojos.

—¿Le sirvo algo, Fran? ¿Una cerveza, si no está de servicio?

—No, gracias, Ben, no hace falta. Que, ¿sigues arreglándotelas para seguir ocupado esta temporada? Seguramente estás bien abrigado en ese taller tuyo.

—Sí, sí. Acabo de comprarme una bonita estufita, una de esas preciosas miniaturas de la Fisher, con ciervos y todo en el costado. Es una auténtica pieza de artesanía. Está tan caldeado que lo único que me dan ganas de hacer es dormir. —Y mientras hablaba me di cuenta de que, cuando hablo con Fran o con Mickey, siempre digo las cosas incompletas, me olvido de cosas, como lo del taller que está caldeado, o cuestiones por el estilo, como si decir las frases completas fuera pretencioso.

Fran asentía mecánicamente; era evidente que no había subido hasta allí en medio de la tormenta de nieve para saber cómo nos encontrábamos. Vi que respiraba hondo.

—¿Jacob anda por aquí?

—En realidad no lo sabemos. Hemos llegado hace muy poco los dos. Pero el coche está fuera.

—¿Quieres que vaya a ver si está? —se ofreció Carolyn—. Miraré arriba por si está dormido, Fran. ¿Lo… necesitas para algo?

Él frunció un poco los labios, como si estuviera dándole vueltas a algo en la boca.

—¿Por qué no vas y miras si está, Carolyn? —dijo, tal vez con demasiada suavidad. Sonaba como si tuviera miedo de romper algo.

Mientras Carolyn subía a buscar al chico, yo lo observé con severidad. Estuvo canturreando durante unos segundos, cosa que era absurda, con las manos metidas en los bolsillos. Era un hombre con un rostro ancho, y tenía

la frente rayada como una partitura musical, llena de arrugas. Desde haría un par de años, había empezado a salirle papada.

Carolyn volvió a bajar, preocupada.

—Es evidente que no ha estado arriba. Y Judith tampoco le ha visto. ¿Qué pasa, Fran? ¿Qué pasa?

—Voy a… —Se detuvo en seco—. Está… —y volvió a detenerse.

Cuantos más rodeos daba, más nervioso me ponía yo. Si Jacob hubiera estado herido, Fran nos lo hubiera dicho y no habría venido buscándolo.

—Bueno. —Parecía resignado—. Hace un rato ha pasado algo en el camino de Poor Farm. Algo muy grave —tenía el rostro rojo y sudoroso del esfuerzo que le estaba costando decir todo aquello—, y estamos buscando a algunas personas para aclarar ciertos detalles.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —Los dos lo dijimos. Los dos lo sabíamos.

—Carolyn… —se volvió hacia ella—. Han matado a una chica.

—Ya lo sé. La he visto. —Ella siempre estaba al tanto de todas las noticias.

La brusquedad de la respuesta pareció tomar a Fran por sorpresa. Vi cómo se le endurecía el rostro.

—La has visto.

—En urgencias. La llevaron allí, pero ya no tenía salvación —Carolyn se retorcía las manos. Nunca la había visto hacer eso—. Fue terrible, créeme. Tú ya lo sabes. Nos llamaron a todos.

Fran se aclaró la garganta. Lo menos que podía decirse era que estaba muy incómodo.

—Entonces ya sabes de qué va la cosa. Y sabes quién era.

—Pero, ¿para qué quieres hablar con Jacob? ¿Qué…?

Fran apartó la mirada. Miró al chamán, en su rincón, algo sobresaltado, luego volvió a mirarnos a nosotros.

—No me gusta tener que decir esto —se limitó a comentar—. De verdad que no. Hay días que os juro que preferiría estar dirigiendo el tráfico antes que tener que llevar todo este circo. —Juntó las manos e hizo sonar sus nudillos. Es algo que me pone frenético. No se por qué la gente se cree que tiene derecho a obligar a los demás a escucharlo. Procuré controlarme, pero me resultaba muy difícil—. Bueno, alguien ha visto a Jacob con esa

chica. La fue a buscar al trabajo. Ella hace cucuruchos de helado en Jacey's, al salir de la escuela. —Volvió a sonrojarse—. Hacía. Hasta en invierno… Parece que la gente no se enfría ni siquiera en invierno, ¿eh? —Una risita. Un intento, para ser justos, de mostrarse comprensivo y amable con las víctimas—. Llegó en su coche y se fueron juntos como siempre.

—¿Sí? —dije, en voz demasiado alta—. ¿Con Martha Taverner?

Es posible que nunca os lo haya comentado, puntualizó Fran, y que ya sabemos cómo son los chicos. Pero mucha gente los había visto juntos ese y otros días. Y alguien llamó a la policía, alguien que había visto aquella atrocidad de delante del cerco de Tuttle, la chica destrozada, muerta. Tenía que hablar con Jacob. Entonces lo comprendí, de repente, y me pregunté en qué había tenido la cabeza hasta ese momento para no darme cuenta antes. Comprendí que cuando el jefe en persona llama a tu puerta, es mejor que te hagas a la idea de que tienes problemas. Así que estallé.

—Mira, Ben, no quiero adelantar acontecimientos, ¿sabes? Jacob es la última persona a la que me gustaría ver acusada de una cosa como ésta. Estamos hablando de un asesinato, de una chica a la que le han dejado el cráneo… Bueno, no hace falta que lo diga, Carolyn. Tú misma lo viste. Y de verdad, no me gusta tener que sospechar de nadie sobre una cosa así, ni de tu hijo ni del de nadie.

—O de alguien que pasaba —apunté.

Él trataba de ser complaciente.

—O de alguien que pasaba.

Y entonces cambiamos de marcha. Me estoy obligando a largar todo esto porque supongo que todavía están allí escondidos los jirones de nuestra inocencia, los pobres harapos de nuestro no saber. Luchábamos por no quedarnos mudos.

—Y no sabéis dónde está —dijo Fran.

Carolyn frunció el ceño, como hace cuando está considerando algo que no consigue entender.

—El coche está en el garaje. Quisiera… —Y se detuvo, porque no había mucho más que pudiera decirse.

Él quiso ver el coche.

Carolyn hizo ademán de ir a coger las llaves.

—No. Un momento —dije tan de golpe que hasta me sorprendió a mí mismo—. No puedes hacer eso.

—¿Hacer qué? —preguntó él.

—No creo que tengas derecho a hacer eso, a registrar el coche de nadie, no sin una orden.

Carolyn estaba estupefacta. A veces, tal vez demasiadas, es una buena chica por debajo de esa imagen de serenidad y autocontrol que da siempre.

—Benjamin —dijo en un tono que no me gustó nada—. Se trata de Fran. Le conocemos. No es un policía cualquiera.

Le dije que ya sabía quién era, gracias. Que confiaba en él y que era consciente de que estaba cumpliendo con su obligación. (Y más tarde, pensé, trataré de sugerirle que no me hable de esa manera en público, como si fuera uno de esos niños que atiende en su consulta y que han estado dándole su medicina al gato.)

—Una orden —repetí—. Sí, una orden para venir a husmear. ¿Qué tiene eso de raro?

Estaba tratando de imaginarme a Jacob, ami hijo, y ni siquiera podía verle la cara. En cambio, el cuerpo sí se lo veía. Su flamante chaqueta del equipo de lucha libre, con una camiseta que deja al descubierto los hombros, unos hombros que al fin se estaban ensanchando, después de años de ser demasiado pequeños, demasiado flacos. La nuez, que le sobresalía de un modo exagerado en aquellos días, como una erección. Era un chico majo, aunque nada del otro mundo. (Mejor, le decía yo, aunque, claro, él no estaba de acuerdo.) Pero no podía evocar sus facciones, era como si no le hubiera visto durante meses. El misterio de la desesperación, eso que se apodera de la mente y el corazón, le había echado un cerrojo a mi memoria. Había *desaparecido*, desaparecido por completo. Tenía que verlo en persona, y pronto.

Entonces llamé a Wendell, el único amigo que tenemos que además de amigo es también abogado. (Una de las muchas cosas buenas de Hyland es que uno tiene que conocer a muy pocos abogados.) Era demasiado tarde para llamarle a la oficina, pero tampoco estaba en casa. Solamente el contestador inane me soltó su rollo, que yo achaqué por completo a Steph: «Wendell y Stephanie lamentan no poder atender el teléfono ahora, pero

quieren que sepas que aprecian tu llamada». Stephanie, con su voz jadeosa. Ella estaba siempre con su paliza de la iglesia, y él era funcionario estatal. De todos modos, me gustaban, aunque a veces me agotaban la paciencia, y un día de éstos, pensé con bastante poca generosidad, porque necesitaba a Wendell urgentemente, se van a enterar. Dejé mensaje de que me llamara inmediatamente, en cuanto volviera.

Judith había bajado cuando yo estaba al teléfono. Nos miró con los ojos muy abiertos y fue directamente hacia su madre, que le rodeó los hombros con gesto protector. Deseé que fuera lo bastante pequeña como para poder mandarla fuera de la habitación y evitarle esa escena. Deseé que todos fuéramos lo bastante jóvenes, por lo menos un día más jóvenes, y pudiéramos estar de nuevo del otro lado del *y entonces*… Pero ya tiene doce años. Ya es una de nosotros.

Fran y yo discutimos. Dijo que tenía que comprobar el estado del coche de Jacob. Yo le dije que el coche era mío y que, por lo que yo recordaba de esas cosas, necesitaba una orden judicial o algo así. Él me dijo que jugar al abogado competente sólo haría las cosas más difíciles (supongo que estaba hablando de los sentimientos, en realidad), y lo retrasaría todo.

—Sé que eres su padre —dijo en tono conciliador—, y quieres protegerlo. Yo también tengo hijos —pero tenía que volver a preguntarlo—: ¿No sabes dónde puede estar? ¿Tenía algún plan especial para hoy, Ben? ¿Sabes algo que me estés ocultando?

Miró a Judith.

—¿Has visto a tu hermano, pequeña?

Judith iba a abrir la boca, pero yo la interrumpí con un grito.

—¡Eh! No puedes hacer eso. A ella no la metas, ¿quieres? Mira, te voy a decir una cosa que sé y que no te había dicho. Conozco a mi hijo…

—Por favor —dijo Carolyn, como si yo fuera el que estaba actuando sin ton ni son—, por favor, Ben.

Pero aquel hombre estaba insultando mi cocina, a mi familia, mi día, mi vista. Estaba sugiriendo algo increíblemente insultante, y lo estaba haciendo en mi propia casa.

—Ya te he dicho que no lo he visto desde que se fue a la escuela esta mañana, ¿vale? Tomamos el desayuno. Carolyn ya se ha ido cuando

nosotros desayunamos. Comimos barquillos congelados, ¿verdad, Jude? —Ella asintió. Seguía sin habla, como alguien que se encuentra secuestrado y no está seguro de si es correcto o no que hable con sus captores—. Con pura miel de arce, ¿sí? La hicimos nosotros mismos. No es de primera calidad, pero está buena. Él tomó café. O en realidad, azúcar con un poco de café. Té para mí. Chocolate caliente para Judith. Se llevó el almuerzo en una bolsa. Lo sé porque yo se lo envolví: sándwich de atún en pan de centeno, una manzana, y unas buenas galletitas con unas onzas de chocolate. Y esa porquería que le gusta tanto masticar, Sunburst o algo así; siempre los tira…

—Starburst —dijo Judith, respirando con suavidad.

—Starburst. Dice que lo mantiene despierto en clase. Eso es. Eso es lo que sé.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? —me preguntó Carolyn en plan muy poco colaborador.

—¿Quién dice que tengo miedo?

Nos mirábamos el uno al otro.

Ella intentó calmarme un poco.

—¿Por qué estás tan enfadado? ¿Por qué miras al pobre Fran como si fuera un enemigo?

En alguna parte del proceso Fran se había convertido en el pobre Fran.

—Estoy segura de que Jacob puede demostrar que no estaba con la chica. Tal vez se bajó del coche y se fue andando. O tal vez la dejó en algún sitio. Hay mil… ¡Fran! —exclamó de repente, y se llevó la mano a la boca. Al fijarme, pude ver que era una mano áspera, muy ajada, aunque ella la cuidaba lo mejor que podía; tenía las uñas largas, y llevaba muchos anillos en los dedos—. ¿Cómo sabemos que está bien? No hemos pensado… ¿y si algún loco les hizo algo a los dos? Tal vez Jacob está herido o secuestrado o…

—A ver, a ver —dijo el jefe, sin prestarle la menor atención—. ¿No se os ocurre dónde puede estar? ¿Qué estaría haciendo ahora si fuera un día normal y corriente?

Nos miramos.

—Sus amigos —sugirió Judith. Tal vez fuera la que mejor conservaba la calma de los tres, como si el tener que sonar adulta la elevara a un nivel superior, mientras que el resto de nosotros caíamos en picado de una forma alarmante—. ¿Por qué no llamáis a Frodo y Jackie?

Es una chica ingeniosa, pensé con gratitud, un oasis de calma y de frescura. Tenía el pelo corto y rubiazco, cortado a lo chico. El pecho empezaba a desarrollársele entonces, aunque era bailarina y gimnasta, sus piernas tenían una vida propia, giraban y giraban como los radios de una hermosa rueda, así que el resto de su cuerpo seguramente se quedaría plano como una tabla de planchar, pero con unas curvas hermosas.

—Si queréis los llamo yo.

La radio de Fran emitió un sonido repentino. Escuchó algo que sonaba a chino agresivo, susurró algo en respuesta y se volvió para irse.

—Por favor, Ben —me dijo ya en la puerta—, procura no ponernos las cosas más difíciles. Es posible que tu hijo tenga una coartada perfecta, y entonces no habrá ningún problema. Es lo más probable. Yo seré el primero en alegrarme si resulta que es así. No sé por qué no confías en mí. Pero por favor, no pongas obstáculos a la ley, ¿quieres? Eso no le hará ningún bien a nadie. Búscate un abogado si quieres, pero no obstruyas nuestras investigaciones, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —le aseguró Carolyn. La perfecta anfitriona hasta el amargo final—. Él sabe perfectamente. Él…

—Además, hacedme un favor los dos. ¿Por qué no os paráis por un momento, sólo un momento, a pensar cómo lo estarán pasando Terry y Mike Taverner, allí en su cocina? Tú lo viste, Carolyn. No tengo que contarte nada. Han tenido que darle un sedante a Terry. Somos juguetes de la fortuna, eso es lo que somos. Nuestros chicos son…

Yo no me sentía muy tolerante.

—¿De dónde has sacado eso, Fran, de un cursillo de policía de fin de semana?

Era mucho menos que amable de mi parte. Me merecía la mirada que me lanzó mi esposa.

Pero Fran, además de tener dignidad, era un hombre desenfadado.

—Pues si quieres que te diga la verdad, de mi sacerdote. Precisamente el domingo pasado llamó a su sermón «Juguetes de la fortuna», y era sobre cómo estamos viviendo en peligro cuando amamos a alguien, aunque sea a nosotros mismos. Eso dijo. Y después preguntó…

—¿No te estaban buscando, Fran? —Tal vez si se iba podríamos volver adonde estábamos al principio.

Yo sabía que tarde o temprano acabaría lamentando mi brusquedad, pero tal como yo lo veía, él había venido a mi casa para decirnos que sospechaba que nuestro hijo había matado a una chica y estaba escondido en casa o en algún otro lugar. En casa, sí. Tal vez Fran creía que lo teníamos arriba, o refugiado en el sótano, acurrucado detrás de la caldera, y mientras hablaba con nosotros miraba y escuchaba con atención, palpando la atmósfera de la habitación, analizando cada uno de nuestros movimientos, atento a cualquier pequeño crujido de la madera que pudiera indicarle que alguien había hecho algún movimiento en algún lugar de la casa. Había sido la media hora más ofensiva e irreal de mi vida, y al final, lo único que pude hacer fue abrirle la puerta y desterrarlo agradecido, sin siquiera poder ofrecerle la falacia de una despedida amistosa.

Todavía tenía en mi mano el frío cerrojo de la puerta. Era negro, de hierro forjado, parte de la historia colonial que habíamos devuelto a la casa, y en la palma de mi mano lo sentía como algo duro y elemental, como si fuera una parte de un arma de fuego. Me quedé allí parado, aferrado al cerrojo y mirando la madera vieja de la puerta, que tiene tantas grietas que es casi un milagro que no deje pasar el frío. Pensaba en lo extraño que era todo aquello. Es curioso (o tal vez no tan curioso, sino peligroso) pero me parece que no creo demasiado en la *realidad*. Lo digo en serio, aunque pueda sonar absurdo. Los hechos no me parecen tan reales como las cosas que imagino. Vivo dentro de mi cabeza como no lo hace Carolyn en la suya. Aunque supongo que en su caso es mejor así, es mejor para los padres alterados que acuden a su consulta cuando sus bebés se están ahogando o gritan de dolor y ella tiene que averiguar qué pasa y qué hay que hacer. Yo vivo para inventar cosas. Un hecho real, para mí, es la coincidencia de dos pedazos de

madera que quiero pegar, o el encontrar dos piedras que hagan juego para ponérselas a modo de ojos a alguna de mis creaciones. De modo que aquello era doblemente irreal para mí. En primer lugar, me resultaba imposible imaginarme a Jacob huyendo, ni siquiera podía imaginar remotamente que pudiera tener algún problema serio, y menos aún que era culpable de… me faltan las palabras. Una atrocidad. La última vez que lo había visto tuvimos unas palabras porque había dejado vencer tres multas de tres dólares en la biblioteca. No podía imaginármelo dando pasos reales en el mundo real. Quiero decir, que me resultaba difícil concebir que nada que nosotros hiciéramos pudiera suponer ningún cambio en el mundo real. De manera que me sentía como si todo aquello fuera la pesadilla de algún otro: me negaba a creer que era mía, o más bien, nuestra. Suya.

Pero Carolyn no me dejó. Me obligué a caminar de vuelta a la cocina para enfrentarme a ella. Judith estaba de pie frente a la cocina de leña, con las manos en alto, como si se hubiera quedado congelada.

—Tendrías que haberle permitido que registrara el coche —dijo Carolyn.

—Y un huevo. No si no me lo dice un abogado. Y no me vengas ahora con eso de que es mi amigo. Ningún jefe de policía es amigo mío cuando está cumpliendo con su deber.

Se acercó para rodearme con sus brazos, o para que yo la tomara entre los míos, no sé. El caso es que nos abrazamos.

—Por favor, Ben —dijo contra mi pecho—. Que esto no es una conspiración. —Apoyó una oreja contra el pecho y volvió la cabeza para mirarme—. A veces tu impaciencia te trastorna.

No podía creerlo.

—No es impaciencia, es rabia. Nunca matan a nadie por aquí, así que supongo que Fran se está dejando llevar. Se creerá que estamos en *Canción triste de Hill Street*.

Judith se movió.

—A lo mejor está encubriendo a alguno de esos estúpidos amigos suyos que son tan raros. A lo mejor se han escapado juntos.

Consideramos la idea: ¿los chicos juntos? No ayudó mucho, la verdad. De todos modos, Jacob no era de esa clase de chico.

Nos quedamos allí de pie, y entonces Judith se unió a nosotros y los tres nos apoyamos los unos contra los otros, hasta que tuvimos que hacer algo. Al menos yo lo hice. No tenía adonde ir, pero eso no significaba que pudiera permanecer sin hacer nada por más tiempo. Fui hasta el escritorio donde guardaba la billetera y las llaves cuando estaba en casa. Cuando cogí las llaves, su tacto se me antojó extraño. Mi mano era extraña. Si me hubieran dicho que las moléculas del mundo se habían reordenado, una pequeña danza de estructuras básicas que se alteran y se colocan en un orden distinto, lo habría creído.

En enero oscurece asombrosamente temprano, aunque ya estuviéramos ligeramente en el límite del solsticio. Había luna, y se veía cruelmente hermosa, pensaba yo (aunque también caí en la cuenta de lo poco original y lo melodramática que era aquella idea). Pero, de cualquier modo, sentía como una provocación la manera en que la luna parecía tender ese sendero de luz trémula, de polvo de diamantes, directamente hacia el garaje, que quedaba junto al taller que yo había levantado en el cobertizo, a unos sesenta metros de la casa.

Donde caía la luz, la nieve aparecía de color lavanda, como en un planetario donde la extraña iluminación altera los colores y tiñe el blanco de un azul eléctrico. A Jacob y a mí nos encantaba ir al museo de la ciencia de Boston. Él había pasado no hacía mucho por esa edad en que la saga ruidosa de planetas y sus órbitas y sus inexplicables hazañas, contrarias a la ley de la gravedad y narradas por un hombre con voz profunda y oficiosa, le resultaba excitante. Se emocionaba con facilidad y no se avergonzaba de ello. O al menos así había sido hasta entonces. Pero ahora no. No hay muchas cosas que emocionen a un chico de diecisiete años, aparte de sus músculos y sus victorias sobre las mentes y los cuerpos de los otros chicos.

Hacía mucho frío, lo suficiente como para que mis fosas nasales se colapsaran, y había humedad. La temperatura estaba muy por debajo de los cero grados. Las huellas que dejó el coche de Carolyn cuando entró en el

garaje aún eran visibles. Les había caído un poco de nieve fresca por encima, pero no la suficiente como para suavizar siquiera los bordes. En cambio, vi que las huellas del coche de Jacob estaban bastante desdibujadas; les había caído bastante nieve, y hacía mucho que habían empezado a perder la definición. Carolyn tenía razón, el coche no estaba bien aparcado, no había respetado la línea, y estaba atravesado en medio del garaje. Más que aparcado, casi parecía que lo habían dejado allí tirado.

Dios santo, ¿qué habría pasado? Encendí la débil luz del garaje y utilicé mi linterna. El coche era un viejo Dodge marrón, con un interior que olía a antiguo y que parecía una sala de juegos vacía, demasiado grande para haber sido bonita alguna vez. Estaba desordenado, como siempre: envoltorios de caramelos, un par de avisos de la escuela en el suelo, un manual de informática con la cubierta destrozada. Si Fran hubiera visto eso se hubiera preguntado a qué venían tantos recelos. Moví mi linterna por el coche: había algunas colillas en el cenicero, pegadas con chicle que a la luz de la linterna parecía de color gris. (Él dice que no fuma, y en esos momentos me hubiera sentido la persona más feliz del mundo con aquel pequeño acto de desobediencia, o hasta con una mentira.)

El asiento trasero también estaba cubierto de restos. Es asombroso, pensaba yo, el modo en que el espíritu de la desorganización infecta todo lo que toca, cómo se multiplica, tan deprisa como la porquería que seguramente reptaba por allá abajo. Era todo un logro que no hubiera también calcetines de gimnasia o toallas mojadas, que le habrían dado al coche exactamente el mismo aspecto que a su cuarto. Los libros de texto estaban tirados sobre el asiento, y había una bolsa grasienta con una servilleta dentro; donuts, probablemente. Olía a fritura. Terminé de escudriñar el asiento con mi rayito. Bueno, Fran, pensé, es todo tuyo.

En el último momento se me ocurrió echarle un vistazo al maletero. Empezaba a sentirme inundado por una sensación de alivio, como esa atmósfera pálida que la luna creaba allá afuera. Seguía siendo un misterio dónde podía estar Jacob, pero ya no había nada sospechoso. El maletero se abrió y la tapa se levantó con la lenta deliberación de un puente levadizo, y sentí que me iba a desplomar por la falta de aire. Porque sabía que lo que estaba viendo era sangre. No era roja, ni siquiera marrón. Todo estaba gris,

como si se tratara de una película en blanco y negro, pero podía ver la forma de las manchas y, peor aún, las salpicaduras, que yo sospechaba que venían del gato.

El gato estaba allí tirado, fuera de la cubierta donde guarda las herramientas y los recambios. Lo habían arrojado allí con descuido, sobre una confusión de… no hubiera sabido decir exactamente qué. Me pareció ver una toalla de playa, con una tira cómica de Garfield, o algo así, las palabras y el dibujo. Sé que vi una mochila, y es posible que también hubiera una camiseta. Yo llevaba puestos unos guantes gruesos, y recogí el gato con dedos torpes. La parte de la rosca parecía mojada. Tal vez fuera aceite. (Imposible. ¿Quién se para a engrasar un gato?) Sosteniendo la herramienta en mis manos como si fuera algo a lo que le han retorcido el cuello, lo saqué afuera, a la luz de la luna. Luego me quité un guante y lo agarré con los dientes como un perro, y toqué las grandes manchas oscuras que había en la toalla y en los surcos de la mochila de nailon. Es innegable que estaban mojadas, muy mojadas, y cuando las froté con la mano, me quedó la parte carnosa de los dedos de color de herrumbre.

Cuando me volví con la boca seca, vi que algo había quedado atrapado en el borde del viejo cubo de la basura, que estaba en un rincón, hecho polvo. Era un guante de lana, pero no el guante de un niño, era grande, de color gris, y tenía los dedos muy dados. Lo reconocí sin siquiera tocarlo. Por favor, rogué, por favor.

Pero era de él, y estaba oscurecido por la sangre, que ya había empezado a helarse. Lo olí. Tenía ese extraño y penetrante olor de la lana mojada, ese olor al que tan acostumbrados estamos aquí porque siempre poníamos nuestras gorras y nuestros guantes a secar al radiador. Sabía que eran suyos porque siempre estaba diciendo:

—No hacen juego con mi chaqueta. Son feísimos.

Pero no había querido desprenderse del dinero que hacía falta para comprar otros. (Yo no pensaba comprárselos, porque aquéllos aún estaban bastante bien. Si tanto le importaba, ya sabía lo que tenía que hacer.) Me manché los dedos. En el fondo del canasto, encima de un revoltijo de papeles y de una lata de aceite vacía, encontré el otro e hice con él una pelota en la mano. Basta ya de «por favor».

Luego miré al suelo y vi unas pisadas que se alejaban del coche, no eran las mías. Cuando hay nieve en el suelo no se puede ocultar nada. Es tan fácil como para un perro seguir el rastro de los ciervos. Por eso siempre amonestan a los que dejan a los perros sueltos, porque en esa estación cruel, pueden seguir el rastro de los ciervos con demasiada facilidad. Con lentitud, como si yo mismo estuviera acosando a alguien, las seguí a cierta distancia para no confundirlas con las mías. Se detenían en el cerco. Tal vez ahí se había parado a pensar en serio y había comprendido que en esa dirección, por el bosque, no llegaría a ninguna parte. (A ninguna parte, sí. La vegetación es demasiado frondosa en algunos lugares, las colinas que suben y bajan durante kilómetros, acaban saliendo al camino alquitranado de la ruta 48. Él lo sabía: caminaba con frecuencia por el bosque, esquiaba, lo conocía tanto como un chico de ciudad puede conocer su barrio.) De manera que se detenían en el cerco, supongo que estaba bloqueado, describían un círculo, y volvían hacia el camino, donde desaparecían en medio de una confusión de huellas de neumáticos y de pies. Lo que la nieve todavía no había borrado se lo llevó el tráfico, y a mi hijo con él.

Nuestras vidas estaban acabadas, pensé allí parado, mientras seguía el camino con la mirada hasta donde se borraba tras una curva peligrosa. Así era. Lo pensé en palabras, como un letrero o algo que se podía leer y ya estaba impreso con fuerza, en blanco, sobre fondo negro. Era una simple oración, una sentencia, y sonaba como definitiva. Cualquier otra cosa sería añadir detalles, algo horrible, humillante, tal vez justificador. Pero el hecho en sí, una acción en el mundo real, que creía en su propia existencia aunque yo no lo hiciera, era que nuestras vidas como familia unida estaban acabadas.

Más adelante, cuando las cosas se pusieron muy mal, Carolyn me acusó de ocultar la realidad, de fabricar una salvación milagrosa, de no aceptar lo que sabía que Jacob había hecho. No. Y lo digo aquí y ahora, convencido. No. Ella no lo comprendía, y en parte eso era lo peor. Yo no me engañaba en absoluto. Pero era mi hijo, y mi amor por él no dependía ni de sus acciones ni de su bondad.

Lo único que digo es que nuestras vidas como familia, no, nuestra vida como familia, nuestra única vida como un gracioso animal de ocho patas

que vivía bajo una única piel, estaba acabada.

OceanofPDF.com

CAROLYN

En el fregadero de la cocina, Carolyn se lavaba las manos bajo un chorro del agua más caliente que era capaz de soportar. Entre los médicos los había que se lavaban las manos y que no. Ella no hubiera podido ni pensar en tocar a un paciente con los dedos sucios. El agua estaba tan caliente que dolía. Y ella permanecía allí en pie, inmóvil, dejando que el agua cayera, hasta que Judith dijo:

—¿Mamá?

Había que tranquilizar inmediatamente a esa niña, daba igual donde estuviera Jacob.

—¿Sí, querida? —No tenía intención de sonar brusca, pero las sílabas volvieron a ella como un eco, rígidas como piedras. Se secó las manos en la falda de lana. ¿Qué importancia tenía?

—Jacob estaba muy enfadado esta mañana. Me dijo que a lo mejor ni se presentaba en el colegio.

Carolyn puso las manos sobre los hombros estrechos de su hija y la empujó con suavidad hasta una silla.

—Cuéntame lo que pasó.

Judith se pasó los dedos por los cabellos, nerviosa. Era el único gesto que se permitía, y le salía sin siquiera advertirlo, como un tic. A veces Carolyn hubiera deseado cortarle todo el pelo sólo para que esa mano pudiera quedarse quieta al fin.

—Bueno, no pasó nada en concreto. Jacob dijo que papá se había puesto muy borde por lo del baile en el colegio. Dijo…

Pero sonó el teléfono. Una vez que empezó, el estruendo no paraba. Era un caudal incontenible. La primera llamada era de su amiga Annie Dineen,

ofreciéndole su comprensión y su apoyo. Eso quería decir que ya corría la noticia. En este pueblo, si hacías correr el agua del inodoro tres veces seguidas, todo el mundo se enteraba de que tenías descomposición de estómago. Annie había empezado diciendo:

—Acabo de oír…

Pero Carolyn se olvidó de preguntarle dónde.

La siguiente fue Karen, su enfermera. Quería preguntarle si podía ocuparse de las visitas o prefería que le buscara a alguien para que la sustituyera.

—Karen, ¿qué has oído, y dónde?

Karen, que era una chica amigable, pero que en modo alguno se consideraba una amiga, meditó cuidadosamente la respuesta. Tuvo muy presente el tamaño del abismo que las separaba a ella y su jefa, por la que sentía una gran devoción, y optó por la vaguedad. Tardó un instante en responder.

—Se cuenta por ahí, Carolyn, nada más. No sé dónde lo he oído primero. Me parece que fue en A&P. Me pasé por allí después del trabajo, de camino a casa, y algunas personas lo estaban comentando. Aunque, vaya, no es más que una sospecha, ¿no es así? No han probado nada todavía, ¿verdad?

Carolyn podía imaginarse a Karen paseándose con el teléfono en la mano, ansiosa. Era una mujer delgada, algo más joven que ella, y sus cabellos oscuros le caían en ondas alrededor de la cara, como la famosa estrella del hielo, que patina hacia la cámara con el cabello agitándose alrededor de su rostro. Karen tenía esa misma clase de belleza, cortada por el mismo patrón enérgico y perfecto.

Era demasiado pronto en tantos aspectos que era imposible nombrarlos todos. Demasiado pronto para hablar, y menos aun para aceptar que su hijo entrara en el mundo incorpóreo de los chismes. Aunque fuera el de los bienintencionados, hubiera querido decirle a Karen. Todavía no le habían dado tiempo ni a vivir una hora con esa posibilidad terrible. ¿Qué le pasa a la gente? «Algunas personas lo estaban comentando», lo estaban comentando en plural; y la sangre de la chica ni siquiera había tenido tiempo de secarse. Así que esa gente ya estaba instalada del otro lado, ya

disfrutaba con la excitación de la cacería. Musitó las gracias, y cuando colgó el auricular se dio cuenta de que estaba temblando, como si se hubiera apagado el fuego.

—¿Quieres un poco de chile, Jude? —preguntó con tanta desgana que se sorprendió cuando la niña le dijo que sí. Le sirvió un bol. El olor del plato, que tan sabroso le había parecido un rato antes, ahora le producía náuseas.

Lo cierto era que existían un sinfín de clases diferentes de problemas, incluso los insolubles. Y ella se pasaba el día intentando resolverlos. A veces pensaba que hubiera podido ser matemática. Algunos problemas eran culpa suya; eran difíciles o imposibles sólo porque ella no sabía lo suficiente. Si ya habías visto a muchos bebés con insuficiencia neonatal, por ejemplo, te hacías una idea sobre las enfermedades maternas que pueden atravesar la placenta, o sobre si son genéticas o sólo constituyen un peligro pasajero. Si conoces las reacciones químicas que puede provocar un determinado medicamento, probablemente también tienes la capacidad suficiente para deducir qué otros productos pueden estar contraindicados. Los buenos médicos no sólo ven más lejos, prestan atención a las cosas necesarias, sintetizan la información y la utilizan. Esos rompecabezas no le interesaban, prefería los otros, esos que ya traen las piezas y con los que te tienes que limitar a buscar dónde encajan.

Pero eso. La imagen de Jacob la dejaba sin respiración. La noche anterior se había sentado a la mesa a cenar con la gorra de cuero que se parece a la del Che (aquella que nunca se quitaba si no era para ponerse otra prácticamente igual de fieltro negro, una especie de boina aplastada), y los había instruido sobre la diferencia exacta entre dos grupos de rock: Fears Without Tears, Fears for Tears o algo así y no sé que otro[1]. (Aunque recordaba miles de cosas que necesitaba recordar, ya había olvidado aquello, porque le traía sin cuidado.) Jacob le había parecido apasionado y algo condescendiente. Había parecido lo que tiene derecho a parecer un adolescente cuando les habla a sus padres analfabetos. Por lo menos en ese tema, él y Judith compartían cierta complicidad, y eso a Carolyn le gustaba. Pero ahora que ni siquiera sabía dónde estaba, todo lo demás quedaba fuera de su control, fuera del alcance de la especulación más vaga. Cerró los ojos

para pensar. ¿Por qué estaba el coche allá afuera, sano y salvo en el lugar que le correspondía? Aunque uno aceptara la delirante posibilidad de que el chico hubiera tenido algo que ver con aquel crimen, ¿cómo iba a estar el coche allí? Nada encajaba. Las piezas se negaban a alinearse, a dejarse ordenar.

Se puso un lápiz detrás de la oreja, como si fuera a necesitarlo para anotar los detalles, y se obligó a ir hasta el teléfono. El hermanito de Frodo estaba solo en casa. Monosílabos. La madre decía que Jackie no estaba. ¿Quería que le dejara algún mensaje? La mujer sonó adecuadamente sorprendida cuando Carolyn se identificó y le dio los detalles, de modo amistoso pero con cautela. Era evidente que todavía no había oído nada. Carolyn no la conocía. En Hyland los chicos podían ser muy amigos y sin embargo no ir nunca a la casa del otro. Se encontraban en otros sitios para hacer… lo que fuera que hacían. Estaba en las carreras; había estado allí desde que salió de la escuela. Carolyn podía sentir cómo reprimía cortésmente su curiosidad. Le dio las gracias y se despidió. ¿No habría ninguna pegatina pensada para despertar el sentimiento de culpa? ¿SABE USTED DÓNDE ESTÁN SUS HIJOS AHORA?

—¿Quieres ver si la radio dice algo? —preguntó Judith.

Había empezado a mirar a su madre con una extraña expresión de solicitud y preocupación. Su leve sonrisa parecía fija, exactamente igual que cuando les hablaba a sus muñecas con una bondad y una paciencia algo exageradas. Una manera muy delicada de abordar la situación, pensó Carolyn.

—¿Por qué no?

Judith empezó a mover el dial: un poco de música, la charla desenfadada del *disc-jockey* de la emisora local, que estaba transmitiendo Muzak. La hora de las noticias aún estaba lejos. Carolyn rió con tristeza.

—No puedes esperar poner la radio y sintonizar enseguida con un boletín que hable justo de lo que a ti te interesa —dijo.

—En las películas lo hacen todo el tiempo —objetó la niña—, y después escuchan la mitad, se ponen furiosos y lo apagan.

Seguía tomando cucharadas de chile oscuro del bol azul, como si la excitación le hubiera despertado el apetito. Carolyn la miraba como

hipnotizada. Se sentía incorpórea. Como no podía encontrar una solución al problema, se había quedado allí sentada, con los codos apoyados sobre la mesa, atascada, trabada del otro lado, confundida. Era un sentimiento por completo desconocido para ella, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza o estuviera luchando por despertarse una mañana temprano, cuando todavía estaba oscuro.

Entonces apareció Ben en la puerta de la cocina.

—¿Qué? —preguntó Carolyn levantándose de golpe—. ¿Dónde está…?

Él meneó la cabeza, como diciendo «No». ¿No, no lo tengo? ¿No, todo esto es terrible? ¿No, nada de esto es verdad? Pero su mirada expresaba cierta alarma.

—No puedo creerlo —Carolyn hizo un esfuerzo por dominarse—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás parado ahí de ese modo?

Él se abrió la chaqueta de un tirón. Se había sacado los guantes y los tenía metidos en los bolsillos.

—Dios, Carolyn, utilizó el gato.

—¿Como que utilizó el gato? ¿De qué estás hablando?

—Está bien. Alguien utilizó el gato. Está en el maletero, que es donde se supone que tiene que estar, al lado de la rueda de recambio. Pero es como si… lo hubieran tirado allí. Está mojado, y había un montón de nieve derretida en el maletero y…

Carolyn había dado un paso atrás.

—¿Dónde está?

Él meneó la cabeza como si estuviera tratando de sacarse un poco de agua de los oídos.

—No vayas, de verdad. Es mejor que no lo veas.

—¡Por el amor de Dios, Ben! ¿De qué quieres protegerme? Yo ya lo he visto todo…

—Por favor. Y… Judith.

Judith, como si la hubieran llamado, se puso al lado de su madre; su joven mano trató de tomar la de Carolyn.

—Bueno, pues entonces dime por qué crees que lo utilizó para… dime lo que has visto.

—Sangre.

Carolyn lo miró fijamente.

—Sangre —y dejó que la palabra penetrara lenta y cuidadosamente en su cerebro—. ¿Estás seguro de que no era grasa o algo así? ¿Cómo puedes estar tan convencido?

Ben cerró los ojos como si así pudiera verlo mejor.

—Lo miré con todo el detalle que hacía falta. Hay sangre en la abertura, en la parte grande, donde está la rosca. Lo limpiaron por fuera, pero no pudo…

—¿Y no podría ser que estuviera mojado, Ben? Si estuvo fuera, es posible que se mojara. Tal vez tuvo un pinchazo, o se quedó atascado y tuvo que sacar las ruedas de la nieve.

Odiaba la forma en que su marido se había entregado a aquello, como si fuera a conseguir algo demostrando que tenía razón; era como si pretendiera instruirla.

—Hay pelos en los pernos, pelos atrapados. Largos y claros. ¿No era rubia ella? —Le temblaba la voz.

Carolyn se tambaleó, como si la hubieran empujado, luego consiguió apoyarse en la mesa.

—Y una toalla. Una camisa rota. Y aquella vieja mochila azul… ¿No te acuerdas? Se compró una nueva cuando se le rompió la hebilla. Pues todo se encontraba allí, manchado. Todavía estaba mojado.

—¿Cómo se te ocurrió mirar allí? —Se sentía derrotada.

—No lo sé. Ya casi me venía para acá, tan contento, pensaba que no había nada en el coche, y no había nada. Sólo que pensé que me gustaría poder decirle a Fran que el coche estaba limpio, ¿entiendes? Así es que abrí el maletero para no dejarme nada suelto. Ha sido una suerte, ¿no crees?

Ella lo miraba, furiosa.

—No, Carolyn. Me miras como si pensaras que me alegro de esto.

—Te veo tan exultante, tan orgulloso de tus dotes detectivescas. —Estaba resolviendo los enigmas, por eso se mostraba así. Al menos podía sentir que estaba haciendo algo.

—Por favor. —Fue hasta el fregadero y empezó a lavarse las manos con cuidado—. Cuando pienso que estuve a punto de llamar a Fran y decirle que podía llevarse el coche, que…

—Todo esto no es más que una especulación delirante. —Carolyn miraba la naturaleza muerta que había sobre la mesa—. No tienes ni idea de lo que significa lo que has visto.

—Hay sangre en el coche —empezó a decir Ben sin alterarse ni volverse hacia ella—. Debe de haber tirado el gato en el maletero y después se ha escapado. Y no estoy seguro de que no haya más en la esterilla. Está… —Sacudió la cabeza. Se había quedado sin palabras.

—Pero, ¿por qué está aquí el coche si hizo algo así? El coche está aquí pero él no. Dios mío. Sé que alguien se lo ha llevado, si no no tiene sentido. Le obligaron a traer el coche hasta casa, no sé por qué, y… No puedo creer que pienses que tiene algo que ver con todo eso del gato, Ben. No puedes.

Ben volvió a la mesa.

—Lo llevé a mi taller. La camiseta la he quemado, ya no está y he desmontado el gato.

Judith emitió un pequeño gemido de incredulidad.

Carolyn estaba en medio de la habitación, de pie, con sus manos vacías.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que no es necesario que vean todo esto. No ayudaría mucho que digamos. Y tampoco podemos enterrarlo ahí afuera, a menos que pare de nevar. La nieve tendría que derretirse bastante más deprisa de lo que sería normal con estas temperaturas, si no… —Observó por la ventana el termómetro redondo que había colgado en un árbol—. Hasta el maldito termómetro está tapado por la nieve. Podía haberme limitado a limpiar las huellas, pero…

—Ben, estás diciendo disparates. No entiendo de qué hablas. Recapacita. —Y le pasó la mano por los ojos, como si dudara de su cordura —. Tranquilo.

Ben parecía impaciente.

—Lo puse con mis herramientas y mis trastos viejos, lo desarmé y lo dejé allí tirado. Ya sabes, lo tengo todo lleno de polvo y de trozos de cosas, y de porquerías varias. A nadie se le ocurriría mirar allí, y si lo hacen seguro que no lo relacionarán. Sí, ya lo sabes. Tengo otro par de guantes para cortar leña allí, y restos de cosas en esa pila.

Carolyn le lanzó una rápida mirada a la niña.

—Pero si haces eso te estás convirtiendo en cómplice. —No soportaba que los niños tuvieran que oír ni la más pequeña mentira. «Oh, cuánto lo sentimos, pero es que ya estamos comprometidos esta noche.»

Ahora Judith estaba oyendo a su padre planificar y admitir directamente un acto criminal. Estaba viendo cómo intentaba arreglarlo todo. Carolyn tenía que ponerse entre los dos, con los brazos extendidos, como un muro de contención. Judith seguía cabizbaja, mirando fijamente el fondo sucio de su bol.

—Pero Ben, ¿es que no te has parado a pensar en lo que estás haciendo? Piensa, por favor. Tenemos que decidir qué…

—¿Qué tenemos que decidir? —Y la miró fijamente a los ojos—. ¿Qué tenemos que decidir exactamente, me lo quieres decir?

No podía hacerlo. No podía siquiera considerar la idea de hacer una cosa así. Aquello tenía que estar pasándole a otro. La irrealidad de todo aquello la mareaba. ¿Cómo podía estar Ben tan seguro de que no había destruido algo que pudiera llevarlos hasta Jacob, hasta donde lo tenían? ¿Escondido, retenido? ¿Cómo podía estar seguro?

—Y no piensas dejarme ver nada. Nada de nada.

Ben la miró con lo que en cualquier otro momento hubiera sido ternura. Ahora parecía sólo paternalismo.

—Exactamente. Todo está arreglado ya.

Carolyn pateó el suelo. Se sentía como una niña a la que no quieren darle sus caramelos.

—Todo está arreglado.

Ben miró a su alrededor con aire fiero. Era un hombre corpulento. Podía resultar muy apabullante si quería: barba, hombros fuertes, piernas sólidas, el pecho ancho. Pero aunque su voz asustaba, pensó Carolyn, nunca se aprovechaba de su fuerza, nunca hacía siquiera el menor ademán. Se inclinó junto al hogar y cogió las tenazas que descansaban sobre la pila de la leña. Las miró largo rato con el ceño fruncido. Era una simple barra de metal poderosa, y cómo se cerraba y se abría, pensó, como aquella puertecita que ella había usado cuando los niños eran pequeños para que no se cayeran por las escaleras. Observó cómo Ben levantaba las pinzas sobre su cabeza, y las hacía girar frente a él como si fueran un hacha.

—No, espera. Mejor aún. —Y se volvió, y las hizo girar como un bateador con su bate de béisbol—. Así.

Carolyn se cubrió la cara con las manos.

—¡Papa! —gritó Judith—. Es horrible, es horrible eso que haces. ¡No hagas eso! —Las lágrimas se le habían helado en los párpados, por el asco.

Pero Ben parecía sentir el mismo asco que ella. Tiró las tenazas al suelo y cogió el trapo de la cocina del clavo de donde colgaba, y se lo pasó por la cara sudada.

—Escucha, Ben. —Carolyn estaba ahora con los brazos cruzados, las manos sobre los antebrazos, tratando de calentarse—. Hay tantas posibilidades. Creo que estamos dramatizando. —Tenía que forzar la lógica como fuera, aunque en realidad escapara por completo a su control—. Pudo quedarse atascado en la nieve y tuvo que utilizar algo del maletero para sacar el coche. O para levantarlo, no sé. Usó el gato y se hizo daño. O a lo mejor era ella la que estaba debajo del coche, tratando de hacer lo que sea, y se le cayó encima… —La forma tan espontánea con que le salió aquella sugerencia le dio asco. E, incluso mientras hablaba, era perfectamente consciente de que no se correspondía para nada con lo que había visto: no se trataba de una chica aplastada por un coche, era una chica aplastada por alguien que, por lo menos en aquel momento, la había odiado. ¿Pero por qué creer que había sido Jacob? ¿Por qué Ben tenía que estar tan convencido de lo peor, que era lo menos probable?—. Lo que sí sé es que los hechos suelen ser más complejos de lo que parecen a simple vista. Oye… —Y miró a su alrededor como si buscara algo—. La semana pasada una madre vino histérica con su hija, porque tenía las manos y las muñecas todas azules. ¿No te lo he contado? —Su risa se elevó como podría elevarse la llama furiosa sobre un papel—. Dijo que había frotado y frotado durante horas y que las manchas no se iban, hasta que al final resultó obvio que la cosa era interna. La mujer estaba…

—Por el amor de Dios —dijo Ben, y golpeó el suelo con el pie, como si estuviera tratando de aplastarle el pie a ella—. ¡Por el amor de Dios! —y tiró el trapo mojado sobre la mesa—. Dime, ¿no reconocerías tú sus guantes si los vieras? ¿Los grises de lana? ¿Los reconocerías si estuvieran empapados en sangre? —Carolyn jadeó como si se los hubiera puesto

delante de la cara—. Lo siento —murmuró, y se apartó de ella para no tener que ver lo que le había hecho—. Querida, no quería contarte esa parte. Los eché en la estufa de leña. ¿Está bien? Los he destruido. Los dedos estaban ensangrentados, Carolyn.

Pero ella seguía sacudiendo la cabeza, como negándolo. Con lentitud, de un lado a otro, decía que no. Se acordó de hablar.

—No —dijo—, estás equivocado. Hay montones de guantes que son…

—Llámame cuando estés dispuesta a enfrentarte con la realidad.

Y desapareció por el pasillo. Carolyn oyó sus pisadas cuando subía por la escalera.

—Judith —le dijo a su hija, que todavía estaba sentada a la mesa con la cara de un color blanco macilento. Le llevó un buen rato conseguir un poco de voz—. Incluso si comprendiera lo que está haciendo tu padre, ¿por qué está tan histérico?

—No, mamá, por favor. Por favor no digas nada —Judith rascaba el fondo de su bol vacío con la cuchara. Le estaba diciendo a Carolyn que no fuera tan egoísta. Le estaba diciendo que aquello era innecesario—. Por favor, no discutas, las cosas ya están bastante mal.

OceanofPDF.com

BEN

Esa noche apareció Wendell por fin. Wendell Bye, el rey de los abogados *yuppies*, cuya cuidadosa custodia de los bienes de sus vecinos le ha permitido hasta el momento adquirir un *jacuzzi*, un barco de nueve metros de eslora y una linda casita en el bosque, donde asesina ciervos con el rifle de su padre, pero eso sí, con sentimiento, como si fuera un rito religioso.

Entró sacudiéndose la nieve de los zapatos con la delicadeza de un gato. Los grandes hombres hacen eso. Su esposa, Steph, venía con él; aquello era mucho más que una mera cuestión de trabajo. Nos estrechamos la mano con cierta ceremonia, como si estuviéramos sellando un acuerdo. Cuando las mujeres cayeron una en brazos de la otra, oí la voz dulce y consoladora de Steph, la misma que usaba cuando sus hijos se hacían daño. Wendell es un hombre que impone con su presencia y, en general, resulta reconfortante tenerlo al lado. Hacía de abogado defensor en Dartmouth, y todo en él, sus ojos largos y ligeramente caídos a los lados, la barbilla, los hombros, las muñecas, tan grandes como los brazos, todo en él, me recordaba la corpulencia torpe y bonachona de un San Bernardo.

—¿No habéis oído nada? —preguntó nada más entrar.

Carolyn respondió desde los brazos de Steph.

—Wendell, ni siquiera sabemos si el chico está bien. No sería tan descabellado pensar que se encuentra en dificultades en alguna parte.

Wendell asintió.

—Sí, aunque supongo que la mayoría de la gente tiende a pensar que es más probable que se escoja a una chica como rehén…

—Pero quién sabe lo que ocurrió. Tal vez escaparon porque… —Las diferentes alternativas pasaban ante nosotros como una serie de fotografías,

de combinaciones de números, de sexos, de tipos. Supongo que todos las veíamos en el mismo desorden.

—Es verdad —dijo él con desgana—, sí, sí, es verdad. Entonces será mejor que nos espabilemos y lo encontremos cuanto antes.

—¿Nosotros?

—Ellos, quería decir ellos.

Tuve la repentina sensación de que aquel hombre no nos iba a servir de ninguna ayuda. Era terrible.

Y tenía razón. Cuando Carolyn le pidió que me amonestara por haberme puesto «difícil» con Fran, me di cuenta. Era un perfecto *boy scout*.

Suspiró antes de empezar, como si yo fuera el objeto de alguna exasperación insignificante. Y mientras tanto, la vida de mi hijo colgaba de un precipicio allá afuera. Pero yo lo comprendía: de algún modo, todo era demasiado serio como para que pudiéramos reaccionar con la seriedad adecuada. Podía perdonárselo, del mismo modo que tenía que perdonarme a mí mismo.

—Mira, Ben. Cuando un tipo le pega una patada en el estómago a su amigo el jefe de policía, se corre la voz. ¿Qué esperabas? —Se volvió hacia Carolyn obediente, y dijo lo que ella esperaba que dijera—. Carolyn, sé que Ben adora este lugar por lo pequeño que es. Lo que quiero decir es que todo el mundo mete la nariz en el plato de los demás, por mucho que Ben piense que es algo muy bonito.

—¿Y por qué no saludable? —sugerí—. ¿Qué pasa si Ben cree que es saludable que las personas se preocupen de su prójimo como ya no lo hace nadie en Nueva York? ¿No podría ser? —Pensaba en el hecho de que las personas en este pueblo forman como una trenza: tantas personas, tantas experiencias unidas, entrecruzadas las unas con las otras. Entonces no sabía que eso podía ser una trampa.

—Lo que tú quieras —Wendell se encogió de hombros—. Lo que yo digo es que aquí los chismes van más deprisa que la lluvia cuando cae, y no puedes esperar que lo hagan a tu conveniencia. Eso es lo que trae toda esa preocupación que dices. No se puede…

—Wendell —dije con tanta paciencia como fui capaz de reunir, que no fue mucha—, te he pedido que vinieras para aconsejarnos, no para que me

dieras una lección sobre sociología pueblerina.

No pareció ofenderse.

—¿Me quieres enseñar el coche, genio?

Yo me limité a mirarle. No por mala educación. Lo que quería era calcular hasta qué punto podía confiar en él, y al hacer el cálculo, el resultado no me gustó nada.

—Mira, Ben. No puedes hacer esto conmigo. En primer lugar, soy tu amigo. Y quiero mucho a Jacob. Por el amor de Dios, hombre, que he asistido a todas las malditas representaciones de su clase, y le di cincuenta dólares para la maratón de bicicletas del año pasado. Yo no le doy ese dinero al hijo de cualquiera, ¿sabes? —Se suponía que tenía que sonreír yo también—. Y además, que tú ya lo sabes, no puedes adoptar esa actitud de animal acosado con todos los que vengan a ofrecerte su ayuda. No es bueno que paséis por todo esto solos, créeme. Os volveréis locos, os despedazaréis el uno al otro, y a Jacob, cuando aparezca. No hay por qué hacer un secreto de la verdad, aparte de que ya no queda mucho que mantener secreto tampoco.

Justo cuando lo que necesitas es sutileza e intuición, van y te dan discursos enlatados. ¿Dónde podía encontrar a alguien con un criterio más firme que el mío pero no tan sentimentaloide? Por supuesto, me puse nervioso, si no no hubiera sido yo. Pero sabía lo que quería, un consejo sabio y prudente que me cerrara la boca con lógica y discreción.

Pensé que sería mejor que le diera algo.

—Traté de encontrar las huellas, pero la nieve…

—Claro —dijo él inocentemente—. La dichosa nieve. —Y, por supuesto, miró a Carolyn, que abrió la boca para decir algo.

—Algunas de las… —empezó a decir. Iba a contarle lo del gato.

—¡Eh! —Me costó un poco, pero levanté un dedo a modo de advertencia. Y conseguí lo que esperaba.

—¿Qué? ¿A ti qué te pasa, Ben Reiser? —dijo mirando mi dedo con fijeza. Y siguió mirándolo cuando lo bajé, con la expresión que muchas mujeres reservan para cuando sus maridos les han dado un golpe—. ¿Es que te crees que me vas a decir a mí lo que puedo y lo que no puedo contar?

Vi con el rabillo del ojo que Steph se había acercado a Wendell en señal de solidaridad, de exclusión.

Carolyn había entrecerrado los ojos, como un gato, y se me ocurrió que a lo mejor pensaba arañarme, aunque supongo que no hace falta que diga que no es así como pelea.

—Si tú no quieres hablar, eso es cosa tuya, pero a mí me dejas en paz. —Tenía la voz chillona por la rabia.

El teléfono me salvó. Carolyn corrió como un rayo a responder. Esperamos a ver si eran noticias.

—¿Diga? —habló con voz inexpresiva, y repitió la pregunta. Vi que una vena había empezado a palpitar en su mejilla de forma irregular—. Bueno, pues sea quien sea, espero que duerma bien esta noche. Es usted muy comprensivo, el primero en desearnos suerte. ¿No se siente orgulloso? No tendrá mucho cerebro, pero desde luego, los reflejos los tiene espléndidamente.

Cuando colgó, tenía las mejillas mojadas.

—Hace frío —dijo Judith con brusquedad. No sé si lo pensaba o sólo estaba tratando de distraer a su madre. Hay tantas cosas que la gente dice sin sentido en una conversación, pensé. No hace falta analizar siempre los motivos.

—Bueno. —Carolyn adoptó un aire resuelto y se dirigió hacia la caja donde tenemos los periódicos—. Mira, Wendell. Nosotros hemos renunciado por completo a utilizar leña. ¿Hacéis vosotros esto?

Y cogió ocho o nueve hojas y empezó a enrollarlas desde la esquina.

—De acuerdo con las pruebas que hemos realizado aquí mismo, en los Laboratorios Reiser, S.L., ocho es el número ideal. Y tienen que ser hojas grandes, ¿ves? La gente que lee periódicos pequeños no merece calentarse. Oh, supongo que es terrible que diga una cosa así, ¿no? —Se cubrió la boca con la mano—. Pero ya me diréis si no es éste el final perfecto para un *New York Times*. El periódico multiusos. Sirve lo mismo para leerlo mientras tomas el café que para abonar el jardín. Ben debe de gastar por lo menos el equivalente a un par de árboles sólo para el jardín. Y todo sólo para que podamos estar bien abrigados y calentitos. Mira… y luego lo retuerces, sólo se trata de papel… ¿O serán cuatro? No sé por qué me empeño siempre en

ser tan exacta… Bueno, depende… mucho oxígeno… —Lo tenía cogido por los extremos, y apretaba tan fuerte como podía.

Steph me lanzó una mirada acongojada, tomó a Carolyn con suavidad por los hombros y le dijo:

—Carolyn, querida. —La apretó contra su ancho pecho—. Tranquilízate. Trata de relajarte.

Carolyn rió y se apartó de ella.

—Eso de dar órdenes lo dejas para mí, siempre, hasta cuando se me lleven con los pies por delante. —Se secó la cara con el dorso de la mano, un gesto desusado en ella, un poco crudo, o tal vez infantil; me hace pensar en los bebés, que empiezan a restregarse los ojos con los puñitos cuando se cansan; habían cruzado una línea, y de pronto sus gestos se veían diferentes. Me inundó esa clase de ternura, por ella, por ellos, por ese *y entonces*, no sé, y lo hizo de tal manera que me dejó exhausto. En ese momento hubiera dado todo lo que tenía sólo por poder irme de allí, por no tener que responder, explicar, justificar. Pero, si no era capaz de pensar en mi vida, ¿en qué iba a pensar? Soy incapaz de concentrarme en la madera en el vacío, o concebir formas en la nada. Siempre hay observadores. Esos árboles que no hacen el menor ruido cuando caen en un bosque vacío, ésas son mis esculturas en un paisaje sin ojos.

Wendell había dicho que antes de que Fran pudiera conseguir la orden tendría que pasar por algunos tejemanejes legales. Tendría que rellenar impresos y buscar un juez que se los firmara —estamos demasiado lejos del fiscal de distrito para que nos haga falta ninguno—. Y entonces sí que tendría derecho sobre el coche y todo lo que contuviera. Me los saqué de encima, a él y a Steph, tan pronto como pude y luego salí corriendo. Me tragué de un golpe una taza de café, como un corredor que se hincha de Gatorade para refrescarse y reponer fuerzas. Carolyn hablaba por teléfono con su amiga Celene, murmurando pequeñas frases entrecortadas con la vocecita de una paloma. Ya no quedaba nada de su autoridad, Celene no era una persona a la que tuviera que entretener ni que tratar con ceremonia, y se mostró indefensa ante ella, abatida, cansada y aturdida.

—No puede ser, no puede ser, es imposible… Lo que vi… Tiene que haber algo que no sabemos en esto, Celene —le oí decir, reuniendo un poco de energía y dejándola ir en pequeñas bocanadas. Me pregunté qué diablos podía decirle Celene.

También me pregunté si no sería conveniente que dejáramos libre el teléfono, por si llamaba alguien con alguna noticia, o diciéndonos algo que sirviera para que pudiéramos traerlo de vuelta. Rescate. Fianza.

Mientras me dirigía al garaje, seguí sintiendo el calor y el amargor del café en la boca. Cerré bien las puertas del garaje. En realidad antes no estaban cerradas, pero tuve miedo de que, aunque ya era tarde en la noche, los vecinos que vinieran por el camino se sorprendieran al verlo cerrado —nunca lo estaba, por eso, así que lo entrecerré— y vinieran a husmear. Pero nadie acudió a espiar, al menos nadie que yo viera. Antes, por la tarde, ya había recogido la mochila, la camiseta y la toalla con un cuidado extraordinario, acunándolas como a objetos preciosos, y las había llevado a la encantadora estufa del taller que le había descrito a Fran. Todavía estaba caliente. La mochila la dejé fuera, la corté en tiras con mis tijeras de esquilar y la arrojé a la pila de desperdicios que yo pegaba, incrustaba y enterraba para crear mis obras. Lo otro ardió en un revoltijo, se convirtió en cenizas enseguida. Removí las cenizas para asegurarme. Ahora, en el garaje, sostuve la luz sobre el maletero, pero no vi sangre en la esterilla. Las porquerías adolescentes de Jacob habían formado un nido muy apropiado, gracias a… a quien fuera. Todavía no estaba preparado para invitar a Dios.

Pero el recuerdo de las manchas planeaba por allí como un fantasma, como si tuvieran una voz que susurrara «He estado aquí», aunque ya no estuvieran. Si quedaba algo de sangre en el vehículo, aunque sólo fuera el espectro de una sola salpicadura, eso sería el fin para los dos. Señor.

Bueno, bueno. El coche era tal desastre que no parecería nada descabellado si el maletero no tenía alfombrilla. Era un riesgo que valía la pena correr. Saqué la esterilla de un tirón y me pareció que estaba bien, ¿pero qué sabía yo de perros que olfatean la sangre, o de productos químicos que podían detectarla? ¿Y si entre los forenses había algún genio que podía captar la centésima parte de nada? La llevé a mi taller con torpeza, con cuidado de no arrastrarla por el suelo, como una flecha que va

directa a la diana. Una alfombrilla produce olor al quemarse, así que la ataqué con un cuchillo no muy afilado y, cuando la hube cortado toda en tiras y pedazos desparejos, los llevé al rincón de mis desperdicios y se los di a comer como si fueran abono. Removí y removí el montón, de un lado a otro, para arriba y para abajo, como si quisiera ayudarle a respirar. Destellos de telas doradas brillaron ante mis ojos. Eran de un maravilloso retal de un mercadillo de cosas de segunda mano. Habían sido la bata de alguien, y Judith quiso comprarlo en cuanto lo vio para meterlo en su arcón de disfraces, impresionada ante la idea de que otra persona se hubiera puesto alguna vez aquello. A mí me gustaba cortar algún trozo cuando necesitaba algo de brillo para un *collage*. Lo purificaba, lo arrancaba para ponerlo a salvo, lo sacaba de contexto, y dejaba de ser parte de una prenda interior chillona para convertirse en rayos de luz lujuriosa, dorada, abstracta. Ése era el principio que yo seguía para crear: una segunda oportunidad para todas esas formas, colores, texturas, liberadas de su propósito originario. Los pedazos de color pardo no resultaban más extraños a la vista que lo demás; la caja de cremalleras metálicas amarillas, el algodón, las cortinas de color cobre de las que apenas hacía una semana había recortado unas flores rosadas en forma de nenúfares. El corazón me latía con tanta fuerza que casi me parecía que podría verlo entrando y saliendo de mi pecho, como la garganta de una rana. ¡Qué mal gusto!, pensé mientras recortaba la alfombrilla en triángulos y tiras, deconstruyendo la realidad. Que Dios me ampare.

Mi pila de telas era la gemela del montón de maderas y herramientas que había devorado al gato hecho pedazos. Había una montaña blanda y otra dura, y de las dos extraía yo mis creaciones pedazo a pedazo. Sospechaba que resultaría muy desconcertante para la mayoría de la gente cuerda, pero me obligué a dejar de dar vueltas y a mirar. ¿Me estaría equivocando? ¿Había alguna posibilidad de que, contrario a lo que yo pensaba, acabaran siendo como una invitación a que se zambulleran allí y lo examinaran todo minuciosamente? Había la suficiente loza rota como para tener ocupado a Julian Schnabel por un año entero, y herramientas de jardín muy oxidadas, y las aletas desnudas de un viejo ventilador, desplegadas en un círculo como las espinas de un pescado. La verdad, no estaba preparado

para hacerme preguntas más profundas, como: ¿me atrevo? ¿Tengo que atreverme? Lo único que pensaba era que Fran Conklin nunca metería mano allí. La pila de basura de un demente, algo repulsivo, orgánico, putrefacto, así la vería él. Pensaría que aquel revoltijo era como el interior de mi cabeza, y no era él la persona más adecuada para hacer un inventario del contenido. Me estaba jugando nuestras vidas con aquello.

Al volver al garaje, me pareció de nuevo que mantenerme ocupado sería lo más indicado. En el otro coche, yo tenía también un gato, un artefacto pequeño y maravilloso que había encontrado el año anterior en una feria. Se llamaba Jack-in-the-Box[2], y era justamente eso, una palanquita plegable que se usaba para una sola rueda por vez. Era mucho más pequeña que un gato normal, y venía en piezas sueltas que había que armar en el momento de usarlo. Las piezas iban metidas en una caja roja de metal, del tamaño y la forma de un botiquín de primeros auxilios. Era algo así como el objeto menos letal imaginable, y estaba tan limpio que brillaba. Yo no estaba muy seguro de cómo funcionaba, pero sí sabía que no podía hacer ningún daño. Lo coloqué con cuidado junto a la palanca y el resto de las herramientas para cambiar la rueda (y lo limpié y ensucié todo con mis manos lo mejor que pude, para que se viera que allí yo era el único que cambiaba ruedas). Esparcí un montón de grasa sobre el suelo desnudo del maletero, y otras evidencias de descuido general que nadie dudaría en reconocer como mío (aunque en realidad era excesivo). Luego tiré al interior algunos trozos de madera cubiertos de serrín, como si los hubieran rebozado, añadí algunos trapos y herramientas, junto con aceite rancio y otros detritus propios de mi oficio. Cualquiera que fabricara cosas, que eran todos —todos los hombres, claro— en Hyland, lo entendería, aunque la mayoría eran pulcros hasta el fanatismo y sentirían repulsión ante un desorden moral tan inexcusable. Pero en lo que se refiere a la divulgación de ese tipo de secretos, podría vivir con ello.

Satisfecho con el revoltijo que había creado, abrí las puertas del garaje al paisaje nevado salpicado de luna. Justo a tiempo. Ahí venía Fran con su orden para revisar el coche a fondo. Le dejé mirar, manteniéndome a cierta distancia. Y él fingió alegrarse de que hubiera decidido mostrarme

«razonable». Le contesté que no me parecía que tuviera ninguna alternativa ahora que ya tenía el papel.

—El papel cubre la piedra. Las tijeras cortan el papel —dije, aunque creo que no lo entendió.

Entró con dos ayudantes silenciosos enviados por el condado, un par de jóvenes estúpidos con el pelo cortado muy corto. No me quedó muy claro quién ayudaba a quién, porque susurraban entre ellos en voz muy baja, con las cabezas muy juntas, pero el caso es que tomaron un montón de huellas de dentro y de fuera. O al menos lo intentaron. Yo no supe decidir si tenía o no que sacar la basura de los asientos, y finalmente opté por dejarla en su mezcolanza originaria. Pero, aunque sólo fuera por el placer de fastidiar, dije que me hubiera gustado poder tenerle el coche bien limpio para cuando viniera, y dejárselo reluciente.

—Gracias por la idea, Ben —me dijo él mientras echaba una ojeada al techo del coche para ver si estaba limpio o no—. Pero no tienes que preocuparte, no estamos en ningún concurso. Tenemos cosas más importantes en la cabeza. —Suspiró, como si se sintiera oprimido—. Veo que sigues haciendo lo que puedes.

Sonreí satisfecho.

Era obvio que él no pretendía fingir que éramos buenos amigos.

—No creas que no tomo nota de tu actitud, Ben. Esta clase de cosas hace que a la gente le echen condenas por manipulación de pruebas, lo sabes, ¿no es así?

—¿Manipulación de pruebas? ¿Qué pruebas? Tienes una bolsa llena de porquerías de la escuela secundaria. Yo no he tocado nada de eso. —Lo que era cierto. Me sentía seguro y honrado.

—Entonces, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Me quedé atónito.

—Estoy mirando el coche que tanto interés tenías en registrar. ¿No tengo derecho a mirarlo yo también?

—¿Cuánto hace que estás aquí dentro?

No estaba muy seguro de que tuviera derecho a hacerme una pregunta como aquélla, pero me sentí temblar. ¿Quién entiende las cosas de la *ley* de verdad? Es como el cuerpo, se me ocurrió, no hay remedio. Si te preguntara

dónde tienes el páncreas, ¿sabrías decírmelo? Así que preferí no arriesgarme.

—Llegué hace un rato. Lo único que he hecho ha sido mirar, y por cierto, que no me parece que pase nada.

—¿Qué has estado haciendo todo ese tiempo?

Así es como te embrollan. Las preguntas te vienen siempre desde ángulos diferentes. Un pequeño error y te puedes caer y partirte el cuello antes de que tengas ni tiempo de saber qué es lo que ha pasado. ¿Llamadas telefónicas? ¿Podrían comprobar si habíamos estado al teléfono? Bueno, Carolyn se había pasado un buen rato hablando. No creo que pudieran averiguar quién de los dos era el que estaba al aparato.

—Estuve intentando tranquilizar a mi esposa y a mi hija, que, por cierto, no sabían…

El hombre había escarbado en el maletero mientras hablábamos, inclinándose para escudriñar el suelo.

—¿Y este maletero?

—¿Qué le pasa al maletero? Está lleno de cosas mías, ¿y…

Me sonrió con amargura.

—¿Y el suelo? ¿Me puedes explicar de dónde ha salido este serrín? ¿Y los trozos de madera, esos mondadientes nuevos que están por toda la nieve? Ben, te estás buscando problemas. Supongo que comprenderás que no estás actuando con mucha lógica.

Había restos de serrín que, al entrar, habíamos arrastrado con nuestros pies y ahora salpicaban junto con la nieve el suelo de hormigón. Sí, él tenía razón, haría bien en admitirlo.

—Está bien, he mirado el maletero. ¿Soy culpable por eso? Ya te he dicho que eché un vistazo, y se cayeron algunas cosas. ¿Y? ¿Eso me hace culpable o qué?

—¿Y todos esos desperdicios de ahí dentro?

—¡Tengo que usar el coche, Fran! Tengo pertrechos que trasladar. Y no puedo poner todas esas cosas en el coche de Carolyn, créeme. Le daría un ataque.

Pareció disgustarse.

—Tu actitud no es exactamente la que se esperaría del padre de alguien que seguramente es culpable de un crimen capital. No me gusta la falta de seriedad con la que me estás hablando. —Me miró con dureza, como si me estuviera estudiando, calibrando mi persona—. No es un comportamiento apropiado, Ben. Debo decir que me sorprende ver que una persona como tú esté tratando todo este asunto como si fuera un inconveniente de poca monta.

Estaban tomando fotografías, y sacaban el molde de la huella de un neumático; no era fácil con aquella luz tan escasa. Uno de ellos fue hacia su coche y volvió con una gran lámpara, algo parecido a lo que usaría un fotógrafo. Le señalé con la cabeza el enchufe.

—No estoy muy seguro de que la instalación esté preparada para aparatos grandes como ése —dije con intención de colaborar antes de volverme de nuevo hacia Fran—. Entonces es que no conoces la diferencia entre lo que es enojo y lo que es tomarse las cosas a la ligera.

Le pegué una patada al neumático y me sentí estúpido. Supongo que pensé que me convenía seguir mostrándome firme con lo de la defensa de nuestros derechos, continuar aparentando desenfado, aunque ya hubiera salido de esa primera etapa de furia y sorpresa. A veces me meto en las cosas sin pensar. Me dejo llevar y luego no sé cómo tengo que salir del embrollo. Ojalá que todo esto no pese como un punto en contra de Jacob.

Fran hizo una anotación en su cuaderno y la subrayó. Los tipos estúpidos asintieron; señalaron, clavaron las uñas en la huella y espiaron en ellas para ver lo que habían sacado.

—Bueno, Ben, me llevo este coche. Queda confiscado oficialmente. Se utilizará como prueba si llega el caso. —Seguía meneando la cabeza, como si nunca hubiera encontrado un ejemplar como yo—. Sólo quiero que sepas que, si resulta que tu chico está en dificultades, entonces tú también lo estás. —Chasqueó ligeramente los dientes, como si hubiera estado a punto de escupir pero se lo hubiera pensado mejor—. ¿Entiendes?

¿Qué podía decir yo? Aunque por lo menos había matizado «si…».

—Entiendo.

—Y ahora —me dijo con demasiada satisfacción—, tenemos una orden para la casa.

Lo miré fijamente. ¿Por qué me sorprendía aquello? Al fin y al cabo le estaban buscando. Pero yo, en lugar de haber anticipado el próximo golpe, era como un barco donde todos los corredores están sellados herméticamente y separados de los demás para evitar que se hunda en el naufragio. Sería mejor que aprendiera a prever lo que nos esperaba.

—No toda la casa. Sólo el cuarto de Jacob. ¿Quieres ver el papel?

No quería.

—Trata de comprenderlo, Ben. —El hombre parecía afligido de verdad. Lo reconozco. Tenía las amplias facciones tensas. Todo lo que podía arrugarse en ellas estaba arrugado. Sabía fruncir muy bien el ceño. Creo que su intención era buena. Sin uniforme, hasta era un tipo respetable—. Tuvimos que recurrir al juez para conseguirla, y él tuvo que admitir que había una causa probable. Ya sabes lo que es eso. Significa que tenemos una sospecha razonable de que podríamos encontrar algo. Es bastante simple.

—Entonces, vas de caza.

—No voy de caza. Tenemos el derecho legalmente establecido de registrar un lugar cuando tenemos indicios de que podemos encontrar evidencia de algún delito. Nadie dice que sea necesario que sepamos si es un arma, una nota o un reguero de sangre. —Me miró con disgusto—. Pero te prometo que no tocaremos el resto de la casa. Sólo el cuarto de Jacob.

Yo tendría que haberme hecho a un lado sin más. No creía que pudieran encontrar nada, y la perspectiva de ver a Fran tratando de encontrarle sentido al agujero donde vivía Jacob me parecía algo realmente maravilloso, pero la cuestión de mis principios seguía emborronando (¿o tendría que decir mejor aclarando?) la imagen. Abrí la boca para hacer una última objeción, pero Fran ya había empezado a sacar los papeles del bolsillo interior de su uniforme. Otro discursito.

—Bueno, vamos. Tendrás suerte si consigues encontrar la cama, y no digamos alguna cosa que pueda incriminarlo.

Nos volvimos para irnos y, como un relámpago repentino, aparecieron ante mis ojos las huellas que había dejado al ir del garaje al taller. Había estado tan ocupado con el gato, la alfombrilla, con el revoltijo que llevaba, bien apretado contra el pecho, vigilando para no arrastrarlo por el suelo…, y en cambio no me había parado a pensar en mis propios pies, y había

dejado un reguero de huellas que podían llevarme a la horca. Pero nadie se volvió en aquella dirección. Estaban demasiado ansiosos por encontrar algo.

Caminamos hasta la casa en fila india, y el calor de la cocina cayó sobre nosotros como un rayo de sol cegador, como si hubiéramos salido a la luz del día y no al revés. Como si no estuviéramos en medio de la noche. Fran puso los papeles con sus sellos y el encabezamiento en letra cursiva ornamental encima de la mesa, y alisó los pronunciados dobleces. Eran las primeras armas oficiales que el estado usaba contra nosotros. Ninguno se acercó lo suficiente como para verlas bien.

En la puerta del cuarto de Jacob hay un letrero de latón que el chico sacó del depósito de basura cuando lo cambiaron y pusieron media docena de cartelitos nuevos: VIDRIO MARRÓN, VIDRIO VERDE, LATAS, PAPEL, etcétera. Ya estamos en la era del reciclaje. Antes sólo había un letrero que decía BASURA sobre una flecha enfática. El depósito de basura ya no es lo que era. Antes lo atendía un viejecito menudo, sucio y silencioso que se sentaba en la silla destartalada del jardín que había recuperado al borde mismo del abismo, y sostenía una bielda como si fuera el guardián del infierno. Ahora han puesto a un administrador de residuos. Pero yo he seguido llamando a Jacob el Basurero Jefe.

Fran se detuvo en el umbral y silbó. Luego él y sus compinches se precipitaron al interior. Aquello fue la única cosa divertida que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Levantaron los calcetines de Jacob para mirar ansiosamente debajo. Registraron su armario, y rebuscaron en los bolsillos sin el menor entusiasmo. Parecía que hubiera chicle por todas partes, y no necesariamente mascado, sino derretido dentro de su envoltura. Uno de los pelicortos examinó todas y cada una de las cintas que había en la pila de casetes, como si pensara que iba a encontrar alguna que dijera: PLAN PARA EL ASESINATO DE MARTHA TAVERNER. Encontró un par de los pendientes de mi hijo y puso mala cara. Yo seguía de pie en el vestíbulo, con una ligera sonrisa, pero Carolyn lo estaba pasando muy mal. Le disgustaba ver a aquellos hombres maduros levantando el

edredón para escudriñar las sábanas de su hijo, sacudiendo sus zapatillas, leyendo las páginas de sus libretas.

—Es estúpido —me siseó—. Completamente inútil, y ofensivo, y… una violación de todo.

Fran estaba levantando la ropa interior de un cajón, ropa limpia pero colocada de un modo lamentable.

Pasé un brazo alrededor del hombro de Carolyn. Si yo era capaz de mantenerme sereno ante la obscenidad de todo aquello, era sólo porque ya la había vivido minutos antes.

—Quizá ahora comprendas por qué no estaba de acuerdo —dije lo más gentilmente que pude.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro, derrotada.

—Un delincuente —musitó—. Su lugar de residencia.

—Decidme una cosa —dijo Fran. Era obvio que estaba desanimado—. ¿No habéis echado nada en falta? A veces hay que buscar lo que no hay y no lo que hay.

Esta vez éramos inocentes. Ni con la mejor voluntad del mundo, que yo no tenía, hubiera sido capaz de adivinar qué podía faltar allí. No subía con la suficiente asiduidad, y Carolyn, que, aparte de lo otro, seguramente también sufría cierta vergüenza de ama de casa, había decidido hacía bastante no volver a entrar nunca más allí, ni para limpiarlo ni para intentar ni siquiera poner las montañas de cosas de un modo medianamente ordenado.

Estaban discutiendo si debían o no tomar huellas.

—Ahora o nunca —murmuraba Fran—, cuando la oportunidad pasa, ya no vuelve.

Pero el crimen, si es que era obra de Jacob, había tenido lugar en otra parte. Habían terminado con nosotros por el momento.

Entonces oímos un sonido: gratitud y sorpresa. Uno de los pelicortos, mientras rebuscaba entre los restos de porquería de un bolsillo que había tirados en un cenicero que estaba sobre la cómoda de Jacob, había encontrado un pequeño llavero que acababa en forma circular y contenía una diminuta foto. Si presionabas el fondo, se iluminaba. Recuerdo que hubo un tiempo en que Jacob guardaba allí una fotografía de nuestra vieja

perra *Glory*, que salía del lago sacudiéndose el agua. Aún recuerdo la forma en que el sol hacía brillar las gotas y cómo la cámara, de manera casual, había captado todos aquellos reflejos en la foto. Se veían como un montón de lucecitas plateadas, como trocitos de hielo que colgaban en el aire.

—Mmm —dijo el detective, y se lo tendió a Fran.

—Ajá —respondió él—. Ahora sí.

Nos lo entregó en silencio, como si pensara que el caso ya estaba cerrado con aquel hallazgo. Yo lo cogí, lo sostuve ante mis ojos y luego lo aparté. Era Martha, supongo que podía ser ella, pero, en todo caso, era una adolescente rubia. Tenía la cabeza vuelta, de modo que sólo se le podía ver de refilón la sonrisa. La chica estaba de pie, de espaldas a la cámara. Llevaba puesta la parte inferior de un bikini azul con lunares blancos (demasiado escasa, dejaba ver perfectamente parte de su bonito trasero), y era obvio que sostenía la parte de arriba contra sus pechos. De atrás lo único que se veía era pura espalda desnuda, con una leve franja más pálida allí donde la piel no estaba tostada y las tiras de la parte de arriba del bikini colgando a los lados. Era medio inocente —si hubiera sido una foto de una chica más joven y firmada por Norman Rockwell, seguro que hubiera aparecido una perra como *Glory* saltando feliz mientras intentaba alcanzar las tiras del bikini—, medio provocativa, creo yo, un momento de diversión. Como un póster casero del *Playboy*. La chica de la fotografía se estaba riendo. Su cuerpo era joven y hermoso, y me asaltó profundamente la esperanza de que fuera el de alguna otra, de que todavía tuviese vida.

—¿Y?

—Bueno —dijo Fran—, ¿no te parece que todo encaja?

Yo no tenía nada que decir. Wendell no estaba presente. Pero, por favor…

—Fran, hombre, aquí nadie pretende fingir que no se conocían —le solté sin pensarlo dos veces—, si es que se trata de ella.

—Se trata de ella.

—Repito, ¿y?

La echó dentro de la bolsa de plástico verde, que contenía otras pocas tonterías irrelevantes: algo escrito a mano, una invitación para una fiesta, una cinta llamada *El dolor de la muerte*, de un grupo del que no había oído

hablar nunca. (Gracias a Dios que no era de los que escriben diarios. Lo hubieran devorado en un minuto.) No había armas, ni drogas, ni nada de la parafernalia que rodea a los estupefacientes, ni siquiera un cortaplumas o un condón envuelto en papel de plata.

—Ya está —dijo Fran con aire desapasionado—. Os pido disculpas por las molestias.

—Gracias por nada, querrás decir.

Carolyn me volvió a lanzar otra de esas miradas de advertencia salidas medio de su enojo, medio de su dolor. No te entiendo, le respondí yo con los ojos, ¿por qué no quieres ayudarme?

—Si el resto del caso es como esto, Fran… —dije, meneando negativamente la cabeza—. Tienes un botín bastante ridículo, a pesar de todos tus documentos oficiales.

Me ignoró.

—Si mi chico tuviera el cuarto así —le estaba diciendo a sus grotescos compinches mientras bajaban uno tras otro por las escaleras—, lo habría mandado a un colegio militar y ya veríais si no lo tenía haciendo el saludo cada mañana antes de dar los buenos días.

Los acompañamos a la puerta en silencio. Me di cuenta de que olíamos a tabaco, de tanto rato que llevábamos allí de pie. Estábamos empapados del olor de los cigarrillos que Jacob se había fumado cuando no podíamos verle.

Eran las diez y media. Más de una vez levanté el teléfono para asegurarme de que funcionaba. No sé por qué, pero me pasaba el rato controlando el reloj. Supongo que era el trastorno que sentía al pensar en el poco tiempo que hace falta para que te pongan boca abajo y te saquen la vida entera de los bolsillos a sacudidas. Cuatro horas, sólo cuatro horas, me repetía. Para morir sólo hacen falta un par de segundos. En comparación, cuatro horas son una muerte lenta y dolorosa.

Fue la primera noche en mi vida en que no dormí ni un solo segundo, que ni siquiera quise cerrar los ojos. Una vez me quedé levantado, dando vueltas y más vueltas por el metro con una chica que acababa de conocer. Íbamos de una línea a otra, a todas partes. De BMT a IND, hasta el enlace en la estación Grand Central, y del IRT al centro y luego de vuelta. Estábamos borrachos de una lujuria esperanzada, y acaso también de algo de alcohol. Y cuando murió mi padre, no me acosté durante treinta y seis horas: quería cerrar los ojos pero no me atrevía.

Pero aquélla fue la única ocasión en mi vida en que me fui a la cama con los dientes lavados, bien aseado, como si fuera otra noche cualquiera, y permanecí tendido durante horas, mirando fijamente hacia arriba, como si la oscuridad fuera tierra y yo estuviera enterrado debajo. Allá en Birch Row, que era donde vivían los Taverner, seguro que lo estaban pasando peor, pero eso no mejoraba las cosas. Ellos aún conservaban algunas dudas, pero nada cambiaría cuando el misterio estuviera resuelto. Tenían de su lado la virtud (la inocencia al menos) y la certeza. Nosotros, en el vacío de la oscuridad del dormitorio, teníamos la culpa —probablemente—, y la esperanza o la confusión. Pero yo estaba de acuerdo con Carolyn, o trataba de estarlo, luchaba contra mí mismo por estarlo. Quería creer que, fuera como fuese, aún era demasiado pronto —seis, ocho, doce horas— para la desesperación.

OceanofPDF.com

BEN

Queridos papá y mamá:

Me ha llevado mucho tiempo llegar a Boston. Había tanta nieve que cerraron Deer Mountain (¡me encanta eso de cerrar una montaña!, ¡qué poder!), así que tuvimos que dar un rodeo muy, muy largo. Pero lo hicimos, aunque estuvimos todo el camino patinando. Pasamos al lado de alguien que iba esquiando por la autopista, por el carril lento.

He contado las autopistas que salen de Boston. Hay doce. Y rutas para esquiadores por todas partes.

Ya sé que vosotros no rezáis, pero hacedlo ahora.

J.

La saqué del buzón con la propaganda de un nuevo almacén, un extracto del banco y un par de facturas. Al principio, antes de mirar la foto que aparecía en la postal y comprobar que eran los Swan Boats del parque de Boston, pensé que la mandaba mi hermano Stuie, que se había ido a Hawai con su familia a pasar las vacaciones de Navidad. Supongo que me esperaba algo con una playa y esas cosas. Pero en la postal lo que se veía eran barcas, cuellos gráciles, blanco grisáceos, como el granito de los monumentos, y el césped era de un imposible verde oscuro bajo un cielo que no estaba. Así que le di la vuelta con cierta curiosidad. Volvía caminando del buzón, por el pequeño sendero, y me detuve y la leí, y el mundo me dio un vuelco y me paré en seco.

Nadie había oído nada, nadie tenía ninguna pista. Y por supuesto la policía había dado la alarma. Nunca antes había apreciado en todo su

significado la expresión aquella de «a todas las unidades», aunque en realidad eso era justo lo que necesitábamos, que la noticia se difundiera por todas partes, cerca, lejos, por todos los lugares del mundo. Los llamábamos sin cesar para acicatearlos en la búsqueda, aunque yo tenía la sensación de que no servía de gran cosa. Ellos iban a su aire. Al cabo de una semana, Mary, la recepcionista del cuartel de policía, empezó a contestamos «no se sabe nada», como si fuéramos unos chiflados que llamaban para preguntar si habían recibido un cargamento de chicle o alguna memez así. Al final le dijo a Carolyn:

—Mire, señora Reiser, ¿es que se creen que son los únicos que quieren encontrar a su hijo?

Y tenía toda la razón. Pero, ¿quién podía culparnos? Igual que nosotros pensábamos que habían olvidado nuestra ansia por encontrarlo, supongo que también habíamos olvidado que ellos tenían tanto interés en encontrarlo como nosotros. Era demasiado doloroso recordar el porqué.

Corrían toda clase de especulaciones, todas igual de inútiles. Wendell nos contó que la gente lo llamaba e iba a verlo con cualquier pretexto: los chismes no eran una minucia para la gente de Hyland. Todos sabían que era nuestro abogado, así que ¿por qué no pensar que a lo mejor se le escapaba algo por descuido? (Él era tan prodigiosamente probo que nunca se permitiría una cosa así; se ofendía con sólo sugerirlo.) La policía llamó para pedir una lista de los amigos de Jacob, sus aficiones y sus hábitos: los «lugares adonde podría dirigirse». Traté de imaginármelo en la pizzería de Howe, o con los videojuegos de la antesala del cine.

Y por la radio de aficionados oía cosas indignantes. Podía haberme sentado en la cocina y pasarme el rato calculando la frecuencia con que la expresión «se busca para interrogarle» se transformaba en algo peor, más definitivo y condenatorio. Se hablaba de las obras de la carretera, cambios en las horas de las citas, el mal tiempo que se aproximaba, todo en una miscelánea familiar que tanto me gustaba, y en las voces que salían a trompicones del aparato, en todas las conversaciones parecía oírse por lo menos algún comentario sobre el «asunto Taverner». Vaya hervidero. Los asuntos privados convertidos en cosa pública por mor del deber cívico. Una vez que vino mi hermano a visitarme, me pidió que le dejara el coche y lo

dejó aparcado un rato en un camino abandonado para ir a correr. Al día siguiente, cuando estaba comprando el periódico, alguien me dijo, casi muerto de risa:

—Tu hermano se encontraba allá arriba, en Ridge Road, Ben. ¿Estaba durmiendo la siesta, o qué?

Stuie dijo que era imposible, que no había pasado ningún coche por allí en todo el tiempo que él estuvo corriendo.

—¿Qué tienen —me preguntó un poco intrigado—, helicópteros?

Así se difundían las noticias allí; y lo que no eran noticias también. Oímos que había una reunión de «ciudadanos preocupados» en la sala de estar de los Taverner. Nadie pudo —o quiso, más bien— contarme de lo que se había hablado. Oí algo de presionar a la policía para que actuara con mayor rapidez y dureza, y para que interviniera el FBI. Yo lo entendía. Una habitación llena de padres furiosos, por mucho que me pusiera los pelos de punta. ¿Qué hubiera hecho yo si hubiera sido Mike Taverner, que sentía furia e impaciencia con toda la razón del mundo? Supongo que habría estado allí con una soga en mi mano temblorosa.

Carolyn prefería concentrarse en lo del secuestro. Fuera cual fuera la horrible historia que yo había removido con los guantes y el gato, ella la rechazaba. Necesitaba ver a Jacob vivo. ¿Y si lo estaban torturando, o violando? ¿Y si estaba encerrado en un armario? ¿O cubierto de hojas en un bosque? A lo mejor lo habían dejado allí dándolo por muerto. Muerto. A Patty Hearst le habían enseñado a usar un rifle y le habían obligado a hacerles el trabajo sucio; ¿y si también a él estaban obligándolo a asaltar camiones o a cometer otras atrocidades? A robar. A niñas. A niños. Y así seguía, con sus fantasías furiosas. Estoy seguro de que la mitad de las cosas que imaginaba era incapaz de pronunciarlas. De lo demás, de si era culpable o inocente o lo que fuera, ya nos preocuparíamos más adelante. Dejé de discutir. ¿Para qué? Supongo que yo también hubiera preferido que anduviera asaltando camiones a que hubiese asesinado a su amiguita.

Habían aparecido un par de testigos, pero todavía no se había revelado su identidad. Uno había visto a Jacob y a Martha juntos, de pie ante la señal de stop de Poor Farm Road con MacNeece Street. Y eso fue alrededor de una hora antes de que el otro los encontrara también parados, fuera del

coche, en medio de la nieve, frente al cerco de Tuttle. Les preguntó si necesitaban ayuda, y Jacob lo despidió con un gesto. La «patrulla del crimen» de la policía —al parecer la habían creado especialmente para la ocasión— apelaba a la colaboración de los posibles testigos. Se pedía cualquier tipo de información relacionada con Martha, Jacob o los dos, o de cualquier otra cosa «sospechosa», lo que a mí me parecía peligrosamente vago. A Jacob no se le había visto abandonar el pueblo, pero ¿y qué? ¿Qué significaba eso? Que estaba oscuro o casi oscuro. Que había salido en el coche de alguien agachado en el asiento trasero o con el sombrero ocultándole la cara. El coche de un cómplice, o de un raptor, o de un desconocido, o, o, o… No sé por qué no se había llevado el suyo. Supongo que hubiera sido demasiado fácil de rastrear.

Todos tenían una teoría, desde el alboroto que habían montado yendo en grupo, hasta el secuestro o el frenesí de las drogas. Ninguna de las teorías parecía tener mucho que ver con Jacob. Nosotros, por nuestra parte, no pensábamos otra cosa que no fuera Dios —Dios, si existes, Dios, si no existes—, tráenoslo de vuelta a casa y déjanos tocarlo para que podamos ver con nuestros propios ojos si está bien y sigue siendo nuestro hijo. Deja que vuelva, como sea, antes de que nos lo maten de un tiro. Supongo que si me apretaban, yo también me hubiera decantado por la idea del secuestro —imagínese qué haría usted, intentando elegir el destino menos abominable para su hijo—, porque, aunque también era peligrosa, lo dejaba libre de toda culpa. Nos pasábamos la mayor parte del tiempo yendo de arriba abajo por la cocina, esperando a que sonara el teléfono mientras sentíamos que todas aquellas horribles especulaciones atravesaban las paredes para venir a caer sobre nosotros. Y, como él mismo se atrevía a sugerirnos con una voz extraña, que no tenía el precedente de ninguna devoción en su vida anterior, al contrario, rezábamos.

Al leer su inicial debajo de aquella exhortación a la oración, quedé tan aturdido que dejé caer la postal sobre la nieve, y algunas de las letras se borraron como si les hubiera llorado encima. Pero todavía se podía leer.

Cuando le di la postal a Carolyn, la leyó una y otra vez con tal ferocidad que creí que se la iba a meter en la boca, la iba a masticar y se la tragaría en su afán por entenderla mejor.

—Está vivo —dije, con una enorme exhalación de alivio. Aquello resultaba tan tranquilizador como decir que estaba ciego, sordo, mudo, destripado y cuarteado, pero respiraba.

—Está vivo y está loco —me retrucó Carolyn sin el menor gesto de gratitud. Volvió a mirar con fijeza la postal y la sacudió con impaciencia, como si pensara que así podría sacarle más palabras; luego la volvió de nuevo para contemplar la imagen—. Si ésta es la idea que él tiene de dar señales de vida…

Aún teníamos todo el camino por recorrer delante de nosotros. ¿A quién se suponía que debíamos imaginarnos? Estaba vivo, pero ¿se hallaba sano y salvo? Esa tarjeta, ¿no podía ser como la llamada que se hace con el revólver del secuestrador en la sien? Estaba sellada el día anterior, era reciente. Quería que supiéramos dónde estaba. ¿Quería algo más?

—¿Qué vamos a hacer con esto?

Tardé un minuto en responderle.

—Supongo que no vamos a hacer nada.

—¿No crees que tendríamos que enseñársela a alguien? ¿A Wendell?

—¿Y para qué se la vamos a enseñar? ¿De qué le va a servir a él la información?

Ella se mordió una uña.

—No lo sé, pero me parece que deberíamos hacer algo.

Suspiró. Poco antes me había comunicado que aquél sería el último día que pasaba lejos del consultorio. No estaba hecha para estarse sin hacer nada. Ni tampoco para ser una víctima, aunque yo no podía evitar preguntarme si era consciente de lo que podía esperarle en el trabajo.

—¿Le dirías a Fran dónde está? ¿Es que quieres ayudar a que lo atrapen?

Carolyn se sentó. Todavía seguíamos en la cocina. Siempre estábamos en la cocina cuando no trabajábamos, sobre todo en invierno. Supongo que

el corazón de la casa era en parte la cocina de leña y en parte el antiguo sacramento de la comida que allí se realizaba. Cocinar y comer: mantener el cuerpo bien alimentado, como si fuera otra estufa.

—¿Por qué «atrapen»? —me preguntó con una furia que yo no había sabido anticipar—. ¿Por qué sigues suponiendo que hay que atraparlo? Tal vez haya que rescatarlo. ¿Por qué crees…?

Le sacudí la tarjeta en la cara.

—¿No describe este viaje tan tranquilo, como si fuera alguna aventura? ¿No te suena a huida lo que explica?

—Es críptico —dijo ella—, nada más. ¿Por qué tienes que interpretar que habla de una huida?

Así que traté de enfocar la pregunta desde un punto de vista más neutral.

—¿Quieres que lo encuentren? —Dije que habíamos estado rogando que lo encontraran, sólo que lo encontraran. Pero la cuestión era mucho más complicada—. ¿Quieres que lo encuentren, *ellos*? ¿Quieres ayudarles a encontrarlo? —Era como una primera pregunta filosófica, esencial y compleja, sobre el orden del universo, sobre el equilibrio sobre el que se construyen las tragedias escénicas, sólo que acunada en el marco de una mañana que parecía corriente, el sol que caía sobre la nieve, un cielo sin nubes. Lo que quiero decir es que aquella mañana era el funeral de Martha Taverner.

Me obligué a verlo. Me obligué. La chica estaría en un ataúd cerrado, en la funeraria de LeMois, con su mejor vestido, aunque no se viera, y una rosa blanca en las manos (estaba inventando cosas, sólo para hacérmelo más difícil). Habría allí las tres cuartas partes del pueblo, todos serios y trajeados, apretando Kleenex en sus puños cerrados y, lo que era más terrible, nosotros no podríamos aparecer por allí. Teníamos que seguir sentados donde estábamos, en una cuarentena hostil, y por lo que se ve, Jacob estaba en algún lugar de Boston, a un par de horas de distancia, planificando su vida en el exilio, pero sabiendo que nosotros pensábamos en él. Consideré la idea de salir al bosque y gritar, era lo único que necesitaba, la única cosa del mundo si se me negaba el poder estar frente a

Jacob, cara a cara, y eso no hubiera sido posible sin atraer el tipo de atención que era justamente lo que me hacía querer gritar.

Carolyn se incorporó y trajo a la mesa el taco de notas que teníamos siempre junto al teléfono. Estuvo concentrada un buen rato, reflexionando, y después empezó a garabatear en su ilegible caligrafía de médico.

—¿Qué haces? ¿Le escribes una respuesta?

Se detuvo un momento y miró hacia donde yo estaba.

—Es una lista. De posibilidades.

—¿Por ejemplo? No sabía que hubiera tantas posibilidades como para hacer una lista.

—¡Ah, Ben! ¡Vamos! —Allí estaba una científica, lo había olvidado—. Le podemos dar la postal a Wendell o a Fran y discutir cómo podríamos ayudar a la policía de Boston a encontrarle. Podemos quedarnos sentados mirándola y no hacer nada. Podemos ir a Boston y…

—Encontrar una aguja en un pajar. Claro.

Me ignoró.

—Podemos…

—Carolyn, no podemos hacer absolutamente nada. Quedarnos aquí sin hacer nada, eso es lo que podemos hacer, y dejar que las cosas sigan su curso sin pensar que podemos ayudar a que avancen más rápido. Eso es lo que podemos hacer. Tu lista no tiene sentido.

Una terrible mirada de dolor le atravesó la cara. Pensé que gritaría, porque las facciones se le crisparon de tal manera que casi parecía que tenía que dolerle, muy adentro, en su cabeza. Pero lo único que dijo, apenas en un susurro, fue:

—Es hora de que Judith almuerce.

Se volvió y fue en busca de nuestra hija, que, cosa que yo sabía pero ella no, había decidido no salir de la cama esa mañana, y estaba acostada como un niño enfermo, con el camisón de los corazones rojos, escuchando a Prince y a Kenny G, y mirando al techo.

Tony y Celene Berger habían llegado con las manos llenas de comida preparada, como si hubiera muerto alguien. Yo traté de sentirme agradecido,

pero no pude, aunque creo que fingí bastante bien. Era tan perverso no estar agradecido que no creo que a nadie se le ocurriera pensarlo, aunque Tony también era un tipo bastante perverso, y supongo que lo hubiera comprendido.

—La cosa está —decía (ella es experta en funerales: tiene unos cincuenta familiares que viven por todos estos pueblos de alrededor)— en guardar la energía para otras cosas.

—Eso es lo que estoy tratando de no hacer —afirmó Carolyn desde los brazos de su amiga; pero sí lo hacía—. Tienes razón —le contestó a su amiga, agradecida por poder sentirse querida, aunque el precio fuera tener que comerse un plato más propio de una vicaría—. Si pudieras traernos una olla llena de lo que tenemos que pensar…

Por esas palabras Celene la retuvo unos segundos más. No es que no fuera sincera, es que habíamos aprendido muy pronto que la humildad es muy útil para desarmar el rechazo y el temor. Cuando Celene vio que lloraba, no quiso soltarla.

Luego vino Annie Dineen, líder de la Brigada de Amigos. ¡Benditos sean! Como si se nos hubiera muerto alguien.

Ocupaba mucho espacio: era alta, corpulenta, de cabellos crespos, y nunca estaba quieta. Los chicos la adoraban. Con ella todo parece siempre más grande de lo que lo es en la vida normal. Siempre traía cosas atractivas, cosas inverosímiles, como grillos de metal que podían esconderse en la mano, y se llevaba los aparatos que necesitaban arreglo. Los arreglaba mucho mejor que yo. Cuando Judith era pequeña, estoy seguro de que pensaba en Annie como si fuera el personaje de un cuento de hadas, como ésos que ayudan en plena noche a la princesa a hacerse vestidos de oro con un montón de paja. Una vez, Judith le dio una muñeca que había estado perdida durante todo un año, en un terreno que queda más allá del jardín. Había pasado allí todo el invierno y parecía una flor marchita. Sus bonitas facciones estaban descoloridas, el pelo se le había vuelto blanco, las ropas se le habían echado a perder. La nieve, la lluvia y el barro la habían dejado exangüe. Se la tendió a Annie, llorosa y sin palabras, en uno de esos momentos desgarradores que sólo son significativos para ti, no para tu hijo,

que tiene cinco años y está desesperado… Y Annie nos lanzó una larga mirada por encima de su hombro.

—Ésta es Lisa, ¿no? —preguntó, y Judith asintió con los ojos muy abiertos—. Bueno, bueno. ¿No has pensado en cambiarle el nombre por Lázaro? —Pero tomó a la demudada Lisa y a la semana siguiente la trajo de vuelta, entera, curada, más hermosa que nunca. Recuerdo que hasta había hecho pequeñas zapatillas de color carmesí para los pies sin dedos de Lisa. Carolyn decía que era una de esas personas que dan vida a todo lo que tocan.

En realidad, ése era su oficio. Había sido trabajadora social en su otra vida, y había abandonado a su marido, que era muy arisco, y a los hombres en general más adelante, para adoptar a las mujeres y las plantas perennes. Para cuando sucedió lo de Jacob, ya había hecho jardines en todos los edificios nuevos y reformados del pueblo, excepto en los de aquellos cuyos propietarios no la soportaban.

Las flores son más bonitas. Los arbustos. Hasta un cactus es mejor que un propietario. No maltratan a los niños. No se pegan los unos a los otros, no mienten, no encierran a su abuela en el armario.

Poco antes uno de sus clientes había hecho justamente eso. Había encerrado a su abuela en un armario para obligarla a entregarle el cheque de la paga. Y ésa era sólo su última atrocidad. Annie guardaba demasiados rencores para ser asistente social.

Ahora estaba de pie en medio de nuestra cocina, vestida con una chaqueta de un fucsia chillón que parecía una rosa recién abierta sobre el largo tallo de sus piernas, lo juro.

No estoy preparada para oír esto —dijo con sencillez. Su mirada dura iba de los ojos de Carolyn a los míos—. ¿Me estáis diciendo la verdad?

Es demasiado verdad —dijo Carolyn—. Es una cosa demasiado tremenda como para bromear.

—Pero ¿qué me estáis diciendo entonces?

Suspiré.

—No lo sé.

—Pero no es violento —dijo Carolyn con severidad—. Lo sé. Es incapaz de hacerle nada… físico a nadie. A veces grita un poco, o se pone

terco, como cualquier adolescente. Pero ya está.

Annie dejó salir el aire de su garganta, de un modo lento y ruidoso.

—Tiene temperamento.

Carolyn cerró los ojos para defenderse de eso.

—Nada de diagnósticos, Annie, por favor. Lo único que nos interesa es saber dónde está.

—Dices que habéis llamado a Wendell. ¿Creéis que va a poder llevar el asunto?

—No tan deprisa —dije yo con enojo—. ¿Quién dice que haya nada que llevar? Aún es pronto para que nos resignemos a aceptar esa idea.

Annie, que tenía incluso más energía que yo —Carolyn nos llamaba los mellizos Ritalin—, hizo sonar sus nudillos con impaciencia, en ese gesto que no permito a mis hijos. Se paseaba de un lado a otro, y se había puesto muy colorada, o por el disgusto o por el calor de la cocina, no sé.

—Tu hijo —dijo mirando a Carolyn— es como tu marido pero taponado. Supongo que lo sabes. —Se desabrochó la chaqueta de un tirón —. Me estoy asando. —Se abanicó con la mano desnuda—. No, en realidad es su padre amordazado. Un volcán taponado. Mala cosa.

—Caramba, Annie —respondí—, muchas gracias. No sabía que me quisieras tanto.

—Lo que he dicho no es ningún secreto, ¿no?

—¿Has venido hasta aquí para ayudar o vamos a tener que oírte soltar el rollo psiquiátrico antes de que nos dejes hablar?

Se calló de mala gana.

—Perdona, supongo que no tiene sentido especular tanto. ¿Qué puedo hacer para ayudaros? —Había adoptado el aire de un chico amonestado—. Carolyn…

Carolyn nos miró a los dos, furiosa. Se abrazaba a ella misma, como si nadie lo pudiera hacer a su satisfacción, lo cual no dejaba de ser cierto en aquel preciso momento.

—Nada. —Reflexionó unos instantes—. A veces tendrías que contenerte un poco, Ann, aunque sólo sea por el bien de los demás. —Cerró la mano sobre la parte superior de sus brazos y apretó con fuerza. Supongo que debía de resultarle reconfortante sujetar pedazos de sí misma, como si

fuera otra persona—. Nada —volvió a decir—. Lo siento. ¿Ben? ¿No estás de acuerdo? ¿Nada?, ¿nada?, ¿nada?

Entonces salí al bosque, si no para gritar, sí al menos para librarme del estancamiento y las malas vibraciones que había entre Carolyn y yo. No me gusta hablar de vibraciones. Suena infantil, y además está pasado de moda. Pero a veces eso es exactamente lo que sientes. El perfecto acoplamiento, en los buenos días, entre la palabra y la necesidad se hace literal, físico, como en una alineación de las ondas del pensamiento. O al revés, sientes el estrépito del aire cuando todo lo que dices irrita al otro, y el desajuste parece arrancar de muy adentro, desde el mismo origen de tus células primarias. Nada es congruente, ni fácil.

Me puse los esquís. Primero pasé por el largo y tedioso proceso del encerado, agradecido, en lugar de impaciente por primera vez en mi vida; agradecido por poder entregarme a algo tan poco cerebral, tan mecánico y básico que podía hacerlo sin que tuviera que comprometer para nada en la operación mi materia gris. Frotaba la cera en pasadas largas y lentas. Es algo anticuado para los tiempos que corren, ya nadie lustra los esquís, pero soy pobre y conservador cuando se trata de mis placeres. Luego encendí la llama de propano para que se absorbiera bien la cera y escuché el pequeño suspiro de la llama. ¡Ah, Dios! Estar vivo como la llama. No era justo, no era posible que se hubieran llevado a esa hermosa niña y hubieran sellado la caja donde estaba y la hubieran puesto en el depósito, bajo tierra, en el cementerio, una bóveda invernal, para que esperara a que el deshielo la arrastrara al interior de la tierra. Y ¿era mi carne, mi sangre la que había hecho eso? No. Simplemente me negaba a aceptarlo. El fuego chamuscó el borde exterior del esquí izquierdo. Sacudí la madera y vi que sólo se había ennegrecido el hermoso borde afilado por donde se curva hacia arriba, una buena marca, y me dije que tendría que poner más atención si no quería acabar prendiéndole fuego a mi propia casa.

Salí por la puerta trasera con los esquís en la mano, golpeándolos y chocando con los marcos de las puertas, como siempre. Luego me los calcé y los até, y salí con demasiada desesperación, empujando con demasiada

fuerza, en un intento por liberarme de mí mismo y escapar del vértigo que sentía. Evidentemente, aquello me alivió. Cuando llegué al sitio, después de atravesar el terreno llano, sintiendo las ramas diminutas —estaban cubiertas de hielo y brillaban— de los arbustos que había a ambos lados del camino golpeándome el rostro, me lancé colina abajo casi con alegría, con los palos hacia arriba, y los esquís cortando la nieve con un silbido. Claro que me sentí liberado de todo por unos minutos benditos. Pero al final llegué al pie de la larga colina, donde los fresnos se apiñan como un corro de chismosos.

Justo un poco más adelante, hay un haya, o mejor dicho, dos, sólo que están enroscadas la una sobre la otra, ninguna dominante, ninguna vencida, con su piel de hayas desnuda, como una pareja que se retuerce en la agonía sexual. Por lo menos yo siempre había pensado eso. Muchas veces las había fotografiado, como un *voyeur*, desde el interior de su extraño abrazo, desde afuera, desde los distintos ángulos de sus extremidades sinuosas y enlazadas. Y ahora estaban allí, como si las hubiera buscado, cubiertas de un destello de gris y plata que parecía un leve sudor. No creo que fuera la autocompasión lo que me hizo apoyar la mejilla contra la corteza. Era compasión por Martha, por Mike y Terry Taverner, que tendrían que renunciar a ella demasiado pronto; por Jacob, mi hijito, que había crecido transformándose —tal vez sí, tal vez no— en un extraño aterrador, en un flagelo que había hecho algo impensable; por Judith y Carolyn, y por mí mismo, sí, por qué no, pero sobre todo por Jacob. Era toda esa compasión por todos esos seres separados. ¿Qué otra cosa podía hacer sino plantar mis esquís en una ancha y extraña V en torno del enorme tronco doble y apoyar la mejilla contra el árbol y esperar, esperar a que me consolaran?

OceanofPDF.com

CAROLYN

¿Estaría caminando por Harvard Square como cualquier otro chico contento y mundano? Aquello era como una Calcuta pero menos densa, una feria claustrofóbica de gente, la multitud anónima que pululaba a tu alrededor de un modo opresivo, gente que te entregaba al pasar publicidad de clubes de jazz, salones de belleza, clases de autodefensa; muchos chicos, aún y para siempre, mal vestidos, con ropa de color caqui y unos pelos que llamaban la atención porque eran extremadamente largos o extremadamente cortos o por el color o por su forma salvaje y monstruosa. Tal vez estuviera allí, haciéndose pasar por un chico de Harvard, o por un parásito cualquiera. O paseando por la Zona de Combate, asomando la cabeza en los clubes nocturnos, espiando las fotos de las chicas desnudas con los ojos encegados. En esa zona de la ciudad todos parecían huir de algo.

En parte era porque era madre y en parte porque era doctora, pero ella vivía para el bienestar de los niños, y ponía en ellos todo su sentimiento: parecía que cada momento de su vida tenía que estar dedicado a procurar que los niños estuvieran tranquilos, a mitigar su dolor o a evitar que se produzca. Estaba sentada mirando más allá de las plantas del alféizar de la ventana de la cocina, con los ojos fijos en el comedero para pájaros, que colgaba del pequeño sicomoro. Ya no se molestaban, o más bien, no se atrevían, a seguir llenándolo, porque *Arisca*, la gata, subía y atrapaba a los pájaros, y también habían descubierto que las ardillas rondaban por allí, y desenterraban las semillas que caían sobre la nieve; y que caminaban cabeza abajo por el cable de la electricidad y saltaban a la rama, todo con tal de llegar al comedero. Ellos no compraban semillas para mantener a las ardillas. Y un día la gata había traído el cuerpo de una ardilla, abierto, con

el interior rosado como la pechuga sin piel de un pollo. Los dientes y las uñas y todo rojo. No, se negaba a recordarlo cuando era pequeño, cómo lo calmaba, el talco, las palmaditas, las caricias. Lo veía poniéndose su chaqueta de esquí, la que tenía ahora, una negra con franjas rojas y amarillas, y se daba cuenta de que estaba expansivo, misterioso y algo siniestro con ella. El verano anterior, cuando saltaba de una roca en Skaggs Pond, el estómago metido para adentro y los codos para afuera. Un muchacho. Un muchacho en el borde precario de la hombría. Lo veía tratando de ser feroz, de ver si podía ser realmente cruel. Se negaba a recordarlo de pequeño, indefenso y diminuto.

La maternidad no duraba. ¿Por qué no había más gente que admitía que cada etapa era reemplazada por la anterior con tanta contundencia (si es que una se había entregado a conciencia a su trabajo) que a veces costaba creer que se había estado allí? La infancia de sus hijos era un rumor distante, avivado por las fotografías y unas pocas cintas: Judith ceceando un poco, Jacob que reía como un tonto; tenía demasiado hipo entonces, y a ella le preocupaba. Le resultaba extraño oírlos hablar en las cintas, cantando sus canciones. Eran las voces de los hijos de alguna otra.

Y también estaban los vídeos, literales y abruptos, pero no había nada de los primeros años. Y Jacob estaba mejor documentado que Judith; había sido el primero, y de algún modo estaban menos ocupados en aquella época. Pero ninguno de los dos estaba suficientemente entero en su memoria, no sin ayuda. Era una farsa. Y hacía poco había empezado a darse cuenta, en especial ahora que sus padres llegaban a los setenta y los ochenta, de que su vida entera también se apagaría del mismo modo: una imagen distante, no más inmediata que una película, una buena película en el mejor de los casos. Si se concentraba con todas sus fuerzas, a veces conseguía algo así como instantáneas. Pero la memoria, la memoria de la sangre, siempre se sobreestima. En los libros es demasiado aguda, demasiado clara y continua. En la realidad todo es sombra. El pasado no era más que una idea abstracta, interrumpida por pequeños fragmentos de imágenes claras, no más largas que un anuncio de la tele. Una farsa, una farsa, una farsa.

En la adolescencia había quedado consternada al ver que su gata no reconocía a sus propios gatitos cuando pasaban de cierta edad, ni los buscaba, ni sentía nada por ellos. La gata era un hermoso animal, negro y de largos cabellos, que se llamaba *Humo*, y su actitud maternal le había parecido tan natural, su devoción tan profunda y compleja que Carolyn se había sentido arrobada por la admiración. Cuando observaba a la nueva madre cambiando de sitio a sus gatitos, cogiéndolos por los cogotes mojados y depositándolos en escondites nuevos por razones que ningún ser humano podría comprender, se sentía feliz al pensar que ella misma era un animal. Era ennoblecedor estar emparentada, aunque fuera de lejos, con ese ser menudo, cálido, protector y amoroso que, sin haber recibido ninguna instrucción, se desvivía por cuidar de sus cinco bebés, tan chiquitos como pulgares, y los lamía hasta dejarlos relucientes.

Pero, apenas unos meses después, descubrió a *Humo* amenazando a sus hijos con gesto perverso, como una extraña. Se había vuelto autoritaria y egoísta con la comida. ¡Ya no había sentimientos! ¿Cómo era posible que la gata no sintiera el lazo que la había unido a sus crías para siempre? ¿Cómo era posible que no reconociera el olor, que no lo amara? Bueno, a lo mejor si lo veía ahora, ella podría recuperar ese lazo. Si lo rodeaba con los brazos y recordaba… Pero el chico que había apretado contra su pecho, que había cogido y mecido en su regazo, que había dormido, ya no estaba allí, había desaparecido. No era la misma persona que vería si ahora estuviera de pie en el vano de la puerta. El gato que tendría sería un adulto que se perfumaba la piel con loción para después del afeitado y desodorante, para disimular el olor que su madre podía reclamar como suyo. Un gato que hacía lo que quería. Un macho.

Apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y lloró.

OceanofPDF.com

JUDITH

A veces formaban un buen equipo. Había muchas cosas que los unían. Cuando su padre se enfadaba o hacía alguna de esas cosas humillantes —como cuando se puso a hacer el payaso en la escuela mientras pintaba ese mural con los chicos, o cuando discutía en alguna reunión del pueblo y hacía que todos los padres se rieran de él, o cuando escribía al diario—, o cuando su madre estaba demasiado tensa y se ponía desagradable, o estaba demasiado cansada para prestarles atención, en esos momentos se unían y se apoyaban el uno al otro. Las miradas que cruzaban eran como una especie de reconocimiento, como decirle al otro que sabían lo que pasaba y que confiaban en que pronto acabaría. Tenían también sus pequeñas rutinas, cosas que no podía compartir nadie más que la familia; eran demasiado insignificantes para mencionárselas siquiera a los amigos o esperar que las entendieran.

Y había otras cosas. Una vez Judith le permitió a Jacob que escondiera en su cuarto un dinero que se suponía que Jackie, un amigo suyo, no debía encontrar. Le dijo:

—Vas a ser buena y no harás preguntas, ¿verdad?

Y ella se sintió tan halagada que dijo que sí, claro, aunque sabía que algo andaba mal. Había un montón de cositas que sabía pero que nunca contaba, como que Jacob no estaba siempre donde decía que estaba o con la gente con la que había dicho que estaría. Tal vez sabía más de lo que hubiera sido aconsejable, pero su hermano era el ser que más le fascinaba en el mundo, siempre lo había sido, y para ella se había convertido en un pasatiempo, mucho más que eso en realidad, el poder seguirlo con sus ojos y sus oídos, husmear, y después memorizar y tragarse lo que descubría.

Y algo más. A veces pensaba que era horrible y otras que era perfectamente natural, porque él era su hermano, era parte de su vida desde el instante en que llegó al mundo. Pero no se lo había contado a nadie, así que no tenía a nadie que pudiera darle una segunda opinión. Una noche, sus padres salieron y los dejaron a los dos solos en la casa. Ella debía de tener unos ocho o nueve años, y él quizá tendría trece, o tal vez menos. Ella fue a darse un baño y, no sabía cómo, pero el caso es que su hermano entró en el cuarto de baño cuando se estaba poniendo el camisón. Parecía un poco avergonzado, pero le hizo preguntas acerca de su cuerpo, sobre cómo eran exactamente ciertas partes. Los dos investigaron con curiosidad las partes ocultas del otro. A Judith no le importó que él la mirara. Estaba limpia, al fin y al cabo, acababa de bañarse, y el aire respiraba el olor del talco infantil. Además, sus padres les habían repetido mil veces, casi hasta la saciedad, lo natural y hermoso que es el «cuerpo», una curiosa manera de denominar la envoltura que cubría su ser.

Jacob pareció muy respetuoso ante los nuevos descubrimientos. No la tocó para nada; se limitó a preguntar con la gravedad científica de su madre-la-doctora, si quería enseñarle cómo era por dentro. Judith nunca había pensado en sí misma como en algo misterioso, pero suponía que cuando una persona no ha pasado por la experiencia de ser una niña, es normal que no sepa ni siquiera cuántos agujeros hay, ni dónde ni por qué. (En realidad el porqué ella tampoco lo tenía muy claro. Ni estaba muy segura de por dónde era que saldría el bebé, aunque tenía un presentimiento.)

Luego, como parte del trato, ella tuvo que mirarlo a él. Había meado acuclillada cerca de Mickey Geyer cuando tenía cuatro años, y había descubierto que él iba con ventaja y no se mojaba los zapatos. Había visto por dónde meaba y, a lo largo de los años, había ido echando alguna mirada que otra a su hermano. Era más fácil ver lo que tenían los chicos que lo que tenían las chicas, pero poder obtener un primer plano era una maravilla. Le pareció desconcertante esa extraña protuberancia, que mostraba un color y una textura diferentes al resto del cuerpo. Parecía tonto, como un pequeño animal rosado, con un único ojo en el centro, que podrías encontrar en un acuario, acurrucado bajo una roca.

—No lo toques —le había advertido Jacob—. Si lo tocas te va a dar un susto.

—¿Qué quieres decir? —Ella lo miraba completamente absorta.

—La próxima vez te lo enseño —dijo su hermano—. Sabe hacer un truco.

Durante todo el tiempo que estuvieron investigando, él no había dejado de mirar hacia la puerta. Era evidente que estaba al tanto por si sus padres regresaban antes de tiempo.

—¿Por qué miras tanto para la puerta? —le preguntó ella—. No se enfadarían si nos vieran.

—¿Qué te apuestas? —y se subió los pantalones y se los abotonó lentamente, como si siguiera pensando en lo que había visto. Ya entonces era contradictorio: cortés y considerado, y a la vez algo loco, petulante y apabullante. Llamaba a la cosa «Batman».

—Siempre dicen que el cuerpo es algo bueno y que no hay nada sucio en él. —¿Y qué iba a haber sucio, de todos modos, pensaba ella, si acababa de bañarse?

—Sí, pero se supone que nosotros no tenemos que mirarnos. La gente que está emparentada es como… no es decente.

—No lo entiendo.

Y se preguntó por qué su hermano no había acudido a otra persona si era como decía, a una amiga o a alguna chica de su clase. Desde luego, era mucho más lógico que acudiera a ella, no creía que hubiera sido mejor con una extraña. No entendía qué era lo que estaba mal en todo aquello, y se sentía ansiosa por ver el truco que hacía la cosa.

Sus padres no volvieron a dejarlos solos en casa durante varias semanas. Judith se moría de curiosidad. ¿Qué clase de truco podía hacer aquella cosa suave y elástica? A lo mejor la podía esconder toda dentro de esa suave mata de pelo oscuro que tenía por encima, igual que hacen las tortugas cuando esconden la cabeza. O a lo mejor tenía que ver con esas bolsitas que se movían y que se encontraban debajo y que siempre estaban cubiertas con piel de gallina, como si tuvieran frío. Judith se mostraba distraída e impaciente, y empezó a mirar a los chicos de su clase cuando podía, con disimulo. Todos llevaban ese misterio oculto allí dentro, en la oscuridad, ese

hongo móvil cuya cabeza oscilaba a uno y otro lado, fuera de la vista, y que resultaba mucho más peculiar que lo que tenía ella: lo suyo en realidad no hacía nada.

Batman salió a la luz una noche que sus padres se fueron a Howe a ver a una compañía de ballet que estaba de gira. Aquella noche nevaba, y Judith tuvo miedo de que no fueran. Ella y Jacob se quedaron de pie junto a la ventana del recibidor, observando cómo las luces del coche se alejaban a través de la bruma, preguntándose cuánto tiempo tendrían que esperar para estar seguros de que su madre no había olvidado las entradas, el bolso o alguna cosa…

Luego Jacob se sacó los pantalones, como para demostrarle que esa vez no irían con prisas. Se dejó puesta la camiseta de Michael Jackson, que se ensanchaba por la cintura como una carpa. Entonces, a la sombra de esa campana, tomó la mano de ella y la cerró alrededor de la cosa. Tenía los ojos raros, excitados, pero también extrañamente distantes, como si en realidad no estuviera allí con ella, sino en otra parte, con la mirada fija en otra persona, o tal vez no, pero no en Judith, no en su hermanita. Cerró con fuerza la mano sobre la de ella, como hacía la maestra de la clase de caligrafía, y la movió de arriba abajo con fuerza, cada vez más deprisa. Judith sintió alarmada que tenía algo vivo dentro del puño. Era como si quisiera escapar. Cuando Jacob abrió la mano para que ella pudiera ver en qué consistía el truco, Batman se había transformado, tenía una forma y un tamaño diferentes, y el color también. Como el huevo de un mago.

Al final, cuando ella ya había tenido más que suficiente de aquella fricción constante, Jacob gritó, como si estuviera tratando de escapar, y echó la cabeza hacia atrás. Judith se asustó. Él mostró los dientes, y el aparato de ortodoncia brilló bajo la luz del dormitorio. Estaba sufriendo, le había hecho daño sin querer, iba a pedirle perdón, cuando vio que se hallaba en posesión de un puñado de flema, y fue entonces cuando salió corriendo del cuarto de su hermano, a punto de vomitar. Corrió agitando la mano salvajemente, intentando deshacerse de aquella sustancia, bajó las escaleras y salió por la puerta principal como si la casa estuviera ardiendo. Jacob no la siguió. Judith salió al sendero del frente de la casa, en calcetines, y los bordes del camisón se le empaparon con la nieve. Estuvo fuera hasta que

sintió demasiado frío, y entonces entró y se fue directamente a su habitación y cerró la puerta. Había frotado la mano en la nieve fresca, como hacía con los zapatos cuando había pisado porquería de perro. Pero todavía veía una extraña película seca sobre las líneas de la palma de su mano, como los sobrantes de una clara de huevo.

Durante una semana, Judith pensó que su hermano era demasiado repugnante como para acercarse a él sin apartar la mirada. Cuando se comparaba con los chicos, se sentía agradecida de poder ser inanimada e inmóvil. Le llevó mucho tiempo enfrentarse a su hermano, aunque no fuera exactamente para perdonarlo, porque no acaba de decidir si tenía que compadecerlo u odiarlo por haberle hecho pasar la prueba repugnante. Pero si aquello se asentó en su cabeza, fue solamente porque le resultó más fácil diseminar la culpa del grotesco episodio que responsabilizarlo a él. Tenía que suponer que todos los chicos podían hacer eso, y que tal vez con el tiempo lo superaran. Pero al menos ahora entendía por qué a él le preocupaba tanto que sus padres lo descubrieran. El chico que tomaba su desayuno junto a ella y que leía su ensayo de biología en voz alta (*Las venus atrapamoscas y otras plantas carnívoras*), que no parecía albergar ninguna agitación en su pecho cuando estaban sentados el uno junto al otro en el asiento trasero del coche… no, no podía ser que tuviera a Batman y estuviera tan tranquilo y que pudiera tenerlo controlado; pero tenía que ser verdad, a menos que todo hubiera sido un mal sueño provocado por la ausencia de sus padres en una noche de frío y nieve. No, ella no era de las que se dejan llevar por fantasías.

No mucho después, su madre le habló de los bebés, en una explicación que no era fácil convertir en imágenes: habló de las personas que se aman y luego se acuestan la una encima de la otra. Ella había visto cosas de ésas en las películas, pero no estaba precisamente ansiosa por relacionar aquello con el truco de Jacob. ¿Significaba eso que podía haber hecho un bebé con Jacob con lo que hicieron? ¿Dolía hacer lo que su madre sugería que todos hacían? Recordaba la voz de su hermano, sus ojos, su gemido, cómo ella huyó a la nieve. No se lo contó a nadie, ni siquiera a Celeste, que era su mejor amiga y sólo tenía hermanas. Celeste sentía una pasión enfermiza por Jacob, pero si oía eso, nunca volvería a mirarlo a la cara.

Su hermano había cambiado durante el último año. A veces le parecía difícil creer que hubieran jugado juntos esas horas incesantes y plenas de los chicos de campo: que hubieran hecho fuertes de nieve, fogatas, pequeñas representaciones de cinco minutos, vestidos con ropas ridículas; que hubieran arrojado aquel platillo marrón y blanco que parecía una galletita. Jacob representaba personajes que tenían voces estrafalarias, como el Viejo Marino, un hombre detestable que siempre te agarraba cuando te hablaba y se ponía a contarte un montón de argumentos de películas, aburridos y complicados, que eran imposibles de llevar a la pantalla. Si conseguías darle un pellizco, la voz desaparecía. Estaba también el señor Q., que era justo lo contrario del señor T., un pequeño pelele al lado del cual Woody Allen parecía el Increíble Hulk. Siempre hablaba de sus aventuras, de cómo unos surfistas le habían raptado la novia, tirándole a él arena en la cara. Judith pensaba que Jacob tendría que dedicarse a hacer películas o a escribir libros cuando fuera mayor, aunque lo más que conseguían sacarle era que no pensaba trabajar en ningún sitio donde tuviera que llevar traje y corbata.

—¿Ni siquiera como entrenador de baloncesto? —le preguntaba ella.

—Eso me lo pensaría —concedía él.

Pero había empezado a desarrollar lo que ella llamaba el Aliento del Dragón. Cuando se lo tiraba a la cara, a ella se le venía a la cabeza aquella película, *La invasión de los ladrones de ultracuerpos*, cuando la gente todavía parece normal pero ya trabaja para «el otro bando», y miran con fijeza a sus víctimas y de la boca les sale un rugido como de fuego, no una voz, sino un sonido hueco y horrible, como si tragaran para adentro: el viento a través de un túnel que conduce al infierno.

La primera vez que lo oyó, él había rugido en una voz tan alta, que la despertó de un sueño profundo. Su voz indignada le llegó desde el piso de abajo y también el grito de respuesta de su padre. Estaban en la cocina, y ella se quedó sentada en las escaleras, inclinada hacia delante, tratando de averiguar por qué discutían. Los horarios de Jacob. Eran las dos o las tres de la madrugada. El horario de Jacob cuando salía con sus amigos, o tal vez lo que hacía cuando salían. Entre lo que no oyó y lo que no pudo

comprender, acabó sin saber de qué iba la discusión, aunque sonaba como si fueran a llegar a las manos.

No lo hicieron. Vio las caras exhaustas cuando pasaron atropellándose junto a ella, de camino a la cama. Primero su madre (apenas la había oído, o tal vez había hablado demasiado bajo como para que se la pudiera oír en otra habitación), blanca y silenciosa; luego su padre, todavía rojo, con el sudor pegado a la barba como copos de nieve y el pecho agitado; y, finalmente, Jacob, la víctima y causante de la discusión. Para ese entonces, su hermano ya había pasado a otra etapa: tenía el rostro frío e impasible. Cuando Judith se apartó para dejarlo pasar, la miró como un ciego. Era como si no hubiera visto ni oído nada, como si se hubiera visto mezclado sólo de forma accidental en una gran pasión que no le afectaba en absoluto. Judith admiraba la suavidad de su mirada, el distanciamiento, la superioridad que mostraba frente a la agitación del momento. (Aunque, ¿no era a él a quien acababa de oír gritando con tanta ferocidad que se le había quebrado la voz como a un niño?) Pero ya había cesado, como si hubiera pasado a una fase diferente de un salto. Su rabia se había transformado en serenidad. Cuando llegó hasta ella, que había subido las escaleras corriendo y por eso había llegado arriba antes que él, extendió su mano y le pellizcó en el estómago sin siquiera esbozar una sonrisa. ¡Cuánto lo quería ella, cómo admiraba ese autocontrol, esa fe en su propia inocencia! Su padre parecía tonto en comparación, como si hubiera estado corriendo detrás de un autobús, gritando y golpeando la puerta, y al final lo único que hubiera conseguido fuera quedarse parado en el camino vacío.

Cuando pasaron unos minutos, fue a la habitación de su hermano para felicitarlo, pero se detuvo en seco. Jacob estaba pegándole puñetazos a la puerta de su armario con el puño desnudo, con gesto brutal, mientras gruñía como si con cada golpe que asestaba le estuviera haciendo daño a alguien. El póster de Led Zeppelin estaba casi destrozado. La sangre de sus nudillos destacaba sobre el fondo blanco. Judith se quedó de pie junto a la puerta, donde él no podía verla. Finalmente, Jacob se detuvo y acunó uno de sus codos con la otra mano, mientras se balanceaba y se chupaba el puño mutilado. En la cara de su hermano, distorsionada ahora por las lágrimas, vio lo mucho que le habían costado los gritos, el autocontrol, el

distanciamiento de ciego. La sangre le resbalaba por los dedos hasta la muñeca. ¿Qué había estado haciendo durante toda la noche? ¿Qué había que mereciera tanto esfuerzo?

Ahora Judith estaba en su cama, bien calentita, con su camisón puesto, a pesar de que ya era mediodía, tratando de entender qué era lo que sucedía. Su hermano había desaparecido, y tal vez lo atraparían y lo matarían a tiros. Podía verlo corriendo después del desayuno, cuando trataba de alcanzar el autobús de la escuela. Ella siempre permanecía quieta tranquilamente junto al buzón cuando él salía corriendo de la casa, justo cuando el autobús amarillo aparecía sobre la cima de la colina. O llegaba cuando Nat ya estaba cerrando las puertas y subía de un salto, con una risa de suficiencia. Gran parte de los recuerdos recientes que guardaba de Jacob estaban acompañados del olor asfixiante de la huida, del resoplido de aire que producía la puerta del autobús al cerrarse, ese mecanismo que Nat sostenía en su manota enguantada.

—Cada vez apuras más, Jake —le decía divertido, no enfadado—. Uno de estos días vas a tener que agarrarte al parachoques de atrás.

Pero eso era antes de que aprendiera a conducir. Ojalá no hubiera aprendido nunca. No hacían más que discutir por el coche.

—Si tanto deseas un coche, búscate trabajo, ahorra.

Su padre no dejaba de repetir aquel estribillo aunque, como le encantaba señalar a Jacob, nadie hubiera pensado que un artista pudiera ser más ceporro que los padres comunes que veneran la Cámara de Comercio.

—Con lo bien que nos va que tenga todas esas locuras en la cabeza —murmuraba Jacob—. Es el capitalista sobre ruedas más grande que existe.

Su madre había adoptado una postura más suave, no le importaba el dinero.

—Lo nuestro es vuestro, no creo que haga falta que lo diga —decía siempre como para consolarlos. Tal vez era porque ella y su padre eran ricos que el dinero no le importaba. A pesar de las objeciones que puso su padre, le compró a Jacob un viejo Dodge muy barato cuando murió uno de los celadores del hospital. Durante los primeros meses, Jacob llamó al coche «la maldición»: tuvo que pagarse él el seguro, las reparaciones y el combustible.

Una vez su madre lo pescó sacándole dinero del bolso, billetes de veinte. Hubo otra pelea familiar, desde luego, pero Jacob estaba empezando a adoptar una nueva línea de conducta: en lugar de devolverles los gritos, les daba una buena dosis de aliento del dragón primero y después se hundía en esa especie de silencio. Judith lo observaba, tan comedido en medio del ardor de la furia de su padre, como si estuviera parado en la invisible turbulencia del motor de un avión. Lo único que hacía era entrecerrar los ojos por efecto del viento, nada más. Su defensa era no decir nada. Sus mejillas estaban tensas. Una vena le aleteaba contra la piel como un pequeño insecto, atrapado, tratando de salir, pero él no abría la boca para dejarlo libre.

—¿Es que no piensas contestar? —gritaba el padre.

Tenía tres billetes de veinte dólares en el puño. Aunque Judith ya se había enterado de lo que había hecho, se horrorizó al verlos de verdad. ¡Era cierto que los había sacado de la billetera de su madre, que se había atrevido a meterse sin permiso en la intimidad de su bolso, que olía a canela, y a sacarlos de allí como un ratero, como un extraño!

Jacob no tenía intención de contestar, pensaba ganarle por cansancio, pero el padre lo tomó por la parte de atrás de su camisa de pana, y lo aguantó como si estuviera por levantarlo del suelo. Trataba de buscar algo en la mirada de su hijo. Esperaron en silencio. Tarde o temprano alguno de ellos tendría que cansarse. Finalmente fue Jacob quien dijo con voz apagada:

—Tienes los billetes, tienes la evidencia, ¿qué más quieres? —y mantenía la mirada fija en su madre, que de algún modo parecía más culpable que él.

Judith sabía lo que quería su padre, lo que todo padre parecía querer: una disculpa. Podías sacártelos de encima si no te importaba renunciar a tu dignidad. Él quería saber que tenía poder sobre su hijo, que le respetaba, aunque al exigirle aquello lo único que consiguiera en realidad fuera que le respetara aún menos, pero la pérdida valía la pena. Judith, con sus sólo doce años, lo sabía, aunque en general el padre tendía a ser más cariñoso con ella. Amaba a su padre, desde luego, pero le fascinaba la solidaridad de Jacob con sus propias necesidades.

Le había dicho que tenía el silenciador del tubo de escape fastidiado, como si eso lo justificara todo. Hacía tanto ruido que Roger-el-policía lo había detenido al pie de la colina y le había advertido que la próxima vez le pondría una multa.

—Estás perturbando la paz —le había dicho—. Si de aquí a una semana no has arreglado eso, tu nombre va a ir derecho a la lista de casos para el juzgado, y me vas a tener que poner veinticinco dólares en el bolsillo por polucionar y otros veinticinco por sonar como un DC-10.

Jacob consideraba que pagar una multa era un despilfarro tan grande que ponía especial atención en no correr excesivamente, aunque sus amigos lo llamaran gallina.

—Pienso morirme sin que me hayan puesto ni una multa —se jactaba —. Deja que se rían. Serán ellos quienes le llenarán los bolsillos a Roger con su dinero, mientras que yo me lo gastaré en un equipo. Ya veremos quién se ríe el último.

Y fue entonces cuando consiguió un empleo en el vivero para después de la escuela y los fines de semana. Envolvía la parte de abajo de los árboles, las raíces y la tierra y todo, en bolsas de arpillera, y regaba, podaba y plantaba, tan dulce con las plantas como un veterinario con gatitos recién nacidos. Les hablaba y les cantaba canciones, sobre todo las lentas, las baladas. Una vez, cuando Judith fue a verlo allí en su bicicleta, Jacob le dio una violeta en una maceta, una preciosa violeta de color púrpura que se llamaba *Ballerina*.

—¿Estás seguro de que está bien que me des esto? —le preguntó ella.

Había rosadas y blancas, con las hojas como terciopelo, y estaban alineadas bajo las luces fluorescentes. Judith pensó que podría empezar una colección bajo su ventana.

—En este lugar desaparece mucho más que una pequeña violeta —le dijo él mirando a su alrededor. Su mirada confiada, sus manos hábiles y los buenos modos, y sobre todo la forma en que cantaba a James Taylor mientras iba de un lado a otro entre las plantas, esa triste canción sobre sueños dulces y máquinas voladoras, le daban la seguridad de que nadie sospecharía. Le quitó el colgador de metal a una fucsia y se lo puso a su maceta. Judith pedaleó de vuelta a casa tratando de tararear *Fuego y lluvia*

con la pequeña *Ballerina* colgando del manillar, con sus orlas de color púrpura ondeando al viento. Lo último, nunca antes-nunca después visto en adornos para bicicletas.

OceanofPDF.com

CAROLYN

Llamó al consultorio.

—¿Qué estás haciendo, Karen?

Karen exhaló un pequeño resoplido de sorpresa.

—¿Que qué estoy haciendo? ¿Me está preguntando si estoy archivando historiales o arreglándome las uñas?

—Lo que te estoy preguntando es si hay alguien ahí, si la gente está cancelando sus visitas.

Karen rió desolada.

—Bueno, reina una especie de calma en el consultorio, diría yo. Algunas de las personas que tenían hora para hoy… han llamado. Pero la mayoría no se ha molestado ni en presentarse. Ayer vino una pareja preguntando dónde estaba. Supongo que las noticias no siempre llegan a todos los rincones.

Se sintió algo estúpida al hacerle aquella pregunta a Karen, pero era ella la que estaba sentada en ese momento en el trono del saber.

—¿Qué te parece que encontraría si fuera para allá esta tarde? Karen permaneció en silencio largo rato.

—Ah, Carolyn —nunca la llamaba «doctora», y eso era algo que ella apreciaba mucho—, algunas personas se han mostrado muy amables. Quiero decir, que están como… ¿no la ha llamado nadie para ofrecerle su… apoyo?

—Algunos, sí. O en realidad, muchos, supongo. Pero ésos son amigos, naturalmente. Y también he recibido algunas llamadas muy desagradables.

—Bueno, lo que quiero decir es que aquí la gente se está comportando de un modo muy correcto, la mayoría. Han optado más bien por concederle

el beneficio de la duda. Aunque no sé. Ha salido ese artículo en el *Bugler*. ¿Lo ha leído?

Carolyn cerró los ojos. Wendell les había traído el diario. En un artículo de la portada se mencionaba a Jacob, teniendo, eso sí, el cuidado de agregar que la policía lo buscaba para interrogarlo. No decía para nada que fuera sospechoso. En la página 2, sobre las necrológicas de granjeros de ochenta y dos años e internos de noventa y pico de residencias geriátricas, aparecía una foto de Martha Taverner vestida con una blusa blanca, sonriendo como la hija de cualquier persona. Era obvio que la foto era de hacía uno o dos años. La chica parecía la integrante de un coro de iglesia. Aquello había dejado a Carolyn fuera de combate, la neutralidad sencilla y mecánica de la cámara, que carecía por completo de poderes proféticos y mostraba el mundo tal como había sido y no como era. En el comentario se bailaba una danza absurda alrededor de los hechos: la chica falleció el miércoles en Hyland, decía, pero luego remitía al lector a la página 1. Allí aparecía una fotografía del cerco de Tuttle, donde la habían encontrado, y la imagen era tan borrosa que apenas se distinguía nada. Lo único que podía apreciarse eran sombras en la nieve. ¿Las marcas de alguien a quien habían arrastrado? ¿Huellas de neumáticos? Era una fotografía estúpida y sin sentido de los guardabarros de los coches de la policía y de las cintas que ponían para precintar el lugar de un crimen, pero a Carolyn el estómago se le subió a la boca cuando Wendell sacó el diario y se lo puso delante.

—¿Lo has visto? —volvió a preguntar Karen.

Carolyn cerró los ojos.

—El *Bugler* no es un tribunal.

—Yo no he dicho eso —respondió la otra apurada—. Es sólo que… parece que ha llenado el ambiente de sospechas. —Estaba bien claro lo que trataba de decir—. No me gustaría que tuviera que estar aquí en medio, al alcance de las críticas de todo el mundo. Lo que quiero decir es que no siempre tienen el tacto que debieran. Y hay gente que no sabe hablar con tacto, ni siquiera cuando intentan ser amables.

Alguien le había dicho a Karen esa mañana que tenía miedo de dejar que Carolyn pusiera las manos sobre su hijo.

¿Por qué? —había preguntado Karen con toda la frialdad que le fue posible reunir—. ¿Es que se cree que ha asesinado a alguien últimamente?

La mujer le había lanzado una mirada horrorizada y salió corriendo. Empujaba a su hijo delante de ella como si la otra tuviera la peste.

—Tal vez quiera venir un par de horas para ver cómo están las cosas —le dijo a Carolyn—. Hay muchos papeles que ordenar en los ficheros. Siempre se queja de que no tiene tiempo para hacerlo.

Cuando le dijo a Ben que se iba al consultorio, él le habló con brusquedad, como si estuviera frente a una traidora:

—Tu funeral —y se puso todo rojo. Era como estar entre los muertos. Perdías la mitad de las palabras.

—Para empezar, esto de quedarse aislados es como admitir la culpa de Jacob. Y él sólo está desaparecido.

Su marido se limitó a mirarla, con ojos de búho.

—Y de todos modos —meditó un instante—, ¿es que no tenemos existencia propia fuera de la conducta de nuestro hijo?

La mirada de Ben relampagueó. Y a ella de nuevo le acudió a la cabeza la imagen de un búho que había encontrado una noche de verano mientras caminaba por el bosque. El blanco que salpicaba sus plumas le daba un aire agresivo, a pesar de que se limitaba a permanecer posado en una rama, mirando hacia abajo. Posó su mirada fría sobre ella, una mirada que cortaba el aire, como con el filo plateado de una cimitarra.

—Me sorprende oír eso de una persona adulta y que se supone que está cuerda, dadas las circunstancias —le dijo con una frialdad desconcertante. Siguió mirándola fijamente, como si a ella le estuviera chorreando por la barbilla alguna secreción repugnante—. Tal vez sería mejor hacer como que no lo has dicho.

¿Estaba desorientada? ¿Qué tenía de terrible decir que se negaba a sentirse reducida a la nada por esa sospecha de la que el diario no había hablado? (Durante varios días, Nat, el conductor del autobús, había tenido la amabilidad de tocarle la bocina a Judith cuando no la encontraba en su puesto junto al buzón. Por supuesto, él sabía que la niña no estaba en la casa lloriqueando. Nat lo sabía todo. Bendito Nat, no daba por sentado que se había escondido.) Carolyn pensaba que su decisión de volver a trabajar

demostraba su confianza en Jacob. Al menos algunas personas sabrían reconocer y respetar su decisión. Y si no, ¿qué iba a pasar con sus conocimientos —las inflamaciones, los síntomas, la habilidad de sus manos, su sensibilidad para el diagnóstico—, qué iba a pasar con todo eso? Si la necesitaban antes, ¿por qué ahora no? Todo el asunto parecía como un interminable temporal de nieve: todo cerrado, la actividad suspendida, mientras veían el mundo sofocado bajo un enorme cobertor de pluma blanca. Habían tenido crisis en las que ni siquiera podían hacer correr el agua del inodoro, y mucho menos encender las luces —los cables del tendido eléctrico estaban hundidos bajo el peso de la nieve—. Para entonces ya habían empezado a seútirse así dentro de la casa. El aire se había vuelto rancio, y se habían quedado sin nada que decirse. Ella estaba sentada mirando a Ben, que permanecía sentado sin mirar nada, dándole golpes a su absolutismo, revolviéndose en su ira, formulando planes. Todavía era la doctora Reiser. Amaba a su hijo y a su pueblo, pero seguía siendo una persona con un valor y una función en la sociedad, y no permitiría que todo aquello sucumbiera bajo la sombra de esa insinuación. Malditos todos.

Tenía que atravesar el pueblo para llegar al hospital. Desde la cima de la colina, los tejados, todavía cubiertos de nieve, parecían tortas bajo una capa de azúcar. Aquella visión siempre la impresionaba. Era tan idílica, daba tanta sensación de protección: la típica postal de Navidad; todos en sus casas, las calles silenciosas. Había postales navideñas del siglo XIX en la Sociedad Histórica que se parecían mucho, grabados de casas confortables detrás de sus cercos, adornados con filigranas de carpintería de estilo gótico y con guirnaldas que colgaban de las puertas.

Al acercarse más, se veía que Hyland estaba despertando. Despertaba temprano, con el espíritu de los agricultores que se levantan para ordeñar sus vacas al amanecer. Ya no había muchas granjas en los alrededores, sólo las vacas de los Joss, a la salida de la ruta 48. Joe Joss trabajaba en la fábrica de gafas, pero mantenía la granja, y su esposa atendía el puesto y un rebaño de Holstein que tenían en el extremo más alejado de Camp Road y que mugían echadas entre las piedras de un prado exuberante. Pero aquello

no era un rebaño de verdad, era el rebaño de un caballero. Los del pueblo siempre decían: «A esas vacas ni siquiera les huele la mierda. Las quieren como abono para sus petunias. Será que no pueden comprar bolsas de fertilizante como hace la gente normal. Y además, prefieren tener el camino de tierra, a pesar del polvo y el barro, como si estuviéramos en 1879. Toman un vino que parece *ginger ale* y no comen carne roja».

Pero había gente levantada desde temprano, con los coches aparcados frente a Doreen's, en Main Street: camioneros, minoristas a quienes les gustaba abrir sus tiendas antes de las nueve para aprovechar bien el día y simples calvinistas que creían que uno tiene que salir de la cama antes de que el sol entre por la ventana. (De algún modo, aquel credo les permitía tomar un desayuno por el que tenían que pagar, y no les molestaba tampoco tener que dejar propina.) Estaban sentados en la barra, o desparramados por los antiguos compartimientos de madera que nadie hubiera dejado que Doreen reemplazara por unos nuevos de plástico; las chaquetas colgaban de un rincón. Especulaban, probablemente apostaban: ¿culpable/inocente? A todos les gustaban los buñuelos y las galletas de Doreen, pero había allí más amigos de los Taverner que de ellos. El letrero que estaba sobre el mostrador rezaba: «Remoje y pruebe». A veces iban allí los abogados y el juez, que trabajaban en el juzgado, al otro lado de la calle, y ellos también mojaban y probaban las especialidades de la casa, como los demás.

A Ben le encantaba ir allí, y a veces se tomaba un segundo desayuno con las mismas personas con las que jugaba al póker: Rudy, el deshollinador, y Sam, que vendía seguros pero que apreciaba el arte y las esculturas de Ben. (Una vez le compró a su esposa un pequeño jarrón al que llamaba «flores de chatarra» para su cumpleaños. Pernos, tuercas y un par de resortes.) Lo que Ben estimaba era la franqueza de esa gente, su sentido común, el odio que sentían contra todo lo falso. Una frugalidad absoluta, el negarse a la jactancia. Y cómo sus hijos se quedaban por allí, a vivir en el pueblo para siempre. Él esperaba que Jacob se quedara, que fuera a la universidad pero después volviera. Y quería que Judith se instalara en las inmediaciones cuando llegara el momento, como los hijos de los vecinos, y que le llevara a sus bebés cada día para que recibieran su dosis de amor.

Sí, su marido tenía toda la razón. A Carolyn no le gustaba la vida tan ordenada y calculada de las zonas residenciales de Boston, donde todas las cocinas tenían los mismos artefactos relucientes, y todos los patios el mismo jardín dominguero. A ellos les gustaba la proporción entre el verde y el hormigón, lo sencillo más que lo elegante. El último bastión de… ¿de qué? No era ingenuidad, ni siquiera decencia. A nadie le importaba eso. ¿Responsabilidad? Era un lugar donde lo que hacías lo cargaban a tu cuenta; permanecía contigo durante toda tu vida, ya fuera bueno o malo. Celene había crecido aquí, y, por supuesto, pensaba que eso era lo peor: nunca podías deshacerte de nada de lo que hubieras hecho. Determinismo social, decía. ¡Socorro! Pero ella se había ido, había conocido a su marido de la gran ciudad y había vuelto. «Me gusta conocer a los jugadores que entran en el juego —solía decir—. Quiero que mis hijos sepan a quién tienen que acudir si alguna vez los dejo desamparados. No quiero que tengan miedo de los desconocidos.»

Carolyn esperaba que esa mañana en Doreen’s hubiera alguien que hablara en favor del no saber.

Cuando bajó del coche, mientras recorría temblorosa la zona de aparcamiento, que estaba cubierta de hielo, alguien le hizo un gesto de saludo desde cierta distancia. Bueno…, y entonces se horrorizó al pensar que desde la última vez que había estado allí todo había quedado reducido a un frío gesto de gratitud desde lejos.

Unas pocas madres entraban con sus chicos. Trataban de ignorar la tensión, como actores poco convencidos que intentan infundirle vida a un mal guión. Unas pocas se acercaron con ademán compasivo, que más parecía condolencia que otra cosa. Carolyn asintió con la cabeza en señal de reconocimiento, dio las gracias y se dedicó al niño que tenía que atender primero. Extrajo una astilla, hizo un cultivo de garganta, puso sus inyecciones a un bebé y calmó sus aullidos. Le parecía que las madres la miraban con una atención exagerada, aunque era posible que se equivocara.

De todos modos, hacia el final de la tarde tenía un terrible dolor de cabeza. Una enfermera a la que conocía sólo superficialmente, una mujer de

rostro dulce y cabellos blancos que acaba de volver del retiro, asomó justo cuando Carolyn pasaba —debía de estar agazapada, esperándola—, y dijo casi divertida:

—A tu hijo le tendrían que cortar los ya-sabes-qué con una navaja bien afilada.

Carolyn se la quedó mirando fijamente, boquiabierta. La mujer ya había desaparecido. La próxima vez tendría lista una respuesta, un escudo que llevar en alto, indiferencia, ira, o simplemente la incapacidad de sentir sorpresa. No permitiría que volvieran a emboscarla de aquella manera.

Sólo Karen logró dar con la nota justa, o con la combinación de notas adecuadas. Era brusca y poco sentimental, pero por otro lado, se mostraba protectora, como si cuestionar sus instintos fuera cuestionar el orden natural. Carolyn la oyó decir por el teléfono, con un perfecto equilibrio entre la cortesía y el desencanto:

—Bueno, gracias por llamar, señora Weber, y no limitarse a no hacer acto de presencia. Así al menos podemos dejar que otra persona utilice su hora de visita. —No había nadie que quisiera usarla, por supuesto—. Entiendo que se sienta incómoda, sí, pero personalmente, me parece innecesario. La doctora se está limitando a hacer su trabajo. Ah, sí, claro. Y ¿por qué no? —Una pausa para la incredulidad—. Muy bien, gracias por su franqueza, señora Weber. Que tenga un buen día. —Se volvió hacia Carolyn, que estaba sacando fichas de los estantes cuidadosamente ordenados—. Hipócritas. Aunque también hay algunas que se han portado maravillosamente, todo hay que decirlo. No crea que todas son como ésta. Algunas se han esforzado de verdad. Y no dejan de recordar un montón de pequeñas cosas que Jacob ha hecho por ellos. Myra Vance me ha dicho que nunca hubiera conseguido que su hijo subiera al autobús si Jacob no le hubiese protegido. Eso fue hace años ya, pero todavía está agradecida. Dice que Jacob era el único del grupo que no tenía miedo de ser bueno con los demás.

Como si estuviera muerto. Carolyn odiaba la idea de que hablaran de ella, odiaba la necesidad que parecía haber de sacar aquellos recuerdos del pozo de los años. Sonrió y asintió con la cabeza, y se llevó las fichas a su

despacho, donde se tiró en el diván de pana y se cubrió la boca con la mano y apretó fuerte por miedo a vomitar y tener que sentirse humillada también.

Una mujer, una nueva paciente, apareció con su niña de ocho años. A la nena le había entrado agua en los oídos mientras nadaba.

—Bueno, bueno. ¿Y cómo se las ha arreglado para que le entrara agua en los oídos en pleno enero? —preguntó Carolyn sonriendo.

La madre rió.

—Es que tenemos una piscina cubierta. No aquí, claro. Aquí venimos sólo los fines de semana y en verano. Vivimos en Boston, en Lexington. Hemos venido sólo para esquiar.

Carolyn volvió a mirarla. La mujer llevaba una cola de caballo, era rubia, y vestía pantalones y zapatos de talón alto. Los zapatos estaban manchados por el empeine, por donde los había cubierto la nieve. Su jersey mostraba una fabulosa esfera multicolor tejida a mano. Italiano, probablemente. Una piscina cubierta. Entonces no estaba al tanto de la chismografía local. Había venido de Marte para esquiar.

—Estoy tan contenta de haber podido conseguir hora en el último momento —dijo, y ayudó a su hija a ponerse la chaqueta acolchada—. Normalmente está usted tan ocupada. Para un pueblo tan pequeño, me refiero. —Su hija liberó la cola de caballo que hacía juego con la de la madre del cuello de la chaqueta—. Pero hoy es como si hubiera caído una bomba en su sala de espera. Ha sido una suerte.

Dobló la receta por la mitad y preguntó si lo del oído significaba que su piscina estaba sucia.

Carolyn siguió mirándola cuando se iba. Eso era lo peor. Ella lo había visto, había leído sobre el tema, pero nunca lo había experimentado en su propia carne, la forma en que todo se destaca como un recorte contra un fondo en blanco. *Shock* lo llamaban, ¿no? Cómo todo parece maldito: el eco de las voces, insulsas y absurdas, los lugares comunes, insultos velados, juicios tortuosos. O el mundo cotidiano era irreal o lo era ella. O los dos.

> Miro el mundo desde nueve mil metros de altura. Hay más montañas en Estados Unidos de lo que nunca nos dijo nuestra profesora de geografía. Alguien me comentó que aquí se pueden

comer tortillas mexicanas hechas de maíz azul. Papá, podrías dedicarte a esta clase de cocina, *cuisine*, perdona. Es difícil dormir.

Os echa de menos,

J.

El matasellos era de Albuquerque. Cuando Carolyn volvió a casa del trabajo, desesperada por un trago, un baño y el alivio de poder irse temprano a la cama, encontró a Ben sentado a la mesa de la cocina mirando la postal fijamente. La había apoyado contra un frasco de mayonesa y estaba sentado frente a ella como un hombre que mira un jaque mate.

Carolyn leyó la tarjeta y luego señaló con la mano el frasco.

—¿Qué hace eso ahí?

—No sé. Es la cosa más alta que he podido encontrar para apoyarla.

Cogió el frasco y lo llevó al frigorífico.

—No es bueno que se quede fuera de la nevera.

—¡Eh! ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Qué te pasa? —y agitó la postal ante ella—. Esto es Santa Fe. —La tarjeta mostraba una larga hilera de mujeres indígenas con sus mercancías dispuestas en mantas rayadas frente a un edificio, una especie de galería abierta por los costados. Las arcadas eran de hermosa piedra, y debajo estaban sentadas esa larga hilera de mujeres con sus suaves vestidos y sus trenzas—. ¿Ya está? ¿No tienes nada que decir?

—Sí —Carolyn miraba ansiosamente de un lado para otro, con los labios apretados.

—¿Dónde crees que habrá conseguido el dinero para…?

—Masacrando a alguien… bueno, a lo mejor sí, a lo mejor no. Eso es demasiado duro. Pero es evidente que sabe lo que está pasando aquí, y nos envía notas encantadoras sobre tortitas de maíz y gastronomía.

—Carolyn…

—Es… es una respuesta psicopática. ¿Te das cuenta? La segunda. Eso es lo que estás mirando tanto, la prueba de una forma grave de psicopatía.

—¿Psicopatía? Ni siquiera sé lo que significa esa palabra. Lo que yo veo es a alguien asustado, acosado. No duerme, él mismo lo dice.

—Es lo que uno esperaría en estos casos, que no duerma. Pero no parece que haya perdido el apetito. —La ira que reflejaban sus ojos no se parecía a nada que hubieran expresado nunca por otros pequeños problemas de la vida cotidiana. ¿Tenía que estar preocupada porque el chico no dormía? Había en el depósito del cementerio alguien que dormía para siempre. Ahora empezaba a darse cuenta del consuelo que había sido para ella el poder imaginarlo como una víctima. Vivo, por supuesto, pero desesperado. Libre de culpa.

No encontraba forma de desahogarse. Si el suelo no hubiera estado cubierto de nieve, y el camino no estuviera resbaladizo, habría podido salir y correr kilómetros y kilómetros, para luego dar la vuelta y volver corriendo y tal vez caer piadosamente en la cama con el cerebro agotado por el frío y la distancia. Iba a reventar. Les quedaba toda la vida por delante y no tenían dónde desahogar esa furia, esa frustración del no saber. A Carolyn nunca se le había ocurrido pensar que no servía para eso que dicen que hacen los adolescentes de los guetos y que justifican como una forma de vengarse de la injusticia social: robar en tiendas para pagarse sus cadenas de oro y las drogas. Pero tenía que hacer algo: trabajar, limpiar, tocar las cosas con las manos, con la mente. Si pasaba un minuto más, toda su energía estallaría contra la pared y chorrearía lentamente hasta el suelo.

—He vuelto a leer el *Bugler* —dijo Ben, intentando acercarse desde otro ángulo.

—Todos lo hemos leído.

—Lo único que dice es que quieren interrogarlo. Eso es importante. No menciona en absoluto que sospechen ni nada por el estilo. —Parecía tan complaciente como un hombre que espera que le sirvan la cena. Pero no había nada al fuego.

—Pues vaya, eso no significa de ningún modo que no sea sospechoso. Es… periodismo conservador, supongo.

—Pero es todo un detalle —insistió Ben—. No tienen por qué ser amables. No hay nada terrible en lo que dicen.

—Supongo. Pero la gente cree lo que quiere creer. El periódico no tiene mucho que ver con eso. —Y se le apareció como un relámpago el rostro radiante de la enfermera que quería que le cortaran los genitales a Jacob.

Eso podía ahorrárselo a Ben, pero, mientras trataba de sacarse aquella imagen abominable de la cabeza, se dio cuenta de que ella tenía que enfrentarse con todo aquello. Ella tenía su vida en un consultorio inflado de fantasías y del deseo de venganza de unos padres que temían que les pasase todo lo imaginable a sus hijos, mientras que Ben estaba allí sentado, acariciando las largas y suaves extremidades de sus figuras de madera. Caminaba alrededor de ellas dedicándoles la misma atención que ella prestaba a los diagnósticos difíciles, y de todas sus meditaciones lo que salía eran decisiones como la de alargar o acortar tres milímetros de un antebrazo. Estaba tan protegido como un niño. Sus estatuas no lo apuñalaban con los ojos, ni murmuraban a sus espaldas, ni amenazaban con actos violentos. Y sin embargo, tuvo que admitir una vez más que él le había advertido que no fuera: tenía buenos instintos, eso se lo reconocía. Suspiró y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Judith?

—Ha ido a casa de Kerry. Creo que está lista para volver a la escuela.

No le preguntó cómo le había ido el día, y ella no tenía ninguna intención de contárselo. Veía a Jacob sentado en un restaurante de la plaza de Santa Fe, detrás de unas medias cortinas deslumbrantes, mojando patatas azules en chile. Mordisqueaba una patata y miraba a la plaza, donde la gente iba y venía bajo el frío sol del invierno, en medio de un tráfico incesante. Tenía miedo de la mirada que había en ese rostro, ni asustada, ni preocupada ni enloquecida. Era su expresión de siempre, una expresión que, si pudiera verla de nuevo, la haría desmayarse.

—No, no está lista para volver —dijo Carolyn—. A menos que entre los niños sea diferente, aunque sospecho que será peor. —Pensaba en el consultorio vacío, en la mujer rubia que dijo que parecía como si hubiera caído una bomba en la sala de espera. El rostro de Judith todavía mostraba los golpes. Todavía era joven, suave y virgen. Tenía la frente ancha y despejada de una santa a la que todavía no han puesto a prueba—. Créeme.

OceanofPDF.com

BEN

De paso:

Nunca pensé que esto tuviera nada que ver con Saint Louis, pero aquí está, es real. Está colgado, aquí en el aeropuerto, pero recuerdo que lo vimos también una vez en el Smithsoniano, así que no sé, uno de los dos tiene que ser falso. Tampoco se me ocurrió nunca que iría alguna vez a Missouri, aunque no sabría deciros por qué.

Besos,

J.

El *Spirit of Saint Louis* pendía como un insecto colosal sobre el vestíbulo del aeropuerto, proyectando grandes sombras. La postal parecía antigua, una imagen mal imprimida salida directamente de los cuarenta, o de antes. Tenía los bordes recortados como las fotos de los álbumes de mis padres, donde todos son jóvenes y los hombres usan trajes de baño que les cubren el torso.

Carolyn había ido a buscar la correspondencia. No hablábamos mucho; nos quedábamos sentados en la casa como si se nos hubiera quedado atascada en la garganta una bocanada de monóxido de carbono, sin darnos cuenta, y estuviéramos a punto de perder el conocimiento. Por lo menos, así me sentía yo. Ella tampoco parecía muy animada, pero seguía tratando de leer novelas, fingiendo que era maravilloso tener la oportunidad de relajarse un poco después de tanto tiempo. (Francamente, en esos momentos, me parecía de lo más obsceno fingir satisfacción. Cualquiera hubiera pensado que lo único que sucedía era que tenía un resfriado que la obligaba a pasar unos días en cama, el tiempo justo para devorar un par de novelas de

Agatha Christie. Pero ella no sabe perder el tiempo, ni siquiera un tiempo de duelo. No puede quedarse sentada sin hacer nada. Ah, señor, seguía diciéndome yo, enséñanos a estarnos quietos, sentados. Enséñanos, enséñanos, si no es demasiado tarde.)

Dios, recuerdo que cuando era pequeño, mis padres, que eran ortodoxos, no contestaban nunca al teléfono los *shabbos*. Esa prohibición, ésa en particular, me ponía frenético. Con lo de la comida no me pasaba: yo me limitaba a comerme lo que mi madre me ponía delante y ya está. Y cuando era muy, muy pequeño, no me importaba tampoco tener que rezar, ni siquiera que me hicieran estudiar. Mi impaciencia por esas cosas llegó más tarde, cuando necesité tener una convicción consciente y encontrarle un sentido a todo aquello y no pude. Pero en todo caso, lo del teléfono era distinto: el sol se ponía el viernes por la noche, y hasta que no volviera a ponerse al día siguiente, se esperaba que yo aceptara que el mundo simplemente no existía. Estaba ahí, podías caminar por él, él podía derribarte si no tenías cuidado al cruzar la calle; otra gente iba al cine o hacía las compras, y mientras, nosotros nos quedábamos sentados fingiendo que todo descansaba. A mí lo que me pasaba era que, en lugar de sentir calma, iba acumulando en mi pecho una tensión gigantesca que acababa con todas las pretensiones de mi padre. El teléfono sonaba y sonaba, y yo seguía sentado allí con las manos debajo de las piernas, y me retorcía de angustia por la tensión de estar allí y no estar. Era como ser una avestruz.

Así que un día, una mañana que mi padre se encontraba en el *shul* y yo estaba en casa —seguramente tenía un resfriado y mi madre tomaba precauciones por si acaso derivara en pulmonía—, el teléfono había estado sonando y yo tenía terribles fantasías. Siendo como era a esa edad, tenía que ser algo gordo: por aquel entonces mi abuelo vivía en una residencia de ancianos. Estaba viejo y delicado, y yo tenía la convicción de que nos llamaban para decirnos que se estaba muriendo, que se había muerto, mientras nosotros tocábamos la Torah con nuestros libros de oraciones y los besábamos. Podía verlos allí sentados, frente al escritorio, llamándonos, preguntándose dónde diablos estaríamos. (Era *shabbos*, eso lo sabrían, seguro. Pero cuando se trata de la vida y la muerte, tiene que haber prioridad.) Así que me abalancé sobre el teléfono y contesté.

Señor, señor. Se habían aquivocado de número, y yo había pecado por eso.

—Hola, ¿está José?

Una historia con un desenlace absurdo. Pero, más tarde, cuando tuve la edad suficiente para meditarlo y me hube librado de muchas cosas, ese momento tuvo su utilidad. Pensé: todas nuestras vidas son como un cuento con un desenlace absurdo. Toda esa urgencia… y no hay nadie en el otro extremo; o si lo hay, es alguien que busca a otra persona. Si lo miramos así, supongo que mi padre era una persona muy sabia: sabía que cuando se sumergía en su silencio, cuando trataba de buscar algo de paz, recibía más de lo que se perdía. Sabía que él no era indispensable, y que el mundo tampoco lo era.

Ahora me encontraba otra vez esperando a que el teléfono sonara, esperando a que el mundo me devolviera a Jacob, y lo único que conseguíamos eran llamadas de reporteros pesados con nuevas preguntas (nuevas porque eran demasiado estúpidas para que a nadie se le hubiera ocurrido hacerlas antes), amigos angustiados y la extraña intrusión de algunos pobres inocentes que llamaban por otras cosas. «¿Querría usted contribuir para el fondo del centenario del colegio? ¿Querría aportar una pequeña contribución económica a la campaña de su senador para que pueda seguir respirando en las próximas elecciones?» Peor aun, Tim y Julia Novotny. Él es grabador, y ella trabaja las piezas de plata más hermosas del mundo. Llamaron para decir que pasarían por casa de camino a Bates, donde su hijo Scotty era alumno de primer año. (En otros tiempos, Scotty y Jacob despanzurraban ranas juntos. Me acuerdo de un verano, cuando tenían unos nueve o diez años. Eran grande y pequeño, rubio y moreno. Scotty era un chico corpulento, blando como una almohada, y tenía unas cejas muy finas, rojizas, y un montón de pecas. Parecían el dúo de una serie de la tele, como Starsky y Hatch o algo así.)

—Estamos en Howe, a una media hora de camino. Perdonad que no os hayamos avisado con más tiempo. No vamos a quedarnos mucho, pero nos encantaría… —etcétera. La vida siempre sigue su camino allá afuera, caiga quien caiga, *shabbos*, crímenes, locura.

No se lo soltamos directamente en la puerta. Los sentamos, primero, les servimos un trago y hablamos de Scotty. Por alguna razón, parecía injusto cargar con una cosa así a gente a la que le importábamos, como si fuera una crueldad gratuita a la que les obligábamos a someterse. Nos deshicimos en estúpidas disculpas.

—Pero, ¿qué podemos hacer? —preguntó Julia como broche final a nuestro relato, el peor final posible, categórico y terminante—. Y ni siquiera sabéis dónde está. —Se cubrió la mano con la boca, como si la sola idea fuera demasiado vergonzosa para expresarla con palabras.

—Ni si realmente… ya sabéis…, si de verdad ha hecho algo tan monstruoso —dijo Carolyn con un aplomo de lo más horrible.

—¿Por qué no ha salido en los diarios? —quiso saber Tim, como si el destino le hubiera birlado la oportunidad de descubrirlo por sí solo y ahorrarnos esa situación tan embarazosa. (O no, no está bien decirlo así, no es muy piadoso. ¿Cómo sé yo por qué lo preguntó? Tal vez pensaba que aquello era señal de que aún quedaba cierta decencia en los medios de comunicación, algo sin precedentes, o un presagio de la inocencia de Jacob.)

—Sí ha salido. Lo han comentado aquí y allá —le aseguré—. Pero no es una historia muy buena. Todavía no. No hay… ya sabes —Carolyn y yo parecíamos estar hablando siempre de eso, aunque nadie sabía nada—, no hay ningún revólver humeante ni nada de eso.

—Son sólo sospechas —ofreció Tim. Cuando tomé el ofrecimiento como un regalo y asentí con la cabeza, los ojos se me llenaron de lágrimas. Había tantas cosas que había dejado de controlar…

Y entonces Carolyn abandonó la habitación. Habíamos discutido de su afán por hablar, de su deseo de mencionar el gato ensangrentado, como si estuviera en deuda con todos los que pasaban por casa y fuera su deber entregarles nuestras almas.

—No tienes derecho a contarles a todos lo que sabes —le había dicho yo—. El único al que le debes algo es a Jacob, y lo que tienes que hacer es guardarle sus secretos. A lo mejor resulta más adelante que hemos hecho bien en callar. Lo único que necesitamos es discreción. Reticencia. ¿Qué daño te hace eso?

Le dolía en proporción directa con el valor que para ella tenían sus amigos.

—Me gusta ser sincera si puedo, Ben. ¿Para qué quiere uno los amigos si los vas a manipular de esa manera, ahora una verdad pequeñita, luego una mentira? Si tengo amigos es para poder ser yo misma con ellos, si no, ¿para qué molestarse?

Yo amaba esa cualidad de ella, era franca como los niños, sin cálculos, sin exigir nada. Pero antes de que Tim y Julia bajaran del coche, me llevé el dedo a los labios.

—Hazle un favor a Jacob —le dije de la manera más amable y menos exigente que pude—. Nunca se sabe lo que puede hacer la gente con un comentario inocente. Y cuando has dicho algo, es difícil echarse atrás.

Les pregunté por Scotty, que aquel fin de semana iba a salir de protagonista en *Heartbreak House*, con patillas y chaleco. Julia parecía vencida. Sentí ganas de decirle que era muy amable por su parte, aunque algo insultante, que sintiera que no podía decir una sola cosa buena acerca de su hijo, como si el nuestro ya estuviera acabado, liquidado, y la comparación fuera a resultar humillante. Hablamos del estado de la litografía y del magro futuro que tenía la venta de joyas de plata en una economía tan ahogada. Por supuesto, tal vez hubiéramos hablado de eso de todas formas, pero el contexto resultaba extraño, estaba alterado. Cualquier tema que no fuera el de Jacob parecía una evasión. El no saber pendía sobre nuestras cabezas como humo, y casi no nos dejaba respirar. No se quedaron a pasar la noche, ni nosotros se lo pedimos.

Yo hacía una visita a mi taller una vez al día, a modo de experimento, pero allí todo parecía estúpido, inútil, indulgente. Si estuviera en una película, pensaba yo, tomaría un hacha y destrozaría algo de madera, y tiraría mi pieza favorita por la ventana o le prendería fuego —un artista rompiéndolo y quemándolo todo es muy poco fotogénico—. No podía crear ni dibujar nada, ni siquiera leer los libros de arte de segunda mano que había estado atesorando para leerlos en los días tranquilos. Los esbozos que había colgados de la pared parecían demasiado triviales. ¿Quién necesitaba todo eso, quién, fuera de mí mismo? ¿Para qué servía esa habitación llena de chatarra si no la buscabas en una mañana sin nubes, cuando no le debías

nada a nadie? Alguien —creo que Proust— dijo que si uno cambiaba una hora de trabajo por una hora de charla con los amigos, de vida social, ha entregado esa hora a algo que no existe. Ahora, al mirar la hilera de esbozos rápidos, de impulsos que esperaban la llama que les diera la vida y las listas de direcciones donde podía buscar mi montón de desechos —tapacubos, bobinas, batidores de cocina—, llamar inexistente al propio trabajo era una amabilidad que ese trabajo no merecía.

Había estado tratando de dejarme guiar por mi trabajo. Había empezado a escuchar a alguno de mis críticos, cuando decían que yo manipulaba más de la cuenta a mis criaturas, me imponía, les injertaba demasiadas ideas brillantes. ¿Por qué tenía que tomar aquella hermosa madera y juguetear con ella? ¿Socavarla? Alguien me dijo que mi trabajo no era interesante, sino cínico, y en cambio, a mí me gustaba llamarlo ambivalente, una relación de amor-odio con todo: Estados Unidos, la textura de mis materiales, lo natural y lo artificial, todas las cosas de este mundo. No había entrado todavía en serio en la cuestión, pero, tuviera la razón quien la tuviera, ahora los esbozos me parecían incomparablemente estúpidos. Un lujo. Resultaba embarazoso pensar que un hombre hecho y derecho se pasaba el tiempo haciendo las mismas cosas que los niños pequeños en la guardería, pegando macarrones de color púrpura en una caja de cigarros… Cogía el diario o leía las noticias de las siete, pero no prestaba atención a ninguno de los dos. Los ejércitos limpiaban las fronteras, los líderes ascendían y caían, más allá de mi línea de visión. Estaba empezando a tener por lo menos una idea de cómo la gente se suicida. No por qué, sino cómo, cómo se siente uno al acercarse a ese extremo. Nada, todo sabe a nada, no tiene atractivo. (El sabor, eso es lo que se suele decir, que las cosas han perdido su sabor. ¡Qué abismo! Tener el gusto de la vida en la boca y después no sentir absolutamente nada. No pensaba en el suicidio, creedme, sólo digo que era la primera vez desde la adolescencia —cuando las cosas se sienten demasiado intensamente— que podía imaginarlo.) Lo único que me sentaba bien durante aquella espera eran las largas caminatas que daba por los bosques, con las botas para la nieve. No subía por el camino, no quería encontrarme con los vecinos, me limitaba a deslizarme por el sendero de nuestra casa, la monocromía de los árboles sin hojas, las huellas

sombrías de los animales, las hendiduras que hacían sobre la nieve las gotas de hielo que caían de las ramas de los árboles. El aire frío era tan cortante como una navaja. Eso era prácticamente lo único que sentía, y lo recibía con alegría.

Carolyn volvió cargando la correspondencia en los brazos. La mayor parte carecía de interés: anuncios, facturas, peticiones en favor de los bosques húmedos, en favor de los derechos de los presos políticos de Turquía y Corea, de los demócratas americanos, que se atreven a llamarse liberales. Una especie de nota de pésame, amable y ominosa, de un psiquiatra al que había acudido durante un tiempo y que había leído algo sobre Jacob en un periódico de Filadelfia. Me aseguraba que yo era lo bastante fuerte para soportar lo que fuera. Y una propaganda para Jacob, de Correo Macho: ropa interior transparente —ojos de buey, la X marca el sitio —, pantaloncitos decorados con fotos de aparatos estupendos, afrodisíacos, complementos para la vida sexual de la gente moderna. (Él juraba que estaba en la lista como cortesía de su club el Disco del Mes.) Luego Carolyn me entregó un sobre del departamento de cultura del gobierno, al que había solicitado una subvención. Durante años había rogado poder recibir algo de ellos, durante años había abierto la delgada carta de rechazo. Pero ése era un sobre gordo de papel manila, lleno de formularios. Supongo que a nadie le importaría llenar tantos formularios si a cambio vas a recibir veinte mil dólares. El corazón me dio un vuelco. Estaba ahogándome y ahí venía el salvavidas. Gracias, muchachos, pensé. Ya tengo para los honorarios de los abogados. Ni siquiera se lo conté a Carolyn.

Metida entre un anuncio de A&P y el aviso para renovar la suscripción al periódico *The New Republic*, estaba la tarjeta de Saint Louis. A esas alturas, pensaréis que ya la estábamos esperando, que pasábamos el tiempo intentando adivinar adónde iría después, pero cada una de sus notas nos daba como un puñetazo en toda la cara. Por alguna razón, nos resultaba difícil aceptar la imagen de Jacob atravesando el país, como un chico cualquiera que va de viaje por Europa y envía mensajes frívolos desde los aeropuertos… Carolyn dio un respingo cuando la sacó del montón. La leyó, le dio la vuelta, la volvió a leer y me la tendió con el aspecto demudado que

se le ponía cuando sacaba una paloma muerta de la galería, uno de los regalos de *Arisca*.

—Hay algo raro en esas tarjetas —le dije—. Pero no sé qué es.

—No suenan a él. —Dios, parecía tan cansada, tan desinflada. Las rubias se marchitan de modo más pronunciado que las otras.

Pasé el dedo por el borde aserrado de la tarjeta.

—Aunque tampoco es que tengamos mucha idea de cómo es cuando escribe cartas. No ha vuelto a escribirnos desde que tenía diez años y se fue a casa de tus padres a pasar un par de semanas en verano, ¿no es así?

—Entonces, ¿qué?

Yo no estaba seguro. Las tarjetas no parecían de un chico. Había algo extrañamente adulto en ellas, algo de ventrilocuismo, tal vez. ¿Era una pose? ¿Trataba de sonar igual, un adulto entre adultos? Era inquietante.

—Suena como un imitador y… no sé, como si estuviera —tuve que buscar mucho para encontrar la palabra—, como si estuviera jugando con nosotros. Divirtiéndose o algo así. Provocándonos.

Carolyn frunció el ceño.

—Es la psique de… tienes razón. En cierto modo, suena como un extraño. Supongo que nada… ¿cómo es la frase?, supongo que nada hace que la mente trabaje con mayor… —no podía decirlo. Yo me había apropiado de la tarjeta, así que ella tuvo que conformarse con quedarse allí quieta, con las manos vacías y el rostro contraído.

Aproximadamente una hora después de que llegara la carta, llamó una mujer que preguntaba por cualquiera de los dos. Carolyn seguía saltando cada vez que sonaba el teléfono, esperando la llamada en la que tenían que darnos las instrucciones para el rescate. La que llamaba no quiso dar su nombre. Parecía más vieja, dijo Carolyn. (¿Más vieja que qué?)

—Trabajo en correos —comunicó en voz muy baja—, y quería decirles, por si no se han enterado todavía, que tenemos orden de informar de la correspondencia que reciben. —Carolyn se ahogaba, dijo que ni siquiera sabía qué preguntar. (Los momentos importantes de la vida siempre parece que pasen por primera vez.)—. Creo que tendrían que habérselo dicho —

continuó la mujer—. Están al corriente de todo lo que les llega. Sólo quería que lo supieran.

Y eso fue todo. Colgó, con suavidad. Ésa fue la sensación que le dio a Carolyn: con suavidad. Con consideración. Si era una advertencia no había nada que pudiéramos hacer. Una fuente de información. Aquello significaba que estaban tratando de rastrear las postales, así que compartíamos esa fuente de información con la policía de Saint Louis, de Boston, de Albuquerque y de Santa Fe. Si venían cartas cerradas, ¿las abrirían? ¿Es que ya habíamos llegado a lo del Gran Hermano cuando se trataba de perseguir al autor de un crimen?

Fui hasta correos y eché una ojeada. La cola no avanzaba porque el empleado del mostrador que atendía al público estaba ayudando a una señora de cabellos blancos a sellar y poner las señas en un paquete que tendría que haber preparado ya en su casa. Era paciente como un padre, se inclinaba casi con reverencia sobre la caja, medio a la luz medio en sombras, como si estuviera en un cuadro renacentista. (¿No se estaría divirtiendo, el Georges de la Tour de Hyland, New Hampshire, o el Vermeer, tal vez?) Tengo que admitir que es difícil odiar la burocracia en un sitio como éste.

Había por lo menos tres mujeres clasificando la correspondencia detrás de él, alzando las bolsas de lona, paquetes urgentes, el correo internacional. Ninguna de ellas parecía «más vieja». Les di las gracias a todas, aunque me las guardé para mí. Las tarjetas seguirían llegando o dejarían de hacerlo, ayudáramos nosotros o no ayudáramos.

Una noche que no podía dormir, bajé a tomar un poco de leche caliente, y en el vago resplandor blanco azulado de la cocina vi a mi chamán, que estaba sentado, meditando. Sus hombros suaves y redondeados emitían pequeños puñales de luz.

—Háblame, compañero —murmuré en voz alta. Se hallaba sentado allí, impasible, sin emitir juicios, sin sospechas, como el árbol del que había salido.

Después me acordé de que podía hablar. Me incliné sobre el bol de oscuridad que era su vientre y apreté el PLAY de la grabadora. Sonó un clic; la cinta se había acabado. La rebobiné, parado como un pasmarote, como si estuviera mirando cómo pensaba esa cosa maldita. Y luego, ay Dios, fue más que escalofriante: la voz de un niño que imitaba a un locutor deportivo. Era Jacob retransmitiendo un partido de los Sox, con todas las inflexiones adecuadas. «Tira y… falló, y Boggs que sigue corriendo —la voz era y no era suya, complicada por el ventrilocuismo del juego (¿no había pensado ya una vez ese día en el ventrilocuismo, a raíz del mensaje sobrenatural de Saint Louis?)—. Al *pitcher* no le gusta el gesto del bateador, y… pide otro.» Ocho años, tal vez nueve. Íbamos tan a menudo. El viejo Fenway, que siempre estaba igual, no cambiaba, sólo decaía un poco más cada temporada. Eran tres horas de ida y de vuelta, y a veces otras tres para encontrar aparcamiento. Íbamos sólo para ver caer las sombras sobre el campo, y por los perritos calientes que desaparecían por su garganta, porque siempre estaba comiendo, como un pájaro con el pico abierto. La impresión del verde cuando entrabas, la ciudad que hervía de emoción. Jacob daba gritos angustiados cada vez que alguien no agarraba la pelota. Con los Sox se pasaba muy mal.

Papaíto sentimental, papaíto norteamericano. Me quedé sentado en el estupor de la nostalgia. La voz del niño desapareció y: «No, pimienta y setas. Exacto. Pimiento no, he dicho pimienta. Vale. ¿Te parece suficiente quince minutos?», y yo me hacía el vivo: «¿Suficiente?», y él me hacía la burla: «¿Suficiente, suficiente, suficiente?». Los Stones. Y después: «No siempre te sale como tú quieres». Sonido de mezcla, vehemente y autoindulgente. Spike Jones. Judith que ríe y ríe; sonido de cristal roto, el gato —miau— y Judith disculpándose: «Ha tirado unos libros, papá, está todo bien, no ha roto nada», y Jacob, como un conspirador, hablándole suavemente al teléfono: «No, nunca, lo prometo. En serio. N-u-n-c-a. Créeme». Dios, a lo mejor era Martha. Era horrible. Los pelillos del brazo se me pusieron de punta. Todo volvía otra vez. No tenía que haberlo puesto. Pero allí estaba. Estaba allí y no estaba. El presente es lo único que existe, pensé, el aquí y el ahora.

Me quedé sentado en la oscuridad, respirando con agitación, y entonces me di cuenta de que había otro sonido en el cuarto conmigo. La radio de aficionados, muda, sonido de aire muerto, a excepción de esa pequeña carga que suelta cuando te olvidas de apagarla, pura estática. Presente puro, esperando. Por un segundo, llegó un sonido confuso. ¿«Josie, ¿dónde están las tachuelas?»?, pero probablemente no fuera eso. Él podía estar en cualquier parte. Y yo estaba oyendo el aire frío de la noche que entraba, totalmente vacío. La radio de aficionados es tan extraña, un agujero en el aire, una grieta en la que puede apoyarse el oído. Pero no había nada que oír del otro lado. Luego, la cinta del vientre del chamán terminó con un grito de alegría de mis dos hijos que salía de la tumba de su infancia. Suficiente, suficiente. Un clic al final de la cinta, alguien que amartilla un revólver.

Así que me arrastré hasta la cama y me acosté para esconderme en mis sueños.

Los amigos venían, pero por más que trataban de estar contentos, las visitas eran como un pésame. Fingíamos interés en sus vidas. Tony Berger y Celene nos traían noticias de todo el distrito escolar. Él enseñaba música en la escuela secundaria, sobre todo jazz y arreglos de swing, bien elaborados, rígidos. Tony, que si lo dejaban sólo bajaba la barbilla casi hasta el teclado y siempre parecía que arrancaba las notas con la boca, en una especie de *funk* duro, a lo Thelonious Monk, aunque se controlaba cuando le estaban escuchando los chicos. Celene llevaba rizos delicados que le habían hecho en el salón de belleza, pero eran peligrosamente rojos. Iba de escuela en escuela con su coche, intentando arrancar pequeñas melodías de los coros, y enseñaba todos los instrumentos, del glockenspiel a la tuba. En la sala de profesores, los maestros le expresaban lo que pensaban de nuestra situación —no eran nada tímidos—, y lo que decían no era nada bueno. Por la forma en que hablaban de nosotros cualquiera hubiera pensado que éramos los Rockefeller o los Kennedy.

—Nunca lo encontrarán —parecía ser el consenso—. Lo están protegiendo. —La insinuación era que podíamos pagar lo que fuera, y que estábamos dispuestos a hacerlo.

—Por Dios, Celene —dije—, no quiero ponerte en un compromiso, pero, ¿tú qué dices a eso?

Ella tiene unos ojos maravillosos, triangulares, se me ocurrió una vez, con los vértices para arriba, rasgo que los hace parecer grandes e inocentes. Sabía aprovecharse bien de eso, especialmente cuando quería parecer ultrajada.

—Pues claro que hablo. Les digo: «¿No os acordáis de cuando Ben reunió a todos los muchachos del instituto para hacer ese mural, esa fabulosa pared llena de vida? ¿Cómo podéis decir eso? ¿Que es rico? Dedicó todo su tiempo a ese mural y vosotros le pagasteis con estampitas».

—¿Y?

—Y… odio tener que decir esto, pero por alguna razón creen que precisamente eso demuestra que podéis pagar cualquier cosa. «Nosotros nunca podríamos trabajar por tan poco dinero», dicen. ¡Desagradecidos! Pero ya sabes lo que la gente piensa de los artistas por aquí. A mí apenas me toleran, con mis canciones, y eso que procuro ir disfrazada de persona normal. La semana pasada una madre me preguntó: «¿Por qué les enseña todas esas canciones raras?». Su hijo está en el cuarteto de marimba. «¿Qué canciones raras?», y ella va y me dice: «Esas extranjeras. ¿No le parece que en nuestro país ya tenemos suficientes canciones buenas para tener que recurrir a…?». No me acuerdo lo que estábamos haciendo esa semana, israelíes, japonesas. No sé, húngaras.

Le gusta pasarse los dedos por el cabello. Entonces lo hizo para desenredarlo, creo, para desprenderlo del agarrotamiento del día escolar.

—Y con Tonyburger lo mismo. Les encanta cuando lleva su grupo de jazz a algún concurso estatal y le dan un premio, pero a nadie le interesa pensar demasiado de dónde salen esas cosas. Ni el jazz ni el músico de jazz. Y ya veis que lleva americana para ir a sus clases. Corbata no, claro, eso sería una hipocresía, pero en cierta manera, ya paga… tiene que pagar algo si quiere ser como es.

Yo disfrutaba pensando en cómo Celene había llegado a ser lo que era, una chica de pueblo con carácter y sofisticación que había conocido a Tony en Nueva York, en un club lleno de humo, como sueñan las chicas de los

pueblos pequeños, y lo había traído de vuelta a casa para convertirlo en un maestro de escuela, blanco, anglosajón y protestante.

Los Berger eran nuestros mejores amigos. Todos nosotros (con la excepción de Celene) éramos algo marginales, neoyorkinos hasta el final, por más decentes que pudiéramos ser. (Nadie sabía cuánto ganaba un escultor. Era perfectamente posible que yo me estuviera forrando con las estupideces que hacía, y eso probablemente aumentaba el misterio que nos rodeaba.) En cuanto a Annie, ella sobrepasaba la línea, porque sus amantes se llamaban Jane y Eda y, más recientemente, ¡señor!, Anneliese, Anneliese-que-no-hablaba-inglés-así-que-sabemos-que-no-hablan. Nunca he tenido muy claro si los habitantes de Hyland hubieran querido pegar el portazo antes o después de que nos mudáramos allí.

Vino Wendell, y enseguida empezó a hacer llamadas porque no teníamos nada que decirle. Yo necesitaba hablar con alguien, pero convenía que fuera una persona con la suficiente imaginación para portarse mal. Tony se sentaba a la mesa conmigo, yo lo miraba fijamente y meditaba. Era bueno con los bribones en la sala de música de la escuela (y la sala de música les atraía a ellos), porque aún conservaba bastante del espíritu de los estudiantes, o lo recordaba con cariño. El cuerpo alto y nervudo, el cabello largo y lacio que le caía sobre los ojos, resultaban más juveniles de lo que nunca fue Wendell en su adolescencia. Yo hubiera querido decirle: «Eh, Tony, ¿qué pasa si resulta que Jacob es inocente?; supongamos que el único imbécil que es culpable de algo aquí soy yo. En todos estos años, habíamos hablado sobre momentos cruciales de la existencia, opciones, distinciones morales que podíamos desplegar cuidadosamente como los instrumentos de un cirujano. Todo eso tenía tanto que ver con el problema de ahora como… no sé… como las instrucciones que te da una azafata para cuando el avión se incendie. ¡No tuve tiempo de pensar, Tony! No sé si lo ayudé o lo condené cuando hundí en la basura el gato, los guantes, la maldita alfombrilla del maletero. Es posible que lo único que haya conseguido sea cerrar la puerta de la cárcel con él dentro. No te dan tiempo para razonar y buscar una salida». Pero hice lo que me sugirió el prudente Wendell: mantuve la boca cerrada y la puerta abierta a lo que tuviera que venir.

Mis sueños eran secos. Ésa es la única palabra que se me ocurre para definirlos. Dormía muchísimo, en el diván, a veces, como alguien postrado por la enfermedad o por una jubilación prematura, y nunca soñaba con lo que estaba pasando, sólo veía extensiones de desierto, cactus, desvaídas montañas azules. Un tranvía chocaba con un cañón de paredes elevadas y verticales. No sé quién iba en el tranvía, sólo sé que llevaba a un montón de gente a un callejón sin salida, un callejón de roca con hermosas estrías rosas y azules. No sé por qué. ¿Una vida privada de todo? Una vez me desperté justo cuando rocé el agua de un oasis en el que había estado observando mi reflejo. ¿Narciso? No parecía venir muy a cuento.

Excepto, excepto… que yo era muy joven en los sueños. No sé cómo van esas cosas, pero el caso es que tenía más o menos la edad de Jacob. Llevaba puesta la vieja chaqueta de cuero negro, con la que en otros tiempos había tratado de parecer fiero, como un artista resentido. Hubo un año en que lo único que hacía era decir palabrotas. Nadie podía hablar conmigo. Aterrorizaba a mis padres y agraviaba a mis parientes, que siempre estaban en nuestra cocina, mis tías beatas, mis primos tan trabajadores. (Tenía una tía que ayunaba una vez por semana, a veces dos, para mortificar su alma por Dios. Creedme, había una gran altura desde la que caer.) Creo que hasta asustaba a mis amigos. Nada que ver con Jacob. Yo era tan iracundo, tenía que romper con tantas cosas… La religión vieja y polvorienta de mi padre y mi abuela, la asfixia de una casa llena de amor sin *mente*, como yo decía cuando aún pensaba que la mente es lo único que importa, que era censurable que nuestro hogar no albergara nada de intelecto, nada de arte, sólo comer y mantenerse limpio, mantenerse limpio y rezar, rezar y ser cortés. Las palabras obscenas que caían de mi boca (caían o eran empujadas desde mi boca) eran mucho mejores que el sexo, eran la liberación de lo prohibido, del dique de los «no harás…», que se rompía en fragmentos diminutos mientras yo lo pisoteaba con tanta fuerza como podía reunir.

Pero nunca le hice daño a nadie, por lo menos no físicamente. Por supuesto, mi madre actuaba como si me pasara la vida dándole puñaladas. Cuando me busqué una novia católica que me hablaba de sexo y me incitaba al orgasmo por teléfono. Cuando me negué a hacer la solicitud de

ingreso a la universidad y decidí pasar antes un par de años pintando y me puse a trabajar con un taxi para mantenerme. Etcétera. *Épater les parents*. Por cierto, que yo no fui el primero en usar esa táctica con sus padres, pero mi falta de originalidad no era ningún consuelo para ellos. Estoy seguro de que los herí todo lo que ellos pensaban que podía herirles. Pero eran heridas superficiales. Pequeñas muescas psíquicas. Nunca les levanté una mano.

Lo único que queremos es que vuelvas para que podamos hablar contigo. Para que podamos preguntarte. Una vez me desperté llorando en sueños, jadeando, bufando con fuerza, como si estuviera tratando de escupir algo que me ahogara. Carolyn me tomó la cabeza entre los brazos, sostuvo mi rostro contra sus pechos desnudos, y me palmeó la espalda, como haría para calmar a un bebé que tiene un cólico. Había estado soñando con mi joven novia católica y me encontraba levantando el diván en el que permanecíamos sentados con un gato. Y ya está. Empujaba el gato arriba y abajo, cada vez más rápido, no había ningún misterio en ello, como en el sexo, y el diván se elevaba y finalmente levitaba sobre el agua, como en un jardín de un templo hindú flotante. En trance, con un pequeña sombra negra bajo él, una sombra que se extendía por el agua como una mancha de tinta. La chica encogía las piernas, como si estuviera por despegar en una alfombra mágica. Pero, una vez más, al inclinarme hacia delante, caí de cabeza, otra vez de cabeza, como si estuviera decidido a ahogarme.

—Benny, Benny —decía Carolyn, casi cantando, pero no podía decirme ya está, todo se arreglará, porque eso hubiera sido una mentira y ella nunca mentía. Yo seguía llorando, y al final, justo en el punto en que uno para, ahogado entre las lágrimas, y cae dormido, exhausto, me oí gritar, con voz entrecortada:

—¡Jacob! —y ella se me unió y lloramos juntos.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

BEN

Finalmente encontré algo que hacer con las manos: montaba amuletos. Rezando, por supuesto, como se me había indicado. Eran lo suficientemente pequeños para caber entre las manos. Broches de tela con plumas. Con botones. Tallaba un poco. Me descubrí armando uno que tenía senos y un triángulo oscuro de brillo. Me espantó. Abrí la puerta de la cocina de leña y lo arrojé en su centro perfecto de calor, y lo miré arder durante largo rato, siseando con su lustre salvaje. Debo decir que, mientras lo veía desaparecer convertido en cenizas, sentí un pequeño estremecimiento por su poder, a pesar de lo diminuto y primitivo de él.

Tal vez estuviera volviendo a mí el sentido de la imagen, más real que lo real. Fui al pueblo a comprar chinchetas rojas, blancas y azules, por mucho que tuviera que tragar saliva y entrar al Central, donde todos compraban sus tarjetas de cumpleaños, los diarios y los lápices. Era una vieja tienda del siglo XIX, reformada, pero sólo hasta un punto aceptable. La pesada puerta era antigua, y se cerraba sobre sus goznes con lentitud. Todos odiaban los postes electrónicos recién instalados que había que atravesar, aparatos sin duda alguna de fines del siglo XX que chillaban, supongo, aunque yo nunca los había oído y tenían un efecto paralizador sobre el ladrón que tratara de escapar con algo que no era suyo. Se alzaban allí como dos perros guardianes que no ladraban gran cosa.

Yo ya había puesto mi mano en la barra de bronce para abrir la puerta, cuando vi —lo vi, y juro que durante un segundo no lo comprendí— una fotografía de Jacob de 8’5XII, bastante clara, a pesar de ser una fotocopia barata. Estaba pegada por dentro de la vidriera, justo en el sitio en el que todo el que entraba tenía, que posar invariablemente la mirada. He visitado

esa tienda más o menos todos los días durante los once años que hace que vivo aquí, y ésa es la razón por la cual mi primera reacción fue de asombro. Era como encontrarme con mi propia cara en la cristalera de una tienda de Main Street: «¡Eh, un momento! Que yo conozco a esta persona. Claro que la conozco». Y, encima de su nombre, en grandes caracteres oscuros: SE BUSCA.

Cuando por fin me caló lo que estaba viendo, se me aflojaron las rodillas. Extendí una mano para sostenerme y ésta quedó allí desplegada sobre el vidrio frío, justo encima del rostro de mi hijo, Jacob, que vestía una camiseta negra y tenía los ojos entrecerrados por el sol, y sonreía como si lo hubieran pillado por sorpresa. Era su camiseta de las clases de lucha libre. La sombra parecía dar a su cara una segunda nariz, que apuntaba hacia la izquierda, como un Picasso, un letrero cubista de SE BUSCA. El primero. Y esa cosa maldita estaba en el mejor lugar posible… hubo un tiempo en que yo exhibí una serie de películas, y allí era donde pegaba el programa, para que lo viera más gente. Para el atardecer lo habrían visto todos, ese rostro hermoso, medio infantil, ávido, desprevenido, con la marca de la palma de su padre estampada encima como un sello grotesco.

Volví al coche, temblando como un anciano. ¿Cómo pueden saberlo? A pesar de todo lo que creo adivinar sobre su culpabilidad, ¿cómo pueden tratarlo como si fuera un atracador y exhibir una foto suya, que parece que la ha tomado por sorpresa una cámara de seguridad de un banco? Jacob, Jacob, se busca. ¿Hacemos nuestras propias vidas o la casualidad nos salta encima de manera fortuita, hambrienta como uno de esos perros guardianes?

Carne de mi carne, ningún amuleto podría protegerlo ahora de los perros.

Alrededor de las once de la mañana siguiente vino Corey Weisbach, y yo pasé de golpe del estupor en el que estaba sumido a una total concentración. Su hija había visto a Jacob en Cambridge, caminando junto al río.

Julie era una de sus condiscípulas. Hacía nada que habían intervenido juntos en la representación de *Cuento de invierno* y lo conocía lo bastante

bien para no tener dudas.

—¿Habló con él? —pregunté. Me encontraba preparado para darle la bienvenida a cualquier noticia. Juro que si ella hubiera dicho que estaba encadenado a un árbol o durmiendo bajo un puente, me habría sentido agradecido.

—No —dijo, y sonaba ultrajado, casi en tono de reproche—, por supuesto que no le habló. Mi hija tiene una gran presencia de ánimo, siempre la ha tenido. Si hubiera anunciado su aparición, ¿no le parece que habría desaparecido antes de que le diera tiempo a decir dos palabras seguidas?

Contesté que suponía que sí. Santa Fe, Saint Louis, se me aparecían como flashes en la cabeza. Esas imágenes ardían en mi mente como logotipos de una marca publicitaria.

—¿Junto al río? —pregunté como un estúpido.

—Por el sendero, no muy lejos de Boylston Street. Bueno, no sé si conocerá Cambridge usted. Mi hija iba por la calle con su primo, que vive por allí, en una de esas residencias para los estudiantes. Había poca gente en la calle. Hace tanto frío… Dice que lo miró bien para asegurarse. —Jacob, con la gorra oscura de lana, la chaqueta negra con rayas fluorescentes, la mirada fija en el frente, exhalando vaho por la boca. Como si hubiera leído mis pensamientos, Corey Weisbach agregó a modo de confirmación—: Reconoció la chaqueta, dice que vio primero la chaqueta y luego vio que era Jacob.

Corey vendía coches. Pertenecía a una vieja familia de vendedores de automóviles, tan próspera que estaban justo por debajo de las mejores familias de Hyland, las que no hacen nada para vivir. Eran los aristócratas capitalistas, y tenían un concesionario de la Ford aquí en el pueblo y otro enorme en Howe. Corey respiraba seguridad en sí mismo, la solidez de un hombre público, y su voz era de lo más apropiada para aceptar las distinciones de Kiwanis y Rotary. A esa gente rara vez se la encuentra con la guardia baja, y menos frente a tipos raros y quebrantados como yo.

—Iba caminando, me ha dicho la niña, tan normal como siempre —y siguió en ese tono ligeramente ofendido que parecía querer decir: «¿Cómo se atreve?». Un golpe en la cabeza, pensé, un cachiporrazo de manos de un

asesino que le ha hecho perder la memoria. Cosas mucho más raras han sucedido en este mundo.

Tartamudeando, le expresé mi agradecimiento, mi temor de que nunca hubiéramos vuelto a encontrarlo. Le dije lo amable que había sido al contármelo, lo humano de su gesto. Podíamos estar allí en un par de horas, justo el tiempo que tardáramos en organizarnos y en llegar al Memorial Drive. Ahora que más o menos sabíamos dónde estaba…, aunque tal vez no fuera tan sencillo.

—Señor Reiser —dijo Corey Weisbach. En realidad no nos conocíamos mucho; lo que pasaba es que él era lo bastante prominente como para que los demás lo conocieran, que es muy distinto—, debe usted saber que también se lo hemos comunicado a las autoridades. Es muy probable que ya lo hayan atrapado. Es más, yo contaría con ello.

No sé lo que dije. Supongo que debí de gimotear algo así como «Por supuesto, por supuesto». Traté de borrar mis huellas, humillado por el hecho de que me hubiera atrapado pensando que nos había salvado, a nosotros. Después de todo, ¿por qué iba a hacer tal cosa? Sentía mi cara humedecida por toda clase de emanaciones: sudor, lágrimas. Hacía calor. Después de todos mis sueños resecos, parecía estar lloviendo la humedad del alivio.

—Naturalmente, hizo usted lo que tenía que hacer.

—Bueno —dijo lentamente Corey Weisbach a través del abismo que nos separaba y que no era culpa suya. No sé si me creyó cuando le aseguré que en ningún momento se me había ocurrido pensar que éramos los únicos a quien les había dicho dónde estaba Jacob—. Debe usted recordar, señor Reiser, que aunque Julie es compañera de clase de su hija, también lo es, era mejor dicho, de Martha Taverner. Así que… —Tengo que reconocer que casi parecía afligido—. Pero con todo —hizo una pausa dramática—, no me ha sido nada fácil hacerlo.

No dije nada. Esperé a que las cosas tomaran el rumbo que quisieran.

Lo que había ocurrido era que Julie Weisbach, con su famosa presencia de ánimo intacta a pesar del asombro y el temor, se había dirigido directamente a la policía que estaba en la plaza de ladrillo de la escuela universitaria Kennedy, del otro lado de la calle por donde paseaba Jacob.

—Dio por sentado que cualquiera lo haría, que se ocuparía del asunto.

Pegué un respingo: el «asunto» que el hombre estaba invocando, como la invasión de una plaga o el escape de un gas, era mi hijo. Pero el policía no podía hacer nada. Un posible sospechoso de otro estado. Bueno, le dijo a la chica, por muy buena intención que tuviera, no era cosa suya, técnicamente hablando. Si el chico hubiera cometido un delito ahí mismo, habría sido otra cosa. O si tuvieran algún papel de la policía de New Hampshire. Una orden judicial. Pero no se puede arrestar a alguien sólo porque otra persona la señala con el dedo. No telefoneó para confirmar la información, no escuchó cuando ella insistió en que un asesinato era lo bastante importante y que tenía que haber una orden en alguna parte. Así que, dijo el padre, tuvo que quedarse allí viendo cómo Jacob se esfumaba por la esquina de la calle. La última vez que lo vio iba en dirección a la enfermería Stillman, cerca de Mount Auburn, por donde pasa el autobús. Y desapareció. (Desapareció. Desapareció, gracias a Dios, pensaba yo.) Fue tan frustrante, continuó el hombre, como si esperara que yo estuviera de acuerdo con él. Ya me estaba imaginando el discurso que podía soltarme sobre la Constitución. Y la verdad es que no me hubiera hecho ninguna gracia tener que escucharlo.

—Así que hemos alertado a las autoridades de aquí. Parecía lo más indicado. —Las autoridades, esa palabra ridícula con su alusión al poder y el control total—. Confío en que ellos sabrán cómo proceder. —Yo esperaba que agregara el inevitable «¿No es para eso que les pagamos?». Pero en vez de aquello, calló unos segundos y, después de aclararse la garganta dijo, casi con decoro—: Lo siento mucho.

Fui a contárselo a Carolyn, que, para mi exasperación, estaba sentada plácidamente en un sillón de la sala de estar, leyendo bajo la luz dorada. Escuchó sin decir nada, pero mientras hablaba vi su rostro rejuvenecerse diez años.

—Bueno —dijo en voz baja, como si ya estuviera todo solucionado.

Se arrojó a mis brazos y los dos acunamos la posibilidad de verlo pronto.

—¿Cómo podríamos encontrarlo? —Necesitaba que me consolaran, que me dieran seguridad—. Es una ciudad enorme, maldita sea.

—Pero ya sabes cómo se encuentra uno con la gente, Ben. El mundo es un pañuelo.

Era cierto. A veces resultaba sorprendente la concentración de cierta clase de gente que podías encontrarte en la plaza. En general, te ibas convencido de que en el mundo sólo había quince personas y tú conocías a doce. Por otra parte, el tiempo no estaba como para hacer vida al aire libre. En enero la gente bajaba la cabeza y caminaba derecha a su destino, en línea recta. El vendedor de bisutería y el de jerséis ecuatorianos no estarían allí. Los músicos tocaban sus instrumentos de viento y afinaban las guitarras en sus casas, bien abrigados.

—Nos vamos —le dije de todos modos—. No puede ser que él esté en Cambridge y nosotros no estemos tratando de encontrarle.

Qué expresión tenía Carolyn en ese momento, Señor. No por mí, claro. Navegaba más allá de mí, su atención volaba más allá de mi oído, más allá de la ventana. Estaba distante, casi… irónica, me parece. Como si se hubiera alejado de todo y se hubiera quedado tercamente sola en su lado de la habitación. Creo que nos imaginaba a los dos caminando por Cambridge, atisbando por los callejones, golpeando a la puerta de extraños, merodeando por los vestíbulos de los teatros como admiradores obsesivos que buscan una visión fugaz de sus amados. Parecía como si semejante búsqueda fuera a incomodarla mucho.

—Carolyn, ¿cómo podríamos no hacerlo, aunque sea imposible?

—¿Cómo voy a poder vivir conmigo misma? —contestó ella con voz inexpresiva—. ¿No? ¿No es eso lo que tengo que preguntarme ahora?

¿Adónde diablos se me estaba yendo? Se había ido, quiero decir… era obvio que el daño ya estaba hecho.

—Sí —dije sin una pizca de esa maldita ironía que lo ponía todo tan fuera de mi alcance—. Sí. ¿Cómo vas a poder vivir contigo misma?

Emitió un suspiro largo y profundo.

—¿Y si lo encontramos…?

—Sí. Y si lo encontramos, ¿qué?

—No seas obtuso, Ben. ¿Qué harás? ¿Traértelo a casa? ¿Le darás tu tarjeta de crédito, te lo llevarás al aeropuerto y le dirás que desaparezca?

No lo sabía. Probablemente haría eso. Santa Fe. Saint Louis. Otra docena de aeropuertos: Portland, Chicago, Los Ángeles. Sospechaba que lo haría, pero no podía saberlo con certeza.

—¿Le pondrías cadenas en las piernas y lo traerías a casa?

Carolyn me miraba. Sólo eso. Tenía los ojos turbios. Supongo que era por las lágrimas. Me daban ganas de sacudirla hasta dejarla seca.

—Estamos hablando de tu hijo —dije de la manera más desagradable que pude. No era el momento de ser amables—. Lo digo por si te habías olvidado. Es de Jacob de quien estamos hablando.

—Por si lo había olvidado… —Y seguía mirando, con los ojos fijos y el nombre de él que pendía en el aire como algo a lo que le hubieran dado un mazazo, como la primera vez que lo pronunciamos frente a su cabecita todavía mojada, cuando acababa de nacer. Había eco. Finalmente Carolyn sacudió la cabeza y las lágrimas cayeron y empezaron a rodar por sus mejillas—. Yo tampoco sé lo que haría, por eso no quiero ser yo quien lo encuentre. —Trató de apartar las lágrimas con un suspiro áspero—. Es mejor… deja que pase lo que tenga que pasar.

Ya tenía más que suficiente.

—No sabía que fueras tan pasiva, maldita sea —dije, pensando en cómo peleaba por sus pacientes, cómo insistía en que la gente dejaba demasiadas veces que las cosas siguieran su curso, cuando podían cambiarlo si quisieran con su intervención. Creo que «pasiva» era la palabra que menos le gustaba.

Fui rápidamente a la cocina, a buscar mi chaqueta y mis guantes. Con el calzado deportivo ya sería suficiente. No habría tanta nieve en Boston como para llevar las botas. Tal vez un poco de escarcha, lodo, archipiélagos de hielo en las aceras, montañas como de piedra gris en la cuneta. Ahora que Corey Weisbach había alertado a las autoridades, en Cambridge todos estarían estudiando su cara. No le permitirían escapar de nuevo. Me tomé el tazón de café que había quedado enfriándose sobre la mesa. Era un tazón de la Radio Nacional, pesado y oscuro, firmado en letras blancas por una docena de compositores. Elegante. Lo único que se me ocurrió hacer (aunque *ocurrir* no sea exactamente la palabra) fue arrojarlo contra una superficie que lo detuviera en seco. Se lo tiré a la puerta de la alacena que

estaba más lejos, como un cántaro contra un plato, y se desintegró. El café corría como agua sucia por la madera pálida, y trozos de esas firmas, desde Bach a Philip Glass, volaron por la habitación como hubiera detonado algo con cables y pólvora.

OceanofPDF.com

CAROLYN

Éste, pensaba ella mientras observaba a Ben, que avanzaba por la carretera zigzagueante que lleva a Boston, es el momento en que el buen juicio se presenta o no se presenta. Él creía de verdad —tenía el ego suficiente para creerlo— que aparecería, que daría una vuelta por la ciudad y se encontraría con Jacob. Decía que lo creía basándose en el hecho comprobado de que cuando uno no quiere encontrarse con alguien, no cabe la menor duda de que se chocará con él por la calle. Un buen chiste.

La noche anterior, Carolyn había subido a ver a Judith para arroparla y había recordado un asunto que les había quedado pendiente.

—Aquella primera noche empezaste a decir algo sobre lo enfadado que habías visto a Jacob la mañana en que… desapareció. Pero sonó el teléfono.

Judith se encogió de hombros.

—No sé si es importante. Vaya, que la gente se pone de mal humor todo el tiempo y no sale… —Suspiró profundamente y fue al grano—. Estaba furioso porque papá le dijo que tendría que pagarse él los gastos de la universidad. Jacob quiere… quería, vaya, quería alquilar una limusina para esa noche y papá le dijo que de dónde pensaba sacar el dinero.

Por alguna razón parecía desconcertada, avergonzada; por su padre, sin duda; por Jacob no, desde luego.

Carolyn hizo un esfuerzo por controlarse.

—¿Gritaban?

—Ah… —Judith parecía atrapada en un sitio donde no quería estar—. Ya sabes cómo son. Se ponen a gritar pero luego se les pasa. Jacob piensa que papá, es un secreto, claro, piensa que papá es conservador, y que lo disimula, y eso es peor. Eso es ser hipócrita. Lo dice Jacob.

Pero Judith tenía razón. ¿Tenía alguna importancia que el chico empezara el día irritado con su padre? Era con Martha con la que se había sentado en la parte de atrás de la limusina, bebiendo quién sabe qué, mirando la tele, como si fuera un rico. En todo caso lo que cualquiera pensaría es que ella tenía que consolarlo —costara lo que costara— y apoyarlo frente a lo que le había hecho su padre.

Carolyn no pensaba en la posible hipocresía de su marido, pero a veces, en lo más hondo de sí misma, se preguntaba si Ben, a pesar de la seriedad con que parecía considerar su arte, sería una persona lo suficientemente seria. No estaba muy segura de lo que eso significaba, simplemente tenía el presentimiento de que en los momentos importantes y difíciles, como el que estaban pasando ahora, él seguiría adelante, actuaría, haría reír; incluso sería fuerte, como había demostrado al ocultar sin la menor vergüenza ni vacilación la sangrienta evidencia. Con Ben, las cosas, lo que él llamaba principios, se abrían y cerraban. Algo faltaba —¿humildad?, ¿indecisión?, ¿vulnerabilidad ante el dolor, la ambigüedad?—, algo le faltaba a su marido, a pesar de su opción artística en favor de la complejidad, como cuando le decía a Jacob que el dinero no importaba y no era cierto. Era tan resuelto. ¿Sería que en los hombres había algo que les exigía demostrar agresividad, confianza en sí mismos? ¿Era un hábito nacido de su vieja costumbre de presentarse como un individuo sólido ante sus padres escépticos, que querían que fuera contable o ingeniero? Había luchado tan duro por su independencia que se había convertido en un tic.

Una de las cosas que más la intrigaron de Ben cuando se conocieron era su fe en cosas que ella, con todo su bagaje de buena alumna, no veía. Aquel día había entrado en una galería de arte con sus amigas, no por el arte en sí, sino por el vino y el queso, y el ambiente poco familiar para ella que se respiraba allí: mujeres con vestidos de todos los colores, hombres con barbas poco dóciles y ropas anchas, chaquetas militares, chalecos de cuero gastado y bolsos marroquíes, la afectación de los vaqueros descoloridos. Todo eran estereotipos y ella lo sabía. Sin embargo, necesitaba un cambio de aires. Estaba en la facultad de medicina, en la etapa más dura, y necesitaba encontrar un lugar donde perder el tiempo antes de que se le olvidara cómo se hacía eso. O por lo menos un lugar donde pasar las horas

no regimentadas mirando algo que no fuera anatomía pura y dura desplegada sobre una mesa. Y allí estaba Ben, que creía ferozmente en la necesidad de su arte («El mío, no esta cosa que han puesto aquí esta noche. Yo sólo he venido por el vino y el queso»). Él creía de verdad que aquello salvaba, que redimía a la vida de su cotidianeidad.

—Tú vas a salvar vidas —dijo entonces—, pero ¿para qué? ¿Qué es una vida? Cualquier animal puede tener buena salud, es una expectativa mínima. Y después ¿qué?

Así que la tomó de la mano y la llevó hasta una lona misteriosa, una insignia tensa que colgaba suspendida, sugiriendo una gloria sin nombre. Le hizo mirar un Rothko, rosado y anaranjado, con pinceladas amarillas que brillaban como en una puesta de sol de un sueño. Hasta una estudiante de medicina tenía derecho a un sueño así, hasta que se volvió líquido, hasta que se derramó en torno a ellos como una luz bendita que irrumpiera en la habitación. Sí, dijo ella, sí. Tenía razón, aquello era tan real como el despertar. Abandonaba los apuntes que tenía que aprender, las partes del tobillo, las galaxias de costillas, las funciones alternativas de los órganos, y se iba con él a ver los grabados de Miguel Ángel o la elegancia magnífica del remo de caoba de un papú, erguido en pie contra una pared blanca y pura, más elaborado que cualquier cosa que pudiera imaginar ningún diseñador de Dansk. Lo miraba trabajar y se preguntaba qué vería él. Ben cubría la mitad de la tela con una mano para poder juzgar, la ponía de lado, boca abajo, y decía: Mire, doctora, ¿qué ve? (¿una tela cabeza abajo?). Y luego atacaba un rincón que era claramente —decía claramente— deficiente. Si ella veía bacterias en una lente, él veía rincones vacíos de tela que pedían atención a gritos. Desaparecía dentro de un Bonnard y volvía radiante.

Y era detallista en extremo, mucho más que ella en general. No se abstraía, como hacen tantos hombres, en el trabajo y dedicaba un refilón de su tiempo a la familia. No se escondía. No estaba emocionalmente estreñido. Honraba todas las cosas que merecían ser honradas: cómo sus hijos jugaban, sufrían, dormían. La idéntica necesidad de ella por hacer su trabajo, aun cuando los chicos estaban en casa enfermos. Era más enérgico que ella, y mucho más osado. No hablaban mucho últimamente, pero, en

general, él sabía hablar sin esa actitud defensiva de ahora, y nunca la dejaba irse a la cama enojada. La abrazaba con demasiada fuerza, pero ella siempre había pensado: ¿y qué? Era el precio por su vitalidad masculina.

Carolyn no era capaz de encontrar un nombre a lo que le faltaba. Dado que creía en la ambigüedad de prácticamente todo, no quería encontrarlo. Pero la sospecha le había caído como una piedra en las tripas. Le había caído con la misma certeza mortal que ella imaginaba que se apoderaba de la gente cuando descubrían el primer síntoma del final: palpaban el bulto, veían la sangre, descubrían que el pequeño lunar estaba creciendo, que sus bordes se extendían. Amaba y respetaba a Ben, pero a veces él se dejaba arrastrar demasiado por sus entusiasmos y sus miedos. En una situación de emergencia, en un aprieto como aquél, ella no dudaba ni por un momento de su pasión de hombre, pero no estaba tan segura de su buen juicio.

Por una vez el teléfono no sonaba —los bien intencionados no pedían ser útiles, los amenazadores no amenazaban—. Ella y Judith tomaron una cena fría y se sentaron a mirar esa clase de programas basura de los que nunca se cansan los chicos, empezando por la excepción-perfecta-que-confirma-la-regla que representa el hogar feliz, la esposa y los hijos falsos de Bill Cosby. Él está en la cocina, haciendo un desastre, aunque al menos se esfuerza. Su guapa esposa abogada ríe con indulgencia, lista para acudir al rescate sin el menor rencor; un abrazo condescendiente cuando el budin de chocolate sale del horno con todo el aspecto de una bosta de vaca. Dada la tranquilidad reinante en la casa de esa mujer, seguramente la hicieron socia de la firma para la que trabaja hace mucho tiempo.

Judith sabía que su madre nunca miraba ese tipo de series con ella. Decía que todos esos programas eran como cacahuetes, que engordan pero no alimentan. Y una vez que empiezas ya no puedes parar. Pero estaba feliz de tenerla allí, las dos sentadas juntas en la misma silla plegable. Y Carolyn necesitaba el calor de su hija: los padres, se lo había oído decir con la autoridad que sólo éstos pueden tener, y sólo mientras sus hijos son lo bastante jóvenes como para no haber alcanzado la edad en que emiten sus

juicios, tienen tantas necesidades como los hijos, pero en su mayoría las esconden donde nadie pueda verlas.

Cuando se levantaron entre programa y programa para hacer cacao, Judith empezó a hablar de lo mentirosa que era una chica de la escuela. La llamó «patológica» tan seguido, que Carolyn se dio cuenta de que le gustaba el sonido profesional de la palabra.

—Dice que ha nacido en Borneo. ¡Ja, en Borneo!, y que ha vivido en todos los continentes y ha nadado en todos los océanos. Pero una vez estábamos en geografía y la señora Berney le pidió que dijera los continentes y ella sólo dijo tres. Y entonces todos se dieron cuenta de que es una mentirosa patológica. —Judith se puso el pelo detrás de la oreja con aire triunfal y le preguntó a Carolyn por qué iba nadie a hacer semejante cosa.

Parecía que la respuesta era siempre la misma, fuera cual fuera la infracción. Carolyn lo pensaba mientras lo decía:

—Inseguridad. Seguramente piensa que no es lo bastante interesante por sí misma y por eso trata de mejorarse.

—Yo también sueño así —dijo Judith desapasionadamente—. Pienso que soy una primera bailarina, y en un tiempo me imaginaba que era a mí a quien habían elegido para hacer el papel de Annie Hall. Creía que eso sería lo mejor del mundo. Y no tendría que ir al colegio. Tendría maestros particulares. —Pero lo que en realidad quería decir era: «No estoy loca. No soy patológica»—. Mamá…

—¿Qué, mi vida?

Carolyn bajó dos tazones y dos porciones de confitura de frambuesa. Qué escena tan típicamente americana, las mujeres confraternizando en una bonita cocina, hablando de sueños. El padre está ausente y al hijo no se le menciona. El hijo patológico.

Judith se sentía igual que ella.

—¿Crees que Jacob…?

Carolyn esperó.

—¿Que Jacob qué?

—Se sentía seguro o inseguro. Se siente, quiero decir. A veces me confundo mucho con eso que dicen de que la gente es mala y desagradable

porque está asustada. No sé. ¿No puede ser que no haya gente que no es buena y nada más? No digo que sean malos… pero que las cosas que hacen es como son de verdad. ¿No puede ser eso?

Judith estaba cansada de la relatividad de los juicios, se resistía, se resistía a la desgracia de saber demasiado o creer que se sabe demasiado. Del regalo del doctor Freud al mundo: la debilidad y el dolor pasado que absuelven de la culpa. Carolyn no podía reprochárselo. Trataría de contestarle, pero primero tenía algunas preguntas que hacerle.

—Bueno, Jude, tú conoces a tu hermano, ¿qué te parece?

—No. Creo que no lo conozco. Hace… a veces hace cosas raras.

Carolyn la dejó seguir. Removía con cuidado el cacao rosado, raspando los restos que había al fondo del tazón con la cuchara.

—Una vez estaba tirándole piedras a un perro. —Judith no la miraba. Pasaba un dedo por la mesa, moviéndolo en círculos, como si ella también estuviera removiendo algo—. No quería contártelo… vaya, él me hizo prometerlo. —Le echó una rápida mirada a su madre—. Fue arriba en la pradera. Tenía ese perrito amarillo, yo nunca lo había visto, y lo tenía atado a un árbol, con una soga. Y un día…, fue un sábado… Celeste y yo subíamos al bosque para hacer un picnic… ¿te acuerdas? —Con su continuo «¿sabes? ¿entiendes?» controlaba las reacciones de su interlocutora—. Le estaba tirando cascotes y el animal no dejaba de aullar. Se enroscaba alrededor del árbol, se hacía pis y luego lo pisaba y se manchaba. Y el pelo lo tenía… puaj… todo arañado, y con sangre, como si tuviera sarna, aunque no creo. Era un perro normal y corriente, seguramente era de alguien. —Se detuvo un momento—. No pretendía matarlo ni nada —dijo, como tratando de disculparlo al menos un poco—. No sé lo que quería. Se puso tan furioso cuando se dio cuenta de que le habíamos visto que empezó a tirarnos piedras a nosotras y nos escapamos. Le dije que no era nuestra culpa si le habíamos visto, que sólo pasábamos, que íbamos a la roca grande. Pero era como…

Carolyn estaba demasiado anonadada como para reparar en detalles. ¿Tenía otra vida entonces? Ése no podía ser Jacob. ¡Nunca era cruel! Podía ser agrio, desagradecido, tortuoso a veces, pero nunca había sido cruel con nada ni con nadie.

—Y a veces es tan bueno… como aquella noche mismo. Se ofreció a arreglarme la bicicleta. Yo le dije: «Claro, estás tan amable para que no diga nada». Pero él se ofendió de verdad y me dijo que no tenía nada que ver, que me la arreglaba porque soy su hermana, que no era soborno ni nada de eso.

Carolyn tanteó detrás de sí como una ciega buscando una silla. ¿Hasta qué punto lo conocía? ¿Hasta qué punto cree uno que conoce a su hijo? Hasta cierta edad, todo lo que hace lo tienes siempre ante los ojos. Y gradualmente se va alejando. Se acordaba de haber llorado cuando le puso los primeros zapatos diminutos en los pies, zapatos que no eran más grandes que hojas. En parte era porque los veía tan menudos y le apretaban los deditos. Allí se acabó el Paraíso para ella, en el momento en que ató ese cuero áspero con su millón de pliegues que le enseñarían el camino del movimiento. Y también porque ya entonces, cuando tan solo tenía un par de meses —tres, eran tres, porque era verano y lo había estado postergando—, veía que algún día se alejaría de ella. Todos pensaron que sus lágrimas eran ridículas, una reacción exagerada, pero ella tenía razón, a nadie le importaba lo bastante para comprender las implicaciones lógicas que con el tiempo se derivarían de aquel acontecimiento: esos zapatos estaban destinados a apartarlo de ella. Cuando lo entregó a los otros, a las mujeres que lo cuidaban, a la guardería, a la escuela, una sombra empezó a caer sobre su mirada de madre… por supuesto que lo entregaba, por supuesto que lo cedía, y bien contenta. Ella no era patológica.

Después, lo que sabía de él era lo que le llegaba por las huellas que dejaban sus actos: que había arreglado los frenos de la bicicleta de su hermana, la forma en que contestaba al teléfono, los juegos a los que jugaba en el asiento trasero del coche, cómo les hablaba a los extraños, la forma que tenía de gastar la suela de los zapatos por un lado, tanto que el zapatero meneaba la cabeza desesperado; cómo encogía los dedos ligeramente al caminar, no lo suficiente como para que se convirtiera en un defecto grave, pero sí lo bastante para curvar sus pies de manera inequívoca. La ropa de gimnasia sucia, las sábanas duras por la evidencia de su crecimiento, las cartas que les escribía a sus abuelos, su amor por las matemáticas, cómo le gustaba comprarle regalos a la gente, su miedo a los aviones, superado

aquella vez por la amabilidad del piloto, su excursión a la cabina. Su pasión por las frambuesas, que iba a recoger cuando era la temporada, aunque tuviera que salir de casa al amanecer. ¿Qué sabía ella, qué no sabía? ¿Apedreando a un perro en la pradera? Se había quedado muda. Judith la abrazó diciendo:

—¿Estás bien, mamá? No tendría que habértelo contado. —Tenía la mirada atribulada de alguien que está en dificultades.

—No, no estoy bien, Jude. —Carolyn cerró los ojos—. Está bien que me lo hayas contado. No es culpa tuya, cariño. Pero ¿cómo voy a estar bien? —Diecisiete años de atención esmerada, infinita, íntima, devoradora, que había ido limitando como es lógico, ¿para cuándo fue? Debía de andar por el octavo curso, y después de eso, una dedicación más despegada a los detalles, procurando no abrumarlo. Sin hacer más preguntas que las necesarias. Sin decirle «No hagas esto, no hagas lo otro» con las chicas, sólo «No vuelvas muy tarde», o «llama si te vas a retrasar mucho. Conduce con cuidado». Apedreando a un perro. Viendo cómo la piel se le cubría de sangre. Oyéndolo aullar de dolor.

¿Qué es imposible en este mundo?

¿Hay algo que no pueda pasar?

OceanofPDF.com

BEN

Me alegró poder estar fuera de las garras entumecedoras de la casa. La estrecha carretera que lleva a Cambridge corría entre los altos montículos de nieve sucia surcada por los coches, como un rastrojo. El frío había menguado. Había niebla. Yo conducía con cuidado; a veinte en las zonas escolares, aunque sabía que los niños estaban dentro, bien protegidos; frenando en los pequeños pueblecitos que salpican el límite entre New Hampshire y Massachusetts. Incluso a esa velocidad, pensada especialmente para no incitar a los agentes de la ley, como si yendo con cuidado pudiera arreglar las cosas, me sentía un poco fuera de control —no exactamente, pero casi—. De repente me di cuenta de que, si algo le pasaba a alguno de mis neumáticos, no tenía gato. Eso volvió a hacerme reír, con una risa que borbotó de mi boca como si fuera un vómito.

—Oficial, ¿qué puedo decirle? Tengo un problema con los gatos. Hasta tengo uno escondido bajo un montón de chatarra en mi taller. Confiscado para seguridad del vecindario.

Estaba empezando a sentirme mareado, demasiado solo con el asunto. Teniendo en cuenta el lugar adonde iba, hubiera querido que por lo menos Carolyn estuviera conmigo. Seguía olvidando de qué iba todo aquello. *Yo, yo, yo*.

Para mí, la idea del asesinato se había vuelto como una palabra que se repite demasiadas veces, como cuando eres pequeño, hasta que deja de tener forma, no tiene ni principio ni fin, hasta que vacía su contenido en el suelo duro y frío. Asesinato. Una palabra que sonaba divertida. *Asesinato asesinatoasesinato*. La niebla me envolvió, como si me hubiera adentrado en una cortina de humo, en una casa en llamas, al rescate. Encendí la radio

y grité mientras el *heavy metal* más iracundo retumbaba a mi alrededor, percusión como de algo que caía por las escaleras y guitarras chirriantes y palabras que no estaban destinadas a que nadie las comprendiera. Era la clase de música que uno ama si tiene dieciséis o diecisiete años: música de asesinato, no se equivoquen.

Y caminé como si a quien persiguieran fuera a mí. Crucé la plaza central del campus de Harvard, casi desierto al caer de la tarde, con sus arbolitos desnudos y quebradizos; los senderos de cemento que son tan idílicos en primavera, ahora entre marrones y grisáceos, empapados por la nieve derretida. Alumnos decididos pasaban junto a mí de camino al silencio de la biblioteca. Las luces se veían encendidas dentro; tenían que estarlo en aquella escena en la que estaba: yo afuera y toda la dicha allá adentro, encerrada, deliciosamente cálida. Por supuesto, por supuesto, como una escena de una maldita película. Todo permanecía profundamente silencioso, aunque si escuchaba atentamente, podía oír el rugido del tráfico detrás de mí en la avenida Mass. Sobre todo lo que oía era el sonido de las botas que pasaban chapoteando, una ardilla que atravesaba el sendero corriendo hacia la nieve endurecida. «Melancolía» es una palabra demasiado literaria. «Desconsuelo» es demasiado definitiva. Lo único que yo sentía eran nervios. Ardía de impaciencia y agotamiento y estupefacción, y no podía sacarme esa sensación de encima. Estaba como borracho, y tuve el impulso de hacer esas cosas locas que a veces te hacen sentir tan bien, como mear detrás de un árbol, bajar rodando las escaleras de la biblioteca, atacar el rostro más inocente que viera. Y veía muchos, esos chicos seguros, sin tormento, sin miedo a la sospecha, con sus bolsas verdes llenas de libros, las bufandas largas y de colores vivos. ¿Cuáles eran sus peores delitos, los peores delitos de esos chicos cómodos de Harvard, que estaban todavía a medio llegar? ¿Hacían trampa en los exámenes? ¿No les eran leales a sus amigos y les robaban la novia o el novio? ¿Vomitaban la comida para mantener la línea? ¿Masturbación desenfrenada? Cuando yo tenía esa edad… Creo que las primeras esculturas que hice eran todas sublimaciones de mujeres listas para hacerlo. No era a Rodin a quien yo copiaba, eran

todas Henry Moore puro, mujeres inmensas de muslos monstruosos con un orificio enorme en el centro. ¿Quién se iba a imaginar que uno podía aliviarse, metafóricamente hablando, en el patio de las esculturas del Museo de Arte Moderno? Probablemente eso era lo que se proponía Moore. *Natoasesinatoasesi*. Vi a un chico de la misma estatura que Jacob, de su misma complexión, pero la chaqueta no era la adecuada, era azul marino, con capucha, sencilla, y la que yo buscaba era de un negro siniestro, un poco pretenciosa, con rayas. Tal vez se ha deshecho de ella y se esconde tras una piel de cordero —aunque Julie Weisbach lo había reconocido por sus colores hacía unas pocas horas—. El chico de azul marino desapareció tras una esquina.

Caminé hasta que tuve los pies tan fríos que apenas podía mantenerme en pie. El tiempo era más agradable cuando llegué, pero la oscuridad empezaba a colarse ya entre los edificios, y el aire estaba húmedo y helado; el cielo se veía rosado: por la mañana nevaría. Frente a la Cooperativa, los inevitables panfletos que iban a parar a las manos de los que pasaban. Aunque ya no eran políticos, como antes. Cogí un vale de descuento para un nuevo restaurante vegetariano hindú llamado Baba's, y un anuncio de color salmón de un predicador que venía a la ciudad para reunirnos con nuestro verdadero yo. La entrada costaba doce dólares —¿valdría la pena gastarme eso para descubrir que soy Atila, el huno, o una monja carmelita? —. Los tiré a la basura y pensé: «Tal vez tendría que hacer imprimir mil imágenes de su cara antes de que lo haga la policía: ¿HA VISTO A ESTA PERSONA? No tendría que poner el motivo, sería sólo otro chico desaparecido, otro fugitivo. Podía clavarlo en los postes de la luz, como hace la gente con los animales desaparecidos. Responde al nombre de Jacob. Si lo ve, la llamada es a cobro revertido».

Estaba parado en la esquina, a punto de cruzar la calle, cuando oí una voz alegre que gritaba:

—¡Benjamín!

Sólo había una persona a la que le gustaba llamarme así, y no me equivocaba. Era Pearl Hedrick, que dirigía la galería de arte de la calle Newbury, donde había hecho una exposición hacía un par de años. Me dio el abrazo de rigor y los besos al aire mejilla con mejilla. Era esbelta como

una modelo, y tenía la boca roja como un clavel, el cabello oscuro y corto, bien tirante hacia atrás, como el de un oficial alemán de la Primera Guerra Mundial. Siempre me asombraba que pudiera tomarse tan en serio su arte, sobre todo con aquel aspecto tan despampanante que tenía. Supongo que era un prejuicio mío. En realidad ella se trataba a sí misma como a una obra más, moldeada y pintada con suma precisión.

—¡Cuánto tiempo, Ben! ¿Es que ya no sales nunca de tu paraíso? —Fingía estar herida por mi ausencia. Junto a ella había un muchacho más joven, seguramente su conquista del día. Lo único que podía hacer alguien así era enseñar en Harvard, quizá hasta estudiar, a juzgar por el jersey y la chaqueta de lana (¡la llevaba abierta! ¿Quién dice que los intelectuales no son machos?), y los penachos de pelo que le crecían sin trabas sobre las orejas.

—Ben Reiser, Marshall Biedenstein. Marshall —me dijo radiante, con una mueca graciosa que era lo más parecido a un guiño que puede permitirse alguien como Pearl— acaba de enterarse de que es el POETA MÁS JOVEN DE YALE de este año.

Él no se miró los pies, ni se agitó incómodo. Me miró fijamente, sin sonreír, a mí no, a ella, y la corrigió.

—Del año que viene, técnicamente hablando.

Lo felicité lo más calurosamente que pude. Yo conocía muy bien a un poeta que desgranaba cada gramo de su experiencia en líneas cuidadosas. Una vez un borracho lo empujó en el andén del metro y recuerdo que, después de lo agradecido que me había sentido porque al caer no hubiera tocado el riel que está electrificado ni se lo hubiera llevado por delante el convoy del metro, volvió con la misma paliza de siempre y yo pensé: «¡Señor!, ¿es que esto no se va a acabar nunca?». Y no se acabó. Hizo toda una serie. Ahora, mirando al joven poeta de rostro moreno, cuyos ojos parecían críticos y un poco demasiado cansados para su edad, a no ser que hubiera tenido una mierda de vida, me pregunté: Señor, ¿en qué nos convertiría a nosotros su pluma? ¿En qué efusión acerca de la imposibilidad de conocer al Otro, o acerca de la impredecibilidad de los destinos? ¿Cuántas clases de ambigüedad podría invocar en el nombre de Jacob y en el mío? Todas merecidas, creedme, pero en ese momento hubieran parecido

marginales, fuera de sitio, ridículas. Con razón Carolyn desprecia lo que hago con mi vida —la idea me golpeó veloz, como una aleta a ran de agua —. ¿Qué es más importante, Benny, una fiebre de cuarenta grados o una hermosa costura pegada? (¡Mira mamá, no tiene clavos!) O los descubrimientos que Pearl hacía siempre con gran entusiasmo, los lituanos e inuits que pintaban sobre vidrios rotos o hacían esculturas con huesos humanos. Una vez cedió la galería entera para que instalaran la maqueta de la consulta de un dentista, en yeso pintado. Pero bueno, quién soy yo para decir nada, yo también fui una vez la niña de sus ojos, y me sentí muy agradecido, yo y mi chatarra hipotecada. Tampoco se podía comparar a un Miguel Ángel con una fiebre de cuarenta grados… A Marshall Biedenstein le hubiera divertido saber la de ejércitos que se amontonaban gruñendo en su rostro y su pecho curtido.

Los miraba fijamente a los dos desde mi confusión, francamente sorprendido de que pudiéramos hablar un lenguaje común. Supongo que en realidad andaba sin rumbo, como si fuera la presa y no el cazador. Pero imagino que hablé de modo coherente (recuerdo que no le pregunté nada a ella), porque la mujer no me pasó la mano por delante de los ojos como si dudara de mi estado mental, ni me pareció tampoco que me mirara raro. Me hizo muchas preguntas normales y ansiosas acerca de mi familia. Cuando llegó a Jacob dije:

—Bueno, bueno —y después, como un loco, siguiendo un impulso—: ¿No le habrás visto, por casualidad? Hoy —como si no comprendiera que, de haberlo visto, ya lo habría mencionado. (Alguien me había contado que su foto había aparecido en el *Globe*: prófugo. Por lo visto ella no leía esas páginas.)

—¿Se os ha perdido? —Meneó la cabeza con gesto comprensivo—. ¿Por qué no vas a la tienda de discos? A esa edad es donde suelen juntarse todos los chicos.

—Bueno, si lo ves… —Pero mi voz se desvaneció. Si lo veía ¿qué?, como diría Carolyn. Si Pearl le decía «Eh, Jacob, me acabo de encontrar con tu padre en esa esquina», ¿qué haría él? Carolyn y yo no éramos los únicos sorprendidos ante las cosas que no tenían respuesta.

Rechacé su invitación de ir a algún sitio a calentarnos con un trago y celebrar la buena suerte de Marshall.

—No, de veras. Tengo que encontrarlo y volver a casa antes de que empiece a nevar —dije, y le di una palmada demasiado fuerte en el brazo, como habría hecho en un partido de tenis con un rival que acabara de derrotarme—. Marshall —dije con firmeza, como si fuera su tío o uno de esos amigos de la familia del graduado que sugirieron que su futuro estaba en los plásticos—, buena suerte. Espero que hagan una película con tu libro.

Marshall no sonrió. En alguna parte de mí mismo descubrí un pedacito de curiosidad cortés y le pregunté cómo se llamaba la obra.

—*Las delicias de la muerte* —me contestó, sonriendo al fin, mientras se volvía para irse.

Las delicias de la muerte. Bueno, era su criatura. Supongo que a él le sonaba bien. Yo hubiera querido decirle:

—Eh, cuidado con eso, con un nombre como ése tienes mucho poder en las manos.

Mi abuela hubiera sido más sencilla:

—Vaya, nunca lo hubiera dicho.

—Dale mis recuerdos a los de la pandilla —gritó Pearl y, girando la cabeza varonil, cruzó la calle con el brazo firmemente unido al de su amante, con una solidaridad que casi parecía desprecio.

Yo me quedé donde estaba, en medio de un enorme río de tránsito. Me sentía los dedos tan sudados bajo los guantes que me los arranqué de un tirón en medio del frío que cortaba como un cuchillo y descubrí que estaba temblando. ¡Ah, las delicias de la muerte! Éramos todos como críos que intentan experimentar con algo que no pueden —no deben— hacer. ¿Acaso la realidad no era ya lo suficientemente terrible sin nuestras reputaciones, cuidadosamente medidas y pesadas, con sus ángulos perfectos, sus salidas ingeniosas? Sí, mi amor, pensaba, una fiebre de cuarenta grados en ascenso es peor, cuenta mucho más, hace que la esfera se desvíe de su eje. Y la muerte no es ninguna delicia: no es un fruto ni una flor ni una metáfora de ninguna otra cosa del mundo.

Llamé a alguien que me pareció recordar que conocía a mi hijo, uno de los pocos graduados de la escuela superior de Hyland que había conseguido entrar en Harvard. Había quedado finalista en la Westinghouse Science Search con un buen experimento sobre la nutrición de… algo. No de las ratas. Bueno, algo parecido. Su compañero de cuarto contestó que Larry Tournier no estaba allí. Ni ninguna otra persona. Era ridículo pensar que él pudiera estar allí. Yo no conocía a ningún otro compañero suyo. Entré en un café; y bebí de una taza tan caliente que se me llenaron los ojos de lágrimas cuando incliné mi cabeza sobre ella. Me enfadé con la camarera porque me había cobrado dos tazas. Después de eso, no volvió a acercárseme. Apoyé la cabeza en la mesa de fórmica y traté de dormir. Seguro que parecía un borracho que había logrado echar mano a cincuenta centavos para un café y no tenía ni una moneda más, y, aunque estaba demasiado exhausto como para mantenerme despierto de un modo honorable, ni siquiera pude desmayarme. Oía el rumor y el arrastrar de pies de los hermosos niños despreciados, cómo discutían, flirteaban, charlaban sobre Kierkegaard o los celtas, o lo que sea que hacen cuando se sientan a comer. Si la camarera supiera, pensaba yo en tono melodramático, por qué estoy tan cansado y a quién he estado buscando y por qué —Martha Taverner empaquetando cucuruchos en Jacey’s se parecía un poco a esa chica, saludable y rubia, con una mezcla de picardía e inocencia muy acorde con su edad— saldría corriendo dos horas antes de terminar su turno. Para mí el peligro ya había desaparecido, si exceptuamos un par de formas de aniquilación: estaba seguro de que si salía me atropellaría un coche o me partiría la espalda al resbalar sobre el hielo. Eh, muchacho, me dije con la mejilla pegajosa apoyada contra el mantel de la mesa, ya puedes dedicarte a ser un héroe existencialista. Alístate para ir a Nicaragua o al Salvador, ¿qué puedes perder? Sin duda, Jacob sentiría lo mismo, fueran cuales fueran las consecuencias. Vínculos cortados, las obligaciones que quedarían colgadas, el criminal que está libre, el hombre libre es un criminal. Cuando no se tiene dónde apoyar la cabeza, todo da lo mismo al final.

Yo tenía donde apoyar la cabeza, por supuesto, sólo que estaba a hora y media de distancia. Pasé la noche en la zona de estacionamiento de un minimercado de Concord. Justo cuando salía de Cambridge en dirección norte, empezó a nevar, y entre los copos que caían como una niebla espesa y el aturdimiento del cansancio, después de ese momento de dramatización de mí mismo —el hombre libre es un criminal—, supe que no podía seguir conduciendo. Lo único que esperaba era que la policía no apareciera con sus linternas en plena noche y se pusieran a mirar por la ventanilla del coche. Me acurruqué en el asiento trasero y recé por no tener sueños. Cuando la luz llegó a mí por la mañana, el cielo y el suelo eran del mismo blanco resplandeciente. Me sentía como si estuviera atrapado dentro de una perla.

Al llegar a casa, Carolyn estaba al teléfono, atendiendo una consulta acerca de la dosis que había que dar a un bebé de cierto medicamento. Lo único que oí fue:

—No antes de los tres meses. No, *nunca*. Por favor, cuando digo nunca quiero decir absolutamente nunca.

Pero gesticulaba de una manera exagerada. Yo no lo entendía.

Finalmente, tomó el taco de notas y escribió en letras mayúsculas: LE HAN ENCONTRADO.

Judith entró corriendo cuando yo me estaba lavando la noche de la cara en el fregadero de la cocina.

—Papá, ¿le has visto? Está en Cambridge, donde tú has ido. Pero no entiendo lo de las postales.

La abracé con fuerza.

—Podrás preguntárselo tú misma. ¿Sabéis algo más? ¿Está bien?

Ella seguía agarrada a mi mano, jubilosa, como si aquello fuera el final y todo tuviera que ir bien a partir de entonces.

—Es tan complicado… Estaba en casa de alguien, no lo conocemos. Supongo que es alguien que conoció. Y tenía problemas, me parece, lo iban a arrestar, creo que se enfadó mucho con alguien y se lo robó todo, el estéreo, la ropa, y todo. Creo que tiene algo que ver con las drogas…

—Un momento, un momento. ¿Jacob robó todo eso?

—No, el otro —me miró, como si aquello fuera obvio—. Así que lo encontraron allí, a Jacob. Por casualidad. —Volvió a abrazarme—. No lo entiendo muy bien, pero mamá dice que tenemos que ir. Así que has de volver a coger el coche. Pobre papá. —Estaba dando saltitos, como cuando ella y Jacob eran pequeños y proponíamos ir a ver una película o a pasar el día en el parque de atracciones—. ¿No estás contento, papá?

No lo sabía. Pensaba que tal vez Jacob hubiera estado más seguro si hubiera huido. O tal vez no. Escondido con un drogadicto, un extraño con temperamento, con deseo de venganza. Supongo que eso no es precisamente lo que un hombre cuerdo llamaría libertad.

—Está nevando mucho, Judith.

—Pero tenemos que ir. No podemos quedarnos aquí esperando. Está en la cárcel, pero Wendell dice que podemos verlo si vamos ahora mismo.

Yo tenía miedo, y no del viaje. No quería que me viera asustado, así que seguí diciendo:

—A la vuelta el coche patinaba mucho, y está poniéndose peor.

—Papá —y su mirada de exasperación y superioridad era idéntica a la de Carolyn «Cuando digo nunca…»—, está en la cárcel y nos necesita. Pienso ir aunque sea andando.

Judith sabía que la gente del pueblo lo hacía antes. Lo leí en la historia del pueblo. En el siglo XIX, los estudiantes iban a la escuela cerca de Boston. Caminaban ciento treinta kilómetros hasta la escuela y ciento treinta de vuelta a sus casas, atravesando montañas, cruzando valles, y lo hacían todos los años, para la época de las vacaciones. Como si nada. De qué estarían hechas las plantas de sus pies, me preguntaba yo. Eran pies superiores, una fe superior. Tenían a Jacob. Yo veía todo el tiempo el resplandor blanco azulado de las luces de un patrullero, encendiéndose, apagándose, iluminando de manera intermitente su rostro, su cuerpo, todo él hasta sus pies, que están algo torcidos. Encendidas, peligro; apagadas, seguridad; descubierto, oculto; descubierto, oculto, parpadeando con urgencia, mostrándonoslo un momento y llevándoselo después. Me quedé de pie junto a la ventana y observé cómo el mundo se borraba, sucumbía minuto a minuto bajo el color de la nada.

OceanofPDF.com

CAROLYN

Iban a dejar a Judith en casa. La niña juró que nunca los perdonaría. De repente a Carolyn se le había ocurrido que no podían llevar a una niña, por muy cariñosa y responsable que fuera, a una confrontación en una cárcel. Eso era peor que una visita a la unidad de cuidados intensivos de un hospital, no sólo inapropiada, sino probablemente ilegal.

—Te llevaremos a casa de los Rapaport —dijo, improvisando sobre la marcha. Tenían muchos amigos en Boston y sus alrededores, pero la hija de los Rapaport tenía la edad de Judith—. Nos quedaremos allí, así que puedes venir con nosotros, y mientras vamos a ver a tu hermano, tú te quedas a jugar con Clarissa.

—Gracias —contestó Judith con frialdad—. Yo ya no juego con nadie, por si no lo has notado. —Estaba blanca de la rabia—. Y además, la gente normal está en la escuela.

A Carolyn no le gustó cómo sonaba ese «normal».

—Bueno, a lo mejor puedes ir con ella. ¿No te parece interesante ver otra escuela?

Judith contestó, pero Carolyn no escuchaba. Se había dado cuenta de que había muchas cosas que necesitaba decirle a Ben acerca de Jacob, y que por alguna razón no quería que su hija las oyera. Sentía la misma renuencia que la había impulsado a no admitir nunca en presencia de Judith que había abortado, poco después del nacimiento de ella, muy poco después. Cierta delicadeza le hacía temer que Judith generalizara: si tan fácil te deshiciste de un hijo, podía haber sido yo, ¿no? Era un escrúpulo ridículo, ella misma lo reconocía, sobre todo teniendo en cuenta que, aparte del arrepentimiento y la tristeza de rigor que sintió, no había vuelto a pensar en el aborto. Ella

también había generalizado, en realidad. Se había quedado un rato junto a la cuna de Judith la noche después del «hecho» y lloró por el montoncito de células que nunca se convertirían en un alma, con tanta intensidad como amor sentía por esa personita entera, compleja y *realizada* que dormía a la sombra de la lámpara de noche.

Pero le preocupaba mucho la distorsión con que las cosas se ven en la mente de los niños, las extrañas conexiones que establecen entre los acontecimientos, y que pueden hacer que se carguen con una culpa que no les corresponde o se conviertan en víctimas accidentales, impensadas. Lo veía entre sus pacientes; chicos traumatizados por una suerte podrida de la que nunca podían librar a su cabeza; chicos con tics y manías, chicos que tropiezan con objetos agudos y se caen con demasiada frecuencia y que creen que son malos.

Entonces se detuvo. Pues sí que les había servido tanta protección, pensó con amargura. A juzgar por los resultados, probablemente lo había hecho todo al revés. Pero eso era futil y exagerado, y autocompasivo. Fue a doblar algo de ropa.

—Saca algo de comida para *Arisca* —le gritó a Judith por encima del hombro—. Comida seca. Para un par de días.

—¿Dejamos la calefacción encendida para que no se hiele? —Judith todavía hablaba con la voz rígida, para castigarla—. La última vez se le congeló el agua en el bol.

—¿La calefacción? Vamos, Jude. Que los gatos no se congelan cuando están dentro, haga la temperatura que haga. —Y aunque se congelaran, pensó, basta de protección, basta de adivinar exactamente lo que necesita cada uno. Lo que se da no se corresponde con lo que se recibe. Si no sabe apañarse ella sola para estar abrigada, pues que se congele.

No parecía una cárcel. No estaba muy segura de lo que esperaba encontrar allí, y eso se debía en parte a que no le gustaba ver películas de policías en la tele y, si leía novelas de misterio era porque las tomaba como juegos, pero lamentaba la gratuidad del derramamiento de sangre que parecía necesitarse siempre para que empezaran. La realidad debiera haberse

reagrupado, haberse suavizado, haberse transformado en algo menos crudo. Nunca había entendido por qué la gente necesita armas de fuego y persecuciones y puños que destrozan mandíbulas para sentirse estimulada. Si se trataba de la materialización de un deseo o fantasía primitiva, eso significaba que allá afuera había más odio del que a ella le hubiera gustado admitir, un odio y una ira sujetos por una fuerza mayor. Si no, entonces quería decir simplemente que la mayoría de las vidas eran demasiado aburridas… eso también parecía plausible. Ella tenía misterios diarios que resolver, dilemas entre vida y muerte (aunque no tantos como la gente podría suponer); tal vez no era capaz de imaginar lo aburrida que puede resultar la rutina de la vida diaria.

La cárcel estaba bien arriba, como un ático aparte, en el edificio del juzgado. Con la excepción de un hombre que registraba los bolsos y del aparato electrónico que había ubicado a la entrada, como esos por los que te hacen pasar en los aeropuertos cuando vas a subir al avión, el lugar era considerablemente normal, podría haber pasado por un edificio de oficinas cualquiera. Universal Bathroom Tiles en la planta 3. Fármacos, Inc. en la 10. El tráfico de a pie era fluido (¿abogados, empleados?) y el alegre ir y venir de las conversaciones de los pasillos se desarrollaba en un típico inglés bostoniano de vocales apagadas. Si apretabas el botón del piso r 7, enseguida te delatabas: ya no eras un funcionario judicial. Pero incluso ahora, pensó Carolyn, seguramente parezco una abogada y no una madre. Dejando aparte la expresión de su rostro, la boca rígida casi hasta la distorsión, realmente semejaba la ayudante de un fiscal con una misión que cumplir.

Pero el que hablaba era Ben. Se le veía ceñudo y un poco enojado, como si, frente a una provocación, se hubiera sentido aliviado de poder culpar de todo a la policía. Recibieron desde detrás de un vidrio la atención indiferente de un empleado regordete con bigote y vestido con el azul policial, con una insignia en la manga. Detrás de él había mostradores y escritorios viejos, y un teléfono que sonaba sin cesar; únicamente dejaba de sonar cuando alguien estaba hablando por él.

Rellenaron, «sujetos a castigo en caso de perjurio» —la gramática no parecía muy correcta—, cuestionarios verdes que barajaban la posibilidad

de que tal vez tuvieran algo que esconder pero que lo confesarían allí a cambio de la visita. Sus nombres verdaderos. Sus delitos previos. Si estaban en libertad condicional de alguna otra institución correccional. A Carolyn la abrumaba esa visión forzosa de quién estaba fuera y quién dentro, y la relación que había entre ellos. Por Dios, en qué clase de jardín idílico vivía… Nombre del interno (el ver la palabra impresa allí, la hizo sentir como si ya lo hubieran condenado por algo). Parentesco. Pasaron los formularios sobre una bandejita, bajo la ventanilla.

Declararon que no llevaban armas. Era obvio que aquél era el momento de dejar de sentirse asombrados o humillados. De mala gana, Carolyn colgó el bolso en un armario. (Los pacientes odiaban entregar sus cosas. De su época de residente, Carolyn recordaba cómo lloraban y se resistían las mujeres cuando les decían que se quitaran las alianzas antes de entrar en el quirófano: no, en ese momento no, por favor, despojarlas de sus signos de identificación familiar justo cuando están por privarlas de todo lo demás, hasta del conocimiento. Sintió un zarpazo de ira cuando colgó el bolso de un gancho y vio que Ben se sacaba de los bolsillos todos los objetos ruidosos que llevaba. Tenían razón, era humillante. Y separada de aquella forma de sus puntales familiares, Carolyn sintió que estaba entregando unas defensas que ignoraba tener.)

Pasaron por una puerta roja, que hubiera resultado alegre de no ser por el letrero que repetía una vez más NO ESTÁ PERMITIDO LLEVAR ARMAS A PARTIR DE ESTE PUNTO. Era tan gruesa que parecía como si estuvieras entrando en una caja fuerte. Después ya estaban en la estancia larga y aséptica donde podrían ver a su interno, a través de un vidrio, lo suficientemente cerca de él como para distinguir los poros y cualquier pequeño detalle de sus pestañas. Junto a cada silla colgaban unos teléfonos marrones de aspecto normal, aunque no tenían dial, como los que se usan para la comunicación interna.

A los conejos los miras a través de unos barrotes, a los loros, los canarios, los cobayas. Pero no a tu propio hijo. El vidrio era increíblemente grueso. Vio huellas digitales allá donde la luz las iluminaba, tan turbias como el agua estancada. ¿Tendría que sentarse junto a otras visitas? ¿Compartir con los demás su conversación acerca de… bueno, de lo que

fuera? Eso era lo más que podrían conseguir el uno del otro. ¿Fianza, arrepentimiento, venganza, qué?

—No creo que nadie se quede aquí mucho tiempo, no es una verdadera cárcel —dijo Ben en voz baja, como si estuvieran rodeados de oídos—. Es sólo hasta que los llevan a juicio, así que supongo que no tendrá que quedarse mucho.

La mujer miró a su alrededor, desanimada. No era como las salas de espera de un hospital o sitios así, que se decoran teniendo especialmente en cuenta el ánimo de la gente. Presentaba un aspecto dejado, sencillo, práctico, y no había eufemismos visuales que pudieran ahuyentar la mala suerte, el juicio equivocado, un mal karma. El espíritu con que se había hecho aquello, pensó Carolyn, estaba evidentemente en la línea de: tú te has metido en esto, compañero, no tenemos ninguna obligación de tenerte contento. Y a tu familia tampoco. Si esto te hace sentirte triste o culpable, mejor.

Estuvieron sentados largo rato, en silencio. No había nada que decir. Carolyn se apoyó sobre el codo, la mano, sobre los ojos; la luz fluorescente, que zumbaba un poco, le estaba dando dolor de cabeza y, además, pensaba con enojo, tampoco había nada que ver. Por algún motivo, todavía no había ninguna otra visita en la sala. Era una pausa de tranquilidad. Cuanto más esperaban, más soñolienta se sentía, como si estuviera en un bote, meciéndose, sin sonido ni movimiento alguno. Un momento de misericordia, eso era aquel tiempo de suspensión. No había antes, no había después. No había ahora.

Finalmente, alguien se les unió. Una mujer menuda y muy joven, que llevaba rulos debajo de un pañuelo estampado con flores rojas y amarillas, había entrado en la sala y, habituada al parecer a aquella rutina, había tomado asiento unos compartimentos más allá. No parecía alterarla el lugar. Mascaba chicle estruendosamente. Teniendo en cuenta el lugar donde estaba, Carolyn hubiera jurado que era portuguesa o italiana. No les prestó atención. Después de unos minutos de espera, durante los cuales se arrancó con perseverancia el esmalte de las uñas de la mano izquierda y sopló los restos rosados al aire, un joven muy delgado y nervudo, vestido con una ropa gris muy holgada, salió del calabozo y se sentó frente a ella. La chica

empezó a hablar por el teléfono, sin preliminares, con el tono de alguien totalmente agotado por las discusiones. Dios, Dios, pensó Carolyn, así es alguien que ha venido aquí demasiadas veces, una hermana o una novia, alguien que está dando más de lo que está recibiendo. No oyeron la voz del joven, pero a través del vidrio observaron cómo aguantaba la arenga. Mostraba exactamente el aspecto que tendría en su casa: aburrido, hostil, en parte ansioso por librarse de ella pero nada dispuesto a dejarla alejarse de él.

Jacob tampoco llevaba su propia ropa. Ya fuera una cárcel de verdad o sólo un calabozo, allí repartían el uniforme gris institucional; y estaba pálido. Tenía el cabello aplastado, como si acabara de sacarse el sombrero. Carolyn trató de estudiar su rostro, pero le pareció escrupulosamente inexpresivo.

Hizo ademán de ponerse en pie, como Ben, pero los carceleros de Jacob habían dispuesto las cosas lo más desagradablemente que pudieron para impedir cualquier demostración indecorosa de afecto. Era una frontera cerrada. Miraban boquiabiertos a través de la distancia como acusadores y acusado. Tender la mano para tocarlo era imposible. Pero ahí estaba, vivo, entero, su hijo.

—Esos hijos de puta —murmuró Ben. Por lo menos les habían evitado el mal trago de saber si, de haber podido, Jacob se hubiera adelantado para caer en los brazos de sus padres. Estaba de pie, completamente inmóvil. Carolyn estudiaba su rostro en busca de alguna señal —terror reprimido, alivio, abatimiento—, pero lo que veía en él era una falta de expresión tan grande, que tuvo que contenerse para no arrojarse contra el cristal y sacudirlo. Era demasiado joven, pensó fugazmente, para tener un control tan absoluto de sí mismo. Se hacía difícil aceptar que aquél era el momento por el que tanto habían rezado.

Era Ben el que se desmoronaba. Lágrimas enormes y copiosas le bañaban las mejillas y parecía no poder dejar de tender la mano hacia la superficie muerta del vidrio; necesitaba tanto tocar a Jacob, que las manos se le retorcían por la energía que se acumulaba en ellas.

—Jacob —dijo con urgencia, y lo repitió una y otra vez, al aire. Nadie había tocado el teléfono.

Jacob los miraba de arriba abajo, como si estuviera tratando de decidir si realmente los quería reconocer como propios.

Finalmente Ben tomó el auricular, pero lo inhumano que resultaba hablarle a alguien que tenía ante sus propios ojos a través de aquel aparato, lo desorientaba tanto que no podía soportarlo.

—Tiende la mano y toca a alguien. —La frase se agitaba, luchando por abrirse paso en los labios de Carolyn. No se animaba a decirlo en voz alta, pero la crueldad de la broma le brotaba como un sudor. ¿Estaban tratando de volverlos locos o era algo que pasaba sólo por accidente?

—Jake, tenemos que hablar —dijo Ben en un susurro, como un conspirador—. Dinos algo.

Jacob estaba sentado en el borde de la silla de madera. No la acercó en señal de confianza como su padre, ni descolgó el receptor del gancho.

Carolyn buscaba algún gesto familiar en él y no encontraba ninguno. Era como si alguien hubiera hecho un trabajo extraordinario y hubiera creado una réplica perfecta de su hijo pero no hubiera conseguido crear el espíritu para animarlo. No lo reconocía.

Ben le hacía gestos para que se uniera a ellos. Ella se sentó, vacía. ¿Estás bien?, era lo único que quería saber, pero, como si estuvieran en una cabina telefónica, tendría que esperar su turno. ¿Se estaba burlando de ellos o es que no podía superar lo absurdo de la escena? Ben le hacía señas para que levantara el auricular, como si fuera posible que no hubiera notado que lo tenía a su lado. El guardia que estaba de pie junto a la pared del lado de Jacob le gritó o le dijo algo, porque él se volvió para mirarlo de soslayo. Asintió casi imperceptiblemente, con apenas un parpadeo, pero siguió sin tender la mano hacia el teléfono. No podían obligarlo. Para alguien que quería evitar entrar en una confrontación, aquello era demasiado bueno.

Así que se limitaron a mirarse. El silencio de Jacob parecía muy adecuado en aquel contexto, pensó Carolyn. Era como si estuvieran en una obra de Beckett: necesitaban unos cubos de basura para sentarse, o que los rodeara por completo la oscuridad. Sus voces estupefactas colgarían en el espacio y se agitarían como sábanas recién lavadas, sin sentido. Mientras

tanto, en el mundo real, ¿estaba bien? ¿Se estaba controlando o es que había sufrido un *shock* o algún daño?

—¿No podríamos preguntarles si nos dejarían acercarnos a él? —le preguntó a Ben, sintiéndose algo tonta—. Si les decimos que no quiere coger el teléfono…

Vencido y desesperado, Ben no hizo más que menear la cabeza. Jacob los observaba desde la distancia, abarcándolo todo. Sus ojos la siguieron cuando se dirigió al guardia que estaba en su lado y trató de explicarle la situación.

—Las visitas de contacto son otro día —le respondió el guardia, con su voz inexpresiva y maquinal—. Tienen que pasar dos semanas antes de que los internos…

Ella se aferró de una brizna que le pasó por la cabeza.

—Es sólo un crío. Tiene diecisiete años. Es el primer…

—Tiene que hablar con los que hay en la parte delantera del edificio, señora. Tal vez el alguacil se lo permita. También es un delincuente juvenil. —Se lo veía completamente desinteresado. Otras visitas habían empezado a congregarse en la pequeña y estrecha habitación y él estaba vigilando. Unos pocos, que probablemente venían regularmente, lo saludaron como a un viejo amigo.

A Carolyn le gustó la frase: ¡así que el alguacil era un delincuente juvenil! Le hizo señas a Ben para indicarle que salía para intentarlo. Ben estaba sentado en su silla, consumido por el agotamiento, y él y Jacob se miraban fijamente, como animales que esperan a que el otro eche a correr. Pero estaban conectados de alguna forma, pensó, mientras le hacía señas al empleado para que la dejara salir y así poder ir a buscar al alguacil-niño y conseguir un permiso para ver a su hijo. Con palabras o sin ellas, Ben y Jacob mantenían una especie de conversación, hostil pero llena de sentimiento.

Cuando volvió con el permiso —excepcionalmente, iban a verlo en una pequeña sala que había al lado, y sólo por deferencia a la edad del interno— se sentía triunfante. Cualquier mendrugo que le tiraran a uno en un sistema como ése era un milagro.

Así que tuvieron que salir y volver a entrar. Esta vez, para la «visita de contacto» —sonaba como un deporte, o un encuentro sexual, tal vez—, una mujer que no sonreía les pasó un detector de metales por el cuerpo, seria y cuidadosamente; les hizo volverse, como si estuviera buscando un dobladillo mal cosido o un bolsillo roto.

—Por Dios —murmuró Carolyn—, ¿de verdad piensan que íbamos a entrar aquí con un arma?

—Mmm…, ríase si quiere. —La mujer que no sonreía seguía pasándole el aparato por la parte de atrás de la falda—. Le sorprendería saber lo que la gente trata de meter aquí. No se lo creería.

Ni sonrió ni dio detalles tampoco. Dejó a Carolyn con la duda: ¿granadas?, ¿gatitos?, ¿gas tóxico?

Y fue peor. Había una mesa ancha en la sala, y Jacob se refugió lo más rápido que pudo del otro lado, lejos, y allí se sentó, como si estuviera protegiéndose tras una barricada. Como si fuera una capa en la que pudiera envolverse bien, a prueba de todo, en su distancia, protegido del contacto o los sentimientos o la humedad de las lágrimas calientes de sus padres, tomó asiento dejando medio metro de fórmica entre él y los suyos, y los miró a la cara con serenidad, expectante.

¿Estaba bajo los efectos de un *shock*? ¿Podía ser ésa alguna clase de reacción disociadora? Carolyn barajó todas las posibilidades que se le ocurrieron. La fría mirada con que los estudiaba era desalentadora. La mujer corría por delante de su hijo, adelantándose, buscando posibles explicaciones: una dosis suficiente de terror podía provocar una reacción así, el terror podía apoderarse de todas las emociones, ¿no? Aun sin el vidrio, parecía rodeado por un escudo transparente. Ella lo había visto en chicos autistas, era una forma de protegerse, un aura de iones negativos que rechazaban la curiosidad y mataban el sentimiento mediante el acto de no reconocerlo. O al menos lo intentaban. No era arrogancia, era incapacidad.

—Jacob… —Ben había reprimido el impulso de tomarlo de las manos y arrastrarlo por la fuerza a un abrazo. Se había sentado en su lado, con moderación, y se inclinaba hacia delante al hablar, pero su voz tenía el sonido mortal de los sermones paternalistas—. Estamos muy contentos de

que estés bien. —Ninguna respuesta. Carolyn no estaba sorprendida—. No sé si te das cuenta de lo preocupados que nos has tenido…

Todos estaban descorazonados. ¿Cómo podía ser que sonara tan poco sincero, si hablaba de algo tan palpable y urgente, de algo tan real? Tal vez las luces de esa prisión les estaban chupando la sangre, ¿o era tal vez la sospecha de que había desconocidos que les escuchaban?

Ben optó por otra táctica, la del humor de alta categoría.

—Oye, mira. Tu hermana nos pidió que te lo preguntáramos. ¿Cómo hiciste lo de las postales? ¿Estuviste en todos esos lugares? ¿Viniste aquí después de haber volado por todo el país?

Con eso consiguieron el bonito esbozo de una sonrisa, pareció divertido por el comentario y, como antes, distante. Pero no dijo nada. Carolyn pensó en el tono de las postales, esa camaradería adulta que no conocían en él, ese ventrilocuismo. Al parecer se lo había pensado mejor.

—¿No creerás que puedes seguir así para siempre? —Ben estaba empezando a enfadarse. Sabía que lo estaban provocando, pero saberlo y mantenerse tranquilo eran dos cosas distintas—. Si no quieres hablar con nosotros…

—No le dijimos nada a la policía —dijo Carolyn con serenidad, tratando de suavizar la situación. Ben le lanzó una mirada feroz. Probablemente pensaba que eso le tocaba decirlo a él; ella no podía reclamar aquello, dado lo abyecto de su comportamiento ante Fran—. Tu padre te ha… protegido. —Hubiera querido encontrar una forma de medir lo que pasaba dentro de él, como un sismógrafo interno, un detector de mentiras que les mostrara lo que le estaba costando realmente aquel silencio. ¿Era consciente de su presencia allí en alguna parte de su ser, a pesar de su mirada indiferente? ¿Tenía amnesia? ¿Le habían dado un golpe en la cabeza? Era absurdo, pero había que tenerlo presente también—. Mira, Jacob —empezó, intentando encontrar un tono diferente al de su marido—. Tal vez podrías empezar contándonos lo que te han dicho. ¿Por qué estás aquí? —Jacob la miró sin pestañear, y Carolyn se prometió no comenzar a decir tonterías, como cuando alguien no te sigue en una conversación como esperabas—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Él levantó la mirada hacia el techo, como si se dirigiera a alguna fuerza misteriosa en busca de alivio. Le era tan familiar aquel gesto que Carolyn suspiró con fuerza en señal de gratitud. Por lo menos el chico estaba respondiendo.

—Eh, Bartleby —se burló Ben—. Ya sabes, *Bartleby, el escribiente*, el libro de Melville. ¿No te lo han hecho leer nunca en la clase de inglés? Es un tipo que «prefería no hacerlo». Y no importaba lo que le pidieran, él siempre repetía lo mismo, «prefiero no hacerlo. Prefiero no hacerlo».

Con eso, pensó Carolyn, no vamos a llegar a ningún sitio. Estaba sorprendida, y tal vez también dolida, por el hecho de que Jacob no le hubiera lanzado también a su padre la misma mirada de exasperación.

Ben, que ni siquiera la había mirado, volvió a repetir lo obvio: quedándose callado no iba a conseguir salir de allí. Pobre chico, pensaba, aunque al mismo tiempo tenía ganas de tomarlo por los hombros y sacarle las palabras a sacudidas. Por supuesto que lo sabe, pero lo más probable es que eso lo hunda todavía más. Pánico. Una vez ella se había quedado muda por el terror ante la mesa de sus examinadores. Era muy joven, y el examen era para una beca en la universidad, pero de todos modos sabía lo que era eso: al llegar a cierto punto, es como querer estar enterrado muy, muy abajo —porque en realidad ya sientes que estás muerto— y poder llevar contigo tu vergüenza. Había sido uno de los momentos más aterradores de su vida, la conciencia confusa, como a través de un lienzo, o del alcohol o del dolor, de que eres tú mismo quien te estás haciendo eso. De que nadie más que tú es culpable. Era una respuesta animal, como la de los ciervos, que se quedan paralizados ante la luz de los faros, o el mapache que se queda aturdido junto al camino.

—Jacob —murmuró emocionada. ¿Cómo era posible que siguiera indiferente ante el dolor que había en la voz de su madre?

Le fuera fácil o difícil, Jacob se resistía. Bajó la mirada hacia la mesa, donde tenía apoyada una de las manos. Al verla así, aislada del resto de su persona, vulnerable, al descubierto, la recogió en el regazo. Luego volvió a levantar la mirada y los observó a los dos, sin interés, sin necesidad ni preocupación. Tiene la muerte en los ojos, pensó, cansada. Resistencia pasiva.

—¿Entiendes que tienes una audiencia mañana? —le preguntó con brusquedad—. ¿Te lo han dicho? —«Sueno como Ben, tal vez esto saldría mejor si no pareciéramos tan abyectos»—. Hay una orden de búsqueda y captura contra ti en New Hampshire. De arresto, por eso estás aquí. —Si las cosas hubieran ido de un modo normal, Jacob ya habría preguntado con voz sarcástica: «¿Pero no estoy arrestado ya?». En cambio, persistía en su silencio—. Lo único que van a hacer es detenerte si eres la persona que figura en la orden. Wendell dice que eso es todo.

—Y tal vez tengas que decir una o dos palabras. No creo que vayan a hablar contigo, pero a lo mejor te tienen que preguntar tu nombre o algo así. —Ése era Ben, con voz afligida—. Espero que con ellos estarás dispuesto a colaborar un poco más —rió con una risa breve y amarga—. Creo que te van a asignar un abogado. Tiene que ser alguien de aquí, del estado de Massachusetts. Supongo que lo hacen para complicar las cosas un poco más, no sé. Y cuando vuelvas a Hyland, te pondremos un abogado de verdad y te fijarán una fianza. —Miró con dureza al chico—. Una fianza. Para que podamos sacarte y llevarte a casa. Pero no mañana. No sé cuánto tiempo tardará esto, pero… —Había mucho más que decir, pero no parecía que Jacob estuviera escuchando. Era un juego duro, y por el momento era él quien ganaba.

Carolyn se puso en pie, esperaba que Ben la siguiera, sin tratar de contradecirla.

—Piensa un poco lo que quieres decirle a Wendell mañana. Vendrá a primera hora. Estará aquí para la audiencia. —Le echó una mirada práctica —. No le hagas perder el tiempo, Jacob. Está muy ocupado.

Eso le provocó un pequeño arrebato. ¿Se sentía ofendido porque parecía que se preocupaba más del tiempo de Wendell que de sus sentimientos? Pues muy bien. Algo es algo.

Ben también se había levantado. Le hizo a Jacob la señal de «te quiero» con los dedos. Él y los chicos conocían su propio idioma de signos. Disfrutaban haciéndose señas entre ellos, en un silencio irritante, mientras ella se retorcía.

—Podrías aprender si quisieras —bromeaban—. Estamos en un país libre. Nadie pretende dejarte fuera.

Ben esperó un segundo más para ver si así, cogido por sorpresa, Jacob le correspondía con algún gesto, algo que le demostrara que aún había algo que los unía.

El guardia ya había empezado a adelantarse en cuanto Carolyn apartó su silla, y Jacob, que al parecer no tenía la más mínima intención de comunicarle nada a su padre, te quiero o al menos algo evasivo, se levantó para esperarlo. Parecía como si estuviera impaciente por dejarlos, por volver a… Dios, ¿era una verdadera celda el lugar donde lo tenían? ¿Habría otros hombres allí también, muchachos de aspecto resentido como el de antes, el que no miraba a la cara de la chica, criminales, conductores borrachos, narcotraficantes? Fuera lo que fuera que había allá atrás, pensó Carolyn derrotada, tan desanimada que ni siquiera podía mirar a Ben, Jacob parecía preferirlo antes que enfrentarse a sus padres.

Ben la tomó de la mano cuando bajaban por la calle de delante de la cárcel. Hizo un ruido con los dientes, una especie de «*tsk*» aspirada, como si estuviera por escupir algo. Hacía eso cuando estaba perplejo. Era un sonido íntimo. Sus propios engranajes, moliendo.

Carolyn se detuvo en la esquina y se llevó la mano al pecho, como para recobrar el aliento. No estaba muy segura de que Ben pudiera entender lo avergonzada que se sentía en esos momentos de ser madre. Era un absurdo, una carga agobiante, la forma en que la intransigencia de Jacob los convertía en unos pesados. Se veía así misma como una mujer de caderas anchas, ridículamente vestida, abrumada por sus obligaciones, una madre clásica y descolocada cuyo hijo mira más allá de su peinado convencional, de lo irrelevante de sus esperanzas, más allá, en la distancia.

A lo largo de los años, había disfrutado en alguna ocasión de la diferencia entre su papel público y su calidad como persona que de algún modo aún estaba anclada en la juventud y la independencia, como si viajara ligera de equipaje.

Cuando cruzaba el gimnasio de camino hacia las gradas, desde donde iba a ver actuar a la banda de la escuela —Jacob estaba al fondo con el bombo—, o cuando lanzaba vítores en el desfile del día de la fiesta en

memoria de los soldados caídos en combate, viendo a su hija acercándose, una miniatura, haciéndose cada vez más grande, hasta que alcanzaba su tamaño completo, y después se alejaba, volviendo a achicarse hasta desaparecer calle abajo por la esquina; Judith, que miraba con disciplina al frente, sin dedicarles ninguna sonrisa a sus padres, con los dientes apretados por el esfuerzo de sostener su parte de la bandera de la ESCUELA ELEMENTAL DE HYLAND, amarilla sobre satén verde oscuro. Entonces, se sentía exaltada, hasta el punto de que a veces incluso se le ponían los pelos de punta, se sentía maravillada, medio orgullosa y medio incómoda por estar allí, por sentir que aquellos chicos le pertenecían, a través de los pasos extraños y vulnerables de sus propias infancias. ¿Era tan descabellado sentirse tan partida por la mitad, tan poco entera en la práctica de la maternidad? Piensas demasiado, le decía siempre su madre, hazlo y ya está (lo que fuera, lustrar la plata, vestirse para una fiesta, aprender a conducir), y para de una vez de decir «no es raro que esto o que lo otro». Cuando estudiaba en la escuela secundaria, su tutor de biología le dijo lo mismo: «Carolyn, no lo pienses más, mata a la maldita rana y termina de una vez. Ella no te culpa a ti, ni tú tienes por qué preguntarle lo que siente ahora». Y lo mismo su tutor de la universidad. Para cuando llegó a la facultad de medicina, ya lo tenía controlado, aunque eso no significaba que no pudiera pillarla por sorpresa alguna vez el ver dónde había ido a parar o lo que había hecho. ¡Encontrar billetes grandes en su bolsillo, y no las monedas que había ahorrado de su asignación! ¡Acostarse desnuda en una cama con ese hombre moreno que bajaba la cabeza hasta sus senos bien desarrollados rugiendo de placer! Ser capaz de mirar a un niño y decir «este chico es un caso claro de» basándose en la confluencia de tres síntomas distintos. «Lo que tenemos que hacer es…» y que saliera bien.

Y ahora, ¿quién era esa gente (ella formaba parte de aquella unidad torpe y distanciada que su hijo no se molestaba en reconocer) que coaccionaba a ese muchacho iracundo y silencioso para que hablara? Que trataba de coaccionarlo sin el menor éxito. Los vio reflejados en los ojos de él, unos padres —«¡Mamá! ¡Papá!», lo oía perfectamente—, y sintió ganas de sentarse en el borde de la cera y ponerse a llorar por el fracaso y la derrota.

Caminó con Ben hacia el coche sin pronunciar una sola palabra. Él era el que lloraba —esas cosas se le daban mucho mejor que a ella— y bañaban su rostro unas lágrimas tan grandes que tuvo miedo de que se abalanzara hacia la carretera, enceguecido. ¿Por qué no podían unirse en su dolor y hablar de ello?, se preguntaba. ¿Por qué caminaban solos uno al lado del otro?

Necesitaba una taza de café para calmarse. Dios sabe que no tenían ninguna prisa, pero no pararon el coche hasta que empezaron a reconocer edificios, flaco consuelo, como si en las inmediaciones de la cárcel se hubieran sentido como perdidos en un bosque. Ben encontró sitio para aparcar en la plaza Putnam. Los locales comerciales modernos seguían reemplazando tiendas y restaurantes con nuevas alternativas. La moda de ese año en cocina y vestido alcanzaba su momento de suerte, si no de fama exactamente. Cada vez que iban a Cambridge, descubrían que una vieja peluquería se había convertido en una tienda de antigüedades, o una ferretería había cedido ante una panadería de diseño. Se encaminaron hacia un sitio nuevo llamado Café Olé. Su tienda naval favorita (donde Carolyn recordaba haber encontrado una vez una cantimplora y un juego de señales luminosas para la excursión de *boy scout* de Jacob) se había convertido en una floristería prodigiosamente exuberante, un toque de verde tropical que parecía estar a punto de exudar su dulzura afuera, sobre la fría calle. Carolyn aceptaba el nuevo orden con tranquilidad. *Plus ça change*, pensó aminorando la marcha mientras se volvía hacia el escaparate lleno de flores en busca de un destello vivificante de suavidad y color. Estaba tan empañada que apenas se podían distinguir las formas del interior.

Si no hubiera hecho esa interrupción en la inexorable marcha, no hubiera visto CARTE BLANCHE, que estaba al lado. Era un lugar angosto y abarrotado, con la luz polvorienta de una vieja librería; no de estas nuevas que ofrecen libros de bolsillo a mitad de precio, sino de las de verdad, las que tienen el aire espeso por el polvo del papel viejo. En el escaparate colgaba el famoso y extraño grabado de los Baños Sutro, todos esos hombres en traje de baño de una pieza y de color pastel parados

conversando junto al borde de la piscina verde-azulada. En el escaparate, los libros abiertos mostraban dibujos al carbón y grabados antiguos y clásicos, y, dispuestas delante de los libros, como un gran abanico, o un juego de cartas desplegado, había docenas de postales. Carolyn se detuvo, atónita, y volvió a mirar. Ben seguía caminando, como si estuviera solo.

SAN VALENTÍN, VICTORIANAS,
CAPITALES DEL MUNDO, CIUDADES DE EE. UU.
MASCOTAS, CARAS FAMOSAS
TARJETAS EN BLANCO, MENSAJES EXÓTICOS
PARA COLECCIONISTAS,
PARA CORRESPONDENCIA
¿ESTÁS CANSADO DE VER SIEMPRE LAS MISMAS
DE BOGART Y LA MONROE?
¡¡¡TENEMOS DIECIOCHO MIL TARJETAS!!!
LA COLECCIÓN CRECE
DÍA A DÍA

Le gritó a Ben que se detuviera. Él se volvió molesto desde la entrada del Café Olé.

—¿Te parece un buen momento para mirar escaparates?

Carolyn corrió hacia él, y lo tomó por el brazo para arrastrarlo hasta allí.

—Eres tan predecible —le dijo a su marido sin sonreír, y se dio cuenta de que el corazón le latía como si estuviera tratando de liquidarla para siempre—. ¿Qué te parece una foto de Al Jonson, de Ginger Rogers? ¿O de Burns y Allen? ¿Y Clarence Darrow? ¿Buenos Aires? Benny —se obligó a respirar lenta, profundamente—, ¿qué te parece una de Santa Fe?

Cuando llamó a los Rapaport, estaba preparada para dar una explicación rudimentaria e invitarse ella misma a la gran casa de Cambridge de sus amigos el tiempo que fuera necesario. Hablar sobre Jacob sería el precio que tendrían que pagar para entrar, pero, pensaba, eso no era ningún consuelo.

Contestó la casera, y su inglés era tan malo que no hubiera tenido sentido dejar su nombre, y mucho menos un mensaje. Trató de conseguir el teléfono del trabajo de Sarah o de Michael sin éxito. Tal vez fuera su ansiedad, pero estaba furiosa con ellos por su caridad tan a la moda, esa compasión por los necesitados que acababa empujándolos a una serie de encuentros (cómicos muchas veces, si es que a uno le gustan esas cosas) con empleados problemáticos. Siempre se veían obligados a vigilar a sus sirvientes la primera vez que tenían que enfrentarse a la Maquinaria del Nuevo Mundo, los motores de muchos caballos que tenías en tu jardín, o a tratar de explicarles cómo funciona el microondas (sin mencionar las normas de la casa con respecto al cuidado de los niños) a mujeres que habían parido a sus bebés en hamacas multicolores que ellas mismas habían tejido, que cocinaban sobre fuegos hundidos en el suelo en las montañas del Ecuador. Casi habían sacrificado a Dickie a una de ellas cuando era muy pequeño: la mujer lo dejó solo en la bañera y corrió a responder al urgente zumbido de la secadora por temor a que explotara. Y el niño se había hundido durante un segundo alarmante. Buena gente, sí, y Dios sabe que desesperada, pero con una gran carencia en lo que se refiere a la asimilación cultural. Hoy Carolyn no tenía paciencia para tratar con la mujer tímida y aterrada que no sabía decirle cómo encontrar a los Rapaport en el trabajo, ni tenía tiempo para pararse a pensar, buscar departamento a departamento, Michael en Harvard, Sarah en Wellesley.

—Los esperaremos en la puerta —le dijo a Ben con amargura—. Vamos a ser los huérfanos de la noche, con equipaje y todo, y espero que no le hayan prometido el cuarto de huéspedes a otro.

Llegaron justo cuando Sarah levantaba la cabeza del maletero del coche, con los brazos cargados de bolsas de la compra.

—¿Estáis de paso? —les gritó con alegría.

Ben dejó el pequeño maletín junto a un montoncito de nieve congelada y fue a rescatarla de sus paquetes.

—Ojalá —dijo, y Sarah, aferrando una bolsa de papel del elegante negocio de comidas para *gourmets* como si él estuviera tratando de

robársela, lo miró y dijo con el aire de preocupación adecuado:

—Benny, ¿qué pasa?

—Te lo explicaremos dentro —musitó él—. Déjame ayudarte, por favor, Sarah.

—Ya no estoy acostumbrada a los caballeros —rió, y le entregó la bolsa. A pesar del frío, llevaba la cabeza descubierta. Sus cortos cabellos oscuros estaban apenas salpicados de un poco de gris, como si alguien le hubiera aplicado tinta blanca con una regla, pero aún parecía una niña juguetona—. Asoma la nariz, ya verás. ¿No es divino? —El olor a ajo surgía de las profundidades de la bolsa, tan fuerte como el whisky en un estómago vacío.

La siguieron a la sombra del atardecer hasta la casa vieja y grande, que contenía las voces de los niños, la televisión, el aroma de los platos más o menos conseguidos de «Azula, que es una cocinera maravillosa. Un poco corta, tal vez —Ben y Carolyn se miraron—. Pero hace unos guisos que son de ensueño».

—No lo dudo —dijo Carolyn sonriendo.

La visión de los tulipanes en el centro de la mesa, como un punto de quietud, inocente, púrpura, fresco, era un insulto al desorden de su vida y la de Ben. En realidad, toda la casa la enfurecía en ese momento, a pesar de que siempre le había encantado. Michael era un estudioso del Japón, un experto en la dinastía de algún siglo —¿el X, el XI?, nunca se acordaba—. Para él aquello era tan real como…, bueno, pensaba Carolyn, como la Segunda Guerra Mundial, un acontecimiento que se había perdido por unos pocos y desafortunados años. Como no había podido estar allí en persona, coleccionaba tantos objetos de la época como él y su esposa podían pagar, y los combinaba de una forma inquietante en su vieja casa de Cambridge, con sus pesadas cornisas de madera oscura y sus ventanas de alféizares profundos, largas y antiguas. Las paredes estaban decoradas con gongs de bronce y trípticos de trazos delicados que representaban brumas y montañas; pantallas de papel de color pastel recortaban los rincones, y un exquisito quimono de seda de color azul oscuro y jacinto estaba extendido, con los brazos abiertos y reluciendo como si estuviera mojado, en la pared del comedor. En esta ocasión, Carolyn lo miró con irritación. ¡Qué extraño

era colgar de esa manera una prenda de vestir vacía, extendida, como un Cristo invisible en una cruz invisible!

En el último momento, ante la perspectiva de pasar unos pocos días con una buena amiga pero que al fin y al cabo no era íntima, en esa situación en particular, Judith había pedido que la dejaran en casa de Celeste, en Hyland.

—Por lo menos —había dicho enojada, rechazando los besos que le ofrecían— a ella no tengo que explicarle nada.

Mientras se preparaba para contárselo a Sarah, que seguía sacando las compras de las bolsas, le pedía cosas a su hijo, contestaba a su hija, que la llamaba del colegio porque las prácticas de fútbol se estaban alargando, preparaba una ensalada, revolvía el misterioso guiso de Azula con expresión de perplejidad —«¿de dónde saca estos ingredientes?», le preguntó a la olla en voz alta—, comprendieron la renuencia de Judith.

—Tal vez sería mejor esperar a que llegue Michael, para no tener que repetirlo todo dos veces —empezó Ben.

Era una cocina muy ascética, de un blanco virginal, siempre limpia, los adornos milimetrados hasta el más mínimo detalle con un gusto exquisito. Allí tenían colgados, bien enmarcados, los mejores dibujos de sus hijos, con tal sensación de permanencia que parecían honrar el arte «de jardín de infancia» como algo absoluto. En ese lugar, pensó Carolyn, Ben parecía acalorado y sudoroso. Parecía un desesperado emocional. Parecía un judío entre británicos.

—¿No tendremos que repetir qué? —Sarah dejó de revolver—. ¿Estáis enfermos? ¿Habéis venido a haceros un análisis? ¿Qué? —Esta vez sus miradas se encontraron alarmadas. Por más distantes que pudieran sentirse, el mundo seguía arrojándolos el uno contra el otro, con fuerza.

—Jacob tiene problemas —empezó Ben, y Carolyn cerró los ojos para oír esa voz familiar y afable y no tener que contemplar la primera oleada de comprensión en el rostro de su amiga, o ver si daba un paso atrás, literal o figurado, antes de que la cortesía o la preocupación la empujaran hacia ellos para abrazarlos y murmurar una frase vacía de consuelo.

Era buena, sin embargo. Se compadecía sin sentimentalismos y preguntaba sin presionar. Sarah era una conversadora profesional. Era decana en Wellesley, trabajo que definía normalmente como «modelo de

comportamientos de tiempo completo». A Carolyn siempre la había dejado perpleja lo poco satisfactorio que debía de resultar ese trabajo, ella siempre hubiera pensado que un modelo de comportamientos debía de tener algo propio, aparte de brindar inspiración a los demás. (Ella, por ejemplo, había hablado ante suficientes grupos de jóvenes para saber que, entre las mujeres, era un modelo en la profesión.) Aunque al parecer aquello era un concepto pasado de moda.

Sarah, sin preguntar a nadie, les trajo un vaso de sidra a cada uno y al entregárselo los miró como diciendo: «Todo lo que penséis que necesitáis, estará plenamente justificado». Pero no se puso melodramática. La única vez que se echó atrás por la sorpresa fue cuando Carolyn le contó la excursión que habían hecho a la prisión para ver a Jacob.

—¡Ni una palabra, literalmente! —repetía indignada; obviamente, resulta más fácil imaginar la terquedad de un adolescente que un crimen sangriento. Quién podía culparla.

—Ni una palabra —y dejó su vaso de sidra sobre la mesa para llevarse la mano a los ojos llorosos. Sarah corrió a rodearla con sus brazos.

—Ya cambiará, no te preocupes. Tiene que hacerlo. Os va a necesitar con todo esto. Ya cambiará.

Carolyn pudo llorar contra su hombro de algodón suave, sorprendida y aliviada, como si después de una gran agitación inútil se hubiera soltado un tapón. Suponía que podía relajarse libremente, porque Sarah los había escuchado sin dar la sensación de estar demasiado apabullada. Cuanto más sorprendida y efusiva se mostraba la gente, más lejos estaba de comprender. Nadie que los mirara con la boca abierta, por más comprensivo que fuera, recordaba que ellos aún eran seres humanos. Tal vez era la distancia. Tal vez allí Sarah estaba lo bastante lejos de Hyland como para que la única comunidad que le preocupara fueran Ben y Carolyn. O tal vez fuera su profesión de oyente neutral, de hombro impermeable. De algún modo, como hubiera dicho Ben, ella tenía las cartas sobre la mesa.

Cuando Michael volvió a casa, lo vieron despojarse de su traje, su corbata, su camisa, sus zapatos, y enfundar sus dedos rosados y desnudos, que parecían camarones por debajo del pantalón, en unas zapatillas de lana. Era un ritual. Parecía oprimido antes de cambiarse y ponerse cómodo para

la noche. Entonces se sentó estupefacto, a la estela de las noticias de sus amigos.

Pero no por mucho tiempo. Michael estaba hecho para hacerse cargo de la gente y de las situaciones; las organizaba y las mejoraba; las salvaba de la locura de sus propios manejos y establecía conexiones. Negociaba.

—Tenemos que conseguirte un abogado mejor que la nulidad ésa que te han asignado.

—Nos han dicho que para esto no hace falta —protestó Ben—. No es su verdadero abogado, Mike. Esto de mañana es puro formalismo. Lo único que quieren saber es si él es Jacob Reiser, la persona que aparece en la orden judicial. Y si renuncia a una audiencia de extradición. Un notario podría hacerlo si le dejaran.

Michael lo miró con ojos astutos.

—Nunca creas lo que te dice un funcionario, un burócrata que cumple con un horario y te habla en un edificio público sobre nada que sea importante. Yo no me pondría en sus manos ni que tuviera sólo una multa, y mira lo que tienes tú. Ben, por favor.

En general, él siempre sabía mejor que nadie lo que había que hacer y, al llegar a cierto punto, la gente empezaba a confiarse a su buen juicio. El precio era que también tendían a sentirse un poco descuidados a la luz de la preocupación de él, un poco irracionales bajo el bálsamo calmante de su lógica. A Ben a veces le molestaba que le quitaran las cosas de las manos, pero viendo cómo se sentía ella misma, Carolyn comprendió que su marido estaba exhausto, mucho más allá del orgullo. Se sentía agradecido. Michael arrugó su hermosa frente —en realidad su rostro se estaba volviendo cada vez más atractivo, a medida que el tiempo se llevaba la belleza de sus facciones y la reemplazaba con una concentración perfecta, con interés— y pensó en lo que necesitaban.

Se fueron a dormir bastante temprano. La depresión, no había duda de que Sarah lo comprendía, era agotadora. Los siguió por la larga escalera de madera lustrada llevando una fuente de frutas, les proporcionó unas toallas

y, finalmente, les trajo el pequeño aparato de televisión que por norma general descansaba en el cuarto de Dickie, rodeado por el desorden.

—Estamos entre semana —dijo Sarah—. Seguro que no lo necesitará. —Lo puso sobre el tocador de roble pintado y lo enchufó—. Supongo que os irá bien alguna gallina que salta por un aro o una entrevista con Tiny Tim —y, en ese momento, probablemente porque se dio cuenta de que los estaba tratando como a niños sin voluntad, cedió—. Esto es lo último, lo prometo, ya no os molesto más. ¿Necesitáis un despertador? En realidad el jaleo que se arma aquí por las mañanas podría despertar a un muerto.

Gracias a Dios, pensó Carolyn, que no se había ruborizado al decir aquello. A otros sí les pasaba, como si tuvieran que sentirse responsables por todas las muertes.

—Tranquila, Sarah, estamos bien, de verdad.

Sarah se adelantó para darle un beso rápido en la mejilla. ¡Ah, la impotencia de los amigos! Era otra carga por la que tenía que sentirse culpable.

—Lamento haberte tirado esto encima —se disculpó—. Como si no tuvieras ya bastante con tus propios problemas.

—¡Ja! —Sarah le apartó el cabello de la frente con una caricia—. Bueno, supongo que como vosotros, ¿no? A mis hijos siempre les digo que la vida es lo que pasa cuando ya lo tienes todo planificado. Pero estamos todos en el mismo barco, ya lo sabéis. No hay por qué lamentarse por eso. Lo único que quisiera es poder seros de más ayuda.

Carolyn le hizo gesto de que se fuera.

—Por lo menos que no tenga que sentirme también culpable cuando mañana te quedes dormida en el trabajo.

Ben había encendido el televisor. Una tela diáfana barría los rostros de los bailarines en la MTV, un mar de olas de color pastel en remolinos, como nubes que arrastra un viento fuerte, al compás de la música. Parecía un espectáculo al aire libre montado por algún maestro, en el que docenas de desventurados y obedientes niños arrastraban por el escenario sábanas flameantes teñidas por sus madres.

Carolyn dejó caer la falda al suelo, se quitó el jersey y quedó de pie en medio de la habitación, en una especie de estupor. A veces se descubría en

un momento de olvido, como si lo que estaba sucediendo se hubiera borrado por completo, todo aquello que provocaba ese dolor que ahora parecía envolverlo todo.

La depresión, la sensación de que las cosas no eran como deberían ser, podía convertirse en un hábito. Y a veces se dejaba ir a un vacío piadoso, a una especie de sueño.

Cuando volvió a la realidad, vio a Ben mirándola fijamente, desnudo, desde su lado de la cama. No la había mirado así desde que comenzara todo. No habían hecho el amor ni una vez desde el día en que desapareció Jacob. Muchas noches había pensado que sería una bendición poder acostarse en el consuelo de los brazos del otro, como si en ello estuviera encerrada la esperanza de que la vida continuaba. Pero estaban secos como huesos resecados al sol, y algo asqueados ante la idea de la humedad, la oscuridad y el contacto placentero. Pantanos era lo que veía en aquellos días cuando pensaba en el sexo. Provocación. Peligro. Veía esa cabeza rubia profanada, aunque fuera indirectamente, por el sexo. Sin una palabra de testimonio, de eso estaba segura.

Tal vez era por eso que lo que veía ahora en los ojos de Ben era casi enojoso, algo más parecido a la lujuria que a la dulce invitación a la que estaba acostumbrada. La lujuria siempre encerraba algo de culpa, pensaba, la ligera sensación de que uno está atrapado sin remedio. Se volvió turbada.

Pero la MTV estaba apagada. Él estaba junto a ella y la forma en que la volvió hacia sí no auguraba ninguna dulzura. Las manos de su marido estaban por todas partes, sobre su cuerpo de mujer, y cada centímetro de éste estaba despierto, lleno de ansia. No dijo ni una palabra.

Ella no se resistió. Confusa, no muy segura de si aquello era una violación o si simplemente era que su marido sabía ver en su interior una necesidad tan íntima que ni ella misma era capaz de reconocerla, le permitió que le irritara la piel con sus ásperas manos de carpintero y que la acostara sobre el borde de la cama, donde la sujetó con desesperación contra las guirnaldas rosadas y verdes de las sábanas. No perdió el tiempo con ella, la penetró a la fuerza, con un aullido. Sonaba como un hombre al que han golpeado por detrás. Y lejos, muy lejos de sí misma, Carolyn no sentía más que el asombro por lo animal de sus dos personas. La de él. La de ella era

demasiado humana en ese momento, demasiado consciente, y cuando oyó las risas distantes y las voces entusiasmadas del televisor del otro lado de la pared, o tal vez era abajo —fuera donde fuera, daban testimonio de lo bien que viajaba el sonido por aquella casa vieja y bien construida—, cuando lo oyó, se sintió mortificada. El pequeño Dickie, acostado en su cama, privado de su aparato de televisión, preguntándose si alguien, si otra persona estaba siendo asesinada en la habitación de al lado. Los demás, sin atreverse a mirarse a los ojos, se verían obligados a escuchar.

Se movió con enfado para quitarse el cuerpo de Ben de encima. Le lanzó una mirada furiosa.

—¡Qué espectáculo!

—¿Qué? —El sudor cubría su cuerpo por completo. La cabeza y los hombros estaban empapados.

—Vaya, ahora sí que no pueden tener ninguna duda de que estás vivito y coleando.

Ben aspiró con fuerza, como si ella lo hubiera abofeteado.

—No sé por qué iban a pensar lo contrario. Y además, ¿qué mierda me importa lo que piensen?

—No sé, dímelo tú eso. Pero supongo que como Michael hace que todos se sientan como niños, has tenido que afirmarte un poco… vaya, lo que quiero decir es que esto no ha sido muy privado que digamos.

—Ay, Dios. —Le tomó la mano y la sostuvo y dejó caer la cabeza sobre su pecho velludo de hombre—. ¿Así que eso es lo que crees? —Cerró los ojos y empezó a balancearse ligeramente, como si estuviera rezando—. ¿Es que nada podrá volver a ser como antes, Carolyn? Sé que sonará un poco sentimental, pero estamos aquí, en esta casa normal… Y veo a esas dos personas, que pueden irse a la cama al final de un día corriente y gozar la una de la otra, hacer el amor como… amigos, no sé, o como se diga…, y luego darse la vuelta y dormir sin soñar con cabezas golpeadas, ni con la correa de una silla eléctrica y…, no te lo había contado, pero anoche vi las cenizas de Jacob sobre un altar. —Apartó la mirada, afectado por el recuerdo—. Era el *bimah* de la pequeña sinagoga donde mi padre me llevaba de pequeño, y todos estaban inclinados sobre esa toalla donde había… Sé que era Jacob, por la manera en que nos inclinábamos sobre su

bris. —Hablaba sin mirarla. Se retorcía los dedos con fuerza—. No todos tienen que irse a la cama con una cosa así. Así que los miré, miré a esas dos personas con tanta suerte y pensé: «Eso es lo que van a hacer esta noche cuando se acuesten, pensarán en nosotros, pobres necios que están en semejante lío, y se buscarán el uno al otro y celebrarán su buena suerte». Por eso te he buscado. Por eso. Lo siento.

Se acostó y le dio la espalda. Ella se quedó sentada con los brazos alrededor del cuerpo, porque estaba empezando a sentir frío. Seguramente habían bajado el termostato antes de irse a la cama. Tendió la mano y tocó la espalda de Ben, pero él todavía no se había enfriado. Bajo el campo de flores silvestres del cobertor, ardía como si estuviera delirando de fiebre.

OceanofPDF.com

JUDITH

Celeste estaba enamorada de Jacob y le dejó bien claro a Judith que «eso» que había pasado (si es que había pasado en realidad; ella tenía sus dudas) no podía hacerle cambiar de opinión. Si algo hacía, era convertirlo en un héroe ante sus ojos. Su mirada azul claro parecía perderse cuando hablaba de él, como cuando inventaba historias tontas en las que tropezaba con estrellas de rock en lugares insólitos y ellos la reconocían como la princesa de sus sueños, y luego se iban a una interminable luna de miel en una isla. Sus historias terminaban siempre con escenas lacrimógenas, cuando tenían que volver al mundo para seguir con su carrera: ella siempre les amenazaba, tenían que elegir entre ella y diez giras por ciudades importantes. Cuando los New Kids on the Block desafiaron a los The Cure por su amor, fue como una gloriosa pelea entre pandillas. Celeste, que estaba algo regordeta, tenía el pelo un tanto incoloro, suave y rizado como el de un bebé, el busto en camino de desarrollar una vida propia demasiado notoria, soñaba con esas historias como un adivino que mirara en una bola de cristal nebulosa de veintiséis pulgadas y a todo color.

Si quería seguir con esa estupidez del amor, pensaba Judith, allá ella. Pero cuando los padres de Celeste las dejaron en la cola del cine de Howe, fue incapaz de apreciar el comentario que les dirigió a unos chicos del colegio que esperaban unos metros más adelante.

—¡Eh!, ya conocéis a Judith, ¿no? Su hermano es Jacob Reiser.

Como Celeste era tan estúpidamente sincera, creía que con aquello le estaba halagando, dejándola bien ante los demás, como si Judith fuera una celebridad. Pero uno de los muchachos puso cara de descomponerse e hizo un gesto como si fuera a vomitar la cena, y otro chico grandullón y de

orejas coloradas que se llamaba Rex, después de mirarla groseramente de arriba abajo, comentó con voz inexpresiva:

—Mi padre dice que tendrían que haceros algo para lograr que ese loco se entregue.

A Judith le confundía cuando la gente hablaba con ese plural, no sabía muy bien a quién se referían, quién se suponía que tenía que hacer esto y lo otro, siempre parecían hablar de ellos, pero quiénes eran esos «ellos» lo ignoraba. ¿Y por qué se suponía que ese «loco» tenía que entregarse cuando le hicieran aquello?

Celeste parecía irritada, nada más.

—¡Rex! —golpeó el suelo con la zapatilla, como si estuviera flirteando.

Judith se puso detrás de ella y miró para otro lado. Su amiga pensaba que le estaba haciendo un favor al actuar con naturalidad (si es que a eso podía llamársele así). Después de la película tendría que hablar muy seriamente con ella.

No podía prestar atención a lo que había en la pantalla. Oía sólo el rechinar y el clamor de las voces excitadas, y de vez en cuando el estruendo de los coches que estallaban por los aires al chocar. En lugar de la película, lo que veía era a su hermano, muy pequeño, arrastrado con violencia y esposado, lo veía rodeado por multitudes que se burlaban de él como de un animal acorralado y lo aguijoneaban con palos. Trató de pensar en otra cosa, como hacía cuando iba al dentista, pero no se le ocurría nada. Veía a Brian, el chico que le gustaba, aunque él se negaba a mirarla. Pasando la ropa de los percheros de la tienda Open Trunk, una por una mientras iba mirando las etiquetas con los precios. Veía a Martha Taverner, que trabajaba al lado del Open Trunk, en Jacey’s, inclinada sobre los baldes de helado. Veía lo que todos pensaban: a Martha, en una cama, o en el asiento trasero del Dodge, sin ropa, y a Jacob, con el aspecto que tenía cuando la asustó hacía años, con su cuerpo desnudo, acercándose a Martha, chillando, con el gato en las manos. En las últimas semanas todo el mundo había estado imaginando a su hermano desnudo…, todos trabajaban a partir de la misma historia humillante. Probablemente los detalles fueran diferentes en cada uno, pero la idea era que los dos estaban haciendo lo que se suponía que no tenían que hacer, y que después se pelearon por algo. Luego vio a Martha

tirada en el suelo, con tierra sobre los ojos, a Martha que se transformaba en huesos, el vestido y los zapatos que se le disolvían, todo se le disolvía, y Jacob todavía estaba por allí, en alguna parte. Debajo del *Spirit of Saint Louis*, contra un poste en Santa Fe. Se negaba a imaginarlo llorando en brazos de su madre, indefenso, aterrado ante lo que había hecho. Tosió un par de veces para no gimotear delante de todos.

Celeste le estaba ofreciendo palomitas en ese momento.

—No, gracias —dijo—, gracias —se habría atragantado. Deseaba no tener cuerpo, ni darle de comer ni vestirlo o llevarlo al baño. Sabía que nunca podría permitir que la tocara ningún chico. No había monjas judías, pero tal vez pudiera fundar una… orden sagrada, se llamaba, ¿no? Podías hacer el bien a los demás, pero no tenías que casarte y, además, nadie podía acercársete. Eso sería lo más aproximado a no tener cuerpo. No le gustaba tener pechos, dolían todo el tiempo, y aunque todavía no eran lo bastante grandes para resultarle embarazosos y tal vez nunca lo fueran —era extraño no saber qué forma ibas a tener para siempre—, veía siempre los problemas que Celeste tenía para acostarse sobre los suyos y que no le molestaran.

Los chicos que conocía se sentaban con las piernas gordas como jamones bien abiertas, abarcando todo el espacio que podían. O si no, eran tontos flaquísimos que parecía que estaban en tercero. Los más grandes eructaban y sudaban como si disfrutaran pisoteando a los demás. ¿Por qué no, si nadie los desalentaba? Y no eran sólo los chicos de las granjas, los que trabajaban antes del colegio, los que iban a la clase oliendo mal. Eran todos los chicos, o casi. (Brian no.) La idea de que uno de ellos entrara en ella le resultaba demasiado espeluznante, asquerosa. Aunque eso no tenía nada que ver con su hermano, lo pensaba desde hacía mucho, desde bastante antes de que pasara aquello entre los dos. De todos modos, Jacob era hasta delicado en comparación con la mayoría de los chicos, parecía que tenía un cuerpo ligero y el rostro despejado frente a chicos como ese Rex, fortachón y flatulento. Su hermano no pensaba que tirarse pedos resultara especialmente divertido ni se enorgullecía de que fuera su especialidad exclusiva. Cuando estaba parado delante de ella, no le tapaba la luz.

Fueran cuales fueran las malas vibraciones que Judith estuvo mandándole a Rex durante el interminable caos de la película, él no las

recibió. Cuando ella y Celeste llegaron al final del pasillo, él estaba esperándolas con su pandilla.

—Eh, ¿queréis que os llevemos a casa en el coche? —preguntó con voz neutra, como si en el fondo le diera igual lo que le contestaran.

—Mis padres van a venir a buscarnos —contestó Celeste—. Han ido a comer y después pasarán a buscarnos.

Casi sonaba como si lo sintiera.

—Vamos a comer pizza. —Rex adoptó una expresión esperanzada que intranquilizó a Judith—. Diles que os llevaremos a casa enseguida. Sólo pararemos un momento en el centro para comer un poco de pizza.

Celeste le lanzó a Judith una mirada extasiada. Ésa era la razón por la que se había puesto sombra celeste en los párpados. Era como si estuviera diciéndote: «Los New Kids on the Block son pájaros volando, aquí hay chicos de verdad, en mano». O casi. Deseando estar en mano.

—Tenemos que hablarlo primero —propuso Celeste—. Esperaos un momento. —Empujó a Judith contra la pared, debajo del extintor, que estaba dentro de un vidrio—. ¿Quieres? —su pregunta era casi una afirmación, casi una orden.

—Celeste, son unos chicos vulgares. Ese Rex parece un… un jamón. —Hubiera preferido una palabra más desagradable y original, pero nunca se le ocurren a uno cuando las necesita. Parecía como si tuviera las manos pegadas a los brazos, a la parte más ancha, sin muñecas ni nada. Tenía el cuello arrugado como el de un viejo gordo. Seguramente tenía un neumático de repuesto, blanco y pecoso. Le recordaba la manteca de cerdo.

—Pero si están bien. ¿Qué te pasa? ¿Estás asustada?

Sí, un poco. Los viejos consejos afloraban a la superficie de su memoria. Que no subiera al coche de desconocidos ni andara con extraños, que no dejara que los chicos se le acercaran lo suficiente para poder tocarla. Bueno, se habían ido a Cambridge sin ella, así que no les debía de importar tanto. Y además, ¿quién decía que aquellos niñatos iban a querer tocarla?

—¿Asustada yo? ¿Por qué?

El extintor parecía estar tendido hacia ella, como si fuera un objeto en la vitrina de un museo. Lo miró fijamente. USAR SÓLO EN CASO DE

EMERGENCIA. Su padre podría utilizarlo, podría hacer algo con esa boquilla. La manguera enrollada recordaba a algo que está vivo.

—Lester, no me siento bien, preferiría que volviéramos a casa.

Celeste le sacudió el brazo.

—Jude, sólo vamos al centro para comer un poco de pizza. —Ya usaba las palabras de Rex como si fueran propias.

Judith recordó que era una invitada y que no estaba en posición de discutir. La siguió con desgana. Fuera, delante del cine, Celeste despidió a sus padres, que parecían pensar que era simpático que aquellos muchachos, de carne y hueso, no de los de los sueños, demostraran interés. Judith sospechaba que la madre de Celeste temía por su vida social. Siempre le estaba encima para que perdiera lo que tenía de regordeta y aprendiera a bailar y a interesarse por el maquillaje. A Carolyn, su madre, le daba un ataque cuando ella se maquillaba.

—Hay tiempo de sobra —le decía siempre, y con eso quería decir que había tiempo de sobra para muchas cosas.

Uno de los muchachos tenía coche. ¿Qué hacía un chico de dieciséis años con esas tontas de octavo curso? Judith se calló la pregunta. El aire en la parte de atrás del coche, donde se sentó malhumorada entre tres de ellos, aplastada entre sus chaquetas acolchadas, estaba cargado de sudor y de humo. El que conducía, que se llamaba Kenner o Canner o algo parecido, aceleró en cuanto vio que llegaban al semáforo y que la luz se iba a poner roja. Aceleró con tanta brusquedad que Judith creyó que le resonaban las entrañas. Celeste charlaba, pero nadie parecía escucharla. Seguían intermitentemente con su conversación estúpida. Así es como va a ser, pensó Judith cada vez más fastidiada. Todas las que conocía iban a reacomodar sus vidas para hacerles sitio a tipos detestables como ésos sólo porque llevaban pantalones. Su hermano le dijo una vez: «Bueno, supongo que no lo entenderás hasta que te guste alguien, pero que te guste de verdad. Entonces todo eso que te parece tan estúpido empezará a tener sentido. Ya verás». Él siempre tenía a alguna chica que le gustaba, de cerca o de lejos. Había tenido amoríos desde que Judith tenía memoria.

Tal vez ella era de las que aprenden despacio. O había algo mal. Sabía que a algunas chicas les gustan otras chicas de *esa manera*. Una vez

encontraron juntas en la ducha del gimnasio a Dana Parry y una extraña mutante que se hacía llamar C. Shar —no parecía ni chica ni chico—, y las expulsaron. Judith era incapaz de imaginar qué podían hacer juntas, no tenían el equipo adecuado, ¿no? Y había oído hablar de eso por la tele, por supuesto. Pero a ella no le gustaban las chicas de ese modo. Trató de imaginar a Celeste intentando besarla o cogiéndola de alguna manera más íntima de lo que exigía estrictamente la camaradería que las unía —les daba un montón de razones para abrazarse—, y le dio asco. Peor los chicos, que estaban hechos para toquetear y jactarse, le daban todavía más asco. Nadie le gustaba de ese modo, si eso la convertía en una persona anormal, estaba dispuesta a convivir con ello.

Paseaban más allá del lago Derby, despacio, tras una larga hilera de coches cautelosos. Si seguían patinando más tiempo por esas curvas, se iba a poner a vomitar. Pero entonces se desviaron por la carretera que subía por la colina, y que avanzaba lamiendo las distintas propiedades. Allá arriba vivía el Dinero Viejo, sobre todo en verano, y psiquiatras, que tenían que cobrar mucho dinero para poder pagarse los establos, y gente que tenía fábricas. Una vez, el editor de un periódico, que residía en una casa que se llamaba villa, había comprado una de las esculturas de su padre y la había puesto fuera, en su jardín. Cuando Ben fue a visitarlo alrededor de un año después, el hombre no dejó de disculparse porque estaba cubierta por una sólida capa de excrementos de pájaro.

Judith se incorporó en el asiento y miró hacia fuera con ansiedad. Rex fumaba con ostentación lo que persistía en llamar cigarrillo de marihuana.

—¿Quieres un poco? —Se lo puso debajo de la nariz; olía a heno incendiado. A veces su hermano también hacía eso. Una vez se roció toda la ropa con ambientador para sacarse el olor antes de que sus padres volvieran y acabó oliendo a lirios del campo.

—¡Ni se te ocurra! —Judith apartó la cabeza, más para evitar ese olor tan fuerte que para rechazarlo.

Se volvió con tal fuerza que oyó cómo el cuello le sonaba como si hubiera reventado una articulación. Estaban pasando a toda velocidad frente a casas enormes y oscuras, frente a canchas de tenis —Judith lo sabía, aunque no podía verlas—, frente a garajes triples, a pequeños estanques

artificiales de formas hermosas. La luna apenas asomaba por el horizonte, aparecía con aspereza, y no había apenas luz sobre los campos que se extendían interminables.

Tendría que estar quejándose; aquél no podía ser el camino a la pizzería del centro. Pero se sentía abrumada por la soledad, y hablar le costaba un gran esfuerzo. Sus padres se encontraban a horas de distancia. Su hermano todavía no estaba con ellos. Su hermano extraño, duro, delicado, parte de todos los días de su vida, su hermano, que tal vez había matado a alguien. Quizá quiso hacerle daño a esa chica, a alguien que le gustaba de verdad. Y tal vez tendría que morir por eso. Judith volvía sobre aquello una y otra vez, y siempre acababa con la imagen de Martha, o lo que recordaba de ella, y los pequeños puñados de tierra sobre sus párpados. Tal vez si se permitía imaginar eso con la suficiente frecuencia, se aburriría y dejaría de hacerlo. Todavía no estaba aburrida. Lo que más deseaba en el mundo era abrir la puerta y arrojarse a la nieve. Pero la puerta estaba del lado de Celeste, que se reía con una risa tonta y extraña. Había chupado unas caladas de ese estúpido cigarrillo de marihuana, si no no sonaría tan estúpida y descontrolada. Hablaba sobre si a Madonna le quedaba mejor el rubio o el castaño. Como si a alguien pudiera importarle.

Judith cerró los ojos y se sintió como un cuerpo que surca el espacio, una estrella fugaz, un cometa que va cada vez más rápido. Su cuerpo estaba muy lejos. No quería detenerse jamás. El coche patinó una vez. Podía sentir cómo las ruedas se trababan y el coche describía un gran círculo lento e inútil sobre el hielo mientras todos decían «¡Ooooooooooh!» como si estuvieran en un parque de atracciones.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —gritó Rex—. Da marcha atrás y frena de golpe.

El conductor le ignoró. Celeste suspiró. Hacía poco que había visto *Doctor Zhivago* en vídeo y en esos momentos era como estar volando por las estepas en un carruaje, sólo que más abrigados. (Si hubiera dicho eso en voz alta, Celeste habría saltado: «¡Omar Sharif, qué ojos!».) Siguieron aún un poco más y entonces notó que el coche giraba, esta vez voluntariamente, para tomar un sendero que continuó alrededor de un kilómetro y medio. Cuando se detuvieron con una sacudida, Judith abrió los ojos. Lo único que

vio fue el bulto de una gran casa oscura y deseó poder volver a cerrar los ojos y dormir.

—Baja —le dijo Rex con rudeza, y le empujó el brazo con la rodilla—. Eres tan tonta que estás metida en la mierda hasta el cuello y ni siquiera te das cuenta.

Nadie tenía las llaves de la casa, pero Canner se fue para la parte de atrás y, después de una larga espera en medio del frío y la humedad, con los dedos congelados, les abrió la puerta principal desde dentro.

—Entren en mi palacio —dijo con solemnidad, haciendo una reverencia —. El amo está en casa.

Los chicos y Celeste avanzaron respetuosamente por la planta baja de la casa; las botas y las zapatillas dejaban charcos de agua sucia en las alfombras. Judith permaneció inmóvil y decaída junto a la puerta, sin sentir siquiera curiosidad. Había visto casas hermosas, pero en esos momentos, los jarrones chinos y las vitrinas con patas que terminaban en pezuñas no le interesaban. ¿Qué estaban haciendo allí? Esos muchachos boquiabiertos que lo toqueteaban todo, ¿las toquetearían también a ella y a Celeste? Una parte de ella se sentía aterrada, horrorizada ante la idea, pero la mayor parte de sí misma, la más fuerte, estaba muy lejos, observándola, observándolos con mucha calma, a ellos y el cañón en miniatura con el que jugaban y que se pasaban unos a otros como si estuvieran tratando de decidir si iban a comprarlo o no.

—¿Tú vives aquí? —preguntó Celeste con los ojos muy abiertos.

—Sí —dijo Rex desde el otro lado de la habitación—. Vivimos aquí, y yo soy el rey de Inglaterra.

¿De quién era la casa? Judith no iba a preguntarlo. No iba a decir una sola palabra. Canner miraba un reloj de pared con los ojos maravillados, como un niño, como si el reloj fuera un escaparate.

—¿Cuándo es la hora, jo? —preguntó—. Quiero oír a su madre.

Caminaban con impaciencia por la habitación, tocándolo todo, porque nadie podía decirles que no lo hicieran. Finalmente Rex comentó:

—Bueno, ¿dónde os parece que guardan el puto teléfono?

Celeste se detuvo en seco. Sujetaba una enorme manzana de vidrio con las manos con demasiada ligereza.

—¿Para qué quieres el teléfono? ¿Vais a pedir algo al restaurante?

Eso les hizo reír a todos, pero Judith sabía que Celeste no bromeaba. Uno de los muchachos, uno que era tan rubio que parecía que no tenía pestañas —a Judith le hizo pensar en su cobaya blanco—, estaba tan callado que comprendió que tenía tan pocas ganas de participar en aquello como ella.

—¿Cómo vas a hacerlo? —le preguntó a Rex con ansiedad. Era evidente que era un subalterno. Una hermanita cobardona, pensaba Rex seguramente.

—Fácil —contestó Rex—. Con la cabeza, ¿eh? Llamamos y decimos que la hemos secuestrado. Y ya está. Les decimos que hagan correr la voz, por los noticiarios de televisión y todo eso, y que si se entrega, la devolveremos. Si no, se queda con nosotros. —Le echó a Judith una larga mirada—. Y quién sabe lo que podemos hacerle. —Tenía la chaqueta abierta sobre una camiseta azul polvorienta; y de lo que ponía, lo único que Judith alcanzaba a leer era «también tuyo». Rex se encogió de hombros. «Con la cabeza.»

—Y no queremos dinero, acordaros —agregó Canner ansioso—. Somos los vigilantes, nada más.

Era un chico alto y muy flaco, y llevaba el pelo muy corto, todo tieso para arriba, como las limaduras de un juego de imanes que tenía Judith. Podías coger un palito y organizar pilas de puntitos negros a su alrededor. Ella formaba cabezas de cabellos lacios que subían y bajaban. Sabía que hubiera tenido que sentirse asustada, pero le parecía como si estuviera mirando por el lado equivocado del telescopio. Todo era tan estúpido que estaba muy tranquila. Sentía una vasta superioridad, una condescendencia inmensa frente a esos estúpidos autosuficientes. Era evidente que pretendían ser delincuentes, pero no se estaban comportando de un modo muy inteligente. Y parecían estar inventando el guión sobre la marcha. Si no usaban la fuerza con ella, estaba segura de poder manejarlos. Se preguntaba si tendría que decirles que Jacob ya estaba bajo custodia o dejar que hicieran su llamada primero y se metieran en líos.

—¿Sabéis? —decía el chico muy rubio, mojándose los labios con nerviosismo. Judith se preguntaba si era oficialmente albino. Cuando

hablaba, toda la cara se le ponía muy roja, como carne triturada. Por el aspecto, casi parecía que tenía que doler—. ¿Sabéis…? El secuestro se castiga con la pena de muerte.

—Bueno, sí. Pero nosotros estamos cumpliendo con nuestro deber. Estamos ayudando a la policía con esto, ya que ellos no hacen nada, como siempre. No es exactamente un secuestro, ¿entiendes lo que quiero decir? Es por una causa. —Canner miraba fijamente al rubio, como si quisiera que estuviera de acuerdo con él por puro miedo.

—No sé —decía el otro. Un llorón. Ella estaba de su parte, claro, pero también veía lo fastidioso que podía llegar a ser—. Esto es…

Judith no podía creer que aquello fuera su voz.

—Podéis ahorraros la molestia, imbéciles. Mi hermano ya está en la cárcel, por si os interesa.

Hubiera querido decirles también que no estaban hechos para el mundo del crimen, pero decidió que pronto se darían cuenta por sí mismos.

—¿Cómo? ¿Y por qué no hemos oído nada? —Se volvieron todos hacia ella.

Rex se negaba a creerla. Canner dijo:

—Por qué íbamos a creerte. Lo que quieres es salir de aquí.

—Bueno —dijo Judith sonriente—, entonces llamad. No tengo nada que perder si se ríen de vosotros. Adelante. —Pasó la mano por el suave respaldo de una silla de brocado. Era fresca y sólida—. Meteos en líos. Por mí perfecto.

Lo único que quería era sentarse en algún sitio y sentir la nada que había descubierto cuando iban en el coche. Se preguntó, distante, si era esa clase de nada la que empujaba a la gente al suicidio. ¿Estaba tratando de hacer que la nada se volviera permanente? ¿Era eso todo?

Tal vez, pensó, llenarían la casa de basura, porque allí ya no tenían nada más que hacer. Era decepcionante. No parecía que fueran a hacer nada en realidad. No parecía que supieran de quién era la casa, pero fuera de quién fuera, ellos actuaban como invitados, sólo que Rex se metió el cañón en miniatura en el bolsillo y el rubio tiró sin querer un huevo —uno de esos costosos huevos de Pascua que se ponen para decorar, cruzados en todas

direcciones por tela y pintura dorada— del borde de una mesa y lo vio hacerse pedazos a sus pies.

Su pobre cara blanca como la muerte volvió a teñirse de un rojo palpitante, como el color de la comida que aparece en una servilleta de papel y va extendiéndose por toda la superficie. A Judith le despertaba el instinto protector, porque era incapaz de ocultar nada, y, con esos tipos odiosos que eran sus amigos, aquello era como andar desnudo.

Pero ya no le daban miedo. Se dirigió a Canner, que era el que tenía las llaves:

—Es mejor que nos llevéis a casa, ahora —le dijo plantándose ante él con decisión, rezando para no ruborizarse ni sonar como si estuviera suplicando—. U os vais a meter en un buen lío.

Canner ni siquiera discutió. Hizo un gesto con el brazo, y todos salieron.

Así que volvieron a casa, adustos y silenciosos. Judith sabía que no intentarían nada más con ella, les había hecho quedar patéticos. Celeste, que no había acabado de decidir si tenía que estar enfadada o asustada, le susurró a Judith lo desencantada que estaba por haberse perdido las famosas porciones de pizza. (¡Dios!, pensó Judith, ésta no tiene arreglo. Nunca conseguirá estar delgada.) Celeste les dio las gracias cuando se detuvieron para dejarlas al pie del sendero, con el motor en marcha, el pie de Canner retorciéndose sobre el acelerador. Judith no dijo nada. Se sentía ligeramente triunfante… las únicas palabras que había pronunciado eran las de la noticia de la captura de su hermano, su opinión acerca de lo estúpido de la aventurita y la orden de que las trajeran a casa. Se alejó del coche lo más rápido que pudo.

Se sentía perfectamente capaz de borrar de su mente a los gángsters fracasados, pero no podía pretender ignorar que aquello iba a constituir un obstáculo a su amistad con Celeste. Ésta quería ser una de esas chicas —le había oído decir esa frase a su madre y le gustaba— que se acostarían delante de un regimiento. Era una cosa extraña y terrible de pensar. Veía a Celeste de espaldas, en un campo polvoriento, pura carne, como un caracol sin la cáscara, con los muslos temblorosos y los pechos macizos y jóvenes bajo la luz despiadada, y a una multitud de muchachos vestidos de color caqui, todo un pelotón de reclutas jóvenes con el pelo corto, que marchaban

pasando por encima de ella, portando la bandera. Ni siquiera se detenían para hacerle daño.

La parte difícil, pensó Judith cuando ya estaban en la cama en silencio, fingiendo que callaban porque los demás dormían y no querían despertarlos, era que sabía que ni siquiera les contaría a sus padres lo que había pasado. O lo que no había pasado. O lo que podría haber pasado. Ya tenían bastantes problemas con lo que sí había pasado de verdad y, peor aun, con lo que iba a suceder. Y, además, se dijo, excepto en los primeros minutos, ni siquiera había estado asustada. Pero era extraño. (La almohada que tenía bajo su cabeza era tan blanda que sentía como si se estuviera hundiendo.) Para ella «crimen» había sido siempre una palabra de la televisión, o algo que una se encuentra en los juegos y las películas. Ahora había asesinos y detectives de voz áspera en lugar de las hadas que recordaba de los cuentos infantiles. Los vehículos que atravesaban volando el espacio habían quitado el sitio a las alfombras mágicas y a las brujas con sus escobas, ¡la tierra de la fantasía! Pero no era crimen de verdad todo aquello. Ahora era como si un acto espantoso llevara a otro, o lo provocara, aun cuando esa estúpida travesura no hubiera sido más que unos chicos que fingían ser lo que no eran. Había algo contagioso en el crimen, y Judith sabía que no terminaría hasta que su hermano hubiera sufrido algún daño. (O alguna otra persona si tenían suerte. Tocó la madera del costado de la cama. Siempre lo hacía cuando pedía un deseo, por si acaso. Nunca se sabe.) Pero alguien pagaría. Crimen por crimen.

A veces hubiera querido ser hija única, como Celeste.

Estaba completamente sola, y cuando todos volvieran a casa, lo trajeran o no, eso no importaba, se sentiría todavía más sola, lo sabía.

¿Por qué se mantenían todos tan atados a los otros, sin poder soltarse? ¿Por qué no se podía decir simplemente «Yo no sé nada de eso, a mí no me miréis»?

Jacob era un chico especial, un chico de alta calidad, sensible, guapo, complicado. Judith pensó en el desaliño de Rex y Canner, huidizos y poco saludables, y en ese cobaya rubio, y vio junto a ellos a un Jacob delgado, bien formado, de facciones hermosas, boca inteligente, al Jacob que ella

amaba. Tuvo que meterse los nudillos en la boca para no gritar, para no maldecirlo.

OceanofPDF.com

BEN

Los gatos, pensaba yo —había demasiado tiempo para pensar—, lo tienen mucho mejor: puro placer, pura angustia. Nada de reflexión, nada de arrepentimiento. *Arisca*, nuestra gata, era mi ídolo esos días. Cuando se restrega sobre el lomo, como los caballos, pero con mucha más gracia, como una ola que sube y se enrosca sobre sí misma, es el ser más vivo y más alegre del mundo. Cuando le hago algo desagradable, cuando le tiro para atrás la cabeza para meterle una pastilla entre sus dientes afilados o le saco un ala de pollo ilegal de la boca y le doy unas palmadas en el trasero por ladrona, no conserva ningún recuerdo, ningún rencor.

Con esto quiero decir que estaba empezando a tener serias dudas sobre mi papel en todo aquello, y no podía permitírmelo.

Carolyn me comentó que Jacob se había tomado muy mal lo de la graduación, cuando traté de hacerle comprender lo innecesario de que fuéramos tan indulgentes con él. Si hubiera sido un poco honesto consigo mismo, él también lo habría visto. Pero a Carolyn lo único que se le ocurrió decirme entonces es que me equivocaba con aquellas preocupaciones —limusinas, bebidas, coches, y todas esas historias que hacen que los chicos acaben lisiados, muertos o, en el mejor de los casos, empobrecidos—, que lo que tenía que haber hecho era enseñarle bien para que no hubiéramos tenido que llegar a eso.

—Tanto avasallarlo… La intención es buena, pero no sólo es un método ineficaz, sino también contraproducente. —Y más aún—: Tus arranques de rabia nunca han funcionado con Jacob, con algunos chicos sí funciona, pero

con Jacob no. Él lo que veía no eran tus motivos, y se callaba. Pero tú seguías, dale que te pego.

—Entonces, ¿por qué no aprendió de mí las cosas importantes? ¿Qué valor puede tener el dinero que se consigue así, o ese comportamiento peligroso e insensato? ¿Por qué no ha sentido el orgullo de querer ser él quien se pagase su ropa, la gasolina, los discos? ¿Por qué ha tenido que convertirme en un capitalista pesado y chillón?

—¿Convertirte?

—Convertirme, sí. ¿Qué padres son los que tienen hijos que puedan entender los valores familiares, después de todo?

Jacob había dicho que yo era peor que esos padres que llevan pantalones a cuadros, juegan al golf y van a las reuniones del Rotary Club. Y odiaba la forma en que eso se contradecía con las figuras que yo ponía en el jardín para asustar a los merodeadores, mi Patrulla de Chatarra, que resonaba como un montón de campanas para ahuyentar a los pájaros y los mapaches. Mis hombres de lata con sus ruidosas armaduras sacudiéndose al viento. Yo le preguntaba:

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Lo único que quiero es que seas tú mismo quien te pagues tus cosas. A mí nadie me pagó nada.

—Piénsalo —me decía él. Pasamos por aquello un par de docenas de veces a lo largo de los años, lívidos y furiosos, hasta que él dejaba de contestar y se quedaba inmóvil como una de mis estatuas y se desconectaba —. Piénsalo. No tienes nada de informal. Es sólo una pose. El abuelo reencarnado. Lo que pasa es que crees que estás liberado. Que eres autosuficiente. Pero por debajo de toda esa palabrería y esa pintura y tanto tienes que luchar para conseguir las cosas por ti mismo, eres un maldito patriarca.

Su insulto favorito. Siempre acababa con nuestras conversaciones.

¿Lo soy? ¿Lo era? Lo que yo quería era que aprendieran a ser independientes. Se supone que tienen que querer ser independientes. ¿Por qué tendría que hacer de mi hijo un lisiado cargándolo de privilegios? Incluso en las clases medias, los modestos privilegios que se otorgan a los chicos les chupan la voluntad y la sustancia… no quiero que mis hijos den

nada por sentado porque se lo hemos puesto todo demasiado fácil. Así que estábamos hablando de hipocresía.

—¿Y tú? —le preguntaba yo—. ¿Qué me dices de querer que otros te hagan las cosas, que te las paguen, pero querer llevar siempre el control? —Momento en el cual Carolyn señalaba desde el exterior del campo de juego que «todavía es un chico, Ben, ¿cómo no vamos a mantenerlo, si todavía está en la escuela secundaria?»—. Pero quiere los privilegios de un adulto —insistía yo, y tenía que sentirme siempre un petulante, aunque sabía que el hipócrita no era yo. Era muy embarazoso sentirse atrapado en las garras de un conflicto tan antiguo. Pero yo quería que fuera fuerte, que aprendiera a mantenerse por sí solo. ¿Es que eso me convierte en un reaccionario?

Le pregunté a Tony Berger si pensaba que yo era un reaccionario. Se rió y me dijo:

—Vamos, Ben, ya sabes que los verdaderos patriarcas no hacen pasteles.

Le dije que hablaba en serio. Yo me considero un padre responsable y cariñoso. Creía que les estaba brindando a mis hijos un estímulo, una estructura y un mínimo de normas para que no crecieran blandos de carácter.

—En esta generación los chicos son todos unos narcisistas. No quiero uno de esos niñatos ególatras que siempre se creen que son lo más importante.

—Ya lo sé. Yo tengo a muchos de ésos en mis clases —dijo Tony—. Incluso aquí arriba. Los grandes cerebros. Pero el problema contigo es que eres algo excesivo. Y a veces tu hijo no sabe de dónde viene tanta fuerza, se siente como si le estuviera soplando un fuerte viento por encima. Y tú lo sabes.

Yo no lo sabía. Sabía que a veces lo odiaban, pero no que me odiasen a mí.

—Yo te aprecio lo mismo, no eres peor que el resto de nosotros, que somos unos hijos de puta, pero…

«Pero» fue la última palabra que dijo.

Me fui a la cama. Estaba sin aliento, me sentía como si me hubiera caído. Como cuando era pequeño y me pasaba la mitad del tiempo

tropezando. Con otras cosas o conmigo mismo. Me quedé en la cama, bajo el cobertor azul añil, y a la luz mortecina de las tres de la madrugada, desfilaron por mi cabeza una escena tras otra, en la cocina. Estudié la cara de mi hijo, la forma en que se cerraba para mí, ensombrecida, oscurecida, encegada, malinterpretando todos mis propósitos. ¿O tal vez era que yo los había expresado mal? Siento como si mi última palabra para el mundo tuviera que ser como la de Tony, sólo confusión: «pero».

Cada vez que teníamos que hacer algo nuevo y desagradable, yo me decía: «Tuvieron que salir a buscar un ataúd. Tuvieron que decírselo a los padres de ella». Era un buen remedio para la autocompasión. Tuve que recurrir a eso, a todo el arsenal, cuando empezamos a preocuparnos por conseguir una fianza.

Jacob dispone de un fondo fiduciario modesto, de sus abuelos. Del lado de Carolyn, obviamente. Pero es muy difícil acceder a ese fondo, no es tan simple como ir al cajero de un banco y ya está. Teníamos una segunda hipoteca sobre la casa. Lo mismo. ¿Quién tiene cien mil, doscientos mil dólares tirados por ahí? ¿Y quién, aunque fuera tan afortunado como para tenerlos, puede disponer de ellos en efectivo?

¿Quién se ha preocupado por las finanzas alguna vez? Sé que los anuncios de los garantes brotan como hongos en las calles de los alrededores de los tribunales de justicia en todas las grandes ciudades, como los de los marmoleros cerca del cementerio. Es lógico… Pero ahí terminan mis conocimientos sobre el tema. Y sospecho que los de ustedes también. Aunque llamáramos a los padres de Carolyn, no iban a tener ese dinero en la casa, debajo del colchón. Llamarían a su corredor de bolsa y le pedirían que vendiera algo.

—¿Qué esperan de nosotros, Wendell? —le pregunté con enojo.

—¿Te refieres a la fianza?

—Me refiero a la fianza. —¡Señor!

—Es difícil decirlo —me había contestado él—. Dependiendo de la evidencia de que se disponga, la fiscalía podría alegar, y probablemente lo haga, que es un crimen punible con la pena de muerte, en cuyo caso,

tendríamos que despedirnos de la fianza. Los crímenes que se castigan con la pena capital incluyen asaltos, violaciones. Secuestros. El asesinato de un policía… —Creo que le estaba resultando muy difícil decirnos aquellas cosas, pero lo hizo, por mucho que las disfrazara lo mejor que pudo—. No me sorprendería que consideraran que el secuestro es una posibilidad clara en este caso. No me extrañaría nada.

Nada es real, me dije. Ni tampoco eterno.

—¿Y si por algún milagro no fuera un crimen punible con la pena de muerte? —empezó Carolyn—. Si fuera…, ¿cómo se llama lo otro? ¿La variedad pastoral? ¿Vainilla?

—No vayas tan deprisa, Carolyn. Antes de la fianza, está el tema de su estado legal. —Con lo cual quería decir: ¿optaremos por hacerlo juzgar como delincuente juvenil (cosa que era) o como adulto (cosa que, si nos equivocábamos en la elección, tal vez nunca llegaría a ser)?—. Pero las probabilidades son pocas, pocas —nos dijo Wendell en la fabulosa sala de los Rapaport—. En realidad, ninguna. No pueden ejecutarlo, de ningún modo. No a él.

La palabra fue como un agujero negro: nuestras vidas, ambas, todas ellas, se vieron arrastradas a su interior, desaparecieron ante su sonido. De algún modo, yo no esperaba que lo dijera. ¿Ejecutar? El buen gusto, o el interés por nuestros sentimientos, debieran haberle prohibido pronunciarla. Era como el peor diagnóstico que Carolyn podía hacer sobre las probabilidades de uno de sus pacientes, y yo sabía que sólo se lo daba a padres que, a su juicio, podían sobrellevarlo. ¿Por qué creía Wendell que podíamos aceptar con tanta tranquilidad la idea de la ejecución de nuestro hijo? No le importaba, por supuesto; teníamos que aceptarlo y ya está. Como finalmente hacían los padres de los niños que se morían. Me turbaba mi ingenuidad. No había pasado aún a cierta etapa en la que tendría que aceptar que los mecanismos de la justicia, del sistema, iban a seguir funcionando, independientemente de que Carolyn y yo lo comprendiéramos, o de que nos gustase fingir que éramos capaces de sobrellevarlo.

Fui el primero en recuperarme.

—¿Por qué dices que de ningún modo? —Yo, al menos, no tenía por qué repetir la palabra.

—En primer lugar, estamos en New Hampshire, Ben, esto no es uno de esos estados de lunáticos a los que les divierte bajar la palanca. O la inyección, en realidad. Ya han quitado lo de la silla eléctrica.

—Gracias —dijimos los dos. La diferencia resultaba reconfortante.

—Y está la clase social. Seamos sinceros —con lo cual quería decir, supongo, que era demasiado limpio, demasiado blanco, demasiado de clase media, demasiado…—. Todo lo que sois —continuó. Vaya cancioncita, pensé, sin ninguna gratitud. Como el roce de la primavera. ¿Qué clase de conclusión se podía sacar entonces de aquello? ¿Que en el último año no se había ejecutado a nadie cuyos padres tuvieran grandes mesas en sus cocinas, que comieran tomates secados al sol y pasta fresca con salsa de crema? ¿Que escucharan a Bach en un buen equipo? Yo siempre había entendido aquello, por supuesto; todos lo entendíamos.

—Eso es terrible, sabes —dijo Carolyn.

—Sí, claro, es terrible. —No tendría que peinarse así, con el pelo caído para abajo como si fuera un Beatle avejentado o un chico, con el síndrome de Down y con la frente demasiado ancha. Me hubiera gustado poder decírselo. Parecía triste—. Es realmente terrible para la gente que está del otro lado, y probablemente sería un buen argumento en contra de la pena de muerte, pero, para ser honestos, éste no es el momento de desperdiciar energías lamentándonos por ellos. Ya tenéis bastante en lo que pensar.

—Todo lo que somos, Car —le dije a mi mujer—. Ojalá pudiéramos embotellarlo y venderlo, todo eso. Compre los vinos adecuados y mantenga a sus hijos a salvo de las ejecuciones. Asegure usted a sus pequeños felones su futuro como presos con sentencias cortas. —Nos tomamos de las manos. Llevé sus nudillos a mis labios y los besé con los ojos cerrados.

Hola papá y mamá, ¿cómo están las cosas en Hilton Head? ¿Ya habéis tenido vuestro cuarto de hora de invierno? Esa tierra tan, tan hermosa. ¿Ha tirado alguien de la cadena últimamente? ¿Alguien ha dejado caer la envoltura de un caramelo en el césped y lo han metido en la cárcel por eso?

Es curioso que mencione la cárcel. Veamos, eso me recuerda… ¿Se acuerdan de su nieto Jacob? El mayor, exacto, mayor de lo que creen. Bueno, pues —digo—, ¿y si…?

¿Hasta qué punto lo quieren? Permítanme preguntarles eso antes que nada. O a nosotros, a Carolyn y a mí, ¿cuánto nos quieren?, a eso se reduce todo si dejamos sólo lo esencial. ¿Cuánto más espesa que el agua es la sangre? Y, con una generación de por medio, ¿creen que sigue siendo espesa? ¿Continúa intacta, de un color reconocible para ustedes?

Porque teníamos un buen muchacho…

—¡Por Dios! —me dijo ella—, no estás en condiciones de llamar a mis padres. ¡Ben, por el amor de Dios!

Me sacó el teléfono de las manos con suavidad. Estábamos en las silenciosas inmediaciones, indirectamente iluminadas, de la cocina de los Rapaport, donde colgaba el teléfono blanco, rodeado por un surtido alucinante de papelitos que a Azula no le servían para nada. Todos los papeles llevaban insignias departamentales, se podía elegir entre Wellesley y Harvard para anotar el mensaje. Michael y Sarah se hallaban en el trabajo. Azula estaba al cargo, a su manera; había quitado de la mesa los platos y las migajas del desayuno, había atiborrado el lavavajillas, ordenó los periódicos de la mañana detrás de los que la familia tomaba su café y su zumo de naranja.

—Éste no es momento para hacer vida social —había dicho Sarah como una disculpa. Sabía el alivio que todos sentirían.

Hasta el momento nos las habíamos arreglado para contarles muy poco a los padres de Carolyn. Eso había traído consigo una mentira de tal magnitud que Carolyn nunca se había permitido antes y, aunque en realidad tampoco es que antes se lo confiara todo… ¿cuándo había dejado de hacerlo?, me preguntó, como si yo pudiera saberlo. ¿A los doce? ¿A los dieciséis? Tendría que considerarlo muy seriamente y tratar de recordar. (Yo nunca les confié nada a mis padres, así que no podía servirle de ninguna ayuda.) Para ella había sido un esfuerzo sobrehumano el tener que controlar la voz durante aquellas tres semanas. Eran sus padres y no había necesidad

de que lo supieran; no quería asustarlos. Jacob se ha escapado, les había dicho. No sabemos dónde está, pero nos han llegado noticias suyas a través de unas postales. Sabemos que está bien… Ninguna mentira hasta aquí, ¿verdad? Sólo omisiones necesarias para la tranquilidad de todos.

Pero el hecho de que lo hubiera conseguido, de que hubiera sabido engañarlos… me daba perfecta cuenta de que aquello significaba una gran pérdida para ella. Entretanto, rezaba pidiendo que ningún diario de alcance nacional se apoderara del caso, o alguno de esos programas tan sensacionalistas sobre el Crimen de la Semana. Las probabilidades de que ellos leyeran las últimas páginas del *New York Times* eran remotas en aquellos días. (Los diarios de Boston andaban locos con el tema: SOSPECHOSO DE ASESINATO ATRAPADO EN UN CASO DE ALLANAMIENTO DE MORADA EN RELACIÓN CON LAS DROGAS EN CAMBRIDGE. Era verdad que admitían que Jacob no estaba implicado en lo de las drogas; era verdad que no era exactamente un carnicero que degollaba chicas. Pero los que redactan los titulares no escriben precisamente para tranquilizar a los abuelos.) Decíamos: «Bueno, tantos muchachos se escapan en busca de nuevos territorios. Ya se sabe. Tantos vuelven a casa». Al protegerlos a ellos, sentíamos que estábamos protegiendo a nuestros hijos. Nos parecía que en esos días Bea e Ira se pasaban el tiempo jugando al bridge o cuidando de sus plantas. Haciendo algún curso sobre bulbos y tubérculos, o uno sobre las nuevas variedades de la experiencia religiosa, dirigido por un presbiteriano que tocaba la guitarra. Yo lo llamaba su otra vida, blanca, anglosajona y protestante.

El tema era mucho más sencillo para mí porque mi madre, que estaba en el hogar hebreo para ancianos, no había dado muestras de entender una oración humana, simple o compleja, desde hacía años. Para mí se había convertido —finalmente había conseguido matar el dolor y aprender a sobrellevarlo— en un fenómeno geológico cuyo estado de aturdimiento me recordaba más un afloramiento natural o una extrusión calcificada, tal vez un percebe, que a la mujer a la que había querido a pesar de todos los rencores y recelos. Era un conjunto de recuerdos que yo atesoraba, pero la mujer a la que visitaba, una pobre cosa sin pelo, ni dientes, ni palabras, no tenía nada que ver con ellos. Hubiera deseado poder ir a la tumba de mi

padre y hablarle allí, pedirle consejo, consejo emocional solamente, para poder hacer uso del respeto y la comprensión que había despertado en mí en sus últimos años de vida. Pero eso era un lujo: antes de que pudiera comulgar con los responsos finales —la frase no dejaba de dolerme— tenía que conseguir la fianza, rápido, por una cantidad imposible.

Hay toda clase de arreglos impenetrables en lo que a las fianzas se refiere y que me dejan descompuesto cuando trato de comprenderlos. Carolyn se ocupa de la cuestión de los impuestos. El diez por ciento de cien mil dólares (no es que los tuviéramos). Pensé en el futuro y me amilané. Uno no recurre a esos tipos de la calle a menos que esté desesperado, eso lo sabía. Y si acudes a ellos sin estarlo, te arrastrarán a la desesperación que te falta. Tienes que darles diez o veinte mil sólo por el préstamo. Y puedes empezar a preocuparte también por si tu hijo se fractura una pierna si vuelve a pisar Santa Fe o Saint Louis. Parecía un mal negocio.

—Yo lo haré, Ben. Déjamelo a mí. Yo hablaré con ellos.

Hoy estaba pálida y amarilla, de la cabeza a los pies, como si estuviera en estado de semidesaparición, borrándose poco a poco.

No discutí. Entré en el comedor, desde donde podía oír a medias su mitad de la conversación en la sala silenciosa. Me senté. El quimono vacío colgaba de la pared, chato como una piel abandonada. Hasta mí llegaban frases al azar: «Podría ser una persona… la evidencia… y el abogado… no hay motivo para… muy bien». Tenía la voz horriblemente firme, irreconocible y controlada. Estaba resistiendo por todos nosotros. Jacob hubiera estado orgulloso.

Ella es la hija buena, eso es lo que pasa. Tiene una hermana menor, Nina, que les hizo pasar tantas que Carolyn, que ya de por sí no tiene inclinación a resultar problemática, había quedado como la que nunca hace nada malo irrevocablemente, y se esperaba que siguiera mereciendo esa imagen. Y estaba renunciando al título. Un hijo, me di cuenta hace ya mucho, tiene que hacer sufrir, y el otro se porta bien, consuela, suaviza las cosas, jamás ofende. Economía del hogar, los hermanos Grimm lo sabían. (Así que estábamos a punto de endilgarle eso a Judith. Probablemente ése hubiera sido su destino de cualquier modo, si es que eso puede servir de consuelo.)

Para complicar más las cosas, ellos no eran sus padres en realidad, y me refiero sólo al aspecto biológico. En este caso, el agua se había convertido en sangre, a través de una alquimia que ellos trabajaron mucho. Les fue dada la gracia de ella cuando tenía una semana y media y ellos habían renunciado a la esperanza de tener uno propio. Y poco más de un año después, con el acompañamiento de las risas de los dioses, Bea se quedó embarazada de Nina. (Dicen que, estadísticamente hablando, eso no es tan común como podría parecer. ¿Tal vez no será más que una asombrosa coincidencia que cada vez que uno se entera de algo así parece que vale por dos?)

De algún modo, me parece que nunca estuvieron a la defensiva con la cuestión de la adopción, así que Carolyn, durante la etapa en que divagaba soñando con sus padres «verdaderos» (y por lo tanto superiores) nunca tuvo que sentirse culpable ni esconder cosas. Y la curiosidad pasó —había sido una adopción privada; el médico, un amigo de Bea e Ira, se hizo cargo y la informó de que sus padres eran jóvenes y sanos, él un estudiante de farmacia y ella una enfermera: ¡qué maravilla!, pensó encantada cuando se decidió a ser médico; seguir con el patrón familiar, tal vez hasta era cosa de genes.

Pero sus padres eran suficiente para ella. Al final, la calidad de su afecto, diario y suficiente, parecieron satisfacerla más que a Nina, que, estoy convencido de eso, nunca perdonó a la intrusa —una intrusa sin vínculos de sangre siquiera— el haber llegado primero. ¿Llegado adónde? ¿A conquistar a sus padres y su cariño? Era evidente que amaban a Nina por lo menos tanto como a Carolyn. Si la bondad y el amor son un misterio, juro que la ira implacable, el negarse a ser feliz, también lo son.

Nina es una mujer maravillosa, dicho sea de paso, desde ciertos puntos de vista: es la favorita de los chicos por todas las razones por las que es difícil para nosotros llevarnos bien con ella. Es impredecible (poco fiable), dadivosa (descuidada), les manda regalos descabellados desde cualquier lugar donde aterrice en su búsqueda de la «autenticidad» —tienen un conjunto de cabezas reducidas, un juego de dominó de madreperla, un laúd dorado—, ninguno de los cuales se puede permitir económicamente, aunque no tiene el menor escrúpulo en pedirles el dinero a sus padres. Nunca les

muestra su enojo a los niños, su sensación de que en el fondo la han estafado y de que el mundo le debe una reparación. Pero a Carolyn la castiga con su silencio y sus acusaciones. Yo le digo que es una haragana, que no ha trabajado tan duro como Carolyn ni un solo día de su vida —ya se pueden imaginar lo que me aprecia—, y ella me responde que tengo prejuicios. Claro que los tengo, es a Carolyn a quien quiero. Me hace sentir como un jugador de bridge republicano, todo condenas santurronas y metas rígidas. (Pues tendría que conocer a mi hermano Stuie. En realidad es un tipo bondadoso, generoso, maravilloso por su perseverancia y su laboriosidad. Es contable, y ha conseguido el suficiente éxito como para tener una casa con techo abovedado y una piscina. Una «junior», me dijo una vez en una tentativa por no darle envidia a su hermano mayor, al menos eso pensé, y me pareció conmovedor. Su manera de ser no se parece en nada a la mía, pero nos las arreglamos para reconocer los límites y mantenernos apartados de las zonas peligrosas. Además, vive en San José, lo bastante lejos como para que no importe mucho la música que escucha o la clase de casa donde yo vivo. En general, lo único en lo que tenemos que ponernos de acuerdo es con lo de mi madre; no queda mucho en lo que tengamos que ponernos de acuerdo. No le conté lo de Jacob porque no hablamos más que cuatro o cinco veces al año, y sería raro que lo llamara para informarle. Raro, sí. Le importaría y, sin embargo, anunciarle algo así inesperadamente, a través de la inconmensurable distancia que nos separa sería casi, no sé, casi una forma de jactancia, algo así como decirle: «Mira en lo que ando metido ahora, hermanito corriente. Delitos y fechorías de alto nivel. Nada de junior, como tu piscina».)

Yo amaba a los padres de Carolyn porque eran estables e inamovibles. Mi madre era terriblemente supersticiosa: todo lo que hacía y creía estaba teñido por el inconfundible aroma a madre patria: llamaba yanquis a mis suegros. Eso les divertía mucho porque, después de todo, sólo eran una generación más americanos que ella. Todo el saber de mi padre giraba en torno a lo arduo que resulta ser judío e inmigrante, la dificultad de mantenerse en una posición dictada por la fe. Había recibido instrucción religiosa en Kiev, pero aquí se dedicaba a los trajes, era un sastre de ojo preciso y cuchilla afilada que sólo revivía los *sabbath*. En cambio, Ira

Miller, el padre de Carolyn (su papá, mientras que Herschl Reiser era un padre), era importador de colonias y perfumes, más próspero de lo que se debería ser con esas cosas si es que el mérito cuenta algo. Donaba una parte importante de su fortuna a instituciones de caridad, pero aunque desdeñaba la ostentación, también les había dado a sus hijas bonitos vestidos y una educación cara.

Y Bea. Tenía el cabello color champagne cuando la conocí, y se ha conservado exactamente igual. Ni un solo rizo ha llevado aplastado en estos años. Está mucho más triste que años atrás, con todas esas calamidades que Nina les ha traído —el abuso de sustancias de cuya existencia no tenían ni noticia sus padres—, pero sigue siendo generosa con nosotros, y es perfecta con los chicos. Es posible que sonría en exceso, como la esposa del presidente, y que intente esconder sus malos momentos sin convicción, pero eso siempre me ha parecido más un acto de valentía que otra cosa. Lo único malo que tenían, habíamos decidido, era que se hubieran retirado agradecidos a ese escenario instalado junto al mar, donde sin duda eran muy felices: habían comprado la ilusión de un paisaje perfecto, donde todo es riqueza, blancura, adicción al golf. No tiene nada que ver con la política, decía Ira. El derecho a que estemos seguros y cómodos no nos incumbe más que a nosotros. Ah, bueno. Carolyn me dijo que no tenía por qué adoptar esos aires de superioridad, a los padres felices no se les miran los dientes. Y por cierto que tiene razón.

Pero ahora, mientras me apretaba los ojos con las manos, unos ojos tan agotados como si hubiera estado conduciendo a campo a través con poca luz, me encontraba preguntándome: ¿a quién van a culpar ahora por esta sorpresita? ¿A mí, el descarriado, el hijo del inmigrante, el de la barba hirsuta, que les había robado a su rubia hija? ¿O a algún tipo de gen díscolo de la historia de Carolyn que nadie tenía que justificar ni podía? ¿Me atacarían a mí y admitirían todas las sospechas que habían mantenido a raya durante aquellos años, a mí, el no lucrativo, el combativo de acento neoyorquino e ideas políticas izquierdistas que parecía disfrutar haciendo que se retorcieran con cada una de las decisiones que tomaban? ¿Dejarían a su niña dorada, a su brujita buena del este, libre de toda responsabilidad?

Por favor, basta, pensé. Basta, basta. ¿Por qué me las arreglo siempre para estar en el centro de todo? Ella estaba hablando con sus padres, que eran adorables si se los trataba bien, indulgentes cuando se les ofendía. ¿Por qué diablos tenía que pensar en la opinión que tenían de mí? ¿Por qué tenéis que sospechar? Me los imaginaba en la casa soleada, larga y baja, en medio de los árboles salvados del fuego en la vieja plantación de Carolina del Sur que se había convertido en un refugio para parejas jubiladas de gusto impecable y medios inimaginables.

Estaban tratando de entender lo que su hija les decía acerca de una suma extraordinaria de dinero que había que pagar para garantizarles que Jacob no volvería a desaparecer de nuestra vista. La última vez que lo habían visto, su nieto no llevaba ningún corte de pelo estrafalario, no faltaba a la escuela ni, que ellos supieran, traficaba con drogas como los nietos imprudentes y desgraciados de otros. (Sus vecinos, los Pursley, tenían un muchacho que alguna vez había sido su adorable nieto todo dieces y que ahora estaba en la cárcel por el crack, aunque nunca se acordaban de si era por usarlo o por venderlo. De todas formas, seguramente la diferencia no importaba gran cosa. A causa de eso, los abuelos del chico llevaban ahora siempre la palabra «pobres» delante, como si fuera un prefijo.)

Mis padres políticos estaban ahora en ambas extensiones del teléfono, separados por muchos corredores orientales. El padre estaría rígido como un poste en la silla Reina Ana color malva del rincón de la sala de estar, junto a las largas ventanas. Habría tres clases de pájaros dando saltitos del otro lado del vidrio, donde él ponía semillas puntillosamente aunque su madre se preguntase si no los estarían malcriando. Si no lo hacía en ese momento, no tardaría mucho, le gritaría a su mujer: «Bea, el oxígeno. ¿Puedes hacerme el favor de traerme el oxígeno? Tengo miedo de ir a buscarlo yo solo».

Carolyn, con las mejillas de un color intenso y brillante, como si la hubieran golpeado, con sudor en la línea donde empieza el cabello, estaría abriendo y cerrando el puño con el que no sostenía el teléfono y suplicando en silencio: «¡Papaíto, no te mueras, no te mueras de esto!». En voz alta decía, con voz tranquila y angustiada:

—Mira, papá, a Ben le han concedido una subvención, sí, ¿no es estupendo? Del gobierno, sí, por su obra. —No dijo «por fin»—. Pero no recibiremos el dinero hasta dentro de algunos meses, ése es el problema, si no no tendríamos que…, sí, bueno, odio tener que pedíroslo. El dinero lo tendremos, sólo que no estará a tiempo. —Y otro inconveniente: la subvención era de mucho menos dinero del que íbamos a necesitar para pagar todo aquello. Por qué Jacob no había pensado en eso, me pregunté. Por qué no había podido esperar como un buen chico a que llegara mi cheque del tío Sam… ¡Dios mío, qué inmunda era mi mente cuando estaba desesperado! Era como si tuviera dentro un gusano capaz de salir arrastrándose a los lugares más extraños. Entré y puse las manos sobre los hombros de Carolyn. Sorprendida, saltó con el contacto. Por Dios, Ira, pensaba yo, mientras apoyaba la mejilla contra su cabello, que olía ligeramente a frambuesa, no te mueras tú también. Oía la voz diminuta y distante de su madre rogándole que no fuera verdad, que no fuera verdad.

—Se equivocan, querida —insistía—. Todo el mundo sabe que la policía siempre necesita sospechosos. Además de esa… huida que dices… ¿Tienes alguna razón para creer que realmente hizo eso?

Azula bajaba las escaleras con una canasta amarilla de plástico, llena de ropa sucia. Se detuvo, hizo una pequeña reverencia, como una oriental, con los ojos fijos en nosotros, como se le había indicado. Alzó la canasta hasta la cadera y se dirigió hacia las escaleras que llevaban al sótano.

—Que pases un buen día —dijo con entusiasmo, en un hebreo gutural y muy malo que le hacía mostrar los dientes blanquísimos. Era probable que lo hubiera estado practicando mientras se acercaba, repitiéndolo una y otra vez, hasta que acabó sonando como una palabra. El lustroso cabello negro le caía en mechones sobre los hombros, lacio y fino como brotes de espárrago.

La miramos. Carolyn puso la mano sobre el receptor, como si estuviera por decir algo, y luego sonrió con franqueza, mientras asentía con la cabeza.

—Tú también —dijo, descubriendo los dientes—. Que lo pases bien.

Wendell tocó la campanilla y, a través de los estrechos márgenes de vidrio que había junto a la puerta, observé la paciencia con la que esperaba que le abrieran, de pie en el umbral. Probablemente, pensaba yo, el abogado que necesitas de verdad estaría paseándose de un lado a otro ahí fuera, todo energía, controlado, como un puma. Nos habíamos preguntado muy en serio si lo que íbamos a tener con él sería una defensa pueblerina. ¿Tendría razón Michael cuando decía que deberíamos haber buscado el mejor peso pesado disponible? Se había ofrecido a comprarnos uno. Por el momento, al menos, declinamos el ofrecimiento. Porque, claro, Wendell en realidad no iba a ser nuestro defensor, no iba a aceptar un caso tan pesado como aquél ni (aunque no nos lo hubiese dicho) alejarse de esa forma de sus vecinos. Ya era bastante malo que nos estuviera aconsejando. Podía ayudar, si era necesario, pero hasta él insistía en que necesitábamos un abogado de fuera, un defensor experimentado que jugara fuerte. ¿No se ha fijado nadie en lo que cuesta una defensa? La forma en que el dinero seguía apareciendo en todo aquello era repugnante. ¿No se han parado a pensar en que es un trabajo que exige una devoción casi enfermiza, experiencia y un escritorio limpio, y que los abogados como Wendell Bye suelen tener sólo una de esas tres, y eso con suerte?

Yo nunca me había fijado. No había tenido ocasión de interesarme por el tema. Hay un equipo estatal, un escuadrón de defensa de los homicidas, o algo así, nos dijo para tranquilizarnos. Sonaba como si fuera un club que habían creado los chicos del barrio.

—Si no puedes permitirte pagar un buen abogado, te asignan a alguien que se dedica a eso exclusivamente. Es como un fondo común de defensa, un servicio. Mal pagado. Al menos hace que el juego esté un poco más equilibrado. —Sonrió débilmente.

—Mal pagado.

—Bueno, comparado con los Louis Nizers y los Melvin Bellis. Un poquito sí.

Aunque no estuviera trabajando, Wendell usaba corbata, no de las de la clase juvenil y algo kitsch que tengo yo, con flamencos y angelitos de colores estridentes, sino de las clásicas a rayas. (Pronto me fijé también en otra cosa que nunca me había parado a pensar antes, y es que Stephanie usa siempre medias, en todas las situaciones, excepto para ir de picnic.) Su corrección era extraña, pensaba yo, y aterradora.

Entró con gesto grave y miró a su alrededor.

—Esta gente tiene algún as en la manga —aventuró.

Eso no hubiera sido lo primero en lo que yo me hubiera fijado. Se quedó mirando los escudos de colores vivos que adornaban la repisa de la chimenea. Parecía estar pensando en si debía hacer una crítica aguda o no, pero por lo visto se lo pensó mejor. Bien, si no tenía que ver con los siete samuráis no me interesaba oírlo.

Carolyn salió de la cocina y le dio un beso fugaz en la mejilla.

—¿Le has visto?

Wendell Bye tiene tendencia a mirar como un hombre al que se le han empañado las gafas de repente. Ahora parpadeaba, solemne.

—Le he visto, sí.

Se sentó en una de las sillas blancas y balanceó el portafolio sobre su rodilla. Pero cuando lo abrió, se quedó mirando fijamente en su interior y luego, como si no le gustara mucho lo que veía, volvió a cerrarlo con lentitud.

—Podríamos decir que le he visto pero no le he oído —rió—. ¡Vaya!, ésa es la definición del chico perfecto, ¿no?

Por Dios. Yo me había puesto de pie, frenético. Carolyn trataba de calmarme.

—¡El chico perfecto! Le advertimos que ibas a venir, Wendell, y que no tenía que hacerte perder el tiempo.

—Lo siento —le dijo Carolyn con mucha suavidad—. De verdad, Wendell. ¿Así que se estuvo todo el rato sentado y ya está?

Wendell suspiró.

—No parecía enfadado. Ya sabéis cómo es. Nosotros nos ponemos histéricos y en cambio él podría seguir tan tranquilo y distante como un Buda.

Yo caminaba a grandes pasos por la habitación, no podía evitarlo. Supongo que era la energía que hubiera utilizado para darle una buena zurra a Jacob si hubiera hecho una escena como aquélla en mi presencia. (Tonterías. Era perfectamente consciente de que no había podido hacer nada cuando le visitamos. Pero aquello ocurrió en público, por el amor de Dios. Estaba en una cárcel.)

—¿De verdad se cree que puede seguir así? —quise saber—. ¿Que si nos ignora nos limitaremos a irnos sin más? Wendell, ¿crees que sabe lo que se le echa encima, que sabe que esto no es un juego?

Wendell se encogió de hombros.

—No soy psicólogo, Ben. No sé qué cree que está haciendo. De todos modos, pienso que le expliqué con bastante claridad las alternativas que tiene. —Se quitó las gafas y se frotó los surquitos rojos que tenía a los lados de la nariz; parecía tan aliviado como si se hubiera quitado los zapatos—. Pero no te puedo decir si me escuchaba o no porque no me preguntó nada, ni me hizo repetirle ni aclararle ninguna de las cosas que la gente necesita que le aclaren cuando está con un abogado. Tú ya lo sabes.

Si se refería a lo de que me aclarasen cosas, sí, lo sabía.

—Traté de convencerle de que podía decir muchas cosas en su defensa. Y de que, según lo que tuviera que explicar, hasta es posible que no haya caso. —Me miró con una sonrisa desolada—. Si eso le impresionó, no me lo dijo.

Le salté encima.

—¿Es verdad eso? ¿Qué quieres decir?

Wendell me miró con lo contrario a la compasión. Creo que sabía, o al menos lo sospechaba, que aunque en general me caía bien, su inteligencia no me impresionaba para nada. Veía en mí una cierta actitud paternalista, cosa que supongo que era así. Como la ley se basa en el uso de la palabra, siempre he asumido, y muy equivocadamente, que la gente que se dedica a ella valora la capacidad de leer y hasta sería capaz de coger algún libro de vez en cuando. Un error. Wendell y Stephanie tenían la pantalla de

televisión más grande que yo haya visto nunca en una casa particular, una sauna, un buen coche y una camioneta equipada. Pero si es que hay alguna literatura en la casa, es un catálogo de bienes de consumo que están a la venta. Creo que hasta invirtieron en una colección de clásicos de tapas doradas, pero ésos no están pensados para que la gente los lea. Sirven sólo para rellenar un par de estantes con un poco de buen gusto.

En todo caso, cuando habla de la ley, le encanta usar expresiones como «términos artísticos», que significa básicamente: «Hazme el favor de aflojar, Ben, estamos en mi terreno». Carolyn, que tiene también su vocabulario particular, lo comprende. Por lo visto sabe reconocer a un camarada artesano. En lo que a ella se refiere, sé que eso es algo cruel. Lo mío es más bien un desdén que no va nada conmigo, el esnobismo de un artista que está igualmente limitado por su jerga pero tiene que mantener el mito de la amplitud de miras. Insistía en que Wendell amaba su profesión, y en esos momentos de orgullo, que a mí me repelían, a ella le gustaba pensar que lo comprendía. Wendell tenía un trabajo que hacer y lo hacía bien. Lo que leía o dejaba de leer después del trabajo era asunto suyo. ¿Le preguntas a tu médico lo que lee? No podía decir nada contra eso. Y la razón por la que Wendell era amigo nuestro era algo que podía dejar para otro momento.

—Escucha, Ben —dijo el abogado en voz lenta y clara. Yo no sabía lo que iba a pasar, pero en todo caso, estoy seguro de que le gustó aquel cambio en los papeles—. Le he dicho a Jacob que tenían un par de testigos oculares, ya sabéis, y supongo que los tienen. Lo que no está claro todavía es lo que vieron exactamente y, en el peor de los casos, todo eso es circunstancial. No han dicho que tuvieran a nadie que haya visto el asesinato, al menos no hasta ahora. O que lo hayan visto, perdón, que hayan visto a alguien arrojar el cadáver. Los otros aspectos forenses…, habrá que esperar. Por lo que sabemos, es posible que tengan el caso más inconsistente del mundo.

Parecía que me estaba suplicando. Sin duda ésas eran las palabras que había usado con mi hijo y que no le habían llevado a ninguna parte. Su seriedad era cautivadora y en un tribunal le hubiera quedado muy bien, el buen *boy scout*. Pero yo le miraba y le escuchaba, con su corbata azul marino adornada con coronitas rojas y doradas y sus hombreras exactas,

que recordaban vagamente a las de los equipos de rugby de la escuela secundaria, con su voz sensata, y comprendía que Jacob viera sólo en él a un oficial de justicia o a uno de esos mormones que van por las puertas repartiendo folletos gratuitos sobre la salvación. Nunca se prestaría a decir una sola palabra a un hombre así. (Si yo quisiera, podría aducir en su favor que, en realidad, con mi camisa desgarbada y mi comportamiento poco menos que normal, yo tampoco era su tipo, aunque claro, soy su padre, y no puede haber mayor descalificación que ésa.) Tal vez el estilo juega un papel demasiado importante en la vida del adolescente, pero eso no lo podemos cambiar, al menos no a tiempo.

—Si se prestase a hablar, al menos podríamos aclarar algunas dudas. Dónde estuvieron, si se pararon en el camino…

—Wendell —dijo Carolyn. Estaba muy circunspecta, lo miraba con expresión dura—. ¿Hablas de lo que crees o de lo que piensas que podemos probar?

Él se pasó la lengua por los labios, lo que indicaba que estaba a punto de dar una pequeña conferencia. Creo que mi mujer había hecho una pregunta bastante ingenua.

—Carolyn, ¿tú qué crees que es la ley? —no esperó la respuesta—. ¿No se trata en el fondo de lo que puede demostrar cada uno? De la forma más convincente.

—¿Qué…? —Parecía estar hurgando en algo con el dedo del pie. Suspiró y volvió al tema—. ¿Y qué me dices de la verdad? ¿No te importa lo que haya pasado de verdad?

Wendell la miró con esa mirada suya azul marino, un largo rato. En sus ojos yo podía ver las chispitas de advertencia. ¡No compliques las cosas! En esa fracción de segundo, comprendimos que sabíamos cosas que no le hubieran hecho muy feliz saber. Probablemente la cuestión de la infelicidad se le pasaría, eso a él se le daba muy bien, pero ¿acaso el saber aquellas cosas no entorpecería el vigor de su defensa? ¡Qué cosa, dedicarse a semejante trabajo! Construir la casa de tu oficio sobre la evasión, la ilusión, la intimidación, y todo a cambio del dinero que te pagan unos desconocidos. Ahora tendrá que interrogarnos, necesitará saber lo que sabemos por miedo a que lo usen en nuestra contra.

Wendell se alejó unos centímetros de nosotros.

—La verdad —dijo, y no sólo para Carolyn— a veces sale. Pero no se puede esperar que pueda defenderse siempre. No es tan sencillo como eso. Y es al fiscal a quien le corresponde probar lo que sea capaz de probar. Si no puede…, bueno —y miró a su alrededor como si fuéramos un grupo de oyentes—, entonces ha fracasado. Es una lucha justa.

Se me ocurrió que era un hombre demasiado simple como para disfrutar pervirtiendo la verdad, presentando las cosas desde un único punto de vista. Desde luego que no era un abogado adecuado para nosotros.

OceanofPDF.com

CAROLYN

Era ridículo. No podía creer que fueran a hacerlo de verdad, no literalmente: Wendell les dijo que las autoridades de Massachusetts escoltarían a Jacob hasta la frontera del estado y lo entregarían —¡como si fuera una mercancía cualquiera, o una pila de papeles!— a las «autoridades» de New Hampshire. Le costaba comprender por qué a sus amigos les divertía tanto aquello. Rieron y rieron, hasta que vio las lágrimas de ira en los ojos de Carolyn.

—¿Podemos mirar? —preguntó ella, y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Podemos presenciar el gran intercambio del *habeas corpus*?

Wendell vaciló. Desde luego, estaban empeñados en poner las cosas más difíciles de lo que ya eran.

—Vaya, que supongo que no será ilegal, ¿no? Podríamos ir detrás del coche de la policía, a cierta distancia, y cuando se detengan…

—En el alambre espino de la frontera… —agregó Ben con ansiedad.

—Nos bajaríamos. No nos acercaríamos ni nada, ni siquiera tienen que saber que estamos allí. Y veríamos lo que hacen.

—Exacto. —Ben otra vez—. No se nos ocurriría decir nada, ni interferir. Sólo queremos ver cómo lo extraditan. Siempre he querido ver un acto de extradición, cómo es, cómo…

—Está bien —dijo Wendell tal vez con demasiada aspereza—. Ya lo he oído. La verdad es que no sé si podéis hacerlo o no. Nunca he conocido a nadie que lo haya pedido.

Carolyn ardía de rabia. Parte del enojo de Ben parecía estar extendiéndose a través de ella, como una mancha de tinta.

—No veo qué problema puede haber. No todos los días puedes ver a tu hijo…, ¿cómo se dice? ¿Manumitir? ¿O eso era para los esclavos? No me acuerdo, pero era algo así como «libertar».

—Carolyn… —dijo Wendell.

—«Librar», eso es, librado. Ya sabía yo que era algo así. ¿Qué • te parece? —Pareció momentáneamente satisfecha.

Extendió la mano para tocarle el brazo a mi mujer, pero en el último momento pareció pensárselo mejor y la retiró. No parecía una buena idea.

—¿No sería más fácil si os volvierais a casa y nos encontráramos en el tribunal? Os daré los detalles en cuanto se decidan. En serio, no hay ninguna necesidad…

Reason not the need, seguía pensando ella casi sin querer, *reason not the need, but let the deed be done*. Shakespeare, ¿no? Lear, tal vez. ¿Qué era todo eso de los esclavos y las perfectas oraciones isabelinas que se agolpaban en su cabeza? Al paso que iba, pronto iba a empezar a decir cosas como «en tanto que». ¿Era eso lo que pasaba cuando uno se mete en el entramado de la ley y su lenguaje duro y pomposo?

—Vamos a ir —le dijo con firmeza. Estaba tratando de imaginar si el coche de la policía se detendría con un chirrido justo al lado del pequeño mojón vertical blanco y negro que había entre los dos estados o un poco más adelante, junto al gran letrero en azul y oro que decía: BIENVENU A NEW HAMPSHIRE, BIENVENIDO A NEW HAMPSHIRE, mientras el tráfico rugía en la ruta 3. Los márgenes del camino estaban cubiertos de nieve dura en esos días, sellados con hielo que se derretía y volvía a congelarse. DOS PERSONAS ATROPELLADAS DURANTE ACTO DE ENTREGA DE UN PRISIONERO. PADRES HORRORIZADOS MIRAN IMPOTENTES. ¿O preferirían la seguridad de alguna estación de servicio o de un Dunkin Donuts que hubiera junto a la carretera, lo entregarían (¿esposado?) y entrarían a tomar algo caliente y una pasta mientras Jacob permanecía en el coche mirándolos con envidia?—. Vamos a ir —volvió a decirle a Wendell con firmeza. Parecía disgustado—. Me da igual si no lo entiende nadie.

Wendell estaba equivocado. New Hampshire mandó a un comisario a buscar a Jacob, y se lo llevaron antes de que ellos llegaran a la cárcel. Raptado por la ley.

Cuando preguntaron en el mostrador acerca de la transferencia, el empleado bigotudo los miró desde detrás del cristal y les dijo:

—No se enfaden conmigo, oigan. Dígale a su abogado que está desfasado. Esas cosas se hacían antes, pero ya no.

Ben estaba preparado para poner objeciones.

—La verdad —dijo el policía con lo que seguramente debía de ser admiración—, a esos comisarios les encanta poder escaparse un par de horas. Es un bonito paseo, ¿saben? Como tener medio día libre… —les guiñó un ojo—, y a cuenta del contribuyente.

Entrar en el juzgado no era fácil, ni andar de forma natural sobre el suelo de madera crujiente en dirección a la sala. La chica sonrió y saludó con un gesto de la cabeza a la media docena de personas que vio, conocidas o desconocidas: a la taquígrafa de la sala de juicios (hacía sonar las tapas de sus zapatos de manera pomposa; seguro que en cuanto llegara a su oficina se colgaría del teléfono para hacer correr la noticia de la llegada de Jacob), a unos pocos trabajadores que estaban haciendo obras de reforma en la planta baja, y a un surtido de otros seres anónimos que se ocupaban de sus cosas. Todos sabían por qué ella y Ben estaban allí.

Y estaban. Habían llegado apenas con unos segundos de antelación. Celene tenía noticia, por cortesía de una cadena de chismes del largo de una manzana de pisos, de que si Jacob no hubiera aparecido, si no lo hubieran devuelto a Hyland, los Taverner hubieran hecho una manifestación —con velas y lazos negros y todo— para protestar por la ineficacia y la indiferencia de la policía. ¿Hubieran puesto el retrato de Jacob sobre sus pancartas, como una cabeza sobre una picota? Y, viendo eso, ¿no hubiera pensado cualquiera en un linchamiento?

Y ahora, ¿cuánta gente había visto al comisario sacar a Jacob de su coche, con las manos indefensas y esposadas, los dos con el rostro impasible, sin mirar a ningún lado? ¿Qué quería decir cuando hablaban del secreto de sumario en el caso de menores? Ah, ojalá lo hubieran llevado de noche. Celene se había ofrecido a ir para estar con ellos; las clases ya habían acabado ese día (lo cual hacía que se hubiera incrementado considerablemente el número de curiosos que esperaban frente al juzgado).

—No, gracias —le había dicho Carolyn—, pero me estoy anotando todas las muestras de solidaridad. Estoy haciendo una lista, y me aseguraré de que pueda leerla cuanto antes.

Ya que nadie podía vivirlo por ella, no veía la necesidad de involucrar a otras almas en el asunto. Hubiera querido darles las gracias a sus amigos de una forma más convincente, pero la brecha que había entre ellos se hacía profunda y peligrosa, y nadie podía verla. Era como si un lago con un fondo invisible hubiera surgido entre su casa y la de sus amigos, y sin embargo ellos salían todos los días y lo cruzaban como si tal cosa, como si fuera un campo de hierba y trigo y pastos sacudido por el viento. Parecía que lo cruzaban… ella vivía en el fondo, donde no había aire ni luz.

Cuando entraron por la pesada puerta giratoria en la sala del tribunal, Jacob se volvió y los miró. Algo en su mirada, pensó Carolyn al instante, era diferente a lo que habían visto en la cárcel. Parecía más… permeable. Era como si los reconociera.

Pero resultaba antinatural seguir acercándose a él en aquellos lugares extraños… aparte de su desaparición, aquélla era lo que más los turbaba y desconcertaba. Era como un destete, pensó. Qué ironía que una madre fuera destetada con tanta brusquedad, como si le hubieran arrancado al niño del pecho de repente, sin piedad. Una mañana es tu hijo, y después es un chico al que vas a contemplar desde lejos en la sala de un tribunal. Cada vez que lo ves está iluminado por luces ásperas y fluorescentes, y guardias que lo rondan apenas fuera de tu campo de visión. Por lo menos ahora llevaba puesta una ropa conocida, su jersey a rayas azules y verdes, sus tejanos gastados, con una rodilla desgarrada a la moda. Estaba sentado en la primera hilera de bancos, solo. Wendell estaba junto al estrado del juez, Tom Grady, que sostenía la toga en las manos como si fuera un

chubasquero. Hablaban. Wendell levantó la mano cuando los vio, como diciendo: «¡Quedaos ahí! ¡No vayáis!».

Ben iba delante de ella, y fue derecho hacia Jacob. Se sentó a su lado, le tocó el brazo y luego —Carolyn estaba anonadada— puso la cabeza en el hombro de su hijo, con afecto, con torpeza. Aquello era mucho más que un reencuentro. Se había saltado el abrazo. Era como si le estuviera diciendo: «Ya está. Ya ha terminado todo. Gracias a Dios». Era como un suspiro de alivio profundo y medio alegre. Casi una broma. Como un encuentro después de una separación demasiado larga.

—Pienso actuar en base a la teoría de que está aterrorizado —le había dicho Ben en el desayuno—. Le estoy concediendo el beneficio de la duda… creo que el miedo no le deja reaccionar. —Tal vez, pensó Carolyn —. Tal vez si actúo de acuerdo con eso, consiga algún resultado.

Jacob no se volvió a él para responderle, pero tampoco le rechazó.

Carolyn se acercó con lentitud. Se daba cuenta de que un enfado terrible había sustituido la enorme sensación de alivio, que había sentido al verlo vivo en la cárcel, encerrado en esa caja de seguridad, tras una puerta de un rojo resplandeciente. No le gustaban los juegos, excepto cuando era tiempo de juegos, y, asustado o no, él los estaba manipulando, incluso ahora.

—Jacob… —dijo (¿cómo puedes apoyarte en alguien que no quiere apoyarse en ti?).

El joven la miró como si fuera un día cualquiera y la hubiera encontrado en la tribuna del gimnasio. ¿Qué te pasa?, hubiera querido preguntarle desesperada, ¿te has despedido de tus sentidos, estás psicótico? El corazón le latía con tanta fuerza que casi perdió el equilibrio. Pero ¿quién podía dar una respuesta a semejante pregunta? ¿Qué eran todos aquellos silogismos: Todos los hombres mienten. Yo soy un hombre. Yo miento? ¿Por qué deshonrar a tu propia cordura preguntándolo?

Tom Grady había desaparecido el tiempo suficiente para ponerse la toga negra de alas de murciélago que parecía extrañamente dramática en la sala desierta del tribunal. Detrás le seguía Della Fort, la taquígrafa, una mujer de figura y rasgos tan anodinos que a Carolyn le maravillaba pensar que fuera capaz ni de reconocer su propio nombre. Años atrás, Della fue la propietaria de la casa que alquiló la guardería adonde llevaba a Judith. Así eran las

cosas en Hyland: todos desempeñaban por lo menos dos papeles en los dramas de las vidas de los demás. La mujer también tenía una hija que había sufrido de escoliosis, y Carolyn la había ayudado. Hacía unos pasteles estupendos, decorados en azul y púrpura, con plata incrustada como gotas de mercurio y finas capas de azúcar de colores y otros diseños de aspecto incomible que sugerían una imaginación desbordante y reprimida. Iba de puerta en puerta, tozuda, año tras año, para hacer la colecta para la Asociación de la Lucha contra el Cáncer. Tenía aspecto severo y, en la sala, no miraba a nadie a los ojos. Al parecer era parte de su trabajo. Pero Carolyn se sentía agradecida porque, aparte de ella, el único extraño allí era el juez. La mujer le pareció en esos momentos casi como de la familia. «He vivido parte de mi vida contigo, Della Fort. He pasado los últimos once años de mi vida aquí, bajo el mismo tiempo, mirando las mismas colinas. ¿Es que no iba a servir eso al menos para garantizarme un poco de comprensión?»

Tom Grady era un abogado que hacía de juez del distrito un par de veces por semana, generalmente en casos de personas que conducían borrachas y de robos menores. Hoy, para esa audiencia especial, se había limitado a descender la colina desde su oficina, había bajado en vez de subir a su casa victoriana, donde su esposa le esperaba para servirle la cena. Era un hombre pesado, sudoroso, entre rubio y pelirrojo, y por su aspecto parecía bien capaz de conducir un camión de dieciocho ruedas. (En realidad, por lo que Carolyn sabía de él, era un hombre bastante sensible y delicado, por mucho que su aspecto hiciera pensar en un verdugo del siglo XVI.)

Le hizo una señal a Jacob para que se adelantara y se sentara en una de las mesas que estaban más cerca de su estrado.

—¿Podemos entrar nosotros también, señor? —preguntó Ben en un tono tan respetuoso y aterrado que casi hizo sonreír a Carolyn.

—Si usted quiere, señor Reiser. Pero por lo general esto está reservado a la asesoría legal. —El juez tenía una voz ronca y tranquilizadora, sonaba como Mel Tormé.

Todos se pusieron en pie y se acercaron. Ben se sentó a la izquierda de Jacob, pero Carolyn puso una silla a su derecha para dejarle así el sitio libre

a Wendell. Pensaba en todas las películas que había visto —¿dónde más se puede ver la sala de un tribunal, sino?— o en los dibujos de los diarios, donde siempre se ve al acusado con la cabeza inclinada hacia el abogado, que le da instrucciones. La cabeza de Jacob no se inclinaba. Parecía a la expectativa, y hasta puede que algo relajado. Cuando Wendell quería decirle algo, era él el que tenía que inclinarse para hablarle en voz muy baja al oído, y Jacob ni siquiera se inmutaba. Llevaba el pelo desgreñado y hacía demasiados días que vestía ese jersey azul. Le hizo gracia: estaban a punto de acusar a su hijo de asesinato y ella preocupada por la ropa que llevaba.

Fran Conklin había entrado en silencio, solo. Aquello no iba a ser ningún espectáculo público; Carolyn empezaba a sentirse agradecida hasta por los favores pequeños. Fran se sentó a la otra mesa. Llevaba un uniforme desgarbado. El manojo de llaves que colgaba del cinturón resonó contra la silla y el revólver que llevaba en la pistolera quedó en un ángulo tan raro que parecía a punto de caerse al suelo. SOSPECHOSO DE ASESINATO MUERE DE UN TIRO DURANTE EL PROCESO AL DISPARARSE ACCIDENTALMENTE EL ARMA DEL JEFE DE POLICÍA. Carolyn apenas se atrevía a mirarlo: la abrumaba pensar en el rencor que sentía por aquel hombre. Era ilógico y no le gustaba consentirse sentimientos irracionales; y también indigno y contraproducente. Estaba sentada, completamente inmóvil, obligándose a respirar con regularidad, como cuando no podía dormir y trataba de dominar los latidos de su corazón. Si reaccionaban así en la audiencia, que no era nada, poco más que una formalidad, y conocían al juez, estaban cerca de casa, ¿qué ocurriría durante el juicio?

La voz del juez entró en acción como si fuera algo oxidado que necesitaba un poco de rodaje para volver a funcionar. Les pidió disculpas por tener que prescindir de ciertas formalidades, por lo intempestivo de la hora. Él mismo abriría la sesión, y no hacía falta que nadie se pusiera en pie cuando él se acercara. Era una sesión especial, pero legítima y valedera a ojos del estado y la nación cuyas banderas presidían la sala. Ellos asintieron, obedientes. Parecía que estuvieran conteniendo la respiración.

Fran se levantó lentamente para ocupar su sitio y prestar juramento. Se levantó con desgana, como si fuera tan pesado como Tom Grady. Tom le

preguntó a Fran, el capitán Conklin, cuál era la acusación, y Fran, sin mirar a nadie y con voz monótona, como si todos los días viniera a denunciar un asesinato, declaró que el acusado, el menor Jacob Reiser, era sospechoso del asesinato de Martha Taverner, en Hyland, el 14 de enero. Le preguntaron si el mencionado Jacob Reiser estaba presente. Miró a Jacob y a todos los asistentes por primera vez, y sin demostrar la menor emoción dijo:

—Sí, Señoría. Es ése.

Jacob se estremeció. Carolyn estaba convencida de que su hijo se había estremecido a su lado, aunque estaba sentada junto a Wendell. Temblaba como una hoja levantada por una brisa leve. Luego se tranquilizó. Y a juzgar por la violencia con la que Ben se echó hacia atrás se hubiera dicho que sentía el dedo acusador de Fran como una lanza clavada en sus carnes. Rodeó a su hijo con el brazo y así se quedó.

Carolyn vivió el resto del proceso como a través de una pantalla tan roja y húmeda como la sangre. (Por algún motivo que no acababa de entender, el juez preguntaba «cierto» o «falso», imputable o no imputable. Parecía que evitaban hablar de culpabilidad o inocencia, como si fueran conceptos demasiado difíciles o complicados para que los menores los comprendieran. Ya le preguntaría a Wendell por qué, aunque seguramente no lo sabría.) Jacob se adelantó y permaneció en pie, estoicamente, y en voz baja y respetuosa respondió sin vacilar «falso» a la acusación.

Hubo también momentos en los que Wendell tomó el mando. De pronto parecía imbuido de autoridad, por lo menos en comparación con el resto de ellos, y a Dios gracias. En esos momentos estaba enumerando las poderosas razones por las que había que fijar una fianza baja para Jacob, o mejor aun, dejarlo simplemente bajo la custodia de sus padres. La voz que estaban oyendo en la sala les resultaba casi irreconocible, excepto por el acento…, como si él y Tom no jugaran juntos al golf, al bridge, como si no tomaran cerveza y hasta mearan hombro con hombro entre los arbustos —Wendell les había contado eso en un arrebato de orgullo— cuando se acercaban al noveno hoyo y el edificio del club les quedaba demasiado lejos para correr hasta allí en los momentos de necesidad. El abogado se puso en pie, con su traje gris de trabajo, e hizo una petición ante el juez: el tiempo que el

acusado llevaba residiendo en Hyland era un factor a tener en consideración. El vínculo de sus padres con la comunidad. Que fueran propietarios de su casa. El intachable comportamiento que había observado hasta entonces. Y, finalmente, el hecho de que todavía era un menor al que se podía controlar y del que sus padres podían responsabilizarse. (¡Qué idea tan peregrina!, pensó Carolyn. ¿No sería más fácil que les pidieran que tuvieran a la comunidad informada del paradero de *Arisca*, el gato?)

El resto de lo que dijo quedó flotando en el aire mientras ellos seguían sentados allí, con los labios apretados, tratando de entender: fallo. Adulto. Menor. Certificación. Y dinero. Lo del dinero lo entendieron, era de dominio público: ¿podía pagar un abogado o preferían recurrir al estado? Casi habían llegado a las manos por esa cuestión. Evidentemente, los padres de Carolyn habían dicho que pagarían el mejor abogado. Evidentemente, él dijo que no.

—¡Ben, se trata de Jacob!

—Gracias por recordármelo —y la miró fijamente, como si estuviera loca.

—Ben, no estás siendo coherente. Creía que no había nada que no estuvieras dispuesto a hacer…

—Esto no. Tienen muchos abogados buenos, Wendell lo dijo, y con experiencia en homicidios. Son especialistas en eso.

—¿Piensas dejarlo al azar? ¿Es eso lo que harías si tuvieras que pagarle un buen cirujano para una operación? ¿O lo llevarías a un hospital de beneficencia y lo dejarías allí, en manos de cualquier médico viejo —me parece estupendo que tengan una panda de idealistas que trabajan a cambio de un sueldo—, de cualquier médico viejo y desconocido?

Ben le echó una mirada malévola.

—Todos somos desconocidos, ¿no? Todo el mundo es un desconocido. Hasta tu hijo es un desconocido.

Carolyn no estaba segura de poder soportar tanta amargura. Se sentó en silencio y esperó. El rostro de Ben se había cerrado, como un lago cubierto de hielo.

—A veces me olvido de que tú siempre has podido elegir —dijo despiadadamente—. Buenos colegios, buena ropa.

—¿Te parece que éste es momento de…?

—Tienes razón. No es el momento. Pero no voy a consentir que tus padres empeñen sus bienes para que nosotros podamos dárselos a algún chorizo importante importado de Hollywood.

—Pero… ¿y si él… o ella, puede hacerlo mejor? ¿Y si…?

—Pero Carolyn, ¿te das cuenta de la cantidad de la que estamos hablando? No debería costar tanto poder tener una buena defensa en este país. No debería permitirse que ningún maldito héroe popular llenara su armario de trajes caros a costa de eso.

Ella creía que aquellos viejos rencores habían desaparecido con los años. (¡Cómo se sorprenderían los Taverner si supieran que se veía a sí mismo como el chico pobre y desvalido, ahora y siempre! En qué casa de locos estaban todos.) Recurrió a Wendell en busca de consejo, pero él se negó a interponerse entre los dos.

—El estado puede ofrecerle una buena defensa. Un abogado de renombre también le puede ofrecer una buena defensa, además de un montón de gastos adicionales si tiene que venir hasta aquí con todo su equipo desde Dios sabe dónde. A veces es mejor no tener donde elegir, no tener recursos. —Parecía incómodo. Miraba al frente, sin volverse hacia ninguno de los dos—. A veces no.

—Ben, no mezclemos las cosas —acabó suplicándole ella al final en la cama—. Coge tus ideas y rencores clasistas, tu desencanto porque los niños se han criado sin faltarles nada, coge todo eso y guárdalo hasta que esto haya terminado. Ya lo arreglarás cuando todo haya acabado. Mientras tanto…

—Piensa en Jacob.

—Piensa en Jacob.

—De acuerdo —dijo él, tapándose con las mantas hasta el cuello—. Pero intenta comprenderme. Tal como están las cosas me resulta muy difícil conservar mi autoestima. Ya no trabajo…

—Yo tampoco.

—Es posible que ya no te queden muchos pacientes, pero tú lo que sabes lo sabes. Es un material sólido, no se evapora ni se destruye. En cambio a mí, siento como si las termitas me estuvieran devorando el

cerebro. Cuando no hago mi trabajo, lo pierdo. Y ahora está desapareciendo todo a pasos agigantados. Y claro, ahora aparecen otra vez tus padres y le pedimos un poco de dinero a papá, ¿no?

—Podemos pedir otra hipoteca, Benny. Podemos vender algo. —Lo atrajo hacia sí—. Puedes hacer lo que siempre le dices a tu hijo que haga, que aprenda a abrirse él su propio camino.

Por primera vez en su vida, Carolyn deseó haber estudiado en la facultad de derecho para poder protegerse —protegerlos a todos— de aquella impotencia, para no tener que sentir esa cortina de terror corrida ante sus ojos y ver únicamente sombras. Ben sostenía la mano de Jacob. Jacob, que parecía que tenía doce años, le dejaba.

—Su Señoría, tendremos un asesor —decía en esos momentos Wendell —, no necesitamos la ayuda del estado.

Carolyn se obligó a cambiarse al asiento de Wendell, que todavía estaba caliente, y a tomar la mano de Jacob. Estaba fría y mojada, pero no tan rígida como la suya.

—Ahora —dijo Tom Grady—, la cuestión de la fianza.

El juez permaneció por unos momentos en un silencio imperturbable, comulgando con cualesquiera que fueran las musas legales y judiciales que conformaban la jurisprudencia en el condado de Grieves. Era uno de esos hombres de respiración agitada, que siempre tienen a mano un pañuelo arrugado para aplicárselo levemente contra el rostro mientras hablan, como para tranquilizarse. Cuando giraba la cabeza bruscamente, despedía gotas, como la saliva de un actor. Hasta se secaba los ojos, como si estuviera en un funeral. Todo en él parecía mojado.

El acusado tenía derecho a una fianza, por ley. Sin embargo, el juez le recordaba al tribunal que el acusado había pasado unos días ausente y que había sido devuelto por otro condado como resultado de la casualidad. Aparte de su probada falta de fiabilidad, estaba el hecho de que había en juego una comunidad que estaba seriamente preocupada por su bienestar y, por tanto, ansiosa por llevarlo ante la justicia como autor de un crimen terrible e impensable. Visto lo cual, tanto por la seguridad del acusado

como para la tranquilidad del juez, no habría fianza. Se inclinó un poco para hablarles, como si así la taquígrafa no fuera a oírle.

—Seré franco, señor y señora Reiser. Jacob. Me gustaría que la ciudad se enfriara un poco antes de que salieras. —Esperó para ver si comprendían y luego adoptó de nuevo su aire oficioso—. Volveremos sobre este asunto cuando se le certifique o no como adulto. —Miró a Ben y a Carolyn—. Lo siento.

Carolyn quedó anonadada al oír al juez. Que Jacob no estaba seguro allí. ¿Qué más había que no quería decirles? ¿Que los que estaban allí, sus vecinos de siempre, estaban tan furiosos como para hacerle daño? ¿Justicia del pueblo, incluso en un estado que no era despiadado ni propenso a apretar el gatillo con demasiada facilidad? ¿Justicia en cocinas de mesas grandes y espaciosas, Wendell? Venganza contra los suscriptores al *The New Yorker*, también. Los informes de Celene sobre la hostilidad de la sala de profesores resonaban ahora en su cabeza. Los Taverner, como Celene, tenían parientes desparramados por todos los pueblos en kilómetros a la redonda: tías de todas las edades; cuñados que llevaban armas en sus camionetas; primos ilegítimos.

En esos momentos, todas las manchas que aparecían en su historia familiar los hacían más conmovedoramente vulnerables, más próximos, más necesitados de protección, la gente probablemente se les uniría e iría con ellos si se daba el caso. Oía respirar a Jacob, no aparatosamente, sino con rapidez, como si hubiera estado corriendo. Sentía que la ceguera le estallaba en lágrimas, un flujo constante que le corría vertiginosamente por la barbilla y caía sobre la mesa. Las gotas le salpicaron el jersey y la falda, como si hubiera dejado caer un puñado de lentejuelas sobre su regazo.

Se iría a Concord, por su propia seguridad, para quedar detenido en una nueva prisión de menores, hasta que pudiera empezar la primera de sus muchas audiencias. Lo habían recuperado sólo para volverlo a perder. Una vez le dio un tironcito en la mano. ¿Para tranquilizarla, o era que estaba nervioso? Tom Grady golpeó con su martillo, un estrépito tan inesperado como un disparo. Se suponía que ése era el sonido de la voz del estado; era áspero e inhumano, como un árbol que cae, impersonal. Se quedaron sentados en silencio hasta que Fran, que fruncía el ceño para disimular que

estaba secretamente complacido, ocupó el lugar de la fianza fallida y se acercó, no sin amabilidad, para llevarse a Jacob.

OceanofPDF.com

JUDITH

No era ninguna coincidencia que no hubiera podido verlo. Podían haberla llevado a Cambridge y no lo hicieron; podrían haberla llevado al juicio, aunque su padre no hacía más que decir que no era un juicio, sólo una vista preliminar-que-no-es-nada. Y cuando volvieron no tenían el aspecto de que no hubiera sido nada o algo bueno. Se fueron a dormir. O al menos se acostaron, como si lo que quedaba del día no les interesara. Oscurecía tan temprano en esa época que Judith suponía que uno podía pretender que era de noche, si hacía falta. En todo caso, no le dijeron gran cosa. Parecía como si les hubieran dado un puñetazo en el estómago.

En realidad, todo estaba relacionado; nadie te respeta si eres una niña. Se olvidan de ti, te cierran la puerta en las narices, te dejan fuera como si ni siquiera formaras parte de la familia. Pero ella sabía que a Jacob le hubiera gustado verla. Eso también. Ella entendía cosas que ningún adulto recordaba, y su hermano lo hubiera apreciado.

Estaba tan enfadada que cuando volvieron a casa la encontraron llorando. Se negó a hablarles, se negó a hacerles las preguntas que le quemaban en la boca: ¿averiguaron lo de las postales?, ¿admitió algo?, ¿estaba nervioso o era don Hielo como siempre? (Una vez, en una excursión con el colegio, vieron el calabozo que había en el sótano, y le pareció demasiado brutal para una persona: celdas diminutas, estrechas, más pequeñas que un armario. La atracción principal era la taza de un váter, sin asiento ni tapa, y una litera soldada a la pared, en ese orden de aparición, así que la taza del váter era lo que más se veía. La tapa y el asiento podías tirárselas a alguien, por eso las habían quitado. Todo dependía de si las cosas podían usarse a modo de armas o no. Todo era

ladrillo y hierro oxidado. En ese sitio, hasta un santo se convertiría en un animal, había pensado Judith, aunque el policía que estuvo enseñándoselo —era el hermano mayor de Troy James, así que era difícil tomarle en serio, y él y su hermano no dejaron de darse puñetazos como si estuvieran en su casa— dijo que nadie se quedaba allí más de una noche. En general la usaban sobre todo para los borrachos. Dormían la mona allí y por la mañana subían a la sala del tribunal a que les pusieran una multa y los mandaran de vuelta a la calle. Francamente, él mismo reconoció que nadie parecía tener ningún interés en usar nada de lo que había allí como arma ofensiva, no tenían la energía necesaria, aunque a veces la gente sí que intentaba hacerse daño a sí misma. Una persona se ahorcó una vez, aunque el hermano de Troy no dijo cómo ni por qué. En aquella ocasión, Judith se había preguntado si el hecho de que te mataras en la cárcel significaba que eras culpable o sólo que estabas avergonzado. De cualquier modo, era demasiado terrible para imaginarlo… Y aun así, le encontró cierto atractivo a la idea de pensar en aquellas posibles armas ofensivas. En la clase hicieron una vez una prueba de aquellas en las que le preguntan a uno qué haría con esto o aquello que no se hubiera hecho nunca. Con un ladrillo. Con el envoltorio de un chicle. Con la piel de una víbora. Después de la excursión al calabozo se quedó obsesionada pensando qué es lo que se podría hacer —aparte de usarlo como arma y darle un golpe a alguien— con el asiento de un váter, el gancho de un perchero y el cajón de un escritorio.)

No hizo falta que preguntara dónde estaba.

—Se lo van a llevar a Concord —fue lo primero que le dijo su madre cuando colgó el abrigo. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas pálidas—. Es un lugar para chicos que están esperando lo mismo, ya sabes, juicios y esas cosas, así que tendrá mucha… compañía. —Vaciló en la última palabra. Judith comprendió enseguida el rechazo que su madre sentía por la clase de gente con la que tendría que convivir su hermano. A lo mejor salía convertido en un criminal de verdad.

Si salía. Y ya era un criminal. Le costaba recordarlo.

Sus padres pensaron que lloraba por él. Hubiera querido que supieran que estaba enfadada con ellos, pero eso la hubiera hecho parecer egoísta. Lo

único que podía hacer era quedarse allí quieta y sentir cómo le caía encima, como una lluvia fría, lo sucedido y la indiferencia de sus padres.

Jude, iremos en cuanto nos lo permitan. Hoy no, ya es muy tarde, y él tiene que instalarse. —Su padre todavía no había dicho nada. Estaba muy colorado, como si fuera a explotar—. Mañana si quieres. Quiere verte.

Claro, pensó ella. Y no pudo evitar preguntar:

—¿Cómo lo sabéis?

En ese momento se dio cuenta de que su madre mentía. Ni siquiera la habían mencionado.

Su madre no sabía mentir, era uno de sus puntos débiles. Lo único que hizo fue morderse el labio hasta que se le puso tan rojo como la cara de su marido. Era como si Judith fuera invisible, como si no viviera allí —eso, como si ni siquiera viviera—. A nadie le importaba. Se abalanzó sobre *Arisca*, que había entrado cuando sus padres abrieron la puerta y no hacía más que rondar su comida seca con aire inocente y delicado. Hundió la cara mojada en el pelo de la gata. Frío. Estaba frío y algo húmedo, casi dulce, y olía como la manta, a lana. *Ari* se ponía mimosa cuando ella la abrazaba, y de la parte inferior de la garganta le salía un sonido débil, como de placer y la esperanza de que la siguieran acariciando.

Después, sus padres se arrastraron hasta su dormitorio como ancianos, y Judith se sentó en la cocina y contempló cómo el color del cielo cambiaba de azul profundo a púrpura y luego a negro, intentando encontrar el momento en que se producían los cambios sin ningún éxito.

Sí, fueron a verlo, y Judith se prometió no volver jamás.

Era un edificio de ladrillo, viejo e insulso, y su hermano estaba en el tercer piso, tras una puerta donde tenías que picar hasta que alguien venía a abrirte. Judith no fue capaz de decidir si la chica que gesticulaba con rapidez en todas direcciones, hacia la sala de visitas, la biblioteca, las habitaciones individuales para los «clientes», era una interna o un miembro del personal. Ella no lo dijo. (¿«Clientes»? Qué palabra tan rara para hablar de chicos a los que han pillado y los tienen encerrados.) Tenía un aspecto pesado con aquellos pantalones de pana tan masculinos y el pelo lacio,

rojizo, mal cortado. No parecía que le interesaran demasiado, por más sonrisas que le dirigían, ella no devolvía ninguna. Los llevó al comedor (sillas aguadas de plástico, pinturas que probablemente habían hecho los «clientes» para alguna clase) y los dejó para ir a buscar a Jacob.

Judith se estrelló contra su hermano como un pájaro contra una pared de ladrillo. Ah, qué guapo era. Las facciones despejadas, los ojos de un penetrante azul grisáceo, del color de unos tejanos nuevos. Buscó en ellos dolor, o por lo menos algún cambio, pero no encontró nada. Él se quedó de pie, rígido como un soldado, mientras ella repetía su nombre una y otra vez, y la miró con asco, como si fuera una desconocida impertinente que le suplicaba su amor con voz empalagosa. Hasta dio un paso atrás, aliviado, cuando ella le soltó los brazos del cuello.

No lo podía tener para ella sola. Lo comprendió cuando el sonriente director —que fue hacia ellos todo atlético con sus zapatillas deportivas inmaculadas, como un profesor de gimnasia sin silbato— les indicó dónde podían sentarse. Un hermano es para conspirar con él en voz baja, para discutir con él qué programa o qué canal hay que poner. Cuando era pequeña, su hermano le arregló la casa de muñecas. En una visita, sus primos, los chicos del tío Stuie, le habían derribado el techo del segundo piso y le destrozaron la mitad de los muebles de la salita de estar, riendo y riendo. Igual que la hamaca paraguaya, que se rasgó cuando se tiraron encima —pesaban mucho esos dos, estaban sobrealimentados, y llevaban flequillo—. Jacob consiguió volver a enlazar las cuerdas como había que hacerlo, y para eso hacía falta una paciencia enorme, y más inteligencia de la que ella tenía. Hacía los mejores sándwiches calientes de queso del mundo. Aguantaba *a Arisca* para que ella pudiera ponerle el nuevo collar antipulgas. Contaba historias terroríficas de aparecidos. Le dio un trofeo que había ganado en las carreras para que lo pusiera en su repisa. Le daba palmadas en el brazo, cantaba con ella en el asiento trasero del coche, decía cosas sucias con las letras de las canciones más inocentes, y una vez la hizo reír tanto que se hizo pis encima. Le contaba secretos, aunque no los importantes por lo visto. Se reía escandalosamente por cualquier cosa. Vociferaba. Y nada de eso importaba en realidad. Era difícil decir qué era su hermano, pero era más que lo bueno que hacía: parte del telón de fondo, de

su mundo, ésa era la cuestión. Su hermano era, simplemente. Siempre había sido, desde el principio. Ella tenía una amiga en la escuela, Sandra Lee, y su hermano se había muerto en un naufragio la noche de la graduación, el año anterior… había sido horrible, pero no era lo mismo: aquel chico se había ido para siempre. Y todos se quedaron devastados. Aquello casi lo convirtió en un héroe. Pero ella no tenía a Jacob de vuelta. Ni siquiera su sombra. Sus padres sí, ellos tenían lo que necesitaban, ¿no? Lo habían recuperado, estaba a salvo, aunque no estuviera libre. Ella no tenía nada.

Aquel sitio parecía un colegio, todo falsamente alegre y desinfectado. No había ningún rincón privado. Todo el tiempo tenían que estar bajo una luz intensa. Judith se sentó en el extremo más alejado de la mesa, y escuchó el débil murmullo de las voces de sus padres. Una o dos veces Jacob dijo algo.

—¿Me puede traer alguien mis cómics?

—¿Los de las mujeres sexys? ¿Esos de los escotes y las porras y las botas? *¡Jacob!*

Fue entonces cuando su hermano le lanzó una mirada larga y penetrante: «*¿Ves?*». Ella trató de devolverle una señal: «*Sí veo, claro que veo*». Lo que quisiera.

Su madre callaba. Pasaba la punta del dedo de un lado a otro por el borde de la mesa, hasta que resultó violento. Aquella charla intrascendente la estaba afectando, Judith se daba perfecta cuenta. Una vez su madre le había dicho que no servía para hablar a secas. Tuvo muchos problemas con eso cuando era joven. Siempre tenía que tener un *objetivo*, aunque fuera poco importante. Tenía todo el día planificado, un montón de cosas por hacer. Claro que se divertía, insistía. Aunque en realidad eso dependía de lo que uno entendiera por divertirse. A los dieciséis ya trabajaba en un laboratorio cuando salía de la escuela. Cultivaba flores como afición, introduciendo un polen invisible en los órganos reproductores de lirios y tulipanes. (¡Sexys! Jacob había agitado una mano como si la idea fuera demasiado caliente para tocarla.) Llevaba conjuntos de jersey, falda y calcetines a juego. No le extrañaba que no se le diera muy bien el parloteo, ni estaba muy segura tampoco de que a ella le hubiera gustado si la hubiera conocido entonces. Podía imaginarla perfectamente en la clase, una de las

raras, como esas chicas que salen en las películas viejas y que lo único que necesitan es que alguien las mire a la cara, les saque las gafas y las horquillas y les diga en un susurro: «Pero si eres preciosa».

Su padre hablaba tan alegremente sobre ese sitio, que se llamaba CDEA —todos creían que significaba Centro de Detención para Adolescentes, pero en realidad lo que quería decir era Centro para Detenidos en Espera de la Audiencia, y eso, más que un nombre, sonaba a problema—, que estaba intentando convencer a Jacob para que ingresara allí, como si fuera la universidad. Así que tenían tele, y podían usar el teléfono. Y además, venía una persona a darles clases o algo parecido. Judith podía imaginarlo. Veía a algunos de esos chicos, con su piel dura y el caminar lerdo; veía cómo se negaban, cómo decían «¡No!» a todo aquello, a todos aquellos planes razonables para proporcionarles una terapia vocacional y rehabilitarlos. El hecho de que les hubieran atrapado haciendo algo no significaba que tuvieran que ablandarse y dejarse llevar. A ella no le hubiera gustado hacer de maestra allí, no, gracias. Ella quedaba en algún punto intermedio: comprendía la razón por la que a Jacob le enfurecía tanto ese estímulo forzado y generoso, ese interés que unos desconocidos mostraban por su futuro (y eso que él era de los que se portaban bien), pero a la vez era consciente de que ella misma siempre haría lo que la gente quisiera que hiciera, y hasta le gustaría. Sería suficiente un pequeño empujoncito, como con su madre, de rostro sombrío. Eran dos buenas chicas que siempre atendían a razones, qué sedante… Algo que siempre se podía defender. No les gustaban el enfado, ni la resistencia muda, ni las demostraciones de fuerza. Raras, de las que ganaban medallas en la Legión Americana al graduarse. «Dios —pensó Judith—, si fuera otra persona, yo no me gustaría nada.»

No se molestó en decirle una sola palabra más a su hermano. En el coche, su padre charló y charló, y después se quedó callado. Su madre parecía como embrujada, como si tuviera un dolor que no acababa de localizar o un problema complejo que estuviera tratando de resolver. Cuando pensaba, sencillamente, desaparecía.

También Judith se había estado preguntando qué harían al final para comprarle un abogado a su hermano —su padre lo decía así, como si

quisiera fastidiarlas—. No tenía sentido irse a lo barato cuando uno podía permitirse lo caro, eso es lo que le había enseñado su madre, y no porque le gustara derrochar el dinero, sino porque pensaba que la calidad siempre se nota. Su guardarropa era un ejemplo perfecto: una moderada cantidad de prendas de vestir buenas que lucen mucho con pequeños detalles.

En medio de una de sus discusiones sobre el tema del abogado, a Judith le pareció que su padre estaba a punto de pegar a su madre (aunque nunca lo había hecho antes). Siempre la había aterrorizado, demasiado más allá de las palabras como para poder expresarlo, que en una de sus peleas su padre pudiera desbordarse y golpeara a su madre en la cara (sin planearlo, claro, él nunca haría una cosa así, si no era en el extraño estado de sonambulismo y borrachera de ira en el que entraba algunas veces).

Y después la oscuridad.

Ése sería el fin de su matrimonio, ahí y entonces. Si su padre tenía orgullo, su madre no se quedaba atrás.

Ahora, mientras entraban en el garaje, los miró y lo único que vio fue distancia, los dos estaban muy lejos, solos, cavilando. Eso era lo que hacían todos ahora. A veces podían estar animosos, pero no parecía que se olvidaran de nada, sólo perdonaban, y aun así, no podías confiar tampoco en eso, porque guardaban una lista de agravios y podía aparecer de nuevo en cuestión de segundos. Judith estaba acostumbrada a la charla y a las risas, y a tener siempre la música favorita de alguien —Schubert o Hammer o The Dead— sonando de fondo. Cada vez que tenía una pregunta que hacerles, sabía que sentiría cómo sufrían cuando le contestaran. Para ser padres, parecían bastante confundidos. Trataría de descifrar las cosas por sí sola.

El lugar que ocupaba habitualmente el viejo automóvil de Jacob hacía ya mucho que estaba vacío. Era tétrico, como si su coche fuera su espíritu y hubieran desaparecido juntos.

Cuando encendieron la cocina de leña y el frío se esfumó de la estancia, su madre abrió dos latas de sopa de tomate y le puso un bol humeante sobre la mesa, con galletas saladas y trozos de zanahoria.

—No es una gran cena, cariño. Lo siento.

Como si no hiciera ya semanas que cenaban siempre así, comidas rápidas y enlatadas, y no mucha conversación en la mesa. La comida fúnebre había desaparecido ya porque ellos lo habían querido, pero ¿no hubiera desaparecido igual cuando pasara aquel momento de emergencia?

—No tengo hambre.

—A lo mejor tendremos que sufrir un poco más con las comidas si seguimos yendo tan a menudo en coche a Concord.

—Ya te he dicho que no pasa nada, mamá.

Le parecía que el bol rebosaba de sangre, y su olor era agrio, como los recuerdos que conservaba de la guardería. Hizo girar la cuchara en su interior como si estuviera tratando de comer, para sacarse a su madre de encima, y luego se fue a la cama y se desvistió sin encender las luces. En la oscuridad, se imaginó a sí misma en ese lugar, el Centro de Detenidos, acudiendo a abrir la puerta a los padres que iban de visita. Ella sería amable con ellos, porque sabría que estaban sufriendo, y prestaría especial atención a los hermanos y las hermanas, que se sentirían solos y asustados. Tendría una habitación con cerrojo, y se haría amiga de las chicas mayores, que habían robado en las tiendas, y puede que hasta en coches, porque sabía que en el fondo eran unas incomprendidas, y muy dulces, y que sus padres no las escuchaban nunca, o bebían o les pegaban, o hasta cosas peores. (Algo mucho peor podía ocurrir, aunque la idea de que tu padre se metiera en tu cuarto y te hiciera hacer cosas era demasiado terrible para imaginarla. Las primeras veces que había oído hablar de eso, saltó enseguida para negarlo, no podía ser, se lo estaban inventando. ¿Tu padre?, ¿la misma persona que te ha cambiado los pañales?)

Se durmió mientras se imaginaba a sí misma como la mejor trabajadora del comedor (donde, por cierto, eran los chicos quienes servían y limpiaban, y no estaban autorizados a quejarse). Tendría la mejor disposición del mundo. Para el juicio. Sería una criminal —aunque no llegó a inventar cuál era el motivo por el que la habían llevado allí— y una estrella al mismo tiempo, la favorita del director, la que podía gozar de todos los privilegios: apagar la luz tarde por las noches, bombones gratis de la máquina. Y sus

padres llorarían cuando fueran a verla, le tomarían las manos y se las besarían, y no se las soltarían durante toda la visita.

No había secretos, no en ese pueblo.

Celeste se encontró con ella a la mañana siguiente, cuando el autobús la dejó frente al instituto. La voz le salía casi chillona de la excitación, y al hablar expulsaba un vaho azul grisáceo, como el gorro y la bufanda que llevaba, del color del humo de un cigarrillo.

—¿Sabías que estaba embarazada?

—¿Qué? —preguntó Judith—. ¿Quién? —En el autobús había llevado el libro de ciencias abierto sobre el regazo. Había estado tratando de imaginar una ameba.

—Martha. —Celeste había convertido a Martha Taverner en una estrella de la película de su vida—. El informe de la autopsia. Mi padre lo oyó cuando estaba en casa de los Oddfellow, y aunque se supone que no tiene que saberlo, todo el mundo lo comenta ya, así que me dijo que no es ningún secreto. Han descubierto que iba a tener un niño.

Su júbilo hizo retroceder un paso a Judith. Por Dios, pensó, por Dios. Entonces era verdad, la visión de su hermano desnudo sobre los muslos de esa chica de aspecto inocente. Batman en acción, tan perverso como ella había intuido, una carne extraña que cambiaba cuando se acercaba a las chicas, y ahora todo el mundo los imaginaba sacudiéndose y jadeando, todos los Odd Fellows[3].

—Dos cosas —siguió Celeste con imprudencia. Todo eran noticias buenas y estimulantes—. Estaba embarazada. Y también saben lo de la cabaña adonde iban los dos. Su amiga, ya sabes, esa Tina Guy, dice que siempre iban allí después de la escuela y todo, y que ese día también fueron. Encontraron un montón de cosas, cigarrillos, tazas, drogas. Están completamente seguros.

Judith apretó los libros contra su pecho, como si ellos pudieran anular el sonido. Tenía ganas de vomitar, pero prefería tirarse bajo las ruedas del autobús antes que hacerlo allí delante de ella.

—Muchas gracias —dijo, y le echó a Celeste una larga mirada que lo decía todo, y se puso a caminar lo más rápido que pudo por la superficie de alquitrán, surcada de franjas brillantes, como un pastel adornado, hacia el bosque, que quedaba detrás del patio. No era muy denso que digamos, pero nadie podría verla cuando se hubiera adentrado un poco.

Puso los libros en delicado equilibrio sobre una roca seca, se quitó la chaqueta y se inclinó sobre un pequeño declive, una cuenca formada por las gotas del hielo que se derretía, detrás de un pino endeble. Lo único que fue capaz de hacer fue provocarse arcadas más fuertes durante un rato, pero cerró los ojos y finalmente el desayuno le subió a la boca. La sopa de ayer. Fue el recordarla, viscosa, del color rojo de la sangre, con una delgada capa por encima, como pequeñas arrugas, lo que le hizo devolver el cacao. Que pongan un bol de sangre delante del príncipe asesino, el príncipe padre. Batman padre. Y no sabría cómo escapar de él.

OceanofPDF.com

CAROLYN

Annie Dineen le sugirió que hiciera una excursión al centro comercial.

—¡Por favor, Annie! Yo nunca hago esas cosas. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Para distraerte —le dijo su amiga—. Yo te sugeriría… podar árboles, cazar zorros… cualquier cosa si pensara que podía ayudarte a distraerte.

Era Judith, pensó Carolyn, la que necesitaba un poco de distracción. La pobre niña —eso es lo que era, al menos antes de que la arrastraran a todo aquello— parecía confundida, indecisa entre el deseo de que sus padres la tuvieran presente y de que al mismo tiempo la ignoraran, de que repararan en ella y luego la dejaran en paz.

Bueno, nada mejor para eso que la necesidad de comprar alguna cosa. Los términos de la cacería eran claros: irían en busca de un nuevo conjunto de sombrero y guantes, porque el que tenía Judith era «grotesco». Y por supuesto, no podían volver a casa sin una malla de ballet, de color azul o púrpura preferentemente, para el equipo de gimnasia. Y necesitaba sin falta una blusa, no sabía muy bien de qué clase, pero la reconocería en cuanto la viera.

Partieron con alegría, tranquilas y relajadas. Ben y Jacob tenían los deportes, y había ciertos rituales que todos compartían en la familia, pero de alguna manera ir de compras era una nueva creación, como lo fuera para ella y su madre en otros tiempos. (Su hermana rechazó todas las oportunidades que se le brindaron con desprecio.) Vio que una sensación de bienestar invadía a Judith, exactamente el mismo que cuando ponía cara de satisfacción profunda en el momento en que pasaban las imágenes del futuro entretenimiento que te deparaban las películas que iban a dar, en un

relámpago de colores. Probablemente podría convencerse a todos los de su generación para que obedecieran sólo con poner la música de Cineplex Odeon o el logo de AMC antes de dar la orden. ¡Y AHORA, UN ANTICIPO DE LA QUE SERÁ NUESTRA PRÓXIMA PELÍCULA!, en letras brillantes y relucientes que volaban por la pantalla y se perdían en la oscuridad.

Carolyn sugirió que Judith trajera algunas cintas. El centro comercial quedaba lejos, lo suficiente como para verlo como una excursión. Lo que las inundó mientras fueron en el coche, fue ritmo sobre todo. Le hizo a su hija preguntas de rigor. ¿Por qué es tan popular Janet Jackson? ¿Ya ha terminado con Michael? ¿No está él pasado de moda? ¿Alguno de ellos era un héroe para ella? (¿Héroe?, repitió Judith inexpresivamente, como un eco. Era una pregunta demasiado grave, una intromisión adulta. «¿Te refieres a que si pienso en ellos como si fueran personas reales?»)

Tardaron tres cuartos de hora en llegar, a través de campos verdes y pueblos agrícolas que se habían convertido en zonas residenciales cuyas enormes casas coloniales eran presa codiciada por los comercios si daban a la carretera —SEGUROS, ALFOMBRAS, prácticas en grupo—. Judith parloteaba acerca de sus amigas de la escuela, de una maestra a la que iban a despedir porque era muy mala, de un nuevo interés que podía llevarla… «a lo mejor, a lo mejor», dijo casi rogándoselo, a pedirles que la dejaran hacer clases de equitación. Cuanto más frívola era la conversación, más sentía Carolyn que se le relajaban el cuello y los hombros. Le contó a Judith historias de cuando ella iba al colegio y cómo una vez —¿nunca se lo había contado?— tomó sola el tren para Chicago cuando tenía once años y se quedó dormida y no despertó hasta Denver.

Antes de que llegaran al centro, el tráfico empezó a espesarse, y para cuando consiguieron entrar en el aparcamiento y encontrar un sitio para el coche, ya estaban listas para almorzar. Dejaron el coche riendo como tontas y sintiéndose culpables, agitando las manos, y se fueron a buscar algo que comer. Judith estaba encantada.

—¡Y eso que todavía no hemos empezado!

Carolyn se sentía contenta por un lado y triste por otro, porque se daba cuenta de que nunca tenía tiempo para dedicarle a su hija ese tipo de

placeres. Era difícil sentirse amargada en ese lugar, creer en cosas tales como las acciones y las consecuencias. La primera cosa buena que podía decir sobre las catástrofes era que podías tomarte el día libre y a nadie le importaba.

Y era embriagador: luces que se reflejaban en los espejos, una mujer vestida con una chaquetilla blanca, como un médico, y que se acercaba a ellas con un atomizador lleno de algo denso y caro y de nombre sugerente; Carolyn hizo un gesto para alejarla, como si fuera un enjambre, pero Judith le tendió una muñeca agradecida y no dejó de olérsela mientras subían por la escalera mecánica. Las mesas estaban llenas de colorido, bien arregladas, y la música llenaba el ambiente, un jazz suave, para que mantuvieran un buen paso. Se sentía como borracha en medio de todo aquello: irresponsable, oscuramente estimulada, totalmente irreal.

—Bueno, manos a la obra —le dijo a Judith—. Los sombreros y los guantes. ¿Dónde deben de estar?

—¡Ah, mira, mamá! ¿no te quedaría bien eso? Es tan… tan *tú*. —Se detuvieron para considerar una blusa oscura de satén con un profundo canesú rojo—. Quedaría tan bien con tu pelo. ¡Ahhh…!

Carolyn rió.

—¡Cualquiera diría que te duele algo! Pero ¿para qué necesito ropa de vestir precisamente ahora, cariño? En serio…

—Ah, necesitar… Pruébatela, por favor. Sólo quiero ver cómo te queda. ¿No te parece… voluptuosa?

Carolyn pudo sentir cómo probaba aquella palabra. Tal vez ella y Celeste tenían un vocabulario totalmente nuevo para expresar sus vanidades, sus ideas, su desesperación.

Para darle el gusto, la descolgó y se la llevó al probador junto con un par de pantalones del mismo satén oscuro, como un cielo nocturno que todavía no se ha puesto negro del todo.

Judith se sentó en una banqueta para admirarla mientras se quitaba el jersey.

—Tienes un pelo tan bonito… —Parecía ansiosa por ser infantil y lisonjera. «Lo que tú quieras, cariño —pensó—, lo que tú quieras.»—. Y yo mira, tengo estas clavículas horrorosas. —Puso cara de desolación.

Se lanzaron a discutir sobre huesos y omóplatos seriamente.

—Ya se llenarán, Jude, te lo prometo. Yo era tan flaca que no te lo creerías. Cuarenta de arriba.

Judith, ceñuda, alzó los hombros para hacer que sus huecos se vieran más huecos todavía.

—Y nunca voy a tener… ya sabes —se lo indicó con un gesto a Carolyn —. Y por mí perfecto, la verdad, el problema es que la ropa parece muy vacía si no tienes.

Se había comprado su primer sujetador ese año. Su cuerpo de gimnasta, la pureza e inocencia de sus líneas asexuadas casi hicieron que a Carolyn se le llenaran los ojos de lágrimas. Podía sentir cómo su hija la estudiaba, cómo preguntaba qué se sentiría al ser tan suave y redondeada, estando allí parada con la blanca enagua de encaje y después, al dejarla caer y ponerse aquel satén negro y abotonarlo y volverse, más y más atractiva con cada centímetro de carne que se cubría.

—Es precioso —dijo, y tendió la mano para acariciarla como si fuera una piel—. Pareces una estrella de cine. ¿Te lo vas a llevar?

—Ay, Judith, ¿y qué voy a hacer con esto? Ya sabes que últimamente no nos invitan a muchas cenas. —(Como si vistieran alguna vez de un modo especial para asistir a las cenas.) Se volvió y contempló las estilizadas líneas de su espalda en aquella blusa. En verdad que era estupendo, sorprendentemente gracioso, como salido de la vida de otra persona. ¿No le iría bien un poco de vanidad en esos momentos, ser un poco buena consigo misma?

—Creo que tendrías que comprarte algo extravagante y bonito —dijo Judith arrobada, rodeando la cintura de su madre con los brazos—. Creo que tendrías que ponértelo después de la cena, bajar las luces y darle una sorpresa a papá. Y él dirá: «¿Quién es esa mujer tan fabulosa, es la misma que ha estado tan…?». —El perfume a base de almizcle que se había puesto parecía envolverlas a las dos.

—¡Judith! —suplicaba Carolyn riendo—. ¡Por favor! —La que ha estado tan…, no hizo falta terminarlo.

Un grupo de chicas de secundaria entró en los probadores, ruidosas, avasallando, llenas de exclamaciones descaradas.

—¡Ya verás cuando lo vea! Se va a caer de espaldas.

—Tu madre también, eso seguro. Eh, Nicole, con eso puesto no te van a dejar salir ni a la puerta de la calle. ¡Vas a acabar encerrada!

—Ah, venga. Mirad… Si bajo un poco el cierre…, ¿qué pasa?

Judith se puso tensa y apretó la cabeza contra el hombro de su madre. Carolyn vio cómo se quedaba petrificada. Sintió los codos flaquísimos clavados contra la cintura. Tenía una mueca enfermiza en la boca. Por lo visto, las mujeres fabulosas y las chicas fabulosas no eran lo mismo.

—¡Ah, qué maravilla! —y estallaron en risas satisfechas.

—Espera, espera —gritó Nicole—. Mira cómo queda si me remango los pantalones. ¡Uau, qué diferencia!

—¡Oh, ya lo he estropeado! —dijo Judith contra la clavícula de su madre.

Carolyn se apartó y bajó la mirada hacia la blusa.

—Hay lágrimas en la camisa. Mira lo que he hecho.

Señor.

—No te preocupes, cariño, la colgamos y ya está. —Alisó el cabello de su hija—. Nadie puede rastrear las lágrimas.

Sacó un pañuelo del bolso. Judith se limpió la caray se lo devolvió. Carolyn sostuvo el pañuelito contra su propia cara y respiró una, dos, tres veces, con lentitud, como para tranquilizarse, en la oscuridad. Después abrió los ojos a esa luz deslumbrante y deseó que la luz pudiera arrancarla de sí misma.

OceanofPDF.com

BEN

Era de Manchester, de nuestro mismo estado. Seguramente lo había elegido para tranquilizarme. Wendell lo conocía bien.

—El mejor. Mejor que el mejor —decía él, pero su criterio no era ninguna garantía para mí—. Se dejaría comer por sus casos.

—Estupendo. ¿Crees que le quedarán al menos un par de bocados para el juicio?

—No, Ben, escucha. Si existe alguna probabilidad de que no haya juicio es con él. Sólo ha perdido un caso en toda su vida. Está totalmente entregado a su trabajo y es pobre, como los médicos rurales de antes, de esos que vivían en la trastienda del consultorio. Lo digo en serio. No tendrás ningún problema con él.

—Pero, de todos modos, piensa llevarse todo el dinero, ¿no?

—Bueno. —Wendell se arregló el nudo de la corbata—. Pero lo que él te va a dar vale mucho más que tu dinero. Mira, ves a verlo. Dale duro. Haz que demuestre que vale el dinero que cobra. Vive en la carretera hacia Manchester. Venga, ves.

Por el camino hablamos de los chismes. Yo empecé diciendo que él, mi hijo, el muy hijoputa, ni siquiera sabía tener la bragueta cerrada, pero tengo que admitir que la mirada que me lanzó Carolyn fue suficiente para hacerme callar. Hipocresía, de acuerdo. No hacía falta que me lo dijera: ¿cuántos años tenía yo cuando encontré a la primera mujer dispuesta? ¿Cuántos años cuando estaba desesperado y lo único que necesitaba era que alguien me quisiera a mí? Era mayor que Jacob la primera vez, aunque no

mucho, y no fue porque yo quisiera tampoco. Aún podía imaginar las sábanas grises y rancias, que dejamos más rancias todavía, una chica llamada Theda y yo (la cama me la prestó mi amigo Maxie en su estudio de la calle Wooster). Creí que me moría. No podía entender cómo a medio mundo no le daba un ataque al corazón durante el clímax. Bueno, a lo mejor sí los tienen, me dijo Theda entonces, tan directa como siempre, hasta en el sexo. Ella nunca decía nada que no pensara. ¿Pero cómo íbamos a saberlo? Recuerdo que nos pusimos a inventar necrológicas sinceras: El señor Jones falleció después de tres asaltos con la señora Smith. El señor Williams falleció cuando la señora Williams se le subió encima y le cubrió la cara con sus largos cabellos. John y Joan Johnson murieron simultáneamente. Suicidio. Y nos reíamos y nos buscábamos el uno al otro.

—Ése podría ser el motivo —dijo Carolyn sin mirarlo.

—Si lo dices supongo que es porque lo crees.

Ella rió con amargura, en una especie de ladrido abortado.

—¿Es que tú no lo crees también? ¿Desde cuándo?

Me hubiera resultado muy difícil decir lo que pensaba. Que si es que lo había hecho o, por algún milagro, no lo había hecho; yo había perdido la confianza en mi capacidad de conocer las cosas. ¿Qué podía importar lo que yo creyera si no era capaz de adivinar lo que él tenía en la cabeza? Ahora sus recuerdos eran exclusivamente suyos… Siempre lo habían sido, en realidad, sólo que antes no era tan obvio…, y sus motivos también.

Al principio tiendes a pensar que la vida de tu hijo está en tus manos, que lo tienes bien sujeto: esa cosita minúscula siempre está contigo. Si juega con sus amiguitos, tú estás allí, haciendo de árbitro en sus reyertas. Carolyn y yo nos turnábamos. (O, en todo caso, yo hacía los turnos de Carolyn.) Tú le compras los juguetes, lo dejas en el lado del jardín donde estará más seguro. Crees que conoces a todos los personajes que tiene en la cabeza, las cosas que le asustan y sus dulces sueños. Y entonces, una noche tiene una pesadilla. Le parte el sueño en dos, y también el tuyo. Entras corriendo y lo sacas de la cuna, como si estuviera ardiendo, y lo estrechas contra ti para tranquilizarlo. Él no puede decir nada, o como mucho, una o dos palabras, un indicio, una pista, sobre el origen del monstruo, ah, esa película terrible, como si uno necesitara a Walt Disney para tener pesadillas.

Es enorme y peludo y estaba justo detrás de él. O caía desde un acantilado a las rocas que había debajo. Lo que sea, da igual. ¿De dónde sacaba eso? No mira programas violentos por la televisión, nunca ha tenido un trauma. Combustión espontánea, eso es lo que es. Los pequeños microbios crecen al calor de su cabeza, en ese medio húmedo.

Después sigue madurando, no tan al alcance de la vista. En la guardería, donde tiene experiencias de las que nunca te enteras, pequeñas experiencias, demasiado insignificantes para que te las cuente. Ginny lo ha tirado del columpio. Seth le ha regalado su pasta a la hora del almuerzo. Buenas, malas, todas invisibles.

Arrogancia. Descaro. Es su vida aunque sea pequeño y esté rodeado de tutores adultos. Es su vida. Pero eso está muy lejos de dejar embarazada a una mujer y muy, pero que muy lejos, me di cuenta con una sacudida tan violenta como una descarga eléctrica, de hacerme pasar de padre joven que era al abuelo en que me habría convertido. Habría, podría haberme convertido, sólo que intervino la MUERTE. Cayó sobre mí como una mortaja.

—Ayudaría si colaborase un poco con nosotros —aventuré—. En serio.

—Cuando vuelva a casa —dijo ella—. Cuando consigamos la fianza. Tal vez en casa vuelva a ser el mismo de antes. Ahora parece como aturdido… todos esos sitios. Está como aturdido con tantas luces.

—En sentido figurado, querrás decir.

—En sentido figurado —suspiró ella.

Yo pensaba en esa chica embarazada, en su descuido. Idiotas.

Así que estaba alterado por aquello, o asustado, o se sentía culpable. O… O… O… Y ni siquiera sabía qué íbamos a decirle al abogado, excepto *por favor. Cueste lo que cueste*.

Si no hubiera sido por su nombre, lo habría tomado por judío. Demaris, Panos. Muy griego, de Manchester. Era un hombre menudo, moreno, rápido, de mi edad o tal vez más joven, con una buena mata de pelo oscuro peinado a lo que la generación anterior hubiera llamado la pompadour. Llevaba los pantalones ligeramente acampanados —a Jacob le hubiera dado

risa—, de un celeste claro que parecía más propio de un vendedor de muebles que del mejor abogado defensor de la ciudad. La mayor parte de los abogados estaban en la calle Elm, en edificios nuevos y elegantes. Él, en cambio, vivía en una casa nada victoriana, en una calle secundaria cerca del centro. Más tarde nos contó que la casa pertenecía a un familiar lejano. Las familias griegas siempre se llevan bien. Habían llegado a un beneficioso acuerdo que no hubiera conseguido en ningún otro lugar.

—Si uno se las arregla para no gastar mucho, puede elegir el trabajo que quiera —dijo—. ¿Para que voy a coger el dinero de ustedes, darle un beso y entregárselo al propietario de la casa?

Señor, qué cautelosos que estábamos. Su recepcionista nos dijo que nos sentáramos en el diminuto salón-sala de espera y empezamos a fisgonear por todas partes como si las revistas de aquel hombre (una gran variedad, desde el *Golfer's Digest* hasta el *Smithsonian*, pasando por una especie de revista dedicada a los fanáticos de coches antiguos reciclados como coches de carreras —¿para chicos con problemas?—) fueran a revelarnos algún oscuro secreto. Sus plantas eran de la clase de las que viven sin muchos cuidados, espinosas y nada atractivas, y las paredes estaban cubiertas con pósters de restaurantes griegos: el azul hiriente del mar Egeo, los escalones de piedra de los pueblos isleños, una capilla con la cúpula blanca, casas blancas sobre empinados acantilados. Otro regalo de un pariente, seguro. Miré a Carolyn para ver cómo reaccionaba. Su cara no expresaba nada. Curiosidad, nada más. Cuando aún estaba formándose un juicio tenía siempre un aspecto muy poco natural, permanecía en un silencio tan tenso que casi gritaba. El científico reuniendo evidencias mientras se mantiene escrupulosamente neutral, sin arriesgar una hipótesis todavía. Muy razonable. Yo por mi parte me sentía inclinado a aceptar a aquel hombre por la perversidad de su poco elegante alojamiento. Pero tenía que tener cuidado con eso: a uno lo pueden ahorcar lo mismo por austero que por aristócrata, depende de quién esté en el poder.

Salió a recibirnos en persona, caminando con rapidez.

—Panos Demaris —dijo, y sentí cómo nos absorbía con su mirada, mucho más feroz que la de Carolyn o la mía. Su apretón de manos fue enfático. Y vi que hasta esquivaba las esquinas inclinando ligeramente el

cuerpo, como si estuvieran peraltadas, para no tener que aminorar la velocidad.

Sin embargo, cuando estuvimos todos sentados en su oficina, nos envolvió un profundo silencio. Sólo los sillones de cuero chillaban. Era un lugar vastamente poblado por fotografías en blanco y negro de figuras históricas, dignatarios de Manchester, y quizá hasta de ámbito nacional, y de lo que seguramente eran familiares: niños, abuelas, y docenas de los que quedan por en medio. Esperaba. Yo pensaba todo el tiempo en mi psiquiatra cuando no decía nada, con aquella paciencia tan exasperante, la persona que me había ayudado durante todos los años que pasé en la escuela de arte, escuchando cómo desarmaba a mi familia y volvía a rearmarla de una forma un poco distinta. La familia que Demaris tenía en la pared podía ser perfectamente la mía, pensaba, un poco cansado, toda esa gente que nos quiere demasiado y a la que (supongo que es por eso, porque nos piden demasiado) siempre le fallamos. Me pregunté si las familias griegas sofocarían a sus hijos. La pregunta se contestaba sola.

Finalmente Carolyn se aventuró a decir algo. Si no lo hubiera hecho, todavía estaríamos allí.

—Wendell Bye le ha hablado de nosotros.

El hombre alzó una ceja, aunque no para contradecirnos.

—Nuestro hijo…

Él quería oír lo que tuviéramos que decirle. Su mirada iba de uno a otro. Yo tenía que decir algo, así que confié en mi voz y agregué:

—Tiene diecisiete años, hace secundaria.

—Está acusado —dijo Carolyn, y tiró del velcro del bolso que le colgaba del hombro. Sonó como cuando arrancas esparadrapo de la piel— de matar a una chica. Una amiga del colegio. Una especie de novia. —Cogió un pañuelito de papel de color durazno y lo agarró con fuerza, por si acaso—. No tenemos la menor idea de si lo ha hecho o no.

—Por Dios —dije, sabiendo que era estúpido. Supongo que lo que quería era contactar de alguna manera con aquel hombre—. ¿Ha leído alguna vez las historietas del pato Donald? Sonamos como sus sobrinos, ya sabe, Huey, Louie y Dewey, que siempre dicen las cosas entre los tres, ¿no le parece?

Carolyn me miraba de una pieza. Yo no tenía ni idea de cómo interpretar la expresión de Panos Demaris. El hombre pasaba mucho tiempo ante los jurados.

Después le contamos todo lo que sabíamos, que, sin las partes que yo había borrado, era poco menos que nada. Tomó notas, pero no dejó escapar ninguna opinión. Lo que no significaba que no la tuviera.

—¿Tiene que creer en la inocencia de la persona para aceptar un caso? —Ahí estaba Carolyn de nuevo, con su pregunta ingenua e irrelevante de intelectual. No me daba miedo que se dejara ir y contara lo del gato, no, no lo haría. Creo que lo que quería era dejar claro que la excentricidad no era su estilo (no como en el caso de él), sino su pureza y su inocencia. Su limpieza moral. A mí me daba la impresión de que parecía una tonta.

El abogado rió quedamente, en un gesto que tal vez fuera paternalista, tal vez de comprensión. No era un hombre escandaloso, sólo un profesional al que le costaba quedarse sentado y quieto.

—Normalmente trabajo con casos de menores —dijo—, y tienen todos los problemas que se le puedan ocurrir a usted y más. Muchos no han sido inocentes de nada que se les haya querido imputar desde que tenían cuatro años. Pero tienen derecho a una buena defensa.

Estupendo.

—¿Cómo sabe que estará dispuesto a hablar con usted? —le pregunté.

Eso era un cliché. Podía haber salido de cualquier película, al final de una escena exactamente igual a ésa —seguramente la habría visto, sí—, pero me gustaba, me gustaba tanto como la necesitaba.

—Hablará. —Exhaló con fuerza y empezó a golpear la mesa con los índices, ruidosamente, como si estuviera impaciente por empezar—. No puedo asegurarles que vaya a decirme la verdad, pero hablar hablará, si es eso lo que les preocupa.

Carolyn condujo a la vuelta, y yo cerré los ojos. Veía a Panos Demaris y a Carolyn y a una mujer vestida de negro que caminaba entre los dos, una mujer de Samoa o de Siphnos, o quizá de Vilnius o de Minsk. Caminaban juntos por un campo, tranquilamente, no muy cerca los unos de los otros, y

bajaban hacia el mar. Ella se iba con él, eso estaba claro, pero yo no aparecía para nada en el sueño, si no es como los ojos que los veían alejarse y volverse cada vez más pequeños, como la gente en las fotografías. Abrí los ojos y vi a Carolyn con el rostro tenso cuando aceleraba para adelantar a un camión.

Creo que yo pensaba que el poder y la virilidad son intercambiables. ¿Y el poder y la victoria?

Me preguntaba si Demaris tendría otra ropa que ponerse para presentarse ante el tribunal.

Se hubiera dicho que estábamos en la carretera todo el tiempo. Parecía como si fuéramos a ver a Jacob sólo para que yo pudiera tratar de tener con él una charla intrascendente sobre la programación de la tele y la NBA y volviera a casa furioso y exhausto por el esfuerzo de enfrentarme con la nada. Judith se negaba a ir, por razones que mantenía ocultas, y Carolyn, Jacob y yo matábamos el tiempo como tres extraños a los que no han presentado de la forma adecuada. Después de que Demaris acudiera a visitarlo en las instalaciones del CDEA, fuimos a Manchester a hablar con él. Me preguntaba si habrían hablado de baloncesto.

—Es un chico muy inteligente —nos dijo sin dar detalles—. Me gusta. ¿Les importa que coma mientras hablamos?

Eran las tres y media. Desenvolvió un sándwich de carne gruesa que llevaba en un papel blanco y grasiento, y se inclinó exageradamente sobre él, con los hombros prácticamente sobre el escritorio, para proteger la camisa.

—¿Es un almuerzo tardío o una cena temprana? —le preguntó Carolyn. Era evidente que el hombre la desconcertaba. Una de las cosas que más nos diferencian es que ella no suele ser muy tolerante con la excentricidad, a menos que sirva a algún propósito.

—El desayuno, creo. He tenido que asistir a una reunión antes del juicio, y no he tenido tiempo para nada. —Parecía tan comprometido como había dicho Wendell: no hacía vacaciones, conducía un coche que lo desacreditaba («Vamos —dijo cuando un primo suyo le comentó que su

coche era una vergüenza para un miembro de la comunidad de abogados—. Que esto es New Hampshire. Me daría apuro llevar otro coche mejor»). Sin embargo, no vaciló en decirnos que nosotros no éramos el tipo de personas a las que él consideraba «necesitadas».

—Admítanlo. Háganse a ustedes mismos y a mí el favor de ser sinceros —dijo con sencillez y tal vez algo de cansancio—. Por más que sus finanzas se estén resintiendo con todo esto, y estoy seguro de que así es, miren. Acabo de terminar con el caso de un chico que vive en los barrios marginales. Un chico que duerme en el comedor, en una silla. Cuando crece, le cambian la silla y ya está. —Encogimiento de hombros. Sabía cuándo callarse.

Más conversación trivial. A esas alturas, mi pie estaba ya empezando a golpear nerviosamente el suelo. ¿Y? ¿Y? ¿Y?

—Bueno. Sigue sin decir nada. Le pregunté si entendía su situación. Le dije que si uno se escapa, lo normal es que parezca culpable, y creo que me entendió. Pero ni siquiera trata de hablar para justificarse… se está comportando como un niño, ya lo ven. Un niño que cree que si puede hacerse el duro el tiempo suficiente, todo se arreglará. —La carne de su sándwich parecía un trapo sucio. Se tragó un pedazo grande—. Así que le dije, mira, no tengo ningunas ganas de inventarme una historia para ti, pero si tengo que hacerlo lo haré. Si tú no me ayudas, tendré que hacerlo. Puedo salir con alguna cosa bien plausible (existe eso que llaman «circunstancias atenuantes»). Que estabas borracho. Drogado. Ya sabes. La locura no nos sirve aquí. No conviene usar eso con un jurado de New Hampshire si hay alguna otra alternativa. La verdad es que éste no es el lugar más propicio para aducir que estabas loco cuando lo hiciste, no como los tribunales esperan que lo estés. Parece demasiado conveniente: enajenación mental transitoria, deterioro momentáneo de tu capacidad de raciocinio. Pero tú no pareces un loco, no te columpias en los árboles ni nada de eso. Piensa que lo de saber distinguir entre el bien y el mal es un arma muy peligrosa para los que la usan y para aquellos contra quienes se usa.

—Es una categoría moral.

—Con una curiosa implicación pragmática. Que son contrarias. —Se encogió de hombros—. Y luego está lo de la defensa propia, está lo de…

bueno, tenemos algunas tretas más que sacarnos de la manga. Pero no tendríamos que estar haciendo esto por él, ¿saben? No tendría que haber la necesidad de que usáramos una palanca para abrirle la boca. Y tenemos que saber contra qué nos estamos enfrentando. Lo que van a encontrar. Qué clase de evidencia material tienen. —Eso eran afirmaciones, no preguntas. Y dichas así sonaban aterradoras—. Es mejor que lo piensen bien, porque yo no puedo hacerlo solo. —Dio cuenta del último pedazo de su sándwich con un bocado ruidoso—. Permítanme que les haga unas preguntas sobre Jacob, ¿les parece? —Se incorporó y caminó un poco; luego, de repente, se acurrucó en el suelo y rebotó un par de veces, con fuerza. Se levantó y volvió hacia nosotros—. Siento que se me para la circulación. Se me debe de estar coagulando la sangre.

—Demasiada comida —sugerí—. Lo único que le pedimos es que su cerebro se mantenga fluido.

Panos rió. Pero cambió tan rápido a otra cosa como el colmillo de una víbora.

—¿Creen que normalmente Jacob es sincero con ustedes?

Yo ya había empezado a responder antes de que hubiera acabado de hacer la pregunta.

—¿Nos está preguntando si nos llevamos bien?

—No, no es lo mismo. Me refiero a cosas más concretas. ¿Les dice normalmente la verdad?

Carolyn me miró. No, no nos mentía, ¿no es cierto?

—No especialmente —dijo—. Bueno, no se me ocurre… ¿se refiere a menudencias intrascendentes? ¿Como decir que ha sacado la basura cuando es mentira? ¿A ese tipo de cosas?

El abogado asintió.

—Bueno, eso lo hacen todos los adolescentes. Yo tengo un par en casa, Dios nos ampare. No, me refiero a cosas más importantes. Adónde va, con quién ha estado. De dónde saca el dinero. Ese tipo de cosas.

—Me parece que en eso es como todos —dije.

—No, Ben. ¿Le parece a usted que cualquier chico normal se pone a gritar a las tres de la madrugada? Me pregunto si no es un poco…

—Pero eso no es mentir. No es, no sé, no es lo que yo diría muy buen comportamiento. No le ve la necesidad, y no creo que la mayoría de los chicos de su edad la vean, no hasta que ellos mismos no se convierten en padres. Panos, es un chico perfectamente normal.

—¿Alguna vez les ha robado algo que ustedes sepan? ¿Aunque sea alguna tontería?

—Es un patán —dije, pensándolo bien—. A veces es demasiado desorganizado como para hacer las cosas bien. Y siempre termina por… Recuerdo que una vez me contó… bueno, fue bastante después, en realidad…, me contó que no había entregado el dinero para una colecta de la escuela. Siempre se olvidaba. Serían unos setenta dólares, para la esclerosis múltiple. No, para la distrofia muscular. Lo que tiene Jerry Lewis. No sé cómo se llama. Así que se quedó con el dinero. Pecados veniales.

Me acordaba muy bien de los billetes que había sacado del bolso de Carolyn. Pero sentía que si decía algo sobre aquellos billetes sería como una traición, no sé por qué. Seguramente ella también lo sentía… porque no abrió la boca.

Pero le contamos mil cosas sin importancia acerca de Jacob, desde su pericia con los ordenadores —un chico de su época— hasta su mediocridad en la lucha libre y su deseo de ganar al menos una pelea ese año. Le hablamos de su alergia a los cacahuetes, de su trabajo como voluntario en un asilo de ancianos un verano, leyendo cuentos. (Sonaba de lo más inverosímil, como un modelo de hijo. Yo no podía reconocerlo.) Dije que todavía conservaba amigos de cuando iba a la escuela. Y que tenía algunos nuevos que nunca traía a casa, por lo que sea, timidez, bochorno, quién sabe. Le conté que a Jacob le gustaba ayudarme en mi taller cuando podía, o al menos le gustaba en otros tiempos. Cómo hablábamos de todo mientras dábamos forma a las figuras, lijábamos, encolábamos; desde el arte a los deportes ü otros chicos, y hasta puede que un poco de chicas. Yo nunca supe si era franco conmigo, ¿cómo iba a saberlo? Creía que éramos buenos amigos. Aunque eso había sido hacía ya mucho, antes de que aprendiera a conducir. Tal vez antes de que tuviera secretos, no lo sé. Un par de veces le atribuí su mérito cuando presenté mi obra: una colaboración entre Benjamín y Jacob Reiser.

¿Nos considerábamos gente fuera de lo común?

—¿Se refiere en general o en Hyland?

—Donde prefiera. O en los dos.

Carolyn y yo nos miramos indecisos.

—Es difícil decirlo —empezó ella—. Es difícil verse a uno mismo fuera de contexto. Así que… —Se encogió de hombros—. En Nueva York, que es de donde venimos, no, allí éramos de lo más común.

—Algo comunes —la corregí.

—Pero aquí, en Hyland. Bueno…

—En Hyland —continué yo—, somos y no somos únicos. Vaya, me refiero a que yo, por ejemplo, juego al póquer…, jugaba, supongo… con un grupo bastante variopinto. Un deshollinador, un tipo que hace seguros, y un pianista de jazz que da clases de música en el instituto. Así que depende de cómo se mire. Pertenecemos al PTO. Carolyn canta en el coro. No, no queremos ser diferentes. No vinimos aquí para sobresalir.

—Por otra parte —dijo Carolyn con cierta rigidez—, yo soy médico y mi esposo escultor… Y no es fácil decir en qué categoría pueden incluirse esas actividades. Hyland es un pueblo rural que se está convirtiendo en zona residencial, tal vez demasiado elegante para cierta gente. Pero de todos modos, aquí siempre ha habido gente de dinero, gente que no tiene que trabajar para vivir, como el viejo Boston, digamos, y para ellos supongo que somos sólo…

—Simples trabajadores —dije.

—Así que el estatus de cada uno cambia constantemente, depende de quién haga qué para quién. Y de con quién se habla. Quien más quien menos tiene una cierta posición.

—¿Y la familia de la chica? ¿Los Taverner?

Suspiramos.

—El padre de Martha —suspiró Carolyn— es uno de esos hombres que no se acaban de encontrar a sí mismos, me parece. Ha tenido problemas con el alcohol. Parece agradable, y hasta diría que es divertido, ¿no, Ben? Él y otros hombres de la ciudad hacían… bromas pesadas. Una vez pintaron la calle que queda frente al ayuntamiento de color púrpura, no recuerdo por qué. Y engancharon una especie de cinta en la alarma contra incendios y la

hicieron sonar por toda la ciudad. —Tenía un aspecto bastante indefenso—. A la señora Taverner no la conozco en realidad, pero tienen muchos defensores en Hyland. Ya sabe, han nacido y han vivido siempre aquí, y tienen mucha familia, tienen la ventaja de que…

—De que pertenecen a este lugar —dije—. Sean cuales sean sus virtudes o las nuestras, señor Demaris, la ciudad es un poco más suya que nuestra. Supongo que se hará cargo. Y además, piense también que somos judíos. Poco menos que una minoría.

—¿Han tenido algún problema por eso?

—Bueno, no sé lo que dirán entre ellos cuando están solos, pero en general la gente ha sido siempre muy respetuosa. Creo que es mejor que ser completamente ateo. Pero alguien me dijo una vez —me sentí la boca como llena de tierra— que si todo iba bien, nadie diría nunca nada, pero que si alguna vez había algún problema…

Panos nos miró con dureza, sin vacilar. Apostaría a que se estaba preguntando si éramos unos esnobs que se negaban a admitir lo que eran o auténticos defensores de la igualdad de clases que se habían metido en una trampa. Preguntándose si quedaba alguien en Hyland que nos quisiera. Esperó unos momentos para asimilar la información.

—Bueno —dijo al fin—. Volviendo a Jacob… —Parecía largo y difícil el regreso. El hombre se golpeó la frente con la goma que llevaba, en la punta del lápiz—. Están describiéndome a un chico bastante corriente. Como ustedes mismos han dicho. Y ahora dejen que les haga una pregunta, y no se lo tomen como algo personal, por favor. No es ninguna acusación. ¿Dirían que Jacob tiene algún problema especial… psicológico, que les haya tenido preocupados?

Así que escuchamos cómo Panos trataba de disimular la acusación (porque, evidentemente, eso es lo que estaba haciendo, una acusación):

—La ira —continuó—, eso es muy importante. Escúchenme, por favor. ¿Tiene Jacob alguna dificultad especial para expresar su rabia? ¿Tiende a guardarse las cosas? ¿Explota alguna vez? Cuando un chico se queda tan *callado* como él…

Carolyn tendió la mano hacia mi brazo, y la puso allí con suavidad. Yo no supe adivinar si lo que pretendía con eso era contenerme o consolarme.

Antes de que pudiéramos decir nada, Panos continuó. No en tono defensivo, aunque siguió hablando en un medio susurro, como un conspirador.

—¿Quieren saber una cosa, señor y señora Reiser? —sonrió—. ¿Señor y doctora?

—Ben y Carolyn —dijo ella.

—Ben y Carolyn, entonces. Tengo el informe preliminar de la policía, el del médico forense. Estas cosas nos las tienen que dar, por supuesto… y tienen que comprender que, tanto si lo que nos dice Jacob es verdad como si es mentira… lo que por otra parte nos resulta algo complicado, ¿no?, teniendo en cuenta que todavía no nos ha dicho nada. Bueno, pues lo que tienen que comprender es que lo que se describe en ese informe es una herida que se hizo en la cabeza de una chica y que no fue consecuencia de un único golpe. Lo que se describe es una paliza tan fuerte y repetida que… —suspiró, un largo suspiro sibilante, como el de un corredor que se para a descansar—. Los detalles no… aumentarían innecesariamente su dolor, no hace falta que los mencionemos. La cuestión es que la golpeó una vez y, según parece, siguió golpeando, de manera que ya ven… Por supuesto, normalmente estas cosas van así. Si uno le pega a alguien una vez, la tendencia es que siga pegando…

Por unos momentos había levantado la cabeza. La mayor parte de su discurso se la había dirigido a su sándwich, abierto sobre su escritorio como una gran flor de agudos pétalos blancos. Yo escuchaba, con hambre de lo que fuera. Si Jacob nos diera algo, aunque fueran pequeños fragmentos escogidos al azar, podríamos empezar a construir los hechos. Pero cuando levantó la vista, lo que vio fue a Carolyn disolviéndose ante sus palabras, con las manos cubriéndole la cara, como si con los ojos tapados no tuviera que oírlo.

—Por favor, doctora Reiser, por favor. ¿Por qué…?

Carolyn dio un manotazo en el aire, frente a su cara.

—¡No puede hacernos esto! —gritó, y su cara estaba espantosa, retorcida como nunca la había visto, entre el disgusto y… no sé lo que era. Tal vez horror ante su propio disgusto, asco—. ¡No puede ponerse a inventar lo que puede haber hecho (lo que él se niega a explicarnos), como

si fuera algo normal y corriente! ¡Por favor! —dijo exhausta, y se tapó los ojos con la mano abierta—. ¿Cómo espera que sobrevivamos a esto?

Panos Demaris me lanzó una rápida mirada. Si Carolyn lo vio, sé que eso tuvo que hacerla enfadar aún más. Era como el hombre que le pregunta al otro: ¿esto le pasa muchas veces?

Ella no había terminado.

—Y eso sólo porque usted oye esa clase de cosas todos los días. Porque se pasa el tiempo con gente horrible, violenta… —Se puso de pie, y se le habría caído la silla si yo no la hubiera agarrado—. Por favor, señor Demaris. Ésta es la primera vez que tenemos que oír esta clase de cosas.

Él parecía dolido.

—¿Ah, sí? Pues tienen mucha suerte. —Le dedicó una sonrisa que habría lamentado de conocerla mejor.

—No sea tan paternalista, señor. Yo también veo mucha violencia, mucho dolor. Soy médico, y no hay muchas cosas que yo no haya visto. —Tenía el pañuelito de papel hecho una bola en el puño, pero hubiera preferido morirse antes que utilizarlo allí y quedar como la típica señora con la lagrimita en los ojos—. Ben, ayúdame. ¿Cómo puedo explicarlo? —Su voz amenazaba con traicionarla—. Señor, es de mi hijo de quien está hablando.

—Se sorprendería usted si supiera que siempre se trata del hijo de alguien, doctora. O la hija. Y no importa si ya han tenido problemas antes. Ya comprendo que todo esto es nuevo para usted, y que en parte eso contribuye a que lo esté pasando tan mal. Es difícil hacerse a la idea de algo así. Pero las madres de los chicos que ya han pasado por todo, vienen aquí tan cansadas que en el fondo no están mucho más protegidas que usted. —La miró directamente a los ojos, con intensidad—. Son como… bueno, algo así como los pacientes a los que ya no les quedan defensas en el organismo, que están debilitados por todos los asaltos anteriores. Así es que si me lo permite, no es que quiera restar ni un ápice a lo que usted está pasando, pero no piense que esto es más duro para usted que para cualquier otra.

Estaba apelando a su sentido de la justicia. Carolyn cerró los ojos. No sé qué estaría pensando.

—¿Me está pidiendo que presente las alternativas de un modo más… delicado? ¿O lo que pasa es que preferiría que los hechos fueran otros? Porque él podría darles otros hechos si quisiera cooperar. Aunque no estoy seguro de que a usted le parecieran mejores.

Ella había recuperado la compostura. Aquél iba a ser el último *cri de coeur* que oyera de sus labios.

—No es que no la comprenda. Por favor, no piense eso. Esto no tiene nada que ver con la comprensión. Pero, si no he entendido mal, doctora, me ha dicho usted que ha visto el cadáver.

—¡El cadáver! No era ningún cadáver. Era una chica a la que yo conocía. Bueno, basta. A veces pienso que me estoy volviendo insensible con tantos cadáveres.

Panos Demaris vació su lata de gaseosa *light*.

—Bueno, éstos son los parámetros que tenemos que establecer antes que nada. —Iba a mantener las distancias y yo lo comprendía—. Lo siento, pero es inevitable. Entre tanto, sé que Jacob tendrá que ceder en algún momento. Les aseguro que acabará cansándose de este juego. Está perdiendo tiempo y a mí me gustaría… O, bueno. A veces pasa cuando los sacas del marco institucional. Hay algo enfermizo en el hecho de que a uno lo vigilen las veinticuatro horas del día. No estimula mucho la espontaneidad que digamos. —Asfixió la boca y la barbilla en una gigantesca servilleta de papel—. Y aparte, están las cuestiones de procedimiento, por supuesto. Tengo mucho trabajo que hacer, y desgraciadamente la forma en que usted y yo nos sintamos no tiene mucha importancia. —Se pasó la mano por las mejillas; parecía el momento adecuado para que se afeitara otra vez. Ahora comprendía por qué Wendell había dicho que era como un médico rural: era severo pero no despiadado. Pensé, con cierta gratitud, que él no estaba de parte de nadie.

Cuando íbamos hacia el coche, le toqué el brazo con toda la ternura que pude reunir.

—Porque sonaba como un maldito informe policial. Jacob estaba ahí, inmóvil, como un ciervo ante los faros, ya sabes, paralizado, y ese hombre

que se va a poner a hablar en cualquier momento del presunto autor, como dicen ellos. ¿Dónde diablos estabais tú y tu famoso genio?

Esa aspereza no era propia de ella. Era la misma mujer que había sido tan amable con Fran Conklin cuando vino como mensajero. No podía creer que fuera Panos quien la había alterado tanto.

—Vamos, Carolyn. Tú estabas demasiado ocupada en mostrarte hostil, pero yo lo que oía era a alguien que sólo trataba de comprender. No puedes culparlo por estar tan exasperado. Tiene un trabajo que hacer y no está recibiendo ninguna ayuda, y mucho menos gratitud.

Ella me ignoró.

—Por lo visto el precio para que tengamos a ese demonio en la defensa es soportar sus interminables peroratas sobre lo pobres que son otros y lo mucho que han sufrido. ¿Es que no ves que ese hombre utiliza a la gente como nosotros, Benny? Sólo le servimos para que pueda mantener a flote su negocio y seguir ayudando a quienes más lo necesitan.

Le dije que eso era una exageración y que ella lo sabía.

—Olvídalo —contestó con la mirada cansada—. Me gustaría que al menos hubiera comido antes de que llegáramos. Le estamos pagando por su tiempo y ¿qué hace él? Come. Toda esa asquerosa comida grasienta.

—¿Por qué no tratas de ser un poco caritativa por una vez? —le sugerí a mi esposa, que podía estar elegante incluso cuando estaba desesperada. Sólo el resto del mundo hablaba con la boca llena—. ¿Crees que llevaría mejor el caso de Jacob con el estómago vacío?

OceanofPDF.com

CAROLYN

La primera información periodística en la que se mencionaba a Jacob por su nombre lo declaraba adulto.

«Ya eres un hombre.» Ése era el saludo que se reservaba a los chicos para su día del *Bar Mitzvah*. Como Carolyn no compartía ese optimismo semioficial, suponía que serían el propio chico y los padres interesados los que se atreverían a ponerle fecha a su mayoría de edad. Pero a Jacob fue el tribunal el que le confirió la madurez, y eso fue una derrota, aunque no una sorpresa. Nada bueno iba a resultar de eso: lo único que significaba es que las consecuencias serían más graves de lo que suelen serlo para los menores, más calamitosas, y que se mostrarían menos clementes con él. Panos Demaris dijo que era inevitable y les prohibió que se deprimieran. Un chico de diecisiete años acusado de asesinar a una chica, dijo, suena tan maduro y experimentado como el que más. Ningún jurado hubiera seguido otro criterio.

También significaba que no podría continuar en el anonimato, aunque viniendo de un lugar como Hyland, aquello había sido un chiste desde el principio. Parecía un buen momento para abandonar la ciudad. Sus padres habían sugerido que Hilton Head estaba precioso esa temporada, y que el clima era mucho más templado que en Nueva Inglaterra en invierno.

—Tenemos a todos tus pájaros aquí, querida —la tentaba su madre—. Seguro que a algunos aún los reconocerías…

Carolyn le dio las gracias con la mayor cortesía, pero le dijo que tendrían que esperar a otro momento más oportuno.

—Tenemos que ocuparnos de lo de la fianza, mamá, y después, ay Señor, el gran jurado. No estoy muy segura de lo que quiere decir eso, pero

lo que sé es que no vamos a ir a ninguna parte. —¡Qué banal sonaba aquello, qué alegremente rutinario!

Rechazaron a los periodistas tratando de ser amables. Probablemente ya no tanto después del tercero. A Carolyn le molestó especialmente uno que, cámara en mano, les amenazó diciendo que si nadie en la casa aceptaba una entrevista, la gente empezaría a sacar sus propias conclusiones.

—¡Pues que saquen lo que quieran! —le había respondido ella con una voz cargada de furia reprimida—. A lo mejor no estaría de más que tratara de refrescar los rudimentos de una ley que dice que toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—Por favor —le saltó él, como si esa ley hubiera desaparecido como por arte de magia hacía mucho tiempo. Era muy joven. Cuando le cerró la puerta con firmeza en la cara, deseó con toda su alma que esa mano con la que escribía se le cayera.

Hubiera querido poder trabajar en una oficina de seguros, en el centro, donde lo más que podía ocurrirte es que alguien te cortara en seco cuando estabas intentando venderle una póliza, o en una lavandería, donde la gente no se sintiera íntimamente contaminada por tus manos.

Su número de pacientes había bajado tanto que tuvo que liberar a Karen y dejar que buscara otro empleo con un sueldo más seguro.

—Ni que tuvieras el sida —le dijo Karen furiosa, llorando—. Ni que fueras a romperles a sus preciosos niños por respirar cerca de ellos. ¡Ah, Carolyn, no lo entiendo!

Carolyn se obligó a sonreír.

—Pues si crees que yo puedo explicártelo, te has equivocado de persona.

Incluso los otros médicos del hospital se mostraban fríos y circunspectos con ella. Había oído decir que Tom McAnally estaba furioso porque la mujer había ido a ver el cadáver de Martha el día en que la asesinaron. ¿Es que creía que tenía idea de que Jacob estaba involucrado en aquello, que había ido a confesárselo a su madre y que después ella había vuelto a su trabajo como si nada, con una máscara de inocencia? ¿Dónde

estaba su sentido común, por no mencionar su compasión? Por lo visto los médicos no tenían ni un ápice más de inteligencia que los legos.

Apretó a Karen contra sí y le alisó su cabello liso. Karen prometió volver cuando la tormenta pasara. Carolyn no se atrevía ni a pensarlo, ¿cómo estarían todos ellos cuando la tormenta hubiera pasado…, si es que pasaba?

Podía sentir que intelectualmente su mente se entorpecía, como un atleta suplente cuya cintura empieza a desdibujarse. La lectura no podría sacarla de la realidad, con su carga de aburrimiento y ansiedad, pero tal vez el estudio sí. Hubo un tiempo en que cuando mejor estudiaba era cuando estaba deprimida, lo mismo que a otros les da por beber o comer. Eso significaba que tendría que hacer un viaje a Boston para buscar los textos que necesitaba —nadie, en el pequeño hospital público de Hyland, tenía una biblioteca seria y actualizada—, y allí, caminó a la sombra de los edificios de los centros médicos sintiendo la misma reverencia que siempre le había inspirado el pensar en la capacidad de comprensión que representaban, en la nobleza de su esfuerzo y su dedicación. En casa era fácil perder eso, aun en las mejores circunstancias. Las limitaciones intelectuales del día a día del médico rural eran inmensas. Probablemente Ben sintiera lo mismo cuando iba a pasar el día en el museo.

Y era un alivio sentirse de vuelta al anonimato, cruzar la calle y entrar en la librería médica, en esa quietud, en busca de una monografía sobre los gases en la sangre en los niños. Hasta sintió que un hombre con gabardina la observaba, muy urbano, tan alejado de las ropas campestres de su marido como Harrods o Burberrys de la Ropa para Trabajo de Monte —Ropa Ruda para el Hombre Rudo que Sabe Vivir— de Hyland. La observaba con interés, mientras ella mantenía la vista escrupulosamente hacia delante y levantaba un libro para ojearlo, luego lo dejaba, cogía otro. Sólo Dios sabe qué estaría imaginando ese hombre sobre ella. Sólo Dios sabe que fuera lo que fuera, estaría equivocado. No pudo evitar sonreírse al pensar en lo que hubiera tenido que contarle, como dirían sus chicos, café de por medio. ¡Pobre hombre!

Quería llevarle algo a Judith. Caminó por la calle Newbury, mirando los escaparates de tiendas fabulosas y de un minimalismo exquisito, pero nada tenía el suficiente sabor. Peor incluso, Judith vería el gesto como lo que era en realidad. Aun así, ¿no era mejor llevar algo que no llevar nada? La canastita africana le costó mucho más de lo que debiera, y seguramente nada de ese dinero sería devuelto a Dakar. Deslizó dentro de ella un collar hecho de bananas, sandía y… ¿qué era aquello? ¿Kiwi? Absurdo.

Y Judith lo tomó con gravedad, dio las gracias y se lo llevó a su cuarto como un perro que va a enterrar un hueso. A Carolyn se le ocurrió que sería bien extraño si alguna vez lo usaba. Olería siempre a tragedia para ella. Un soborno a cambio de una sonrisa, y ni siquiera una sonrisa por su hermano. Lo que más la inquietaba sobre la tristeza que manifestaba su hija era que sabía lo responsable que era, lo mucho que se esforzaba siempre por no causarles ningún problema. Judith era de las que escondían los problemas, no de las que los agrandaban. A veces parecía que hubiera nacido comprendiendo lo que tenía que sentir quien fuera su padre. «Así que —pensó Carolyn— está más allá de ese tipo de control también. Es una chica inteligente, y sabe reconocer el desastre cuando lo ve.»

Se vistió para la audiencia de la fianza como si fuera un funeral, con descuido. Esa vez Judith les acompañaría. Estaba preparándose con esmero, como si la experiencia de su primera aparición pública en la comitiva de los Reiser lo exigiera. Para ser una chica tan tímida, resultaba una reacción curiosa. A Carolyn le pareció detectar un toque de cosmético en sus pestañas, y no había duda de que olía a té de rosas. Y todo eso sin consultarlo con nadie. En esos días, Judith se vestía y lo hacía casi todo a puerta cerrada. La hora de su independencia se acercaba de todos modos, pero Carolyn no pudo dejar de resentirse por lo repentino de su hostilidad hacia ella. No tenía muchas dudas al respecto: Judith no había saltado, la habían empujado. O mejor aun, arrastrado.

Fueron en la dirección opuesta a Manchester y Concord, hacia el oeste, a Vermont. Cuántos lugares oficiales podrían llegar a conocer en un mes, se preguntaba, espacios públicos con banderas ondeantes que estaban allí para el mantenimiento del orden. El Tribunal Supremo del condado de Grieves era un hermoso edificio victoriano que se encontraba ubicado en Howe. Era

alto, angosto, hecho de ladrillo y, aunque durante algunas generaciones no había sido nada popular, ahora volvía a gustar, con su fachada recién pintada con los colores originales. Junto a la puerta colgaba una placa que contaba su breve historia. Había algo de presuntuoso en el edificio, como si su entusiasta renovación pudiera convertir la dura realidad de la justicia en algo más atractivo. Si más no, más pintoresco.

Traían a Jacob en el coche del comisario, igual que habían hecho al devolverlo a Massachusetts. Cortesía de los contribuyentes otra vez, muchas gracias. Tantos colaboradores en lo que antes era un destino privado. Una suerte de fama, pensó con amargura. Ah, Jacob, podrías habernos evitado semejantes ovaciones. El titular del *Bugler* del día anterior decía: SOSPECHOSO DE ASESINATO EN AUDIENCIA EN HOWE. La próxima semana provocarían con lo que pudieran: SOSPECHOSO LOCAL SALE BAJO FIANZA; EN CASA. Algo para alimentar a aquellos que disfrutan de la esclavitud. Habían encontrado una fotografía informal (¿qué amigo colaboracionista les había dado las fotos?). Era Jacob, riendo, atractivo e imperdonablemente despreocupado. El asesino con sus amigos. Tal vez Martha también estaba allí, sólo que fuera del objetivo de la cámara. No había manera de no parecer un insensible. Lógica o no, la foto parecía una instantánea de su felicidad actual. Dos reporteros se apostaron fuera de la sala del tribunal con sus cámaras en ristre. Carolyn no reconoció a ninguno.

Pero no sintió emoción alguna. ¿Qué esperaba?, se preguntó a sí misma con severidad. No una escena sensacionalista, desde luego. Mejor, algo bien hilvanado, como en una película, donde se saltan todas las partes aburridas. Primeros planos de los protagonistas. Los ojos de Jacob. El activo cuerpecillo de Panos Demaris —qué fanfarrón era, como un gallo arrogante vestido con gabardina gris, sin atractivos pero imponente, en todas partes a la vez y conocido por todos—. El juez tenía cara de indigestado —la audiencia fue inmediatamente después de la hora del almuerzo, así que a lo mejor sí que tenía indigestión— y mantenía su mirada en los largos ventanales de la sala, grises por la lluvia que se avecinaba. Parecía que estuviera preocupado por su partido de golf, pero estaban en febrero, y lo

que seguramente se preguntaba era si la lluvia acabaría en nevada y tardaría más en llegar a su casa.

Se oían muchas murmuraciones, más allá del alcance del oído, frente al juez. Pero no era asunto de ellos. Ellos ya habían aportado al sospechoso, y ahora tenían que quedarse sentados y calladitos. Parecía como si todo aquello fuera la filmación de una película, antes de que se hiciera el trabajo de montaje. Una vez Carolyn había visto cómo rodaban una película en una ciudad vecina, que había sido devuelta a cien años atrás gracias al agregado de abundante arena en las calles y la reordenación de la puerta de la tienda de víveres: más barriles y rastrillos, la máquina para hacer hielo fuera, petunias por todas partes. Mucho ruido y casi ninguna nuez. Quietud total. Casi una parálisis definitiva, mientras cien asistentes corrían de un lado a otro y ante las cámaras no pasaba absolutamente nada. Transcurrieron días antes de que consiguieran alguna toma. Días interminables, repetitivos, agotadores, sin puntos culminantes, sin siquiera un indicio de lo que iba a suceder en la película.

Judith estaba sentada, de mal humor, mordiéndose las uñas. Ben estaba en algún otro sitio, y canturreaba en voz baja. (Eso exasperaba tanto a Carolyn como cuando se ponía a cortarse las uñas con ese pequeño aparato de plata. Cada vez que lo oía hasta se ponía a pensar en el divorcio. «Muérdetelas», pensaba para sí misma, consciente de lo irracional que parecería si alguna vez se le ocurría manifestar su desagrado abiertamente.) Ahora permanecía sentado y tarareaba como si fuera feliz.

El juez habló de repente. Apenas había dicho nada, salvo a las personas que se arremolinaban en torno a su estrado. Lo serio del crimen. La naturaleza del crimen, las consecuencias del crimen. Comprendido. Cien mil, ni más ni menos. La petición —la orden— pareció salir de la nada. Y no porque no estuvieran preparados, sino porque el propósito de todo aquello se había borrado. Iban a rescatarlo con un cheque de cien mil dólares, entregado en mano en la oficina del juez, abajo. Carolyn se obligó a cerrar los ojos y recordar el azul, marrón, púrpura de la sien cóncava de la chica, su cabello rígido por la sangre endurecida, los tejidos del cráneo. Veía a Tom McAnally bajándole los calcetines de los tobillos blanco azulados, la piel amoratada por el frío. Muy bien, se dijo. Era sórdido, como

la masturbación, estaba avergonzada de esa necesidad que sentía de estimularse imaginando la parte más cruel para recordar el qué y el cómo y poder decir: «Está bien, Ben. Hazlo», porque era él el que llevaba el cheque en el bolsillo.

—Vamos. —Lo dijo, a pesar de todo, y se puso en pie. Cien mil, y todo de una vez. Era barato para ser a cambio de la vida de una chica.

Ninguno de ellos habló con los periodistas que levantaban sus cámaras y tomaban esas fotografías despiadadas en los escalones del juzgado, esas que siempre aparecen en los diarios y convierten en amigos o enemigos a los que las miran mientras se toman el café del desayuno. «Qué poco amistosos parecen —dirían—. Ni siquiera nos miran.»

Jacob viajó sentado junto a su hermana cuando volvieron a casa, exactamente igual que habían hecho durante toda su infancia, cuando podían pasarse horas interminables riendo tontamente, gritando, negociando por el territorio, leyendo cómics en silencio o en voz alta. ¿Te acuerdas, Jacob, te acuerdas de aquella vez que íbamos por un camino lleno de curvas y Judith te vomitó encima mientras dormías? No le preguntó si se acordaba. La frecuencia de sus trayectos en el asiento trasero se había reducido prácticamente a nada ahora que sabía conducir. ¿Adónde podían ir, a qué sitio adonde él quisiera ir sin necesidad de coacción?

Carolyn se dio cuenta de lo rara que se sentía Judith al tener que sentarse otra vez junto a su hermano. Jacob entró en el coche y se acomodó pesadamente, y miró al frente. Judith rodeó en silencio el coche y subió por el otro lado, con algo más de recato de lo que era normal en ella. Carolyn trató de imaginar cómo estaría viviendo todo aquello su hijo, pero su silencio —hosco no, pero sí ausente— conseguía lo que seguramente él más quería: hacerlo casi irreconocible, irreclamable. No encontró ningún sitio donde agarrarse. Semejante lejanía de sí mismo, toda su dulzura y vulnerabilidad borradas, junto con los detalles de su personalidad. Y los eliminaba a todos. No había nada que pudieran decir que no sonara forzado. Era como tener un tobillo dislocado, desequilibraba todo el cuerpo. El viaje desde Howe duró media hora. Finalmente, Ben encendió la radio, para

romper aquel silencio desacostumbrado. Le dolió en el alma que nadie discutiera sobre la clase de música que tenían que escuchar.

Mientras avanzaban rápidamente hacia el oeste, Carolyn cerró los ojos. La lluvia que tan preocupado había tenido al juez, caía al fin, pero el aire era cálido, y el agua no hizo nada más grave que oscurecer la carretera y hacer que chirriaran los neumáticos.

—¡Un zorrillo! —gritó Judith, y arrugó la nariz.

En otros tiempos, eso habría despertado un eco instantáneo de su hermano, que nunca podía contenerse. Le daba un golpe en el brazo, y le hacía la burla, «un zorrillo», y se burlaban el uno del otro hasta mucho después de que el olor del animal muerto hubiera desaparecido. Carolyn podía ver en los ojos de Ben que el viaje lo estaba excitando mucho. Parecían correr como las pupilas durante el sueño REM, registrándolo todo con la mayor rapidez posible, como si una pequeña danza de la conciencia estuviera teniendo lugar detrás del parabrisas. De vez en cuando volvía a canturrear. Finalmente, cuando pasaron por el centro de la ciudad y lo dejaron atrás, Carolyn se preguntó si alguien los habría visto, si habrían visto su cabeza —la de Jacob— alzándose desvergonzada en la parte trasera del coche. El regreso a casa.

No era tarde, y el viaje no había sido particularmente arduo, pero el peso de Jacob los había agotado. Su ausencia era pesada, torpe, agresiva. Llevarlo a casa fue como cargar con un saco de comida al hombro. Lo dejaron en el suelo de la cocina y ahí se quedó, negándose a moverse o a dar la menor señal de reconocimiento.

—Puedes hacer lo que quieras contigo mismo, catatónico del diablo —dijo Ben con una voz casi inaudible, por su furia contenida—, pero ni se te ocurra acercarte a la puerta de la calle.

El ritmo de semejantes palabras exigía que Jacob respondiera: «¿Y si lo hago qué?». Pero no dijo nada. Se quedó donde estaba como si no le hubiera oído. Tal vez como agradecimiento, Ben le negó su retórico «¿Entendido?». Carolyn sintió ganas de aplaudir su moderación.

Estaba agobiada por la futilidad de estar allí de pie.

—Me voy a echar un ratito —dijo débilmente—. Jacob, ¿tienes hambre? —Parecía ansiosa por cocinarle algo—. Quítate la chaqueta. —Se

las arregló para sonreír—. Quédate un rato.

Judith, que estaba saqueando el refrigerador, apareció con una pequeña taza de budin de chocolate; tomó la lata de crema batida de la puerta y, del modo más ostentoso, cubrió la superficie del budin hasta que quedó como una especie de pico que relucía como la crema de afeitar. Gracias, pensó Carolyn. Pero su hermano no dio muestras de reconocimiento tampoco.

—¡Ostras! —dijo Judith con valentía—. ¡Hasta es capaz de ignorar el chocolate! —y exhaló un largo suspiro de exasperación cotidiana, dio media vuelta con el brío de un soldado y abandonó la estancia.

Los dos se quitaron los zapatos y se metieron debajo del cubrecama. Tuvieron cuidado de no tocarse.

La cama la acogió, dura por abajo y suave por arriba, el cubrecama como un cuerpo liviano y cálido apretado contra el suyo.

—Señor, nos van a salir arrugas.

—¿Y eso qué quiere decir? —Ben cerró los ojos—. Está bien. Pero ¿qué le pasa? ¿Está loco? ¿Enfadado? ¿Asustado? Lo único que quiero es poder… comprenderle.

—Nos está castigando. No sé muy bien qué quiere decir eso, pero es así, lo presiento. Está…

—Nos envía rayos mortíferos —dijo Ben—. Bueno, a lo mejor ése es el precio.

—¿El precio?

Ben se puso de lado, lejos de ella.

—De vivir con lo que ha hecho.

Sonaba como si estuviera medio dormido; bostezaba, como si se hubiera echado cómodamente un rato para hacer una siesta. ¡Cuánto camino habían recorrido desde aquella primera noche en que todo se desató sobre ellos! Se estaban acostumbrando a la impotencia, como si fuera una enfermedad terminal que atenazara sus vidas.

—De ser quien es.

—O de no dejar que todo esto le afecte —protestó ella. Pero incluso mientras lo decía, pensaba para sí: demasiado abstracto, demasiado

literario, demasiado pulido. Así es como piensan los extraños, no los padres. Pero tampoco sabía cómo pensaban los padres, los padres genéricos. La pálida luz del atardecer formaba cuadrados perfectos en lo alto de la pared. También ella se estaba desvaneciendo en medio de una ola que había tapado el horizonte y la hacía rodar y rodar, y la arrastraba. El miércoles, cuando saliera el *Bugler*, aparecerían ante las cámaras con los grandes y oscuros portones del edificio del juzgado acechando tras ellos. La gente los miraría y menearía la cabeza ante el descaro con que pretendían ser una familia corriente.

En la cocina, Jacob, con su parca negra a rayas rojas y amarillas, miraba fijamente el armario de las escobas, y temblaba con tal violencia que se rodeó con sus propios brazos y apretó fuerte.

Despertaron unas pocas horas más tarde. El gran peso había desaparecido, como si sólo hubieran sido víctimas del desfase horario de un viaje en avión. Jacob miraba la televisión, con la chaqueta todavía abrochada. Carolyn le llevó un tazón de sopa de patata y se lo puso delante en la mesita. La estancia estaba oscura, a excepción de la caja de figuras coloreadas y luminosas que corrían y se detenían y se enfrentaban alrededor de una barra de madera tan pulida que cada tanto despedía destellos de luz. Las risas grabadas se hinchaban y se apagaban como una ola que creciera y luego rompiera contra la orilla. ¡Salud!

Qué raro, pensaba ella, la vieja luz había desaparecido, el resplandor sobrenatural que había en los días del blanco y negro y que llenaba las ventanas con su fosforescencia cuando ibas por la calle y mirabas hacia arriba. Puso la cuchara junto al tazón. La cara de su hijo parecía teñida por los colores del arcoiris. Estaba concentrado en una discusión entre una mujer y dos hombres, uno vestido con un chándal y el otro con impermeable. La desconcertó ver la atención con que miraba aquello, como si lo hubiera pillado en un acto que él pensara que no podría volver a hacer nunca más. Su capacidad de concentración se mantenía intacta, gracias.

Junto con el enfado, Carolyn sentía una creciente oleada de desesperación. Se iba a morir —literalmente, pensaba— de claustrofobia.

Ya no había mundo. Sólo Jacob. Estaba condenada a pensar sólo en él. ¿Durante meses tal vez? Años, más probablemente. Esa cara hermosa, la curva suave y oscura de las pestañas, la nariz firme y perfecta, las facciones, que alguna vez fueron tiernas y ahora se estaban endureciendo. La iban a emparedar con eso, distante, indiferente, insensible. Tenía pacientes cuyos padres estaban condenados a eso mismo. Era terrible ver cómo veían partir a sus hijos hacia la muerte, o aguantar el dolor, superar la parálisis. Tal vez era peor, podría decir alguien. Pero, mejor o peor, ¿no era diferente su caso? El cuerpo de su hijo no había resultado vencido en uno de esos errores genéticos o accidentes calamitosos de la materia. Él había tomado su destino, el suyo y el de ella —esa pobre chica—, y los había retorcido como si fueran una barra de acero. («Vaya —podía oírle burlarse —, ahora resulta que se ha convertido en pobrecita.») Los había deformado con vehemencia, y después se había arrastrado, sólo que era en una jaula donde se había metido, en vez de salir al exterior. Y todos ellos habían tenido que seguirle.

—No hace falta que finjas que no tienes hambre —le dijo, buscando alguna señal de afecto—. Tarde o temprano vas a tener que dar señales de vida: tendrás que comer, ir al lavabo. Lo que sea. Dormir.

Él no quitaba los ojos de la pantalla. Los California Raisins miraban de reojo y bailaban en las sombras a un ritmo deprimente. Estuvo tentada de apagarla para ver si en su insolencia y su desvergüenza se atrevía a oponerse.

—Ah, y no te preocupes, no confundiremos eso con señales de comunicación.

Era una mujer impaciente. Su padre siempre le había dicho que eso era la consecuencia natural de ser inteligente: nada de tiempo para los tontos, para las repeticiones, las imprecisiones del sentimentalismo. Y siempre lo decía como si eso fuera lo mejor. (Que su hermana Nina era una tonta, vaga y sentimental se trataba de la otra mitad tácita del mensaje. Sólo en los últimos años había empezado Carolyn a comprender que ella misma había sido la portadora, inocente al principio, y luego tal vez demasiado bien dispuesta, de esa opinión cáustica. En esos momentos, Nina no le dirigía la palabra, ni a ella ni a ninguna otra persona que ella supiera.)

Ahora, impaciente y con razón, quería precipitar los hechos, saltarse los detalles, llegar al desenlace. El proceso tendría que haberle interesado, pero no. «¿Qué pasa?», era lo único que le interesaba saber. En alguna parte había leído: «Es bien sabido que nuestras tardes de invierno duran cien años en algunas épocas». Ella se sentía como si acabaran de entrar en el año 2.

Una cena. Imaginen la escena: la madre del acusado agasaja a los invitados con confitura de pato, faisanes con caqui, ensalada de arugula y helado de limón. La meterían en la cárcel por semejante obscenidad.

La madre del acusado va de compras, encuentra un Ralph Lauren por $19.99. La linchan en el patio delantero de su propia casa.

Es invierno. No puede dedicarse al jardín. No puede cabalgar ni pasear. Las víctimas son las que acaparan toda la atención, y los «perpetradores». Aunque nunca se ha parado a pensar en las penalidades del día a día de… ¿de quién? ¿De los compañeros de viaje?

Recordaba a su amiga Carla, que había dicho durante su tratamiento de quimioterapia: «Antes tenía tantas ganas de poder tener tiempo para todos estos libros. Ten cuidado con lo que deseas, porque es posible que cuando lo consigas estés demasiado mal como para disfrutarlo».

La última vez que tuvieron noticias de ella, Nina estaba en Montana, dejando que el espacio, que el paisaje la absorbiera. (Por fin, había pensado Carolyn con dureza, el espacio de su cabeza ha encontrado su igual. Después se arrepintió de pensamientos tan poco caritativos, pero era lo que pensaba entonces, y lo que seguía pensando.)

«Es maravilloso estar aquí, porque se espera que seas insignificante. Nadie parece grande, y todas las creaciones del hombre resultan patéticas. Las casas parecen mondadientes.»

Era un argumento tan bueno que Carolyn podía imaginar colonias de gente insegura y resentida amontonadas bajo las largas sombras azules de las montañas donde nada importaba. (A los cazadores y los colonos no les faltaba seguridad. Tal vez hubiera dos poblaciones.)

Nina llamó una noche, tarde. Era extraño. Contra todo pronóstico, su hermana había estado hablando con sus padres. De vez en cuando, algún impulso misterioso la invitaba, o la empujaba, quién sabe, a llamarlos.

—¿Cómo está, Car? —preguntó directamente, o porque se sentía tranquila o porque se sentía obligada. Bueno, al menos no parecía regodearse por lo que pasaba.

Carolyn tragó algo que le llenaba la garganta y que era como sangre.

—Ha salido bajo fianza. Lo acabamos de traer a casa y… aquí estamos. Nadie lo sabe con seguridad todavía. Pero no quiere hablar con nosotros, Nina. No tengo ni la menor idea de cómo está.

Nina rió. Tenía la voz ronca, una voz que había castigado sin cesar con las drogas y el humo del tabaco, y que el silencio había curado. Carolyn ya conocía el truco.

—¡Vaya, vaya, Car, así que por fin te enfrentas con algo que no sabes llevar! —Pareció alegrarse. Si había alguna habilidad especial que daba la autoaniquilación, ella había sido una maestra en el pasado—. Eh, pásamelo. Quiero hablar con él.

Carolyn trató de imaginarse a Nina, sentada en una casita de madera tal vez —nunca se le ocurriría alquilar una caravana, aunque según dijera, había muchas allí, cobijadas bajo las amplias faldas de las colinas bajas—. Sería una de esas feas excrecencias que había descrito como parte del paisaje ostentoso, como un palito de helado, siempre en peligro de quedar aplastado por las rocas que se desmoronan. «La historia de mi vida», diría ella.

—¿Cómo va por ahí, Nina? ¿Estás plantando algo?

—¿Plantando o dejando que me planten, querida hermana? No sé muy bien qué es lo que estoy haciendo. Mucha meditación. Yoga. Estoy aprendiendo algo de medicina de los pies negros y algo de la medicina de los crows. Está bien. Para lo que te interesa…

—Por favor, Nina. ¿Es que has llamado para recordarme nuestros primeros quince años? ¿Te parece que es el momento ahora?

Nina suspiró.

—Lo siento. No, decididamente no he llamado para eso. —Sonaba sincera—. No… Cada vez que pienso que he dejado de sentir rencor por… todo… me relajo y me olvido de mí misma. Mira, ¿está por ahí? Quiero hablar con él.

Qué diablos, pensó Carolyn. Fue a la habitación donde Jacob seguía sentado en trance y cogió el auricular. Se lo pasó y dijo:

—Tu tía Nina. Te llama desde el espacio exterior. —Le puso el teléfono delante y, por reflejo, él lo cogió. Cuando volvió a la cocina, el auricular seguía donde lo había dejado, frente a la hilera de libros de cocina. Lo cogió con gran delicadeza y se lo llevó al oído.

—Hola, bicho —le oyó decir a su hermana—. ¿Has visto últimamente alguna buena película que yo no me pueda perder?

—Una vieja —dijo Jacob, y su voz no sonaba ni a oxidada—. ¿Has oído hablar de *Casablanca*? Me parece que es muy famosa.

Nina rió con suavidad.

—Claro que he oído hablar de ella. Me parece que la he visto unas diez o quince veces por lo menos. ¿Te gustó?

—Mmm. Sí, era mejor que todo ese follón que ponen ahora. Era como… parecía historia. Pero también era divertida.

—Siempre he sabido que tenías buen gusto. ¿Tienes algún libro nuevo para nuestra lista? —Tenían una colección de *best sellers* improbables de todos los tiempos que se remontaba a cuando él aún era muy pequeño, libros sobre cómo hacer cohetes y cucuruchos de helado, libros sobre perros que arrastran trineos, sobre maharajás.

Jacob vaciló.

—No. He estado… ocupado.

Nina gruñó.

—Eso me han dicho.

—¿Qué te han dicho?

Ella suspiró, un suspiro largo y duro.

—Me han dicho que a lo mejor has hecho algo que no tiene arreglo.

Las pausas se iban alargando.

—Así es.

Judith estaba de pie en la puerta de la cocina, observándola. Abochornada, Carolyn se volvió. En la pared había fotografías de Jacob y Judith en lo más profundo de sus infancias, sonriendo si es que no comían. En una de ellas, Jacob volaba por los aires, con las piernas encogidas bajo

el cuerpo —¡arrodillado en el espacio!—, justo por encima del agua bañada por el sol. Tenía la boca abierta en un grito de alegría.

—¿Y tú qué dices? —Nina podía hablar con la delicadeza de unas tijeras de manicura.

—¿Qué digo? Que a lo mejor no salgo de esta.

—Es decir…

Otra pausa imposible.

—Es decir, que o me matan ellos o me mato yo.

—Jacob…

—¿Mmm?

—Jacob, bicho malo. No los ayudes, por favor. No seas tan cruel contigo mismo. —Sus palabras iban cargándose de tensión—. Si te mereces que te castiguen, deja que sean ellos quienes lo hagan, estarán encantados. Pero no te castigues tú. ¿Me oyes?

La voz de él iba apagándose poco a poco, como si en vez de animarle estuvieran desafiándolo. En la línea, podía respirarse lo pesado de la atmósfera, por las lágrimas que trataba de dominar.

—Sí, te oigo.

Nina le dijo que sus padres tenían su número de teléfono, por si la necesitaba para lo que fuera. Le contó una historia simpática sobre un carnero al que se le había congelado el hocico y que había encontrado a la puerta de su casa, en las montañas. Ella le liberó la nariz con el calor de la marmita de té y ahora tenía un nuevo amigo que a veces entraba y dormía junto a su cama, como un perro.

—No es un olor muy agradable, la verdad, pero da mucho calor estos días.

Le contó que las montañas parecen fondos pintados, como en las películas antiguas, de esas que ya no hacen, y que ahora los indios iban de un pueblo a otro en coche. Ella tenía electricidad sólo la mitad del año.

—Me gustaría que conocieras esto —le dijo.

Él resopló, por lo absurdo del deseo.

—A mí también me gustaría.

—Te quiero, amigo —añadió, como si también aquello no fuera más que otra historia—. Siempre has sido mi favorito.

Carolyn oyó cómo la comunicación se cortaba.

Judith seguía allí de pie, con las manos en las caderas, su sello de un juicio negativo.

—¿Me harías eso a mí también? ¿Eh?

Carolyn rió sin ganas. El pecho le temblaba de la tensión.

—Vamos, Judith, no seas tan estricta. Hay veces…

—Tú y papá siempre decís que no hay excepciones. No se roba, no se engaña y no *se espía*. Ni se escucha sin permiso.

—Baja la voz —murmuró ella—. Shhh.

Quería que Judith se fuera para poder pensar en lo que había oído. O no oído. El amor, el desorden. Jacob no había admitido nada. Sólo que se encontraba en peligro. Ni una palabra acerca de su posible culpa o de las circunstancias. Habría que dejar en manos de Nina la posibilidad de abrirlo un poco y preocuparse por sus sentimientos.

Tal vez Ben también sabría hacerlo. Él sabría calmarlo, no le desafiaría. O eso, pensó con cierta sorpresa, o lo aniquilaría. Así de sencillo: o tomaba a su hijo en sus brazos y le arrancaba el miedo a fuerza de caricias, o le gritaba como un loco y lo amenazaba. Eso es lo que se dice no tener arreglo.

—Me parece que se lo voy a contar a Jacob —anunció su hija—. Me parece que sí. Le pienso decir: «Tú no eres el único criminal de esta casa».

Seguramente pensaba en la vez que regañaron a Jacob por haber estado escuchando mientras hablaba por teléfono con Celeste y burlarse después de lo que había oído: habían hablado del amor, de los chicos, de los cortes de pelo. La justicia todavía era un concepto absoluto para ella.

Nina, Nina, Nina. No tenía ni un sólo hueso sólido en su cuerpo, engordado por el desprecio a sí misma; ni un solo pensamiento amenazador en su cabeza. ¿Lo había hecho desinteresadamente, preocupada por el supuesto sufrimiento de su sobrino? ¿O era simplemente que había querido aprovechar la oportunidad para ver si podía enterarse de la verdad? *Realidad* era una palabra negativa a ojos de Nina. Para ella la realidad no traía nunca buenas noticias, iba siempre cargada de mala voluntad y reajustes difíciles. Iba siempre cargada de hechos explosivos que sólo podían augurar la muerte del futuro.

Una vez, cuando eran muy pequeñas —tendrían ocho y seis, o nueve y siete—, su madre se cayó en el hielo. Ese día nevaba, y volvían a casa, después de haber hecho sus compras. La madre llevaba los brazos ocupados con las bolsas de papel, las piernas se le resbalaron y cayó aparatosamente en la acera. Carolyn insistió todo el rato en averiguar exactamente qué le dolía. ¿Aquí, en la espalda? ¿En las nalgas, en la base de la espalda? Acababa de aprender en la escuela que a veces la gente no tiene que moverse cuando se cae y se hace daño, y lo estaba poniendo en práctica e intentando comprobar todos los detalles, contenta porque tenía algo que ofrecer. Nina, que gemía como una gaviota llorona —o tal vez sólo eran voces de aliento, quién sabe—, se quitó el abrigo y tapó a su madre hasta la barbilla. Aunque se había dejado los guantes en casa, empezó a amontonar la nieve hasta formar una especie de montículo para que su madre pudiera apoyar la cabeza. Le acarició la cara mientras la ayudaba a apoyarse. A Carolyn nunca se le había ocurrido pensar que su hermana pudiera ser mejor persona que ella. A pesar de su ineptitud social y su incapacidad de sentir alegría, tal vez fuera en el fondo más decente que ella, estuviera más llena de amor. Deberíamos haber sido una sola niña, pensó. O una sola mujer. Hubiéramos sido perfectas: una mezcla de dureza y suavidad, de nervio y sosiego. De cura y nutrición.

Las dos hubieran estado mucho menos solas, eso seguro.

OceanofPDF.com

JUDITH

—Jake —le dijo en un susurro desde la puerta de su habitación a la tarde siguiente—. Sé que no tienes muchas ganas de hablar, pero, ¡por favor! ¿Has ido a algún sitio de verdad? —Se apoyaba primero en un pie, luego en el otro—. No hace falta que hables mucho, sólo unas pocas palabras y ya está. Por favor.

Él había estado sentado, de espaldas a su escritorio. Contemplaba su cuarto como si nunca lo hubiera visto antes, como si intentara juzgar la vida de un extraño por las cosas que lo rodeaban, sin saber muy bien qué impresión sacar. Suspiró y cerró los ojos.

—Claro que sí —dijo con calma—. Todos los días me levantaba e iba a Logan. —Se trataba del aeropuerto, el final de la línea T—. Tenía un montón de postales, ¿sabes?, de todas esas ciudades increíbles. Las conseguí en esa tienda tan rara. Me iba al aeropuerto y buscaba un vuelo que fuera a donde yo quería ir, y después a alguien que quisiera despachármela cuando llegara.

Judith lo miraba fijamente. Él aún tenía los ojos cerrados, y sonreía, aunque no a ella.

—Y después de dársela… a quien fuera… nadie me dijo nunca que no… bueno, pues me sentaba en uno de esos asientos de la sala de espera, cerca de donde despachan los billetes. Perdón. La zona de embarque, eso es. Qué nombre tan pretencioso, no sabe uno ni de lo que está hablando. Y cerraba los ojos así. Y me iba con ellos. Llegaba a destino más rápido y más barato. A Saint Louis y Albuquerque. ¿Sabes?, no hay ningún vuelo directo a Santa Fe, tienes que pasar primero por Albuquerque. Yo fui a todos esos sitios. —Judith se preguntaba si esas mismas lágrimas cansadas le brotaban

de los ojos cuando estaba sentado en el aeropuerto. Habría sentido vergüenza—. Pero no vas a contarlo, ¿verdad? Nadie lo entendería.

—Mmm. No, no se lo diré a nadie —prometió—. Pero yo sí que lo entiendo. Espero que lo hayas pasado bien.

No le gustaba tener lástima de Jacob, no le parecía natural. Él siempre había hablado de la gente sentimental como si fueran feos. Hubiera querido poder abrazarlo fuerte, pero sabía que él nunca se lo perdonaría si lo hacía. Esperaba que la amenazara para que se fuera, pero se limitó a darle la espalda y esta vez se puso a contemplar lo que se veía desde la ventana polvorienta, la nieve sucia del camino, mil veces marcada por los neumáticos, y las colinas distantes, que se teñían de púrpura con el frío.

OceanofPDF.com

BEN

Jacob había dicho una vez que, para nosotros, la mesa era como un fetiche. Yo nunca me paré a considerarlo demasiado en serio, imaginaba que en todas partes las familias se reúnen al menos una vez al día —sí, los beduinos del desierto a lo mejor, y los etíopes, que mojan todos ese pan esponjoso del mismo plato—. No era ninguna medida consciente y molesta que hubiéramos tomado para mantener unida a la familia, era algo natural: amor, curiosidad e interés por el día del otro, además de la necesidad de comer. Serían una media docena de cosas, todas buenas. Pero él decía que no. Tenía muchos amigos que comían a su aire. Incluso aquí, donde la disolución de la gran ciudad no se había instalado tan visiblemente, había familias de un solo padre, familias con horarios diferentes. Familias que no se querían. Es asombroso el plantel de variedades de hábitos familiares que encontró. Y además, había estado estudiando algo de sociología en la escuela, o psicología, no me acuerdo. Fuera lo que fuera, nos daba un nombre. Éramos la familia nuclear, y quizá dábamos demasiadas cosas por sentado. Judith se alarmó. (De eso hace ya algunos años.) ¿Qué tenía que ver nuestra familia con la bomba atómica? Entonces nos reímos, pero ella tenía razón: ¿no nos hacía sonar aquello como algo peligroso, a punto de explotar?

Y en cambio, ahora… Nos reunimos todos en torno a la mesa por la pura fuerza de la expectativa, a las seis. Era la primera noche que Jacob pasaba en casa, y yo había hecho pollo a la quechua, arroz frito y arvejas, que como no era la temporada, estaban terriblemente caras. (Cada viaje al supermercado me hacía hervir un poco la sangre. Alguna gente se comportaba con normalidad y me saludaba con un hola. Otros me negaban

el saludo y se apartaban de mí. Pero ni siquiera los que eran un poco corteses querían hablar. «¿Cómo te va?» Hubiera sido ridículo, así que en realidad yo tampoco sentía ningunas ganas. De todos modos, teníamos que comer, así que yo me limitaba a recoger el guante con rostro inexpresivo.)

La última vez, cuando volvía a casa con la compra, me paré a ponerle gasolina al coche —todo es servicio completo y manual en este pueblo, necesitamos esos puestos de trabajo—, y el chico que me llenó el depósito, tan alto como un jugador de baloncesto, pero un poco demasiado encorvado, demasiado lento, de huesos demasiado pesados, se agachó y dijo:

—Eh, salude a Jake de mi parte. De parte de Freddy.

—De acuerdo, Freddy —dije, tan contento que me sentí abochornado. Sonaba tan neutral como el parabrisas que estaba limpiando—. ¿Algo más?

—No, hola ya está bien. —Le dio la vuelta al limpiacristales—. De parte de Freddy.

—Apuesto a que no te servían esto en el Valle del Ciervo —le decía en esos momentos Carolyn, obstinada. Así es como llamaba al centro de detención juvenil, como si el nombre se lo hubiera dado uno de esos soñadores que ponen los nombres a las calles.

Jacob sonrió débilmente y levantó la comida con el tenedor. Prefiero pensar que la gratitud es una emoción demasiado profunda para expresarla con palabras. Aquella primera noche no tocó la sopa de Carolyn, pero al menos ahora estaba comiendo, como si lo hubieran estado matando de hambre. Tenía las mejillas hundidas, de un color terrible, pero no se me había ocurrido atribuirlo a la mala alimentación. Había razones mucho más importantes para estar desmejorado en un calabozo.

Los demás procurábamos charlar de lo que fuera. Judith nos contó que estaban eligiendo el reparto para *Trabajando*. No había ningún papel apropiado para ella, pero tal vez podría hacer algo entre bastidores, con las luces o los decorados. Éramos como un equipo estéreo raro, con tres altavoces instalados a una enorme distancia el uno del otro. Las voces venían de alguna otra parte, y en medio estaba sentado el Espacio.

Carolyn trató de dirigirse a él más o menos directamente.

—¿Qué comías en el Valle del Ciervo, Jake?

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes —le dijo al tenedor—. Lo de siempre. —Sus primeras palabras.

—Lo de siempre. Bueno, la verdad es que yo nunca he comido en un sitio así, así que no sé qué es lo de siempre.

Él meneó la cabeza como si la respuesta fuera demasiado compleja para explicarla con su vocabulario.

Tuve que contenerme —tuve que hacerlo y lo hice—. Así que Judith saltó de nuevo y trató de tapar el agujero. Yo estaba agradecido, pero aquello no resolvió el problema.

Fue un *deus ex machina* quien lo hizo. Aún no nos han abandonado del todo, pensé. Aún queda en el mundo alguna puerta abierta a la suerte, aunque sea la misma malicia la que nos la cierra y nos la abre en la cara.

Lo que pasó fue que sonó el teléfono. Había habido en esos días no pocas personas que nos desearan el mal, que se sentían con el deber de informarnos de que nuestro hijo tendría que estar en una prisión de alta seguridad esperando el momento de que lo llevaran a la silla. Éramos las mismas personas que apenas el día anterior habíamos recogido del buzón el sutil mensaje: ¡LOS JUDÍOS DESANGRAN A LOS NIÑOS!, ilustrado con una figura de la que salían despedidas en todas las direcciones un montón de gotas de sangre, como los rayos de sol en los dibujos de los niños. Las primeras veces, tal como Carolyn me había advertido, te sientes como si te hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago, pero no puedes dejar que sigan haciéndote daño, y no les dejas. Insensible o no, te montas una especie de rutina y te la pasas una y otra vez como si fuera una cinta. Los que te acusan (que se creen que son Dios) no son mejores que tú, así que había dejado de sentirme culpable.

Esta vez, nuestro amigo era un hombre de voz fina al que le llevó su rato decir lo que tenía que decir, y era que él abogaba por la lapidación. Hacía ya mucho que yo había llegado a la conclusión de que, si aquello fuera cosa de risa, desde luego tendríamos mucho de lo que reír.

—Sí, señor, ya entiendo —le dije la mar de tranquilo—. Suena muy bíblico. Y sería usted quien arrojara la primera piedra, me imagino. —Consternación de su lado de la línea. Supongo que aquello era como reírte

de un exhibicionista bostezando ante sus posesiones más preciosas. De modo que lo dijo de nuevo, en voz más alta, y agregó que era de esperar que mi hijo saliera una mala pieza viniendo como venía de mí.

Por tanto, yo terminé con mi habitual:

—Ahora escúcheme usted. —Me gustaba decirlo así, como una confidencia, para que el otro se inclinara sobre el teléfono a escuchar aquel mensaje que era especialmente para él—. Quiero que sepa, ciudadano modélico de Estados Unidos, que mi hijo es inocente. Hasta que se demuestre su culpabilidad ante un tribunal de justicia, no será más culpable que usted. Y no se ha demostrado todavía. No, no —dije ante sus protestas —. Tendrá que empezar a hacerse a la idea, y es que mi hijo, en este momento, aún es un hombre libre, está aquí bajo fianza, y aún no se ha probado nada en su contra. —No me paré a escuchar su respuesta (que sin duda hubiera sido algo así como «Pero usted y yo sabemos la verdad»). Colgué y volví a sentarme. Mi rostro todavía se enrojecía con cada actuación.

Judith aplaudió.

—Muy bien, papá. ¡Qué dominio!

Pero Jacob me miraba con dureza.

—¿De verdad crees eso?

Su voz rompió sobre mí como un recuerdo.

—¿Qué quieres decir? ¿Si creo que todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario? Que menos. Por supuesto que lo creo. Nuestro sistema…

—No me refiero al sistema. Me refiero a mí. ¿Crees que no soy culpable?

Oh, eso ya era otra historia, ¿no? Mastiqué mi pollo cuidadosamente y tomé un trago de agua.

—No sé, Jacob. Ahora que estás aquí podemos hablar. Tenemos mucho tiempo. —Hubiera querido decirle lo que había hecho por él, culpable o no, no para que me lo agradeciera, ni para que me quisiera más. Sino para que pudiera sentirse seguro, para que se relajara y confiara en nosotros—. No importa —añadí, como si fuera un borrador de lo que quería decir en

realidad—, sea cual sea la verdad, estamos aquí contigo. De verdad, no importa.

—No he querido decir eso. Toda esa mierda sentimental. Lo que quiero decir es…

—Eh, no tan rápido —lo atajó Carolyn—. ¿Cómo que mierda sentimental?

—Venga. Los padres siempre decís esas cosas. Eso no es…

—¿Ah, sí? —dijo ella con frialdad, y yo me sentí agradecido—. ¿Sí? ¿De verdad? ¿Y esconden el arma del crimen y destruyen parte de la evidencia? ¿De verdad hacen eso? ¿Estás seguro? —Tenía la cara peligrosamente blanca, con manchitas brillantes.

Él nos miró a los dos, al uno y al otro, y luego otra vez, como si estuviera preguntándonos si aquello era una broma. Señor, no lo entendía.

—¿Qué arma del crimen? —no lo dijo con asombro, y menos aún con gratitud, sino con desprecio, como si fuéramos sus acusadores.

No era muy digno reclamar el crédito por lo que habíamos… por lo que *yo* había hecho. Era ofensivo citar a los padres de su amigo Frodo, y quién sabe a cuántos de sus otros amigos, que habían asegurado que ellos no revelarían tan rápido una cosa como ésa. No estábamos en ningún concurso, así que me limité a pedirle que nos contara lo que había pasado. Mientras le oía hablar, recordé cuánto había desesperado por volver a oír su voz. Ahora que al fin podía oírla, pensé que no tenía por qué gustarme lo que decía. Ahí estaba la cuestión. Que no era sólo su problema, sino el nuestro, y teníamos que resolverlo juntos. Ése era el origen y la causa de nuestras interminables comidas en esa mesa de la que tanto le gustaba burlarse, el relato cómodo y pausado, la transferencia de información, la acumulación de miles de incidentes diarios, incidentes circunstanciales y de fondo. La famosa y maldita familia nuclear en torno a su núcleo, que era… no sé qué era, la verdad. Tal vez antes hubiera sido automáticamente el padre, el patriarca de Jacob, pero en esos días no lo era, ni quería serlo.

En medio de la mesa, el pollo brillaba terso en su salsa. Las verduras que lo rodeaban lucían como adornos. Había preparado la cena en señal de esperanza, para soltar las lenguas y hacernos volver a los días del pasado.

Pero no hacía falta que lo reconociéramos para que funcionara. Lo único que teníamos que hacer era comer y sentirnos más seguros.

—¿Se supone que tengo que quedarme aquí tan tranquilo delante del pollo y ponerme a hablar de asesinatos? —Bajó la mirada hasta la mescolanza que tenía en el plato, el castaño, el verde y el rojo del pimiento, y la volvió de nuevo a nosotros, que permanecíamos en silencio, aterrorizados, sin atrevernos a decir ni una palabra—. Si tengo que quedarme aquí con vosotros…

—No quisiste contárnoslo cuando estabas en Cambridge. Y tampoco quisiste hablar en el Valle del Ciervo. No quisiste hablar en ningún sitio. Sólo Dios sabrá por qué. ¿Cómo quieres que sepamos lo que tenemos que pensar, y mucho menos qué hacer? —Ése era yo, en mi aspecto más racional—. ¿Qué es lo que quieres que hagamos para ayudarte?

Parecía acorralado. Pero yo le entendía. Tal vez esa escena tan corriente, esa conocida imagen familiar que habíamos montado, exactamente igual que si no hubiera cambiado nada, lo hacía todavía más imposible. ¿Es que necesitábamos un cementerio a media noche, como en alguna novela gótica escalofriante? ¿O las brumas de la maldita Transilvania?

Yo me repetía con cuidado: «¿Cómo quieres que te ayudemos si no…?»; quería decir «te rindes».

—Deja de huir, Jacob —dije en vez de eso—. Ahora estás en casa. ¿No puedes dejar de huir?

Habló, y su voz resultaba casi irreconocible, por lo baja.

—Si os cuento lo que pasó… Ése no era yo. No era yo. —Apartó el plato. Tuvo la decencia, pensé con dureza, de apartar el plato.

Todas las alternativas se habían borrado: la huida, la mentira, el silencio, todo era agua pasada, como hubiera dicho él. Todo se acababa allí. O en casa o atrapado, no sabía muy bien cómo se sentía Jacob. Pero había dejado de intentar adivinar.

—De acuerdo. Si puedo… —Cerró los ojos y así permaneció un buen rato. Luego los abrió, pero no nos miró—. Éramos, éramos como… bueno, no sé, este año hemos estado saliendo muy a menudo. Sé que vosotros no lo

sabíais. Yo no… no pensé que fuera algo que tuvierais que saber. Y no me preguntéis por qué. Ahora parece una estupidez, pero entonces no me lo parecía. Y tampoco importa, no creo. No hubiera cambiado nada.

Judith apoyó los codos en la mesa y se sostuvo la cabeza con las manos abiertas. Parecía una estudiante en su primer día de clase, lista para lo que viniera. Y mi hijo seguía hablando. Su cara estaba pálida cuando empezó, pero fue enrojeciendo, tanto que al final hasta tuve miedo por él. ¿Tenían ataques los adolescentes? ¿Podía un chico de diecisiete años alterarse lo suficiente para que se le rompiera un vaso sanguíneo?

Nos contó que tenían una cabaña adonde iban después de la escuela, muchas, muchas veces. Era una caseta de caza que había pertenecido a Harry Pipes, el tío de Martha, y hacía tiempo que estaba abandonada. Quedaba cerca de un camino que desembocaba en el cruce entre Poor Farm y Skittles Road.

—Cuando nevaba o el camino estaba lleno de barro, nos bajábamos del coche e íbamos andando. Pero cuando no había nieve, podíamos llegar hasta allí con el coche. En la cabaña no había gran cosa: un par de ollas y cacerolas, algunos platos viejos, una cocina oxidada. Una diana con dardos que usábamos a veces. Un diván. —¡Cómo no!—. Estaba todo muy sucio, pero no nos importaba. Allí podíamos estar lejos de todo, era… era… suficiente. —No tenía nada que reprocharle por aquello. Podía recordar perfectamente el rostro de Theda, que me miraba fijamente desde debajo de su flequillo oscuro, recordaba nuestros cuerpos jóvenes y puros enlazados, y pensaba: «De acuerdo, ¿y qué?». En realidad está muy bien. Pero Carolyn la Reina Virgen, con la mirada ensombrecida por el reproche, o tal vez sólo por la tristeza, prefiero no saberlo, no parecía muy indulgente. Pero ésa es otra historia.

Ese día —y cuando lo dijo los ojos se le abrieron tanto que parecía como si le hubieran abofeteado— habían tenido una discusión terrible. Ella se había estado metiendo con él desde el momento en que la recogió en la heladería, en Jacey’s, llena de desprecio, buscando pelea, eso era evidente.

—Así que cuando llegamos a la cabaña intenté hacer que me dijera qué es lo que le pasaba. Y al final me lo dijo. Que no me iba a gustar pero… que estaba embarazada. Y en realidad no estaba enfadada conmigo, estaba

enfadada con todo el mundo, y con todo. Sobre todo con Dios, por dejar que le pasara una cosa así. Siempre se metía con Dios, sobre todo cuando necesitaba algo. Yo le decía que parecía como si Dios fuera su amante viejo y rico. —Soltó una risotada—. No le hacía ninguna gracia.

Asentí.

—Ya lo sabíamos, Jacob. Sabíamos que estaba embarazada. Lo… descubrieron. —No pude pronunciar la palabra *autopsia*, como si pensara que a él podía afectarle.

—Bueno, pero es mucho más complicado. ¡Jo, es una mierda de melodrama! —Miró a Carolyn y a Judith, que se agitaban en sus asientos—. Perdón. —Sentí ganas de decirle que teníamos otras preocupaciones más graves que su lenguaje soez.

La parte complicada era que la chica no creía que el niño fuera suyo. Y ahí fue donde la cosa empezó a ponerse fea de verdad. No quiso decir de quién era, ni cómo, y mucho menos por qué.

—Pero, obviamente, había estado… saliendo por ahí. Yo no tenía ni idea. —Él mismo se rió ante su impulso de utilizar aquel eufemismo. Estaba abochornado—. Yo ya me imaginaba que no podía ser nuestro porque siempre… —le lanzó a Judith una rápida ojeada, como si pensara que quizá ella no tendría que estar escuchando esa clase de detalles, pero continuó—: teníamos mucho cuidado. Yo quería de verdad ser responsable. Pensaba que no había nada malo en lo que hacíamos, pero no quería que ella tuviera ningún problema. —Creo que fue el recuerdo de su preocupación y su atención por ella, de su cariño, probablemente, lo que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se levantó y estuvo dando vueltas por la estancia, lentamente, meneando la cabeza, como si tratándola con dureza pudiera librarla de las emociones.

»Y… no sé —dijo cuando volvió con nosotros, aunque no se sentó, siguió paseándose—. Creo que lo que quería era que rompiéramos. Se puso a insultarme y a llamarme de todo y… era todo tan estúpido, cosas como tú no sirves para nada, ahora puedo decirte que nunca me has gustado de verdad, ese tipo de cosas. O que yo me creía que soy fantástico y que mis padres son una gran cosa, con nuestro césped. Y la cosa es que el césped la tenía alucinada, siempre estaba hablando del césped. Yo siempre le decía:

“Pues si quieres que te diga la verdad, todo ese césped es un coñazo, soy yo quien tiene que cortarlo. Y tú parece que te piensas que tenemos una mansión fabulosa, o una cosa de esas con puente levadizo y todo”.

Se aclaró la garganta. Había dicho más de lo que la mayoría de los chicos de su edad dicen en un año.

—Y luego se puso a hacerse la ofendida y hasta me echó la culpa por tener cuidado con ella. Por usar… dijo que sólo un bobo pensaría en esas cosas y que… no sé, como que era todo demasiado controlado para ella. No sé si me entendéis. Era como si me estuviera diciendo que sólo podía respetar a alguien que… la forzara, más o menos. Así que yo le dije: «¿Qué pasa, que estás buscando tu hombre de las cavernas, quieres un tipo que te arrastre de los pelos? ¿Te gusta la idea de que un mono peludo te deje embarazada y no le importe un pito lo que hace?». Y ella va y me dice que sí. «Sí, sí, eso es lo que quiero, y te aseguro que ese hombre no eres tú.» Hubiera tenido que sentirme orgulloso, supongo, pero la verdad es que en esos momentos no me sentí así, precisamente. Me hizo sentir como un idiota. —Se frotó la cara con la mano abierta, con fuerza—. Y en realidad tampoco estaba muy seguro de que pudiera tragarme toda esa mierda. Perdón, vaya, todo eso del enfado. No sé por qué, pero en el fondo seguía pensando que ella estaba enfadada y rabiosa con todos, y que estaba tratando de culparme de lo que se le ocurriera. Así que, así que… —No podía decir aquello. Se quedó un momento con los labios fuertemente apretados—. Hizo algo que no estaba bien. Como para provocarme. Para hacer que me convirtiera en ese salvaje que decía. —Ahí fue cuando la cara se le empezó a poner tan roja que tuve miedo por él. Estaba lloroso y parecía que le faltaba el aire, pero lo peor era que estaba más rojo que después del triatlón que habíamos corrido el año anterior—. No quiero hablar de eso, no… yo sólo… yo no podía ser así. No podía hacer cualquier cosa que a ella se le antojara. Y estaba… —Exhaló con fuerza.

—¿Avergonzado?

—Avergonzado, y enfadado, y asqueado, y, no sé, tantas cosas diferentes que no veía nada claro. Así que le dije: «Bueno, hasta aquí hemos llegado. Te llevo a tu casa y si quieres puedes tener el niño o no, y quedarte con tu hombre de las cavernas, a mí me da igual», y nos fuimos.

¿Y entonces? ¿Y entonces? Seguimos todos sentados, en silencio.

—Y entonces no sé. Volvimos al camino y subimos al coche y justo cuando estábamos llegando a Tuttle va y me dice: «Ah, Jacob, lo siento, no quería decir todo aquello». Y empieza a llorar. Estaba muy confundida, y ya está. «Para —me dijo—, quiero demostrarte que no hablaba en serio.» Así que paré… es tan ridículo… estábamos frente al cerco y, bueno, ya os podéis imaginar, nos quedamos allí sentados un rato e hicimos las paces más o menos. Yo aún estaba muy nervioso, porque algunas de las cosas que había dicho no me gustaron nada, pensaba que si las había dicho, sería porque en el fondo era lo que pensaba, y que tarde o temprano acabarían saliendo otra vez. Pero el caso es que nos quedamos allí sentados un rato. Estábamos muy… amigos, no sé. Empezaba a oscurecer, y cuando volví a poner en marcha el coche, resultó que nos habíamos atascado… Estábamos hundidos hasta el cuello.

Me di cuenta de que aquello era fácil de imaginar. Era Jacob, un Jacob reconocible y humano, el que contaba la historia. Sabía que iba a terminar mal, pero por lo menos él era real, era cálido y la sangre corría por sus venas. Y yo lo sabía, lo sabía: no era ninguna fiera. O lo sabes o no lo sabes, igual que era imposible no entender cómo podía yo estar en un estado de semieuforia porque la voz que nos contaba todo aquello no era la de ningún extraño.

Y entonces la cosa se pone mal otra vez. Intentan sacar el coche del hoyo de varias maneras, pero todo el mundo sabe que normalmente lo único que se consigue es hundirse más. Lo levantan un poco y ella trata de sujetarlo mientras él empuja, ponen algo debajo de las ruedas, pero nada. Al final a ella se le ocurre levantarlo con el gato. Él dice que no está muy seguro de que vaya a servir de nada, pero ella piensa que así al menos podrán rellenar los huecos que se han hecho bajo las ruedas y será posible arrancar sobre algo liso. Así que lo hacen, pero no sirve de nada, tampoco. Recriminaciones.

—No deja de desafiarme, y me dice que si yo tuviera hombros de verdad podría haber empujado con más fuerza. No sé… es que es todo tan estúpido que… Nunca podría decir esto ante un tribunal. Se reirían de mí, no es… ¿cómo pudo acabar de esa forma? —Seguía meneando la cabeza—.

Le di el gato para que lo guardara, no servía, y ella me llamó no sé qué, pavo, o inútil, no sé, algo así. Y el caso es que aquello ya me acabó la paciencia y le di una torta. —Suspiró—. Sí, le di una torta, pero no muy fuerte, sólo le rocé la barbilla. Estaba muy cansado, y lo único que quería era poder volver a casa y perderla de vista. Le dije algunas cosas que no tendría que haberle dicho…, vaya, cosas feas. Ya os podéis imaginar. —Claro que lo imaginábamos. La vergüenza, la impaciencia, el deshonor, y hasta la humillación, todo cerniéndose sobre él, como la oscuridad, que se hacía cada vez más densa—. Y cuando le di la torta, se aferró a mí y me golpeó la cara con la mano… y luego… supongo que yo trataba de sacármela de encima, que estábamos peleando, no sé… a punto de pelear… y quiso golpearme con el gato. —Entonces dejó escapar un sonido horrible, como si lo estuvieran apuñalando, desgarrándole la carne, como si le arrancaran las palabras una a una de la piel—. Por favor —dijo—, ¿tengo que hacer esto?

Estábamos completamente inmóviles.

—Tienes que hacerlo —le dije.

Se volvió y tendió las manos hacia mi chamán, mi montón de madera, que estaba en el rincón, sentado, sin iluminación, inverosímil, y las deslizó con suavidad sobre los hombros gordos y curvos, como un ciego o un bebé que tantea algo que está tratando de reconocer al tacto. Buscando refugio, ay, mi Jacob. Buscando sentir algo duro y real bajo sus manos. Se quedó allí de pie unos minutos, llorando sinceramente, sin contenerse. Carolyn se levantó y se le acercó por detrás, y le rodeó los hombros con firmeza. Me di cuenta de que hacía años que no lo veía llorar. Cuando se ponía esa maldita gorra, la prueba de que era un adolescente vanidoso, fuerte y todo lo demás, era demasiado adulto como para llorar.

—Ya está, ya está —dijo por fin—. Puedo hacerlo.

Tenía la voz destrozada. Apenas se le oía.

—Quiso pegarme con el gato pero no me dio, y yo lo cogí, ella no dejaba de gritarme, y se lo quité y entonces… —se cubrió la cara, no con las manos, sino con la curva del brazo, con la manga gris y abultada del jersey. Me horrorizaba pensar en lo que él estaría viendo en esa oscuridad

espinosa en la que descansaban sus ojos. Pasó mucho rato. Nadie dijo nada. Judith suspiró una vez, y nosotros seguimos inmóviles en las sillas.

—La cosa es que —continuó— digo asesinato, muerta apaleada, y suena tan… extraño. Y tan enorme. Tan imposible de imaginar. Pero no fue así. No era algo que hubiera pensado ni nada de eso. Incluso después de hacerlo, después de que pasara, no podía acabar de creerme que fuera yo quien le había hecho aquello. No, no. Era tan irreal. Como un accidente. Si hubiera intentado darle con el gato y hubiera fallado como ella, sólo por unos milímetros, estaríamos… todo sería… mi mayor problema supongo que sería algo así como ¿la saludo o no la saludo cuando me cruce con ella en el colegio?

Nos miró con la misma incredulidad y la confusión en que habíamos estado sumidos nosotros todas aquellas semanas. Con el asombro de ver cómo un pequeño accidente podía convertirse en una realidad aterradora. Aquello tenía sentido. Lo explicaba todo. Fui hasta donde él estaba, con sus ojos enormes, arrasados en lágrimas por su suerte indecible, y lo tomé entre mis brazos y sentí cómo se apoyaba contra mí, ya sin resistencia, sin ningún rechazo.

—Todo saldrá bien, Jacob —le susurré—. Si les dices lo que nos has dicho a nosotros, todo irá bien.

Ya podía oír aquellas palabras en la sala del tribunal, ver sus caras de asombro, la estupefacción de verlo convertido también en una víctima.

Asintió contra mi pecho, aunque no aflojó la tensión de sus hombros, esa tensión que te hacía sentir que estaba a punto de echar a correr. (Y no fue sino hasta mucho después que recordé el gato. ¿Cómo podría explicar su desaparición? ¡De una manera u otra tendría que convencerlo de que mintiera por mí!)

Con el rabillo del ojo vi a Carolyn, con sus manos delgadas tendidas frente a ella sobre la mesa. Abría y cerraba los dedos, como un gato en éxtasis. Era algo que solía hacer cuando alguna cosa la preocupaba y se ponía a cavilar, como si absorbiera la energía que no gastaba. Estaba muy abrumada, pero fruncía el ceño. Su rostro se notaba distante, renuente en cierto modo, y sentí que el corazón se me encogía. Emboscada. Era incapaz de imaginar qué estaría pensando en esos momentos, pero me sentía un todo

con Jacob, y mi esposa me asustaba. ¿Por qué no estaba satisfecha? Todavía no habíamos salido del bosque, eso es lo que pensé, y me aferré al chico con todas mis fuerzas. Tendría que hacer oír su relato como pudiera. Debería contarlo ante el tribunal, en cualquier lugar donde consiguiera una audiencia. Un accidente. Mala suerte. Un disgusto y los medios terribles al alcance de la mano.

OceanofPDF.com

CAROLYN

De toda la gente que conocían, ellos eran los únicos que no tenían lavavajillas. Aunque en principio ella pensaba que no había que buscarles peros a los artefactos que te ahorran tiempo, le gustaba remover el agua caliente con la mano y pensar… era una satisfacción primitiva. Llenaba el fregadero hasta cubrir los platos, y sentía el placer de sumergirse hasta las muñecas en el calor. Del otro lado de la ventana de la cocina, más allá del césped ennegrecido, se veían los faros atravesar la oscuridad y desaparecer como cometas.

La duda iba goteando, un hilo muy delgado que se abría camino en su interior. Arrastraba los dedos por las espirales de la espuma, invocando algún sentimiento, el que fuera, lógico o no. No era que no creyera la historia, parecía plausible: no era ni un relato sensacionalista ni desbordaba tampoco una pasión irreconocible. Al contrario, resultaba tan banal como la vida misma, completamente normal, un hecho que lleva al otro, una confusión de emociones que se expandían hasta que lo invadían todo. Y el esfuerzo del chico por disociarse de sus efectos, lo entendía también: «¿He hecho yo esto? ¿Cómo puede haber pasado?… Lo único que hacíamos era… no tenía intención de…». Como si hubiera roto un florero. Como si hubiera dejado salir a la gata cuando se le había dicho expresamente que la dejara dentro. Pero ahí era donde se atascaba. Ella había visto a gente atropellar niños con sus coches, perros. Y los había visto reducidos a la pura histeria al ver el daño que habían causado sin quererlo. Habían roto algo irremplazable, y ni siquiera era por descuido. «Apareció de repente.» «Corría detrás de la pelota y de pronto apareció en medio de la oscuridad.»

Señor, gritaban, señor, perdóname, los conductores, no menos necesitados de consuelo que los padres.

Él había mutilado a esa chica —esa mujer— con la que había compartido los actos, las palabras, y los sentimientos más íntimos durante horas y horas. Allí, junto al cerco partido de Tuttle, acababa de susurrarle al oído, de rozarle con los labios el cuello delicado, seguramente, en donde empezaban a crecerle los rubios cabellos cortos. Y después la había masacrado. Había probado el tacto del acero sobre los finos cabellos que tan bien conocía, sobre su cráneo frágil, y había huido. Golpear y huir, había pensado una y otra vez aquella noche, cuando se fue a dormir, con movimientos cada vez más lentos, sacarse el jersey, quitarse el sujetador, rodear la cama como a través de alguna pesada marea de sueños. Los cobardes más infames, había pensado siempre cuando traían a urgencias a las víctimas de la carretera, eran los que golpean y huyen, los que seguramente miraban a su alrededor para asegurarse de que nadie les había visto, apagaban los faros si estaba oscuro y se escabullían con la mayor rapidez posible. Golpear y huir. No era lo mismo, no era igual que las personas que atropellan a alguien sin querer y están libres de culpa, ésos tendrían sus voces teñidas de sangre, sus manos manchadas por siempre más.

Muerte en la carretera. Palabras insensibles que hacían que los animales fueran como presas, un botín diario y deseable. Pero la chica —se quedó petrificada de golpe, con un plato como una gran piedra chata en las manos —. Dios, la chica. No la habían golpeado una vez, casi accidentalmente, como Jacob pretendía. ¡Ese cráneo destrozado que había visto era el fruto de una ira inmensa, colosal, inimaginable y desgarradora! Si hubiera fallado como ella, eso había dicho su hijo. Pero no, no. Tal vez toda esa escena terrible se le había venido encima sin que él la buscara, pero, una vez en ella, ¿acaso no había golpeado y golpeado y golpeado? ¿Defensa propia? No, de ninguna manera. Y después huyó. No pidió ayuda. No hizo señales a ningún coche para que se detuviera y lo llevara a la casa más próxima, ni… El agua, que empezaba a enturbiarse con los restos de aquella buena cena, oscilaba bajo sus manos. Iba a vomitar.

Carolyn se apartó del fregadero con las manos empapadas, goteando. Era un niño aterrorizado, nada más. ¿Se puede llamar cobarde a un niño aterrorizado? Y de esa furia destructora que aniquila y destroza todo lo que encuentra a su paso, ella había visto mucho a lo largo de los años: era normal en Ben. Tiraba sus esculturas cuando se negaban a funcionar. Una vez estaba tan enfadado que arrasó con todo lo que había en su tablero de composición en el taller de trabajo, casi en éxtasis. Después se tranquilizó, satisfecho, como durante una relación sexual cualquiera. Otra vez encendió una fogata, y aunque tardó casi una hora en conseguir que prendiera, dejó que allí se consumiera la pieza en la que había estado trabajando. Lo que vio entonces en su rostro era puro rencor, un odio asesino por aquella madera, como si fuera carne maldita. Trataba de ahogar esa furia, fracasaba, volvía a intentarlo. ¿De qué hubiera sido capaz si hubiera tenido un trozo de metal en las manos? ¿Cuántas veces la hubiera golpeado a ella? Se rodeó con los brazos, dejando las huellas de sus dedos mojados en el jersey, como flores copiadas al carbón, sintiendo mucho, mucho frío junto a la estufa, que estaba demasiado caliente como para acercarse y despedía ondas de calor, como el aire del desierto, que hace aparecer espejismos en el horizonte. Se meció. Le estaban arrancando a su hijo para siempre, lo sentía. Él ya se había arrancado solo una vez, y ahora, cuanto más se acercaba ella a la verdad, volvía a hacerlo, una y otra vez. Sentía que su pecho había quedado desgarrado en el lugar donde su hijo había estado sujeto, aunque sólo fuera con hebras invisibles, y el aire del invierno soplaba por allí, muy frío.

OceanofPDF.com

BEN

Una noche, algo histéricos por nuestro encierro, fuimos a ver a nuestros amigos Mock y Harley Frazier. Habían abandonado Nueva Jersey, y no hacía mucho habían comprado la posada y la taberna de Hyland, que estaban en el centro del pueblo. Era un hermoso edificio antiguo, con la pintura picada y los porches que amenazaban ruina, y ellos lo habían salvado con una buena dosis de amor y dinero. Ahora que estaba inmaculada, el pueblo la había reclamado con orgullo. Mock encontró una rueca para el vestíbulo principal, y un mueble secreter del siglo XVIII que colocó junto al mostrador de recepción a modo de soporte para las revistas y folletos de las tiendas locales de artesanía. También había hallado media docena de camas con dosel y cortinajes de encaje que incorporaron al mobiliario.

Yo adoraba sentarme en la oscura taberna, en aquellas sillas de madera y cuero, de aire medieval. Alguna vez Hyland se había parecido a eso y no se había dado cuenta. Yo vine aquí para ser un cascarrabias y dedicarme a mis aficiones. En i 832, si uno compraba un determinado tipo de madera, la tenías, y no le cedías ni un solo milímetro al aserradero. Si comías pollos, eran sanos y limpios. No había motos. El largo letrero que colgaba en la puerta del bar, auténtico y muy pesado, con racimos de uvas pintados a ambos lados, nos saludaba:

AMIGOS Y CAMINANTES, ENTRAD. 1828

Era un oasis. La vida real pasaba por la calle de enfrente, mientras allí los huéspedes se acomodaban en las mecedoras y pensaban cómo sería la

vida de los nativos del lugar. Me divertía ver salir a los hombres del comedor, con las manos apoyadas en el pecho, saciados, y a las esposas, que estaban sonrojadas por la buena comida de Nueva Inglaterra, magnífica y pesada. (Se puede oler desde la puerta: siempre bacalao frito, budin de pan con gusto a melaza dulce quemada.) La chimenea estaba encendida todo el tiempo. En verano había cajas de petunias en el porche, y lobelias azules, y una huerta de donde sacaban las provisiones para la cocina. Era un lugar encantador.

Mock salió de detrás de la barra del bar en cuanto nos vio y se sentó en nuestro reservado.

—Así que… —dijo haciendo girar una cuchara grande entre sus manos.

—Así que… —repitió Carolyn. Mock y Harley no nos habían llamado, ni habían venido a vernos—. ¿Cómo va la temporada, Mockie, bien?

Se encogió de hombros. Era una mujer corpulenta y tenía el cabello corto y en punta como el de una niña, de manera que su cabeza parecía muy pequeña sobre su cuerpo grande. Y el largo delantal blanco que usaba, quizá fuera auténtico, la hacía parecer aún más grande y amenazadora. Era de muselina, con encaje por la parte de abajo: las mujeres de Vermeer los usaban, y las campesinas alemanas.

—El esquí va bien —dijo—. No hay nieve artificial este año. —Y eso fue todo. En la habitación había una gran actividad, presidida por el agradable resplandor de una lámpara, que da la sensación de que es de las que se encienden a mano, y por el murmullo de las conversaciones. Si yo fuera el propietario, me sentiría como un anfitrión que da una buena fiesta, por bien que sobria.

—Pareces una actriz, Mock —dije—. Pareces vestida para la historia.

Ella sonrió con poco entusiasmo. Y nos miramos. Eso, supongo yo, significaba que tenía pensamientos terribles y los estaba reprimiendo. Ni una palabra. ¿Por qué habíamos venido? ¿Bienestar para el viajero pero no para el acosado amigo local que está metido hasta las rodillas en el estiércol? Me entraron ganas de ponerme de pie y disculparme por haber contaminado su dulce mundo del pasado.

—Tengo que volver con los clientes —dijo Mock con lo que a mí me pareció cansancio, e hizo ademán de apartarse de la mesa—. Mira —y su

rostro se veía muy acongojado, lo admito—, vosotros sabéis que somos…, que sois nuestros amigos. Claro que lo sabéis. Pero… —Miró por encima del hombro, pero si necesitaba el apoyo moral de su marido, a él no se le veía por ninguna parte—. No sé si me entendéis… No sé si vosotros… ¿Sabíais que Mike ha estado trabajando para nosotros? Mike Taverner.

Me pilló con la cerveza a mitad de camino hacia la boca.

—¿Haciendo qué? —fue por reflejo. Como si eso importara.

—Ah, muchas cosas. Es un hombre versátil, ya lo sabéis. Un poco de carpintería. Algo de electricidad. Hace… mmm… Hacía mucho que no bebía, y nos ha ido divino.

Vaya, así que si él era divino, nosotros no podíamos serlo, me imagino. No había bastante lugar en el estado para todos los divinos. Creo que no lo dije en voz alta, aunque no estoy seguro. Carolyn no la miraba, tenía los ojos fijos en el otro lado de la estancia, entrecerrados. Menos mal que nadie le devolvió la mirada.

—Ben —continuó, mirándome a mí, no sé por qué: yo no podía verme. Finalmente se incorporó, y parecía de una estatura alarmante—. No me gusta tener que tomar partido. Todo esto es terrible. Estoy segura de que es terrible para vosotros. Pero yo he visto a Mike, y es un hombre tan dulce y tan desvalido por debajo de su aire de… vaya, quiero decir que, no sé, que a veces parece un poco fanfarrón, pero sólo con nosotros, no creo que… bueno, no está cómodo con gente como nosotros al principio, y antes era muy despectivo con… vaya, ya me entendéis —y la abarcó con un movimiento de cabeza—, con la clientela. Pero se nos ha hecho indispensable, y todo este asunto… bueno…, lo ha destrozado. Sí, está completamente hundido. Su pobre niña. No me extraña que haya vuelto a beber, no se le puede culpar. Así que yo…

Me sentí tentado de decir: «Mi pobre niño», pero en vez de eso, quien habló con voz temblorosa fue Carolyn:

—Mock —dijo con aire digno—. Me conmueve ver que eres tan fiel con tu… con Mike Taverner. Es un gesto muy bonito de tu parte. Pero no entiendo por qué tienes que tomar partido, no lo entiendo.

—Carolyn, no me lo hagas más difícil, por favor. Tal vez no lo entiendas, en tu situación. Pero el caso es que siento que vosotros habéis…

habéis perdido menos. Y empezasteis con más. Yo ya entiendo que tenéis que protegerlo, pero hay mucha gente que piensa como yo, que piensa… —Miró hacia arriba con sus saltones ojos azules. Supongo que era una de esas personas que conservan las miradas de la infancia. Aquélla era su Niña Exasperada.

—Piensen lo que piensen, creo que ellos…

—Carolyn, querida —le dije a mi mujer—, no tienes por qué escuchar esto.

Me miró como si yo acabara de llegar. A veces uno de los dos parecía entrar por un momento en estado de *shock*, y con la misma rapidez con que aquello venía, pasaba. *Ah, eres tú. Todavía estamos aquí*…

—Tienes razón. —Y sus labios se tensaron.

Yo estaba dándole vueltas a la cerveza en la jarra, igual que cuando mueves los pies de impaciencia. Se derramó un poco sobre la mesa. Miramos la salpicadura como si fuera una indiscreción pública. Mock la limpió, no con una servilleta, sino con el borde de su delantal inmaculadamente blanco, con el borde de encaje, suspirando, dando golpecitos suaves.

Mi taller apestaba. Aire estancado, cenizas agrias, algo muerto en la pared, como cartón mojado, abandonado, rancio. Si me muriera de repente, así es como lo encontrarían, descuidado, con las herramientas por encima de la mesa de trabajo. La verdad es que no soy como esos hombres que lo limpian y lo cuelgan todo con ternura cuando terminan. Mis figuras se amontonaban como huérfanos, vivas sólo a medias en ese aire fétido. Sólo yo sabía lo que necesitaban para quedar terminadas.

Siempre llego aquí con la urgencia de un amante que trepa hasta el lecho de su amada… Nunca he entendido por qué los artistas tienen fama de andar todo el día sentados por los cafés, bebiendo y charlando, porque en realidad todos estamos muy obsesionados por nuestro trabajo, absorbidos. Hasta yo, que me dedico a lo de la cháchara más que la mayoría, llegué a esta verde y gloriosa Hyland medio en busca de soledad, medio por el deseo de pertenecer a una comunidad. Tanto es así que alguna noche tuve que

obligarme a dejar el trabajo para poder levantarme a una hora decente y prepararles el desayuno a mis hijos.

Un paso en falso y Jacob acabaría comiendo bazofia carcelaria para siempre. Huevos viscosos, tostadas grises. Lo suficiente como para que me dé asco. No lo habíamos tenido para eso. No lo habíamos criado para que nos lo mandaran a prisión en el apogeo de su juventud, con su inteligencia y su cuerpo apenas utilizados. Me podía poner muy sentimental pensando en los placeres de los que nunca podría disfrutar, en los países que nunca visitaría: ni el Sena, ni el Prado, ni la Fontana di Trevi.

Hasta en los tribunales podía haber clemencia para la pasión. Había también cierto margen, o eso me habían dicho, para el exceso, el instinto incontrolable, los errores de juicio. Pero, ¿podíamos confiar en un jurado? ¿Arrojarían una buena vida detrás de la otra, malgastada? Podía ver esa foto del llavero de Jacob, la parte superior del bikini de Martha ondeando al viento, con aire esquivo, condescendiente, provocativo. ¿Y qué? Al fin y al cabo, lo que el jurado vería sería a un hombre con un palo en la mano. Pues que imaginen a ese hombre, entonces, golpeándola esa noche porque había estado poniéndolo nervioso y lo había hecho enfurecer.

Panos decía que no había estadísticas sobre el tema, pero que quizá la mitad de los padres que conocía hubieran llamado a la policía para denunciar a sus hijos. Lo cual significaba que la mitad no lo harían. Un caso para el *I Ching*, tal vez, o para el confesonario. Aunque la mayoría de las veces, decía, nunca se llega a saber lo que los padres piensan. No van proclamándolo por ahí. Hasta con las drogas, incluso si el chico le roba el oro de los dientes a su abuela… es como cuando los hijos protegen a sus padres a pesar de que abusan de ellos. Mienten y prefieren seguir soportándolo antes que denunciarlos. Eso me lo contó porque yo le pregunté.

Un abogado defensor no es sólo un fiscal del revés. Ya sea por práctica o por temperamento, tiene tendencia a sentir un poco de compasión por su criminal. Mira todo el dichoso enredo que está tratando de arreglar como esa gente que estudia las hojas del té, armando una vida, los motivos, los remordimientos. Me parece que a Panos le gustaría que Jacob saliera en

libertad. ¿Era transferencia? ¿Era que yo creía que quería que su promedio como bateador, su índice de triunfos y derrotas, no bajara?

Me puse a garabatear en mi pobre y abandonado cuaderno de apuntes. Di sombras, tracé líneas que se entrecruzaban. Dibujé a Jacob. Lo había dibujado tantas veces que hubiera podido hacer un esbozo de su imagen hasta con los ojos cerrados. Conocía cada pequeño toque y cada matiz que necesitaba mi lápiz para hacerlo reconocible. El límite entre el retrato y la caricatura es muy débil, depende de cuánto se incide en cada rasgo por separado. Avanzar, retroceder, corregir, repasar. Más cuello, menos frente. La nariz no es tan puntiaguda. Estos días tiene las mejillas mucho más hundidas. Todo eso me lleva treinta segundos. Cuando sale bien, es una maravilla. Ahora tenía algo parecido a él bajo las manos.

Le eché trozos de madera a la cocina de leña y me quedé allí con las manos extendidas, vacías. Las pasé por encima del dibujo, como los magos hacen con la chistera para conseguir que la paloma salga. Las cosas que casi te pasan en la vida pero que al final no te pasan, gracias a algún pequeño golpe de buena suerte. Si alguna vez has conducido un coche, entonces seguro que alguna vez has estado a punto de morir. Casi moriste. Además de las cosas que pudiste estar a punto de descargar sobre tus hijos en algún momento de ira. Arrepentimiento instantáneo. Accidentes, mal humor, sueños irreconciliables…, como otro límite entre el retrato y la caricatura. ¿Cómo puede perderse una vida por una sola acción? He visto la prisión estatal, rodeada de alambre de espino, como si fuera una zona en guerra.

Bueno, bueno, yo ya había tenido mis hijos, había tenido mi carrera, y hasta algunos pequeños éxitos. Quería ir en vez de él. Lo haría sin vacilar. ¿Quién no lo haría? Supongo que era otra forma de transacción.

Por lo visto eché la cabeza atrás y me adormilé… Y si…, y si… Nadie le vio hacerlo. Muy bien. Un día cualquiera en Poor Farm Road. Está oscuro, como las líneas que se cruzan en mi cuaderno de dibujo. Fue franco con nosotros. Fue su propio fiscal. Si no lo hubiera admitido, ¿hubiéramos seguido dudando o habríamos confiado en él? ¿Si hubiera seguido callando y se hubiera encogido de hombros y hubiera dicho «No sé. La dejé allí»? Yo había matado la evidencia antes de darme la oportunidad de pensarlo dos veces. Le había dejado cierto margen de maniobra.

Dormité con la cabeza bamboleándose ligeramente en el aire. Vi a un policía agacharse sobre un cuerpo y cubrirlo con una especie de manta que llevaba el dibujo o la foto de un esqueleto. No sabía de quién era el cadáver, ni siquiera de qué sexo era, pero presentía que era de Jacob, de esa extraña manera en que se presienten las cosas en los sueños. El policía era agradable, lo dejó tendido en la autopista bajo una manta de huesos que relucían en la oscuridad. Los coches pasaban junto a él sin reducir la velocidad. Me desperté sabiendo exactamente lo que iba a hacer. Podía sentirlo como un todo en mis manos, algo sólido y con forma propia. Podía ver el conjunto bajo la luz perfecta de mi taller de trabajo. Si no podía ir en su lugar, sí podía al menos recortar un poco la posibilidad de que él tuviera que ir. Podía recortar una esquina aquí, levantar un muro allá, podía trabajarlo. Atreverme. Y si al final me atrapaban, mejor, con un poco de suerte me llevarían a mí y no a él. Hay padres y madres que mueren continuamente por salvar a sus hijos de debajo de las ruedas de los coches. ¿De quién era el cadáver que yacía bajo la manta de huesos?

Al final, alguien tendría que ser perdonado, o Jacob por lo que había hecho, o yo por no haber hecho nada. Yo prefería —no era ninguna competición— que mi perdón se lo dieran a él.

OceanofPDF.com

JUDITH

Su profesora de piano la hacía componer un poco. A ella le gustaba ser buena en todo lo que emprendía y no saber crear la armonía la mataba. Ahora estaba volviendo a copiarla para que al menos quedara un poco pulida, esa cancioncilla tonta y despreciable que tanto le recordaba a la guardería. Estaba sentada al piano y respiraba con agitación por el esfuerzo de odiarla tanto.

—No estabas allí —dijo su padre de pronto desde el otro lado de la estancia, y lo dijo con firmeza, con la voz ronca.

—¿Qué? —dijo Judith.

Jacob acababa de cruzar el cuarto en dirección a la escalera. Se paró en seco.

—Repítelo.

—Nunca has estado allí. Tuvisteis esa discusión y tú te marchaste furioso. La dejaste con el coche y las llaves. Así que no sabes qué ocurrió cuando se quedó sola en la carretera.

Su hermano permaneció callado largo rato.

—Yo no…

—Después te lo pensaste mejor y volviste. La encontraste en aquel estado y te entró el pánico. ¿No podría ser? Escucha: regresaste a casa con el coche, en medio de una espesa niebla y luego te fuiste a Cambridge, te escapaste. Querías pensar, porque evidentemente sabías que tú serías uno de los sospechosos.

Judith escuchó cómo su hermano chasqueaba la lengua, como hacía siempre que estaba dándole vueltas a una idea.

—¿Con el coche? ¿Por qué iba a traer el coche a casa y después marcharme a pie?

Su padre también pensaba. Estaban haciendo algo, Judith lo veía: tenían los ojos brillantes por la inspiración y se inclinaban sobre aquella cosa como si fuera un proyecto compartido que tuvieran extendido sobre la mesa de trabajo. Estaban en casa, tranquilamente. Su padre se desperezó, pero ella sólo le vio la mitad del cuerpo, por encima de la partitura de música. Hizo crujir los nudillos y se sentó.

—Para que nadie pudiera encontrarte. Cuando vas en un coche es fácil localizarte, y tú lo que querías era escapar. Estabas aterrorizado. ¿Y quién no lo estaría? —Parecía complacido: la pieza que faltaba.

—Por favor, papá. —Jacob no dejaba de resoplar—. ¿De verdad crees que resultaría? Parece demasiado simple.

Su padre fue hasta donde estaba Jacob, que seguía atónito, en el mismo lugar donde sus palabras lo habían hecho detenerse, para su salvación, tal vez. Lo refugió entre sus brazos. Era lo bastante corpulento como para ocultar casi por completo a cualquiera. Nunca habían estado tan encariñados cuando Jacob era solamente Jacob, molesto y desobediente. Pero ahora se le veía bien dispuesto a obedecer, vaya que sí. Tanta complacencia daba asco.

Judith contuvo el aliento. Si entraba en su garganta el aire de la estancia, era más que probable que apestaría a falsedad. No estaba muy segura de cómo sería ese olor, pero se cubrió la boca y la nariz con la mano y cerró los ojos contra todos. Si es que sabían que estaba allí, era evidente que no les importaba.

—Papá —dijo su hermano al fin—, alguien me vio. Había un testigo, junto al cerco, nos preguntó si necesitábamos ayuda y le dijimos que no. Y no sé cuántos más pudieron vernos.

—No pienses en los testigos ahora, Jake. Estáis en un camino tranquilo.

—Ah, vamos…

Su padre sonrió a lo Jack Nicholson, en un gesto perverso pero también encantador.

—Es tu palabra contra la suya.

—Uno de ellos está acusado de asesinato.

—Tú lo has dicho. Y cosas más raras se han visto. Lo más normal del mundo es que un acusado de asesinato diga la verdad. Y el otro ves a saber quién será. Seguramente alguien que está furioso y quiere que condenen a alguien. Un amigo de la familia de la chica. No es gran cosa para apoyar en eso todo un caso. —Estaba tan entusiasmado que todo aquello parecía un juego que estaban llevando a cabo por puro placer—. Te vio, sí, ¿y qué? Tú no has dicho que no estuvieras allí, se te había quedado el coche atascado en la nieve, pero eso no significa que hayas matado a nadie. Lo primero que me dijo Panos fue: «El asesinato no es más que un asalto sin testigos», o algo así. ¿Qué tienen que pueda demostrar realmente que hiciste algo?

—El coche, el gato.

—El coche está limpio, y el gato ya no existe.

—¿Estás seguro con lo del coche? ¿Cómo sabes que no tienen… ya sabes, si quedaron manchas de sangre? A lo mejor tienen un perro que puede olfatearla o alguna prueba química, o ves a saber.

Su padre calló un momento.

—No sé. Estoy bastante seguro, pero nunca se sabe. Supongo que todo depende de lo preciso y escrupuloso que sea el examen del coche, pero ya te digo, fui con mucho cuidado. El maletero está totalmente cambiado. En cuanto al gato… —Puso la cabeza entre las manos por un minuto, como si descansara tras un esfuerzo tremendo. ¿Quién podía reprochárselo?—. Vamos, Jake, olvídalo, ya te lo he dicho. Desapareció hace tiempo, confía en mí. Se autodestruyó, como si nunca hubiera existido.

—Se autodestruyó, ¿eh? —Jacob le obsequió con su sonrisa más zalamera—. Será mejor que no pregunte. —¿Es posible que ése fuera el mismo hermano que se negaba a hablarles antes de que volvieran a casa, ni una palabra, ni una mirada, sólo furia? ¿Así de fácil? Todo, Martha muerta, la imagen de Jacob chillando y atacándola en la oscuridad, el sonido terrible del acero contra el hueso, por lo visto todo eso ya era agua pasada. Si un árbol se derrumba en el bosque, nadie lo oye (ése era su pensamiento favorito)… pero, protestaba Judith, pero, pero, pero, aun cuando el árbol estuviera en el suelo y pasara inadvertido, la chica sigue estando muerta. La oyeran o no la oyeran.

Judith tuvo que aferrarse al taburete del piano para obligarse a callar. Ya había tratado de convencerse a sí misma en repetidas ocasiones de que ella no era ningún policía. Si quería sentirse asqueada ante el acto de escuchar furtivamente una conversación telefónica, ante la mentira, o ante el uso de las armas, eso era algo con lo que tendría que cargar ella sola. ¿Eran ese tipo de cosas las que hacían que la gente se escapara? La idea siempre la había consternado, pero cada vez le resultaba más fácil imaginarse a sí misma lo más lejos posible de ellos. Todavía no, pero pronto…

Daba un poco de miedo pensar en esas cosas, porque quizá llegara un día en que también comprendería el suicidio. Hasta ahora sólo Jacob encajaba en alguna de las categorías que llevan al suicidio: había hecho algo demasiado terrible como para poder vivir con ello, algo que no se puede deshacer ni remediar. Culpa, dolor físico, lo insoportable de la vida. Ésos eran los únicos tres motivos comprensibles que podía encontrar. La muerte de un ser querido también, como un hijo o un amante, como Romeo y Julieta, pero no le parecía muy probable. (Aunque tenía que reconocer que como nunca había estado enamorada, ni de lejos, tal vez no tenía derecho a opinar.) Su hermano merecía matarse. Si hacía eso, al menos demostraría su arrepentimiento. De lo contrario, sería doblemente culpable, y su padre peor. Recordaba la sonrisa ligeramente burlona y amenazadora, por completo desconocida, que su padre había mostrado cuando consideraba la idea de echar a rodar su mentira infalible. Cuando *Arisca* atrapaba un pájaro o una ardilla o hasta una lagartija, emitía un extraño sonido por la garganta, muy curioso, como de excitación y de miedo al mismo tiempo. Era estremecedor. Y eso le había sugerido su hermano en cierta manera. No tenía palabras para describirlo. En esos momentos lo que su padre era no tenía nombre.

OceanofPDF.com

BEN

Si Panos hubiera conocido a Jacob, habría pensado que su historia era por lo menos un poco sospechosa: silencios, miradas implorantes dirigidas a mí, lapsos de lo que parecía ser concentración, pero que yo sabía que era su conciencia que se le subía a la garganta, como una píldora que se niega a bajar. (O, si no la conciencia, la confusión: no había tenido mucho tiempo para convivir con la nueva versión de la historia. O las dos cosas.) Creo que probablemente Panos pensó que se trataba de un chico asustado que acababa de salir de su estupor y se mostraba tímido ante su abogado: si estaba nervioso, ¿quién podía culparle?

Resultaba bastante sorprendente que no hubiera querido interrogar a Jacob a solas. Tal vez fuera un gesto bondadoso, para que se sintiera relajado. Tal vez le pareció más provechoso, o lo hizo a propósito. Sea como sea, Panos no conocía a Jacob. Por lo tanto, escuchó con mucha atención mientras su asistente, una joven muy seria con aspecto de monja llamada Mag Trottier, que vestía de oscuro y tenía el cabello de un rubio descolorido, anotaba diligentemente todo lo que decía y además lo grababa para revisarlo después. Panos interrumpía lo menos posible, pero tenía algunas preguntas que hacer. Una sola vez temí de verdad por mi hijo. Era la parte de la historia que quedaba más floja, el único cabo suelto, una acción imaginaria entre dos que eran verdaderas.

—Dime, Jacob, ¿qué te pasó por la cabeza cuando la dejaste sola en el coche? ¿Pensabas ir a buscar ayuda, estabas enfadado…?

¿Cómo llaman a eso en un juicio? ¿Darle ideas al testigo? Guiarlo. Lo guiaba hacia posibles alternativas. (¿Significaba eso que no creía que tuviera una explicación plausible?)

Jacob me echó una mirada tan rápida como el lengüetazo de un gato.

«Tómate tu tiempo —hubiera querido decirle—. Usa la imaginación.» Eso es lo que yo hacía, imaginar. No era más difícil para mí ver la historia nueva que la vieja, aunque supongo que para él sí.

—Estaba furioso —dijo finalmente, con una voz casi inaudible. Es probable que aquello se acercara bastante a lo que había sentido en realidad —. Estaba… No quería hacer nada que tuviera que lamentar.

¿Tal vez un poquito demasiado cerca? Pero Panos se lo tragó. Supongo que parecía muy sincero: admitir que sabías que podías dejarte llevar por la violencia, pero que te controlabas, estabas nervioso pero te controlabas.

—¿Y qué hiciste cuando te marchaste? ¿Cuánto tiempo estuviste fuera?

Las preguntas se hacían más densas, las posibilidades de equivocarse aumentaban. Dios. ¿Cómo era posible que no se hubiera cruzado con nadie cuando avanzaba por el camino? Dijo que había caminado un poco y que luego se adentró en el bosque. ¿Con aquella nieve? Era menos espesa por allí. ¿Por qué por el bosque? No quería encontrarse con nadie ni quería que ella lo encontrara si se le ocurría seguirle. ¿Viste a alguien? No, pero estaba tan furioso que no se habría dado cuenta tampoco. No estaba para fijarse en esas tonterías.

—¿Cree que si alguien lo hubiera visto estaría dispuesto a testificar? —pregunté, olvidando por un momento que eso nunca había ocurrido.

—No parece que estuviera muy visible, ¿no? —dijo Panos sin comprometerse—. ¿Llegaste muy lejos?

—A la vista de las primeras casas, donde la calle Bottom se cruza con Poor Farm Road. Acababan de encender las luces.

—¿Y por qué regresaste?

—Porque me sentía mejor. Había estado pensando en la pelea y me di cuenta de que había más cosas que teníamos que hablar, así que volví.

—¿Y cuánto tiempo crees que te ocupó todo esto?

—Más o menos media hora. No se me da muy bien este tipo de cálculos.

Y la encontró. Yo rezaba para que no se equivocara al decir dónde había encontrado exactamente a la chica. Tenían las huellas de los neumáticos y no convenía que sus palabras se contradijeran con lo que revelaban esas

huellas. Además, era probable que tuvieran fotografías. ¿Podía haber algún detalle insignificante pero revelador que hubieran pasado por alto? El pánico que se reflejaba en su cara era sincero. No había manera de separar el miedo real del ficticio.

—¿No viste ningún arma? —preguntó Panos.

—No, pero estaba oscuro y yo me sentía… muy asustado.

—¿Y las llaves del coche?

—En el maletero, en la cerradura del maletero, quiero decir. —¡Horror!, una sombra de la verdadera historia, porque había ido en busca del gato.

—¿No las habías dejado allí?

—No sé —dijo Jacob—. No sé muy bien dónde estaban. Creo que en el contacto. No sé por qué iban a estar en otro sitio.

Pero no preguntó nada de ningún gato, ni sobre el maletero. Después de todo, no había aparecido ningún arma. Pudieron usar cualquier cosa, una piedra, una tubería, algo que el asesino llevaba consigo. Yo pensaba en el muñeco de resorte plegado con inocencia dentro de su caja roja. ¿Habría metido la pata sin darme cuenta? ¿Les habría proporcionado alguna pista a los del laboratorio?

Pero no dije nada.

—¿Cómo? —preguntó Panos lanzándole una mirada inescrutable a Mag Trottier, que estaba inclinada sobre la grabadora con la gravedad de un cirujano en medio de una incisión—. ¿Cómo sacaste el coche de la nieve?

Pero en esa ocasión, alabado sea el Señor, la parálisis total del coche no desempeñaba el mismo papel que en la historia real. (¿Habría visto el testigo cómo levantaban el coche con el gato?, ahí estaba la cuestión. Y tal vez no lo sabríamos hasta que fuera demasiado tarde.) Jacob se encogió de hombros.

—Tenía que salir de allí, aceleré y ya está.

—¿Por qué fuiste a tu casa?

Se detuvo y vi cómo pensaba con rapidez.

—Tenía que conseguir algo de dinero.

—¿Nadie te vio entrar?

—Nadie. Mis padres aún no habían vuelto. Mi hermana no sé dónde estaba.

Había movido la pieza equivocada. Tendríamos que cubrir eso de alguna manera. Yo no podía pensar con tanta rapidez. Pisadas, huellas, si faltaba algo de su cuarto, dónde estaba su hermana (¿dónde estaba, durmiendo una siesta en vez de practicar con el piano? Todo encajaba demasiado bien). Un sudor frío me cubría la frente.

—¿Y te arriesgaste a encontrarte con toda esa gente?

—Había pensado que si veía el coche de mi madre no entraría, aunque ella nunca vuelve tan temprano. Y con los otros… me arriesgué. En general papá suele trabajar en el taller a esa hora, y no está en la casa, queda un poco más arriba en el camino, detrás del garaje. A Judith podía decirle cualquier cosa. —Se encogió de hombros—. Se cree todo lo que le digo.

Si parecía extraño que Jacob hubiera caminado por Hyland aquella tarde como si fuera un pueblo abandonado, sin ver a nadie ni que nadie lo viera a él, Panos no lo dijo. Pero de pronto me di cuenta de que ser invisible podía ser tanto un problema como una solución… No podías ofrecer alternativas. En cierto modo te dejaba desprotegido. Me molestaba tener que convertir a Panos en un primo, me incomodaba. No soportaba que tuviéramos que valernos de una mentira.

Panos se reclinó en su silla, cerró los ojos y juntó las manos como si estuviera rezando.

—Muy bien, Jacob —dijo por fin—. ¿Qué pasaría si te digo que sé que fuiste tú quien lo hizo, que la golpeaste con algo y luego saliste corriendo?

No sé si se daría cuenta de que a los dos se nos cortó la respiración por un momento.

—Pero, yo… —El rostro de Jacob se había vuelto a poner de ese rojo tan aterrador, y esta vez de golpe. Yo me sentía como si estuviera bajo el agua y me faltara el aire.

—Digamos (ahora soy el fiscal) que es muy probable que fueras tú el que la destrozó. ¿Cómo puedes demostrar que no lo hiciste? Lo del «Nadie me vio» se puede usar lo mismo en tu favor que en tu contra.

—Pero… —volvió a empezar Jacob. Yo me contenía con las uñas clavadas en los muslos. Me miró como si se estuviera ahogando.

—¡No contestes a eso! —dijo Panos en voz muy alta, y alzó la mano como un agente de policía dirigiendo el tráfico—. Recuérdalo, Jacob, no

tienes que contestar a esa pregunta. Son ellos quienes tienen que contestar, son ellos los que tienen que probar algo sobre ti. Tú no tienes por qué demostrar lo contrario.

—Pero, entonces, ¿para qué sirven las coartadas? —pregunté yo. Creo que mi presión arterial había empezado a bajar un poco.

—Las coartadas ayudan mucho, pero pocas veces ganan los casos. Son como los rumores que corren de boca en boca. Tu amigo, tu madre, siempre puedes conseguir que alguien te saque de un apuro diciendo que estuvisteis mirando la televisión, tal o cual serie, y comiendo galletitas saladas. Es mejor que nada, pero es poco consistente. —Empujó el aire con los dedos. El aire cedió—. Los casos hay que ganarlos o perderlos por méritos propios y sería mejor si tuviéramos alguna prueba más sólida en algún punto del recorrido.

—¿Está bien esto, entonces? —preguntó Jacob con aspecto verdaderamente inocente por primera vez aquella mañana.

—Esto está… mejor, tal vez. Nada está nunca del todo bien. —Suspiró —. Bien sería no tener que poner nunca los pies en esta oficina, por ejemplo, ni en ese maldito tribunal. Bien es… ya sabes, morirse de viejo, aunque a ti aún te falta bastante. —Le sonrió a Jacob con tristeza—. Lo que me recuerda… ¿Y la señora Reiser? Perdón, la doctora Reiser. ¿Puedo preguntar dónde está esta mañana?

La insinuación era obvia: ¿tenía algo más importante que hacer que ir allí a discutir la defensa de su hijo?

Los dos vacilamos. Las posibilidades giraron en nuestra cabeza como los números de una ruleta.

Jacob dijo que estaba con gripe antes de que yo pudiera dar una explicación mejor. Su madre se sentía muy mal y había pensado que no les sería de mucha ayuda. Yo hubiera querido que se callara. Panos hizo una breve anotación y sonrió. Me hizo sentir como un acusado frente al fiscal.

Le pregunté si tenía derecho a pedir una lista de los testigos y me dijo que como estaba en buenas relaciones con la oficina del fiscal no habría ningún problema.

Jacob estaba callado, terriblemente pálido. Respiré hondo y pregunté cómo iba nuestro caso.

Panos se encogió de hombros. Mag Trottier parecía muy desgraciada, aunque después descubrí que siempre tenía ese aspecto, como si estar atrapada en la misma habitación que un posible criminal le resultara muy desagradable y no lo hiciera por voluntad propia. Me recordaba a mi prima Frannie, que se fue a Wellesley cuando yo tenía unos veinte años, toda envuelta en ropas de diseño. Y eso no lo hacía para llamar la atención, sino para dar una imagen de estabilidad, de la corrección propia de una esposa, como si fuera una columna sólida en la que uno pudiera apoyarse al subir una cuesta. Buena chica de profesión. ¡Señor, desprecio tanto a las buenas chicas! Pensé en Martha por un momento, en cómo había odiado a Jacob por ser bueno con ella, pero tenía que salir de ese estúpido sueño baudeleriano. Con el tiempo y un poco de la paciencia de Carolyn. (Y para seguir con la analogía, Frannie, que se casó con su hombre de Harvard como tenía pensado, se volvió un poco loca más tarde, cuando su matrimonio perfecto se puso un poco rancio, y cometió unas cuantas fechorías que su alma liberada tuvo mucho placer en contemplar.)

Panos me trajo de vuelta a la realidad.

—Creo que hay algunos puntos que tendrían que preocuparnos. Pero le digo una cosa: si lo único que tienen son un par de tipos que pasaron en coche y no vieron al asesino matando a la chica, delante de sus propios ojos…

Jacob parpadeó, como si la luz de los focos le estuviera enfocando en ese mismo momento.

—Creo que es posible que no tengan caso. Tampoco quiero decir que vaya a ser tan fácil. Tengo que enterarme de qué es lo que tienen realmente en los informes forenses. Pero…

Supongo que nosotros le habíamos proporcionado los ladrillos, y él ahora tenía que levantar el edificio, armarlo con cuidado, de manera que pudiera sostenerse por más que lo sacudieran. Parecía lejos de nosotros ya, concentrado en otras cosas, como si se hubiera llevado lo que le habíamos dado para estudiarlo bajo una luz más adecuada. No sé lo excitado que tenía que haber esperado que se mostrara. Supongo que pensaba que el Mediterráneo que llevaba en la sangre lo revolucionara y lo volviera expansivo, y que nos felicitara cuando le entregamos la historia en aquella

versión depurada que exculpaba a Jacob. Pero seguía teniendo la frente contraída, los labios apretados en un gesto casi remilgado, mientras resolvía los problemas que le planteaba y tomaba notas breves y rápidas, como si aquello no fuera asunto nuestro. Era como Wendell, supongo que todos son iguales; no necesitaba que yo lo molestara con mis historias fantásticas, no quería barajar más hechos inconsistentes. *¿Lo cree?*, querría saber Carolyn. *¿Importa que lo crea?*

Ya estábamos en la puerta cuando Panos apoyó la mano en el brazo de Jacob.

—Jake, soy un poco lento. Ya te lo he dicho, me estoy haciendo viejo. Quería preguntarte una cosita aquí mismo.

Jacob parecía despavorido. En su piel clara, como si fuera un termómetro, seguía subiendo el rojo, como el mercurio que trepa por el calor.

—Es curiosidad solamente. ¿Por qué os peleabais? ¿Por qué estabas tan furioso? —y se dio a sí mismo una palmada en la frente—. No puedo creer que se me haya pasado una cosa así.

No, no, lo que pasa es que pensó que así podría coger a Jacob desprevenido, lo hubiera jurado. El motivo no es algo que se pueda olvidar fácilmente en un interrogatorio.

Mi hijo sonrió, vaciló, volvió a sonreír como un tonto.

—Estaba embarazada.

La cara de Panos se ensombreció de la sorpresa. Sonrió también, como si estuvieran compartiendo una bromita intrascendente.

—Creo que vamos a tener que sentarnos, hijito, sólo unos minutos. Esto parece serio. —Tomó a Jacob del brazo y le hizo sentarse con amabilidad.

Jacob no esperó a estar sentado.

—Creo que era de otro. Al menos eso es lo que dijo ella.

Panos tenía todo el aspecto de estar a punto de salir corriendo para darse una vuelta a la manzana de la excitación.

—¿Eso es bueno, Panos? —le pregunté.

—Es muy bueno, amigo. Es la mejor noticia que he oído en todo el día. Crees que el niño era de otro. ¿Por qué?

Jacob se encogió de hombros.

—Por la forma en que lo dijo. Tuve que creerlo.

—¿Sabes de quién podía ser? ¿Se te ocurre alguien?

Jacob negó con la cabeza.

Panos soltó un grito de júbilo, como un forofo del rugby medio borracho, y señaló con el pulgar hacia arriba.

—¿Estás seguro? ¿Y no puede ser tuyo?

—¿Qué quiere decir? ¿Me está preguntando si éramos… bueno, ya sabe?

—Exacto. Tú ya me entiendes.

Jacob suspiró.

—Bueno, claro que sí. En cierto modo. Pero me dijo que era de otro.

—Pero, Jacob, hombre. ¿Qué significa «me dijo»? Podía haberte dicho eso por un montón de razones. Y a lo mejor lo que menos deseaba era contarte la verdad. —Tiró de la página que había estado rellenando y garabateó notas más enfáticas en la misma caligrafía descuidada con la que un médico escribiría una receta—. Lo primero que tenemos que hacer es ver al médico forense y conseguir un informe del DNA. Uf, eso puede significar o nuestro triunfo o nuestra destrucción.

Eso no era lo único que podía destruirnos, pensaba yo. ¿Qué diría —además de «uf», claro— si supiera que yo era un mentiroso, un manipulador, un impostor? Y si testificaba, me convertiría también en un perjuro. Me pareció como si hubiera empezado a hacer mella en mí una especie de entumecimiento, si no fuera así, pensé, ya me habría convertido en un charco tembloroso sólo de pensar en los titulares, por no mencionar la celda. Supongo que eso es lo que llaman resolución. Tus principios te endurecen, más allá del mero sentimiento. Era instructivo, y solitario.

Recé por no haber hecho nada peor que mi matrimonio —y ya era tarde para rezar por eso—. Carolyn no había querido hablarme esa mañana antes de que nos fuéramos a ver a Panos. Estaba sentada, en bata, mirando el vapor místico de su café, tan silenciosa como mi figura de madera. Yo le había contado lo que íbamos a hacer, le había prometido que resultaría. Pero ella no dijo ni una palabra. No sabría decir si cuando nos vio salir por la puerta nos estaba maldiciendo o deseándonos suerte. No era justo, pensé, que Panos utilizara su ausencia en nuestra contra, como si ella fuera un

testigo que se niega a testificar. Pero tenía razón si pensaba que aquello era significativo. Era significativo. Hubiera preferido pensar que no lo era.

De nuevo en el coche, Jacob permaneció en silencio, mientras avanzábamos entre el tráfico hacia el puente de Queen City, y luego por la autopista.

—¿Estás bien? —le pregunté. La radio no estaba encendida, estábamos rodeados por un montón de aire viciado.

Se encogió de hombros.

Yo no quería presionarlo, con ese autoritarismo sobre el que nos había advertido Tony Berger. Dios sabe que el chico tenía motivos de sobra para estar deprimido. Pero había cierta hostilidad en su postura.

—¿Jake?

Sólo un leve movimiento de la ceja, no muy elocuente. Estaba muy hundido, bajo su gorra, como si estuviera escondido. (La gorra fue lo primero que reclamó cuando le devolvieron sus pertenencias. Le dio un golpecito cariñoso, para ahuecarla y que tomara forma.)

—¿Cómo crees que nos ha ido?

Una larga pausa. Y cuando digo larga, es que fue larga. Estuve a punto de volver a preguntar.

—¿Quieres decir si les ha gustado?

—¿Qué quieres…?

—¿O si me ha gustado a mí?

—¿Qué?

Por fin se volvió hacia mí, con el cuerpo decaído.

—Tu historia.

—Bueno, pues sí, mi historia, supongo. Nuestra historia.

Apartó la mirada, y vi que tenía los ojos llorosos.

—Tu historia.

—Jacob… —Hubiera querido detener el coche. Si no fuera porque tenía una camioneta a mi derecha, me habría salido de la carretera—. Jacob, mírame.

Sorbió por la nariz, pero aquello era arrogancia, no lágrimas. Era su manera adolescente de mandarte al infierno. Su no-medigas-qué-tengo-que-

hacer.

—¿No quieres salvarte?

—Oye, ¿quién me está salvando?

—Voy a preguntártelo otra vez. Y no seas infantil, Jake. ¿Quieres salvarte? ¿O quieres entregarte a la misericordia de unos desconocidos? Porque te mirarán, a ti, un varón confiado y fuerte, con un… carácter terrible… y eso lo pueden demostrar, y verán las fotos de esa chiquita rubia y frágil, con la cabeza…

—No era frágil.

Sonreí.

—Vale. No era frágil, era una rompepelotas. Pero eso ellos no tienen por qué saberlo, no aparece en la dichosa fotografía. Y aunque apareciera, ¿qué quieres que hagan? No son personas que te quieran.

—Sí, de acuerdo, eso ya lo sé —dijo impaciente—. Ya he oído eso antes —y me hablaba como si lo que estuviéramos considerando fuera la posibilidad de violar el toque de queda.

Jacob, ¿sabes lo que estamos haciendo? Porque quiero que quede bien claro. Lo que propongo es que salvemos tu vida primero y después nos preocupemos por tu alma. ¿Es ésa una intromisión demasiado grande en tu…? ¿tu qué? ¿Tu espacio? Dime.

Cerró los ojos.

—No lo sé, papá. Lo siento. Pero te estoy agradecido, de verdad. —Con cara inexpresiva. Se deslizó hacia abajo en el asiento y puso los pies sobre el salpicadero. Sus zapatillas deportivas dejaron una gran neblina de huellas polvorientas—. Y ahora ¿me puedes dejar dormir un rato? Estoy muy cansado. No te imaginas lo cansado que estoy.

Nos desviamos hacia las montañas, por aquellas curvas anchas y empinadas donde la carretera fluía como un río. Velocidad. El aire que parecía absorber el coche cuando descendíamos a toda velocidad por Curry Mountain, con tanta fuerza que si hubiera abierto la ventana, el ruido nos hubiera ensordecido. Señor, pensé sujetándome. No soy ningún Abraham. No sacrificaré a mi hijo en el altar de ningún poder que lo reclame. No comparto el espíritu de Abraham. Tal vez él fuera el padre de su pueblo, pero —blasfemia— no fue un buen padre para su hijo. ¿Quién hay allá

fuera en quien podamos confiar? ¿Quién puede prometernos un cordero en la espesura de la ley?

Jacob había vuelto la cabeza hacia el otro lado, hacia la ventana. Y así se quedó hasta que llegamos a casa, sobre el fango de nuestro sendero. Antes de que me diera tiempo a apagar el motor, bajó del coche y desapareció.

OceanofPDF.com

CAROLYN

Les llegó una citación para que se presentaran en el tribunal de Howe y contestaran unas preguntas, en un tono que no daba lugar a ninguna réplica que no fuera la sumisión. El gran jurado los requería.

Wendell, que había acudido a ver un partido de rugby televisado y, pensaba Carolyn, para controlar ansiosamente el estado de sus tratos con Panos, les explicó cómo funcionaba el gran jurado con tanto detalle que la mujer acabó por perderse en algún momento. Era peor que oír una explicación simplificada de las reglas del rugby.

—En las ciudades —dijo Wendell—, los jurados siempre están ocupados. Aquí en cambio hay tan poco que hacer que se pasan más tiempo fuera que dentro. —Gruñó—. ¿No es por eso por lo que vivimos aquí?

Carolyn se levantó y empezó a preparar una bandeja de bocadillos, como si aquél fuera el típico hogar americano: patatas fritas, tortillas, cerveza. Lo único que necesitaba saber del gran jurado —el nombre era tan pomposo que le hacía pensar en la Inglaterra del siglo XII— era que si te citaban, tenías que ir. No se trataba de un juicio propiamente dicho: allí se decidía si debía celebrarse o no.

—Es para proteger al acusado —insistía Wendell, estirando las piernas delante de él con confianza, aunque a ella no le parecía que el acusado estuviera protegido en absoluto: no tendría abogado, no había juez, cada uno de ellos podría oír sólo su propio testimonio y el de nadie más. No podrían impugnar nada. ¿Llamaba a eso protección?

(—Para lo que sirve en realidad —les había dicho Panos con la voz que usaba para exponer algo obvio— es para que el fiscal consiga lo que quiere. Así de claro. Ola fiscal, naturalmente, Mag me recuerda que ella va a ser

fiscal uno de estos días si tiene suerte. No es lo que yo entiendo por suerte. Nunca me habría imaginado que le gustaba tanto la carne roja, pero… Como decía, él, ella, quien sea, presenta sólo los casos que pueden funcionar. Eso es lo que quiero que entiendan. Si el caso no funciona, si el jurado no considera necesario enviar a juicio a nadie, les aseguro que el fiscal no lo hará. Al contrario, les estará agradecido porque le han evitado el desastre de un mal caso. Si es un buen caso, es seguro que irá a juicio. No quiero ser cínico, pero así son las cosas.)

Jacob se había unido a los hombres en el sofá del cuartito. Parecía estar tratando de actuar como un chico corriente en la clase de hogar que brinda esos bocadillos durante un partido. Tendió la mano para coger una cerveza.

—Si el jurado dice que soy adulto… —Sonrió. Nadie lo detuvo. Parecía más maduro que antes de que todo empezara. Las líneas de esa cara estaban cambiando muy sutilmente: los rasgos se habían endurecido. A pesar de lo delgado que estaba, aunque eso no tenía nada que ver con la delgadez, unas líneas habían empezado a insinuársele a los lados de la nariz. Era demasiado joven para la acción de la gravedad. Pero la inocencia redondea las mejillas y la experiencia las hunde; y también, pensó ella, furiosa, la mala comida. Había algo más, algo distinto en sus ojos, había perdido algo, la curiosidad, la franqueza, el ansia de comprender todo lo que veía. La mirada indefensa de un muchacho que no tenía gran cosa que ocultar. Por supuesto que antes ya había tratado otras veces de parecer frío, hasta decaído, en presencia de los padres. Se trataba, sobre todo, de ocultar la mirada entrecerrando los ojos, o de mirar directamente al cielo. Pero no había cansancio ni amargura en todo eso, sólo era un uniforme, un disfraz, que él se ponía y se quitaba como si fuera una chaqueta. Echaba de menos la insolencia de Jacob, pero no había sido más que una pose, sin ningún fundamento. Ahora lo que creía ver era el poso de la autoprotección que lo había mantenido mudo hasta la vuelta a casa y que todavía lo mantenía en silencio. Una desesperada ausencia de bienvenida. Había perdido la inocencia para siempre. ¿Era la culpa entonces, la culpa doble, por el modo en que Ben la estaba componiendo, o era el temor el que lo mantenía distante?

Fueron con el coche hasta Howe en medio de un silencio absoluto, doloroso. Jacob no los acompañaba; ellos no podían obligarlo a ir, y tampoco podían considerarlo como una prueba en su contra. (¿Quién dice que no lo harán?, se preguntaba ella. ¿Informan acerca de quién habla y quién no?) Carolyn hubiera querido decirle: «Ahora, quiero saber lo de las postales. ¿Cómo hiciste eso? ¿Por qué? ¿Era ése tu sueño de una huida o sólo tratabas de confundirnos, un pedazo de carne para despistar a los perros? Más bien una pista falsa». Pero sospechaba que él no contestaría. Podía estar hablando ahora, pero eso no significaba precisamente que pensara hacer ninguna confidencia. El día era implacablemente luminoso, una hubiera dicho que tenía que hacer calor con ese sol, pero estaban a unos diez grados bajo cero. Entraron en la hermosa sala del tribunal en fila y se sentaron en el vestíbulo, delante de la puerta cerrada de la estancia del jurado. Panos andaba por alguna parte, ocupándose de los detalles de procedimiento de los que ellos no podían ocuparse. Mag, cuya sonrisa parecía ser parte de su trabajo, les aseguraba que él estaría allí para animarlos, para contestar las preguntas por ellos si querían salir y tomarse tiempo para contestar sin comprometerse, para interrogarlos él mismo después de su turno delante del jurado. La propia Mag les aconsejó secamente: «Sean breves, estén tranquilos, no traten de jugar a los juegos emotivos que todos creen que abundan en los juicios. No van a impresionar a nadie. Los miembros del jurado se pasan el tiempo estudiando un caso detrás de otro, tienen grandes dosieres con horas, fechas y documentos, y no tienen ningún interés especial en comprometerse con nadie». (¿En un caso como éste, tan oscuro? ¿Acaso era una ingenua?)

Ese dulce edificio, con su pintura respetuosamente restaurada y sus altos ventanales detrás de los cortinajes acolchados que mantenían el invierno del otro lado, no se parecía a los atestados tribunales de la ciudad: era tan amable que parecía una maqueta histórica, un decorado teatral en el que nada real podía ocurrir…

Pero entonces empezó la parte rara. Los llamaron amablemente uno por uno, como si respetaran su privacidad, con la discreción con la que se hacía pasar a un paciente para un reconocimiento médico. Ella se sentía como si estuviera en el hospital, no en el tribunal. El palpitar de las luces, las voces

sosegadas y consideradas de la gente, que les indicaba dónde sentarse, dónde sacar de una máquina las tazas de café instantáneo, que llamó primero a Fran Conklin, todo, todo hablaba de peligro, igual que en el hospital, como si lo que estuviera en juego fuera la salud y no el castigo.

¿Quién podría adivinar lo que iban a preguntar ahora que Panos les había echado abajo con una risotada la seguridad de Wendell? La oficina del fiscal tendría sus patos alineados: era imposible que no hubiera juicio. Panos había oído el rumor de que no iban a lanzar la acusación de delito capital. Si eso era cierto, les había prometido llevarlos a tomar un trago cuando el largo día terminase.

Vieron salir a Fran Conklin. Los saludó con una inclinación de cabeza y apartó la mirada. Un policía no puede ser efusivo en la sala de un tribunal, era lógico, pensó ella, más lógico que forzarse a mostrarse amistoso, como enemigos políticos que se tiran a la yugular y luego sonríen y beben juntos en la sala de estar del senado como si tal cosa.

Le hicieron —le hizo, era una rubia rechoncha vestida de color lavanda pálido con zapatos a juego, como si fuera a una fiesta— un gesto a Ben para que se acercara a la puerta. No era la puerta de batiente doble de un tribunal, era solamente una estancia con sillas duras puestas en fila como en un aula y una mesita desgastada delante. Para entonces Mag había desaparecido en busca de Panos y ella estaba sola ahí afuera. Se sentía como uno de sus propios pacientes esperando que un médico saliera y dijera: «Ha tenido suerte». Ella era el médico que estaba detrás de la puerta y que sabía más de lo que quería saber acerca de la enfermedad, el pronóstico sombrío y el dolor que todavía iba a causarles a todos.

Panos surgió de la nada. Estaba casi alegre por la excitación, aquí se encontraba en su elemento.

—¿Y? —le preguntó a Carolyn.

—¿Y? —repitió ella.

—Qué dijeron ellos y qué dijo usted.

—Todavía no he entrado. Estuvieron con el jefe de policía y ahora están con Ben. ¿No se suponía que usted iba a estar ahí para ayudarnos si

teníamos algún problema?

—Aquí estoy —respondió él con cara de inocencia—. ¿Algún problema?

—¿A usted le divierten estas cosas? —le preguntó Carolyn con irritación—. ¿Se supone que tengo que pasármelo bien?

—Vamos, Carolyn. Esto es pura rutina. Un pequeño trámite por el que hay que pasar. Podríamos haberlo descartado, ir directamente a juicio, y no habría habido ninguna diferencia. El trabajo viene más tarde. Le dije que no se inquietara.

Se sintió asqueada.

—Dado que lo que se discute ahí adentro es la vida de mi único hijo, creo que tengo derecho a angustiarme.

—Como le parezca. Espero que Ben se muestre más tranquilo que usted. No querrá provocarlos, ¿no?

Ben probablemente parecía muy tranquilo, pensó ella, furiosa, pero que no se les ocurriera conectarlo a un detector de mentiras. ¿Cómo diablos se las iba a arreglar ella para alegar ignorancia, para insistir en semejantes omisiones, semejantes distorsiones? ¿Cómo iban a presentar un frente sólido cuando todo podía venirse abajo al menor roce? Ben tenía razón, la historia era creíble. Pero parecía terriblemente limpia, demasiado conveniente. La noche anterior, antes de irse a la cama, le había preguntado:

—¿No tienes un mal presentimiento, Ben? Este monstruo que has urdido con hilo y saliva…

—Si él necesitara uno de tus órganos —le había respondido él, desatándose las zapatillas—, ¿se lo darías? ¿Tendrías miedo?

—Claro que sí. Las dos cosas.

Ben se había quitado una zapatilla y se miraba un agujero en el calcetín.

—¿Entonces, querida? Sí, sí. Tú me entiendes.

Ahora ella estaba sentada mirando al frente, sin prestar atención a Panos. Entonces salió Ben, el rostro arrebatado, enfurecido, y se sentó con tanta fuerza que el banco se estremeció. La mujer de voz suave y vestida de lavanda apareció detrás de ellos. Tenía los ojos desorbitados, como si hubiera visto algo alarmante.

—Señora Reiser, me temo que tendremos que pedirle que vuelva el viernes por la mañana. Nos hemos alargado más de lo que esperábamos y no tendremos tiempo para interrogarla hoy. —Otra vez como los médicos. La mujer no hacía más que sonreír, como si le doliera—. Mañana no tenemos sesión, pero sí el viernes a las diez. ¿Le parece que podrá venir?

—Sí, claro —dijo Carolyn, sonriendo también. Hablaban tan tranquilas, como si estuvieran cambiando la hora para la peluquería—. Está bien. No hay ningún problema. —Miraba a Ben de soslayo. ¿Qué habría hecho? Por Dios. La mujer rubia parecía tenerle miedo, no dejaba de echarle miradas, como si estuviera por hacer algo repentino y peligroso. ¿Habría derribado la mesa? ¿Los habría acusado?

—¿Benny? —le preguntó en voz baja.

Ben se había inclinado hacia delante y la abrazaba con fuerza.

—¡Que se vayan a la mierda! —dijo—. ¡Al diablo con todos ellos! —Por fin habían llegado los periodistas con las cámaras—. Perfecto —dijo Ben, enderezándose y sacando pecho, como si los desafiara para que dispararan. Ellos dispararon sus flashes—. No testifiqué y no testificaré, así que pueden publicar lo que se les antoje.

—¿No ha testificado? —repitió Panos, con una mirada sobresaltada. Parecía un personaje de dibujos animados.

—Te hacen esas preguntas estúpidas, algunas no las puedes contestar y otras sencillamente no son de su incumbencia. No podía ponerle un adjetivo a nada ni ampliar, ni tan siquiera explicar…

—¡Ah, demonios, Ben! ¿Por qué no me dijo lo que iba a hacer? —siseó Panos. Los tres reporteros no se perdían cucharada—. ¿Qué demonios creía estar protegiendo ahí adentro? ¡Dios! —Se tiraba de las solapas como si quisiera alargarlas, e iba y venía delante del banco.

—Tiene que haber alguna protección, alguna inmunidad, algún privilegio, de manera que el estado no te obligue a traicionar a tu propia sangre —les dijo Ben a los reporteros, dos muchachos y una muchacha—. Existe la Quinta Enmienda, ya lo saben. Pregúntenle a mi abogado.

El fotógrafo del *Record* de Howe metió una cámara anticuada delante de ella, y ella rodeó a Ben con un brazo y a Panos con el otro, y, reconfortada por el contacto físico, estiró la boca más allá de la duda y el asombro, más

allá de la razón y las ilusiones. ¿Privilegio? ¿Inmunidad? Panos no había mencionado tales cosas. Les había aconsejado una franqueza no muy explícita. Nada de tretas. Sonrió de forma tan zalamera que casi esperó que el reportero le dijera: «Vamos, señora Reiser. ¿Espera que nos creamos eso?».

—Bueno, Ben, tenemos que hablar —dijo Panos, enojado—. El jurado ya ha terminado aquí. Entremos en la sala y aclaremos unas cuantas cosas.

—No me hable así, Panos. El que le está pagando soy yo y no a la inversa.

—Pero hombre —dijo Panos, replegándose—, esto no tiene nada que ver con quién paga, maldita sea. Se trata de evitar que termine con sus huesos en la cárcel. Si no es demasiado tarde, claro. —Abrió la puerta de un empujón y entraron.

OceanofPDF.com

BEN

—No hay ningún privilegio de la clase que usted reclama —me dijo, y me lo dijo con acritud—. ¿Era necesario que yo estuviera allí para hablarle al oído cuando entró? ¿Lo era? —Sonaba como mi madre cuando se disponía a sacudirme por los hombros—. ¿Cómo pudo hacer una cosa así sin consultarme siquiera? Le permiten salir de la sala, y yo le dije que viniera y me preguntara si tenía alguna duda.

—No había nada que preguntar, señor abogado. Encuéntreme algún privilegio —dije.

—A la mierda con usted, Ben, «encuéntreme algún privilegio». ¿Qué quiere? ¿Que invente algo? —Caminaba rápidamente, en círculos—. Este estado, y la mayor parte de los estados, permítame que se lo diga, no tienen en igual estima el privilegio padre-hijo que el privilegio marido-esposa. No existe tal cosa, aun cuando usted crea que sería conveniente. ¡«Encuéntreme algún privilegio», cielo santo!

—No sea tan despectivo. No creo que ésa sea la forma en que los abogados deben dirigirse a sus clientes, Panos.

—¿Ah, no? Bueno, la mayoría de los clientes escuchan a sus abogados cuando éstos les hablan, Ben. Usted no me trata como a su abogado, así que yo no tengo por qué tratarlo como a mi cliente, demonios.

—Supongo que esta grosería es una forma de preocupación. Es por mi propio bien.

—¡A la mierda con la grosería! Amy Vanderbilt no le va a servir de nada en una corte judicial, señor. Su problema es que no se toma esto en serio, es increíble pero no se lo toma en serio. Usted no se parece a ningún

cliente que yo haya tenido. Cree que puede fijar las reglas y que los demás lo seguirán como corderos.

—¡Ah! —dije—. ¡Quisiera creerlo! ¿Nunca ha representado a alguien que fuera más listo que usted? ¿Que se comportara a su aire en el interrogatorio? ¿Siempre mantiene una disciplina férrea?

—Le aseguro que a nadie con un desprecio tan completo, tan absoluto y total por las consecuencias, Ben. ¿Sabe lo que se está buscando?

Yo no lo sabía.

—Se está buscando ir a la cárcel por desacato. Eso para empezar. Quizá me esté pidiendo a mí que vaya a la cárcel por desacato, pero yo no estoy dispuesto a hacer eso por usted, lo siento. Cuando se burla del gran jurado, está levantando sospechas acerca de su hijo. ¿Le parece poco? ¿Por qué cree que puede jugar con esto como se le antoje? ¿Cómo de fuerte diría usted que es su voluntad?

—Bueno —le dije—. Pruébeme. Mucha gente doblega al sistema, lo tuerce y lo domina. Los hijos de puta del Congreso que salen limpios de los negocios sucios. Oliver North, ¿qué me dice de él? Los narcotraficantes que entran y salen prácticamente el mismo día. Los que hacen tratos para obtener una pena menor. ¿Por qué usted no…?

—Está soñando despierto, hombre —me dijo Panos con dureza—. Su hijo está en una categoría diferente y usted lo sabe, y si no lo sabe, será mejor que empiece a mentalizarse. Su hijo está acusado de asesinato en primer grado a lo peor; si tenemos suerte, mucha suerte, de asesinato no premeditado; y no van a tratarlo como a un congresista o a un general con el uniforme cuajado de medallas. Lo más que puede esperar con un caso así y a este paso es que los pongan en la misma celda, demonios. ¿No se da cuenta? Vendrán los de la revista *People* y escribirán una bonita historia sobre los dos: compañeros entre rejas. ¡Dios!

—El problema —le dije con bastante calma— es que tengo unos principios y no pienso negociarlos por un acuerdo para conseguir una pena menor o por miedo al jurado o cualquier otra cosa con la que me salga su sistema. ¿Y qué si voy a la cárcel? Podrían pasar cosas peores.

—Ah, sí, naturalmente —dijo Panos. Estaba tan furioso que ni siquiera podía acercarse a mí; caminaba alrededor de las sillas dispuestas como para

una conferencia, un concierto o algo en esa línea—. ¿Y qué principios son esos? Me parece que me he perdido.

—No regateo por mi hijo y no los ayudo a condenarlo. Eso es lo que les dije. Les hice una declaración de principios. No es que tenga nada que ocultar, pero ¿por qué habría de ayudarlos a ponerle las esposas? Que descubran lo que necesitan saber sin mi ayuda como testigo.

—¿No tiene nada que decir que pudiera ayudarlo? Creía que estaba satisfecho con su versión de la historia.

Miré fijamente la oscuridad que había empezado a envolverlo todo como la luz lo había rodeado antes. No sé por qué no me limité a mentir por él. Habría llamado mucho menos la atención si hubiera dicho «No sé, no sé, no sé». Pero la forma en que se abalanzaron sobre mí, la sola suposición amarga de que yo los ayudaría… Rogaba a Dios que no hubiese hecho algo que lo condenara accidentalmente.

—Nada —dije—. No lo hizo, y él ya explicó lo que pasó. Pero yo no pienso guiarlos en absoluto. No es algo que yo tenga que hacer, usted mismo lo dijo.

—Dije que no tenía que resolverlo por ellos. No dije que podía pegarles una patada en el trasero.

—Él es responsable de lo que hizo y de lo que no hizo. Puede explicarlo.

Panos parecía sorprendido.

—Él sí, pero usted no.

—No, usted no lo entiende —repetí—. Todavía no. Hizo lo que hizo y yo no tuve otra cosa que ver con ello más que aceptar lo que me contó. Ahora es tiempo de que haga algo y lo estoy haciendo: me estoy negando. Están tratando de que haga suposiciones sobre mi hijo, para perjudicarle, quieren que caiga en la trampa y les dé algún indicio de conflicto y yo no pienso entrar en ese juego. No voy a ayudarlos a que me lo quiten. Si hubiera algo más que pudiera hacer, créame que lo haría.

—¿Quitárselo? Acaba de decir que lo ha dejado a su suerte. Así que ¿es o no suyo, como dice usted?

—Da lo mismo. Eso lo tengo que decidir yo, supongo. Lo único que puedo hacer ahora es seguir diciendo: «Ninguna ayuda de mi parte».

—Pero está jugando con ellos, Ben. Está fanfarroneando para salvar su propio ego. Si tiene problemas para recibir órdenes de una autoridad constituida…

—¿Por qué es jugar? Actúo completamente en serio. Si lo condenan, que sea sin mi ayuda. Creía que ustedes, los abogados, cuando defendían algún caso difícil, a algún hijo de puta que no se arrepiente lo más mínimo, siempre decían: «Que hagan su trabajo». Eso es lo que todos le dicen a Carolyn cuando pregunta cómo puede usted trabajar para algunos de los criminales asquerosos que entran por su puerta. Cuántas veces lo he oído: «Si no son capaces de encontrar la manera de condenar a alguien, entonces es que el estado no cumplió con su obligación». Bueno, ¿por qué un padre no puede tener el mismo derecho a decirlo que un abogado defensor?

—Un purista —dijo Panos, con el asco que era de esperar de uno de ellos. Esté de parte de quien esté, él es uno de ellos, tiene la cabeza llena de procedimientos, y si me olvido de eso, lo hago por mi cuenta y riesgo. Ningún respeto, sólo el fastidio de tener que buscar alguna treta para tenerme quieto—. Un purista —repitió. Ese insulto—. Uno de esos héroes existencialistas que aparecen en los textos de la universidad…

Yo:

—De acuerdo, soy un purista. No sé qué se lee en la universidad. Pero sí, creo que los padres deberían ser puristas al menos. Meterse las manos en los bolsillos y mantener la boca cerrada. Sin disculparse.

Una vez mi padre me dijo una cosa interesante. No era uno de esos tipos reaccionarios del Viejo Testamento, a pesar de la cantidad de horas que se pasaba engalanado con sus artefactos rituales rezando, y quizá no tenía ningún conflicto, claro como el cristal en sus expectativas y su comportamiento, pero siempre actuaba con justicia. Y una vez que me metí en dificultades, digamos —mi amigo Mike y yo habíamos cometido algún pecadillo en la escuela, no me acuerdo cuál, pero la maestra nos había descubierto y había convocado a nuestros padres—, volvió de la reunión asqueado por el comportamiento del padre de Mike. O tal vez fuera su madre, o ambos. Quienquiera que hubiera ido por él. Me contó que se bajaron los pantalones delante de la maestra, anonadados por la magnitud de la perfidia del hijo. Estuvieron de acuerdo con todo lo que dijo la

maestra sobre los malos hábitos del chico, ¡y hasta los ampliaron con ejemplos de su cosecha! Las maestras de escuela son la autoridad, decía. Tienen el poder. ¿Y qué? ¿Por qué los padres norteamericanos abandonan a sus hijos? ¡Simplemente los traicionan para complacer a cualquier desconocido que tenga queja de ellos! Yo prefiero arreglar las cosas con mi hijo en casa, gracias, tengo derecho a hacerlo, pero cuando estoy en público contigo… Te voy a decir algo, Benny, dijo. Tal vez no tendría que tratar de mejorar lo que oyó Moisés, pero siempre pensé que debería haber un undécimo mandamiento.

Yo estaba anonadado por su lealtad. Ni siquiera me sentía seguro de que tuviera razón, yo, que siempre estaba dispuesto a aceptar que bajo ciertas circunstancias había personas, además de mi padre, que tenían derecho a sancionarme. Pero pueden imaginarse que me sentí agradecido. ¿Qué mandamiento?, pregunté.

Honrarás a tus hijos, me dijo. Lo he recordado siempre. Probablemente me dio alguna bofetada o me castigó quitándome por un tiempo algo que me gustaba; siempre que hacía eso guardaba la cosa en su armario, bajo llave (y yo sabía dónde escondía la llave: en el cajón de arriba, debajo de sus calcetines y pañuelos). No digo que sus métodos de castigo fueran originales ni esclarecidos. Pero todo ocurría en privado. Aunque no creyera mi versión perjura de los hechos, en el exterior, en el mundo enemigo, para él era un orgullo ser mi escudo y defensor. Todo lo demás era asunto de los otros. Pedirle que ayudara y encubriera a quienes me castigaban hubiese sido como pedir que la sangre fluyera hacia atrás en sus venas.

—Es antinatural —decía, y todavía lo oigo.

Ahora bien, se podría definir de otro modo, podría decirse que es una especie de tribalismo. Es así como acabaron con esos pobres idiotas en la historia bíblica donde Dina, la hija de Jacob, sufre una violación, y para vengar su honor, sus hermanos terminan aniquilando a todo un regimiento de hombres inocentes, servidores del violador: una manera muy sangrienta de ejercer el derecho a la venganza, la devoción familiar atacada de locura homicida. Pero para mi padre, que no era ningún guerrero, aquélla era su humilde manera de comprender sus obligaciones como padre. Hablaba de la defensa, que es pasiva, que vive como un principio; no hablaba de ofensas,

que exigen acción. Eso era algo que yo podía entender. La resistencia no violenta.

Así que, pensaba yo, ahora sólo tengo que ser leal a mi hijo. Estoy honrando al padre que honraba a sus hijos. Entiendo, por supuesto, por qué me costó tanto salir caminando por mi propio pie: era demasiado tarde para no tener conflictos sobre el asunto, como Herschl Reiser. Pero no lo era para cerrar los ojos y verlo menear la cabeza con aprobación, como hacía tan pocas veces cuando estaba vivo y yo era ese chico que necesitaba tanto que lo defendieran.

OceanofPDF.com

JUDITH

Uno de ellos apareció en la escuela, justo a la entrada de su clase. Era increíble, de algún modo había conseguido permiso para localizarla y humillarla delante de todos.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Judith? —le preguntó con aire confidencial.

Era un joven atractivo, vestía con ropa de color caqui y zapatillas deportivas, y se mostraba muy interesado, justo la clase de persona con la que le hubiera encantado hablar en otras circunstancias. Pero podía verle la cámara, medio escondida por detrás.

—No —le contestó sin mirarlo siquiera, pasó junto a él y entró en la clase. El chico lo había hecho sonar como si de verdad quisiera hablar con ella, pero Judith ya sabía, por los reporteros molestos y ruidosos que siempre les estaban acosando, que lo único que quería era sacarle algo suyo que pudiera venderles a gente desconocida. Caminó hacia el fondo de la clase, donde estaba el tablón de anuncios, y se quedó toqueteando algo, fingiendo que estaba concentrada, rezando por que se hubiera ido cuando se diera la vuelta. Le temblaban las manos. Todos murmuraban, por supuesto, pero ¿por qué no iban a hacerlo? Si la acosada hubiera sido otra, ella también estaría murmurando.

¿Cuántos alumnos de séptimo aparecían en el informativo de la noche de Boston? (*Hacer* las noticias, decía Celeste. Qué maravilla.) Probablemente todo el mundo conocía sus caras ahora, y su «historia»; y en otras ciudades también, por toda Nueva Inglaterra. Por todos Estados Unidos, quizá. *Tétrico* era la palabra que usaba su madre. Como si

retorcieran el cogote de un pollo una y otra vez. Judith se imaginaba la escena:

—No me traigas a ese pájaro hasta que no esté completamente tétrico —dice la madre, y la hija hace girar las muñecas en distintas direcciones, siente los chasquidos, hasta que el cogote le cuelga flojo entre los dedos.

Había estado en casa de Celeste para su fiesta de cumpleaños, un episodio arriesgado que la divirtió sólo a ratos, porque ella era una extraña para todos, y siempre esperaba que alguien la acusara de algo que no había hecho. La espera la agotaba. Cuando jugaron al juego de los apodos (una maldición aun en las mejores condiciones), se descubrió conteniendo el aliento. Alguien la llamó «la más seria» y dos chicas dijeron «la más simpática». No eran sinceras, pero lo hicieron con buena intención. Cuando la velada llegó a su fin y el papel de los regalos quedó bien pisoteado sobre la alfombra del cuartito, el padre de Celeste se ofreció a llevarla a casa en el coche. Iba a acompañar a Lori también, que vivía cerca, camino arriba —sus padres tenían el coche en el taller—, así que podía acercarla a ella de camino. En esos días parecía especialmente animado cuando ella estaba cerca. Silbaba, gastaba bromas, trataba de arrancarle alguna sonrisa.

Lori no paraba de hablar sobre los animales que pertenecen a la familia de los roedores y los que estaban incluidos en ese grupo injustamente. ¿Cómo era posible que hubieran ido a parar a semejante tema? Cuando el padre de Celeste tomó la última curva, larga y perversa, Judith vio un extraño resplandor que venía de la colina de la izquierda, donde estaba su casa, invisible desde el camino. La luz subía y bajaba, y le recordó a un letrero de neón que titilaba. Lori todavía parloteaba cuando se desviaron por el sendero de su casa (los visones no eran roedores, pero las ardillas sí) y el señor Charters frenó de golpe.

—¡Señor! —dijo—. ¡Dios Santo! —En medio del césped, cerca del viejo pozo, se erguía una figura alta con los brazos abiertos. Estaba envuelta en llamas.

Judith se quedó maravillada. Era extrañamente bella —bellamente extraña—, como algo que podrías encontrar en el mar o en la cima de una

montaña, en cualquier sitio que estuviera lejos de casa, donde las cosas pueden ser enormes y desproporcionadas. Una vez había visto una película en la que el mástil de un barco se incendiaba debido a una gran conmoción del cielo, y la luz palpitaba igual que allí. Las lenguas de color naranja lamían la oscuridad como salvajes enloquecidos y las chispas volaban y se apagaban, o caían en la nieve. Algunas levantaban el vuelo, como si fueran a reunirse con las estrellas. No era lo mismo que el resplandor de la cocina o la chimenea, era un elemento diferente, grave y espectacular, un vasto agujero en la oscuridad, una aureola de algo parecido a la luz del sol.

—¡Es una cruz! —dijo el señor Charters en una especie de susurro, como si estuviera hablando de un milagro—. No puedo creerlo. ¡Hijos de puta!

Aparcaron a una buena distancia y Judith saltó del coche. El padre de Celeste le gritaba que no se acercara a la cruz ardiente. Pero ella corrió a la casa, porque no debían de haberla visto, no estaban fuera. Seguramente la habían puesto hacía unos minutos, si no no se explicaba que no hubieran advertido la luz. Abrió la puerta de golpe y gritó. En teoría se suponía que aquella cosa era terrible —el señor Charters había llamado hijos de puta a los que lo habían hecho—, pero a Judith le parecía que la torre de luz era gloriosa, no podía evitarlo, como algo que la naturaleza ha golpeado y ha quedado convertido en grandeza llameante. Eso, ella lo sabía, era lo que llamaban un «acto divino». Después de tantas cosas mundanas, de tantas alusiones y murmuraciones veladas, era extraordinario. Era inmenso y claro. Dios les hablaba desde la montaña. *No matarás*. Era Ezequiel cuando veía las ruedas en llamas. Su padre le había leído esa historia.

—Aléjate de ahí —le decía ahora, jadeante—. Se va a caer.

Cuando ya llevaban un rato mirándola —Judith se sentía tan maravillada que hubiera podido pasarse allí toda la noche—, su padre anunció que iba a llamar a la policía, «fuera cual fuera su actitud», y se volvió para entrar en la casa. Y el padre de Celeste no dejaba de decir:

—Lo lamento tanto. Es terrible. Como si estuviéramos en Birmingham o en Mississippi o algo así.

Luego su padre encontró aquellos papeles clavados en la puerta.

—¡Hostia, ni que estuviéramos en los tiempos de Martin Luther! —A Judith le pareció que lo decía con fruición. Martin Luther… ¿Se estaría refiriendo a Martin Luther King? Porque por él también habían quemado cruces, ¿no?

Su madre permanecía callada y temblorosa. Judith le rodeó la cintura con el brazo.

—No te preocupes, mamá —murmuró—. No le hace daño a nadie.

Las páginas eran una petición fotocopiada que decía contener cuatrocientas noventa y tres firmas. ¡QUE SE RESCINDA LA FIANZA DE JACOB REISER! Insistían en que su presencia entre la comunidad era una amenaza, que su comportamiento era peligroso e impredecible, y que sus padres también tendrían que estar en la cárcel por su conducta delictiva. «Ya hace mucho que se ha reconocido que es una amenaza para la comunidad —terminaba—. Los abajo firmantes no lo queremos suelto en nuestro pueblo.»

Jacob se agachó cuando su padre, en pie bajo la luz llameante, acabó de leer el texto con voz burlona y grandilocuente. Cogió un puñado de nieve y lo hizo una bola en sus manos, mientras respiraba agitado, el rostro desencajado. Apuntó y arrojó la bola contra el fuego. La bola lo atravesó y se estrelló contra la madera con un ruido húmedo, como de fruta que se parte en pedazos. Hizo una docena de bolas. Se volvía, se agachaba, se levantaba, las arrojaba, y muchas de ellas atravesaron las llamas y expiraron fútiles en la oscuridad.

—Así que soy un perro. Ahora soy un perro y me quieren tener bien atado.

Judith pensó entonces en el perro amarillo al que su hermano estuvo tirándole piedras aquella vez, igual que ahora tiraba las bolas de nieve. «Todo está relacionado —decía siempre su padre—. Lo que viene va.» Judith nunca había entendido aquello, ni siquiera un poco.

Quería ver que se arrepentía, quería verlo salir corriendo hacia el cuerpo ardiente de la cruz y tratar de arrojarse al fuego. Alguien lo salvaría, por supuesto: alguno de sus padres lo agarraría del brazo y trataría de calmarlo, Jacob, no seas tonto, vamos dentro. Pero ella quería verlo aceptar su culpa al menos por un instante, y sufrir. O quemarse.

Alrededor de la parte inferior de la cruz, la nieve se había convertido en un charquito. Por la mañana, o más tarde, cuando ya se hubieran enfriado las cenizas, se formaría un anillo de hielo en ese lugar. Su hermano le hacía pensar en el hielo, no en el fuego. El hielo era lo que se merecía.

Se paró junto a él y le susurró en una voz que apenas reconocía:

—Me gustaría que te quitaran la fianza. Me gustaría no tener que verte.

Se volvió hacia su madre, que parecía alarmada. Las lágrimas habían empezado a subirle a la garganta y no podía hablar. No sabía que iba a decir esas cosas.

—¡Ojalá estuvieras muerto! —gritó, y se arrojó con todas sus fuerzas contra él.

Jacob, que estaba con la guardia baja, tropezó y cayó hacia atrás con un crujido. Fue casi cómica la forma en que las piernas se le levantaron para arriba, como si fuera un acróbata. Y entonces Judith no tuvo más remedio que salir corriendo. Sus botas perforaban ruidosamente la capa de hielo que cubría la nieve. Resultaba tan agotador arrancar los pies de cada agujero que supo que no iba a llegar a ninguna parte. Los fragmentos de la nieve congelada parecían cono hilos de vidrio alrededor de sus tobillos. Pero si Jacob la había oído ya le bastaba. Ya no quería tener un hermano. Quería despertar por la mañana y no tener que ver esa cara insolente, estropeada, que los arruinaba a todos y los convertía en monstruos. Al otro lado del césped, el mismo césped que tanto había alucinado a Martha, que le había hecho pensar que su hermano era rico, la cruz empezó a doblegarse, como el sonido del agua que escapa de una presa. Chorreó lentamente, se deslizó hasta el suelo casi con desgana, como si tuviera que liberarse, y Judith contempló a su familia allí parada, alrededor de la cruz, envuelta de nuevo en la oscuridad. Sólo las pantorrillas estaban iluminadas por el brillo del fuego agonizante. Judith se quedó con sus piernas en la nieve rota, los dedos del pie que empezaban a dolerle del frío. Un humo blanco ascendía hacia el cielo, feroz como la propia llama, urgente. Trepaba en línea recta más alto de lo que había llegado la cruz. Los hijos de puta que habían hecho eso probablemente lo veían desde sus jardines, si es que habían salido a la oscuridad a mirar lo que ocurría.

OceanofPDF.com

CAROLYN

El agua parecía ser el único medio en que se sentía cómoda en esos días. Era un bálsamo primitivo de redención, esa capa pura de transparencia, o simplemente, algo cálido, suave, poco exigente. Carolyn observaba cómo iban surgiendo nítidas ondas entorno de sus rodillas, como un lago en un día tormentoso. En la visita que había hecho a Hilton Head, sus padres la habían llevado al borde del Atlántico, en una caminata larga y agradable por una costa cubierta de matorrales. Allí le mostraron fortalezas de la Confederación, islas que habían albergado depósitos de municiones, ensenadas donde habían atracado los barcos de los sureños… ¿Qué estaban haciendo sus padres allí, mezclados con la Confederación?

Y ella, ¿qué estaba haciendo ella, por no mencionar a Ben, hijo del piadoso Herschl, que fue enterrado con su pipa y su talid, a pocos kilómetros del lugar en que William James había pasado sus veranos? Estaban aproximadamente a una hora de la casa de los Emerson, y de la granja frustrada de Bronson Alcott[4], y de todos los demás padres blancos, anglosajones y protestantes, descendientes de los Mather y los Wigglesworth, esa plaga del Viejo Testamento. Su casa, su casa y la de Ben, tenía una amplitud y una pureza de diseño que sus pobres antepasados del viejo Oeste jamás se hubieran atrevido ni a soñar: vivían como señores. La idea no era exactamente suya, acechaba siempre por los límites de su conciencia. Pero ¿qué significaba exactamente? ¿Que ella no había nacido allí como Celene, que estaba allí por elección? Tampoco sus padres eran sus padres, la habían elegido. ¿Y qué significaba todo eso?, ¿que la elección es inferior al azar? No cabe duda de que se podía nacer en un lugar al que no pertenecías, o ser hijo de padres que no te necesitaban o no te querían. Echó

la cabeza tan atrás que el pelo del cuello absorbió el agua caliente y jabonosa como una toalla seca. Hubo un tímido forcejeo en la puerta. Carolyn nunca echaba el cerrojo cuando se duchaba, sólo ponía una cuña en la puerta, por si alguien necesitaba entrar con urgencia. Judith asomó la cabeza y quedó instantáneamente envuelta en una nube de vapor.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó con una voz menuda que parecía no esperar nada, y se arrebujó en su jersey como una niña desvalida, como si el baño no estuviera tan caliente como una sauna.

Era la mentira, dijo, la agresión a su sentido de la realidad, aunque ella no lo llamó así. Carolyn observaba cómo la congoja hacía aflorar en su hija el miedo y la crispación de una incipiente inseguridad. Su aspecto era el de alguien que teme que en cualquier momento sus extremidades salgan volando y la abandonen. Se la veía tan delicada que al mirarla hubiera sido imposible no pensar en alguien que está enfermo. Tenía los ojos rojos.

Hablaba con mucha seguridad, como si hubiera estado practicando.

—Está mintiendo. Está cambiando todo lo que pasó. ¿Cómo puedes dejarle hacer eso, mamá?

No era un buen momento para que Carolyn estuviera desnuda y tumbada. Judith le hablaba a su mismo nivel, mirándola directamente a la cara e ignorando el resto de su cuerpo, largo y pálido bajo el agua, que estaba ligeramente azulada, como la leche con la que alimentó a su hija la primera vez.

—Dime qué es lo que quieres decirme, Jude. —Sabía exactamente lo que quería decirle.

—¿Cómo que dime? Se están portando como… Primero papá entierra esa… cosa. Esa cosa horrible con la que la mató. —Los ojos de Judith estaban colmados, y cuando se movió, se desbordaron. Agua, agua en todas partes, pensó Carolyn, tan debilitada que sentía como si hubiera estado bebiendo. La cara de su hija estaba empapada, el labio superior rezumaba de lágrimas—. Y ahora se ponen a planear esa historia. Yo estaba sentada allí mismo, en el mismo cuarto que ellos y… y ni siquiera me vieron. Como si no les importara que oyera todo eso, y estaban planeando cómo… tan fácil… ¡cómo mentir, mentir sobre todo lo que pasó! Tú también oíste a Jacob, tú sabes lo que pasó. —Era una chica preciosa, pensó Carolyn de

manera abstracta… era una nueva manera de verla, a través de esa distancia que había surgido como una bruma entre ella y cualquier otra cosa. (¿Cosa?, pensó. ¿Judith, una cosa?) ¿Y qué importaba que fuera preciosa, qué tenía que ver eso?

—¿Vas a hacerlo que ha hecho papá? ¿No hablarás con la gente de ese jurado? —Entrecerró los ojos como si estuviera tratando de parecer una malvada de cómic—. ¿O dirás alguna mentira?

Carolyn no tenía nada que decir, no tenía planes. Estaba allí, disolviéndose, con sus células ablandándose en el agua, las yemas de sus dedos ajándose, como si se encontrara en una película fantástica y se estuviera transformando en una bruja. Se sentía adormilada, era incapaz de concentrarse.

Jude, la gente no siempre se presenta ante un tribunal para contar exactamente la verdad. —Hablar era todo un esfuerzo, y mucho más decir lo correcto—. Allí la gente va a defenderse lo mejor que puede, y si alguien puede demostrar que…

—Y sólo porque eso es lo que hace la gente, porque puede ser que se salgan con la suya y… —Parecía ansiosa por escapar. Desde donde Carolyn estaba, podía ver la parte superior de la cabeza de su hija repetida en el espejo, su casquete de pelo suave y delicado. Atrapada dos veces. Agitaba sus manos nerviosamente, como si intentara arrancar algo del suelo y no pudiera—. ¿Cómo puedes pensar en ir y mentir de esa manera? Yo creía que papá era el único que mentía. —Había empezado a llorar aparatosamente, para castigarla, como cuando su hermano hacía algo injusto y ella quería que lo supieran—. Has dejado que papá te convenza. Es horrible. —Ahora la miró: desde el cabello, sujeto sobre la cabeza con una horquilla en un manojo desordenado, lentamente, el cuerpo, bello y desprotegido, hasta los pies rosados, que emergían como algo extraño que crece en el agua—. Y a nadie le importa lo que pienso. No soy más que una niña estúpida para todos. Ni siquiera os importa si voy a contarlo.

Carolyn se sentó lentamente, como si le doliera algo. El agua se abrió y volvió a caer. Ella estaba brillante, suave, como la mejor madera de Ben. ¿Era eso lo que había trastornado tanto a su hija, que no la hubieran incluido en el juego? ¿Se sentía ofendida por eso?

—¿Cómo que contarlo? —No estaba alarmada, sólo sorprendida.

Judith parecía estar excavando con sus uñas en la tierra, buscando una salida de algún sitio donde no podía respirar. Estiraba el cuello rígido, como para encontrar aire puro, y luego se limpiaba la cara con rabia, con el dorso de la mano.

—Adivina —gritó, y cuando salió corriendo, trató de dar un portazo tras de sí. Pero la pequeña cuña de goma, suelta por el suelo como un disco de goma de hockey, atrapó la puerta y la sostuvo, dejándola abierta a medias, atascada. El aire frío entró a raudales, como una contracorriente de agua helada. Heló a Carolyn como una sentencia.

Mientras se secaba decidió lo que iba a decirle a Judith. Le recordaría que hasta los tribunales hacen distinciones. Existe algo que llaman «circunstancias atenuantes», como cuando una persona se pone tan furiosa con razón por alguna cosa que acaba haciendo algo malo. (Eso les había explicado Panos cuando los instruía sobre el inventario de posibles defensas.) Así que, aunque el jurado conociera todos los hechos, siguiendo esos parámetros, seguramente no considerarían a Jacob un simple asesino. ¿Por qué no iban a poder seguir ellos también esos parámetros? Conocían a Jacob, lo habían oído reconocer dolorosamente su culpa y, tal como habían ido las cosas, ellos iban a tener que convertirse en los árbitros de aquella situación y no una manada de desconocidos. Pero incluso los desconocidos llegarían a la misma conclusión: que Jacob ya había pagado con su sufrimiento. «Por favor —pensaba decirle—, no te sientas culpable por querer que esté libre y siga con su vida, después del horror que ya ha sentido. La repugnancia frente a sí mismo. El miedo. Él no tenía planeado hacer aquello. Por favor, sigue queriéndolo.»

Abrigada en su bata, salió al vestíbulo oscuro en busca del cuarto de Judith, pero la niña la llamó, con voz descarnada.

—¿Y si hubiera sido yo, mamá? ¿Y si hubiera sido yo la que mataron? —Seguramente estaba sentada en aquella oscuridad, con la espalda contra la pared; seguramente se había quedado allí acurrucada, esperando a que su madre saliera del baño.

Carolyn se detuvo. La pregunta hizo que se le erizaran los pelillos de la nuca, como si hiciera viento. Judith, por el amor de Dios.

—¿Y si hubieras sido tú la que mató a alguien?

Hubo una larga pausa. Judith respiraba pesadamente, como cuando había estado llorando y le chorreaba la nariz.

—Yo no —insistió con su pequeña voz alterada—. De ninguna manera. Nunca podría hacer una cosa tan horrible.

Ahí estaba la diferencia entre ellas, entonces. Por más inteligente y bienintencionada que fuera su hija, no dejaba de ser una niña, y había tantas cosas que no podía imaginar…

—Nunca digas nunca, pequeña. ¿Crees que Jacob pensaba que podía hacer lo que hizo? —Carolyn alzó su voz en la oscuridad—. Ésa es la parte difícil, Judith, algún día…

—¡No me digas algún día! ¡No soporto que me digas algún día! —Sonaba, otra vez, como una niña.

Carolyn suspiró, profundamente.

—Vamos, Jude. ¿Por qué no puedo decir algún día? Es muy pronto para que sepas ciertas cosas. Se supone que no tienes que saberlas, ni creerlas cuando las oyes. Yo, con los años que tengo, aún estoy empezando a aprender algunas cosas. —La gran sorpresa, la más profunda, la última. Cuando uno tenía doce o trece años estaba bien lo del bien y el mal. Cuando tenías el triple era… impropio. Jacob debía de sentir eso también. Nada que no pueda ocurrir. Sucede.

Pasó la mano a tientas por la pared, trepando con la punta de los dedos, y encendió la luz como si estuviera arrojando un balde de agua de una sola vez, sin previo aviso. El resplandor la sobresaltó. Judith, atrapada en el relámpago de la luz fría, saltó de su rincón y huyó.

Jacob solía decir que eso de extracción de sangre sonaba como un sorteo de la lotería o una rifa de esas donde sacan tu nombre de un bol lleno de papelitos. Dos veces al año, un gran camión paraba frente a la puerta de la planta baja de la iglesia congregacionista, muy temprano, y de él salía pilas y pilas de material: catres, mesas esmaltadas para trabajar, metros y metro

de tubos, montañas de pesadas bolsas de plástico que se abrían como charcos de agua, tela adhesiva, etiquetas identificativas…, y las enfermeras lo instalaban con tanta rapidez y eficiencia como un hospital de campaña en medio de una guerra, que sigue avanzando y no se queda nunca en el mismo sitio. De todos modos, no era de extrañar que lo tuvieran tan por la mano. Cuando llegaban era como si viniera el circo para los del pueblo, pero los que formaban el equipo se pasaban todo el año viajando de un lado al otro del país, de este a oeste, de norte a sur, armándolo todos los días, excepto los fines de semana.

Carolyn se había apuntado meses atrás como médico voluntario para ese día. El gran jurado no se volvía a reunir hasta el día siguiente. No veía ningún motivo para no ir.

No era cierto. Veía motivos, y esos motivos la ofendían.

Ben había salido en el informativo de la noche. Sólo por radio, gracias a Dios. Howe era demasiado pequeño para tener un canal de televisión propio; y seguro que también había salido en el canal de chismes. Las indagaciones del gran jurado eran secretas, pero él había hecho declaraciones a la prensa. Y, naturalmente, el fiscal del distrito había dicho que iban a acusarlo por desacato. Annie Dineen y otra media docena de personas habían llamado para preguntar qué diablos se creía que estaba haciendo. Wendell había acudido en persona para sentarse a la mesa y poner cara seria y preocupada, para censurarlos.

—Peor para ellos —dijo Carolyn—. Tengo una vida que vivir. El pueblo también tiene sus necesidades. No todo tiene que girar en torno a nosotros y nuestros problemas.

Cuando estaba aún tumbada en la bañera, había llegado a una conclusión (y luego se levantó y se quedó allí en pie, tan quieta como un chamán, salpicando en todas direcciones): «Estoy en posición de decidir si esto debe matarnos a todos o sólo a algunos. A mí me mata. A Judith también. Tal vez sea hora de distribuir el trabajo según las posibilidades de supervivencia».

—Probablemente han buscado a alguien que te sustituya —sugirió Ben.

Ella estaba tomando el desayuno, y él la miraba con cara de asco.

—Ya me encargaré de eso cuando llegue —y mordió con fuerza el budín inglés, como si estuviera cortando hilo con los dientes.

—Podría resultarte embarazoso.

Lo miró con dureza. En aquellos días, dormía con una camisa y unos pantalones de gimnasia que estaban un poco andrajosos.

—Mira quien habla. —Tomó su café en actitud contemplativa. Su marido le recordaba al soldadito de Pillsbury—. De todas formas, ya me han avergonzado bastante. Cosas peores hay.

Se enfundó su bata blanca del hospital antes de salir de la casa. Normalmente esperaba hasta llegar a la iglesia. Pero se sentía tan bien con la bata, tenía un olor tan familiar, a vida, olía a su vida real, y crujía de tan limpia que estaba, los bolsillos profundos para que cupiera el estetoscopio y otros pequeños objetos útiles. No podía esperar. Se puso el abrigo encima.

—O estoy de vuelta dentro de quince minutos, con un ojo morado o no hace falta que me esperéis hasta la noche. —Y se fue, dejando a su marido de pie en el vano de la puerta, esperando seguramente, una llamada de otra vida, de Panos, que todavía estaba enfadado.

Era sorprendente que hubiera gente haciendo cola en la puerta para donar su sangre, lo mismo que si estuvieran haciendo cola en unos grandes almacenes, esperando para conseguir alguna ganga en las rebajas. Era un ritual, el altruismo unido a la curiosidad… bueno, no había presión exactamente. Expectativa, tal vez. El deber. El deseo de seguir formando parte de las cosas, de cumplir con tus obligaciones como miembro de la sociedad. No funcionaba ni la mitad de bien en las grandes ciudades. Era lo que Hyland hacía mejor.

Aparcó lejos de la multitud que ya se estaba reuniendo, y entró por la puerta de atrás. La mayoría de las caras que vio fueron las de las enfermeras que hacían el circuito; ninguna de ellas la miró con interés especial. Jerry, una mujer con la voz tan rasposa como una lima de uñas, ya había trabajado con ella una docena de veces antes. Su pelo era de un pelirrojo intenso, y tenía el aspecto de esas personas que necesitan un par de traguitos para poder seguir adelante. La saludó, cálida e inocente. Carolyn se sintió tan

feliz de verla que los ojos se le llenaron de lágrimas. La mujer estaba arreglando los divanes de cuero que hacían que todo el contingente recordara al menos un poco un hospital victoriano. Parecía un sitio estupendo para dormir una siesta.

—Hola, doctora, ¿cómo va la vida?

Una broma pesada, pensó.

—No tan bien como querríamos, Jerry. Y usted, ¿qué tal está? ¿Y su hija?

—Oh, qué amable es usted, siempre se acuerda.

Y Carolyn escuchó la historia de las muelas del juicio de la hija de Jerry, una saga intrincada con el colofón de precio exorbitante y la experiencia del dolor insoportable. Carolyn asentía con aire comprensivo; nunca había que burlarse de los problemas de nadie, sólo porque no pudiera medirse su cantidad de dolor. Pero lo cierto es que no tendrían que usar todos la misma palabra. Dolor. Tendrían que tener diferentes palabras para indicar los distintos grados y clases del sufrimiento, como los esquimales, con sus distinciones entre los distintos tipos de nieve.

La voluntaria local que estaba al cargo ese día entró corriendo con sus portafolios, y cuando vio a Carolyn, se detuvo en seco. Minette Schact era una mujer bonita, de facciones menudas, y vestía con una falda de tabla de colores otoñales y chaleco. Era de esas ciudadanas tan decentes y organizadas, de las que nunca gastan la suela de los zapatos, a las que nunca se les hacen carreras en las medias. El tipo de mujer que todo el mundo querría tener a cargo de su campaña. Parecía rebosar de ganas de criticar a las mujeres con hijos difíciles.

—Espero que me tengas en tu lista, Minette —le dijo Carolyn, la voz apacible, sin echarse atrás—. Estoy apuntada desde el otoño.

Minette pareció agitarse bajo sus cuidados rizos oscuros. Era evidente que le hubiera gustado tener a mano a algún superior a quien poder pasarle el problema.

—Bueno, tenemos al doctor Rafferty y… mmm, y al doctor Caldwell…

—Pero siempre va bien tener un tercero —le dijo ella amablemente—. O si alguno de ellos quiere que lo releve… —No pensaba suplicar. Se suponía que eran los médicos los que tenían la autoridad.

Fue entonces cuando descubrió el poder de lo negativo para neutralizar la oposición: cuanto más se esforzaba Minette por dejarla fuera menos dispuesta estaba ella a aceptarlo. Porque todos esos malos sentimientos que albergaban contra ella, o se los tragaban o tendrían que reconocerlos en público, sí, ellos, los primeros del estado en el *ranking* de donantes de sangre, un pueblo repleto de ganadores y hasta de dobles ganadores, con su broche en forma de gota de sangre. Minette se echó atrás, como si la hubieran amenazado físicamente.

En realidad los médicos nunca tenían mucho que hacer, pero el estado exigía que estuvieran presentes. Las enfermeras tomaban la presión, la temperatura, pinchaban dedos y apretaban algodones donde pinchaban, colgaban las muestras de sangre en pequeñas redomas y esperaban a ver los resultados. Carolyn hacía menos: formulaba preguntas que cualquiera podría haber hecho sobre enfermedades y viajes. No había riesgo de que en Hyland hubiera mucha gente que hubiera viajado a Mozambique o Mayanmar. Pero hoy, ella era una extra. Reemplazaba a las enfermeras que ponían las inyecciones para que pudieran ir a fumarse un cigarro o a comerse un bocadillo. Podía tocar al menos un poco de carne viva, caliente, como en los viejos tiempos, y ellas estaban contentas de poder tener algo de tiempo libre.

Los doctores Rafferty y Caldwell (George y Scott, uno muy antiguo y duro de oído, y el otro tan nuevo y flamante que parecía un estudiante universitario) se mostraron corteses, pero se sorprendieron mucho.

—¡Carolyn! —exclamó Rafferty en voz demasiado alta, abriendo mucho los ojos, como si pensara que no veía bien—. No me dijeron que estuvieras de servicio, más bien pensaba que… —Se interrumpió. Estaban en el ruidoso pasillo de madera, cerca de los percheros.

—Me he tomado una excedencia, George —dijo ella casi sin aliento, de tanto esfuerzo que le costaba sonar tranquila—, pero ya sabes que no estoy oficialmente fuera del personal. Así que considero que esto sigue siendo mi obligación.

Había grupos de gente mirando, lo sabía, claro que lo sabía, y estaba segura de que algunos de ellos guardarían las distancias, aunque al menos nadie le vació encima una bolsa de sangre, ni la insultó con alguna palabra

terrible en voz alta. Recordaba a la alegre enfermera de pelo cano que la había emboscado para hacerle sugerencias procaces sobre lo que había que hacer con Jacob.

—Mira, Carolyn —el viejo habló con voz segura—, creo que estás recibiendo un trato muy duro. Sólo quiero que lo sepas. —Carolyn hubiera querido que se callara, a pesar de sus buenas intenciones—. Esperamos que el tribunal aclare las cosas. Para eso está, ¿no es cierto? —Su voz aristocrática y nasal era displicente.

—Gracias, George —le dijo ella, y le tocó el brazo—. Te lo agradezco de verdad.

—Bueno, hay mucha gente que te apoya, ¿sabes?, sólo que tienden a ser… son más bien la parte callada de la población. Son discretos. Pero quiero que lo sepas.

Carolyn creía saberlo. Sospechaba que el doctor Rafferty era de la opinión de que sólo las personas con formación universitaria deberían tener derecho a votar. Mejor estar en guardia contra la arrogancia de los mártires, se dijo, contra la ingratitud… pero la gratitud resultaba tan agotadora como caminar cojo, es imposible equilibrar tus otras emociones.

No hubo crisis, o por lo menos no fueron visibles. Un hombre que, según la ficha, se llamaba Monte Fitz, le tendió el brazo y luego lo retiró. Le pidió perdón con bastante cortesía y abandonó su sitio sin explicar por qué. Pero cuando a uno le van a sacar sangre, las razones pueden ser muchas. No tenían por qué estar ella y Jacob en el centro de todo.

Vio que algunas cabezas se inclinaban hacia otra, y que ninguna salía del grupo para sentarse junto a ella y que le tomara la presión arterial. Por otra parte, una cantidad respetable de mujeres y algunos hombres que habían venido de la fábrica de pianos juntos se presentaron con aspecto desafiante. Carolyn se ruborizó. Era evidente que se habían reunido para darle su apoyo, parecían haber optado por una política de rectitud. «¿Qué tal, doctora Reiser —le decían—, va todo bien?» Las variantes femeninas le resultaban más suaves, hasta llegó a dejar de sentir la necesidad de sonreír y asentir con la cabeza cada vez que le preguntaban. Lo hacían para defenderla de sus vecinos. Carolyn era incapaz de adivinar por qué lo hacían, ni cuánto iba a costarles.

Una joven morena con un bebé muy rubio a la espalda se paró frente a ella, como esperando para hablarle. Tapó todo el espacio que había ante la mesa de Carolyn, ostentosamente, haciendo alarde de su presencia. Carolyn despachó al hombre al que había estado entrevistando (que quería saber si un viaje a Tánger lo ponía en la lista de los «no». «Depende de lo que haya estado haciendo allí», le había respondido ella con brusquedad, sonriendo ligeramente. Él no le devolvió la sonrisa). La joven se agachó y le dio su mensaje.

—Conozco a Jacob, y sé que no puede haber hecho eso que dicen que hizo. Puedo decirlo en el juicio si quiere.

—¿Eres amiga de Jacob? —Una pregunta estúpida—. ¿De dónde…?

—Salíamos juntos… más o menos, ¿sabe? —El bebé le tiró del pelo con fuerza, con el gesto con el que uno señalaría al conductor de un autobús que se detenga. No era más que una niña, aunque ya llevara un bebé agarrado a su hombro. Probablemente era una estudiante de último año que había abandonado la carrera para tener a esa hermosa criatura con el cabello de un ángel. Otra amiga de la que nunca supieron nada—. Es muy… muy bueno —insistía, con el gesto improvisado de alguien que apenas lo conocía—. Y le deseo suerte —con mayúsculas. Se había tomado aquello muy en serio. Carolyn, abochornada, le dio las gracias y le preguntó cómo se llamaba el bebé.

—Gitana —contestó la chica, sin sonreír—. Es una hija de los sesenta, ¿sabe? Quiero que crezca libre, sin zapatos, ni cortes de pelo ni nada de eso. Creo que ni siquiera la voy a mandar al colegio. Eso es algo que no se lo deseo nadie, y menos a mi propia sangre. —Alzó un poco a la criatura y se volvió para marcharse—. Dele saludos. De parte de Deanna. ¿Vale? Dígale que le quiero. Suerte. —Hizo el signo de victoria y Gitana se lanzó sobre sus dedos con un feliz grito de gitana.

El trabajo iba un poco flojo (aunque no para Rafferty y Caldwell, notó). Se cubrió los ojos por un minuto con la mano y los cerró. La tensión de sentir como si un montón de curiosos la estuvieran observando todo el rato la agotaba, pero sólo la sentía cuando se detenía.

—¡Un médico, aquí! —oyó, y se arrancó de su soñar despierta.

Un joven corpulento —pudo apreciarlo cuando se acercaba corriendo— se había desplomado. Se había desmoronado en el momento en que se puso de pie con su medio litro menos de sangre. Ahora estaba en el suelo, como un tronco enorme, entre las frágiles patas blancas de la mesa de una enfermera. Eso les pasaba con mayor frecuencia a los hombres. (¿Sería que las mujeres estaban más acostumbradas a ver sangre? ¿Que la tensión de tener que demostrar su virilidad les abrumaba? Quién sabe.) Un par de hombres del personal lo llevaron detrás de una mampara y ella practicó la rutina habitual —presión, examen de la cabeza y los huesos, sales aromáticas—, mientras la pequeña marea de ruidos que provocaba la actividad en el exterior continuaba sin alterarse. Rafferty y Caldwell habían tenido que dejarla. Así que por fin estaba ejerciendo de médico, aunque sólo fuera para una emergencia.

El joven vestido con la bata verde oscura de la compañía petrolífera local era rechoncho y tenía pecas. Y sus ojos, que se abrían lentamente, estaban húmedos. Ella le sonrió sin ninguna condescendencia. Apenas tendría unos años más que Jacob.

—Estás bien. ¿Aún te sientes mareado?

Él volvió a cerrar los ojos.

—¡Qué vergüenza!

—Ah, no. Te sorprendería ver las veces que pasa esto. Parece que los hombres corpulentos sois propensos a estas cosas.

—Más dura será la caída, que dicen, ¿no? —rió él—. No tendría que haber mirado la bolsa de sangre. No podía creer que esa cosa saliera de mí. —Todavía estaba pálido, las pecas oscuras resaltaban contra sus mejillas—. Parecía hígado de vaca. ¡Y yo odio el hígado de vaca!

—Sí que es verdad.

Carolyn tenía que hacer algo de papeleo: dejar constancia escrita de que no había pasado nada. Mientras le formulaba las preguntas, él empezó a mirarla con atención.

—¡Eh! ¿No es usted la madre de ese tipo?

Ella firmó con su nombre, y le añadió una cola histriónica con disgusto.

—¿Quién es «ese tipo»?

—Ya sabe, el que mató a la chica. —En su rostro ancho y agradable tenía una expresión de asombro, tal vez hasta de deleite.

—Soy la madre del tipo que creen que puede haber matado a la chica, que es muy diferente. —Los dos hablaban con tanta tranquilidad que Carolyn se sintió casi divertida. Casi parecía que el chico fuera a pedirle un autógrafo.

—Ahora te pasaré a una enfermera. Estás bien, ¿verdad?

Él asintió. Un saludable rosado le había vuelto a la cara. Sólo la línea del nacimiento del cabello seguía húmeda.

—¿Cree que lo hizo él? —preguntó con timidez, y se encogió de hombros, abochornado por tener que especificar otra vez a quién se refería —. Usted ya me entiende.

Ella lo miró largo rato.

—Que te den mucho líquido, ¿vale? Dos o tres de esas tazas de zumo de naranja. Un par de sándwiches y alguna galleta. Necesitarás toda tu energía.

Salió de detrás de la mampara y llamó a Jerry para que acudiera a buscarlo. Habría unas cien personas en la habitación, en pequeños grupos que se detenían por un par de minutos, luego volvían a ponerse en movimiento, independientes los unos de los otros, y se volvían a reagrupar, como una colmena. Y lo que ese conjunto producía era una canasta llena de ayuda para desconocidos, y era, en su mayor parte, dulce.

Pero de repente, vio superpuesta en la imagen a su hermana Nina, que miraba hacia la distancia profunda de Montana, sosteniendo una conversación en un solo sentido con ese escenario que no era crítico, las montañas sombrías, que nunca hacían preguntas. Nada social. Nada conveniente. Todos los países necesitan su propia variante de legión extranjera, pensó con gratitud. Para las emergencias, para el tiempo libre. Para la desesperación.

A eso de las dos entró Terry Taverner. Era una mujer menuda y rolliza que parecía compuesta por una serie de anillos concéntricos. Hasta su pelo lo formaban una serie de rizos pequeños y apretados. Carolyn recordaba el banco donde había trabajado durante años, y después… ¿dónde fue, en el

Sears, o en la tienda de pollo frito? En algún sitio donde tenía que estar detrás de un mostrador, en todo caso, dando el cambio y charlando. Era difícil relacionarla con su hija, tan delgada y sexualmente atractiva, pero, ¿quién sabe cómo debía de ser antes de que se instalara en ella la dejadez de la vida de casada? Probablemente era más joven de lo que parecía. Llevaba un abrigo de un azul luminoso, cinturón y unas botas adornadas con una piel muerta. Tenía el aspecto poco carismático de la típica esposa madura de Hyland, no de las de las zonas elegantes y residenciales, sino de las locales, de esas que parecían serviciales, cansadas, ligeramente hostiles a cualquier manifestación de glamour que no viniera directamente de Hollywood y que no pudiera retirarse una vez terminada la velada. Aunque era alguien que nunca hubiera encontrado la manera de hacerse notar por sí sola de no haberse convertido en una víctima, ahora, mientras avanzaba entre la multitud, parecía abrirse paso sin gran esfuerzo, la gente la dejaba pasar. Groseros como niños, la miraban fijamente, a ella, luego a Carolyn.

—Cuidado —murmuró alguien, con crueldad, con preocupación, o tal vez sólo como un *voyeur* que observaba. Carolyn se volvió para no verlo.

Cuando se produjo una pausa en su trabajo —la gente iba llegando en grupos—, apartó su silla y fue al lavabo de señoras a refrescarse la cara con un poco de agua fría, para relajarse un poco. No se sorprendió cuando, al salir, encontró a Terry Taverner lavándose las manos. Carolyn la vio primero, en el espejo. Los ojos más bien pequeños, poco sentimentales; el cabello un manojo deslucido de rizos como virutas de madera. La tragedia, pensó con un respingo, no realzaba por igual a todo el mundo.

Carolyn suspiró.

Los ojos de Terry Taverner brillaron como tizones de carbón que alguien hubiera agitado, y luego se apartaron.

El segundo suspiro de Carolyn no fue de desamparo, sino de esfuerzo.

—¿Señora Taverner? —Y agregó la interrogación por respeto, por humildad.

La madre de Martha todavía no se había vuelto hacia ella. Era muy extraño dirigirse a un rostro en un espejo, como hablarle a un televisor. Tal vez la mujer se sintiera así más distante. Hasta puede que sintiera que no estaba ni allí.

—Hace tiempo que quería hablar con usted.

No recibió nada a cambio.

—Por favor —se descubrió diciendo, aunque no estaba muy segura de qué estaba pidiendo—. Esto ha sido para mí, para nosotros, también… la etapa más dura de mi vida. Quiero… —La voz que salía de su interior sonaba demasiado cuidadosa, ése era el problema.

Terry Taverner la miraba socarrona, recorriéndola de arriba abajo. Su uniforme blanco. Su pelo rubio. Tenía los rizos menudos y perfectos de una permanente no demasiado lejana en el tiempo. De alguna manera, las ondas de sus cabellos se relajaban con exuberancia, y aquello parecía hablar de dinero, de educación selecta, de ambición y de éxito. «Ir con ventaja», lo llamaría la gente que no lo tenía. Y era el pelo lo que podía indicar todo aquello, aunque aquél no fuera el momento más indicado para ponerse a filosofar sobre los motivos. No había lugar para la historia en aquella atmósfera mortecina, fluorescente, teñida de desodorante.

—Es probable que… es probable que… perdamos… a nuestro hijo —dijo en voz baja, y las lágrimas ardientes se le subieron a los ojos. ¿Se atrevería realmente a decirle a aquella mujer que aquella tragedia era algo que las dos compartían?—. Me paso horas y horas sin dormir, pensando en Martha. Sólo quería que lo supiera. Sé que eso no cambiará las cosas, pero si usted pudiera…

—¿Qué? —La señora Taverner pronunció sus primeras palabras con dureza—. ¿Si yo pudiera qué?

Carolyn se encogió de hombros.

—No lo sé. —Tendió la mano hacia el marco de la puerta de uno de los lavabos y se aferró a ella, agradecida—. Si pudiera pensar que… que nosotros también somos… —¿qué?— seres humanos, padres, una familia… que está desvalida…

Durante un minuto se le ocurrió que tal vez Terry Taverner asentiría, que tal vez hasta la abrazaría, como había pasado cada vez que imaginaba esa escena. Había rogado por obtener la absolución en la sala de estar de los Taverner; lo había visto cientos de veces en su cabeza, las lágrimas compartidas, el sufrimiento, la dulce reminiscencia (y luego no se había

atrevido a ir a pedirlos). Pero la mujer permaneció ese minuto en suspenso y luego dijo con desprecio:

—No veo por qué van a estar desvalidos. Son ustedes quienes han hecho que el chico salga así. Sólo ustedes. ¡Está loco y va tan tranquilo por la calle, como si estuviera cuerdo! —Ahora sí, la señora Taverner se había vuelto hacia ella, y retrocedió hasta la pared donde colgaban las toallas de papel como si Carolyn estuviera por atacarla—. La gente no deja de explicarnos las cosas que su maravilloso niño viene haciendo desde hace tiempo. Mi marido piensa que tendríamos que demandarlos por no haber tenido a ese monstruo sujeto con correa.

Las palabras le sentaron a Carolyn como zarpazos. Le ardía la cara. ¿Qué había querido decir? ¿Qué decía la gente acerca de Jacob?

Dejó que Terry Taverner volviera a decirle que ella se creía la reina de Saba. Magnífico, era la reina de Saba. La escuchó con una sonrisita que seguramente parecía arrogante, pero que no era más que una máscara que la protegía de la desintegración.

—Estaba viva esa mañana cuando me despedí de ella. Usted es médico. Piense en eso. Piense dónde está mi hija ahora. —Se llevó la mano al estómago, como si le doliera allí—. ¿Sabe? Sus amigos fueron al cementerio y le llevaron todas las cosas que ella quería. Su caja de música está allí, y sus fotos, le pusieron sus fotografías con ella, en el ataúd. Ni siquiera nos lo preguntaron, cogieron su estuche de maquillaje, sus pulseras, ese perrito que tenía para colgar los pendientes, con las orejas grandes y con agujeros. Y lo pusieron todo allí. Parecía su tocador, sólo que ahora hay nieve. Pero eso no me va a devolver a mi pequeña, y nada de lo que diga va a hacerme sentir ni una gota de compasión por usted. —Sacudió la cabeza y las lágrimas acudieron a su rostro como gotas de lluvia.

¡Ah, su pequeña! Vaya con las cosas que hacía su pequeña, pensaba Carolyn. No se merecía estar donde estaba, ¿cómo iba a merecerse estar bajo la nieve? Pero su pequeña tenía una vida que ella tampoco conocía. Y ella lo sabía. Todo el pueblo lo sabía.

—No le estoy pidiendo compasión. Sólo quiero que comprenda…

—Es mejor que cuide bien a su chico, porque va a acabar en el mismo sitio que mi hija. No dejarán que se quede sin castigo después de lo que le

ha hecho a mi hija, aunque tengamos que ir hasta el Tribunal Supremo, no se saldrá con la suya, y pienso aplaudir cuando tiren de la palanca. Me ha pedido antes una cosa. ¿Vio usted la cruz? Pues eso es lo que la gente piensa de ustedes y de su hijo. Tiene mucha suerte de que mi marido no haya cogido la escopeta.

Todo eso le sonaba tan conocido a Carolyn que no sabía si lo había oído antes en el fondo de su mente o era sólo un cliché, el diálogo de una película. ¿Qué podía resultar de esa experiencia que no se hubiera dicho ya? Las palabras flotaban a su alrededor como una neblina, eran como el eco de unas líneas mal escritas de un viejo melodrama. No era momento de ponerse a hacer observaciones literarias. Uno no tendría que necesitar un buen escritor para hablar del dolor, para resultar convincente o fácil de compadecer. Eres dura, pensó, eres inhumana. Pero no. Algo le llegaría. Aquello no, pero alguna cosa le llegaría. Era un caso difícil, pero no era dura. La gente dura no sentía nada, y ella sí sentía, cosas especiales, impredecibles. Por favor, algo.

Buscaba una palabra que pudiera pronunciar y que expresara lo que quería decir, y entonces se abrió la puerta. Era sorprendente que no hubiera sucedido antes. Dos ancianas entraron lentamente con los abrigos en la mano. Tenían el pelo de un idéntico tono azulado, y las tristes mandíbulas segmentadas de los muñecos de los ventrílocuos. Terry Taverner aprovechó la interrupción para desaparecer sin siquiera despedirse. Carolyn, temblando, se inclinó para mojarse la cara. Dejó correr el agua hasta que tuvo frío. Salió entonces del lavabo, cogió su abrigo y se fue a casa.

Halloween. Jacob debía de tener unos nueve años, quizá diez. Los ritos anuales se confundían en su memoria. No sabía muy bien por qué fue esa noche de Halloween en particular la que le vino a la mente cuando se sentó ante el volante y puso en marcha el coche. Una brizna de humo en el aire. Alguien que pasaba envuelto en una capa, sí. Con el rabillo del ojo captó el paso precipitado de alguien que iba camino de la biblioteca al otro lado de la calle. Aquel fue el año que Jacob ganó el concurso de El Más Imaginativo, por su disfraz de Sherlock Holmes. (Cualquier idea que

pudiera evitarle la necesidad de coserle un traje de zorro o un caballo con las orejas móviles y las alforjas ya se merecía un premio para ella. Más adelante, Dios la bendiga, Annie Dineen se encargó de hacerle los trajes a Judith. Sus creaciones eran fabulosas, complicadas, imaginativas, atrevidas. «Está bien, cariño —le decía alegremente mientras sacaba los alfileres del dobladillo del traje de bailarina de can-can, o cuando amontonaba la fruta en la cabeza de Carmen Miranda—. Yo no tengo ningún título de medicina. Si me das un cadáver para que lo cosa, me largo.»)

Así que ese año Jacob se puso una voluminosa capa a cuadros que Ben utilizaba cuando estudiaba arte para hacerse el gracioso. (No la había tirado porque lo guardaba todo para usarlo en sus esculturas; ella contaba a veces que su marido guardaba las salchichas de su madre en una caja fuerte.) Encontró también una pipa de caoba con una curva peligrosísima y una cazoleta enorme donde podrían haber quemado una rama entera. En alguna parte descubrió una gorra oscura con orejeras y así, lo único que le quedó por buscar fue la lupa. Eso lo consiguió gracias al *Oxford English Dictionary*, que siempre regalaba una buena lupa para ayudar a penetrar sus intrincadas páginas.

Los chicos formaron un gran círculo, mientras que los padres se quedaron en pie, a un lado, sin molestar. Una hilera de animalitos en miniatura y conceptos tangibles: la Estatua de la Libertad, el Reciclaje. Algunos muy serios, otros bailando y haciendo el payaso. Las madres, que habían trabajado como esclavas para hacer los gatos en dos colores y los tutús, se pusieron furiosas cuando Jacob ganó. Sugirieron que se entregaran dos premios, uno para los trajes confeccionados a mano y otro para los que se habían limitado a reunir piezas sueltas. Jacob estaba exultante por su victoria. No dejaba de decir: «Cerebro —mientras caminaba con lo que él imaginaba que eran los andares encorvados del detective tras la pista—. No hagas nada, basta con que seas inteligente».

Carolyn hubiera deseado que los pobres chicos no tuvieran que competir. Una novia destrozada sollozaba en un rincón. «Yo pensaba que era la más guapa cuando entré antes.» Y parecía que su madre se iba a poner a llorar con ella. Aquella niña con un velo que todo el mundo pisaba era esbelta y rubia, y sus pies diminutos calzaban zapatillas blancas de

ballet. Podría haber sido Martha. De todos modos, era la hermosa hija de alguien y ya estaba aprendiendo las primeras reglas de la competencia entre la belleza y la inteligencia —alguien debiera haberle dicho que con el tiempo conseguiría lo que merecía—, la diferencia entre ser elegido y que te ignoraran, el hecho de que a veces no tendría que juzgarse a la gente, sino simplemente dejar que se lo pasaran bien. Después del desfile, los chicos estuvieron comiendo rosquillas y jugando al juego de las manzanas. Eso tendría que haber sido suficiente.

Ellos, Jacob y ellos, siempre habían sido ganadores. Ella siempre era la última en quedar eliminada en el concurso de deletreo; Jacob siempre destacaba en los exámenes de matemáticas; las pinturas de Ben siempre acababan colgadas en el vestíbulo de la escuela; los saltos de Judith siempre la dejaban la primera en las competiciones atléticas. Trabajaban duro, pero siempre habían tenido una cierta tendencia al éxito. Y ¿no estaban siempre allí las madres de los chicos que nunca ganaban murmurando «Es una injusticia, siempre ganan los mismos»? Nada era tan fácil, pero ellos sabían luchar por lo que querían. Era un hábito de minorías ése, el lanzarse y conseguir lo que quieres. Incluso su tenacidad no era sino otro de los factores que contribuían a su éxito, del mismo modo que las inversiones de otras personas incrementan sus riquezas. Y de algún modo aquello parecía un privilegio, una ventaja. *Terry Taverner mirándola fijamente con sus ojos pequeños en el espejo del lavabo. Su hija, la hija de alguien, con su pequeño traje de novia, nunca lo bastante hermosa*. ¿Acaso el mérito era otro privilegio cuando uno no lo tenía?

Judith estaba sentada al piano cuando Carolyn entró, con la espalda excesivamente rígida. Lo único que hacía era rozar las teclas, creando disonancias, seria y desafiante. Acordes hechos de combinaciones imposibles, pianísimos. Las notas chocaban unas con otras y rechinaban. Una declaración, una serie de declaraciones.

Trató de imaginar la casa como la vería Terry Taverner. Era la informalidad y no lo ostentoso de los muebles lo que la habría deslumbrado y fastidiado, la disposición de los cuadros, tantos cuadros, grandes manchas

de color por todas partes y no muchas cosas reconocibles. Ni gente ni paisajes, esas cosas que suelen aparecer en los cuadros. En cuanto a las chucherías… ¿podía llamarlas en realidad chucherías? La informalidad artística, la negativa a invertir en buenos muebles, con la excepción de unas pocas antigüedades de un período no especialmente elegante (el arcón de las mantas, la pesada rinconera puritana de un azul gastado y opaco, los desvaídos detalles orientales). Los libros. Martha le había dicho a Jacob que sólo los judíos tenían tantos libros. Y nada que fuera dorado, una prueba más de la extravagancia de la raza. Fanfarrones, ateos.

Judith barrió el teclado con el canto de la mano y el piano emitió un sonido desagradable. Volvió a hacerlo.

Carolyn quería acercarse a ella y decirle: «No te fallaré», pero no estaba muy segura de lo que tenía que hacer para no fallarle.

Llamó Maggie Dormer, en representación de algunos de los integrantes del coro donde Carolyn cantaba. («Esto no es nada oficial —le dijo con firmeza —, eso quiero que lo entiendas.») El coro de Curry Mountain era un grupo mixto cuyos componentes iban desde dos universitarias hasta Dot Weyerhauser, que a sus ochenta años todavía poseía una voz de contralto firme y celestial. Les apasionaban Bach y Brahms, y trabajaban mucho en las escalas. El año anterior, antes de la cantata de Navidad, hasta habían invitado a un estudiante de intercambio para que las ayudara con la dicción del alemán. Aunque, en general, no hacía falta pedigrí para pertenecer al grupo. Carolyn era contralto, a veces tenor si hacía falta. En aquellos días, las añoraba mucho.

—Hemos pensado hacer una especie de reunión —le dijo Maggie con la misma energía con la que hablaba cuando las animaba a practicar la parte que le correspondía a cada una en casa—. No sé si querrás venir o no. Estamos un poco alarmados por algunas de las… mmm… Bueno, algunos de los rumores que corren son muy… Henry los llama incendiarios. —Henry, su esposo, era un hombre cordial, a pesar de lo apabullante que resultaba su voz de bajo en las conversaciones normales—. Y ahora que han hecho esa horrible… —No podía decirlo—. Verdaderamente incendiarias.

El grupo que tenía pensado parecía incluir a los amantes de la música de la ciudad, que en verano se volcaban con entusiasmo a la música de cámara. Si uno miraba desde arriba, desde el balcón de la iglesia protestante, a la multitud que asistía al concierto, lo que veía eran muchos cabellos blancos, finas etiquetas, todo un inventario de Birkenstocks; un sólido contingente que venía, evidentemente, de las iglesias episcopales y unitarias.

—Maggie —había dicho Carolyn—. ¿Una reunión para qué? ¿Cómo podéis…?

—Queremos asegurarnos de que aún queda un poco de sentido común ahí fuera. Henry dice, y me temo que tiene razón, que están despertando demasiados demonios.

—Pero eso no vas a poder cambiarlo. —Parecía extraño estar discutiendo en favor del salvajismo.

—Mira, Carolyn. Jacob todavía no ha tenido su audiencia ante el tribunal. Por lo menos podemos recordarle a la gente que vosotros también merecéis cierta consideración.

Carolyn le dio las gracias a Maggie, pero dijo que no creía que fueran a ir, aunque estaba conmovida. Si iban, sería como una campaña.

Ben recogió el *Bugler* del escalón de la puerta principal, donde la repartidora de los diarios lo había arrojado con su destreza habitual. Cuando llegó a las cartas de los lectores, lo extendió sobre la mesa. Había dos cartas sobre ellos. Una era la petición que habían encontrado clavada en su puerta, El Edicto, la llamaba Ben, donde los cuatrocientas noventa y tres miembros de la comunidad que firmaban (las firmas no aparecían en la página, claro) pedían que se le retirara la fianza a Jacob. La otra deploraba que se estuvieran copiando de un modo tan lamentable las prácticas terroristas de los extremistas más conocidos —no se nombraba ningún hecho en concreto —, cosa que, decía, era una mancha para el nombre de Hyland. «Vivimos en una democracia, y el precio que hemos de pagar es que la justicia sea lenta en algunas ocasiones. Aun entonces puede estar llena de sorpresas. No podemos convertirnos en nuestra propia policía y decidir cuál queremos que sea el veredicto y hacer que se cumpla. ¡Qué vergüenza!» Carolyn creyó

adivinar ahí la voz militante de Tony Berger, y tuvo que reconocer que, aparte de Celene, Wendell y Steph, los otros cuatro que firmaban eran maestros del distrito. En realidad no era gente que ella conociera, pero sus nombres le resultaban familiares. La mayoría de los lectores del diario estarían del lado de los cuatrocientos noventa y tres ciudadanos «comunes», naturalmente, y no de los maestros, de quienes tal vez se sospechaba que conducían Volvos y tenían ideas progresistas. No era justo. No se trataba simplemente de una cuestión de clases. Pensaba en Mock Frazier, allí en la posada. Pensaba en una docena de otros, gente con educación, que habían proclamado su escepticismo y su decencia. De todos modos, que Dios bendiga a Tony, pensó. No era sólo un amigo para los buenos tiempos.

También había un editorial: «La gente tiene derecho a conmocionarse después de un suceso tan horrible como un asesinato —increpaba el editor —, pero es también entonces cuando un estado y un pueblo pueden demostrar que son capaces de olvidarse de los sentimientos y dejar que la justicia tome el rumbo que haya de tomar. Las amenazas y las tácticas de intimidación no favorecen la restauración de la paz y el orden en nuestro pueblo en el momento en que éstas son las cosas que más necesitamos». Todo tan impersonal; cada vez que se invocaba a la democracia le daban ganas de matar a alguien. La democracia, el remedio amargo. La democracia, la que posterga la sangrienta y perversa venganza, el largo y agotador proceso. El nombre del acusado era un agujero en el lenguaje, un abismo de silencio. Bueno, en realidad era mejor que no tuviese rostro y fuera simbólico, y no que fuese Jacob Reiser con una dirección y un número de teléfono; de otro modo, aparecen los que queman cruces y los señalan con el dedo. Seguramente Terry Taverner estaba de acuerdo con ella, ésa era la parte graciosa… también ella debía de sentirse maltratada por una abstracción semejante que ignoraba el nombre de su hija, de su Martha, su pequeña, sangre de su sangre, que ya no estaba. La democracia los ponía a todos al mismo nivel. Menudo consuelo.

Carolyn se inclinó sobre las hojas extendidas y descansó la cabeza en las palmas de las manos.

Un último intento.

—No le dejarás decir la verdad y que Panos pida…

—¿Qué puede pedir? ¿Una sentencia corta? ¿Homicidio no premeditado? ¿Clemencia? ¿Crees que esto es como un corte de pelo: «Por favor, corte un poco por aquí y no toque el resto»?

Ella lo ignoró.

—Quizá… hasta la libertad condicional. Tal vez lo dejen salir en libertad con supervisión psiquiátrica. Si lo contase como nos lo contó a nosotros, ¿quién podría dudar de él? A veces, si uno cuenta su historia con la suficiente convicción…

—Exacto. Eso o veinte años. Tiene una sola vida, Carolyn. *Una sola vida*. —Sus palabras sonaron amenazadoras.

—Ella también tenía sólo una vida, Ben. —Parecía imposible que pudiera sonar tan mezquina tanto frente a Terry Taverner como frente a su marido—. ¿Por qué no te acoges a la Quinta Enmienda? Es limpio, es legal, es neutral. No tendrás que mentir.

—La Quinta Enmienda es para ti. ¿Y qué va a pasar cuando pregunten por Jacob? Ahí está el problema.

—Tú sólo sabes lo que sabes, ésta es la cuestión. Si te callas, ni mientes ni dices la verdad. Te sientas y esperas. Como en el zen. Quietud, calma. La perfección.

—Vas a ser maestro de zen en la cárcel del condado de Grieves.

Él sonrió, y su rostro irradió una paz tensa.

—Un maestro de zen judío. Bueno, estoy seguro de que no seré el primero.

Alrededor de las diez, cuando bajó envuelta en la bata, Ben estaba en la cocina preparando unas pizzas; Jacob tenía su cuaderno de deberes abierto, los codos en el papel, los ojos cerrados: dormitaba. («Podrías estar en el cadalso —había dicho, sin reírse—, esperando la última comida, y todavía te pedirían que hicieras ecuaciones y encontraras Bosnia-Herzegovina en el maldito mapa.»)

—¿Dónde está Judith?

Ben, sumido en las profundidades de la máquina de rallar queso, levantó la cabeza con aire inocente.

—Se diría que a Judith no le gusta demasiado nuestra compañía estos días. Creo que nos está boicoteando. —Lo dijo con tono neutro, lo que equivalía, pensó ella, a la vanidad.

Carolyn se estremeció.

Jacob, pon un poco más de leña, ¿quieres? Acabo de salir de la ducha. —Se sentó, enojada—. ¿No se os ha ocurrido pensar que quizá tiene razones para actuar de ese modo?

Jacob había metido las tenazas de hierro en el fuego para remover un leño hundido en el rincón de la chimenea. Cuando se agachó, Carolyn sólo le veía los hombros y la cara. Vio cómo se le desorbitaban los ojos antes de oír el alarido. El chico saltó hacia atrás como si lo hubieran atacado y agitó el brazo en el aire con violencia, haciéndolo ondear como una bandera.

—¡Jake! ¡Aquí, Jake!

Ben corrió hacia su hijo, lo arrastró al fregadero y le puso el brazo bajo el chorro de agua fría. Jacob gritaba «¡Ah, ah, ah!», como si estuviera en éxtasis.

Ella estaba de pie junto a ellos y rasgaba los restos de la manga ennegrecida, pero no podía decir si la tenía pegada a la piel o sólo empapada.

—Quiebra una rama de áloe —le ordenó a Ben, que corrió hacia el antepecho de la ventana y partió el extremo grueso y rezumante de la planta carnosa, llena de espinas y nada encantadora en su maceta.

Carolyn había conseguido apartar la manga con mucho cuidado, centímetro a centímetro, para asegurarse de que no estaba pegada a la piel. Extendió una buena capa de la grasa incolora sobre la piel ampollada, tratando de no hacer presión con los dedos, y pensó en la cruz ardiente. La amenaza, la advertencia. El fuego lo reclamaba.

—Nos vamos al hospital —dijo en un tono que ellos no podían discutir —. Esperad un momento, voy a ponerme algo de ropa. Esto necesita atención urgente. —Cuando volvió a bajar, Jacob tenía la chaqueta puesta: no había metido el brazo derecho en la manga y tenía la cara pálida y húmeda como una patata recién cortada—. Ah, querido. —Le pasó la mano por la frente—. Dentro de un rato te sentirás mucho mejor, ya verás. —Lo

rodeó con los brazos, evitando con cuidado el lado quemado, y después abrió la puerta principal: el frío la tonificó.

El edificio de consultas estaba a oscuras, excepto por las luces rojas que brillaban como ascuas en las salidas de emergencia. Cuando abrió la puerta de su consultorio, cerrada con llave, y encendió la luz, sintió como si nunca lo hubiera abandonado. Los almohadones estampados con flores amarillas y verdes de la sala de espera parecían un poco más gastados, y Karen —qué amiga tan atenta— había sacado las plantas del portamacetas de mimbre y se las había llevado para cuidarlas en su casa. Aparte de eso, todo era «antes», y ella sintió que la emoción la recorría como si fuera adrenalina.

—Bueno, ven aquí, déjame limpiar eso como corresponde y después pondremos algún gel refrescante. Hay que vigilar que no se infecte. —Se inclinó sobre él con una atención obstinada, y sus dedos se movieron, agradecidos, haciendo lo que sabían hacer tan bien, el delicado equilibrio de manos y mente con el que tenía la suerte de vivir—. Espera un momento. —Se agachó en el rincón donde guardaba el radiocasete, que tenía puesta una cinta con música infantil para distraer a los llorones. Jugueteó con el dial hasta que sintonizó una emisora de FM en la que oyó una música conocida.

—Hammer, genial —dijo Jacob—. Déjala ahí, por favor.

Ella trabajaba en la cara interna del brazo, con parsimonia y cuidado. Tantos cuerpecitos inocentes habían pasado por sus manos allí, apéndices palpados, huesos acomodados, pechos llenos de flema que había que auscultar. Tenía a Jacob delante, pero los recuerdos desbordaban su mente: niños con la energía de un perro ovejero y los hombros llenos de protuberancias, niñas con rizos suaves como el algodón; niños dóciles que la miraban como cockers, y peleones, los que se retorcían, los histéricos, los chicos que proferían palabras que sus madres ignoraban que sabían.

—Los pediatras tienen que tener una vena sentimental —le había dicho una vez su profesor favorito, Timonelli—. Yo soy un desvergonzado —decía, aunque era un hijo de puta bastante duro con ellos—. No estoy seguro de haber superado nunca mi chupete y mi mantita preferida, en el fondo sigo siendo un niño, uno de ellos, que cuida a su propia especie.

Les encantaba oírle decir eso; era un hombre corpulento, con una gran cara picada de viruela, una nariz inquisitiva y el cabello oscuro furiosamente enmarañado, casi tan lejos de la ternura del bebé que llevaba dentro como cualquier otro hombre. Pero sabía susurrar.

—Es por eso que hay que ser fuertes. No hay lugar para el error cuando se trata con criaturas. Castíguense ustedes mismos para que ellos no tengan que ser castigados.

Las vendas estaban tan limpias como el papel blanco, aunque no iban a durar mucho así.

—¿Duele? —le preguntó, y cuando él negó con la cabeza—: Todavía está medio entumecido. —Se fijó una vez más en la expresión honesta de su hijo, la forma en que la distancia entre los ojos, la forma de la barbilla, todo estaba misteriosamente conformado de tal forma que era imposible no confiar en él. (¿No estaba Mickey Mouse diseñado para parecer un crío —lo había leído en alguna parte—, para que nos ablandáramos al verlo, con su cabeza enorme y sus orejas bajas? Ella parecía especialmente sensible a ese tipo de cosas.) Todos los niños que habían estado sobre esa camilla donde los examinaba, arrugándole el papel, pateándola con sus pies, buscando a sus madres por encima de su hombro de doctora, vivos y llenos de necesidades (tantas como las de las madres), la estaban observando. ¡Dios, cómo lo añoraba! La estancia se la antojaba llena de caras que revoloteaban. Una fotografía donde los niños esconden la cara tras de los árboles. Jacob era un chico, uno solo. Martha era una chica sola también, con las costillas marcadas y los diminutos pechos núbiles, y las cejas muy rubias y los ojos de un azul límpido. (¿Hasta dónde es conveniente que llegue nuestro sentimentalismo, Tomonelli?, suplicó, ¿dónde está el límite?) Judith otra, sólo una niña más, ni mejor ni peor que cualquiera, ni más ni menos valiosa. ¿Qué significaban esas palabras antes de que llegara el privilegio? Judith, la de las piernas largas, rubia, pero no tanto como Martha. Y cómo chillaba cada vez que su madre le ponía una inyección… Al final había optado por pasársela a alguna de las enfermeras que estuvieran trabajando: que la odie a ella.

¿Habría gritado Martha en el momento del… impacto? Era eso, ¿no? La aniquilación. Vio la oreja frágil de Judith, por el lugar donde se rozaba con

su cabello corto y oscuro, suave, esa oreja a la que ella susurraba durante horas cuando Judith era pequeña y le encantaban los secretos, aunque fueran de mentira. (Aunque, ¿qué habría ocurrido si no hubiera tenido a Judith? Si sufría por Martha, ¿sería sólo porque ella tenía una hija parecida, rubia y mimosa?) Judith se ponía de puntillas para dejar caer risitas tontas al oído de su madre, porque en realidad no tenía otro secreto que no fuera el deseo de seguir con el juego. Y la suave sien, junto a la oreja, frágil como una cáscara de huevo, débilmente surcada por un hilillo azul. Crecer sólo es cuestión de madurar, de que la cáscara de huevo se vaya endureciendo y transformándose en cuero. Y luego se vuelva a ablandar y se disuelva. ¿Para qué todo eso?, se preguntó ahora —lo sintió, no lo pensó con palabras —, ¿para qué salvarlos, Timonelli? ¿Para qué protegerlos del sufrimiento? ¿Cómo podía ella proteger a alguien que ya había desaparecido? ¿Qué podía dar?

Bueno, tal vez fuera indecente que necesitara una hija para lamentar la pérdida, pero así era, la necesitaba. Tenía una hija. Tenía un hijo. Lo único que podía hacer era ceder la seguridad del segundo.

Podía apartarse del camino y dejarlo allí a la intemperie, librado a la misericordia de otros. No estaría solo. Su padre estaría con él. Judith estaría con ella. Habría una línea entre ellos, indeleble.

Sintió de repente como si algo cayera en su interior, como si las piezas del dominó se estuvieran derrumbando, una tras otra, de un modo lento e inexorable. El colapso continuó durante un largo minuto y luego cesó, como si ya se hubiera llegado a la última ficha y ésta hubiera cedido y todo ese derrumbe fluido hubiera terminado al fin.

Sería su fin. ¿No era Martha, bajo la nieve, el fin de los Taverner? Jacob le sonreía, aliviado al fin, y señalaba su brazo.

—¿Puedo saltarme los deberes?

Ella lo tomó entre sus brazos, devolviéndole la sonrisa. Ahora que el movimiento había cesado en su pecho, se quedó fría, tranquila por dentro. Acabada. Te estoy abandonando, pensó, adiós, mi hijo querido, te estoy abandonando a ti mismo. Había llegado la hora de hacer frente a las cosas —ni siquiera era capaz de pensar en la palabras, porque la magnitud de todo aquello la hacía sentirse demasiado pequeña—, ya no sería nunca más su

hijito, ni el de su padre. Le había dicho a Terry Taverner que iban a perder a su hijo, y sabía que no la había creído.

Era como si su hijo la hubiera arrojado al suelo y le hubiera puesto el pie sobre el pecho, y ella hubiera decidido dejar de luchar y tratar de quedarse quieta. Cerraría los ojos y dejaría que la nieve le cayera sobre el rostro, y cuando se derritiera, serían lágrimas.

Ben no había acudido con ella. Salió de la sala del gran jurado y fue directamente hacia Panos, que estaba sentado en el banco junto a Mag, esperando y haciendo sonar sus nudillos. Había algunas otras personas al otro lado del pasillo: una mujer muy gorda, vestida de color turquesa, y su abogado, de aspecto enérgico, enfrascados en una conversación. Carolyn les hizo un gesto a Panos y a Mag y ellos le hicieron un lado en el banco.

—¿Cómo le ha ido, actorzuela? —Carolyn podía imaginar a Panos bromeando con sus hijos en una casa atestada de muebles, de gente, de olor a cocina. No le gustaba parecer distinguido.

Se cubrió la boca con la palma de la mano por un minuto, como si eso pudiera salvarla de tener que hablar. Era un hábito del que Ben siempre se reía, como pensara que podía retener las palabras dentro por la fuerza.

—Creo que les he dicho la verdad.

Panos rió.

—Gracias a Dios que hay alguien cuerdo en esa casa. ¿Así que no ha podido convencerla para que lo siga al fin del mundo? ¿Qué puedo decir? Me parece muy bien.

—No me ha entendido. Lo que quiero decir es que Ben y Jacob no están diciendo la verdad, Panos. No puedo creer que no se haya dado cuenta.

El silencio se hizo muy denso. Él la miraba.

—Hay una historia diferente… No sé qué va a hacer ahora, Panos.

—¿Que qué voy a hacer yo con esto? Mmmm… —Panos entrecerró los ojos al mirarla—. Siga, por favor —le dijo con severidad—. No me gusta el suspenso. —Parecía enfadado con ella, como si hubiera hecho aquello sólo para ponerse difícil. Intercambiaba miradas de impaciencia con Mag.

Carolyn se sentía muy débil. Le estaba costando mucho mantener la parte superior de su cuerpo erguida.

—¿Podemos hablar de esto en alguna otra parte? Es muy duro, es como… no es lo más… apropiado para tener una charla en un pasillo. Y además, aquí vienen los muchachos.

Los fotógrafos de los diarios los acosaban. Carolyn siempre tenía la sensación de que se mantenían escondidos en algún sitio, fuera de la vista, con los cronómetros en la mano, y que, en el momento oportuno, descendían como un ejército invasor. Detestaban no tener acceso a la sala del gran jurado, pero por lo menos podían captar con sus cámaras la retirada de los testigos principales, cuanto más angustiados, mejor. Carolyn se contuvo. Las luces relampaguearon a su espalda. Encontraron una sala de entrevistas vacía, más sillas de plástico, más fluorescencia. La ley parecía desenvolverse en un entorno cortante. Era peor que un hospital.

Le contó la versión de Jacob, con intervalos de silencio en los que trataba de ahogar las lágrimas. (Habían llorado tanto y tanto todos ellos, pensaba, y eso no cambiaba para nada las cosas. Pero era tan difícil contenerse.) Le contó cómo Ben había hecho aquellos pocos cambios significativos, no muchos, pero los suficientes.

—¿De verdad se creyó la historia? ¿No le pareció terriblemente rara? —le preguntó.

Pero la única respuesta que consiguió de Panos fue una especie de gruñido.

—Siga —le dijo—. ¿Y el arma? Ese gato del coche que dice que usó. ¿Sabe adónde ha ido a parar?

—Mejor que no lo sepa.

—Tal vez *necesitaré* saberlo.

—Le prometo que no lo sabrá nadie. Yo no voy a decirlo.

—¿Ha llegado a verlo usted?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Bien. Entonces sólo lo ha oído. Ya puede dar gracias al cielo. —Panos había empezado a sudar. Su frente se parecía a la de Ben cuando había corrido cinco kilómetros. Pensó que era toda una proeza haber logrado conmover tanto a Panos.

—No pueden obligarla a testificar contra su marido ante un tribunal. ¿La ayudaría saberlo?

Carolyn sonrió.

—¿Y eso es también válido para las discusiones con el abogado defensor?

—Como prefiera. Yo lo que no quiero de ninguna manera es que todo esto se vuelva contra mí, que me dé una imagen de desorden. Si a usted no le importa lo que pueda pasarle, lo que pueda pasarme a mí, me importa mucho.

—Me parece bien —coincidió. Luego, silencio.

—Señora… —De pronto, Panos parecía agotado—. ¿Se da cuenta de que todo lo que ha dicho ahí dentro es indeleble? ¿Sabe, a grandes rasgos, lo que eso significa?

Carolyn asintió. A grandes rasgos. No sabía nada de nada.

—¿No podía haberme consultado primero? Señor, los dos son iguales, cada uno por su cuenta. Sí, no sé para qué mierda me pagan en realidad. Mi consejo no es precisamente barato, pero ustedes no me preguntan, no discuten, se limitan a llamarme sólo para que les limpie lo que han ensuciado. —Parecía un poco asustado. Mag miraba fijamente al frente—. Después de esto, no sé si voy a poder seguir en este caso. Tenemos que pensar en tantas cosas… —El «tenemos» significaba Panos y Mag. Ella ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Qué quiere decir? —Vio que Mag tenía la cabeza entre las manos, en un gesto dramático, como si aquella desgracia fuera la suya. ¿Qué más les daba a esa gente de todos modos?

Panos respiró hondo, como ella le pedía a sus pacientes que hicieran cuando estaba tratando de detectar un espasmo pulmonar.

—Hay cuestiones de ética en todo esto. Cuando uno sabe que su cliente está mintiendo, cuando le pide que elimine lo que sabe. Eso que a ustedes dos les gusta tanto, ¿no? «¿Tiene que creer en la inocencia de su cliente?» —El tono de su voz era potente, perverso, burlón—. Todo ese blablabla. Pues mire lo que ha conseguido. Si yo supiera…

—Usted no sabe nada, Panos. Usted no estaba allí, y ninguno de nosotros tiene ninguna prueba. No es más que nuestra palabra. La palabra

de… un padre contra el otro. Usted dijo antes que era un caso jodido para la fiscalía, y lo sigue siendo. Sólo que ahora también es un caso jodido para la defensa. ¿No le parece?

Panos cerró los ojos, exasperado.

—Cuando salga ahí delante, estará sola, Carolyn. Estará sola si ellos se empeñan en mantener su historia. Si nosotros decimos inocente y sale usted con homicidio premeditado, pasión repentina o lo que sea, la dejarán allí delante, para que se pudra.

Mag había levantado la cabeza y empezó a garabatear como una loca en su cuaderno de notas. Su trazo obsesivo, tan afilado que rasgaba el papel, era como pasar una uña sobre una pizarra.

—A lo mejor es él quien se pudre. —Carolyn no era tan dura como podía parecer al oírla.

—Si yo cuento la historia de él ahí dentro, no voy a poder ayudarla a usted. No sé si se da cuenta, pero se ha pasado a la fiscalía.

Carolyn creía que sí se daba cuenta, aunque no se había parado a pensarlo de esa manera.

—Si me acusa usted de mentir, entonces pareceré vengativa. Una bruja que está tratando de meter a su hijo en la cárcel. ¿Le parece que la gente va a creer que hago eso sin un motivo justificado?

—Pueden creer que está loca, no se olvide de eso. Puede parecer que está loca, que lo que quiere es ir en contra de su marido como sea. Y eso sí sería un buen motivo, por ejemplo. Señora mía, si yo me lanzo y digo todo lo que puedo decir, la voy a convertir en una Medea. —Hizo ademán de cortarse la garganta con una mano.

Carolyn se había quedado sin respuestas. Que la llamaran loca, entonces, qué más le daba. Que dijeran que Jacob era inocente y estaba cuerdo. Ella habría dicho la verdad. *¿Medea?*

—Dios mío, es usted tan terca como él —dijo Panos, sin ninguna admiración.

—No, soy peor. —Consideró el asunto—. Ben se enfurece y clava las uñas y grita…, pero se enfría rápido, y no guarda ningún rencor. Se lo saca todo de dentro; la terquedad también. En cambio yo… —Pensaba en sí misma, en lo intransigente que era con su sentido de lo correcto cuando

tenía pruebas de las cosas—. Yo me caliento despacio, pero después… Nunca me había parado a pensarlo, pero me parece que no soy de las que perdonan. Y es muy difícil hacerme cambiar. —Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensarlo—. Soy… tengo el cerrojo echado sobre tantas cosas. Hechos. Se me puede tocar con los hechos. Se asientan dentro de mí como piedras. —Su hermana se lo decía siempre que tenía oportunidad. Su hermana fluía como el agua. En cambio ella, cristalizaba como la roca.

—Su marido habla como un griego. Mediterráneo. Muchos arrebatos y bufidos. Y el ambiente se purifica. Tormentas eléctricas. A mi padre lo llamábamos «El Tormentoso». Plantaba el pie con tanta fuerza que una vez rompió el escalón de la entrada. Mi hermano le hizo una foto y se la dio, y a él le pareció tan graciosa que la puso en un marco y la colgó en la pared. —La miraba con demasiada dureza—. ¿Le ha dicho a Ben lo que pensaba hacer?

—Todavía no.

—¿Se lo piensa decir?

Ella rió ante lo absurdo de la idea de ocultarlo.

—No veo cómo podría no hacerlo.

—Señor —dijo Panos—. Lo único que puedo decir es que espero que Ben no tenga el carácter de su hijo, de lo contrario, si yo fuera usted estaría muy preocupada.

Seguramente se suponía que aquello era humor negro.

—Pues preocúpese. Él no tiene el carácter de su hijo, su hijo tiene el de él.

Ben había hecho lo que había podido con su carácter, era cierto. Pero, fuera de admitir que uno tiene el problema y tratar de controlarlo, ¿qué más se le puede pedir a una persona? ¿Y acaso Ben no se había arrastrado por las consultas de los terapeutas como quien tiene una dolencia invisible; no lo había probado todo menos ponerse una mordaza en la boca? ¿Le libraba eso de la responsabilidad si por causa de lo que quedaba alguna vez las cosas iban mal? ¿O por lo que siempre se podía percibir por debajo de la superficie? Los hijos veían lo que sus padres intentaban esconder.

—Creo que Ben siempre ha esperado que los chicos fueran como él, ¿sabe? Que lo entendieran en cierto modo. Que no se sintieran amenazados

por su manera de estallar y después apagarse enseguida. Pero ellos lo único que vieron siempre era sólo el enfado. ¿Sabe? —siguió, con aire contemplativo—, tal vez yo he sido peor influencia que él para ellos. Un padre que castiga no es nada más que un… matamoscas, te da un golpe y después puede reírse y abrazarte fuerte. —¿Se estaba poniendo melodramática, o era verdad que la combinación de los dos era letal, la furia y la contrición apurada y cauterizadora de ella? Los dos hacían lo que podían, pero eran como el agua y el aceite, lo quisieran o no. Tal vez Jacob fuera la llama inevitable—. De todos modos —dijo, volviéndose con una ligera sonrisa abochornada—, el caso es que lo he hecho. Y ya está. Ya no puede cambiarse.

—¿Qué les dijo exactamente?

Ella miró a su alrededor, presa del pánico. El letrero que había sobre la puerta entreabierta decía «sala del jurado». Era ahí donde se sentarían o en una sala parecida, pequeña y sencilla, iluminada sólo por la concentración de esas personas.

—Mag, ¿le parece que podría traerme una soda de una de esas máquinas de ahí fuera? Lo que sea, con tal de que esté fresco. —Hurgó en su bolsillo buscando cambio. ¿Cuántas distracciones necesitaría una persona para no desmoronarse? ¿Preferiría pellizcarse hasta hacerse sangre antes que quebrarse allí como un niño?

Mag se levantó con lentitud, obediente. No aceptó las monedas.

—No se preocupe. Lo pondremos en la cuenta.

—No me ha contestado.

—Toda la confesión.

—La confesión. De acuerdo. ¿Cuánto les ha contado de la confesión?

—Todo, ya se lo he dicho.

—¿Lo del embarazo?

—También. Todo.

—Vaya. De modo que también les ha proporcionado un motivo estupendo. ¿Ha leído alguna vez el libro *Una tragedia americana*? ¿Ése del muchacho y la chica que van en un bote de remos?

—Pero éste no es el… él no es… no era…

—Celos, entonces. Igualmente bueno. Soberbio, casi. ¿Qué pensaba que estaba haciendo usted por su hijo al presentarles un motivo tan bueno en bandeja?

Mag le puso una Coca-Cola Light delante. Los lados fríos de la lata brillaban.

—Pero lo que pasó realmente…

—¡A la mierda con lo que pasó realmente! ¿Qué tengo que hacer para que lo entienda? La «verdad» en un tribunal no es más que una construcción hecha a base de efectos. Es *teatro*. No existe nada que se parezca a la verdad pura y simple, no cuando existe la posibilidad de darle forma, pervertirla o hasta inventarla. No estoy hablando de los hechos, entiéndame. Le estoy hablando de la presentación. Cualquiera de las dos partes puede tergiversar el modo en que aparecen las cosas, y eso es lo único que importa.

—Lo que usted me está describiendo son relaciones públicas. Una campaña publicitaria.

—Exacto, eso es lo que digo. —Panos tomó un trago de su bebida y puso mala cara—. Caray, tengo la boca pastosa. Como el suelo de la cocina. —Se secó los labios con el dorso de la mano—. Esto significa que tenemos un montón de elementos diferentes con los que jugar: la personalidad de Jacob, si testifica. La actitud de su marido, si podemos conseguir que condescienda a hablar de su querido hijo en público. La reputación de la chica, que no va a sobrevivir a este juicio, eso se lo garantizo, a pesar de todos los golpes de efecto que quieran endilgarnos los de la acusación. Una chica que se acuesta con un tipo y va a tener un hijo de otro, por muy inocente que parezca, no va a conseguir ninguna beatificación del tribunal, eso se lo aseguro, aunque no pueda asegurarle ninguna otra cosa. —La miró con dureza—. No se me desmorone, Carolyn. Lo hecho, hecho está, ahora tendrá que afrontar las consecuencias. Ja, ya me la imagino cuando vuelva a su casa, diciéndole a su marido lo cruel que soy. «Ah, Ben, es tan insensible, no tiene ni una gota de compasión en el cuerpo.» —Se puso de pie y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa—. ¡Hostia! No quiero que condenen a su hijo, Carolyn, pero si lo que pretendía era hacerme el trabajo imposible, le aseguro que lo ha hecho muy pero que muy bien. —Hizo

como que bailaba a lo Fred Astaire—. Aplausos del fiscal del distrito. Ese hombre debería mandarle un buen ramo de rosas.

Carolyn seguía sentada, completamente inmóvil, resistiendo el asalto. Ésa era la razón por la que no había acudido a él antes.

—He hecho esto por principios, Panos, por defender un ideal. Es por eso que no vine a pedirle permiso. No lo quería. Esto no es ninguna de sus estrategias tribunalicias.

Le había dicho a Judith que a su edad no había conceptos absolutos, que eran un lujo. Parecía que no quedara nadie a quien no le hubiera mentido.

Panos rió.

—Ah, claro, ya lo decía yo. Usted y su esposo, el de las empresas descabelladas. Usted y sus maravillosos principios de mierda. Pues déjeme que le diga que son ustedes más egoístas de lo que estarían dispuestos a reconocer. Los dos. Ya verá en qué poca cosa se van a quedar sus principios. Lo que usted quiere es que su hijo pague por lo que ha hecho, pues ya pagará, no lo dude, ya lo verá. Y entonces será demasiado tarde para retirar nada.

Mientras conducía de vuelta a casa, sola, el lago, el viejo cementerio y luego más allá, por las vastas extensiones de la carretera recta, sintió que se le nublaban los ojos. Era difícil ver nada, atrapada en semejante temporal de furia. Ahora también Panos estaba furioso, aunque su furia fuera racional y contenida. Y no podía culparlo, el hombre sólo trataba de cumplir con su deber. Pero nadie se compadecía de ella. ¿Sería heredado o adquirido lo que Ben y Jacob tenían en común? Parecía haber una predisposición genética para tantas cosas, estaban empezando a vislumbrarlo ahora. La hiperactividad, por ejemplo. La incapacidad de mantener la atención en una sola cosa. La timidez. ¿Y por qué no la rabia? La cólera, que siglos atrás se consideraba una cualidad física.

Carolyn tendía a imaginar a Jacob acobardado ante su padre, devolviéndole los gritos o aferrándose a su silencio, pero aterrado. Ben, que se alzaba amenazador sobre el chico, aunque eso era antes, ahora estaban los dos a la misma altura, se miraban cara a cara. Veía a la criatura cautiva

de Ben. Padre e hijo, podía imaginarlos, arrancando algo que parecía un fruto gigante que sostenían entre los dos, lleno de nervaduras, carnoso, rezumante. Lo compartían, comiendo cada uno de un lado, aunque no parecía menguar. Ahora se acordaba, los había visto así después de una de sus conflagraciones, cabeza contra cabeza, en alguna ceremonia de rabia por una infracción menor. ¿Qué era? Ah, sí. Jacob le había pedido prestada a su padre una camiseta para ir a entrenar, la favorita de Ben, la del Museo de Boston, con un Matisse en la parte delantera y otro cuadro, un Braque, tal vez, a la espalda. Y el chico se la había arruinado, la había manchado o se había desgarrado, o algo así. Nada. Después de una noche de mirarlos, de oírlos, los había visto en sueños, comiendo esa fruta. Le había durado todo el día, dejándole un regusto repugnante en la boca, rancio. ¡Qué imagen tan extraña! Dos chicos con las caras embadurnadas, y ella, la madre irritada que iba todo el tiempo detrás con un trapo para limpiarlos, que los perseguía como una bruja, una harpía que les estorbaba mientras ellos chillaban y chillaban.

OceanofPDF.com

BEN

—Espera —le dije—. No te muevas.

Y me fui a buscarlo. Tuve que sacarlo a rastras de la cama, donde estaba acostado en la oscuridad, con el brazo vendado fuera del cabestrillo, escuchando esa música incesante, los chillidos de todos esos chicos que están buscando problemas.

—Ven a oír lo que ha hecho tu madre —le dije—. Lo ha hecho y ahora no tiene arreglo, te lo aseguro. —Lo arrastré por el vestíbulo frío hasta nuestro cuarto, y él no dejaba de tironear para soltar su mano. Las ventanas estaban tan empañadas por el frío que parecía que afuera hubiera humo.

Ella había testificado esa mañana y después había desaparecido. Dios sabe adónde iría; nunca pude averiguarlo. Les hice la cena a los chicos y me pregunté si sería oportuno denunciar su desaparición. La catástrofe existe aunque parezca un chiste malo. La gente se sale del camino y cae al lago Derby. Se pone enferma sin previo aviso. Alguien la asesina.

Pero volvió alrededor de las diez y no nos miró siquiera, se fue directamente a la cama. La seguí escaleras arriba y esperé mientras ella se desvestía en el cuarto de baño (por primera vez desde que la conozco). Y después tuve que oírlo.

Yo me lo estaba temiendo. No confiaba en ella, cada vez que se sentaba a la mesa con uno de sus malos humores me parecía que se estaba preparando para esto. Nunca quiso salvarlo. La primera vez que vi cómo abría y cerraba las manos, las abría y las cerraba mientras le iban entrando las palabras, supe que nunca lo perdonaría.

—Díselo —dije. Yo estaba de pie en el vano de la puerta y empujé a Jacob dentro del dormitorio, así que ahora estaba de pie en el medio, como

un animal. Los tenía a ambos aterrorizados, temblorosos, pero ella era la responsable de que se encontraran en esa situación. Uno siempre tiene opción: no importa las cartas que nos dé la vida, uno siempre puede cambiarlas, maldición, o al menos intentarlo.

—Porque ella también era una persona —dijo, como si el resto fuera obvio—. Eso es todo. Te quiero y deseo protegerte, pero sus padres la querían a ella y también deseaban protegerla. —Lloraba mientras lo decía, un llanto quedo y regular que daba un cierto ritmo a sus palabras, y cuanto más lloraba más ganas tenía de sacudirla, de obligarla a enfrentarse con lo que nos estaba haciendo—. ¿Es que crees que tu vida es la única arruinada, Ben? A veces actúas como si los padres de Martha fueran solamente… un incordio, una inconveniencia. Y Martha… —Abrió los brazos de golpe en un gesto de impaciencia. No era justo que se simplificaran las cosas de esa forma.

Jacob seguía de pie, escuchando con atención. Nada más. Ni siquiera fruncía el ceño, tenía una expresión tranquila. ¿Qué se puede pensar cuando la madre que nos dio la vida nos pone las manos alrededor del cuello y aprieta? Se abandona a los hijos en tantos altos del camino, desde que nacen. Pero un bebé es sólo el proyecto de una persona. Cuando se lo rechaza, no es un verdadero rechazo, son sólo las circunstancias, la vida de la madre, que no puede conservarlo. Hay un millón de razones, pero no tienen relación con el pequeño, no son él. A Carolyn la abandonaron así, pero no creo que se haya sentido nunca *descartada*. En cambio, ¿en qué piensa Jacob ahí de pie, una persona completa cuyos diecisiete años de existencia no son suficientes para hacerlo valioso? Ella lo conoce mejor que nadie, pero no quiere salvarlo.

—A cada paso que dabas —decía ella con los ojos cerrados—, me hacías sentir más convencida de que tenía que hacer esto, Benny. Sería mejor que no siguieras adelante. Cuando me dices que piense que Jacob ha sido mi bebé, mi pequeño, lo único que consigues es convencerme más. ¿Es que no puedes entenderlo? Martha fue el bebé de ellos, su pequeña, ¿me oyes?

—¿Por qué no dejas que sus padres se preocupen por ella? ¿Acaso se están preocupando por Jacob?

El joven miraba a uno y después al otro.

Carolyn se replegó sobre sí misma, como una tortuga. La vi contraerse, como si encogiera las piernas bajo el cuerpo y doblara los hombros.

—Jacob… —dijo. Yo tenía que hacer un esfuerzo para oírla—. Jacob, ¿lo entiendes?

—Le estás pidiendo demasiado —objeté—. Si esperas que tu propio hijo entienda por qué lo traicionaste… ¿Estás pidiendo perdón?

—No es una traición, papá —me dijo mi hijo—. En cierto modo entiendo lo que quiere decir. —¿Por qué parecía como si me tuviera miedo? Los dos me miraban como si yo fuese el criminal—. ¿Y si alguien me hubiera hecho eso a mí? Accidental o intencionadamente. —Se encogió de hombros como si fuera fácil—. No creo que… entiendo. Todo el mundo necesita que alguien lo defienda. Martha… ya es demasiado tarde, pero a Martha le haría mucha falta que alguien la defendiese…

Tenía los ojos húmedos. Eran del color de un tipo de roca que me gusta mucho; mojados eran de un gris azulado profundo, del color oscuro de las piedras cuando se las moja. Esos ojos hermosos, ni de ella ni míos.

Carolyn se levantó de la cama y lo abrazó, y él apoyó la cabeza en el hombro de ella, como cuando tenía la mitad de la edad que ahora. La estaba consolando. Se me aflojaron las rodillas, vi al gran jurado alineado en círculo en esa estancia vacía, todos los ojos sobre mí, las mujeres implacables de cabellos gris acero, mirada de acero, almas inexorables que juraría que nunca se habían permitido un momento de furia explícita, el ama de casa joven y virtuosa con su sonrisita de duda amable, el hombre que jugueteaba con las llaves mientras hablaba conmigo, un tic nervioso, que tintineaban como las campanillas de un trineo distante. El hombre rechoncho, con almohadillas de grasa por todas partes, como un bebé, que me hacía preguntas desagradables acerca del coche, preguntas inteligentes, sonriendo todo el tiempo.

—La Quinta Enmienda es para los delincuentes —decía, y el hombre de la oficina del fiscal de distrito le informaba de que no podía decir eso.

—Sin comentarios, por favor. Sin intimidación. Éste es un cuerpo de investigación mientras el señor Reiser esté aquí. Pueden hablar de lo que

piensan más tarde. —Sería de investigación, pero a mí no me sacaron nada, nada.

—Estoy buscando la intencionalidad —dijo el gordo—. Quiero encontrar la intencionalidad. —No sabía de qué estaba hablando.

—Muy bien —dijo el fiscal de distrito—. Busque todo lo que quiera, pero cíñase a los hechos, por favor.

Mi esposa había ido a ver a esa gente y les había entregado a Jacob, así de sencillo, lo había entregado.

—¿Es que quieres que te castiguen? —le pregunté a Jacob—. ¿Es eso lo que crees que mereces? —Dios, ya había habido demasiado castigo. El mundo estaba destrozado a nuestros pies. ¿Qué más tenía que dar él?

Jacob no respondió, pero, con una especie de sufrida paciencia que me pareció ultrajante, Carolyn dijo:

—De acuerdo, Ben. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. De verdad, créeme. —Sentía que me estaba dando un poco de carnaza para mantenerme a raya—. Pero no estoy hablando de cómo lo ves tú, sino de cómo lo veo yo. —Había cerrado filas otra vez; seguía abrazando el cuerpo delgado de Jacob, que parecía sin vida, como un muñeco.

—Jacob, Jacob… —la oí decir… Llevaba puesta una de esas batas informes y asexuadas de las abuelitas, que era toda una pradera de margaritas anaranjadas y amarillas—. ¿Cómo pude dudar de ti un solo instante? ¿Quién creí que eras?

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

OceanofPDF.com

JUDITH

En algunas zonas de Houston el tráfico ruge y gruñe y escupe y le da muy mala fama a la ciudad. Las autopistas fluyen como la lava que desciende por las laderas de una montaña, día y noche. Y sabes que si te detienes delante de ellas te aplastarán. Una esquina, dos calles comunes justo frente a las galerías, donde todo el mundo hace sus compras, hay tantos desvíos y tantas indicaciones que creo que sería mucho más fácil caminar a través del océano que navegar de un lado a otro de la calle a pie.

Pero hay lugares más amables. Vivimos en una calle verde y tranquila. Tenemos un patio donde nuestra gata ataca en paz a las ardillas y se sienta a tomar el sol. Cultivamos berenjenas y arúgulas y mejores tomates que en New Hampshire. Pero los calabacines no sobreviven; resulta difícil de creer, porque antes teníamos tantos que no sabíamos qué hacer con ellos. Algo letal los ataca aquí y hace que se pudran en el aire cargado de principios de verano, o a lo mejor es que no hay suficientes abejas para que las plantas se comuniquen y se disperse así lo que mi padre llama su miel sexual.

A veces me siento en el patio bajo un nogal gigante a leer un libro y me siento feliz y no sé qué hacer. Hace mucho tiempo que estamos sentenciados a la tristeza, mi familia y yo, y cuando lo recuerdo, me carcome un resto de culpa. Quizá más adelante, cuando haya dejado de acordarme, tendré que pagar por esto.

Mi madre dice que estoy pagándolo ahora. Me acusa de mantenerme a distancia de todo y de todos. Es verdad, estoy lejos, pero creo que lo habría estado de cualquier modo. Los chicos siempre me han parecido asquerosos, eso no es nada nuevo. Tienen su utilidad, pero de cerca son todos unos bebés (yo, yo, yo), y sólo quieren meterte mano. Los que no son peligrosos

son ridículos. Me hacen un gran favor cuando no se me acercan. Y amigos… nunca he tenido muchos amigos al mismo tiempo, ni los tendré. Y de todos modos descubrí que los amigos —mi mejor amiga era Celeste Charters, que me parecía divertida cuando yo era mucho más joven y no resultaba tan difícil entenderme— son incapaces de comprenderte cuando tienes un problema de verdad, ni de ayudar cuando las cosas se complican. Nadie puede. Aunque al menos mi madre sí debería conocerme. Creo que soy igual que ella: ella nunca ha sido muy expansiva con sus sentimientos, al menos no en apariencia.

Mi hermano Jacob también. Creo que me mantengo un poco alejada de él por si hace algo raro. No porque crea que puede hacerme daño; no puedo imaginar que eso ocurriera. Aunque, en realidad, no puedo precisar qué es lo que imagino. Pero lo trato un poco con demasiado cuidado, como… como si fuera, no sé, una visita, me parece. Uno de esos alumnos de intercambio a quienes uno no quiere ofender porque no conoce las costumbres de su país.

Y lo que es peor, ¿cómo puede esperarse que él confíe en alguien cuando no puede confiar ni en sí mismo? Si yo fuese Jacob tendría miedo de romper las cosas que llegaran a mis manos. Y tendría miedo de no salir limpio. En eso es como mi padre.

Nadie está del todo limpio en este mundo, eso ya lo decidí hace mucho tiempo. Si te fijas bien te das cuenta de que todo el mundo tiene sus más y sus menos, y que por poco diestros que sean siempre consiguen lo que quieren. Me doy perfecta cuenta de que mi familia (aunque los quiero a todos) es un conglomerado de amenazas, derrotas y arrepentimientos, y cosas que nos ocultamos unos a otros, y que seguramente siempre fue así. Mi familia y la mitad de los chicos que conozco, y también sus familias.

Pero ahí está la cuestión: ahora vivimos en este otro lugar, en esta ciudad, que es más grande que todo el estado en que nací, varias veces más grande, y lo crean o no, el problema principal para nosotros cuando llegamos aquí era qué importaba y qué no, y quiénes éramos y quiénes somos ahora, hoy. A medida que el tiempo pasa, hasta esas preguntas han desaparecido: habría que ser obsesivo para seguir preocupándose por eso

aquí. Somos las personas en las que nos convertimos y no hay más que decir.

Cuando empecé a ir a la escuela en Houston no me planteé esconderlo. ¿Por qué te mudaste aquí?, me preguntaría alguien inocentemente. Yo no lo diría, no en general, pero un día, si alguien se estuviera convirtiendo en un verdadero amigo, entonces contestaría: Bueno verás, es que mi hermano mató a una persona, y me echarían una expresiva mirada, y habría un largo silencio y luego dirían una palabra o dos para expresar su sorpresa o cambiarían de tema rápidamente, antes de que hubiera tiempo a nada más. Asistía a una escuela secundaria de arte, porque quería estudiar danza, un sitio adonde iban a parar lo que mi padre llamaba «toda clase de despojos», no sólo chicos con talento, sino también los que no se adaptaban a las escuelas normales, cuerdas y rectas. Juntos resultábamos un grupo muy variopinto, y armábamos mucho jaleo —podría decirse que éramos dramáticos—, y supongo que un sitio así puede absorber muchas rarezas.

Todos parecían venir de alguna familia pintoresca en la que alguna cosa importante había ido mal: había muchos casos corrientes de divorcios, por ejemplo, pero también algunos más complicados. El padre de mi amigo Mark se había convertido en una mujer, no es broma, y cuando vino a verlo actuar en la escuela en *Amadeus*, Mark nos la presentó como su «segunda madre». Ella —¿él?— era una mujer de huesos grandes, pero muy atractiva, con los pómulos muy encendidos y un pecho chato que asomaba ligeramente por el escote de su blusa. Sólo la voz parecía recordar algo de la historia que estaba tratando de dejar atrás. Era demasiado grave para ser voluptuosa, y siempre te chocaba al oírla. De todos modos, Mark parecía menos afectado de lo que podía esperarse. No sé lo que habría tenido que pasar para llegar hasta ahí, pero cuando nos la presentó, estaba bien tranquilo. También hay una chica en el departamento de arte, yo no la conozco, pero sé que su familia fue secuestrada en un bote en el golfo de México por algo que tenía que ver con las drogas, y hace tres meses que no sabe nada de ellos. El FBI los está buscando. Imagínense.

Así que como ven, nadie le dio ninguna importancia cuando revelé mi secreto.

Fue un alivio para mí, francamente, ya que durante años nadie había pensado en nada que no fuera mi hermano, y yo había llegado a un punto en que todo me resultaba muy… muy *irreal*. No encuentro una forma mejor de definirlo. Hubo un momento incluso en que no estaba segura de si había llegado a pasar siquiera todo aquello, como cuando repites una palabra demasiadas veces y deja de tener sentido. En cierto modo, eso me hacía sentir mal. Cuando dejas de pensar en los muertos, aunque en parte te alivia, te sientes mal. Pero, para ser francos, hasta los padres de Martha dejarán de pensar en ella todo el tiempo alguna vez, y cuando eso pase, sé que se van a sentir muy muy mal, como si le hubieran fallado.

Mi padre, por ejemplo, estuvo seis meses en la cárcel por negarse a declarar en contra de Jacob ante el gran jurado. Lo mandaron a la cárcel del condado, aunque no resultaba tan terrible como suena. Era un edificio pequeño, de cemento, que estaba entre los maizales. Justo por abajo podía verse un bonito puente curvo de piedra sobre un pequeño arroyo que sonaba como cuando una persona agitada respira con fuerza. Creo que desde dentro no podían oírlo, tenían las ventanas selladas, pero sí podían verlo. Se trataba de un sitio muy raro y muy pacífico para ser una cárcel. Me acuerdo que la primera vez que fui a verlo —ya había hecho apelaciones en todos los sitios posibles y las había perdido— era verano. Él y mi madre no se habían dicho una sola palabra —ni una— desde el día en que ella habló ante el gran jurado. Más tarde, por supuesto, volvió a hacer lo mismo en el juicio, y yo también; y salió todo en los diarios, y hasta en la televisión. Todo el mundo hizo mucho ruido con lo de la «Guerra en Familia». Pero para entonces yo ya estaba acostumbrada.

Mi madre decía que era porque los dos eran muy orgullosos, pero ninguno se cambió de casa, se limitaban a planificar las cosas de manera que nunca tuvieran que coincidir en la misma habitación. A veces eso provocaba situaciones bastante ridículas, como en el teatro, cuando la gente no deja de abrir puertas y encontrarse justo con la persona con la que no quiere encontrarse. Aunque de alguna forma aquello sirvió para demostrarme que uno puede acostumbrarse a lo que sea en este mundo. Con

franqueza, yo tampoco tenía nada que decirle a mi padre, pensaba que quería demasiado a Jacob, y a todos los demás —a todos, y a la Verdad, con mayúsculas— demasiado poco. Siempre tuve ganas de preguntarle por qué le preocupaba tan poco lo que me pasaba a mí y en cambio era incluso capaz de distorsionar la realidad por Jacob. Pero tenía miedo de preguntarle.

Y a veces ni siquiera estaba muy segura de que lo que había hecho fuera lo mejor para Jacob. Yo le habría dicho: «Nada de mentiras por mí, gracias», y les hubiera dejado que me castigaran a cambio de poder sentirme limpia y honesta. Por lo menos eso es lo que creo que hubiera hecho. Jacob nunca dijo una palabra (ni yo le pregunté tampoco). En cuanto a ese tema, era como si tuviera amnesia. Pero de todas formas, por aquellos días ya no hablábamos mucho de nada, excepto de cosas que no eran importantes para ninguno de los dos.

Es curioso, pero después de un tiempo dejé de sentirme enfadada con Jacob. Al menos no creo que lo estuviera: él ya estaba demasiado triste. Así fue como lo pagó. Yo me daba cuenta de que todavía era como un niño o algo así. Por lo menos no un adulto. Era más como alguien que ha dejado de crecer. Hasta llegué a pensar que le pasaba algo malo, que había sufrido un *shock* terrible, y era como si pudiera disculparlo sólo porque sus «facultades mentales» no le funcionaban del todo bien. (Así lo llamó el fiscal durante el juicio, y me costó mucho entender lo que quería decir, de verdad. Además, que yo ya tenía mis dudas sobre sus facultades morales antes del *shock*, pero ahí se quedaron.) La cuestión es que yo esperaba más de mi padre, él había elegido.

Por supuesto, cuando llegó el momento de ir a visitar a mi padre, mi madre se negó a ayudar, y fue mi hermano quien tuvo que llevarme en el coche. Por ese entonces yo había empezado a pensar como en titulares. Éramos como una familia espectáculo, y de excéntricos: ¡EL ASESINO CONDUCE A SU HERMANITA A VISITAR AL PADRE ENCARCELADO! Había llegado a un punto que siempre lo traducía todo a esa absurda taquigrafía: HERMANITA ADOLESCENTE DEL ASESINO TIENE DIFICULTADES PARA CONCENTRARSE. NO CUMPLE CON SUS TAREAS ESCOLARES. SU PRIMERA MALA NOTA.

LA HERMANA DE REISER SE PELEA CON UNA CONDISCÍPULA. HIERE A SU ATACANTE DURANTE UNA REFRIEGA EN EL PATIO.

EL FAMILIAR DEL SUPUESTO ASESINO DENUNCIA VANDALISMO EN SU ARMARIO: ROMPIERON LA PUERTA Y DESPARRAMARON SUS PERTENENCIAS.

Una de las cosas que me ayudaban a continuar adelante cuando la gente se portaba mal, era esa antigua amiga de la familia —de mi madre en realidad—, Annie Dineen, que siempre decía: «Si conseguís salir de esta, no hay duda de que vais a ser muy fuertes. Después de esto será como si llevaras una armadura de hierro». Aunque no estoy muy segura de que fuera precisamente una armadura lo que yo tenía pensado para mí. Pero aguantaba como podía, bajaba la cabeza y dejaba que hicieran lo que quisieran conmigo. Mi *yo* se iba a algún otro sitio, eso es lo que quiero decir. Adentro, creo, fuera de la vista de los demás.

Así que Jacob, el asesino adolescente, me llevó en coche a la cárcel, en las colinas, al norte de Howe, a través de carreteras sombrías y sinuosas. Él se quedó fuera, durmiendo en el coche —dormía mucho por aquellos días, probablemente fuera el único momento del día en que no tenía que recordar que le esperaba un juicio por asesinato—, mientras yo entraba, porque él estaba pendiente de un proceso, y eso te quita muchos derechos. Visitar una cárcel es uno de ellos, pero es igual. No hay prisa, cabía la posibilidad de que su futuro también estuviera allí. Para complicar las cosas, yo no tenía ningún interés especial en ver a mi padre, y sospechaba que él tampoco quería verme a mí. Pero aunque en casa no hablábamos, allí estábamos los dos, y allí estaba ese vidrio horrible que nos separaba. Eso me hundió. Después de aquel apacible y encantador camino entre verdes prados, me encontré mirándolo fijamente a través de un vidrio lleno de huellas de personas completamente desconocidas, de otras familias tristes que abrían los dedos con desesperación, ¡y se suponía que tenía que hablarle por aquel teléfono! Fue entonces cuando empezó a hacérseme muy difícil sentir cómo esa cosa horrible había podido llevarle a eso. Se me ocurrió que no entiendo nada de lo que la gente hace, no por qué, ni lo que merecen que les hagan como castigo. ¿Hay criminales o seres queridos de los criminales que

puedan comprender en su cabeza la causa y el efecto, y sufrir cuando se supone que tienen que sufrir y luego sentirse castigadas, del mismo modo que uno se siente limpio después de una ducha, y marcharse a sus casas puros, y dejarlo todo atrás?

Me trajeron a mi padre junto con esos otros hombres de aspecto rudo, o que por lo menos parecían más pobres. (Me contó que habían hecho cosas como pasar cheques sin fondos, pegarle a la gente, robar coches, nada muy grave. Aunque se supone que uno de ellos había abusado de una criatura muy pequeña, no era su hija ni nada, era la hija de una amiga, la había arrojado contra la pared, la había quemado con un cigarrillo y hasta puede que la hubiera agredido sexualmente. Nunca lo vi, lo tenían separado de los demás, por su propia seguridad.) La barba de mi padre había desaparecido, tenía el pelo cortado como un marine, llevaba una especie de pijama desgarbado y, creo que eso fue lo peor para mí, todavía más que lo de la barba, que me resultaba muy raro, la verdad, porque yo nunca le había visto la cara tan desnuda, la barbilla ni todos esos sitios blandos que hay alrededor de la boca y por el cuello, pues lo peor fue que llevaba puesto uno de esos brazaletes que le ponen a uno en el hospital, como si fueras un pedazo de algo en un depósito y tuvieran que seguirle el rastro oficialmente. Como si preguntarle el nombre no resultara algo fiable y tuvieran que estampárselo de manera que sólo pudiera quitárselo con una herramienta especial que ellos tienen. Mi padre inventariado como un vestido que podría acabar en manos de los ladrones si no fuera por las bandas magnéticas. Tenían cada milímetro del lugar vigilado: las pantallitas de televisión, en esa especie de sala de guerra, y se oían todo el tiempo las puertas pesadas que se abrían y se cerraban, se abrían y se cerraban con un zumbido.

Todo aquello fue demasiado para mí. Lo único que hice fue llorar y llorar. Hubo un momento en que el guardia (que, ya para empezar no estaba muy contento de tener allí una niña sin la «supervisión de un adulto») casi me hizo salir, pero yo me obligué a controlar las lágrimas y al final me dejó en paz. Annie Dineen tenía razón, me estaba endureciendo.

En cuanto a mi padre, yo no aprobaba lo que había hecho, no tanto el quedarse callado, que era lo que había hecho que le encerraran allí, por «desacato», sino lo de inventar esa mentira, acerca de la que sus carceleros

no sabían nada, para encubrir las acciones de Jacob, y las suyas también. Pero eso era injusto. Era inhumano. Se merecía algo más digno que un simple pijama desgarbado y una identificación magnética. Parecía otro sin la barba, y más joven. O una especie de mezcla entre joven y viejo, arrugado y cansado, pero mucho menos vigoroso…, menos agresivo. La piel que no había aparecido a la luz, no sé, por lo menos hacía veinte años, era tan pálida como la de una niña y de aspecto frágil. Tenía muchas ganas de rodear a mi padre con los brazos. (Más adelante pude hacerlo, se apuntó para poder recibir visitas de contacto y se le permitió trabajar en la granja de la prisión, cosa que le encantaba. Tenía tierra debajo de las uñas de arrancar zanahorias y cebollas, y se las arreglaba para trabajar con algunas de las máquinas de la granja porque era muy bueno con esas cosas. La piel nueva se le enrojeció, se le endureció, y pronto dejó de parecer tanto un perro apaleado.) No era tan malo, era como tener un trabajo, sólo que no se podía volver a casa para dormir por las noches. De algún modo, me parecía que todos se acostumbraban a tener que estar juntos allí. «La gente se adapta —me dijo—. Intentan sacar lo mejor que pueden de aquí. Algunos me caen muy bien. Tal vez buscaron la forma equivocada de resolver sus problemas, pero algunos son estupendos si rascas un poco, y son más una amenaza para ellos mismos que para los demás.»

Cuando volvía a casa, mi madre no preguntaba nada sobre nuestras visitas, pero yo se lo contaba de todos modos. Le decía:

—Por favor, mamá, empieza a pensar cómo vas a perdonarle cuando vuelva a casa. Está tan solo…

Ni siquiera podía hablar con Jacob, el Jacob por el que estaba preso. Como yo no era más que una adolescente, y se supone que los adolescentes somos irreductibles, creo que mi madre esperaba más terquedad de mi parte y tal vez más enfado, pero no perdón. Pero él me hacía sentir muy humilde, casi podía sentir cómo se había ido abriendo a la idea de cometer perjurio en favor de Jacob. Los crímenes por un exceso de amor no deberían tratarse igual que los que se cometen por indiferencia o dureza de corazón. Así que al final mi madre acabó cediendo. Alguien —un rabino de Buffalo— nos escribió y nos dijo que, primero, que cuando Jonás se enfadó con Dios porque había matado la calabaza que le daba sombra en el desierto —¡y eso

después de que terminara con lo de la ballena en vez de quemarse!—, Dios le dijo que no tenía derecho a estar enojado: «No la criaste y la amaste como yo lo hice», le dijo. Con lo que quería decir, me parece: «No tienes derecho a juzgar mis sentimientos». Nadie puede saber cómo son el amor y el esmero con que cuidan a otros, ni hasta dónde pueden llegar por ese amor. Y segundo, le dijo a mi padre que la ley judaica permite que los padres guarden silencio si han de hablar en contra de sus hijos. La ley de tu país la tienes que obedecer, le dijo, «señor Reiser —le escribía muy respetuosamente—, debe usted saber que su impulso es completamente natural, santificado por miles de años de decencia espiritual». No le decía nada a mi madre acerca de la justicia de amar al hijo de otros como al propio. Creo que debería haber mencionado eso, y haberla elogiado también.

De todos modos, aunque yo discrepara con él, era mi padre, y llevaba toda la vida queriéndole. Me era imposible no preocuparme por él. ¿Eso es bueno o malo? Cualquiera que sea la respuesta, no veo que haya tanto donde elegir como yo pensaba.

Y mi padre me enseñó su palabra predilecta ese año, cuando aún estaba en la cárcel del condado: *ironía*. Era difícil entender bien lo que significaba y cuándo había que usarla exactamente, pero aun así, tenía muchas oportunidades para pensarlo, y me iba muy bien cuando leía. En primer lugar, me parece que simplemente me gustaba el sonido, la manera en que te fluye por la boca como el agua. Pero, mejor aún, el concepto global que expresaba era muy útil porque te demostraba la frecuencia con que dos cosas opuestas parece que pasen a la vez; o cuando hay que tener dos sentimientos pero están en conflicto el uno con el otro y, peor, los dos están bien. Era mejor que «raro» o «confuso», o cualquier otra palabra que se me ocurriera. Pensé: «Si la ironía fuera agua, nos ahogaríamos. Si la ironía fuera comida, nunca volveríamos a tener hambre».

Lo que pasó, mientras las carpetas de los abogados se iban abultando y los rumores sobre entrevistas que corrían por la ciudad también aumentaban —nuestro abogado, el señor Demaris, trataba de hablar con ellos, pero todos decían que no—, fue que tuvimos que esperar el juicio durante más de un año. Pero tal vez para bien. A todos se les fue apagando el enfado. O

eso creo, y nuestras actitudes también se suavizaron. Por poco sensible que uno sea, no puede quedarse siempre estancado en la ira. Mi padre volvió de la cárcel del condado y descubrió que mi madre y Jacob no se llevaban a matar, que Jacob se negaba a verla como la gran traidora. Cuando mi padre estaba en la cárcel, me guste o no, la verdad es que resultaba más fácil conversar. Todo se mueve un poco, cambia un poco cuando falta alguien. No se trata de llenar el hueco, sino de reordenarse en cierto modo. Es más, estábamos más juntos de lo que nunca lo habíamos estado en el pasado porque, ¿saben?, había ese frío casi en todas partes fuera de casa. (Eso sí que es una ironía: que os castiguen con la soledad y os volváis los unos a los otros casi con alegría.) Porque Jacob no estaba precisamente a salvo en las calles de Hyland. Cuando la gente le prende fuego a una cruz en tu jardín y te grita cosas insultantes por la calle, no te quedan muchas ganas de andar por el pueblo comiendo pizza y caminando por Main Street como si fueras Míster Adolescente de New Hampshire. Alguien escribió «presidiario» con pintura amarilla en el costado del coche, cuando estaba aparcado frente al A&P, y cuando lo borramos quedó la marca en un sitio donde se había arrancado un poco de pintura. Quedó como una palabra espectral en el guardabarros, y siempre seguirá allí.

Finalmente, mamá empezó a trabajar de voluntaria en una clínica de Howe bajo otro nombre. El precio de su servicio gratuito fue ése: poder trabajar como la doctora Joanna Miller (su segundo nombre y su apellido de soltera), y que nadie dijera una sola palabra acerca de su identidad. Pero me dolía verla, iba casi disfrazada para que no la asociara nadie con esas historias de la «Familia en Guerra» de los periódicos. Se peinaba con un moño remilgado, de esos que te dan ganas de clavarles un lápiz en medio, y se ponía unas gafas enormes. (Hasta pensó en teñirse el pelo de color castaño, pero le rogué que no lo hiciera, y creo que se sintió aliviada cuando la convencí de que eso era llevar las cosas demasiado lejos.) Ella decía que valía la pena trabajar, aunque tuviera dificultades para reconocer su propio nombre. Yo lo único que esperaba era que nadie la «desenmascarara»; ésa hubiera sido una manera horrible de recompensarla por dedicar largos días a atender a los niños sin cobrar absolutamente nada.

El primer día que fue a trabajar pensé: «¿Qué le ha pasado a mi vida?». Era casi gracioso. Primero a mi padre le quitan casi todo el pelo, como a Sansón, y ahora mi madre se está convirtiendo en otra persona que apenas reconozco delante de mis propios ojos. Era el momento, pensé, de ponerme una falda de cuero bien corta y un jersey ajustado y tratar de convertirme en otra yo también. Pero lo más que conseguí fue decantarme cada vez más por ropas largas y sueltas que me tapaban por completo, y botas que me llegaban hasta el falso de la falda, aparte de descuidar mi cabello tanto como pude: dejé de cortarlo y se volvía más desgarbado y desagradable con cada día que pasaba. Todos nos escondíamos de una manera u otra, y lo peor era que lo único que queríamos era irnos a dormir y despertar del otro lado del ESO. El juicio era ESO, todo era Antes o Después de ESO. Esperábamos el momento en que pudiéramos volver a empezar nuestras vidas. O no. Pero al menos lo sabríamos.

El juicio tuvo lugar en una ciudad llamada Savoy, lo más lejos de Hyland que pudieron conseguir dentro de la misma jurisdicción, porque nuestro abogado, el señor Demaris, demostró que Jacob no podría tener un juicio justo en un lugar donde todo el mundo estaba tan seguro de lo que había pasado y lo amenazaban por todas partes. Nos alojamos en un hotel, y de noche jugábamos a las cartas, porque no teníamos otra cosa que hacer. Había una mujer policía vigilando, por si acaso. El señor Demaris explicó:

—Esos vengadores *ad hoc* existen, son de verdad, y nunca está de más ser prudente. —Siempre hablaba así, y me hacía reír.

Durante el día lo que más hacíamos era interpretar nuestros viejos papeles, aunque para entonces ya éramos un poco distintos de lo que éramos al principio. Estaba la «madre acusadora», el «padre que negaba». Aunque esa vez papá no se negó, dijo que ya había dejado clara su opinión y que ya era hora de que Jacob obtuviera su libertad. Pero se las arregló de algún modo para parecer indefenso y poco interesante, así que seguramente habría muchos que se preguntaron por qué había armado tanto jaleo. Y ahí estaba el hijo, «sosegado y respetuoso» en otro disfraz, un traje nuevo, gris, y corbata a rayas. (Cuando estábamos solos le gustaba colocarse la corbata

al cuello, como una soga, sacaba la lengua y ponía los ojos desorbitados. Se suponía que yo tenía que gritar y decirle: «¡Te van a ver!», pero no lo hacía, no estoy muy segura de que mi sentido del humor saliera muy bien parado de todo aquello.) Supongo que no es tan raro. Jacob, en el banquillo de los acusados, también fue increíblemente blando. Pura mantequilla. Seguramente él y papá practicaron juntos. Era algo así como cuando sales y te pones el uniforme de la decencia, y todo lo que te hace especial y diferente, ¡alehop!, desaparece. Si no asustarías a la gente y creerían lo peor.

Y se suponía que yo tenía que ponerme ese gran cuello blanco, creo que para parecer demasiado joven para mentir, y tenía que decir «sí» ocho veces y «no» catorce, y después repetir a pasitos melindrosos, como los de un bebé, pregunta y respuesta, pregunta y respuesta, lo que yo recordaba que Jacob nos había contado. Es una manera muy agotadora de contar una historia. Resulta que tampoco es como en las películas: el banquillo de los testigos no es un lugar donde a uno le apetezca mucho contar historias nuevas, en todo caso. La tensión en la sala del tribunal es terrible, como en un escenario, pero peor, el corazón te late como loco desde el momento en que te acercas, tienes miedo de olvidar tu texto o de decir algo no previsto. Yo practiqué frente al espejo. Mamá no quería ayudarme. Decía:

—No necesitas un profesor de teatro. Di lo que pasó. ¡Sé sincera y espontánea, y no olvides que no estás tratando de condenarlo!

Pero hay que recordar que nosotros éramos testigos, todos menos Jacob, que era el único autorizado a quedarse sentado todo el tiempo. A nosotros nos hacía entrar y salir el alguacil, prácticamente encadenados, así que no lo vimos desde el principio al final. Después de tanta espera me pareció curioso que tuviéramos que quedarnos en otra sala y perdérnoslo.

Pero esto fue lo más frustrante: salió todo por la tele y no pudimos verlo. Era como un espectáculo de verdad, pero muchísimo más largo y sin cortes publicitarios. Toda esa comedia de locos salía por el televisor de todo el mundo desde el momento en que el juez golpeaba su maza para abrir la sesión hasta el momento en que la daba por terminada. Era una idea novedosa, y por alguna razón decidieron hacerlo así en New Hampshire, aunque allí no fueran los primeros más que en las primarias presidenciales.

«Antes tenían gente dibujando en la sala del tribunal —decía el señor Demaris—, ni siquiera se podía pasar una cámara por esas puertas, y ahora, de pronto, traen sus equipos y sus cables como víboras, y todos ponen cara de estar muy conciencia-dos, por si la cámara los enfoca.» No dejaba de hablar de eso.

—Me sorprende que no hayan traído esos tarjetones que levantan para indicar «aplauso».

Mi padre decía que todo eso significaba: «¿Eso le conviene a mi cliente?». Quién sabe a quién le convenía, excepto a los tipos que no tenían nada mejor que hacer y se pasaban el día mirando la tele, como si fuera un culebrón más. Oí que había gente que discutía acerca de quién le gustaba y en quién no confiaba, y si les parecía que Jacob era guapo, Dios, y apostaban a si iba a ganar o si iba a perder, significara lo que significase. Yo pensaba que lo menos que podían hacer era pagarnos sueldos de estrellas de cine.

En cualquier caso, la cámara no molestaba mucho a la gente importante, los testigos: se quedaba quieta y miraba. Lo que me ponía muy nerviosa, cosa que no me venía nada bien por cierto, era saber que todo el estado estaba allí con nosotros, con sus pensamientos y muchas opiniones, pero en realidad sin saber nada. Lo que quiero decir es que la sala del tribunal era más bien pequeña, no enorme como en las películas. Me parece que apenas había espacio para unas veinticinco personas en el sector de los espectadores, que en su mayoría eran amigos leales de ambos bandos que habían venido desde Hyland. Pero ninguno de los que miraba mientras zapeaban y pasaban de «Ejercicios de Gimnasia» a «Cocina» tenía mucho que ganar o perder: mirar resultaba un juego. Era tétrico.

¡Y nosotros éramos los únicos en todo el estado y más allá de sus fronteras a quienes nos importaba, y nos lo estábamos perdiendo! Cuando le preguntamos al señor Demaris si podíamos mirar —estaba ahí, teníamos un televisor en la habitación del motel, como todo el mundo—, nos dijo:

—Por favor, no lo hagan. No mientras dure el juicio. No necesitamos complicaciones.

Le pregunté por qué no. Estaba aprendiendo a expresarme en voz alta.

—Piénselo. Ustedes, Judith, son testigos. —Estaba un poco impaciente, me parece. Francamente yo no entendía qué diferencia había, como si alguien fuera a cambiar su testimonio en el último momento influido por lo que veía—. No tienen que contaminarse con eso. En este estado tendemos a confiar en exceso. No secuestramos a los jurados ni encerramos a los testigos, sólo les pedimos que se abstengan de leer los periódicos o de ver los informativos. Y ahora tenemos esta nueva tecnología, que en realidad no está destinada a ustedes. Me guste o no, esta cosa no es para los jugadores, es para el público. Y ustedes no son el público, así que no se aprovechen. —Miró a mi padre con dureza mientras lo decía. No confiaba en él. Esa mirada significaba: «Sé que tiende a dictar sus propias reglas». Supongo que se imaginaba a papá escabulléndose para echar un vistazo a los procedimientos prohibidos, como un alcohólico que toma un trago rápido a escondidas—. En serio, no lo haga —le advirtió el señor Demaris—. Sea prudente por una vez. Ya verá como la experiencia le resulta embriagadora.

Pero después… Después fue legal. El señor Demaris le entregó las grabaciones a mi padre, que las llevó con cuidado, nervioso, como si pudieran explotar si caían. Nos sentamos frente al televisor y no había manera de hacer eso sin recordar todas las horas fáciles e inocentes que habíamos pasado durante años mirando a los Celtics, o bien *Obras maestras del teatro* o *Sábado noche en vivo*, y mi madre suspiró y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Era como si estuviera rezando una plegaria. Al principio no quiso mirar, dijo que con una vez había sido suficiente, ¿por qué teníamos que hacernos eso?

—Ya está hecho —le dijo papá—. Ahora es parte de la realidad. Está ahí afuera.

—¿Dónde es «ahí afuera»? —le preguntó ella—. Lo que pasa es que no quieres que nadie sepa algo que tú no sabes.

Pero a mí me parece que él tenía razón: todos los demás nos habían visto, los amigos y los extraños. No fue hasta que nos vi que dejé de sentirme como si todo el mundo nos espiara a nuestra espalda.

Los padres de Martha estuvieron muy emotivos, tal como esperábamos. La madre se desmoraba continuamente y había que esperar hasta que se recobraba y podía continuar, y el padre estaba tan ansioso por responder que

siempre empezaba a hablar antes de que hubieran acabado la pregunta. Parecía un ratón inteligente con traje y corbata, como un personaje de un libro infantil convertido en el animal al que más se parecía. Hasta el fiscal tuvo que esforzarse por mantenerlo calmado. Mi padre me dijo que era todo artificial, pero yo no veía por qué tenía que serlo, a pesar del tiempo que había pasado. Trataba de imaginarme cómo me sentiría si finalmente se llegaba al juicio por el asesinato de alguien a quien yo quería, por ejemplo él —puse a mi padre en el lugar de Martha, aunque eso fuera casi imposible —, y no me pareció nada difícil imaginarme lo mal que me sentiría y lo mucho que tendría que esforzarme por «mantener la compostura», como decían los periódicos. Pero, ¿quién sabe? Me he vuelto muy cínica, además de generosa. Ambas cualidades se alternan en mí ahora. Así que no creo todo lo que oigo, siempre me queda la sombra de una duda. Además, ¿por qué tendrían que fingir una sola lágrima sus padres?; y, si los míos podían mentir, ¿por qué los de ella no iban a hacer lo que quisieran? No soy tan cínica.

Los testigos a los que más temíamos eran los amigos de ella, como Tina Guy y su prima Donna, que allá en Hyland habían dicho que Jacob era «peligroso». Aunque desde luego no se les permitía hablar así. Yo sabía que habrían querido acusarlo de robar en las tiendas. De haber cogido un coche sin autorización antes de tener el permiso de conducir. De beber siendo menor de edad y de drogarse. En realidad, de comportarse como un chico normal, porque todos admitían que «experimentaban» con distintas clases de pastillas y hasta con algo de cocaína. Todos lo hacían, lo habían hecho durante años, así que Jacob no parecía peor que otros. Su propio amigo Jackie había dicho en la escuela, a mí me llegó el rumor, que cuando estaban en Whalom Park, en el parque de atracciones, Jacob tiró petardos desde la rueda del Ferris que en teoría podían haber herido a alguien, y que había tenido algunas peleas en la cancha de bolos, aunque siempre en grupo. Yo dije «gran cosa» cuando oí eso. ¿Es un delito grave? Donna trató de decir desde el banquillo que una vez Jacob se había peleado con Martha en una fiesta y la había amenazado con «hacer que se arrepintiera» por flirtear con alguien. La cogió por el pelo y le gritó en la cara. Y añadió que en general siempre lo envolvía «un aire de peligro». (Yo sabía a lo que se

refería con eso: la forma en que parecía soñar con el peligro, algo peor que robar tiendas o tirar petardos, aunque no hiciese nada.) Pero el señor Demaris objetó:

—¿Qué tiene que ver eso con el delito por el que se le está juzgando hoy, aquí? —Dijo que Jacob Reiser no estaba siendo juzgado por un «aire de peligro». Y más tarde se burló de la idea del «aire».

—¿Tenía olor a pólvora? —le preguntó al jurado—. ¿Les parece que podían olerlo venir?

La peor parte que recuerdo fue cuando Jackie subió a declarar porque estaba con Jacob antes de que él recogiera a Martha del trabajo el día de su muerte, y hablaron mucho. Dijo que Jacob estaba «agitado», una palabra tan fuera de su vocabulario que se podía ver que lo habían ayudado un poco. Dijo que Jacob le había contado que Martha lo volvía loco, que si alguna vez lo engañaba no sabía lo que sería capaz de hacer. El señor Demaris le hizo aceptar que Jacob nunca había dicho qué haría, que nunca lo había «especificado». Así que fue como «Guau, qué confesión».

Jackie también alegó que Jacob se había quejado —¡todo esto en el camino a la heladería!— de que Martha tenía en sus manos «cierta parte de la anatomía de él», y que él no podía liberarla.

—¿Querría usted especificar qué parte?

Jackie era un chico grandote de cabello corto cuyo cuello, embutido en un jersey de punto de cuello alto, parecía el de un jugador de rugby. Se ruborizó y la sala del tribunal «rió entre dientes». (Las palabras que usan los periódicos. Me encantan.) No parecía un tribunal que riera mucho, así que le sonó bien a la defensa. Era sorprendente la poca evidencia «sólida» que tenían de que Jacob fuera una amenaza mayor que casi todos los adolescentes. (El señor Demaris siempre hablaba de lo sólido y lo blando, como si se pudiera sentir el testimonio en las manos y tocar su textura. Bueno, tal vez los abogados lo hacen.)

Así que lo planteó todo como si Jacob fuera más un muchacho molesto en el barrio, un «salvaje», o hasta un «futuro salvaje», que un asesino a sangre fría que tuviera que desaparecer de las calles. Y según la defensa, en su mayor parte no se trataba más que de chismes, no evidencias. Había un

solo testigo serio. Los otros, si es que podían considerarse testigos, nunca lo parecieron.

—En un pueblo pequeño como ése —dijo mi madre de repente; era lo primero que decía alguien en mucho rato, y me asustó esa voz que salía de la semipenumbra— la gente hace esas cosas. Tiene miedo de comprometerse en público, aunque tenga mucho que decir por detrás.

El único testigo importante los había visto a los dos detenidos a un lado del camino; era un tal señor Gellhorn, que trabajaba en una compañía de seguros en Howe y que volvía a su casa en coche por Poor Farm Road justo al atardecer. Lo único que dijo fue que estaban de pie, conversando junto al automóvil. No había visto nada sospechoso. No, no creía que tuvieran nada en las manos, pero era difícil ver si no te fijabas. Podrían haber estado discutiendo, pero francamente, no podía decirlo con seguridad. Había sido sólo un vistazo. Había aminorado la marcha y les había preguntado a gritos si necesitaban ayuda, y ellos lo despacharon con un gesto de la mano.

—¿Los dos?

—No me acuerdo —y eso fue todo. No, Martha no parecía especialmente desesperada. Se había encogido de hombros ante el fiscal, que evidentemente esperaba más, y dijo:

—Lo siento.

El testimonio forense fue confuso. El señor Demaris ya lo sabía, porque le habían pasado los informes, pero estaba excitado de todas formas. (Estos abogados ya saben tanto cuando llegan a la sala del tribunal… El señor Demaris dijo que los testigos sorpresa sólo aparecen en el vano de la puerta en las películas malas, y todos se quedan pasmados y uno sabe que al fin va a escuchar toda la verdad.) Me acuerdo de cómo besó a Mag Trottier y bailó con ella por la habitación; ella había predicho que no tenían nada bueno, y en un caso que es sólo «circunstancial» hacía falta evidencia física realmente clara, observó. (El señor Demaris lo llamaba «puntos de apoyo calientes».)

Ahora, por teléfono, alguien decía que la pareja —Jacob y Martha— había usado la cabaña esa tarde, había muchas pruebas de su uso reciente. Pero nadie había negado eso, así que no pudieron sacarle ningún provecho. Y había pasado demasiado tiempo antes de que la policía confiscara el

coche. Admitieron que podría haber sido manipulado como prueba, o no. Era sospechoso que papá hubiera mirado dentro del maletero antes de que la policía acudiera con la orden, pero por sí solo eso no demostraba nada. (Trataron de demostrar que hubo «un intento de suprimir pruebas sospechosas», pero el señor Demaris preguntó «específicamente qué culpa expresaría la preocupación de un padre si el contenido del maletero hubiera quedado intacto».) Supongo que se podría decir que mi padre tuvo suerte porque la posterior inspección del interior del coche no fue «concluyente». Las pruebas del maletero eran imposibles de interpretar: un montón de serrín viejo desparramado —no se podía precisar cuánto tiempo llevaba allí — y una lona y un montón de pedazos de madera sueltos. Había fibras de alguna alfombra, pero en general había tal revoltijo que no pudieron concluir nada. Pudieron demostrar, a partir de cabellos y hebras de hilo, que Martha había estado sentada en el asiento delantero, pero eso no quería decir nada. Nadie lo negaba.

Encontraron un gato chiquito, pulcramente plegado dentro de una caja, pero las huellas digitales que tenía eran las de mi padre y las de quien quiera que hubiese sido el dueño anterior del coche. Desde luego, no eran las de Jacob. Él jamás en su vida había cambiado un neumático. Era sorprendente lo que se le ocurrió al señor Demaris: hicieron venir a un tipo del garaje Southside para declarar que una vez había salido en una noche lluviosa para levantar el coche de Jacob. (Me acuerdo de que Jacob tuvo que escuchar una buena de mi padre por eso. Papá se lo hizo pagar; quería que pagara el doble, pero mamá dijo que eso no era justo, que si uno no sabe hacer algo, no sabe, y no debía ser castigado dos veces por la misma cosa. Papá dijo que el único problema era que el chico no había querido mojarse, y que el saber o no saber no tenían nada que ver con el asunto.)

Un montón de gente testificó acerca de la santidad de Jacob. Los amigos de la familia, los Berger, Annie, unas pocas personas agradables de los alrededores del pueblo, una señora muy distinguida para quien Jacob trabajó un verano cortando la cizaña del jardín, y Nat, el chófer de la escuela, que dijo que por lo general era cortés, aunque siempre llegaba tarde y era muy ruidoso.

—Los autobuses escolares son lugares terribles —le dijo al jurado con mucha seriedad, como si fueran una plaga social o algo parecido—. Pero comparado con otros de los que viajan en ellos, yo diría que él era muy bueno.

Entonces llegó mi turno. Allí estaba yo, vestida como si tuviera cinco años menos, con un aspecto poco convincente. Insistían todo el tiempo en que hablara más alto y ahora me doy cuenta de por qué: ¿cómo podía saber que mi voz sonaba como si me saliera de los zapatos? Y era mortificante. Parecía tan atontada que hubiera podido pensarse que acababa de salir de un coma. Lo cierto es que en ese momento yo no me di cuenta de lo asustada que estaba. Pero aunque hubiese sido la mejor actriz de Hollywood, no habría importado: me habían descartado. Era evidente, sin embargo, que yo era el «objeto» de mi madre. Repetía cualquier cosa que ella dijera, estaba en su poder, de manera que nada de lo que yo dijese probaba nada en un sentido o en otro. El abogado era agresivo sólo en apariencia, en realidad me trataba como si yo tuviera cuatro años, condescendiente y protector. Habría dado lo mismo que me quedara en casa. Me puse tan furiosa… Creo que me mostré demasiado enfurruñada para no querer parecer una niña. Mamá me dijo que lo había hecho muy bien, pero yo sabía que era porque me veía otra vez como a un bebé.

Así que estuvimos sentados allí, muchos días después, ya saben. Un juicio entero, sin una palabra de menos, absorbe todo tu tiempo, más que ninguna otra cosa, y ya era bastante malo que nos hubiera pasado una vez en el tiempo real, pero ahí estábamos, cautivos una segunda vez ¡y por propia voluntad! Yo no podía creer que tantos desconocidos hubieran tenido interés en seguirlo todo. A veces comíamos algo mientras mirábamos, incluso una comida completa; el sonido de la masticación, del tragar (mi padre es el bebedor más ruidoso) en cierta forma marcaba un contrapunto al espectáculo en el que nos habíamos convertido para entonces. La cámara no se trasladaba de un lado a otro, como en una película o un buen programa de televisión, pero a veces todo daba la sensación de ser una representación. El teatro de la hora de la cena.

Después, una noche, cuando terminamos de recoger los platos y correr la mesita del televisor, apareció mi madre. (Técnicamente era una testigo de la acusación, pero se negaba a relacionarse con el «equipo del estado». Iba a recitar su parte pero, tal como expresó, no pensaba confraternizar.) Tenía puesto el vestido de color azul. A mí me encantaba, yo le había ayudado a elegirlo, ni severo ni provocativo, sólo un vestido bonito que no daba ninguna idea sobre ella. Los diarios decían que su voz era «suave y llena de dolor», una buena descripción. Mi padre estaba sentado en el sofá y mi madre junto a él, pero no se tocaban. Ella ni siquiera miraba. Mantenía los ojos cerrados, pero papá estaba tan tenso que parecía que se iba a caer al suelo.

Yo estaba muy orgullosa de ella. Cada vez que el fiscal trataba de hacerle decir algo, ella levantaba la mano y la sacudía como diciendo «Paciencia, paciencia», como si se dirigiera a un niño; conozco ese gesto desde siempre, estoy segura de que lo practica mucho en su trabajo cuando las madres aterrorizadas le enumeran demasiados síntomas y versiones sobre cómo pasó todo al mismo tiempo, como diciendo: «Bueno, bueno, tranquila. Ya nos ocuparemos de eso a su debido tiempo». Y no deja que la atosiguen. Cuando explicó lo que había confesado Jacob, pareció que relataba un hecho triste y accidental, no premeditado, el error de un muchacho. Su enfado parecía haberse esfumado, o aguado como sangre vieja. Alguien escribió en el diario que parecía derrotada, pero no creo que ésa fuera la palabra. Lo que quedaba era sólo tristeza.

En algún momento vi que mi padre, allí, en el sofá, se volvía y la miraba fijamente, a ella, no a la imagen chata de la pantalla. La contempló un rato, mientras ella seguía con los ojos cerrados, escuchando su propia voz, repasando ese asunto terrible. Entonces él volvió a mirar el televisor, y los labios se le movían ligeramente aunque yo no oí nada. Al rato volvió a mirarla, a mirar a la mujer sólida de bata púrpura con la luz del televisor danzándole en el rostro. Ella parecía otra, y sin embargo no lo era —y lo era —, y yo pensaba en cuánto habíamos pasado juntos y en cómo todavía no me atrevía a imaginar lo que él pensaba de ella. Si en lo más hondo la respetaba o la odiaba por lo que estaba diciendo, o si por lo menos la comprendía. ¿Estaba, entonces, tratando de superponer una imagen sobre la

otra para ver si coincidían? ¿O adivinaba lo que ella sentía cuando él la miraba con ese aire de sorpresa, herido, familiar, distante, allí mismo, junto a ella?

Pero a la noche siguiente, supongo que con un estado de ánimo diferente, mi padre gritó:

—¡Para, para!

—¿Qué? —dije yo.

—Tú tienes el mando a distancia. Rebobina…

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde ella empieza esa…

—¡Por Dios, Ben! —dijo mi madre, y se incorporó en el asiento—. ¿No es suficiente con una vez?

—¿Qué? ¿No te gusta oírte decir eso acerca de tu hijo?

—Ah, por favor.

La risa estúpida de *Love Conection* inundó la pantalla mientras yo esperaba las órdenes: un hombre corpulento con la cabeza cubierta por un relamido pelo rubio le contaba al mundo cómo la mujer con la que tenía una cita bajaba las escaleras para encontrarse con él con el aspecto «de un perro apaleado que se hubiera caído dentro de una secadora», y el público aullaba, alentándolo para que continuara. La mujer de la cita tuvo que sentarse y se rió con ellos.

—Hasta donde decías que a veces te preocupaba.

—Ben, por favor. —Se lo dijo en voz baja. En la pantalla parecía drogada por el dolor. Se podía adivinar que tenía la boca seca, y estaba sentada tiesa, como si le doliera moverse. Él todavía la acosaba, pensaba yo, como un perro ansioso, y ella estaba distante y sola, como un gato frío y tranquilo. Él seguía sin comprender.

—¿Por qué no la dejas en paz, papá?

Mi padre me miró, casi tan sorprendido como yo, y volvió a acomodarse. Yo me decía que era la cerveza. Había puesto un par de botellas en el suelo, junto al sofá, como otros padres. ¡Como si haciendo un gran esfuerzo se pudiese fingir que estaban viendo un partido de fútbol!

Así que eso era lo que todos esos desconocidos veían cuando trataban de encontrar un motivo, los abogados de ambas partes, que intentaban

desentrañar lo que había pasado y por qué. Suficiente para dejarte mareado. Y era como en los culebrones, me daba cuenta. ¿Por qué razón querría condenar esa mujer a su propio hijo? ¿Cómo podían algunas madres tratar de anular a los padres de aquella manera? Mamá había creído que el señor Demaris le diría al jurado que era el infierno conyugal lo que había provocado aquello, una lucha a muerte por el cuerpo del hijo. ¿Pero cómo podría demostrar semejante cosa? No eran una de esas parejas que todo el mundo suponía desgraciadas. Nadie se presentaría a testificar que ella lo odiaba tanto que mentiría sobre algo tan espantoso sólo para hacerlo sufrir. Ninguno de sus amigos habría sido capaz de decir lo que había que decir.

Las preguntas del señor Demaris eran terribles.

—Díganos lo que vio cuando examinaron el cadáver de Martha Taverner en la sala de urgencias.

Mi madre se sacudió al oír la pregunta, como si le hubiera pegado en alguna parte dolorida del cuerpo. Ya había pasado por eso una vez, allí estaba, ella misma, y había leído lo que los periódicos decían de ella (la «rubia», que estaba «pálida pero decidida», «fría e inconmovible»), pero la impresión no era menor a pesar del tiempo transcurrido, aunque estuviera preparada. ¿Cómo se llevaba con su hijo? Lo quería, por supuesto, lo quería mucho. La hizo seguir esa línea: lo dulce que le parecía que podía ser en ciertas situaciones, lo amable que era, lo poco violento. Tenía problemas, necesitaba atención, pero en esencia era un muchacho estupendo.

Entonces Demaris llegó a donde en realidad le interesaba llegar: a lo que ella sabía acerca de la vida sexual de Jacob. A cómo se sintió cuando supo que Martha era su amiga.

—Bien, no —reconoció ella.

—¿Por qué «bien, no»?

—Bueno… tiene que pensar que ella ya estaba muerta… Me enteré de su relación después de saber que ella estaba muerta.

—¿Por qué «bien, no»?

—Porque… bueno… no pensaba… no habría pensado… —El enredo de tiempos verbales era terrible; ¡y era tan cruel porque todo era tiempo pasado y él lo sabía!—. Me hubiera resultado difícil imaginarme que estaban bien juntos.

—¿Por qué razón?

—Porque él era…

—¿No era porque su posición social, su clase, digamos, era distinta de la de Jacob?

Naturalmente lo amonestaron por seguir esa línea de interrogatorio —todo el mundo sabe que eso se llama guiar al testigo—, pero creo que el señor Demaris siempre sabía muy bien lo que hacía y no era un adversario precisamente fácil: estaba mancillando a Martha y a mi madre al mismo tiempo. Y no se puede desdecir lo que ya se ha dicho, aunque el juez diga al jurado: «No deben tener en consideración eso» y se enfade con el abogado. Los abogados pueden retorcer tanto las cosas y darles tantos matices…

Lo que contó el señor Demaris en lugar de la «Historia del Infierno Conyugal» fue mucho más inteligente. Básicamente dijo: «Una familia es un misterio. Aquí hay venganza y oscuridad, hay una mujer infeliz que vio, que de verdad tuvo que enfrentarse *en persona*, cara a cara, con una chica muerta a quien su hijo conocía mejor de lo que ella misma había creído». Era médico, estaba acostumbrada a controlarlo todo. Quizá, como muchos de los cirujanos que aparecen en los periódicos, hasta tenía un pequeño problema de ego. Y no podía controlarlo, dijo él. Ella y su hijo habían estado muy unidos cuando era pequeño, y ahora su muchacho tenía esa relación íntima, esa «aventura» totalmente secreta con una chica inaceptable, y eso la perturbaba profundamente. Es posible que hasta estuviera enterada de lo del embarazo. De manera que… y creo que dejó caer las insinuaciones casi con suavidad: no podía hacer nada para borrar la relación que su hijo había tenido con la chica, así que tuvo que imaginárselo lastimándola, aniquilándola (¡la palabra era de Jacob!)… tuvo que imaginarlo arrancándola de su vida como a una cosa extraña, una enemiga. Tal como él lo explicaba, casi parecía que mi madre había disfrutado con esa fantasía. Que la necesitaba. Que quería que fuera real. Fue retorcido, en cierto modo, porque nunca dijo realmente que eso la hiciera disfrutar, como si pensara que Jacob lo había hecho por ella. Pero eso era lo que te hacía pensar. Me resultaba asombroso ver la forma en que conseguía siempre que la gente escuchara las cosas que él quería que escucharan sin necesidad de llegar a decirlas.

Mamá se puso completamente blanca cuando oyó lo que Demaris decía de ella. Dijo que era demasiado morboso para escucharlo.

—Pensé que me había dicho que me iba a hacer pasar como una Medea —dijo—, pero ahora veo que lo que hizo fue convertirme en Yocasta. —(En ese momento yo no sabía lo que eso quería decir, pero, créanme, ya lo he averiguado.)

Y otra cosa. Mi madre no sólo estaba asqueada por la imaginación morbosa de la defensa («Oh —insistía todo el tiempo—, Panos no puede creer eso —y creo que trataba de sonar alegre, pero, la voz le temblaba—. Es obvio que diría cualquier cosa que pudiera sostenerse mínimamente con tal de ganar el juicio.»). Lo que le hizo a la memoria de Martha fue peor.

—Esto sí que no podré perdonárselo nunca —gritó cuando oyó su alegato ante el jurado, su argumento final—. Yo puedo cuidarme solita, pero ése es el golpe más bajo que he visto en mi vida. Entiendo que tenga que hacer lo que pueda por su cliente, pero esto es despreciable. Hijo de puta. Los diarios no publicaron ni siquiera la mitad. —Se cubrió los ojos y se quedó callada mucho, mucho rato.

Aunque el señor Demaris le había dicho a mi padre que volver a matar a los muertos podía ser muy peligroso y contrariar al jurado, también dijo que sería «definitivamente criminal» dejarlo pasar. Creo que para él el límite no estaba en el mismo sitio que para mi madre: hacía todo lo que le parecía que podía hacer sin tener que pagar las consecuencias. Así que blandió los informes del laboratorio sobre la prueba del ADN, que demostraban que Martha iba a tener un hijo de otro mientras seguía con sus escapadas al «nidito de amor» que compartían ella y Jacob en lo «profundo del bosque». (A mí me parecía que los de los diarios lo hacían muy bien. Con todo este asunto se les deshacía la boca de gusto.)

—Por Dios —dijo papá, arrancándose la botella de cerveza de la boca para gritar—. Se parece a Joe McCarthy con un puñado de listas con nombres de comunistas.

No sé a cuál de los dos le gustaba más todo aquello, si a papá o a Demaris. Y Jacob, vaya, él lo había visto todo en directo, en la misma sala del tribunal. Tuvo que mantenerse sobrio, pero apuesto a que le dieron ganas de meterse los dedos en la garganta y vomitar.

—¿Por qué? —le preguntó el señor Demaris al jurado—, ¿por qué tendrían que suponer que la chica murió a manos de su amante despechado? Los estaba engañando a *ambos*, a este chico que está aquí —y ahí estaba Jacob, con la cabeza modestamente gacha—, y al pobre padre de su hijo, que podría bien fácilmente haber estado acechando a los amantes y haber descargado su furia sobre la muchacha que le había sido infiel también a él. Es posible que en cuanto Jacob la dejara, él saliera a su encuentro. Allí estaba ella, en el camino desierto, sintiéndose muy mal, esperando que Jacob volviera y la perdonara, y a quien vio acercarse en vez de a Jacob… aquí, por supuesto, la pista de pierde.

Eso era verdad. La policía no tenía la menor idea acerca de quién era el padre. (Pero había un padre. Era la mejor prueba que tenían. Había un padre, le seguía recordando mi padre a mamá. No está inventándose eso para el juicio.) ¿Pueden imaginarse a alguien que quisiera salir a la luz y atribuirse el mérito? Hasta los chismes decaían en ese punto. ¡Tal vez la gente tuviera miedo de que el padre fuera a por ellos también! (Seguramente hasta hubo algún chiflado que pensó que fue mamá quien pagó para que lo hicieran. Dios sabe que el señor Demaris les dio un motivo.)

La frase que a los diarios más les gustó, la que repitieron y repitieron hasta que acabó sonando muy gastada, fue: «Es una historia llena de fuego y hielo, de amor ardiente y una frialdad feroz. Una historia de invierno».

Papá sugirió que la Academia de los oscars le concediera al señor Demaris un premio a la mejor actuación de un abogado. Hablaba como si Demaris hubiera escrito una obra maestra, haciendo aumentar el suspense, deteniéndose en los momentos más adecuados, llevando al jurado hacia la idea de que eran ellos solos los que estaban llegando a las conclusiones. Mamá lo miraba con impaciencia, pero creo que también hay otra palabra, ¿con «indulgencia»? En cierto modo, un modo muy curioso, mientras estuvieron allí sentados a media luz viendo cómo el señor Demaris desarrollaba su complicado invento acerca de Jacob y Martha, acerca de ellos, me di cuenta de hasta qué punto aquello era suyo. Justo cuando más tendrían que haberse despreciado el uno al otro —qué ironía—, más casados estaban.

Apreté el botón para apagar el televisor y el juicio se terminó.
Sin un veredicto.

Después volvimos a hacerlo todo ante un jurado diferente, por segunda vez, repitiendo los mismos parlamentos como en una obra de teatro que dura demasiado. Mi madre seguía confiando en que papá permitiría que Jacob se declarara culpable, o negociara una pena menor por asesinato sin premeditación, pero él no estaba dispuesto a ceder ni a derrumbarse. Y ganó la partida. El jurado tampoco llegó a un veredicto. Hablando de anticlímax. Parecía como si todo el mundo, en todas partes, pensaran que Jacob era culpable, que lo sabían, pero que no había pruebas aceptables desde el punto de vista legal para condenarlo, aparte de los «rumores»; en cada jurado había por lo menos una persona honorable que no podía aceptar que lo condenaran. Era sorprendente, lo único que hacía falta era un hombre o una mujer o muy fuerte o muy testarudo.

Fueron dos en el primer jurado y uno en el segundo, pero nunca dijeron nada demasiado definido o interesante sobre lo que pensaban. «Duda» era lo único que decían. «Seguimos dudando. Parecía tan raro. En cierto modo uno primero los creía a todos y luego no los creía. A ninguno. Ida y vuelta. Nos llevó mucho tiempo.» Bárbaro, pensaba yo, eso lo aclara todo. No era que no me alegrara, ya lo saben, pero había algo muy decepcionante acerca de todo aquello: después de todo lo que hubo que pasar, de todas las lágrimas y la confusión y las maldiciones, y ése era el resultado. Mag Trottier decía que no era el momento de preocuparse, ella y su jefe estudiarían lo poco que decía el jurado, porque siempre podían aprender algo sobre lo que funcionaba y lo que no, pero nosotros no teníamos que inquietarnos por nada, sólo cruzar los dedos. Me pregunto si realmente creía que podíamos hacer eso.

Tuvimos que convencer a mi padre para que no les enviara un ramo de rosas a los que habían impedido que condenaran a Jacob.

—Ya es suficiente —dijo el señor Demaris—, es suficiente, Ben. No intervengas. La justicia es algo impersonal. Y cada miembro del jurado tiene sus motivos. Cuando están en un punto muerto, siempre hay que

pensar que hay alguien que ha interpretado las cosas a su manera. Y si quieres conocer el porqué, tendrás que llamar a su psiquiatra y preguntárselo. Las cosas son siempre… impredecibles. Considéralo como un regalo que no tienes que corresponder.

Cuando por fin volvimos a casa, encontramos una soga hecha de cuerda de tender la ropa que se bamboleaba bajo nuestro arce más grande, una felicitación de la brigada quemadora de cruces (dirigida, según sospechábamos, por el padre de Martha, y quién podía culparlo. Era tan poco imaginativo a la hora de expresar su ira y su humillación…). Clavado en el árbol, en un pedazo de madera, había un papel que proclamaba en tinta del color de la sangre: «Se ha condenado a las personas equivocadas». Me dieron ganas de llorar por todos.

El señor Taverner se había mostrado tan enojado y humillado antes, que nos daba miedo pensar en lo que podría hacer ahora que parecía que la ley había concedido más derechos al asesino de su hija que a ella. Fue en ese momento cuando nos dimos cuenta de que teníamos que buscar otro sitio para vivir. Tantos buenos años perdidos, y no había ningún «vencedor». Y el señor Demaris estaba de acuerdo, cosa que todavía nos asustaba más. Estuvo de acuerdo y nos aconsejó que no nos demoráramos más de lo necesario. Eso nos convenció de que el señor Demaris creía que había algo de razón en la furia de los Taverner, o si no razón, sí por lo menos, como decía mi madre, más capacidad de permanencia que en la tristeza.

—Háganse una vida en otra parte —nos dijo con una especie de sonrisa torva que en cierta manera parecía indicar que comprendía lo extrañas que debían de haber sido nuestras vidas durante todo ese tiempo. Lo decepcionados que estábamos con esa «victoria». Y que ninguno de nosotros sentía gran cosa, ni en un sentido ni en el otro, salvo que todo había terminado ya y que sería muy difícil volver a retomar las cosas desde el punto en que las habíamos dejado cuando todo aquello empezó años atrás. No dejábamos de girar y girar, y lo peor de todo era la duda de no saber cuántos ex amigos volverían a nosotros ahora. ¿Quién los necesitaba? La vida no es una cosa elástica, no vuelve a su forma original cuando la sueltas sin sufrir cambios ni nada—. Vayan a algún lugar grande donde nadie sepa dónde mierda queda New Hampshire. Lo digo en serio.

El señor Demaris nos llevó a cenar después del juicio. (A cuenta nuestra, papá lo dijo). Y volvió a insistir:

—Vayan a algún sitio que no hayan imaginado nunca, ni en sus sueños más descabellados. Vayan donde puedan dejar el albatros en la frontera del estado.

En lo primero que reparé cuando llegamos a Houston, fue en que la gente no lleva vaqueros, por lo menos no en el aeropuerto. No había sombreros grandes, ni lacitos, ni caballos. Nadie parecía un cantante de música *country*.

—¿Qué esperabas? —dijo mi hermano—. Estás loca. Ésta es una ciudad de negocios.

Eso significaba que había muchas multitudes vestidas de manera parecida, con ropa formal, tanto hombres como mujeres, y todos tenían el aspecto de alguien que estaría encantado de venderte algo. Tal vez las mujeres tenían mucho más cabello, o más bien peinados —moños, recogidos, moldeados— de lo que estaba acostumbrada a ver. Abrían mucho la boca y era como si marcaran en exceso las erres al pronunciarlas, para nada como habla la gente en New Hampshire. La gente de New Hampshire hablaba con la boca muy cerrada, como si pensaran que podía entrarles el frío por allí. Mientras esperábamos que los del aeropuerto nos entregaran a *Arisca*, oí que dos niñas se quejaban a su madre de que su hermano las estaba *molestando*. Me acuerdo que me asusté mucho.

Pero la verdad es que eso es lo único que me resultó extraño, la manera de hablar de la gente de aquí, e incluso para oír eso tenía que concentrarme mucho. Tenía que mirar. Supongo que esperaba encontrar alguna clase de frontera, o hasta un control de pasaportes, como cuando fuimos a Inglaterra. No de verdad, sino dentro de mí. ¿Qué significaba «una nueva vida»? Un idioma distinto, no sólo un par de letras que se pronuncian diferente. Un sonido diferente que saliera de la boca. Pensaba en nosotros como refugiados. Aunque creo que no conocía la palabra refugiado cuando vinimos aquí. Tenía casi quince años, y ésa no es una palabra de niños. Pero este año he visto cuántos hay por ahí fuera, por toda clase de razones. Como

ya he dicho, mi escuela está especializada en eso: chicos que huyen de divorcios difíciles, de familias nocivas, que vienen de los suburbios, con unas ideas terribles sobre lo que es aceptable y lo que no lo es, que huyen de la crueldad de los otros niños si son un poco raros. Y chicos que quieren convertirse en alguna clase de artista. Mi padre ya me lo decía antes de que yo tuviera siquiera idea de lo que me estaba hablando: lo solitario que es crecer cuando te pasas la vida viendo ángeles que bailan sobre la cabeza de un alfiler. Ahora que quiero ser uno de esos ángeles, entiendo lo que quería decir.

Cuando pienso en Hyland, algo se me sube a la garganta, miedo quizá, no sé…

Es una lástima que no podamos mirar hacia atrás y encontrarnos con recuerdos dulces y sencillos, pero supongo que estoy contenta de que al menos podamos estar desterrados juntos.

Mi padre fue antes que nosotros, llevando consigo en el coche a sus figuras de madera para que le hicieran compañía. No tenía muchos trabajos nuevos —había hecho bien poco desde aquel día de enero de hacía dos años, cuando Jacob lo cambió todo—, y no paraba de decir que había abandonado el «negocio de las esculturas» para siempre. Pero las viejas las acomodó con cuidado y cariño en su camioneta, algunas en cajas, y otras simplemente las apuntaló o las apoyó contra algo. Miraban por la ventanilla como si fueran amigas y guardianas. Debió de resultar extraño si alguna persona de alguna pequeña ciudad de Tennessee o Alabama pasó junto a la camioneta cuando papá estaba almorzando en algún sitio y vio a toda esa gente que miraba sin decir nada, serenos, y algo más grandes de lo normal. Más permanentes de lo normal, eso seguro. Cuando el sol le da directamente en los ojos al chamán, podría prenderle fuego a un papel.

Llamó cuando consiguió una casa para nosotros. Una casa corriente y agradable. Dijo:

—No creo que encontréis ni un solo adjetivo que pueda describirla. Es de esas casas que no admiten adjetivos.

El «jardín de los amigos» estaba guardado en un cobertizo, bajo llave y fuera de la vista.

(«No hay sótanos aquí, ni altillos. Parece ser una regla práctica: no tener nunca sótanos y palmeras en el mismo sitio.»)

Dijo que había hecho el trayecto prácticamente de un tirón, sólo había parado para dormir una noche en una zona de estacionamiento y otra en un motel, en la ladera de una colina que quedaba algo apartada de la carretera general, para que los «muchachos» pudieran pasar la noche tranquilos. Hubiera querido decirle que no podía imaginar a nadie robándole su chamán de madera con ojos de vidrio o su perro sobre ruedas. Pero no le habría convencido. Hubiera dicho:

—Hay gente más loca que yo ahí fuera.

Así que me imaginé a algún camionero que observaba de reojo para ver si alguien miraba y luego se escapaba con un trozo de fresno pulido con la forma de una mujer desnuda, con botas y un bolso en la mano, y la escondía en su cámara frigorífica, entre las cajas apiladas de coliflor y otras verduras.

Cuando finalmente llegamos allí, a nuestra nueva casa —era una especie de bungalow largo y chato, y curioso en comparación con la hermosa casa cuadrada y alta de nuestra vieja granja—, lo primero que quise ver fueron las esculturas. Atisbé por la ventana del cobertizo y fue un alivio encontrarlas allí acurrucadas, como personas a las que les habían dicho que esperaran con paciencia y que, mientras tanto, procuraban pasarlo lo mejor que podían. Eran mi otra familia, y para mí era importante que todos hubiéramos hecho juntos ese viaje, un largo viaje por mar, sólo que en un abrir y cerrar de ojos entre el despegue y el aterrizaje. (Al menos mi padre había tenido la oportunidad de cambiar poco a poco de clima, de acostumbrarse a los árboles y las señales de la carretera y a los nombres de los supermercados y los diferentes canales de televisión. Él había podido acostumbrarse un poco.) ¿Cómo podía fingir que no tenía curiosidad por lo que vendría después? La diferencia entre estar vivo y, ay, pobre Martha, no estar vivo, consistía simplemente en eso, en poder esperar lo que ha de venir. Yo podía caminar hasta la esquina y volverme y mirar cómo eran las otras casas, y el césped y las flores de Houston, que podían no ser las

mismas con las que yo había crecido. La curiosidad. ¿A quién le importa morir si no es por eso?

OceanofPDF.com

BEN

El castigo es el exilio.

¿Sabían que la Biblia habla de ciudades refugio adonde puedes ir si has matado accidentalmente a alguien? Son para los que no tienen culpa pero están en peligro de todos modos. Son los únicos lugares que les están prohibidos a los que buscan venganza. Ciudades seguras.

El daño que uno pueda hacerse a sí mismo no está prohibido.

Hay algunos edificios hermosos aquí. Pero mis edificios favoritos han sido siempre las montañas. Sin embargo, hay verde. Es un lugar fecundo, a veces desagradablemente húmedo, pero también es benigno y suave. Para mi pesar, no hay nieve. Frío y hasta heladas, pero nada hermoso que pueda ocupar el lugar de lo que desaparece en invierno.

El poder del pensamiento positivo: esto no es una huida, es una continuación.

Lo que siempre odié de las ciudades es lo que nos protege aquí, así que tenía razón para odiarlas. Hay 1.924.763 personas dentro de los límites de la ciudad y sólo cuatro de ellas están enteradas de lo de mi hijo y Martha Taverner. Todas las personas que conocemos parecen haber dejado otra vida espaldas, hasta los nativos: un marido, una esposa, una profesión, una ciudad de origen. Así que nosotros simplemente tenemos una historia un poco más terrible, pero nadie nos conoce lo suficiente como para que les importe demasiado. O le cuesta imaginarlo aunque lo crean. Los chicos tienen una expresión, «localización», que, por lo que yo sé, significa: «Tenías que estar allí para saber lo que es».

¿Qué cosas hay que nos mantengan conectados a la culpa de Jacob?

Casi nada. El estado le otorgó la libertad para que se fuera en paz. Puede votar. Puede tener armas. Y si está lo suficientemente loco, dentro de quince años se presentará para las elecciones presidenciales.

¿Parece injusto?

En realidad no.

¿Se siente usted culpable?

En realidad sí.

Hay un cielo totalmente nuevo aquí. No estoy seguro de que sea el mismo que he mirado toda mi vida. Muy llamativo a la caída de la tarde, flamígero como el demonio, rojo encendido por la noche muchas veces por…, ¿los fuegos de las refinerías?, ¿partículas de sustancias químicas nocivas que flotan suspendidas en la humedad? A veces el aire huele a café, a quemado, o a algo así que resulta grasiento, indeterminado. Otras veces, de repente, como a flores, como si una señora empolvada hubiera pasado sin que la viéramos.

Los árboles de las magnolias son dueños de sí mismos, fríos, radiantes: bellezas dominantes. Todo en ellos es bruñido y enorme; sus hojas, los conos de sus semillas rojas, tan cuidadosamente alineadas en su interior, como granadas de mano. Sus flores rojas se parecen a la piel más que la misma piel. Quisiera poder hacer uno. Pero ya están hechos.

Las mujeres pasan por la calle cerca de mi casa, mujeres mexicanas, seguidas de muchos niños, con largas trenzas que les cuelgan a la espalda. A veces alguna lleva su ropa para lavar sobre la cabeza. Pienso en Hyland, en cómo la encargada de la lavandería se llevaría las manos a la cabeza si pudiera ver el espectáculo.

Siempre esa idea de que lo sórdido permanece en los márgenes. El dinero y los centros comerciales, la clase y el poder están en el centro. LAS CHICAS DESNUDAS en las afueras. Hay mucho de eso, pero también hay mucho que no es eso. En Hyland se necesita un permiso hasta para poner un cartel de venta de lechuga y huevos frescos.

Pero sobre todo, es como cualquier otro sitio: la correspondencia, los helicópteros que controlan el tráfico, estaciones de servicio, cementerios,

paradas de autobús, semáforos: verde-largo-amarillo-rojo. Todo fluye. No importa lo que hayas hecho o hayas dejado de hacer, todo fluye. Quizá si uno ha vivido aquí toda la vida puede considerarlo con cariño su hogar. Hay un cementerio lleno de gente cuyos nombres se pusieron después a las calles.

El personal del hospital donde trabaja Carolyn es de dos tercios de la población de Hyland. Tiene que aparcar a media milla.

Ahora trabajo metales duros con herramientas de soldadura, antiparras, una máscara protectora, suelo de cemento para sofocar las chispas —mis piezas ahora tienen filo, una característica no agradable: no tan amigable— en un depósito que antes estaba lleno de guata de algodón, Ex-Lax, y herramientas de jardinería. Por lo menos eso es lo que me han dicho.

En resumen, que cuanto peor iba nuestra historia, más unidos estábamos. Sólo nosotros conocíamos todos los detalles, los buenos y los malos, aunque los sumáramos de diferente forma. Creo que la gente estaba sorprendida: ¿cómo, no era que las familias se despedazaban después de las tragedias? Claro que sí. O podrían hacerlo. Pero, ¿quién puede saberlo? Panos estaba sorprendido, eso lo sé. Annie Dineen, no. Ella siempre es optimista cuando se trata de las personas que quiere. ¿Pero nos hubiera entendido alguien que no nos conociera? Éramos inválidos con heridas congruentes.

Eso no es sentimentalismo. Es realismo.

OceanofPDF.com

CAROLYN

Una noche se acercó a Ben, en su dormitorio de la planta baja —era una casa chata, de madera, bastante diferente de la que tenían en Nueva Inglaterra, con mucha sombra, que es una bendición con este sol tropical—, y le dijo que creía que necesitaban otro hijo.

Eso fue una sorpresa para alguien que no había pensado en los bebés desde que dejó el cochecito de Judith aparcado en un altillo. Ben la tanteó con mucho cuidado. Aparte de impedimentos tales como la edad, ¿creía de verdad que con su estado de ánimo podría soportar tener que volver a empezar? ¿No había peleado consigo misma en una batalla tumultuosa, con él, a propósito de la responsabilidad, la culpa, las consecuencias del amor y las atenciones?

Justamente.

—Claro que sí, por supuesto. Y tú también.

Jacob no se mostraba especialmente feliz, aunque sobrevivía. Estaba aprendiendo a manejar un montacargas para una compañía de cementos, lo que no tenía mucho que ver con lo que habíamos planeado para él, pero parecía estar descansando la mente, desconectado de cualquier cosa que pudiera tener consecuencias. Parecía atontado, sí, supongo que ésa es la mejor manera de describirlo. Nunca se enfadaba: lo más que demostraba era una leve irritación, una especie de resignación desesperanzada ante el desdén, la inquina, los problemas. ¿Qué le estaría costando todo eso?, se preguntaba ella. Peor aún, ¿dónde lo tenía guardado? Carolyn no creía que la psicología fuera algo tan simple como las leyes físicas que hacen que un muelle salte, pero de tanto en tanto miraba a su hijo a hurtadillas y le preocupaba la posibilidad de que, si seguía siendo tan bueno, algún día

acabaría matándolos a todos con una escopeta. Pero el chico era puro, teniendo en cuenta todas las tentaciones que hay ahí fuera. (Parecía puro. ¿Quién puede saberlo?) Era tímido, reservado, conservador, como alguien que ha pasado por una terrible enfermedad. Pronto tendría su propio apartamento, aunque no todavía. Carolyn hubiera querido preguntarle si tenía miedo —debería tenerlo—, pero no le preguntaba nada. Había empezado a correr a diario, jugaba al baloncesto y cuidaba su cuerpo, que seguramente le parecía inocente y maleable. No hablaba mucho.

Y Judith. Era la primera vez que se preocupaba realmente por Judith. Ni siquiera en los momentos más difíciles —o tal vez fueran los más vacíos—, cuando todo lo relacionado con Jacob y el futuro de la familia aparecía más confuso, se había sentido tan ansiosa por ella. Tenía tan buenos instintos. Era tan terriblemente joven y pura en su intransigencia. Pero ahora se estaba volviendo no-sentimental a una velocidad alarmante. Su actitud en casa era siempre despectiva, como si dijera que ya lo había visto todo. Eso no la hacía más descarada precisamente. Judith nunca sería una perdida o una exhibicionista, pero su rechazo hacia la gente le impedía tener amigos, y sus juicios nunca eran amables: todos eran o unos críos, o aburridos, o retrasados mentales, o clones sin personalidad; vestían demasiado con tejanos o de negro. ¿Para qué te estás reservando?, le preguntaba Carolyn, pero no conseguía respuesta. Para ella sólo la danza valía la pena, y si eso la convertía en una competidora ambiciosa y desagradable, *tant pis*. (Una buena alumna de francés, como su madre.) Era la futura estrella del departamento de danza, de eso no había duda, y sus instructores adoraban sus piernas largas, su flexibilidad. Carolyn no, la asustaban.

Seguía teniendo un hijo feroz y otro blando, pero habían intercambiado los papeles. Ben decía que todo es un cambio continuo, que era sólo una adolescente y su antipatía, normal. Temporal. Típica. La personalidad de los chicos no cambia tan fácilmente.

Dado lo peculiar de su historia familiar no podía reprochársele que tuviera miedo. No podría sobrevivir a otra situación conflictiva. ¿Qué demonios se escondía siempre detrás de lo normal? No le quedaba ningún hijo en el que pudiera confiar.

En realidad no hubiera podido explicarle su deseo de tener un niño. Si siguieron adelante con la idea fue por voluntad, no por necesidad. «Estamos atascados en la vida —pensaba—, porque si no, para ser coherentes, ¿no hubiera sido lógico que metiéramos la cabeza en un horno o nos tiráramos por un acantilado?» Su hermana llamó y le dijo:

—Carolyn, escúchame. Ese momento siempre llega, cuando has tenido problemas siempre llega. No puedo decirte nada de la otra gente, porque en realidad no sé nada de los demás, pero puedes elegir, es así de sencillo. Ojalá lo hubiera sabido antes.

Era lo que le había dicho a Jacob la primera vez que apareció por casa: «No lo hagas. Otros estarán muy contentos de hacerlo por ti. No les ayudes». Al parecer le encantaba darle consejos a Carolyn. Llamaba con frecuencia. Era evidente que su actitud había cambiado bastante.

—No sé por qué —volvió a decir Carolyn. Era un poco como la vez que hicieron el amor después de la muerte de la madre de Ben (justo después del primer juicio, como si allí en su refugio, con el parloteo incansable de la televisión sobre el juicio, hubiera querido esperar hasta ver el resultado. Fue la única ocasión en que Ben se sintió agradecido de que su madre no tuviera la menor idea de lo que pasaba más allá de su almuerzo o de la cama). Aquella vez fue como un desafío, esa danza cruda de la carne, para celebrar que estaban vivos y seguían adelante. Como el *kaddish*, dijo Ben, como la plegaria del que está de duelo, que sólo tiene elogios para el muerto, nada de reproches ni lamentos.

—Si seguimos, seguimos —le dijo ella, y se encogió de hombros—. Si no, ¿para qué esforzarse en ser…? ¿Qué, fuertes?

—Tú a la tuya, ¿no?

Ella rió.

—¡Vaya manera de decirlo!

—¿Qué crees tú que va a pensar un niño al que se concibe para compensar todo esto?

(¿Y qué —se preguntaba ella— pensarían los Taverner si llegaban a enterarse?)

Carolyn no lo sabía. A ella sus padres la habían elegido premeditadamente, con coraje. No había nada malo en elegir cuando uno se enfrentaba a una pérdida. En realidad era lo mejor que se podía hacer, y además ese bebé abriría sus ojos al cielo de Texas, como un nativo.

—Necesitamos un alma entre nosotros —e inició el complicado proceso de desabotonarse su camisa victoriana de color vino con el cuello alto y las mangas abultadas— que sienta que ésta es su casa de verdad. Alguien a quien no le hayan señalado el camino bajo una espada de fuego.

—Y el camino está en Texas, quién lo hubiera pensado.

Ben, triste y feliz al mismo tiempo, se preguntaba si de verdad podían entregar un alma al futuro de esa manera. Se preguntaba si no estarían impresos en sus genes el terror y el arrepentimiento. Pero ¿qué podía saber nadie sobre el nuevo ser al que traía al mundo? ¿Qué podían garantizar el amor, la suerte o la supuesta sabiduría? Aun sabiendo lo que sabía, ¿acaso no volvería a ser el padre de Jacob y de todo lo que éste había hecho?

—Amén —dijo, tratando de creer—. Sea niño o niña, lo llamaremos Sísifo —y se inclinó para ayudarla con los botones.

Pero no pasó. Ben, aliviado, decidió que era La Venganza de las Feministas, las amigas de Carolyn, que pensaban que uno no debe tratar de resolver viejos problemas con un nuevo niño.

Ella dijo:

—Te refieres a mi ambivalencia.

Tal vez.

Probablemente fuera la edad. Ésa era la opinión de su médico. (¿Era posible que ya tuviera cuarenta y cuatro?)

—Ésa es la edad límite, ya lo sabe. Tendría que haber empezado antes.

—No creo —le contestó ella con sequedad.

El médico no conocía su pasado. Pensaba que no era más que otra mujer a la que le había entrado el pánico de ver alejarse la juventud, una mujer que necesitaba otra oportunidad de poder pasear por el parque con otras madres jóvenes que empujaban cochecitos, engañando así a la edad,

mientras su marido pasaba la crisis de algún otro modo (seguramente con alguna mujer tan joven como esas primíparas).

—¿Por qué no espera un poquito y disfruta de sus nietos?

Carolyn se estremeció, y el médico pensó que era sólo el de sencanto.

Ben no se lo dijo, porque había muchas cosas que ya no le decía, pero no fue ninguna sorpresa para él: la potencia de su contribución para hacer el niño se había disipado en cansancio, en la falta de convicción en cierto modo. Al parecer, no había conseguido convencerlo de que lo que necesitaban era una nueva vida para complementar las otras vidas complicadas que tenían a su cargo. Una nueva oportunidad, una pizarra limpia. Pero todas las pizarras estaban sucias con su paternidad, sus derrotas, y hasta con su desilusionada falta de desesperación. El aparato puede funcionar, pero los espermatozoides necesitan un espíritu optimista que les dé la fuerza que necesitan para nadar. Ben había caído, su espíritu había caído, como un atleta agotado, exhausto.

Estaban en una gran canoa, los cuatro, navegando río abajo hacia las torres plateadas de la ciudad. Era una excursión extraña, podías alquilar un bote y navegar por una laguna amplia y profunda con una maraña de verde y de arbustos cubiertos de pequeñas flores en las márgenes abruptas. Grandes peces chocaban contra la barca, casi socialmente, como si saludaran. Pájaros de voces poderosas volaban sobre sus cabezas. A lo largo de toda la ruta encontrabas cajas con comida para patos clavadas en los árboles como buzones. No había mucha gente que hiciera esa excursión, nadie recordaba que Houston tenía río.

Lo más curioso, sin embargo, era lo recóndito del paraje: desde allí no podías oírlos, pero muy cerca, al mismo nivel, del otro lado del bosque ralo, estaba el centro, atestado de gente, de coches caros y relucientes. Rozaban el agua con los dedos, y sin embargo no estaban tan lejos de Macy’s y Neiman-Marcus. Un cardenal saltaba de rama en rama, como una flecha roja o el trazo enfático de una pluma. Carolyn rió.

Los bosques bajo los que pasaban eran de un verde intenso, apenas estaban empezando a cambiar de color: los bosques de Houston se abrían

tímidamente al otoño. E, invisible sobre las lomas, el jardinero de alguien estaba quemando montañas de las primeras hojas caídas en el sendero, contaminando el aire.

Carolyn se reclinó en el respaldo de mimbre que venía con la barca. Se parecía, se burló Ben, a Cleopatra. Aunque el río no se pareciera mucho al Nilo. Eran los chicos los que remaban más fuerte, haciéndolos bajar veloces por los pequeños rápidos, esquivando las rocas que aparecían de repente como lomos tostados de caballos.

—Uno de estos días —dijo Ben— tenemos que ir a Big Bend. Aquello sí que vale la pena.

De momento, sin embargo, ya tenían bastante diversión sabiendo que estaban allí, en aquella porción del valle bajo el Houston visible, en pleno campo, en plena imitación del campo.

Descendieron hacia el este a buen ritmo, hacia el horizonte extravagante de la ciudad, con sus edificios de vidrio y sus modernas siluetas, góticas, mayas, innombrables, mientras oían, no el sonido de los neumáticos, sino el auténtico y dulce discurrir del agua contra el costado de la barca.

—Suena tan… mojado —dijo Judith—. No había oído nada mojado en la ciudad, sólo la lluvia.

Judith, que ya formaba parte de la subcultura de la danza, se ponía en los ojos tanto maquillaje que se la hubiera visto desde la última fila y llevaba el pelo mucho más corto que Jacob, con una colita rubia, como de ratón, a la espalda.

—Uno de estos días —se había dicho Carolyn al pensar en el Big Bend, del que se rumoreaba que era la última gran frontera, el lugar donde las películas del oeste saltan de debajo de las piedras, puras geometrías de púrpura, verde, amarillo, naranja. Eso, uno de estos días, fue lo que encontró cuando la cápsula de dolor se disolvió bajo su lengua. «¡Han ganado otra vez!», dirían Mike y Terry Taverner. Los Taverner iban con ella a todas partes ahora, comentaban su suerte futura, la de su marido y sus hijos, hasta que muriesen. Lo único que habían perdido, habían dicho los Taverner cada vez que se les presentó la oportunidad, era un poco de tiempo, un poco de dinero, un poco de respeto, su casa, nada. «¡No es cierto, no es cierto!» Pero estaban todos allí, todos, no podía negarlo. Por

más destrozados que estuvieran, todavía podían decir «uno de estos días». Y entonces sintió una oleada de alegría, imposible fingir otra cosa, cuando el sol cayó sobre el río como un puñado de monedas de oro.

—¡Mira, Jacob! —gritó Judith, y los dos se inclinaron a un costado para buscar un puñado de luz al mismo tiempo, haciendo oscilar la barca, riendo.

El bote avanzaba y las monedas desparramadas por el agua cambiaban continuamente, como el tesoro de un jugador en una mano impaciente. La alegría era otro privilegio al que estaba condenada. Libremente, sin remordimientos, la inundó y ella apartó los ojos, como si hubiera demasiada luz.

* * *

OceanofPDF.com



ROSELLEN BROWN. La novelista norteamericana Anne Tyler (*El turista accidental, Casi un santo*) ha dicho de Rosellen Brown que es uno de los escritores con más talento del panorama literario estadounidense. La autora, que enseña escritura literaria en la Universidad de Houston (Texas), ha escrito otras tres novelas y un libro de relatos, con anterioridad a *Antes y después: Autobiography of my mother, Tender Mercies, Civil Wars y Street Games. Antes y después*, que ha recibido los elogios de la crítica y el público, ha sido llevada al cine por el director Barbet Schroeder (*El festín de Babette*) con Meryl Streep, Liam Neeson, Edward Furlong y Alfred Molina en los principales papeles.

OceanofPDF.com

Notas

[1] *Fears Without Tears* significa literalmente «miedos sin lágrimas». *Tears for Fears* significa «lágrimas de miedo». *(N. de la T.)* <<

[2] *Jack-in-the-Box*: Muñeco de resorte que sale de una caja de sorpresas. *(N. de la T.)* <<

[3] Odd Fellow literalmente significa «tipo raro». *(N. de la T.)* <<

[4] Alcott y Emerson: Fueron los grandes nombres del movimiento intelectual trascendentalista que creó la idea de unidad nacional en Nueva Inglaterra en el siglo XIX. *(N. de la T.)* <<

OceanofPDF.com